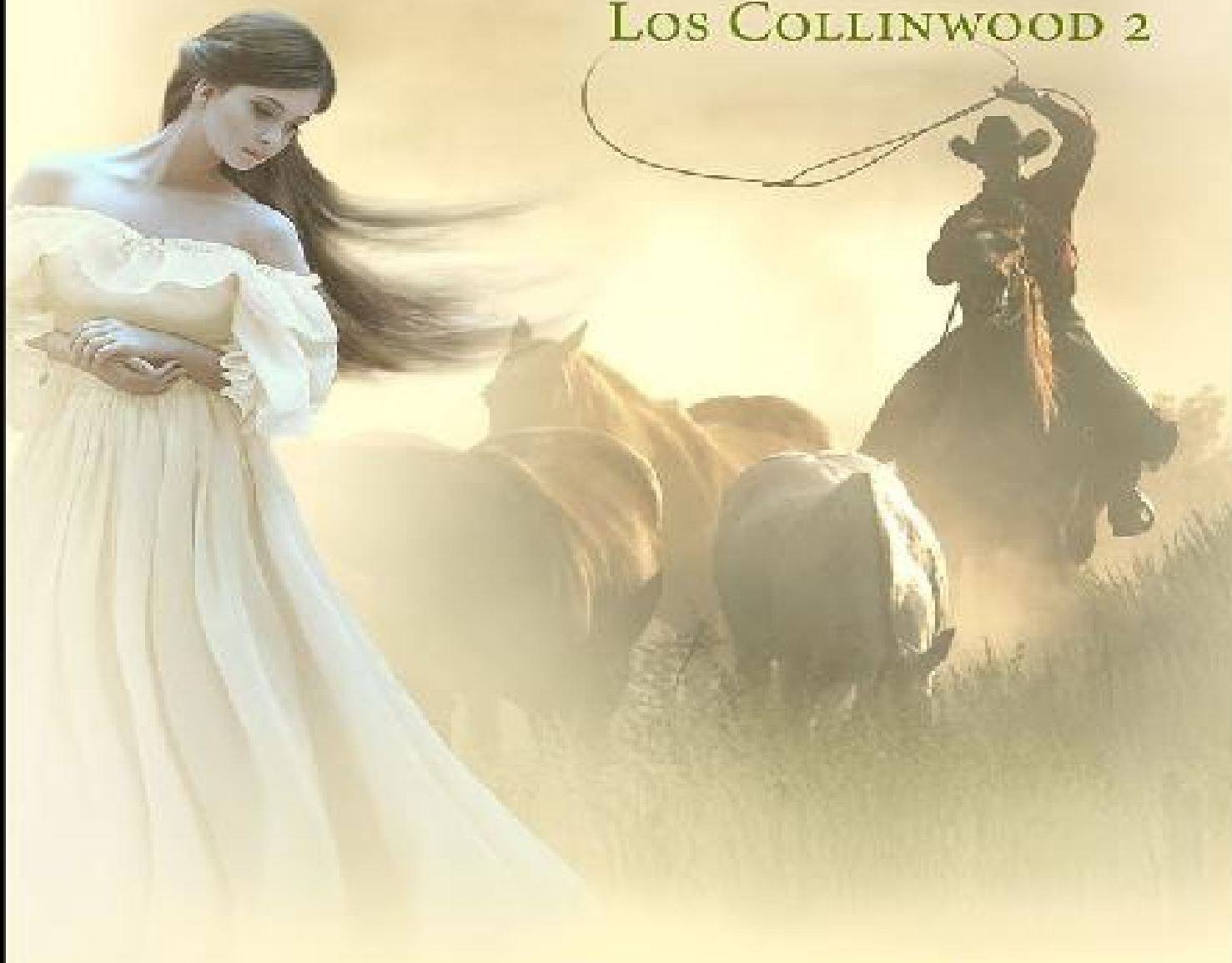


Selecta

Amar es para

SIEMPRE

LOS COLLINWOOD 2



Victoria Magno

Amar
es para
siempre

VICTORIA MAGNO

Amar
es para
siempre



BARCELONA · MÉXICO · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS
MADRID · MIAMI · MONTEVIDEO · SANTIAGO DE CHILE

Novela finalista en el concurso de EDICIONES B
y EL RINCÓN DE LA NOVELA ROMÁNTICA

Amar es para siempre

Primera edición, marzo de 2014

D.R. © 2014, Victoria MAGNO

D.R. © 2014, EDICIONES B MÉXICO, S.A. de C.V.

Bradley 52, Col. Anzures, 11590, México, D.F.

D.R. © 2015, EDICIONES B MÉXICO, S.A. de C.V., por el libro electrónico

editorial@edicionesb.com

www.edicionesb.com

Conversión de Books and Chips, S.A. de C.V.

www.booksandchips.com

ISBN: 978-607-480-755-4

Hecho en México | *Made in Mexico*

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

*Para Inma, mi amiga y hermana,
y para mis hijas, mis más grandes amores*

NOTA DE LA AUTORA

Como trato de hacer en cada novela, quiero difundir el tema del autismo para llegar al corazón de los lectores y del público en general, y dejar de este modo, una huella en sus corazones que les haga recordar este trastorno en su día a día. De este modo, mi deseo es conseguir trascender más allá de la novela de modo que el cariño y afinidad hacia las personas con autismo traspase el límite de las páginas y sea una realidad en la vida cotidiana de las personas y en nuestro mundo.

Es muy probable que en los tiempos relatados en esta novela se haya desconocido completamente este mal. La palabra autismo fue utilizada por primera vez por el psiquiatra suizo Eugene Bleuler en 1912. Sin embargo, la clasificación médica del autismo no ocurrió hasta 1943, con el Dr. Leo Kanner, del Hospital John Hopkins. Me tomé la libertad de utilizar la palabra autismo unos años antes, con motivo de hacer una diferenciación en la novela con otro posible trastorno.

Hoy en día, no obstante, el autismo es un trastorno poco conocido, en especial en países del tercer mundo, y lo que se sabe de él aún es muy poco. Hacen falta investigaciones, recursos y ayuda, mucha ayuda, para integrar a estos niños a la sociedad, así como educar al mundo en general para conseguir aceptación y respeto, entre otras muchas otras cosas.

Es necesario que todos sepan que una persona diferente no es menos que ellos, y que merece respeto, aceptación y cariño.

Lucha por un mundo sin diferencias ni crueldad. Apoya la causa del autismo.

Por otro lado, también me gustaría tratar el tema de la lesión medular.

Una de las razones por la que escribí esta novela fue para dar apoyo a las personas con lesión medular. Mi intención es hacer saber que los protagonistas de las novelas y de la vida, no tienen que ser perfectos, el amor existe y es para todos, sin importar el físico o la existencia de una discapacidad. Si es amor verdadero, es real. No importa nada más.

Para realizar esta novela investigué bastante sobre la discapacidad ocasionada por lesión medular, sin embargo no habría podido completar esta historia sin la ayuda de mi querida amiga, Inmaculada Labao Delgado. Muchas gracias amiga, tú eres una gran inspiración para mí.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a todos aquellos sin cuyo apoyo no habría podido realizar este libro, en especial a esas personas, no puedo mencionarlos a todos, pero ustedes saben quiénes son, que siempre estuvieron a mi lado, impulsándome para continuar...

Gracias a mis hijas, mis pequeños angelitos en esta tierra, ustedes son mi mayor amor y mis musas. Sin ustedes no existirían historias que contar.

A mi familia, mi marido, mis padres y hermanos, que siempre han estado conmigo y han sido un pilar en todo momento. ¡Chris, papá, mamá, Xim, Rob, Tom, Panchito: los amo!

A Dios, mi más grande fuente de fortaleza y amor. A mi familia, tan extensa, que es imposible mencionarlos a todos: mi padrino Ulises, mi madrina Pilar, mis abuelas (las adoro), mis primos, que son mis otros hermanos, mis tíos y tías, que han sido como otros padres y madres para mí, aunque a veces no tengamos la misma sangre. A mis amigas, que son mi otra familia, sin cuyo apoyo, cariño y colaboración, nada de esto sería posible. Especialmente a ti, mi querida amiga-hermana Inma; tú has leído cada palabra que he escrito sin quejarte por ser sometida a la tortura de las primeras semillas que poco a poco se van convirtiendo en un hermoso árbol. Gracias por siempre impulsarme a seguir y no dejarme caer. Tu apoyo ha sido decisivo en este proceso. A Martita, por tu aliento con esta novela. Gracias a Ediciones B, por darme esta oportunidad y confiar en mí una vez más. A Alma, mi paciente editora, por toda su ayuda. A las webs que me han apoyado, especialmente a la gente de El Rincón de la Novela Romántica, que ha estado conmigo desde los comienzos de mi carrera.

A todas las lectoras y lectores que han seguido mis escritos y me han apoyado en este camino de letras, por sus muestras de cariño y las hermosas cartas que me han enviado, y que conservo con todo el cariño. Ustedes han sido un impulso renovador de energía.

¡¡GRACIAS, DE TODO CORAZÓN!!

Puedo escribir los versos más tristes esta noche
Pensar que no la tengo. Sentir que la he perdido
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella
Y el verso cae al alma como al pasto el rocío
Qué importa que mi amor no pudiera guardarla
La noche está estrellada y ella no está conmigo
Eso es todo. A lo lejos alguien canta. A lo lejos
Mi alma no se contenta con haberla perdido
Como para acercarla mi mirada la busca
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo

PABLO NERUDA, *Poema 20*

PRIMERA PARTE

PREFACIO

Veracruz, México. Abril de 1880

LA LLUVIA AZOTÓ el cabello y el rostro de Matthew, provocando que los mechones caoba de su cabello se le pegaran a la cara. A Mathew no le importó mojarse, la lluvia ocultaba sus lágrimas. Se supone que los hombres no lloran, es lo que siempre le repetía su padre. Sin embargo, ahí, de pie frente a la tumba de la bisabuela Lupe, todo cuanto deseaba era soltarse a llorar como un bebé, como lo hacía la pequeña Roxy, de un año, en los brazos de su madre.

Lupita también lloraba, su madre estaba desconsolada, acurrucada entre los fornidos brazos de su padre. El cabello de su madre, negro como el ébano, contrastaba con el dorado de su padre. Sin embargo, había algo en ese contraste que le hacía saber precisamente por qué encajaban de forma tan perfecta.

Por el carácter indomable de su madre y la fuerte personalidad de su padre cuando discutían estallaban a gritos muchas veces, pero a la vez, eso era lo que más admiraban el uno del otro, y por lo mismo, lo que los hacía amarse de forma incondicional y sin barreras. Tal vez fuera porque su padre, Richard Collinwood, era el conde de Hendingham, nacido en Gran Bretaña y criado entre la crema y nata de la alta sociedad londinense, mientras que su madre nació en México, hija de un hacendado mexicano de origen maya que aprendió a andar a caballo antes de caminar. No obstante, ambos habían encontrado el amor en ese rincón del mundo llamado Veracruz, ambos habían dejado a un lado las diferencias para entregarse en cuerpo y alma al otro de manera absoluta.

Eran la pareja perfecta.

Los ojos negros de su madre se posaron sobre los azules de su padre. Los de ella húmedos y enrojecidos por las lágrimas, los de él, tan secos como los debía tener un hombre.

Matt agachó la vista. La figura de su padre siempre le había resultado imponente. Sí, como todos sus hermanos, físicamente se parecía mucho a él. Pero en muchas otras formas, él se sentía el más diferente a todo lo que representaba su padre.

Sabía que su padre había querido a la bisabuela Lupe tanto como todos ellos. Sin embargo, como siempre se mantenía duro e impasible. Una máscara que ocultaba todos sus sentimientos.

Una máscara que parecía que sólo su madre era capaz de atravesar. Tal vez, de vez en cuando, alguno de sus hermanos. Pero no él. Nunca él...

Matt inspiró hondo y cambió de rumbo la mirada, incapaz de continuar manteniéndola sobre sus padres. Deseaba llorar, pero no podía hacerlo. Sus hermanos mayores siempre lo molestaban, acusándolo de ser un sensiblero. Por su orgullo tenía que demostrar que era tan hombre como ellos y podía tragarse las lágrimas, como lo hacía padre. Además, tenía la obligación de ponerles el ejemplo a sus hermanos menores.

A su lado, el revoltoso Cedric como solía apodar su abuelo a su hermano menor de nueve años, le dio un puntapié a Jake, su gemelo. Aunque ambos niños no podían ser más diferentes; el primero rubio como el padre, el segundo moreno como la madre, con la excepción de sus brillantes ojos verdes, los dos compartían el mismo carácter de un demonio en la tierra. Jacke iba a contestar el puntapié con un puñetazo, cuando la firme mano de Alexander se interpuso.

Alexander, el mayor de todos, siempre había conseguido ser un ejemplo de coraje y fortaleza para la familia. Como todos los hijos varones, «Los siete lobos», como los apodaba de cariño su abuelo, tenía los ojos azules y la piel morena. Tal vez sólo tuviera dieciocho años, pero padre ya confiaba plenamente en él al grado de dejarle supervisar las tareas de la hacienda cuando él estaba ausente.

Quizá algún día llegase a ser como Alexander, o mejor aún, como Zalo, su querido abuelo materno. Ese hombre era la persona a la que más admiraba en el mundo.

Gonzalo Lobos era capaz de seguir un rastro que otros hubiesen perdido hacía kilómetros de distancia, además tenía el don de hablar con los animales y domar a los caballos con un solo gesto de su mano.

Sí, ser como Zalo sería una bendición. Pero por ahora, debía tragarse las lágrimas y aguantar el dolor que el perder a su querida bisabuela le provocaba.

Cala, su abuela, soltó un gemido cuando el sacerdote comenzó a recitar unas palabras de la Biblia una vez que terminaron de echar la tierra sobre el agujero de la tumba. Ben, el segundo de los hermanos, la abrazó por los hombros. Matt se sintió agradecido, a él también le habría gustado abrazar a su abuela. Ben siempre había sabido mostrarse correcto, por eso era el más inteligente de todos y también el más bueno. «El buen Ben», lo llamaba su abuelo. Y con motivo. Aunque ni siquiera llorara...

Matt posó los ojos sobre Will, el tercer Collinwood Lobos. Sonreía, el muy... descarado. Siempre sonreía. Su abuelo lo apodaba Will «el Alegre», aunque en opinión de Matt debían llamarlo «Sonrisitas» o como al maldito gato sonriente del cuento de Alicia en el país de las maravillas que padre le leía a Roxy para dormir. Pero incluso a él lo envidió Matt. Prefería reír en lugar de llorar.

Si al menos el pequeño Nathe llorara, pero el esquinclé condenado estaba más concentrado en el juego de unas ardillas en un árbol cercano que en las palabras del sacerdote.

Matt sintió la fuerza de una mano familiar sobre su hombro y de inmediato se relajó. Era la mano de Zalo, su querido abuelo.

—¿Todo bien, mi «Noble guerrero»? —le preguntó Zalo, dedicándole una ligera sonrisa.

Matt asintió. Le gustaba el sobrenombre que su abuelo había escogido para él. No era «El

emperador», como Alexander o Jake «El severo», como el de su hermano menor, y sin duda era mejor que Nathe «El dulce oso», o «La terrible Huracán» como ya había apodado a la pequeña Roxy, pero sin duda el suyo era el que más le gustaba. Se le asemejaba como uno de esos antiguos nombres indígenas de los que su bisabuela solía hablarle cuando comenzaba a contar las historias de sus antepasados, cuando México todavía era tierra de los mayas.

Sin embargo, en ese momento no se sintió como ningún guerrero. Se sentía como un cobarde. Deseaba llorar y apenas podía tragarse las lágrimas.

—Ánimo, cachorro. Tu bis ahora está en un lugar mejor... —la voz de Zalo se quebró. Matt alzó la vista y por poco se cae de espaldas cuando notó que los ojos de su abuelo estaban humedecidos, y no a causa de la lluvia...

—¿Estás llorando? —preguntó sin notar que hablaba demasiado alto.

Sus hermanos mayores le dedicaron miradas de reproche, su padre una severa de reprimenda y su madre una cariñosa, pidiéndole de forma silenciosa que guardara silencio. Pero Zalo sonrió y asintió, estrechando los hombros del chico en un abrazo lleno de cariño.

Matt fijó la vista en la tumba. Se había formado una fila ante ella, la gente depositaba con sumo respeto flores sobre la tierra ennegrecida por la lluvia.

Su bisabuela no llevaba ausente de su vida ni un día completo y ya la extrañaba. Estaba seguro que la extrañaría por siempre. Aunque sabía que, de alguna forma, una parte de ella se quedaría a su lado por siempre. Y sin duda ese último por siempre era mucho mejor.

Su bisabuela había compartido grandes cosas con él. Le había enseñado tanto durante su vida que una parte de ella se había grabado en él igual que una huella marcada con un fierro al rojo vivo sobre su corazón.

Zalo le había dicho que lo más valioso de un hombre no es su orgullo o su fortaleza, sino su autenticidad. Y estaba seguro que él era auténtico gracias a lo que había aprendido de su bisabuela.

Y si él era un auténtico llorón, como su abuelo, lloraría con orgullo por la muerte de su bisabuela Lupe durante su sepelio, decidió, hundiendo la cabeza en el hombro de su abuelo y dejando salir al fin las lágrimas que lo atormentaban desde la tarde anterior...

La tarde cuando había tenido el presentimiento.

Su abuelo Zalo le había contado en más de una ocasión que los presentimientos que los integrantes de la familia Lobos poseían, provenían de un raro don heredado por sus ancestros mayas. Una especie de capacidad que compartían algunos miembros de su familia para ver muertos, predecir el futuro, hacer algunos embrujos y, en más de una ocasión, tener presentimientos como los suyos.

Y aunque Matt no creía una palabra de ello, pues su padre le había enseñado que esas cosas no eran más que locuras inventadas por la potente imaginación de su abuelo y su bisabuela, Matt no podía negar haber tenido ciertos presentimientos extraños en más de una ocasión. No podía describirlos. Eran como una sensación extraña, como un vacío en las entrañas que lo hacía sentir nervioso y con deseos de gritar. Como la ocasión en la que su caballo Tacho se rompió la pata y su padre debió sacrificarlo.

O el día en el que su amigo Raúl, el hijo de Aldo, el capataz de la hacienda, disparó por

accidente a Ben en el hombro. De no ser por la rápida intervención de Zalo, su hermano habría muerto desangrado.

El presentimiento que había tenido la tarde anterior no fue muy diferente. En ese momento estaba sobre su caballo, a mitad del monte, acompañando a sus hermanos en sus tareas diarias. No pudo hacer más que aguantarse la angustia que sintió hasta volver a casa. Por lo que fue el único que no se sorprendió cuando la noticia del repentino fallecimiento de su bisabuela los recibió...

El llamado de su abuelo lo sacó de la ensoñación en la que se había sumido y debió apartar sus pensamientos para concentrarse en las palabras de Zalo.

—M'ijo, toca algo lindo para despedir a tu bis —le pidió Zalo con una media sonrisa—. A ella le habría gustado tener música en este momento.

Matt levantó la vista del hombro de su abuelo, sus ojos humedecidos por las lágrimas. No se había dado cuenta del tiempo que había pasado, la ceremonia ya había concluido y ahora la familia se despedía de los restos mortales de su bisabuela dejando flores sobre la piedra esculpida que haría honor a la mujer que fue en vida su bisabuela. Era un ángel esculpido en mármol. El mejor que su padre había podido conseguir en la ciudad de Veracruz.

Matt inspiró hondo, echando una concienzuda mirada a la gente que los rodeaba. Buena parte del pueblo, sino es que toda la población de Santo Tomás de Aquino, había acudido al entierro de su bisabuela. Lupe no sólo había sido una de las primeras habitantes de la población, sino que en su labor como curandera y partera de la comunidad, conocía a cada uno de los habitantes nacidos en la localidad. Y era querida por todos ellos.

Su bisabuela sería por siempre una persona que quedaría marcada a fuego en la memoria de la gente que la conoció... y en él.

Miró a su abuelo y asintió. No le gustaba tocar en público, pero su bisabuela siempre alabó su forma de tocar la guitarra y también su voz. Los Lobos eran famosos por sus melodiosas voces y su forma de tocar la guitarra, el violín y el piano (que su padre había obligado a estudiar a cada uno de sus hijos, a pesar de las burlas de sus amigos de los ranchos vecinos), pero para la bisabuela Lupe siempre fue él el mejor dotado en el don de sacar música a las cuerdas de la guitarra. Según palabras de su propia bisabuela, rasgaba con tal sentimiento las cuerdas de su guitarra que tenía la capacidad de robar lágrimas a las mismas rocas gracias a su música.

Deseaba que su bisabuela se fuera con el recuerdo de esas notas que tanto había amado en vida.

Era el único regalo que podía ofrecerle como despedida, ahora que ella estaba en el más allá.

Matt tomó su violín y se posicionó frente a la sepultura. Con su abuelo acompañándolo a su lado con el violín, y sus hermanos mayores con sus propias guitarras y violines, comenzaron a tocar una melodía suave y profunda.

La gente en profesión se detuvo a escuchar, moviéndose sólo para dejar una flor sobre la montaña de flores que iba creciendo a medida que la gente pasaba. Las cuerdas de Matt sobresalieron sobre las demás, un solo acompañado del coro de las otras cuerdas que añaden fuerza al sentimiento de aflicción y libertad que acompañaba esa sola melodía.

Cuando Matt terminó de rasgar la última cuerda, dejándola resonar en un eco que vibró con su mismo corazón, sus ojos ya no eran los únicos húmedos. Su padre, de pie al otro extremo, lo miraba fijamente, en sus labios la curva de una suave sonrisa y sus mejillas surcadas por las lágrimas que hasta entonces no había logrado derramar. Pero lo que más conmovió a Matt fue leer, como si hubiera sido escrito con lápiz y papel, el orgullo en los ojos de su padre.

No había vuelto a ver esa mirada en los ojos de su padre desde el día en el que habían discutido sobre su futuro, dos semanas atrás. Richard quería enviarlo a estudiar al colegio de Londres al inicio de ese otoño, como había hecho con sus hermanos mayores. Ahora era su turno, le había dicho padre, pero él no era igual a sus tres hermanos mayores. Él amaba la vida en el campo, el calor húmedo de Veracruz, correr a todo galope por el territorio que unía a El Janto, el rancho de su abuelo, con la hacienda La Guadalupana de su padre. Trabajar hombro con hombro con los recogedores de la siembra de café y mover el ganado por los pastos, cabalgando al lado de sus hermanos.

Es lo que era él, un vaquero, un ranchero, no un fino señorito de ciudad. Su padre lo había sido de joven y cambió su vida de dandi por la de un hacendado. Ahora pasaba más tiempo montado sobre la silla de un caballo y cubierto de polvo y sudor por el trabajo de sol a sol en la hacienda, que visitando los salones de fiesta como correspondía a un conde inglés como él. Y es que eso era su padre, un conde. ¡Un condenado conde! Y ahora él quería que siguiera sus pasos, tal como habían hecho Alexander, Ben y Will. En septiembre llegaría su turno de partir a Inglaterra, y por más excusas que había dado, su padre estaba reacio a cambiar de idea. La única posibilidad de dejarlo en casa había sido el hecho (muy cierto) de que Matt no quería partir y correr el riesgo de que su bisabuelita, de casi cien años de edad y con la salud mermada unos meses atrás, falleciese estando él ausente. Incluso padre comprendía el lazo que lo unía con su bisabuela, a la que siempre había querido como una segunda madre. Pero ahora que ella se había ido, no había nada que impidiera a su padre enviarlo a estudiar lejos de su hogar.

En procesión, los hermanos regresaron a casa. La hacienda La Guadalupana era una de las más grandes de la zona, así como la casona que su padre había construido para su madre y la numerosa familia que ella siempre había soñado tener, por lo que no tuvieron problema en recibir a todos los dolientes, que acudieron con bandejas de comida y Aves Marías en los labios para dar el pésame a la familia.

Matt se mantuvo aparte, observando de lejos a las personas que lloraban en silencio por la muerte de su bisabuela. Muchos de ellos la conocían, pero ninguno como él. Su bisabuela había sido su mejor amiga, la ancianita con sonrisa de niña que siempre tenía un trozo de chocolate que regalarle cuando su madre no veía; su cómplice en hacer trampa en los juegos de mesa gracias a los que ganaba incluso al listo de Ben; la que lo ayudaba a curar a los animalitos del monte que traía heridos a casa después de rescatarlos de una muerte segura, y la que le ayudaba a esconderlos en el cobertizo para que su padre no lo obligase a dejarlos una vez más en el bosque.

—M'ijo, creo que a ti te haría bien tomar un poco de aire fresco —la voz de Zalo sonó triste. Era el único que se había quedado aparte compartiendo el rincón con él. El anciano y él eran iguales. Después de todo, Zalo era igual a su madre, su adorada bisabuela Lupe—. Me han avisado que Tlaloc volvió a escaparse. He visto las nubes y se avecina una tormenta, mejor ir a

buscarlo ahora o podría resultar herido, ¿te gustaría venir conmigo?

El alivio de Matt fue evidente en su rostro. Nunca había sido muy sociable, y en cuanto a una pena, prefería vivirla solo y a su modo, no rodeado de un montón de gente. Sin embargo, era el funeral de su bisabuela, y no creía correcto el marcharse así como así. Además, a su madre no le gustaría nada, y Matt prefería enfrentarse a un huracán que al mal genio de su madre cuando se enojaba.

—Tranquilo, m'ijo —Zalo apoyó una mano sobre su hombro, haciendo un gesto con la cabeza para señalar a su madre, de pie cerca del piano, donde Alexander tocaba una melodía triste—, ha sido ella quien ha sugerido que me acompañaras.

Matt arqueó las cejas, sorprendido. Los ojos oscuros de su madre, tan negros como dos perlas negras, se fijaron sobre él. Por un momento Matt se preguntó cómo podía ser que tanto él como sus siete hermanos hubieran heredado los ojos claros de su padre, a él le hubiese gustado tener unos ojos tan negros como los de ella. Bendita Roxy, que era la única que había heredado el cabello negro y los ojos de obsidiana, una copia al carbón de su madre.

Lupita le dedicó una ligera sonrisa y asintió, su barbilla alta como siempre. Nunca había visto a su madre inclinar la cabeza ni los hombros ante nadie, era la mujer más fuerte y orgullosa que conocía, sin embargo, en esa ocasión, lucía ligeramente... frágil.

—Ella sabe lo mucho que querías a tu bisabuela —Zalo continuó hablando—. Mi madre y tú compartían un lazo especial que nadie podrá reemplazar. Como ella, eres un alma salvaje, tu corazón está allá fuera, entre los campos y el cielo abierto. Tu madre lo sabe tanto como yo, o tu bisabuela... Ella querría que salieras, que superaras tu pena a tu manera. No en esta habitación, no con esta gente —suspiró, mirando a su hija con una sonrisa triste—. Sé que mi Lupita querría lo mismo para ella, pero a veces, ser adulto es más difícil de lo que parece... Su lugar está entre esta gente, siendo la dueña de su casa, cuando su corazón desearía estar arriba del lomo de un caballo, galopando hacia el horizonte.

—Pobre de mamá... —Matt le dirigió una mirada triste a su madre. Ahora que observaba con más cuidado, se daba cuenta de lo afligida que estaba, a pesar de sus intentos de parecer fuerte ante los demás.

—Ella eligió su camino, hijo mío —la sonrisa de Zalo se ensanchó cuando Richard abrazó a Lupita por los hombros, otorgándole consuelo a pesar de que ella claramente intentaba sostenerse por sí misma. Su madre finalmente se dejó abrazar, compartiendo su aflicción con su marido, quien la estrechó con más fuerza. Juntos, en su propio mundo, se apartaron a un rincón donde pudieron llorar en silencio.

—¿El camino que eligió madre fue el que había elegido padre?

—Podría decirse que sí, aunque yo diría que tu madre eligió a tu padre como su camino.

Matt torció los labios en una mueca. Le costaba entender el motivo por el que su madre había elegido a su padre. Sabía por muchas fuentes que Lupita Lobos fue (y continuaba siendo) una beldad en Veracruz. La mayoría de los hombres del pueblo estaban enamorados de ella (según su abuela, todos ellos, e incluso venían de otros lugares a pedir su mano), pero ella terminó escogiendo al capataz extranjero que Zalo contrató para manejar el rancho.

Nunca se imaginó que había contratado al hijo de un conde inglés autoexiliado.

Y lo que el conde nunca esperó fue encontrarse al amor de su vida en la joven de carácter más fuerte que conoció jamás, y que fuera ella quien lo pusiera a trabajar de sol a sol a cambio de ganarse el derecho de ser reconocido como un trabajador verdadero, y no un vago al que pudiera lanzar a patadas a la calle a la primera oportunidad, como ella había querido desde el primer momento en que lo vio. El orgullo de Richard, su padre, lo hizo demostrar su valía a esa temperamental joven. Trabajó más que todos los peones y se ganó la estima de Zalo en poco tiempo, a pesar de la reticencia de su hija. Y es que la verdadera razón por la que ella lo quería tan lejos de su vida, era por la instantánea atracción que surgió entre ambos desde el primer momento en el que se conocieron (al menos así le contó la historia su bisabuela). El final de la historia era más claro que el agua, sus padres se rindieron a lo inevitable: siempre estuvieron locamente enamorados el uno del otro y se casaron. Claro que su madre no supo hasta después que su esposo se había convertido en conde y por lo tanto ella en condesa. El cielo ardió en ese momento, pero las cosas volvieron a tomar su camino habitual, como siempre. Con la diferencia de que ya con la verdad de su pasado al descubierto, y la realidad del duro futuro que deberían enfrentar sus hijos, Richard se empeñó en dar a sus hijos la mejor educación posible.

Richard siempre se había empeñado en enseñarles a sus hijos el valor del trabajo duro y a ganarse con sus propias manos el sustento. Prácticamente había subido a cada uno de sus hijos a la silla de un caballo desde el momento en el que el niño tuvo la fuerza suficiente para levantar la cabeza. Al cumplir los cinco los llevaba a conocer los campos, montados sobre sus rodillas, y a los nueve ya comenzaban a participar en las jornadas diarias de rodeos por la hacienda y el rancho de sus abuelos, preparándolos así para un futuro duro y lleno de trabajo.

Richard Collinwood no iba a permitir que sus hijos se convirtiesen en unos hijos del vicio y del dinero fácil. Su ideal era enseñarles desde pequeños a valorar cada cosa que recibían, desde la comida en su plato hasta el techo bajo el que dormían.

Y con ese mismo ideal, comprendía que una buena educación ayudaría a sus hijos a superar todos los obstáculos que la enseñanza de la vida diaria no pudiera darles. Era precisamente su educación lo único que le era útil de su antigua vida, pues gracias a sus conocimientos había logrado llevar los libros de cuentas, conocer de mercados, de cifras, zonas, animales e incluso plantas. Gracias a ella había logrado llevar a flote el rancho de Zalo, que peligraba en los momentos en los que él llegó a México, y así mismo, comprar su propia tierra y hacerla tan productiva como para ponerse a la par de las mejores cafetaleras del mundo.

Y era precisamente eso lo que buscaba legarles a sus hijos. Ellos algún día heredarían la hacienda La Guadalupana. Y deberían saber llevar las riendas del negocio, tanto en el campo como en los libros.

No serían unos más de esos ricachones que amontonaban tierras y haciendas para vivir holgadamente de sus ganancias en el extranjero, sin pisar ni una sola vez sus propiedades ni preocuparse de sus trabajadores, como ocurría en tantos otros lugares de México.

Sus hijos serían buenos hombres, trabajadores, honrados, empeñosos y humanitarios. Serían como Zalo. El vivo ejemplo de hombre que Richard quería que sus hijos alcanzaran algún día.

Y aunque Matt lo entendía, no podía dejar de sentirse como si lo estuvieran exiliando de todo su mundo al mandarlo tan lejos...

Inglaterra era precisamente eso para él: otro mundo. Era como viajar a otro planeta. Alexander, el mayor, heredaría el dichoso título (ya tenía uno, había escuchado una vez, pero él entendía tan poco de eso como del tema de los retortijones que atacaban a las mujeres una vez al mes). Además, no podía interesarle menos. Si Alexander era el mayor, que él llevara los libros. Matt estaba contento con lo que aprendía todos los días en la escuela del pueblo y lo que Zalo le enseñaba sobre los lomos de un caballo. No quería viajar, tampoco quería marcharse de México, ni mucho menos mudarse a vivir a un país frío donde nunca salía el sol, lleno de dandis de cara blanca y narices alzadas.

Esa noche, bajo un cielo cubierto de estrellas, Matt agradeció en silencio la posibilidad de estar montado sobre su potro, y no dentro de ese salón repleto de gente escuchando sus rezos y llantos, mientras su corazón sólo deseaba desahogar su pena. Ahora podía hacerlo, teniendo al velo de la oscuridad como único cómplice.

Zalo detuvo su montura unos metros más adelante y bajó de ella. Matt se apuró a secar las lágrimas que aún sentía en sus mejillas con un discreto gesto de la mano que camufló al quitarse el sombrero. De un ágil salto, pasó la pierna sobre la silla y se apeó también de su caballo.

—Creo que lo mejor será que acampemos aquí esta noche, cachorro. Dudo que logremos algo más cansándonos en vano.

Matt asintió y se dedicó a quitarle la montura a su potro. Después de que su abuelo comenzó a quitar las alforjas, se puso a buscar algo de leña para hacer un fuego. La noche era cálida, pero lo mejor era tener un poco de luz para mantener a los animales a la distancia.

—¿Lo vas tomando mejor, cachorro? —le preguntó su abuelo una vez que estuvieron sentados frente al fuego, cada uno con una taza de café y un plato caliente de sopa en las manos.

Matt asintió, aunque no se sentía así en absoluto.

—Yo tampoco me siento muy bien... —Zalo suspiró, fijando sus oscuros ojos en el inmenso firmamento—. Mi madre fue mi gran amiga por demasiados años. Será difícil acostumbrarme a vivir sin ella.

Matt lo miró, estudiando con detenimiento las facciones de su rostro. Su abuelo era bajo en estatura en comparación a él. Matthew podía tener trece años, pero era alto para su edad. Hacía casi un año que había sobrepasado la altura de su abuelo, y ahora prácticamente le sacaba una cabeza. Sin embargo la actitud que el muchacho demostraba hacia él era una de completa devoción y respeto. Y es que era así como Matthew se sentía hacia Gonzalo Lobos. Lo amaba tanto como si fuera su propio padre, y no es que a éste lo quisiera menos, pero su padre era su padre y su abuelo su abuelo. Podía ser que su abuelo no fuera muy alto, pero para él no había hombre más grande. En los surcos de su rostro moreno, en el cabello canoso que caía sobre sus hombros, en sus manos nudosas, todavía fuertes y llenas de callos por el trabajo, Matt no sólo veía a un gran rancharo, sino a un gran hombre, en toda la extensión de la palabra. Un hombre al que admiraba con todo su corazón.

Su abuelo siempre lo había conocido, sin necesidad de palabras podían compartir todas las ideas, casi como si le leyera el pensamiento, tal como había hecho ahora. Con su abuelo, Matthew

podía ser él mismo, sin necesidad de intentar agradar a nadie.

Gonzalo Lobos no sólo amaba el campo y los caballos tanto como él, sino que poseía una habilidad natural para comunicarse con estos animales, habilidad que Matt había heredado, y que Zalo orgullosamente le había enseñado a pulir. Compartían horas, días, incluso semanas dando paseos por la hacienda La Guadalupana, propiedad de sus padres, o por el rancho El Janto de sus abuelos, y que, conforme a su promesa, algún día él heredaría.

Ése era el más grande sueño de Matthew.

Su padre criaba ganado y tenía un gran futuro en el cultivo de cafetales, y estaba bien, pero el amor de Matthew eran los caballos. Su abuelo había dedicado la vida entera a criar caballos y su sueño era que, un día, alguna de sus potrancas diera a luz al más maravilloso ejemplar que pudiera existir, del que nacería el origen de toda una nueva raza. Su nombre pasaría a la posteridad con ella, y por siempre sería reconocido como el hombre que creó la mejor raza de caballos. Y Matthew tenía la firme intención de ayudar a su abuelo a alcanzar ese sueño.

Su abuelo le hizo una seña para que no se moviera, un gesto apenas perceptible con la mano. Matthew se quedó estático en su lugar, sabía muy bien lo que eso significaba. Había oído algo...

Juntos se pusieron de pie sin hacer un sonido. Matt habría apagado el fuego, pero era mejor no hacer ningún cambio en el entorno que avisara a lo que fuera que su abuelo había encontrado que estaban al tanto de su presencia.

Caminaron con lentitud por el campo sin hacer un solo sonido. Zalo lo había entrenado muy bien al respecto. Entonces Matt lo vio: Tlaloc. El potro azabache al que buscaban, se encontraba a unos cien metros de ellos.

Su abuelo se separó, haciéndole un gesto para que él continuara por el camino contrario. Llegarían a él cada uno por un costado, acercándose poco a poco al animal para no asustarlo. Era otra de las cosas que a Matthew le agradaban de su abuelo, de ser posible, siempre evitaba usar la violencia.

Zalo hizo una nueva seña, un minúsculo gesto que habría resultado imperceptible para ojos no entrenados, y ambos continuaron avanzando. El potro los veía, por supuesto, se habían situado dentro de su campo de visión a propósito. Tlaloc había nacido en sus caballerizas, los conocía desde su nacimiento, ésa era un arma a su favor; el potro los reconocería y terminaría acercándose por sí mismo.

Ya el sol comenzaba a salir por el horizonte cuando el caballo resopló, bajó la cabeza y golpeó el suelo con la pezuña delantera. Era la señal.

Gonzalo se adelantó y alzó las manos para tocarlo por el cuello. El caballo buscó la caricia y se aproximó a él.

Matthew sonrió, les había tomado toda la noche, pero finalmente habían conseguido el objetivo.

—Ahora m'ijo, pásame la cuerda —le pidió su abuelo, extendiendo delicadamente una mano para no asustar al caballo. Matthew así lo hizo, el anciano lazó el cuello del animal y lo llevó con ellos. Una vez más en el campamento, ató al animal una rama cercana—. Condenado Tlaloc. Vaya que nos hiciste trabajar el día de hoy —bromeó, sin dejar de palmear el cuello azabache del caballo.

—¿Deseas que volvamos ya, abuelo? —preguntó Matt, cuando nieto y abuelo se dispusieron a encender una vez más el fuego y calentar lo que quedaba de sus alimentos (lo que no había sido devorado por las hormigas).

—En realidad, me gustaría descansar un rato, cachorro. Puede que tú tengas fuerzas para volver, pero mis huesos de viejo están molidos —bromeó, aceptando la taza de café que Matt le tendía.

Matt sonrió a pesar de que ya comenzaba a vislumbrar a qué iba su abuelo. Lo conocía demasiado bien, su abuelo podía ser viejo, pero todavía podía pasar una semana entera en el campo sin descanso y estar más fresco que si hubiera dormido en un mullido colchón de plumas tres días seguidos. El campo era su mundo, ahí estaba en su salsa, como solía decir su abuela Calita cuando hablaba de su marido y sus constantes viajes al monte.

No, el motivo por el que su abuelo quería quedarse era otro, seguramente una charla. Y Matt comenzaba a temer de qué trataría...

—¿Crees que tu abuela me cuelgue de los cojones cuando se dé cuenta de que me fui sin avisarle?

Matt tosió el café que se le fue por la nariz cuando su abuelo soltó ese comentario.

—¿No le contaste?

—¡Claro que no! Tu abuela no me habría dejado salirme del funeral de mi madre. Preferí irme a escondidas y pedir perdón cuando regrese.

—Como si esto te fuera a ayudar —bromeó Matt.

—Tienes razón —Zalo se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo largo, muy largo—. ¿Me sirves un poco más de café, cachorro? Será el último que pruebe por un buen tiempo. Cuando se pone de malas, a tu abuela le encanta recordarme lo que me manda el médico.

Matt soltó una risita y llenó la taza hasta el tope.

—Quizá sería bueno que le hicieras caso. El doctor dijo que tu corazón resentiría tanto café.

—Lo único que resiente mi corazón son las cuentas de ese medicucho de oficina. Qué va a saber él de un hombre de campo, si se la ha vivido metido tras un escritorio toda su vida. Yo sé lo que es mejor para mí, es mi cuerpo al fin y al cabo. Además, no le tengo miedo a la muerte.

—Pero sí a mi abuela.

Zalo sopesó las palabras y terminó por asentir.

—Pero sí a tu abuela —repitió, provocando que ambos soltaran carcajadas.

En pocos minutos los dos se encontraron sentados frente a las llamas, bebiendo café y gastando bromas de lo que diría Calita cuando regresaran.

—Esa esposa mía sabe ser dura a veces, sin ninguna duda. Mira que traernos a nosotros dos, hombretones hechos y derechos, preocupados por la regañina que nos va a poner cuando lleguemos de vuelta a casa, no es algo de lo que cualquiera pueda jactarse. Calita me hace sentir muy orgulloso de ser su marido, sin ninguna duda. Aunque en ocasiones me pone tan nervioso que me habría gustado encontrar un camino diferente como monje y célibe.

—Sí, seguro que así tus cojones estarían a salvo —bromeó Matt, provocando que ahora fuese su abuelo el que se atragantara con el café. Ambos rieron de viva gana hasta que les dolieron las costillas.

—De cualquier modo, mi camino ya está recorrido y no escogería otro —dijo Zalo tras un largo rato, secándose con la palma de la mano las lágrimas que habían asomado por sus ojos—. Tu abuela es el amor de mi vida, y mi vida misma. Es su fuego lo que amo, de lo que me enamoré. El mismo fuego que heredó tu madre, y del que se enamoró tu padre. Cuando tú te busques una mujer, hijo, busca lo mismo en ella. Debes ver fuego en sus ojos, de otra manera terminarás aburriéndote.

—Yo no voy a casarme, abuelo.

—¿Cómo que no vas a casarte? ¿Es que no deseas formar una familia? ¿Tener hijos?

—Tengo siete hermanos, cuatro de ellos menores, ¿para qué querría más niños? ¡Estoy harto de los niños!

El anciano soltó una carcajada y palmeó al muchacho en la espalda.

—Eso piensas hoy, porque sólo eres un escuincle, un niño. Aún no has madurado lo suficiente para saber de lo que te hablo. Pero algún día crecerás, serás un hombre, y querrás tener una esposa a tu lado que te dé amor e hijos a los que enseñar y transmitirles lo que amas.

—No lo sé abuelo, me gusta la soledad —Matt se encogió de hombros, fijando la vista en su taza de café—. Si por mí fuera me quedaría en estos parajes toda la vida.

—Un hombre necesita algo más que un caballo para vivir, hijo mío —el anciano le dedicó una cálida mirada con esos grandes ojos negros que tenía—, a veces la soledad puede ser sobrecogedora, y es en momentos como éstos cuando deseas echar el tiempo atrás y cambiar las cosas. Pero el tiempo no va para atrás nunca, y lo que hagas ahora marcará toda tu vida, y te guste o no, las decisiones que hayas tomado serán las que marcarán tu camino en el futuro. Y mejor recorrer ese camino con una compañera de la mano.

Matthew fijó la vista en las llamas del fuego.

—No creo que haya una mujer así para mí. No soy como mis hermanos, tampoco como los otros chicos... Me gusta la soledad, y eso a las chicas no les atrae.

Zalo soltó una ronca carcajada.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Matt, medio enfadado. No le gustaba que se rieran de sus sentimientos, menos cuando pocas eran las veces que los compartía.

—Te lo dije, hijo. Aún no has conocido lo suficiente de la vida para comprender lo que acabas de decir —palmeó su espalda una vez más, y esta vez estrechó su hombro en un apretón cariñoso—. Las mujeres aman a los solitarios, m'ijo. Vas a arrasar en el mercado femenino cuando entres en él.

Matt arqueó una ceja. No entendía una palabra, pero no lo iba a decir.

Su abuelo, adivinando como siempre lo que pasaba por su cabeza, sonrió y se llevó el café a los labios para dar un largo trago antes de decirle:

—Tu madre era igual a ti, m'ijo. Y mírala ahora. Ella decía que nunca se casaría, que pasaría su vida entera sobre la silla de un caballo y acampando conmigo a mi lado, y ahora su vida está al lado de su marido y de sus propios hijos.

—Yo no seré como ella —Matt agachó la vista—. Yo no cambiaré de parecer.

—Tu madre escogió su propio camino, hijo. Tú decidirás el tuyo. Sea el que sea, será el correcto.

Matt sonrió, con una sonrisa apenas perceptible.

—Y quién sabe, tal vez te equivoques y allá afuera esté la jovencita perfecta destinada a robarte el corazón. Tal vez, algún día te decidas a encontrar a esa mujer que se convertirá en tu camino, y te decidas a emprender el camino de la vida tomado de su mano.

1

Kent, Gran Bretaña. Diciembre de 1883

ALISSA ADORABA LA NAVIDAD en todos sus sentidos; adoraba el aspecto sonriente que solía tener la gente mientras caminaba por las calles, adoraba el aroma a castañas y pasteles recién horneados por todos los rincones de la casa, las galletas navideñas y el árbol de Navidad, los villancicos, la nieve y, sobre todo, la posibilidad de convivir con su padre toda una semana. Y es que si existía algo que Alissa adoraba por encima de todo, incluso más que la Navidad, era a su padre.

Cada año su padre se tomaba una semana libre para convivir únicamente con ella. Una semana maravillosa que Alissa esperaba con ansia todo el año, pues su padre dejaba de lado los finos trajes y las elegantes cenas con empresarios para disfrutar comiendo pastelillos caseros, vestido con un simple suéter mal tejido por Alissa y pantuflas de piel de conejo. Juntos leían historias de la Biblia, tal como habían hecho durante los días en los que vivía su madre, cantaban villancicos mal entonados y bailaban de forma despaturrada valeses en el salón, los mismos valeses que algún día bailarían en los grandes salones de fiesta de Londres.

Sin embargo, ese año su padre, lord John Goldbridge, había decidido no pasar las vacaciones de Navidad en su cómodo y cálido hogar en Londres, sino partir a Saint Anne, su propiedad en Kent, donde no sólo tendrían que convivir con cientos de sirvientes, necesarios para poner esa inmensa casona en marcha, sino que pasarían la mayor parte de su tiempo libre, incluida la Nochebuena, en casa de un vecino cercano y amigo de su padre, lord Richard Collinwood, el conde de Hendingham.

Por las conversaciones mantenidas con su padre, Alissa había sacado la conclusión de que Richard Collinwood era un hombre extraño, incluso excéntrico a ojos de la mayoría de la sociedad londinense. En lugar de actuar como la mayoría de los nobles a los que Alissa conocía, conviviendo con la alta sociedad entre fiestas, cenas elegantes y clubes sociales, el conde de Hendingham había decidido dejar atrás las costumbres de sus antepasados y vivir la vida de un modo completamente diferente, haciendo caso omiso de lo que los demás pudieran opinar al respecto. A diferencia de sus congéneres, decidió seguir su propio sueño y dedicarse a la cría de

ganado y el cultivo de café, su gran pasión. Conforme a lo que le relató su padre, lord Collinwood había viajado a México con la intención de criar una raza de bovinos de salud fuerte que produjeran más leche con menos recursos. De esa manera, ayudaría a poblaciones donde las condiciones de vida fueran difíciles. Con respecto a las cafetaleras ya era reconocido internacionalmente por la exquisita calidad de su café.

Esto, a los ojos de la joven, lo convertía en una persona digna de admiración y de su total interés. Habría preferido pasar las navidades junto a ese excéntrico y su familia a tener que hacerlo junto a los aburridos conocidos de su padre, esas momias de la alta sociedad que podían ser tan fastidiosos en ocasiones.

Además, sabía que su padre estaba muy contento por el encuentro con su antiguo amigo. A lo largo de los años se habían mantenido en contacto por correo, sin embargo, por distintas circunstancias John y Richard no habían tenido oportunidad de verse. Razón por la cual lord Hendingham insistió tanto en que John aceptara su invitación para pasar las vacaciones navideñas en su residencia en Kent. Saint Anne era vecina a Collinwood Hall, la propiedad del conde de Hendingham, y ambos amigos podrían convivir a sus anchas y ponerse al día sobre sus respectivas vidas.

Alissa no dudó en consentir el viaje desde un principio, aunque aquello significase sacrificar el tiempo al lado de su padre. Conocía el delicado estado de salud de John, y cualquier sacrificio que hiciera feliz a su padre, y por el mismo motivo, alargara su vida, bien valía la pena.

Aunque ese sacrificio significase tener que pasar las fiestas en Collinwood Hall, una propiedad similar a un castillo que siempre le había provocado calosfríos.

Ella prefería las casas pequeñas y cómodas, acogedoras en todos los sentidos, con un salón diminuto donde una persona pudiera sentarse frente al fuego de la chimenea con una deliciosa taza de té caliente y un libro en las manos. Un castillo de la talla de Collinwood Hall estaba muy lejos de ser hogareño. Por el contrario, era frío y aterrador; era una propiedad colmada de espectros por todos los rincones. Y si había algo en el mundo a lo que Alissa temía, era a los fantasmas.

De niña juró ver el espectro de su difunta madre en cientos de ocasiones, hasta que su padre le dejó claro, con su infinita amabilidad y paciencia, que las visiones no eran reales, y sólo se trataban de su imaginación jugándole una mala pasada. No obstante, tener que pasar tiempo en ese castillo medieval, y aún peor, por las noches, aunque fuese durante las fiestas, le provocaba un escalofrío similar al terror que le provocaban los rincones oscuros siendo niña.

—Alissa, no me digas que continúas sintiéndote triste por no pasar la Nochebuena en casa, como siempre.

Alissa se giró al escuchar la voz de su padre y corrió a besarlo en la mejilla.

—Por supuesto que no, me siento sumamente feliz, papá.

—A mí no me engañas, mi pequeña princesa —acarició su rostro con suma ternura—. Sé que estabas ilusionada con la idea de pasar las vacaciones en casa a solas conmigo, como todos los años. Perdona que te sacara de tu cómodo salón, pero no podía dejar pasar la oportunidad de saludar a mi querido amigo Richard. Ahora que ha vuelto de México después de tantos años a pasar una temporada en Kent, no podía desairar su invitación.

—No tienes necesidad de excusarte conmigo, padre. Lo entiendo muy bien, y te aseguro que

será agradable pasar una noche distinta. Siempre que esté contigo, todo será perfecto.

John sonrió y abrazó a su hija con mucho afecto, ocultando el dolor en las articulaciones que ese sencillo movimiento le provocaba.

Al separarse de ella, no pudo menos que sentir una punzada en el corazón, mezcla de dolor y orgullo. Hacía unos meses su hija no era más que un montón de huesos y piel. Una muchacha larguirucha sin mucha forma de mujer. Pero ahora tenía ante él a una jovencita resplandeciente en belleza y elegancia, una mujer en toda la extensión de la palabra.

—Padre, ¿qué te sucede? —le preguntó Alissa, preocupada al notar las lágrimas que asomaban por los ojos de su padre—. ¿Te sientes indispuerto?

—Nada de eso, querida mía —sonrió él, pasando cariñosamente una mano por su mejilla—. Es el orgullo de padre lo que me provoca estas lágrimas. Estás preciosa, mi dulce ángel. Eres igual a tu madre.

—Oh, papá... —Alissa no pudo evitar sonreír, abrazándolo y apoyando la cabeza en su pecho—. Eres siempre tan bueno, podrías ver en mí a la beldad de Londres, cuando no soy más que un patito feo.

—Nada de eso, mi dulce niña. Te has convertido en una mujer preciosa, una verdadera beldad por la que los caballeros de Londres harán cola para cortejar. ¿Y qué haré yo, querida mía?

—¿A qué te refieres, padre? —Alissa levantó la vista, desconcertada.

—Te has vuelto una mujer de enorme belleza. Los pretendientes no tardarán en enfiar por nuestra puerta, dispuestos a pedir tu mano. ¿Cómo haré yo para protegerte de todos ellos? Estoy seguro de que más de uno se batirá en duelo por tu amor, ¿y qué podrá hacer un pobre viejo como yo para evitarlo?

Alissa sonrió, sabía que su padre bromeaba, aunque notaba cierta amargura en sus palabras.

—No temas, padre. No pienso casarme nunca.

—Eso ya lo veremos.

—No necesito ningún hombre en mi vida más que tú, mi adorado padre.

—¿Están ya todos listos? —una voz femenina interrumpió su conversación.

Alissa se separó bruscamente de su padre al escuchar esa voz, capaz de irritarla hasta lo más profundo de las entrañas.

—Estamos listos, Anne Marie —contestó John afablemente, girándose hacia su sobrina que venía avanzando por el corredor.

Alissa le dedicó una mirada airada. Anne Marie podía ser su prima, pero era el ser humano más desagradable con el que se había topado en la vida. Su madre, la hermana de John, había muerto el verano pasado en un repentino accidente de coche. Había llegado a vivir a su hogar en Londres poco después del incidente. Consciente del dolor que debería estar viviendo, Alissa intentó mostrarse lo más amable posible con su prima. Sin embargo, Anne Marie era una joven altiva y descarada, no sólo había rechazado sus muestras de amabilidad, sino que se había burlado abiertamente de los intentos de Alissa por caerle bien. Con el tiempo se habían llegado a detestar a un punto cercano al odio.

—En ese caso, deberíamos partir ya. De por sí vamos tarde —Anne Marie le dedicó una mirada airada a su prima, provocándola a propósito.

Alissa frunció el ceño, pero no contestó. No iba a concederle eso a su prima ni tampoco desatar una tempestad frente a su padre, y Anne Marie lo sabía muy bien. Ya se la pagaría más tarde esa... bribona.

—Vamos ya, Anne Marie tiene razón —convino John, tendiéndole un brazo a su hija y otro a su sobrina para acompañarlas por las escaleras—. No debemos llegar tarde a casa de mi amigo, ha de estar esperándonos en la puerta, y tras tantos años vividos en México, ha de estar congelándose hasta el último hueso.

★ ★
★

Collinwood Hall era la mezcla perfecta de lo antiguo con lo moderno. Construido sobre los cimientos de un antiguo castillo medieval, tenía más aspecto de fortaleza que de un palacio, pero sin duda, poseía la elegancia propia de un rey.

La hermosa fachada del edificio había sido decorada con temas navideños. Desde el camino principal hasta la entrada, velas encendidas guiaban el camino de los carruajes de los invitados a la fiesta. De las numerosas ventanas colgaban llamativas guirnalda hechas de ramas de abeto y flores silvestres secas. Bañado bajo la luz de las numerosas antorchas, el lugar lucía magnífico.

Seguramente los invitados congregados en la entrada opinaban lo mismo, en el lugar, el ambiente desenvuelto estaba colmado de alegría y de risas, algo raro en esas personas tan serias incluso en Navidad.

Alissa miró en derredor con cierto recelo. Ese castillo nunca le había gustado demasiado, pero debía admitir que esa noche lucía esplendoroso, y en esa ocasión, acogedor.

En cuanto se detuvieron ante la entrada, Anne Marie bajó del coche de un salto, dejándola atrás a propósito. Alissa, molesta, le dedicó una mirada que suavizó en el instante en que su padre le tendió una mano para ayudarla a descender después de hacerlo él. La noche era fría, y a pesar del grueso abrigo de lana que traía puesto, al salir del carruaje, Alissa sintió el cambio de aire con un escalofrío que le recorrió la espalda.

—Será mejor que entremos, no quiero que te enfermes, hija mía —le dijo su padre preocupado, tomándola del brazo para conducirla escaleras arriba con la delicadeza y devoción que le dedicaría a una niña pequeña.

Anne Marie, ya arriba de las escaleras, los esperaba con una expresión adusta en el rostro, impaciente por entrar. Alissa no disimuló el placer que su andar pausado provocó en el ceño de su prima, cada vez más fruncido.

Sin embargo, al llegar a la cima de las escaleras, no tuvo tiempo de regodearse con la molestia de su prima. Su anfitrión los esperaba en la puerta, sonriendo de oreja a oreja mientras se aproximaba a John con los brazos abiertos para saludarlo. Se unieron en un caluroso abrazo que dejó a Alissa de pie a un costado, sonriendo tímida pero sinceramente, por la alegría de su padre. Sólo por ver la expresión de su rostro en ese momento, valía la pena el sacrificio de la noche.

—Querido amigo, me hace tan feliz verte —escuchó decir a su padre, aún con el rostro pegado al hombro de Richard Collinwood.

—Ni la mitad de lo que a mí me alegra verte, viejo amigo —respondió Richard, palmeándole

la espalda—. Siento que ha pasado toda una eternidad desde la última vez que nos vimos.

—Ya lo creo. En ese entonces aún eras joven y tenías un par de hijos, no un equipo de fútbol completo.

El conde soltó una carcajada.

—Y tú tampoco estabas casado ni eras padre —contestó Richard después de dejar de reír, girándose hacia Alissa—. Supongo que esta hermosa jovencita es tu hija.

John se volvió para tenderle una mano a su hija en un gesto paternal, invitándola a acercarse.

—Tu suposición es correcta, amigo mío. Te presento a Alissa, mi hermoso ángel y la luz de mi vida —le sonrió con el cariño paternal reflejado en el rostro—. Alissa, este viejo y ruidoso hombre es mi más querido amigo, Richard Collinwood.

Alissa hizo una venia, esforzándose por lucir lo más elegante posible y así conseguir que su padre quedara bien parado con lo que había dicho de ella.

—Es un placer conocerle, milord.

El conde sonrió de oreja a oreja, aproximándose a la joven para darle un caluroso abrazo.

—Llámame tío, Alissa. Tu padre más que un viejo amigo, es para mí un querido hermano —le dijo con voz paternal, alejándose para observarla mejor—. Eres toda una belleza, jovencita. Seguramente lo habrás sacado de tu madre, porque no te pareces ni una pizca a tu padre, ¡gracias a Dios! —John fue ahora el que se rio a carcajadas, palmeando a su amigo en el hombro.

—En eso tienes mucha razón, Richard. ¿Y qué hay de tu mujer? Me muero de ganas de saludar a Lupita.

—¡John! —gritó una mujer justo en ese momento. Alissa se sobresaltó ligeramente al escuchar esa potente voz femenina acompañada con unos pasos ágiles y firmes, y por poco se va de espaldas al percatarse que la causante de aquel escándalo era una menuda mujer. Ella corrió directamente hacia ellos y se lanzó a los brazos de John, como si se tratara realmente de su hermano—. ¡Al fin te vuelvo a ver, John, querido amigo! —le dijo ella en un inglés con un acento mexicano muy marcado—. ¡No sabes el gusto que me da volver a verte!

—¡Lo mismo digo, Lupita! —John se fundió en un nuevo abrazo con ella—. No has cambiado nada en absoluto, sigues provocando tornados por donde quiera que pasas.

Lupita rio de buena gana, con una voz que no parecía posible que fuera suya, firme y suave a la vez. Única y muy segura. Una voz que nunca se escuchaba en los salones de fiesta de Londres.

Y eso le gustó a Alissa, quien sonrió a su vez.

—Lupita, te presento a mi hija, Alissa —John se había girado hacia ella, tendiéndole una mano para que se acercara. Alissa realizó una nueva venia, estudiando con una rápida mirada a la mujer. Era sumamente guapa, de grandes ojos marrones y un cabello negro azabache brillante y lacio como la seda. Sus curvas sobresalían bajo sus remilgadas ropas que no ocultaban el fuego que vivía en el alma de esa mujer tan jovial y afable.

Lupita se volvió hacia la joven y no dudó en abrazarla. Alissa sonrió divertida, se había acostumbrado al trato inglés, un trato un tanto frío. Era agradable encontrarse con gente que no temía a las demostraciones de afecto. Sin duda esa mujer debía poseer un fuerte carácter, sólo con verla se adivinaba. Y de ella su marido debió aprender las costumbres que un inglés jamás tendría, como el dar esos abrazos fraternales.

—Es un placer conocerte, Alissa... —se escuchó un carraspeo que le cortó la inspiración a Lupita.

Alissa se giró al mismo tiempo que los otros para saber de quién se trataba. Anne Marie, de pie no lejos de ellos, los observaba con expresión dolida.

Por un instante, Alissa sintió pena por su prima. Sin querer, la habían dejado de lado, ignorada. Pero sólo fue un instante...

—Oh, Anne Marie, disculpa mi descortesía —se apuró en decir su padre—. Richard, Lupita, les presento a mi sobrina, la señorita Anne Marie Alcott. Hija de mi difunta hermana, Mary.

Anne Marie se aproximó a la pareja, y prácticamente colocándose delante del sitio que ocupaba Alissa, tapándola a propósito con su figura, se inclinó para saludar a los anfitriones.

—Es un placer conocerles, milord... —hizo una reverencia elegante y llena de gracia—, milady...

Alissa tuvo que retroceder un paso cuando el abultado trasero de su prima la empujó descaradamente. Al menos consiguió disimularlo bien, porque nadie lo notó. Gracias al cielo.

Pero ya se la pagaría en casa esa arpía...

—Es un encanto, John —dijo Richard, besando los nudillos de Anne Marie.

—Lo es, ¿no es así? —contestó su padre, henchido de orgullo, abrazando ahora a su sobrina—. Es igual a su madre, que en paz descansa.

Anne Marie sonrió coqueta, quitándose un mechón pelirrojo de la frente. Su nariz puntiaguda y cubierta de polvo blanco para ocultar las pecas, se irguió altiva, adoptando una pose aristocrática que la joven había pasado horas estudiando frente al espejo.

Alissa se sintió molesta por la intromisión de su prima, aunque no conocía realmente el motivo. Entendía que se hubiera sentido excluida, pero aún le costaba «compartir» a su padre y su atención. Sus ojos volaron en derredor, hastiada con el pavoneo de Anne Marie, y de pronto se percató de la presencia de siete chicos a los que no había visto antes. Habían llegado sin que los notara, y ahora aguardaban junto a la puerta, enfilados como si de militares se tratara.

Pasó los ojos por ellos, sintiéndose algo ofuscada. Todos eran muy parecidos, de largas piernas, piel morena y ojos claros. Los mayores eran sumamente apuestos, al grado de hacerla sentir incómoda con su sola presencia. Tenían un porte imponente a pesar de que ni siquiera se habían movido de su sitio ni habían abierto la boca. Y los pequeños eran copias exactas de sus hermanos mayores, chiquillos encantadores de mejillas regordetas y sonrisa traviesa.

De pronto, Alissa percibió que algo se movía bajo su falda y por poco pega un grito al sentir algo tibio y pegajoso ciñéndose a su pierna.

—¡Roxie, sal de ahí! —escuchó que alguien gritaba mientras ella intentaba frenéticamente mantener la compostura, además de luchar por conservar la falda en su sitio, ocultando sus piernas, como se supone que la tela debía hacerlo, ¡y no levantándose contra su voluntad como estaba sucediendo!

Vio a un joven apartarse de la fila y correr hacia ella, y para su sorpresa, el muchacho se agachó y asomó medio cuerpo por debajo del ruedo de su falda.

Alissa gritó tan fuerte como Lupita, quien se apresuró a intervenir en la situación sin dejar de pegar gritos en español, y por la cara que iban poniendo los demás presentes, estaba segura de que

lo que decía no debía de ser nada bueno. Le menuda mujer también se agachó bajo su falda, tironeando del joven por la oreja para sacarlo de allí, pero el muchacho se aferraba a lo que fuera que se ceñía a su pierna, provocando un remolino de telas y jalones que por poco la derrumban en el suelo.

Sintió un tirón y percibió que sus bombachos descendían al tiempo que el color de su rostro se encendía.

Lo que sucedió después fue algo confuso. Varios rostros, manos y cuerpos a su alrededor. La fila de caballeros se dispersó para conglomerarse a su alrededor. Algunos de los chicos hacían todo lo posible por socorrerla, mientras otros, los más jóvenes, rompían en carcajadas. Creyó escuchar la risa de Anne Marie unirse a la de ellos, pero no tuvo tiempo de enfadarse con ella por eso porque la voz de su padre pidiendo a gritos que la ayudaran le cortaba la respiración. Sabía que no debía agitarse, aunque la razón fuera que un pequeño demonio intentaba desnudarla delante de media sociedad de Inglaterra.

No debió durar más de un par de minutos, pero Alissa sintió como si hubiese transcurrido una eternidad hasta el momento en el que apareció el mismo joven que había rodado bajo su falda, llevando con él a una pequeña niña que pateaba y gritaba sin cesar, aferrada todavía a los pliegues de su enagua. Alissa enrojeció como un tomate al notar que sus piernas quedaban a la vista de todos los presentes.

Intentó salir corriendo, todo cuanto deseaba era huir de allí, pero en un mal paso combinado con su intento de cubrirse, cayó hacia atrás, y de no ser por uno de los jóvenes, que alcanzó a sujetarla por el dorso, habría terminado de nalgas en el piso. Y lo habría preferido, pues quien la sujetó resultó ser el mismo torpe joven que se había inmiscuido bajo sus faldas, y que ahora, en un gesto completamente inconsciente, la había aferrado precisamente por los pechos.

Alissa saltó de sus brazos para alejarse de él. Su rostro se encontró con el del joven, tan rojo y apenado como ella.

—¡Eres un torpe, Matthew! —lo amonestó uno de los jóvenes mayores, propinándole un golpe en la coronilla—. Discúlpelo por favor, señorita —el mismo joven ahora se dirigió a ella. Era sumamente apuesto, de grandes ojos azules y cabello castaño claro que resaltaba en su tez morena. Pronunció la última palabra en español. Alissa no tenía idea de lo que significaba, pero le encantó el sonido melodioso del idioma—. Es un niño torpe que no tiene idea de lo que hace.

—No seas tan duro con él, Alexander —intervino otro joven, un chico muy alto, tan apuesto como el primero. Su tez era también morena, llevaba el cabello rubio oscuro más corto y tenía unos encantadores ojos azul claro rodeados de oscuras pestañas—. Matt sólo intentaba ayudar. Por favor, señorita, no se moleste con mi hermano. No ha sido su intención perjudicarla de ninguna forma.

Alissa no supo cuál de ellos era más apuesto hasta que sus ojos se posaron sobre el chico que todavía tenía delante. Y entonces lo supo.

El muchacho, que no debía pasar de los dieciséis años, aún tenía el rostro encendido por el rubor. Alissa supuso que debía de estar muy avergonzado para que se notara en esa piel morena, muy tostada por el sol. Tenía el cabello castaño, más oscuro que sus hermanos y un poco más crecido, algo descuidado, pero eso lejos de hacerlo ver desaliñado, añadía en él un aspecto un

tanto salvaje, interesante y atractivo. Sus ojos no eran azules ni verdes, si no una mezcla de ambos colores. Y tan intensos que le resultaba imposible dejar de verlos. Alissa estuvo segura de no haber visto antes un par de ojos más hermosos. Su rostro aún tenía aspecto infantil, pero quizá fue eso lo que más le gustó de él, esa apariencia inocente y tímida, tan distinta a la de los jóvenes con los que se había topado hasta entonces.

—Por favor señorita, disculpe mi torpeza —le dijo él, mirándola a los ojos y provocando con ello que el rubor se encendiera en sus mejillas por otros motivos muy distintos—. He sido un completo idiota. No sabe como lamento haberla ofendido con mi comportamiento. Sólo intentaba ayudarla. Se... se lo juro... —tartamudeó y terminó por callar, demasiado nervioso para continuar hablando.

Alissa, todavía demasiado avergonzada por lo que le había sucedido, sólo pudo asentir con la cabeza antes de refugiarse en los brazos de su padre. Sentía deseos de llorar, pero no podía. No era de las personas que se soltaban a llorar enfrente de todo el mundo y armaban una escena. De por sí ya había llamado suficiente la atención sobre ella.

—Querida, ven conmigo. Te llevaré a una habitación donde podrás refrescarte y arreglarte el vestido —le dijo Lupita, tomándola por los hombros para llevarla consigo.

Alissa, respirando agitadamente, buscó la aprobación en el rostro de su padre. John asintió y Alissa se decidió a seguir a la condesa dentro del castillo.

Ese maldito castillo era hermoso sin ninguna duda, pero estaba resultando ser la pesadilla que siempre había imaginado.

Al partir, no notó la mirada turbada del joven que dejaba atrás. Sus ojos verde-azules estaban fijos en ella, en sus manos todavía sentía el calor que su cuerpo había dejado en ese primer encuentro accidental, y que había grabado una huella en su corazón, una que nunca hubiera imaginado.

2

ALISSA SE MIRÓ EN EL ESPEJO, tan fino como el resto del mobiliario que conformaba la elegante habitación a la que Lupita la había conducido. Si esa era una simple habitación para invitados, ¿cómo estarían decoradas las habitaciones de los miembros de la familia?

Era increíble que ellos fueran tan afables, rodeados de tanta magnificencia cualquiera se habría vuelto engreído o prepotente. Le sorprendía que a pesar de su poder, título y dinero, los Collinwood fueran una familia tan sencilla y amable. Eso resultaba bastante agradable. Unos nobles simpáticos, eso era novedad. Personas interesantes como ellos eran algo que no se encontraba todos los días en Inglaterra. Con buen motivo su padre les tenía en tan alta estima.

—Espero que te sientas cómoda —le dijo Lupita, ayudándola a quitarse el vestido.

Alissa, ataviada únicamente con su ropa interior, nuevamente se miró en el espejo y al ver su peinado arruinado suspiró con tristeza. Se había pasado buena parte de la tarde intentando hacer rizos en su lacio cabello castaño oscuro, que ahora lucía igual que una escoba en sus últimos días. En cualquier otra ocasión le habría importado poco o nada el aspecto de su pelo, pero ahora, teniendo que enfrentarse a una larga velada en compañía de desconocidos, la llenaba de desasosiego.

—Tranquila, pequeña. Volverás a lucir como una princesa de cuento —la animó Lupita, sonriéndole afablemente—. Espero que disculpes a mi pequeña huracán, Roxanne es una niña muy traviesa en ocasiones.

Alissa debió forzarse en reprimir una sonrisa. ¿Así que el pequeño remolino que se le había pegado a las enaguas era una niñita? Ahora comprendía todo... Pequeña traviesa, seguro sería tan linda como sus hermanos.

Como ese chico de grandes ojos verde-azules...

—Te haré un nuevo peinado que te hará lucir preciosa —le aseguró Lupita, tomando su silencio como una mala señal.

—No se preocupe por eso... —Alissa arqueó las cejas, sorprendida, cuando la condesa comenzó a cepillarle el cabello—. Por favor, no es necesario que me peine. Bien puedo hacerlo yo, o si una doncella...

—Tonterías, hija. No es que se me vaya a caer la mano por coger un cepillo —rio alegremente

la mujer—. Te haré un moño alto, creo que lucirá excelente con tus facciones y el diseño del vestido que mamá te ha conseguido para reemplazar el tuyo. Lo siento mucho, se ha roto de la bastilla. Nada serio, no temas. Lo mandaré a tu casa en cuanto esté arreglado. Yo misma me aseguraré de que quede perfecto. Sé hacer una puntada invisible que me enseñaron las monjas del convento donde estudié de joven, te aseguro que quedará como nuevo.

—De verdad, no es necesario que se moleste...

—No es molestia, querida. Te lo aseguro —estiró la mano para dejar sobre el tocador los broches que había quitado de su cabello—. Por el contrario, me sentiré mejor si me permites hacer algo para retribuir la falta de mis retoños. Son buenos hijos, aunque un tanto impetuosos. Disculpa si te han hecho pasar un momento difícil allá afuera... Pero si te sirve de consuelo —añadió al notar la zozobra de Alissa—, fuera de nosotros, nadie te vio. Y te aseguro que los Collinwood somos una tumba cuando de situaciones como ésta se trata. Nadie dirá nada, antes les corto la lengua.

Alissa soltó una risita baja. La condesa también rio, aunque por la cara que tenía Lupita, Alissa comenzó a dudar de que bromeara.

—Siempre quise tener una hija, ¿sabes? —comentó la mujer, cepillando con sumo cariño el cabello de Alissa—. Gracias a Dios nació Roxanne, o creo que habría sucumbido a la tentación de tener un gato al que peinar. Mi esposo odia a esos animales, tiene varios en los establos para prevenir las plagas de ratones, pero no me permite tenerlos como mascota dentro de la casa... todavía —añadió con una sonrisa pícaro—. En cuanto encuentre una cura para sus alergias, me compraré uno, el más hermoso que pueda existir. O bien, para entonces Roxie habrá pasado por la aversión que sufre ahora hacia los cepillos de pelo y la manía de intentar imitar en todo a sus hermanos mayores, y me permitirá acicalarla. Supongo que tendré que esperar a que tenga tu edad para que me deje ponerle vestidos bonitos y hacerle peinados elegantes. Por cierto, ¿cuántos años tienes, Alissa?

—Dieciséis. Es decir, casi dieciséis —contestó Alissa, un tanto apabullada por la charla de la mujer—. Los cumpliré dentro de un mes.

—¿No me digas? Excelente, tendremos un cumpleaños que festejar por aquí —le sonrió una vez más, y esta vez Alissa no tuvo problema en responderle. Esa mujer le resultaba cada vez más agradable—. Tienes la misma edad que mi hijo Matthew. El chico que... —carraspeó, y el color de las mejillas de Alissa se encendió, comprendiendo a qué se refería. Matthew debía ser el joven que se metió bajo su falda en su intento de sacar de allí a su hermanita. El chico de los hermosos ojos verde-azules—. Es un joven un tanto tímido, pero tiene un gran corazón. Te llevarás muy bien con él, estoy segura.

Alissa sonrió a medias, ella no estaba muy segura de eso.

En ese momento entró una anciana por la puerta, interrumpiendo su conversación. Alissa arqueó las cejas de forma inconsciente al verla; era la viva imagen de Lupita. Sólo que en lugar de la melena negra, su cabello era de un plateado intenso y muy hermoso.

—Ella es mi madre, Carolina —le informó Lupita—. Todos la llamamos Cala, o Calita. Tú también puedes llamarla así, aunque dudo que te entienda. No habla una palabra de inglés.

La anciana le sonrió y la saludó con un «hola» que ella interpretó como un saludo. Como

respuesta, se inclinó en una ligera venia, cuidando que sus calzones no quedaran a la vista bajo sus enaguas.

Calita se aproximó a ella y le entregó el hermoso vestido de seda color verde esmeralda que llevaba consigo.

—Aquí tienes, linda. Es de tu talla, Pruébatelo para ver como te queda. Si te sienta bien, es tuyo —le aseguró Lupita, sonriéndole de forma tan encantadora como Calita.

—No... no puedo aceptarlo —los dedos de Alissa temblaron como su propia voz, al sostener la tela—. Es un vestido muy fino y hermoso...

Calita le dijo algo en español que ella no comprendió.

—Es lo menos que podemos hacer después de lo ocurrido hoy —Lupita se apuró en traducir, dedicándole la misma sonrisa afable que su madre—. Anda, pruébatelo. Quiero verte con él puesto.

La anciana asintió y le dijo algo más en español que resultó incomprendible para Alissa.

—Mi madre dice que te esperará aquí y te acompañará abajo cuando estés lista. Lamento mucho tener que marcharme, pero soy la anfitriona y mis invitados me esperan abajo.

—Por supuesto, no se entretenga más conmigo —se apuró en decirle, Alissa.

—Me encantó entretenerme contigo, linda —bromeó Lupita—. Puedes cambiarte tras el biombo. Las espero abajo a las dos.

Alissa no aguardó una segunda petición. Aferró el vestido contra su pecho y se dirigió tras el biombo. A pesar de tener puestas las enaguas, el corsé, las medias y los bombachos, se sentía prácticamente desnuda, y todo el mundo sabía que una dama de buena familia no andaba mostrando la piel en público. Aunque este caso era una excepción, pues la condesa había sido tan amable con ella como una madre. A su lado se había sentido en confianza, al igual que junto a la anciana Calita. De no ser porque había una fiesta escaleras abajo, y sabía que era una descortesía mantener entretenida a la anfitriona, bien se habría sentido tentada a acapararla un par de horas más.

El biombo se ubicaba junto a una ventana que daba a un costado del castillo, cerca de las caballerizas. La luna llena iluminaba el paisaje nevado, bañado en tonos plateados y azules, salpicado aquí y allá del dorado proveniente de las luces de las ventanas. Todo estaba en calma, en perfecta paz, una armonía celestial que parecía anunciar en un canto silencioso la noche que vivían; la Nochebuena.

De pronto, una figura moviéndose en la oscuridad rompió la armonía del paisaje. La atención de Alissa se centró en un joven alto y esbelto abriéndose paso a través de la nieve. A pesar del frío, iba abrigado únicamente por una chaqueta que no estorbaba sus movimientos ágiles y rápidos. Con una ligereza asombrosa, saltó la barda que separaba el camino de uno de los corrales de caballo, y lo vio encaminarse directamente hasta un potro que yacía atado a un poste. A Alissa le extrañó que un caballo se encontrara fuera de los establos a esa hora. No estaba nevando, pero era invierno y hacía frío. Además la noche había caído ya y lo lógico sería mantenerlo protegido en una caballeriza donde estuviera a buen resguardo.

La persona a la que observaba se aproximó al corcel y desató las riendas del poste. El caballo hizo un movimiento brusco al verse libre, como si intentara escapar, pero la mano del hombre

sobre su cuello lo apaciguó al instante. El caballo agachó la cabeza y la pegó al hombro del joven, que hasta ese momento Alissa logró reconocer; se trataba del mismo joven de ojos verde-azules con el que había tenido el encuentro desagradable, Matthew.

El potro, obviamente contento con la compañía del joven, frotó el hocico en su hombro mientras Matthew le acariciaba las crines. De un salto el joven se colocó sobre su lomo y jaló las riendas, animal y hombre salieron al galope, pasaron por la puerta que él debió de asegurarse de dejar abierta y desaparecieron de la vista, perdiéndose en las inmediaciones de la arboleda que rodeaba a la casa.

Alissa se sorprendió observando la oscuridad mucho después de que la figura de Matthew y el potro hubieran desaparecido. En su anterior encuentro, el joven le había parecido un chico torpe y algo maleducado, alguien con quien no deseaba trabar ninguna clase de relación. Pero ahora se había portado de un modo completamente distinto, con movimientos ágiles y seguros, se asemejaba a un temerario, un hombre audaz que le provocaba curiosidad y un interés inusitado. Debía admitir que de haber tenido la oportunidad, le habría gustado estar ahí fuera con él...

—¿Todo bien, niña? —preguntó la anciana, sentada en una mecedora al otro lado de la habitación. ¿Estar todo bien? —repitió la pregunta en un inglés mal pronunciado.

—Sí, todo está bien. En un minuto salgo —se apuró en decirle Alissa, comenzando a cambiarse de ropa. Por el rabillo del ojo atisbó una vez más la ventana, en busca de Matthew.

—Sí, sin duda sería interesante conocerle —pensó en voz baja, metiendo la cabeza dentro del vestido, obligándose a apartar los ojos de la ventana—. Es una lástima que él no vaya a estar en la fiesta esta noche...

* *
*

Matthew regresó de cabalgar media hora después. Entró en los establos, desensilló su caballo, que había dejado afuera sabiendo que lo necesitaría antes de acudir a la fiesta —solía requerir unos cuantos minutos a solas antes de asistir a cualquier evento social, como una forma personal de darse valor para enfrentar lo que vendría—, y comenzó a cepillarlo. Todo con tal de retrasar al máximo posible su regreso a la casa...

Se sentía un idiota total en todos los sentidos. Desde el mismo instante en el que vio aparecer por la escalera a esa joven quedó deslumbrado por ella. Era la muchacha más hermosa que había visto. De grandes ojos almendrados, azul oscuro, piel blanca como la crema y esa larga melena castaña, era sin duda la mujer más bella que pudo pisar jamás la superficie de la tierra. Un ángel, tal como su padre la llamó al momento de presentarla.

Se había paralizado con sólo verla. No tenía idea de qué iba a hacer o decir cuando su padre los presentara ante ella y le tocara el turno de saludarla. Seguramente actuaría como un idiota, porque ningún músculo le respondía, ni siquiera la lengua.

Pudo notar por el rabillo del ojo las sonrisas de Ben y Will. Sabía muy bien que ese par de don Juanes se lanzarían a la caza a la primera oportunidad, como era su costumbre con las chicas bonitas. Pero hasta sus hermanos mayores parecían pasmados ante la belleza de la joven. Incluso Alexander lucía algo atontado, el hermano mayor de ellos, seguro e imponente, que nunca había

necesitado fijarse en mujer alguna pues todas parecían dispuestas a caer rendidas a sus pies por sí solas, se había quedado estupefacto ante la recién llegada.

Eso, lejos de alegrarle, le causó preocupación. Nunca tendría la menor oportunidad ante ella si se dejaba ganar la partida por sus hermanos. Si quería hacerse notar por esa joven, tendría que hacerlo ya. Y pronto. Sus hermanos no se esperaban a la hora de tomar a la iniciativa.

Lo único que nunca se esperó fue que la pequeña Roxie encontrara igual de irresistible a su invitada y decidiera que el mejor modo de llamar su atención fuera introducirse bajo sus faldas. Él fue el primero en notar sus intenciones, sus ojos no se habían desviado ni un segundo de la joven recién llegada, y por lo tanto, de su falda. Corrió a socorrerla antes de que su hermanita la pusiera en apuros, sin detenerse a pensar que el apuro lo ocasionaría él mismo con su desastrosa intervención. Pronto todo se salió de control, por su culpa se armó un alboroto tremendo, y él, en su intento de ser el héroe, quedó como el peor de los idiotas ante sus ojos.

Ahora todo estaba perdido. Ella jamás lo notaría, en adelante lo miraría en menos o con odio. De eso ni dudarle.

Matt escuchó que la puerta se abría. No notó el sonido de pasos sobre la paja, por lo que asumió que debía de tratarse de alguno de sus hermanos o su propia madre. Sólo ellos sabían caminar como gatos, sin hacer el menor ruido, tal como Zalo les había enseñado.

Zalo... ¿Por qué tuvo su abuelo que decidir quedarse en México? Su apoyo esa noche le habría venido a las mil maravillas. Zalo siempre sabía qué hacer o qué decir. No había ocasión en la que una palabra de su abuelo no lo hiciera sentir mejor. Dios, cómo lo extrañaba. Sin duda con su inmensa sabiduría habría sabido cómo salir de ese problema esta noche, o al menos encontrado la manera de reírse de sí mismo y dejar el inconveniente atrás, como algo que ya no puede cambiarse, y por lo mismo, hay que dejar en el pasado.

—Vamos, Matt, deja de atormentarte por algo que no tiene remedio y regresa de una vez a casa —le dijo una voz familiar, robando esas palabras de su mente.

Alexander. Su hermano mayor podía ser tan duro como su padre en ocasiones, pero tenía la bondad y la sabiduría de Zalo. Algún día sería un excelente heredero de los zapatos que dejara su padre.

—No tengo deseos de festejar —contestó Matt, sin dejar de cepillar la crin de su caballo.

—Mamá ha estado buscándote, desea verte en Nochebuena —le dijo Alexander, entrando en la caballeriza y acercándose a él.

El potro se agitó por la repentina intromisión, pero Alexander lo contuvo haciendo un sonido suave con los labios y levantando el brazo hacia su lomo. Lo palpó con una mezcla de firmeza y suavidad propia en él. El corcel se calmó al instante, agachando la cabeza y resoplando, en señal de sumisión.

Matt no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa, de todos sus hermanos, Alexander era su favorito. Al que más apreciaba, y debía admitirlo, admiraba. No por ser el mayor, sino por su entereza, la fortaleza de carácter y ese don que compartían para manejar a los animales, en especial a los caballos.

Su abuelo le había jurado en más de una ocasión que todos ellos, descendientes de Lobos, poseían ese don particular para domar caballos. Pero Matt sólo había visto a Alexander usarlo,

fue su hermano mayor quien le dio los primeros ejemplos de su uso, además de su abuelo. Había sido de él de quien había aprendido, imitándolo de pequeño, y a pesar de los años, era en la imagen de Álex, además de la de su abuelo, en quien ponía siempre sus más altas expectativas y metas, con la firme resolución de que si alguna vez llegaría a convertirse en un gran hombre, tendría que parecerse mínimo a Alexander, sino es que igualarlo.

Y en cuanto a los caballos y su don especial, eran una pasión y un cariño que los tres compartían...

Aunque Álex era afable, sin duda eran las bromas de su abuelo las que en muchas ocasiones lo hacían superar un problema, mirar atrás a sus propios errores y reírse de sí mismo para enseguida volver a mirar adelante. Ésa era la gran lección que su abuelo siempre compartía con él y sus hermanos, la lección que ahora sin Zalo a su lado, le resultaba tan difícil aplicar para sí mismo...

—No deseo regresar, Álex. No esta noche.

—Es Nochebuena, Matt, ¿qué pretendes? ¿Pasar las navidades con los caballos como compañía? ¿Comer avena y alfalfa como cena de Navidad?

—Tal vez —Matt se encogió de hombros.

—Anda, déjalo atrás, Matt. No estuvo tan mal.

—¿No estuvo tan mal? —Matt repitió, irónico—. ¡Hice el peor ridículo de mi vida frente a esa joven!

Los ojos de Álex se ampliaron de par en par, al tiempo que una sonrisa de entendimiento cruzaba su rostro.

—¿Lo que te preocupa es lo que hiciste o lo que piense esa joven? —preguntó, tomando otro cepillo y comenzando a cepillar el lomo del animal.

—Yo... yo... yo creo que ambos —tartamudeó, nervioso—, pero más lo que piense esa joven... creo —se encogió de hombros.

Álex asintió, ocultando una nueva sonrisa. No quería perturbar a su hermano, que por primera vez parecía abrirse a sus sentimientos.

—Bien... En ese caso, creo que lo mejor será que vayas adentro y te disculpes con ella.

—Ya lo hice.

—Hazlo otra vez. Insiste. Convéncela de que estás arrepentido, que realmente lamentas lo que hiciste.

—¿Crees que eso ayude?

—Es lo que yo haría —Álex se encogió de hombros.

—Es diferente contigo. Eres un vizconde. El heredero de padre. Inteligente, simpático y todas esas tarugadas que le gustan a las mujeres. Todas las chicas mueren porque les dediques una sonrisa. Yo no soy como tú. No puedo esperar que ella... me mire como te miraría a ti.

—Hermano, me sobreestimas.

—No lo creo —Matt agachó la vista—. ¿Para qué intentarlo siquiera? Esa chica nunca me notará.

—No sabía que fueras un tipo autocompasivo —dijo en tono de broma. Matt no rio, permaneció muy serio, y supo que estaba sopesando sus palabras—. Anda, Matt, no lo decía en serio. Eres el chico menos autocompasivo que existe.

—No, creo que tienes razón.

—Matt... No... —Álex se pasó los dedos por el pelo, buscando otra manera de hablar con él. Era el hermano mayor, su deber era cuidar de sus hermanos. Más de Matt, con él siempre había tenido una conexión especial. Ese muchacho era puro corazón, no iba a permitir que otros lo lastimaran o que Matt mismo lo hiciera al desmeritarse. Ese chico valía su peso en oro, si tan sólo consiguiera la forma de hacérselo entender...

Inspirando hondo se armó de valor. Sólo las propias experiencias eran a veces el modo de llegar al corazón de otra persona. Zalo siempre se lo decía. Cuando no te queden armas para hacer comprender a una persona, usa tu propio corazón para tocar el corazón de esa persona.

—Mira Matt, te voy a contar una historia que nunca le he contado a nadie... ¡Y más te vale que esto quede entre nosotros! —amenazó medio en broma, medio en serio—. Si al salir de aquí abres el pico, te daré la tunda de tu vida ¿has entendido?

Matt sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Cuando yo tenía unos catorce años me enamoré por primera vez... o eso creía —comenzó a relatar en voz baja al tiempo que sus mejillas se tornaban oscuras. Matt sonrió ante la idea de Alexander sonrojándose, pero no dijo nada para no perturbar a su hermano. Sospechaba que esa historia iba a ser interesante de escuchar—. Ella era una chica muy linda. Tenía unos ojos negros que te quitaban el aliento, y su cuerpo era... —inspiró hondo—. Digamos que se había desarrollado lo bastante para pasar por toda una mujer. Yo estaba loco por ella, debo admitirlo. Pero... nunca me atreví a hablarle.

—¿Tú...? —Matt abrió los ojos como platos, incrédulo—. ¿Tú no pudiste hablarle a una chica!

—Así es —Álex asintió y Matt notó cierta tristeza por primera vez en su mirada—. Ella se mudó al año siguiente a la ciudad de México y nunca más supe de ella. Nunca supe si ella hubiera aceptado un baile o si se habría reído de todos los chistes que inventé para contarle cuando me decidiera a hablarle. Y esa duda siempre ha quedado flotando en mi mente: ¿qué habría sucedido si yo hubiera tenido el valor de acercarme?

—¡Estás mintiendo! —acusó Matt—. Eso nunca podría haberte sucedido a ti, ¡tú hablas todo el tiempo con chicas!

—¡Claro que sí! No iba a permitir que otra se me escapase del mismo modo. El día que ella se fue, me juré que no dejaría pasar nunca más la oportunidad de hablar con una chica que me gustase; que fuese ella la que decidiera si bailarían conmigo o si mis chistes son graciosos, y no mi propio miedo imponiéndose en mi mente.

Matt pensó en sus palabras.

—Me parece todavía increíble... Eres muy bueno con las chicas.

—Bueno, eso no lo descubrí hasta que lo intenté. Quizá si tú te atrevieras a hacerlo, descubrirías que eres igual de bueno con ellas.

—No me interesa ser bueno con todas. Sólo con ésta chica.

Álex sonrió, posando una mano sobre el hombro de su hermano.

—En ese caso, es más especial de lo que pensaba. Y ella deberá verlo. Seguro que no podrá rechazarte.

—¿Y qué hay si lo hace...? —preguntó Matt con voz trémula.

—Entonces, querido hermano, ella no vale la pena. Y no te preocupes, aparecerá otra que sepa valorar lo muy especial que eres. Pero quién sabe —Álex se encogió de hombros—, esta chica te echó una mirada que, a mi humilde parecer —puso una expresión de falsa modestia—, me dio a entender que está bastante interesada en ti.

—¿De verdad lo crees? —los ojos de Matt se llenaron de ilusión.

—Seguro que sí. Anda, vamos adentro y la invitamos a bailar.

—¿Qué tal si dice que no?

—Entonces, toma tu guitarra y tócale una balada a la luz de la luna. Tus dedos en las cuerdas hacen magia, hermanito. Ninguna chica sería capaz de rechazarte, igual que los ratones no fueron capaces de resistirse al flautista de Hamelin.

—Quiero que ella se fije en mí, no que se lance a un río —bromeó Matt.

—Serás tú el que termine lanzándose a un río para escapar de tantas mujeres que seguirán tus pasos si usas, sobre ellas, tu magia con las cuerdas —le aseguró Álex—. Por cierto, debes enseñarme esa escala que tocaste anoche. Fue realmente increíble. Quién diría que dentro de ese cuerpo de niño zopenco se escondería un genio en las cuerdas.

Ambos rieron a carcajadas, jugueteando como dos pequeños niños.

—Anda Matt, déjalo ya —le volvió a decir Alexander, quitándole el cepillo de la mano y llevándolo con él por el codo, casi a rastras—. Si no te llevo de regreso a casa, mamá me va a colgar de los... —hizo un gesto con los ojos hacia su entrepierna y Matt no pudo evitar soltar una nueva ola de carcajadas.

★ ★
★

Entraron a la casa en el preciso instante en el que Alissa iba bajando por las escaleras, acompañada por Calita, su abuela. Matt la encontró más hermosa que nunca, una ensoñación delante de él. Iba vestida con un hermoso vestido verde esmeralda que resaltaba la palidez de su piel y sacaba reflejos rojos a su cabello color chocolate. Sus labios, de un rojo carmín intenso, sonreían ligeramente mientras hablaba con la anciana, seguramente sin comprender una palabra, pues cuando ella posó sus grandes ojos almendrados sobre los suyos, lo primero que notó fue confusión, justo un segundo antes de que cambiaran para adoptar una sonrisa, que los llenó de luz y de color. Antes habría jurado que eran de un color azul oscuro, pero ahora, ante él, lucían un delicado color azul celeste sumamente hermoso, que bien pudo paralizarle el alma.

Sintió pánico. No tenía idea de qué hacer o decir. Buscó a Alexander, pero su hermano había desaparecido de su lado y se había puesto tras él con la agilidad de un gato, dejándolo solo en su momento de necesidad.

¡Mierda! ¿Qué demonios debía hacer ahora?

Matt no notó que se había quedado parado delante de ella, petrificado cual estatua. Era tan alto que aunque Alissa no había terminado de descender por la escalera, ambos quedaron a la misma altura, frente a frente.

—Aquí está mi nieto, ¿has venido a disculparte, lobito? —habló Calita en español. Alissa le dedicó una mirada confusa, no entendía una palabra, pero cuando la anciana continuó hablando, le

sonrió afablemente, atenta a lo que ella le decía—. Es igual a su abuelo, por eso se llevan tan bien. Es un poco lento para cuando se trata de cuestiones de mujeres, pero tiene buen corazón. Si una es avispada, sabe entender que a veces eso es mejor en un hombre, porque lo puedes domar a tu manera —rió la anciana. Alissa sonrió por cordialidad, no tenía idea de lo que ella había dicho.

—Mamá, necesito tu ayuda —apareció Lupita en el pasillo y tomó a la anciana por un brazo para llevarla consigo—. Disculpa Alissa, no te quedas sola, te dejo al cuidado de mi hijo. Matt, atiende bien a nuestra invitada —Lupita se dirigió a su hijo, dedicándole una mirada severa antes de marcharse con su madre rumbo al gran salón.

—Hola —lo saludó ella con la mayor jovialidad.

El saludo se le atoró a Matt en la garganta, y debió ser Alexander quien saliera en su auxilio.

—Qué tal señorita, espero se encuentre mejor después del... incidente —le sonrió de esa manera particular que Alexander tenía y que hacía derretirse a las mujeres.

Alissa sonrió también, provocando que el corazón de Matt se detuviera allí mismo. Si tan sólo esa sonrisa estuviera dedicada a él...

—Me encuentro muy bien, le agradezco su preocupación, señor...

—Mi nombre es Alexander, Alexander Collinwood —se presentó su hermano mayor, estirando la mano para coger la de la joven. Le plantó un delicado beso en los nudillos. Las mejillas de Alissa se encendieron tanto como el rostro de Matt se apagó, desilusionado—. Y éste de aquí, es mi hermano menor, Matthew —Álex posó una mano sobre el hombro del joven, quien ahora miraba fijamente al suelo, como si lo más interesante del mundo fuera el intrincado diseño de la alfombra turca que tenía bajo sus pies—. Para ambos es un placer conocerla, señorita.

A Alissa le encantó la manera en la que Alexander pronunció esa última palabra, a pesar de que no tenía ni idea de lo que significaba. Debía ser español.

—Para mí también es un placer conocerlos. A ambos... —añadió a propósito, dirigiéndole una sonrisa a Matt. Alexander codeó a su hermano para obligarlo a reaccionar y atender al saludo de la joven. Sus ojos volvieron a encontrarse. Para Matt fue el fin de aquella velada, bien pudo ser el fin del mundo. Allí mismo se supo enamorado, atrapado por esos ojos, el último gancho que lo dejó prendado de ella sin remedio. Era un ángel, un ángel perfecto y precioso.

No era sólo su aspecto físico. Era algo que veía en ella, en el interior de sus ojos... Su bisabuela le había dicho en una ocasión que cuando se mira con el corazón, uno es capaz de adentrarse en el alma de una persona y verla tal cual es, sin las máscaras. Y fue precisamente eso lo que sintió en ese momento, que podía ver en el interior del alma de esa joven. Y ella era preciosa, realmente preciosa...

Ella le sonreía con una afabilidad que él no merecía. No podía creer que pudiera existir en la tierra un ser tan perfecto como ella, tenía que ser un ángel, un ángel que había bajado directamente del cielo para robarle el corazón...

Un ligero rubor se encendió en esas mejillas de alabastro, sus ojos se desviaron ligeramente, ocultos bajo la cortina de negras y tupidas pestañas. La había incomodado, la miraba tan fijo que incluso su sonrisa había desaparecido. Pero en sus labios, curvados ligeramente en las comisuras, pudo notar todavía un dejo de alegría.

Álex le dio un codazo para obligarlo a volver a la realidad y que dejara de comérsela con los

ojos. En especial, porque la tenía a sólo unos cuantos centímetros de su rostro.

Se hizo un silencio incómodo que Álex se vio obligado a interrumpir. Después de todo era el hermano mayor y el anfitrión de la fiesta. Y debía decirlo, sentía cierta compasión por Matt. Él también había pasado por una etapa difícil en sus comienzos en las incursiones del amor.

—Matt está un tanto abochornado todavía por su anterior encuentro —explicó Álex dedicándole a Alissa una sonrisa afable—. Me temo que no encuentra las palabras para disculparse con usted, señorita. En su nombre, le aseguro que Matt se siente terrible por lo sucedido, y le ofrece, con toda la sinceridad y humildad de su corazón, sus más sentidas disculpas.

Matt, con las mejillas encendidas como tomates, no pudo menos que asentir, demasiado abochornado de que su hermano tuviera que hablar por él.

—Esperamos que el incidente de las escaleras no marque un precedente hacia mi hermano —continuó Álex—. Le aseguro que él se siente muy interesado por conocerla.

Matt levantó la cabeza, fúrico. Ya era suficiente que su hermano mayor hablara por él y encima se disculpara por él, pero dar a conocer sus intenciones hacia ella, era la gota que derramó el vaso.

Furioso, apretó los puños, en un intento de refrenar el impulso que lo conducía a darle un buen derechazo a su hermano en la mandíbula, y se giró, dispuesto a largarse de allí enseguida. Pero la voz que sonó en sus oídos fue la de Alissa, quien, con una risa melodiosa, lo dejó plantado en su lugar, atónito:

—Vamos, no tiene que sentirse mal ni pedirme más disculpas, Matthew —le aseguró, dedicándole una sonrisa encantadora—. Y en cuanto a lo de conocernos mejor, por mí encantada. Aunque a mi parecer deberíamos sentirnos ya en confianza. Ya nos conocemos bastante bien. Después de lo sucedido allá afuera, dudo que sea necesario conocernos más, o al menos, que usted conozca más de mí.

Matt palideció, sin saber si ella hablaba en serio, de manera irónica o si se estaba burlando de él.

Alexander soltó una carcajada y palmeó en el hombro a su hermano.

—Muchacho condenado, tienes una suerte regalada por los ángeles —le dijo Alexander en español antes de dirigirse a Alissa—. No se preocupe, señorita Alissa. Estoy seguro de que Matt compensará con creces el atrevimiento que tuvo con usted.

—Eso me gustaría —sonrió ella, dirigiéndole a Matt una mirada un tanto coqueta—. Usted me conoce muy bien, pero yo no he tenido la oportunidad de conocerle en absoluto. Espero esté pensando en invitarme a bailar, o cuando menos, a dar una cabalgata por el campo. He notado que es un excelente jinete. Y ya que seremos vecinos por unas cuantas semanas, me encantaría que me enseñara alguna de sus dotes. Claro —se interrumpió, bajando la mirada discretamente—, si usted lo desea también.

—¡Claro que lo deseo! —Matt prácticamente gritó, provocando que las miradas de los demás invitados, concurridos en el salón contiguo, se posaran sobre ellos.

Alissa le sonrió abiertamente y Matt se sintió flotar entre las nubes. No podía creer que eso estuviera realmente pasando, toda su vida había sido un solitario demasiado torpe para hablar con chicas que no eran ni la mitad de hermosas que esa joven que tenía enfrente, y por supuesto, nunca

tan simpáticas, tan dulces, tan... tan... ¡tan perfectas! Y ahora estaba allí, delante de ella después de haber hecho la peor escena de su vida, ¡y precisamente con ella! Y ese ángel, en lugar de mostrarse enfadada con él, parecía dispuesta a trabar conversación con él, a bailar con él, a salir con él... ¡No se lo podía creer! ¡El mundo debía de haberse puesto de cabeza! ¿O quizá fuese realmente un milagro de Navidad? No tenía idea, ni le importaba. ¡Pero sí que lo agradecía, a Dios, a la Navidad, a la tierra de cabeza, a quien fuera daba gracias por su buena fortuna!

—No te quedes allí, invítala a bailar —le susurró discretamente Álex al oído, hablándole en español.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Alissa, curiosa.

—Sólo me despedía —Álex hizo una reverencia—, por el momento, claro está. Debo atender a los demás invitados. La dejo en las atentas manos de mi hermano —concluyó, guiñándole un ojo a Matt antes de alejarse en dirección al salón, donde un mar de jovencitas aguardaban impacientes su llegada.

—Señorita... —Matt carraspeó, y debió pronunciar nuevamente la palabra, sin notar que en esta ocasión lo hacía en su lengua materna—. Señorita, ¿me permitiría esta pieza?

—¿Es eso lo que significa? —adivinó ella, sin dejar de sonreír—. Lo que has dicho... la palabra en español, ¿me ha llamado señorita?

—Sí —contestó Matt, un tanto confundido.

—Suena bellísimo —dijo ella, tomando la mano que él había mantenido levantada hacia ella todo ese tiempo—. ¿Habla español tan bien como inglés?

—Mejor —contestó él, dejando que fuera ella quien lo guiara, todavía de la mano, en dirección al salón de baile.

—Mi lengua materna es el francés, pero me temo que yo hablo mejor inglés —contó ella, sonriéndole dulcemente mientras se posicionaban en un sitio libre de la pista de baile—. Mis padres y yo llegamos a vivir aquí cuando yo era muy pequeña, y me temo que he perdido práctica.

—Es... triste —comentó él, sin saber qué decir.

Matt notó las miradas, entre sorprendidas y admiradas, de Benjamin y William, mientras se acomodaban entre la gente. Tocaban un vals muy hermoso. Matt sabía lo que tenía que hacer, no en vano su madre les había hecho tomar lecciones de baile desde los tres años, sólo que ahora todos los conocimientos parecían haberse borrado de su mente. Al posar la mano sobre la cintura de la obesa señora Travis, su maestra de baile, nunca se sintió tan nervioso como ahora. Posar la mano sobre la fina cintura de Alissa era una mezcla de emoción, anhelo y terror.

Alissa no pareció notarlo, sonreía abiertamente, sin quitarle los ojos de encima a Matt, quien comenzó a moverse con ligereza por la pista, contando mentalmente los pasos para no equivocarse.

—Este salón es maravilloso —comentó ella, buscando conversación—. Todas las veces que vi este castillo, siempre imaginé que sería frío y algo intimidante por dentro, pero ahora que estamos aquí, me parece bastante bello y acogedor.

—Es muy lindo, pero si me preguntas a mí, prefiero la hacienda de mis padres en México, La Guadalupana.

—¿Es linda?

—Preciosa. No sólo la construcción del edificio, sino también los paisajes que la rodean, los campos, siempre verdes, los ríos y los lagos con sus aguas cálidas, y el mar... —no notó que su mirada se había iluminado, llena de ensoñación, hasta que Alissa lo miró fijamente, atenta a cada una de sus expresiones—. Es un lugar precioso. Como ningún otro que haya visto jamás —concluyó Matt, algo intimidado.

—Me encantaría conocerlo algún día.

—Seguramente lo hará, si así lo desea. Podría incluso ir de visita, si su padre lo permite. Es decir, él también podría ir, si así lo quiere. Lo que digo es...

—Se lo agradezco, Matt. Me encantaría —sonrió ella, sacándolo del apuro en el que había vuelto a caer.

Matt sonrió también, esta vez de manera relajada. Llevaban bailando un buen rato, sin que lo notara en esta ocasión, moviéndose por puro instinto, disfrutando en serio sin necesidad de contar los pasos.

Un vals terminó y vino otro. No era correcto que ambos bailaran otra pieza, pero no les importó. Era una fiesta familiar, sin convencionalismos.

Bailaron una pieza tras otra, y así habrían continuado de no ser porque los criados anunciaron la cena, servida en el comedor. Al ser hija de un conde, Alissa fue de las primeras en ingresar al salón comedor. Matt habría deseado sentarse a su lado, pero le fue imposible. Su lugar había sido situado junto a sus hermanos, cerca de la cabecera. Con temor a intimidarla, trató de no mirar a Alissa fijamente todo el tiempo, aunque con poco éxito. Ella reía y charlaba con dos jóvenes mozos sentados a cada costado. Por las miradas que le dedicaban, era claro que esos chicos estaban más que interesados en cortejarla.

Al terminar la cena, los caballeros y las damas se separaron, como era la costumbre. Alissa le dirigió una sonrisa a Matt, pero al levantar la vista, notó que él ya no se encontraba en su lugar. Con sentido desánimo, se encaminó junto a su prima al salón de té, donde debería charlar con otras mujeres de cosas triviales, como los últimos chismes de Londres y las nuevas modas traídas de París. Aburridísimo.

Anne Marie, como era habitual, pronto se sintió a sus anchas. Su prima era una experta conocedora de todos los temas y una magnífica intérprete de piano. Después de prometer melodías a cada dama del salón, se dedicó a deleitar la velada para las damas, feliz de ser una vez más el centro de atención.

Alissa, sintiendo un deseo que no lograba entender todavía nacer en su corazón, se aproximó a la ventana y miró con ojos fijos la luna sobre el cielo estrellado. Sin duda era una noche hermosa. Demasiado hermosa para quedarse dentro escuchando pláticas poco interesantes y viejas melodías de piano.

Buscando la forma de no llamar la atención, rodeó el salón hasta encontrar una puerta que no hubiera sido cerrada con llave. Con cuidado salió por ella, sin hacer ruido para no delatarse. Afuera el aire frío la golpeó, había olvidado llevar abrigo, pero no le importó. Respirar esa libertad no tenía precio, ni siquiera un futuro catarro.

Inspiró con deleite, dispuesta a llenarse los pulmones con ese aire frío, cuando escuchó ligeras notas de cuerdas. No lejos de allí alcanzó a distinguir una figura familiar sentada en uno de los

bancos de piedra del jardín cubierto de nieve. Matthew.

Una sonrisa curveó sus labios instantáneamente. Sin detenerse a pensar en lo apropiado de su actuar, caminó directamente hacia él, tomándolo tan desprevenido como ella misma se sintió al encontrarse frente a frente con él. Alegando otra razón lo que la motivó a acercarse al joven dijo:

—Yo... eh...—Alissa se mordió el labio inferior, turbada—, me preguntaba qué hacía aquí afuera —dijo a la carrera—. Está helando.

Él arqueó una ceja.

—Yo podría decirle lo mismo, señorita. No trae ni un manguito con el que protegerse las manos.

Alissa se sintió un poco tonta, retorciendo sus manos de forma nerviosa.

—Tenga, señorita —antes de darle tiempo de reaccionar sintió una calidez inusitada. Matt se había quitado su propio abrigo y lo había colocado sobre sus hombros. Sus rostros quedaron muy juntos. Alto como era, había tenido que inclinarse para situar el abrigo sobre ella, de modo que prácticamente la había envuelto con su cuerpo.

Alissa se sintió estremecer, pero no por miedo, sino por algo muy distinto... Algo que nunca antes había sentido. Algo que le hacía latir el corazón a toda velocidad y le calentaba la sangre de tal modo que hubiera podido estar en medio del polo norte sin necesidad de ningún abrigo.

—Quizá sería mejor que vuelva adentro, señorita. Podría enfriarse y enfermarse —le dijo Matt en un susurro bajo, sin moverse.

—No quiero... ¡Es decir, no tengo frío! —Alissa corrigió a toda velocidad. Sus mejillas se encendieron y ella bajó la mirada, esquivando esos ojos verde-azules que parecían capaces de desnudarle el alma—. Me sentía encerrada y deseé salir a dar un paseo.

—Si gusta, puedo acompañarla —se ofreció, Matt—. No es bueno que una dama ande por los jardines sola a esta hora.

—Eso me gustaría... Es decir, si no le es mucha molestia —ella sonrió tímidamente—. Había notado que estaba tocando un instrumento.

—Ah, mi guitarra —él sonrió, alejándose para tomar la guitarra abandonada en el banco—. ¿Le gusta?

—Lo que usted hacía... —Alissa señaló las cuerdas—. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo consiguió tocar esa melodía?

—Es algo que aprendí de niño —Matt se encogió de hombros con sencillez. Subió una pierna sobre el banco, usándola como apoyo para la guitarra, y tocó una melodía ligera y complicada. Sus dedos se movían con agilidad entre las cuerdas, consiguiendo sacar una música preciosa.

Cuando la vibración de la última nota murió en el silencio de la noche, Alissa se encontró tan cercana a él que se sorprendió de su propia osadía. Se había dejado embelesar por esa música maravillosa como un niño con un caramelo.

—Es preciosa... —musitó, todavía sintiendo el escozor de las lágrimas en sus ojos. Se llevó una mano a la mejilla, no había notado que estaba llorando.

—¿Le ha hecho daño el viento? —le preguntó Matt, alargándole su pañuelo. Ella lo aceptó con un «gracias» y se secó el rostro.

—Es su melodía... Es preciosa —sonrió—. Me ha llegado al corazón...

Sus miradas se encontraron. Un intercambio sin palabras se suscitó entre ellos, como si pudieran hablar de corazón a corazón, sin necesidad de nada más que su mirada.

Alissa, con un estremecimiento de reconocimiento de lo que estaba haciendo, volvió el rostro, buscando algo sensato que decir, ya que se estaba comportando como una completa loca desvergonzada.

—Esa melodía es preciosa —dijo a la carrera—. Debería tocarla allá dentro, en el salón de música. Estoy segura de que todas las damas estarán más que encantadas de escucharlo tocar.

Matt negó lentamente, mirándola con una sonrisa tímida en los labios.

—No hago espectáculos públicos. Sólo toco ante personas especiales para mí.

Alissa sonrió, profundamente conmovida. No sabía cómo, pero estaba segura de que él lo había dicho en serio.

—¡Alissa! —la voz de su prima, firme pero baja, llegó a sus oídos—. ¡Alissa!, ¿dónde estás?

Alissa suspiró. Su prima debía estar buscándola de nuevo. Nunca podía perderla de vista, actuaba peor que si fuera su madre cuando se trataba de cuidar su reputación.

—Lo siento, debo irme —Alissa le dijo en un susurro, quitándose el abrigo para devolvérselo.

—No hace falta, lléveselo.

—No puedo aceptarlo. No es correcto.

—Está bien, no se preocupe. No tengo frío.

—No, me refiero a que no sea correcto, sabrán que estuve a solas con usted si me lo llevo.

Matt soltó una risita.

—Tiene toda la razón, mis disculpas, señorita —le dijo, tomando el abrigo de su mano. Al hacerlo, rozó sus dedos con los suyos. Por un breve instante, ninguno de los dos apartó la mano. Ese sencillo roce era como magia pura...

—¡Alissa!

Y la magia se rompió con el llamado de su prima.

—Lo siento —Alissa se despidió y partió a la carrera.

Matt la observó alejarse con una sonrisa ligera en los labios.

Esa chica era maravillosa...

Si su abuelo tenía razón, si en realidad existe una mujer perfecta para cada hombre sobre la faz de la tierra, apostaría su vida a que Alissa era ella.

La mujer para él.

3

MATT NO DEJABA DE SONREÍR mientras recorría a caballo el sendero que conducía a la entrada principal de Saint Anne, el hogar de los Goldbridge. Alissa lo había invitado a ir a visitarla la noche anterior. Todavía no podía asimilar la alegría que sintió cuando ella le pidió ir a montar juntos por la pradera. E incluso ahora, prácticamente de pie en su pórtico, todavía no podía creer en su buena fortuna.

Incluso sus hermanos habían participado de su alegría, compartiendo una algarabía de hermandad como pocas antes Matt había tenido con ellos. Rieron y celebraron la buena suerte del cuarto hermano. No faltaron las risas y festejos, además de alguna que otra broma por parte de Ben y Will, como era usual en ellos. Alexander le dio algunos consejos sobre caballerosidad, y su madre se dedicó a peinarle el cabello hasta que los mechones castaños de su cabeza se rindieron ante su asedio y se quedaron firmes en su lugar. Nunca se había sentido tan unido con sus hermanos. Le agradó saber que ellos compartían su alegría. Gracias al apoyo de su familia, y con el corazón rebosante por la pronta visita a esa maravillosa joven, salió de casa más animado de lo que jamás recordó estarlo.

Aunque, ahora, a escasos metros de su encuentro con Alissa, se sentía tan nervioso que bien pudo detenerse a devolver el desayuno frente a su puerta. El corazón le latía tan agitadamente que parecía que en cualquier momento le saldría disparado por el pecho. Sus pies y manos se habían acalambrado a causa de los nervios, e incluso mantener quieto a su caballo comenzaba a costarle trabajo. Su montura debió percibir algo de su nerviosismo, pues se agitó irritada, amenazando con tirarlo de la silla. Matt debió recurrir a su don de persuasión para calmar a su semental. Bajó de un salto y lo sujetó firmemente por las riendas con una mano, mientras que con el brazo libre le daba suaves y firmes caricias en el cuello. Le susurró palabras cerca del oído, un sonido suave y ronco que consiguió su objetivo: calmarlo. El corcel agachó la cabeza y buscó la seguridad del hombro de su amo mientras Matt continuaba acariciando sus crines, transmitiéndole una calma que él no sentía.

Al menos esa tarea le había ayudado a olvidarse un poco de los nervios que lo asediaban al pensar en Alissa...

Matt se paralizó al escuchar su voz, un tanto amortiguada por los muros de la casa y

acompañada por otras voces, pero era su voz. Estaba seguro.

Se giró en redondo. Tras él, un amplio ventanal con las cortinas recogidas dejaba al descubierto la imagen que se suscitaba en el interior de una de las habitaciones de la casa. Debía de tratarse de una salita de estar familiar. El fuego ardía en el hogar, iluminando un par de sillones mullidos ubicados en L frente a la chimenea, y ante los cuales Alissa se paseaba de un lado al otro, vestida en su traje de montar, marcando un paso vivo que dejaba en claro su enojo. De no ser por la alfombra bajo sus pies, seguramente habría escuchado el repicar de sus pasos sobre el suelo, tan furiosa como se encontraba, sus pies hubieran retumbado como tambores.

Sin detenerse a pensarlo, se acercó un poco más a la ventana, guiado por el sonido de la voz de su amada. A pesar de que la ventana se encontraba cerrada y el sonido le llegaba amortiguado, era lo suficientemente claro como para entender lo que ella decía...

—¡Es suficiente, no voy a soportarlo más! Si no guarda silencio inmediatamente, tendré que pedirle que se marche, Ashton —se dirigió a un hombre al que Matt no había visto hasta entonces, demasiado centrado en la presencia de Alissa.

Lo primero que notó en él fue la postura altiva y arrogante con la que se desenvolvía. Tenía el cabello rubio platinado y los ojos azul claro, además de una eterna expresión en el rostro que a cualquiera le sugería que había olido mierda o bien que el mundo no se merecía su presencia.

Ashton Umbridge, hijo del marqués Umbridge y su heredero. Lo conocía bien. Había sido compañero de clase de Alexander en el instituto, y era el tipo más antipático que podía recordar.

Y por lo que pudo notar a primera vista, bebía los vientos por Alissa...

Al igual que él.

Ante la declaración de la joven, por primera vez notó que el rostro altivo de Ashton mudaba la eterna expresión de autocomplacencia para adoptar una expresión de preocupación. Aunque podría haber apostado su vida a que no era sincera.

—Vamos, Alissa. No se tome mis palabras tan a pecho... —dijo él, levantándose del sillón en el cual había estado sentado para acercarse a ella con los brazos abiertos, en un intento de cogerla. Para su buena fortuna, Alissa lo rechazó abiertamente.

Una franca sonrisa se grabó en los labios de Matt.

—Disculpe mi atrevimiento —continuó Ashton adoptando una actitud segura, a pesar de que era obvio que el rechazo de ella le había dolido en las entrañas—, si la he molestado de alguna forma y desea que me marche, así lo haré. Aunque no sin antes, prevenirla...

—¿Prevenirme? —los ojos de Alissa se convirtieron en dos rendijas.

—No me malentienda. Me refiero a que vengo a prevenirla acerca de un tema importante —se apuró en corregir sus palabras—. Usted no debe salir con Mathew, ni con ningún otro Collinwood. Son gente muy fuera de nuestra esfera social. No se encuentran a su nivel, Alissa.

—¿De qué está hablando? Si su padre es un conde, por el amor de Dios —replicó ella—. No tiene nada que envidarle a nadie, ni a mí, ni mucho menos a usted.

Matt sonrió, Alissa era toda una luchadora.

—No es igual. Su madre es mexicana. Su estirpe no es de la misma clase que la nuestra.

—¿Por no ser completamente inglés? —ella se cruzó de brazos—. No veo qué tienen los ingleses para creerse superiores a todos. En mi opinión son bastante comunes y ordinarios.

—¡Alissa! —se escuchó la reprimenda de Anne Marie. Sentada en el otro sofá, su figura había pasado completamente desapercibida para Matt. Y por la mirada que Ashton le dedicó, supo que también para él—. No seas grosera con nuestro invitado.

—Está bien, no me ha ofendido. Tiene usted razón en molestarse, siendo su madre francesa —dijo él con voz melosa—. Y no me refería a usted, por supuesto. Los franceses están en mi más alta estima. Sin embargo, los Collinwood son otro asunto...

—¿Por qué? ¿Por ser mitad mexicanos?

—Precisamente.

—No veo el problema tan grande que usted parece encontrar en ello —Alissa arqueó una ceja—. A mi modo de ver, los Collinwood son una familia tan normal como cualquier otra. Es más, me parece que son excepcionales. Todos ellos —añadió, prácticamente fulminando al hombre con la mirada.

—Es su ingenuidad, su filantropía desinteresada, lo que la lleva a hablar de ese modo, milady. Le aseguro que los Collinwood no son de ninguna forma como usted asume. Y más ese Matthew Collinwood, con quien ha quedado en salir a montar —su nariz se irguió, como si acabara de oler la peor peste—. Le ruego que preste atención a mi advertencia y desista de su idea.

Matt se tensó. Su rostro era un mar de crispación. ¿Qué tenía que venir a decir ese idiota sobre él? ¡Y sobre su familia! ¡En cuanto se topara de frente con él le haría saber la valía que tenían él y su familia! ¡Se lo dejaría tan claro como los moretones que le provocaría con los puñetazos que le daría en el rostro!

—Él tiene razón —terció Anne Marie—. No debes salir con él, Alissa.

—¿Intenta ordenarme con quién debo o no debo salir? —Bramó ella, furiosa, ignorando de lleno a su prima.

—No, por supuesto que no. Sin embargo, es mi obligación velar por el bienestar de usted, Alissa. Y le aseguro que ese joven Collinwood no es bueno para usted de ninguna manera.

—Disculpe si soy descortés, milord, pero lo que usted tenga que decirme sobre Matthew Collinwood, o cualquier miembro de su familia, no me provoca el menor interés —contestó ella tajantemente. La sonrisa en el rostro de Matt deslumbró.

—Milady...

—Si me disculpa, milord, me marchó. Voy tarde para mi cita —le dijo ella cortantemente—. Si se hubiera atendido a las normas de cortesía, lord Umbridge, y hubiera anunciado con anticipación su visita, le habría avisado con tiempo para que no viniera en vano hasta aquí. Tengo un compromiso y debo marcharme. Usted es libre de irse o quedarse, estoy segura de que a mi prima Anne Marie le encantará atenderlo durante mi ausencia.

Matt reparó en la figura taimada sentada al fondo del salón, observando aquella escena con ojos brillantes a causa de los celos y la envidia, tan claros en su rostro como si se pudieran leer en un cartel con letras destacadas y a todo color.

—Sin duda la compañía de su prima resultará... encantadora —contestó él, después de echarle a la joven una mirada altiva y escrutadora. Por la mueca en su rostro, fue claro que la pobre joven no había pasado su inspección de manera satisfactoria—, al menos hasta que usted regrese, lady Goldbridge.

—¿Quiere decir que se quedará aquí a esperarme? ¿O tal vez a vigilarme? —preguntó Alissa, frunciendo el entrecejo, visiblemente molesta.

—Por supuesto. Como le dije, no me fío de esos Collinwood. Tienen fama de salvajes y de ser poco delicados con damas finas como usted, Alissa. He visto en cientos de ocasiones a los tres mayores enamorar a jovencitas inocentes como usted, para usarlas para sus fines y luego olvidarse de ellas, como si se tratase de corazones de manzana inútiles después de haber comido la fruta. Y es mi deber impedir que ese joven Collinwood haga precisamente eso con usted.

Matt apretó los puños. No permitiría que ese canalla ensuciara el nombre de sus hermanos.

—No tengo idea de dónde ha sacado esas ideas, lord Umbridge, pero le aseguro que se equivoca. Mi padre conoce a los Collinwood desde hace años y los tiene en la más alta estima. Son gente intachable. Todos ellos —añadió con voz grave—. Además, yo también los estimo mucho. Y comparto enteramente la opinión de mi padre, por lo que le exijo que no calumnie su nombre a menos que desee que lo eche de mi presencia —le dirigió una mirada retadora cuando él iba a interrumpirla. El hombre cerró la boca por impulso, permitiéndole continuar—. Por lo que respecta a Matt Collinwood, ése es asunto mío y sólo mío, y le prohíbo que usted se meta en mis asuntos, ¿está claro?

El rostro de Ashton brillaba, rojo por la furia. Anne Marie se levantó de su asiento, dispuesta a intervenir.

—Lord Umbridge, estoy segura de que mi prima estará encantada de reunirse con usted después de su paseo a caballo. El señor Collinwood es sólo el hijo de un viejo amigo de la familia y Alissa siente una especie de obligación moral de tratarle con cortesía. Ésa es la razón por la que se empeña tanto en salir a pasear con ese joven, Matthew.

—Qué tontería —replicó el otro—. Rompa su cita, no tiene ninguna obligación hacia ese hombre o su familia. De por sí el que la hubiera invitado el día de Navidad me parece la más grande de las descortesías.

—No ha sido él quien me invitó, sino yo a él —lo corrigió, dejándolo con la boca abierta—. Y no romperé mi compromiso —puso los brazos en jarra, dedicándole una mirada airada—. Además, le recuerdo que fue usted quien llegó sin previo aviso a la puerta de mi casa el día de Navidad. Si hubo alguna descortesía, ésa la ha hecho usted...

—Mi prima Alissa es un alma caritativa, milord —la interrumpió su prima a propósito—. Siente como una obligación el ser amable con ese pobre joven, después de su acto de torpeza el día de ayer. Debe tomarlo por lo que es, una obra caritativa y nada más.

—¿Una buena acción por el día de Navidad? —se mofó él.

Los ojos de Anne Marie se dirigieron directamente hacia la ventana, al sitio donde se encontraba Matt escuchando todo. Y él supo que desde el principio esa mujer había estado al tanto de su presencia allí.

—Así es, milord —dijo ella, subiendo el volumen de voz a propósito—, sólo una obra caritativa. Después de todo, no pensaría que una joven tan elegante y distinguida como mi prima, una mujer bien educada que sabe diferenciar perfectamente entre un verdadero caballero y un vago intento de serlo, como ese Matthew Collinwood, fuera a realmente a fijarse en un hombre pusilánime como él. Si ha accedido a salir con él, ha sido por lástima. La más pura y completa

lástima. Es eso todo el sentimiento que un hombre como él puede despertar en una mujer.

—¡Ya basta, Anne Marie! —rugió Alissa—. No te permito que lo insultes...

—¿Vas a negarme que el numerito que armó ayer en las escaleras fue acorde a la talla que debe dar un caballero? —los ojos de Anne Marie se desviaron de la ventana para fijarse sobre su prima—. ¿No has dicho siempre que si llegaras a escoger a un hombre como pretendiente, lo harías entre lo mejor de lo mejor de la sociedad de Londres? Un caballero en toda la extensión de la palabra, de linaje impresionante y modales impecables. ¿Acaso vas a negarme que la demostración de la que hizo gala el día de ayer ese Matthew Collinwood, dista mucho de lo que tú esperas en un posible prospecto?

Alissa enmudeció, era claro que no tenía respuesta para las palabras de su prima.

—Tú mereces algo mejor que ese hombre, Alissa —Anne Marie continuó el ataque—. No por ser hijo del amigo de tu padre vas a rebajarte

—¡No me rebajo...! —gruñó ella, retorciendo nerviosamente los guantes en la mano.

—Lo haces. Y Matt no llega ni a los talones del tipo de prospecto que te has impuesto desde que tu padre te planteó la posibilidad de encontrar un marido —los ojos de Anne Marie brillaron como el filo de navajas al posarse una vez más sobre Matt—. Tú mereces a alguien mucho mejor que él, Alissa. Lo sabes bien. Y si no tienes el valor para decírselo, bien debería ser él quien demostrara tener los suficientes pantalones para alejarse de ti y dejarte en paz, cuando es claro que no tiene, ni jamás tendrá, la menor oportunidad contigo.

Ella no contestó, siguió los ojos de su prima, que se mantenían fijos en la ventana. Fue cuando lo vio: Matt, del otro lado de la ventana. Por la expresión en su rostro, supo que había escuchado cada palabra de su conversación.

—¡Matt...!

Matthew no se detuvo a escuchar más. Ya había decidido marcharse, y ahora, descubierto por ella, no iba a detenerse. Corrió hasta su caballo y saltó sobre la montura, para salir al galope de regreso a su propiedad.

—¡Tú sabías que estaba allí!, ¿no es así? —Alissa le reclamó a su prima—. ¡Dijiste todo eso a propósito para lastimarlo! ¡¿Cómo pudiste, Anne Marie?! —

—Si me permite intervenir, milady —Ashton la tomó por el brazo, una libertad que a ella le hizo perder el último grado de cortesía hacia él—, creo que su prima ha actuado con cordura y bastante perspicacia. Ahora él no volverá a molestarla.

—¡Usted qué sabe! —chilló Alissa, sin lograr controlar las lágrimas mientras corría hacia la puerta.

Una mano de hierro la detuvo antes de alcanzar el pomo. Se vio obligada a volverse para encontrarse de frente con la figura imponente y fúrica de Ashton.

—¿No estará pensando en ir tras él? —más que preguntar amenazó.

Alissa sintió que las entrañas se le revolvían por el odio que ese hombre despertaba en ella. Le cruzó el rostro con una bofetada y le espetó con el mayor volumen de voz que consiguió, a pesar de tener la voz quebrada por el llanto:

—¡Claro que pienso ir tras él, y ni usted ni nadie me lo impedirá! —clavó sus ojos sobre su prima, dedicándole una mirada tan despectiva como gélida—. Nunca creí que cayeras tan bajo,

Anne Marie. Esto es lo más cruel que has hecho en tu vida. Te sentirás orgullosa...

—¿Qué está sucediendo aquí? —John apareció por el pasillo, dirigiéndose a la habitación a paso apresurado, acompañado por Fanny, la doncella de compañía de Alissa, quien caminaba con un conejo asustado tras el hombre. Seguramente ella debió escuchar el escándalo y había corrido a darle aviso a su señor.

—No es nada, papá —Alissa lo besó en la mejilla—. Debo irme, te lo explicaré luego. Por favor, despide por mí a lord Umbridge —le dirigió al hombre una mirada altiva, como pocas veces ella solía dirigir a la gente—, ya se marcha.

Si John iba a replicar no tuvo tiempo, Alissa abandonó la casa como un suspiro, dejando alterados a todos en la habitación.

No le costó partir enseguida rumbo a Collinwood Hall, su caballo ya estaba ensillado. Prácticamente le arrancó las riendas al caballerango que se lo entregaba y partió al galope en dirección al castillo, donde estaba segura encontraría a Matthew.

Franqueaba los linderos de la propiedad de los Collinwood cuando, de la nada, un lobo apareció ante ella. Su primera reacción fue huir, y lo mismo debió de opinar su montura que se encabritó súbitamente, lanzando a Alissa de la silla. La joven cayó sobre la nieve, pero un pie le quedó atorado en el estribo. Sintió terror al ver los cascos del caballo agitarse violentamente a escasos centímetros de su rostro. Si no lograba zafar el pie, terminaría bastante magullada por su propio caballo, si no es que muerta...

Lo siguiente lo recordó como si el tiempo se hubiera pausado, a pesar de que sólo transcurrieron unos cuantos segundos.

El lobo, apabullado por haber sido descubierto, se paralizó entre la idea de atacar o huir. Su caballo, por otro lado, parecía dispuesto a salir corriendo a toda velocidad para poner la mayor distancia posible entre el lobo y él, sin importarle llevarse a Alissa arrastrando entre sus patas como un saco de patatas.

Fue cuando él apareció.

Un hombre alto, una figura imponente y ágil, completamente negra a contra luz. Tan grandioso, que le costó varios segundos reconocer en él a Matthew, el desgarrado joven de la noche anterior. Pero su manera de dominar a un caballo era única. Lo había visto la noche anterior y ahora volvía a hacerlo delante de ella, como si susurrar palabras a los animales para lograr calmarlos fuera cosa de todos los días.

Notó el brillo de una navaja en su mano antes de que él, de un movimiento tan rápido que no logró verlo, cortó el cuero del estribo, liberándola de la montura. Enseguida Matt se abalanzó sobre el cuello del caballo, conteniéndolo antes de que la aplastara con los cascos.

Alissa intentó ponerse de pie, sabía que debía moverse o terminaría como un saco de huesos rotos. Al apoyar el pie sintió undolor punzante. Perdió el equilibrio y terminó cayendo de bruces sobre la nieve. Alissa se giró, asustada, temiendo que su salvador no contara con las fuerzas suficientes como para contener al animal hasta que ella lograra escapar. Pero al volverse, encontró que el caballo corría en la dirección opuesta del camino, alejándose de ellos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Matthew, volviéndose apenas hacia ella, sin perder de vista al lobo, todavía delante de ellos.

Alissa sintió que el corazón le daba un vuelco. No se parecía en nada al muchacho un tanto torpe y larguirucho que había conocido la noche anterior. El hombre que tenía delante de ella se erguía imponente en toda su alta estatura, seguro de cada uno de sus movimientos y acciones, con cada uno de los músculos de su cuerpo firmes y tensos, listos para la acción. Su chaqueta de montar y camisa se habían desgarrado por el hombro, dejando al descubierto una buena parte de su pecho, musculoso y perfectamente definido. Sus ojos, ahora de un azul oscuro, brillaban intensamente, resaltando más que nunca con su piel morena.

Esa mirada de fuego le atravesó el alma con ese solo vistazo y se quedó clavada en su corazón.

A Alissa se le atragantó la respuesta en la garganta, seca por la impresión, aunque no habría podido definir si era a causa del miedo por el lobo o por el impacto que ese hombre le había provocado.

—¿Puedes levantarte? —le preguntó él, insistiendo en encontrar una respuesta de su parte, sin moverse de su lugar, actuando como una barrera entre ella y el animal.

Alissa fijó los ojos sobre el lobo, parecía tan asustado como ellos, con la diferencia de que él tenía colmillos y los enseñaba entre los gruesos gruñidos que les dedicaba, amenazando con atacarlos en cualquier momento.

—No muevas un músculo... —susurró Matt, sin quitarle los ojos de encima al lobo.

Un pájaro salió volando de una rama cercana, asustando al can que no dudó en atacarlos. Matt, con una agilidad sorprendente, se abalanzó sobre el animal, sujetándole del cuello antes de que pudiera encajarle las mandíbulas. Alissa gritó, aterrada, buscando la manera de ayudarlo. Intentó ponerse de pie, aunque sólo fuera para patear al lobo, pero al hacerlo sintió una dolorosa punzada en el tobillo que le hizo soltar un alarido.

—¡No! —le gritó Matt, ordenándole con la mirada que no se moviera de su sitio.

Los ojos de la joven volaron hasta un par de cachorros ocultos tras un montículo de nieve. Y lo comprendió. La loba intentaba proteger a sus cachorros. Matt lo sabía. Ahora Alissa lo advirtió todo. Él no deseaba hacerle daño a la loba, sólo quería ahuyentarla para que se marchara con sus crías. Era bastante considerado, tomando en cuenta que estaba poniendo su vida en peligro, era quizá incluso una locura.

—¡Matt dispárale! —gritó Alissa, notando que él tenía un arma en la mano.

—Sólo... quiere huir... —contestó él, luchando por mantener a raya el animal.

Matt y el lobo forcejearon en la nieve, él era fuerte, pero también lo era la loba.

—¡Te va a matar! —Alissa gimió, aterrada—. ¡No puedes permitir que te haga daño...!

No supo cómo, pero de alguna manera el joven logró desembarazarse lo suficiente del animal como para hacer un disparo al aire.

Alissa se cubrió la boca para ahogar un grito. La loba, asustada, salió huyendo, al igual que los cachorros que no dudaron en seguirla.

Respirando agitadamente a causa de la excitación, Alissa gateó hasta llegar al lado de Matthew, todavía tirado de espaldas en la nieve. Notó que sangraba de varias partes, pero no parecía tener ninguna herida grave.

—¡¿Estás loco?! ¡Pudo matarte! —le recriminó sin pensar, soltándose a llorar.

Él se enderezó y se apoyó sobre un codo, mirándola directamente a los ojos mientras tendía una

mano hacia su rostro. La calidez del tacto en su mejilla la paralizó. Su textura era áspera, pero tibia, sumamente tibia, como si su solo roce fuera capaz de derretir la nieve que los rodeaba.

Él acarició su piel, tan blanca y fría por el susto como la misma nieve. Con un movimiento suave del pulgar, secó sus lágrimas. Un gesto tan delicado e íntimo que parecía ajeno a la situación que acababan de vivir. El hombre fuerte y valiente yacía delante de ella, con la ropa hecha trizas y sangrando pero sólo con ojos para ella, preocupado sólo por ella.

—¿Te encuentras bien? ¿Te ha lastimado? —le preguntó Matt, turbado por la preocupación.

Por poco Alissa suelta una carcajada por la pregunta.

Él, que había peleado cuerpo a cuerpo con un lobo y había terminado herido después de estar al borde de la muerte por culpa de ella, le preguntaba si se encontraba bien. Cuando todo lo que ella había hecho fue sentarse a mirar cómo casi lo matan.

—Claro que estoy bien, gracias a ti —le dijo en un tono que casi sonaba a reproche—. ¿Cómo pudiste ser tan tonto? ¡Ese lobo bien pudo matarte!

—Sólo intentaba proteger a sus cachorros —contestó Matt, haciendo una mueca de dolor mientras intentaba incorporarse—. Será mejor que avisemos al guardabosque de Collinwood Hall. Es raro que una loba ande por estos rumbos. Si no tiene cuidado, podría terminar despellejada y sus cachorros como comida de perros.

—No te muevas, bien podrías tener un hueso roto —le advirtió Alissa—. Primero preocúpate por ti, y luego por esos lobos —lo reprendió, colocando ambas manos sobre sus hombros para mantenerlo inmovilizado.

Sentir su cuerpo la impactó, sus músculos firmes, su cálida piel, incluso la sangre de los arañazos, todo él le resultaba de un atractivo incomprensible. Alissa debió hacer un esfuerzo enorme para reprimir el impulso que sintió por seguir palpándolo, recorrer cada centímetro de su cuerpo con las manos en una eterna caricia...

—Lo mejor será que vaya a buscar ayuda —dijo apresuradamente, girando la cara para que él no pudiera notar sus mejillas encendidas.

Matt sonrió, una mueca ladeada que lo hizo parecer aún más apuesto a sus ojos.

—Dudo que deba recordarte esto, pero creo que quien tiene un hueso roto eres tú —le dijo, haciendo un gesto hacia su pierna lastimada—. Si tenemos suerte, sólo será una torcedura de tobillo, pero no debemos forzar las cosas. Lo mejor será que te cargue en brazos y te lleve a tu casa. No debes caminar.

Antes de que pudiera hacer o decir nada, él se había aproximado a ella y la aferraba cuidadosamente por la espalda y bajo las rodillas para cargarla. Alissa se estremeció al sentir la calidez de su cuerpo tan cercano al suyo, sus fuertes brazos alrededor de su espalda y sus piernas, sus manos aferrando su piel con la intimidad que sólo se le debería permitir a un esposo.

Una sonrisa se dibujó en sus labios ante esa sola idea; ella, esposa de Matt. Tenerlo a su lado para siempre. Sólo para ella...

Se estremeció ante la alegría que ese pensamiento maravilloso le provocaba. Si él fuera su esposo, podría recorrer su cuerpo con las manos día y noche, sin que nada ni nadie pudiera evitarlo...

—¿Te he hecho daño? —le preguntó él, dedicándole una mirada preocupada. Sus ojos se

encontraron directamente, apenas distanciados por unos cuantos centímetros.

—No, claro que no... —musitó ella, sintiendo que todo el cuerpo le temblaba—. Tú me salvaste la vida, Matt —pronunció las palabras que había querido decir desde el instante en el que él apareció delante de ella.

Él se encogió de hombros, quitándole importancia al asunto.

—Es algo que cualquiera habría hecho. Ahora sujétate firmemente de mi cuello, no quiero que te desequilibres cuando nos levantemos, podrías lastimarte.

—Matt, espera —lo incitó ella, aunque se aferró a su cuello, incapaz de desperdiciar esa oportunidad—. Lo que digo es en serio. Tú me has salvado la vida... Yo... Yo no sabes cuánto te lo agradezco.

Hubiera jurado notar un ligero rubor encenderse en las mejillas de Matt, y por un momento, volvió a ver al introvertido joven de la noche anterior en ese hombre parado delante de ella.

Y le encantó.

Amaba a ese hombre, tal como era. Su parte tierna y tímida, como su parte fuerte y segura. Era un todo que le fascinaba.

—No me agradezcas nada. No he hecho más de lo que me correspondía —él desvió la vista—. Mi caballo no está lejos, debió asustarse con el disparo. Iré a buscarlo, podrás montar en él para regresar a casa. No creo que sea bueno que te vean conmigo.

—Si lo dices por lo que escuchaste afuera de esa ventana...

—No me importa lo que los otros digan de mí.

—Me parece bien. No debes hacer casos de las habladurías de la gente, y mucho menos cuando sólo dicen cosas hirientes por envidia.

—Dudo mucho que Ashton Umbridge sienta envidia de mí.

—Oh, claro que la siente —le afirmó ella con tanta vehemencia que un mechón de cabello le cayó en el rostro—. Lo intimidas. Tú y tus hermanos. Los Collinwood resultan intimidantes para la mayoría de los nobles de Inglaterra.

Matt rio ligeramente, incapaz de creer eso.

—Ashton es como la mayoría de los nobles, un fanfarrón con aires de don Juan que no tiene nada más que presumir que haber tenido la suerte de nacer en una familia noble. En cambio ustedes, no sólo tienen eso, no sólo provienen de una buena familia, sino que son una buena familia. ¡Realmente lo son! —Alissa enfatizó esas palabras—. Son audaces, fuertes, aguerridos, simpáticos... —sus ojos azules se posaron sobre el rostro de Matt, dedicándole la más dulce de las sonrisas—, tan valientes como para enfrentarse cuerpo a cuerpo a un lobo feroz para salvar a una joven desconocida.

Las mejillas de Matt se encendieron, esta vez en serio.

—Yo... tú no eres desconocida para mí, Alissa.

—Lo sé, anoche me conociste bastante bien —bromeó ella, pero Matt no rio. El tono de color de sus mejillas subió más, abochornado por el recuerdo.

—Disculpa... No era mi intención hacerte pasar por... —se quedó callado cuando ella posó un par de dedos sobre sus labios, obligándolo a callar más por el gesto que por otra cosa, mismo que lo dejó paralizado.

—Me alegro de que haya sucedido. Pudimos conocernos... —ella sonrió tímidamente—. No cambiaría ni un momento vivido a tu lado, Matt...

El corazón de Matt se detuvo, incapaz de creer lo que estaba escuchando.

Ligeros copos de nieve comenzaron a caer sobre sus cabezas, armando una escena maravillosa a su alrededor. La nieve los envolvía, no iban abrigados más que por unas ligeras chaquetas de montar, y, sin embargo, ninguno tenía ni pizca de frío, abrigado por el calor del cuerpo del otro.

Matt nunca la había visto tan hermosa. Tenía el cabello enmarañado sobre el rostro, sus ojos brillantes y azules, enmarcados por esas gruesas pestañas rizadas que los hacían resaltar como zafiros al contraste de su piel tan blanca como el mármol. Y su boca... Esos labios rojos y húmedos lo llamaban a probarlos desde el primer instante en el que posó sobre ellos la mirada. Su solo recuerdo no lo había dejado dormir durante toda la noche, y ahora que los tenía tan cercanos a él, le parecía imposible resistir la tentación de saborearlos...

Escucharon un chillido tras ellos. Ambos se giraron para ver de qué se trataba, para descubrir un cachorro de lobo luchando por salir de la nieve.

—Oh, pobrecillo... —dijo Alissa, intentando incorporarse para ayudarlo. Matt la dejó con cuidado una vez más sobre la nieve y se acercó a tomar al cachorro.

—Su madre lo dejó atrás por la prisa. Es más pequeño que los otros, los animales no suelen esperar a los débiles —le dijo él, entregándole al cachorro a Alissa cuando ella le tendió los brazos para recibirlo.

—¿Crees que morirá? —le preguntó ella, dedicándole una mirada compungida.

—No. Lo llevaré a casa y lo cuidaré hasta que esté lo suficientemente fuerte para vivir solo —le dijo Matt, intentando calmarla con sus palabras. Era un lobo muy pequeño, lucía enfermo. Su madre debió dejarlo atrás a propósito.

—Está temblando, debe estar aterrorizado, pobrecillo...

—Creo que tiene frío —rectificó Matthew, hincándose frente a ella para revisarlo—. Está mojado por la nieve, su pelaje aún no es lo suficientemente tupido como para mantenerlo seco. Hay que abrigarlo un poco... —hizo un gesto de desprenderse de su chaqueta, pero Alissa lo detuvo.

—¿Qué crees que haces? Te vas a enfermar.

—Estaré bien...

—Nada de eso, cógelo un momento, por favor —le dijo ella, entregándole el lobito. Rápidamente cogió las enaguas bajo su falda y arrancó un buen trozo de tela.

Matt enrojeció hasta las orejas y desvió la mirada.

—Vamos, como si no hubieras visto todo esto ya ayer —bromeó ella, tomando al cachorro de regreso para envolverlo con la tela.

—No, te aseguro que no vi nada —se apuró a decirle él—. Te juro que sólo intentaba ayudarte.

—Matt, estoy bromeando.

—Alissa, yo no quiero... No debes pensar que... Lo que dijo Ashton sobre mis hermanos, sobre mí, no es cierto, yo nunca jugaría contigo, nunca me aprovecharía de ti, ni aunque fuera para echar un vistazo bajo tus faldas...

Alissa lo cogió por el cuello de la camisa y lo acercó a ella, y sin detenerse a pensarlo, le

plantó un beso en los labios.

—Lo sé —le dijo ella en voz baja.

Matt se quedó petrificado allí mismo, mirándola con los ojos abiertos como platos. Alissa, cayendo en la cuenta del peso de su arrebató, agachó la mirada, avergonzada, sintiendo que el color se le subía a las mejillas.

Matthew acercó una mano a su rostro, en una suave caricia, apoyó dos dedos en su barbilla y la obligó a levantar nuevamente la mirada. Sin necesidad de decir nada, se aproximó a ella y la besó una vez más.

Esta vez fue un beso prolongado, suave como terciopelo, apasionado como el más ardiente volcán. Alissa no podía respirar, ni quería hacerlo, todo con tal de prolongar ese instante mágico.

—Te amo... —musitó ella entre labios, un impulso llevado completamente por su corazón.

Matt sonrió, y su sonrisa se ensanchó cuando ella retrocedió, avergonzada. Se estaba mostrando como una completa descarada ante él, dejándole abierto su corazón cuando él ni siquiera había dado muestras de estar realmente interesado en ella.

—Yo también te amo —le dijo él con toda la seguridad que consiguió en la voz.

Alissa lo miró a los ojos, embelesada, con la ilusión que la juventud de los quince años puede otorgar al primer amor.

—¿Crees en el amor a primera vista, Alissa? —le preguntó Matt en un susurro, ahuecando la mano en su mejilla—. Porque yo te he amado desde el mismo instante en el que te conocí.

Ahora fue Alissa quien sonrió de oreja a oreja. Rodeándole el cuello con los brazos, le dijo en un susurro bajo, colmado de emoción:

—Y yo a ti, Matt.

El cachorro, refugiado todavía en su regazo, chilló ligeramente al encontrarse un poco aplastado y saltó hacia la nieve, buscando ponerse a salvo. Ambos rieron, viendo al animalito buscar un nuevo refugio, ahora bajo las faldas de Alissa.

—Será mejor regresar a casa o terminaremos todos con una pulmonía —dijo Matt, cogiendo una vez más al cachorro y entregándoselo a Alissa.

—Aunque así fuera, esta ha sido la mejor Navidad que he pasado en toda mi vida —aseguró ella, dedicándole una cálida sonrisa—. Gracias a ti, Matt.

Él la miró a los ojos, acariciando su rostro con una suavidad y una ternura tal, que el corazón de Alissa dio un vuelco.

—Gracias a ti, Alissa.

Matt la cogió entre sus brazos y se puso de pie, para enseguida emprender el camino a casa llevándola a cuestas con mucha facilidad, como si ella estuviera hecha de plumas. Alissa, sintiendo que realmente flotaba en las nubes, apoyó la cabeza contra su pecho, aspirando su embriagante aroma masculino, mientras una sonrisa se grababa para siempre en su rostro y en su corazón, guardando para siempre el recuerdo de ese momento en su memoria...

Kent, Gran Bretaña. Julio de 1888

Alissa terminaba de retocar el paisaje al óleo que estaba pintando cuando notó una figura oscura moviéndose a través del campo. Aún se encontraba bastante lejos, pero supo al instante quién era. Podría haber reconocido esa manera de montar en cualquier lugar. Ningún caballo obedecía a un hombre como lo hacían ante la mano de Matthew Collinwood.

Una sonrisa se dibujó en sus labios mientras dejaba caer intempestivamente el pincel, sin importarle crear una mancha nueva en la colección de pintura que había añadido al balcón, y salió prácticamente volando escaleras abajo.

Al llegar al rellano notó unos pasos lentos y pesados aproximándose a la puerta y se vio obligada a bajar la velocidad y aparentar una compostura que no sentía en absoluto.

—Papá, buenos días —lo saludó con una sonrisa, acercándose a él para besarlo en la mejilla—. Espero que hayas descansado bien.

—Muy bien, querida mía. Dime, ¿ya has tomado tu desayuno?

—Aún no, pero en realidad no tengo mucha hambre, papá.

—Alissa, debes alimentarte de manera adecuada. No me gustan nada esas modas de hoy en día. Es primordial tener la mente y el cuerpo sano, no lucir cinturas estrechas a causa de esos terribles corsés. Sabes muy bien que no apruebo esas tendencias. Sólo de pensar en ello me provoca dolor de cabeza, no quiero imaginar a mi querida hija sufriendo sin comer.

—Te aseguro que no es el caso conmigo, padre. No me preocupan las modas en absoluto, ni tampoco mi cintura. Sólo deseaba dar una vuelta por el jardín antes de desayunar, una buena caminata suele ayudar a abrir el apetito. Además, sabes que me gusta aprovechar dar todos los paseos posibles en Saint Anne. En Londres difícilmente se puede dar una vuelta a la manzana y respirar aire puro al mismo tiempo.

John soltó una carcajada y asintió con la cabeza.

—Tienes mucha razón, hija mía. Y me alegra que pienses así, que valores esta casa y lo que el vivir lejos de la ciudad significa. De ser por mí, te mantendría en este lugar toda la vida, y no sólo un mes al año.

—Debes atender tus negocios, papá, lo entiendo. No tienes que sentirte mal en absoluto, a tu lado soy completamente feliz. Estés en donde estés, con humo o árboles a nuestro alrededor.

—Yo también siento lo mismo, pequeña angelita mía —sonrió John, estrechando cariñosamente la mano de su hija.

Se escuchó el trote de un caballo cercano a la puerta. Percival, el mayordomo, se apresuró a abrir la puerta, manteniendo a flor de piel la expectación de Alissa. John, sin notarlo, se giró en redondo para averiguar de quién se trataba justo cuando Matthew iba subiendo los escalones principales de la entrada.

El rostro de Alissa se iluminó con una sonrisa, al tiempo que hacía todo lo posible por aparentar ante su padre una naturalidad que no sentía.

—¡Matt! —exclamó John, sin darle tiempo al mayordomo de hacer las debidas presentaciones—. ¡Qué sorpresa, muchacho! Anda, pasa, estás en tu casa —lo invitó adentro, acercándose a él para saludarlo con un abrazo.

—Buenos días —saludó Matthew a ambos, quitándose el sombrero a la primera oportunidad después de que John lo hubo soltado al fin—. Espero disculpen mi falta de modales por llegar sin previo aviso. Pasaba por aquí y me vi tentado a venir a saludar —Matthew, dirigió una mirada cariñosa a Alissa, inclinándose ligeramente en una venia—. Buenos días, lady Goldbridge.

—Buenos días, lord Collinwood —contestó ella con una sutil sonrisa, saboreando tanto como él el momento en el que estrechó sus dedos y besó sus nudillos, en un beso tan apasionado como fugaz.

—Por favor, amigo mío, estás en tu casa —le dijo John—. Somos vecinos después de todo, se espera que nos visites. ¿Acabas de llegar desde Londres?

—Desde Oxford, en realidad. Sentía la imperiosa necesidad de estar en casa. No hay mejor lugar en Inglaterra que Kent en verano —sus ojos se fijaron nuevamente en Alissa, acariciándola con una sutil mirada que sólo ella captó antes de que Matt se dirigiera nuevamente a su anfitrión—. Mi madre le envía sus saludos, por cierto. Se estará alojando en Collinwood Hall durante el verano. Me ha pedido que le diga que espera nos visite uno de estos días, antes de su regreso a Londres.

—Me encantará ir a verla, por supuesto —contestó John—. Este año debimos retrasar un poco nuestra partida de Londres, de lo contrario habría ido a verla antes. Es una lástima, sin duda. Mi Alissa adora las estadías en Kent durante el verano. Pero supongo que sirvió para encontrarnos aquí justo a tiempo ¿no es así, muchacho? Tú no me engañas, conozco tus verdaderas intenciones y el motivo que te ha traído aquí esta mañana.

El rostro de Matthew se puso rígido al tiempo que el de Alissa perdía todo color.

—Has olido el delicioso tocino de Grace, la cocinera, y no te has dado tiempo ni para desempacar los libros de la universidad para venir a hincarle el diente, ¿o me equivoco? —bromeó John.

Matt sonrió, más aliviado que contento, al igual que Alissa, quien parecía tan lívida como si fuera a caer desmayada en cualquier momento. Matt se colocó a su lado, temiendo lo peor, dispuesto a cogerla en vilo al primer signo de pérdida de conocimiento. Ella, con un gesto sutil, le acarició la mano, dándole a entender que todo estaba bien.

—Espero no rehúses compartir un desayuno caliente con nosotros mientras nos cuentas todo sobre tu viaje —John continuó hablando, haciendo una seña hacia el comedor.

—Será un placer, lord Goldbridge.

—John, hijo. Llámame John —pidió el anciano, palmeando cariñosamente el hombro del muchacho—. Somos prácticamente familia. Y cuéntame, ¿cómo se encuentra tu viejo padre? ¿Sigue en México?

—Así es, señor. Está aguardando el nacimiento de los terneros que espera sean los primeros de la nueva raza que intenta concebir...

Alissa dejó de escuchar, demasiado atenta a Matt caminando delante de ella. Todo él era perfecto; sus hombros anchos, su espalda, sus brazos musculosos... ¡Si tan sólo pudiera abrazarlo en ese mismo instante! Se sentiría completamente feliz...

—Alissa, querida, no demores —la llamó su padre, sacándola de sus ensoñaciones.

Una mirada de diversión se cruzó por los ojos de ambos jóvenes mientras Alissa apuraba el paso para alcanzar la mano que su padre le tendía.

Continuaron charlando hasta llegar al comedor, donde la mesa ya estaba dispuesta con un suntuoso desayuno compuesto de huevos revueltos, tocino, jamón y café recién hecho. Comieron y hablaron cerca de dos horas. John Goldbridge rio a carcajadas con las anécdotas que Matthew tenía para contar, hasta el punto de terminar tan agotado que decidió ir a reposar a sus aposentos antes del almuerzo.

—Temo querida que no podré acompañarte en tu paseo matutino —le dijo con tristeza a su hija—. El peso de los años me está siendo cada vez más arduo de soportar.

—No digas eso, papá. Estás en tan buena forma como cualquier veinteañero.

—Te lo agradezco, hija mía. No es cierto, pero te lo agradezco de todas maneras —rio el anciano, poniéndose de pie con dificultad. Matt se dio prisa en levantarse para ayudarlo a mover la silla, que al anciano parecía pesarle una tonelada. John agradeció el gesto con una sonrisa—. Nos vemos pronto, Matt. Espero que nos acompañes a cenar esta noche y me des la revancha en el ajedrez.

—Téngalo por contado —contestó Matt—. Pero me temo que será lady Alissa quien nos derrote a ambos.

—Como siempre —contestó ella con suficiencia—. Y su penitencia, Matt, será tocar una hermosa melodía para nosotros con su guitarra. Usted sabe que adoro escucharlo tocar.

—Será un honor para mí complacerla, milady —Matt sonrió, haciendo una ligera venia.

—Está acordado entonces —dijo John, y palmeándole el brazo al joven, añadió—: Alissa, querida, te dejo a cargo de nuestro estimado invitado. Quizá mañana podamos pasear por las inmediaciones de la casa, me temo que el clima no será muy favorable para ir más lejos. Presiento que lloverá toda la semana.

—No se aflija, lord Goldbridge, si me lo permite, estaré encantado de acompañar a la señorita Alissa a dar un paseo por los prados —salió al rescate Matt, dedicándole a Alissa una mirada amistosa, pero distante.

—No quiero molestarlo, lord Collinwood —intervino Alissa, respondiendo a su mirada con una dulce sonrisa de agradecimiento.

—No es ninguna molestia para mí, lady Goldbridge. Por el contrario, será un completo placer.

—Se lo agradezco enormemente, lord Collinwood. Siendo así, sólo queda tu palabra, padre — Alissa se giró hacia el anciano, quien sonreía de manera afable—. ¿Está bien si salgo a pasear con lord Collinwood?

—Tratándose de Matt, que es de toda mi confianza, no puedo negarme —contestó él, alargando la mano para estrechar la del joven—. Cuidala mucho, Matt. Te agradezco enormemente que te tomes este tiempo para cuidar de mi dulce ángel. No soportaría ver encerrada en casa a mi pequeño ruiseñor. Si no estira las alas puede que se entristezca y deje de cantar.

—Eso jamás podremos permitirlo —contestó Matt, con voz galante—. Tenga la confianza, lord Goldbridge, de que cuidaré muy bien de su tesoro, tanto como si fuera mío.

—Vaya exageración por un simple paseo por el jardín —Alissa voló los ojos, sin dejar de sonreír—. El mayor peligro será dejar mi chalina en casa y pescar un resfriado.

—Es cierto, Matt, preocúpate de que no olvide llevar su chalina —bromeó John, y tras besar a su hija en la frente, se despidió una vez más antes de alejarse por el pasillo principal en dirección a sus aposentos.

—¿Me permite, señorita? —le preguntó Matt a Alissa, tendiéndole su brazo.

—Por supuesto, milord —contestó ella, sonriendo ligeramente.

Ambos salieron tomados del brazo rumbo a los campos adyacentes a la casa. El día era bastante bueno, a pesar de encontrarse un tanto nublado. Unas cuantas ovejas pastaban a lo lejos, sus balidos eran el único sonido en la redonda.

Matt metió la mano en el interior del bolsillo de su abrigo y sacó un paquete envuelto en papel de regalo.

—Toma, es para ti.

—Matt, te he dicho que no tienes que traerme regalos cada vez que vienes a verme.

—Es sólo un detallito. Anda ábrelo, quiero ver si te agrada.

A pesar de sus palabras, Alissa sonrió, entusiasmada, y desgarró el papel de regalo. La cubierta de cuero de un libro quedó en sus manos.

—¿Frankenstein? —preguntó con perplejidad—. ¿No es una especie de monstruo?

—Sé que el tema es un tanto extraño, pero te gustará, confía en mí. Además, la autora es una mujer. Creo que te sentirás orgullosa de tu género cuando lo termines.

—Si te ha gustado a ti, estoy segura que me gustará también —sonrió, guardando el libro con cuidado en su bolsito—. Es lo que me agrada de ti, cualquier otro pretendiente me traería flores o me leería poemas. Tú me regalas libros de terror —bromeó.

—¿Otros pretendientes? —él arqueó una ceja—. ¿Han... venido muchos últimamente?

—No hablemos de eso, ¿quieres? —Alissa buscó cambiar de tema—. ¿Comenzamos nuestro paseo? Creo que realmente lloverá.

A Matt le costó asentir, pero no quería enturbiar la tarde con sus celos. Sabía que Alissa era una joven hermosa, caballeros hacían fila en su puerta con la esperanza de conseguir su mano en matrimonio. Eso no cambiaría hasta que su relación se diera a conocer. Y eso no sucedería sino hasta que él tuviera los medios para desposarla y llevarla a vivir consigo.

Esas eran las reglas de su padre.

—¿No te encanta el aire frío de esta pradera? —le preguntó Alissa, buscando conversación.
Matt se forzó por concentrarse en el presente. Era todo cuanto tenían... por ahora.

—Cómo extrañaba Kent, la calma de este lugar no se compara a la de ningún otro sitio —comentó con fingido interés, mientras bajaban por la colina.

—En un tiempo, este lugar te resultaba sumamente desagradable, ¿no me digas que ahora has cambiado de idea?

Matthew se detuvo en seco y se giró hacia ella, y sin ningún aviso previo, tomó su rostro entre sus manos y la besó.

—Tú me has hecho amar este sitio más que ningún otro sobre la tierra, porque sé que es aquí donde te encontraré.

—Oh Matthew, eres tan dulce —sonrió ella, deleitándose con la visión de su rostro. El tacto cálido de sus manos sobre su piel la embriagaba, la cercanía de su cuerpo tibio, tan suave y fuerte a la vez—. No tienes ni idea de cuánto te he extrañado.

—Si se acerca la mitad a lo que yo te he extrañado a ti, me imagino el suplicio por el que has pasado —le dijo él, volviendo a poseer sus labios con un beso largo y apasionado.

Alissa sintió perderse con ese beso, la calidez húmeda de sus labios sobre los suyos, suave y fuerte a la vez, una caricia llena de amor y de pasión. Le rodeó el cuello con los brazos, dejándose llevar por el momento. Matthew la estrechó por la cintura con una mano, posando la otra sobre su nuca, atrayéndola más contra su cuerpo, aferrándola a él con la pasión de quien necesita con urgencia redimir meses de separación.

—Matthew, detente... —susurró ella, separándose con un gran esfuerzo—, aún estamos demasiado cerca de la casa, podrían vernos.

—No me importa —intentó besarla nuevamente, pero ella le colocó una mano sobre los labios para impedirlo.

—Matthew, sólo unos metros más y seré toda tuya. Ten paciencia —le dijo con una sonrisa pícaro, alejándose unos pasos para alentarle a caminar.

—¿Toda mía, has dicho? —preguntó él con una sonrisa aún más amplia que la anterior.

—Ni lo sueñes —replicó ella, girándose sobre el hombro para dedicarle una mirada reprobatoria—. Sabes bien a lo que me refería, Matthew Collinwood. Te daré un beso y sólo un beso, nada más.

—No uno, miles —la atrapó él por la cintura, plantándole un beso en la nuca, deteniéndose a oler su cabello, extasiándose con su aroma—. He esperado meses por este momento, Ali, y no perderé la oportunidad de besarte hasta el cansancio.

—En ese caso, creo que tendremos que dar buen provecho a este día, porque a partir de mañana tendremos muy poco tiempo a solas —contestó ella, girándose para rodearlo una vez más por el cuello.

—¿Por qué lo dices?

—Anne Marie llegará mañana.

La sonrisa en el rostro de Matthew desapareció.

—Oh.

—Sí, oh... —suspiró ella.

Matthew no pudo evitar sentir deseos de huir con Alissa en ese mismo instante y cumplir el impulso que siempre debía reprimir de fugarse juntos y evitar así que los volvieran a separar. Alissa merecía lo mejor, una boda perfecta y no el escándalo de una fuga.

Aunque para cumplir con los deseos de su amada, tenía que sobrellevar dificultades como la presencia de su prima.

Anne Marie podía ser la prima de Alissa, pero en nada se parecía a ella; era prepotente, altanera y la mujer más antipática que pudo pisar la tierra. Además de la mayor metiche de Inglaterra.

Con ella cerca, Alissa y él tendrían que mantenerse a la mayor distancia posible para guardar las apariencias. Esa mujer poseía tal habilidad, que sólo una mirada indiscreta los delataría ante ella.

—¿Y se puede saber el motivo de su visita? —preguntó Matt, en un tono que ni rayaba en lo amable.

—Mi padre va a ofrecer un baile en su honor. Vendrá gente de todo Londres y los vecinos de los alrededores. Por supuesto tu familia está invitada, ¿asistirás, no es así?

Matthew no captó la pregunta a tiempo, demasiado perdido en las últimas palabras. De venir gente de Londres, significaba que sería una de esas fiestas que duran una semana o incluso más tiempo. La gente se alojaría en la casa del anfitrión, quien debía pasar día y noche buscando la manera de agasajar a sus invitados. Le sorprendía que ni el señor Goldbridge ni Alissa parecieran más nerviosos por el gran evento que se les venía encima.

No obstante, no era lo que le preocupaba, sino el saber que, de tener Alissa que actuar como anfitriona, prácticamente no tendrían un minuto a solas para verse. Y el tiempo apremiaba, pronto él tendría que regresar a la universidad y Alissa retornaría a Londres. No volverían a verse hasta las vacaciones de Navidad. Ese mes juntos era precioso, sumamente valioso para ambos. Y no iba a permitir que se los arrebataran.

—¿Matthew...? —musitó ella, escrutando su rostro—, ¿estás molesto?

—No... ¡No! No —negó de tres formas distintas.

Alissa soltó aire, haciendo volar un mechón que se había liberado de su tocado y le caía sobre la frente. Matt hablaba en tres tonos distintos cuando estaba nervioso. Y no lo culpaba por ello. A Matt nunca le habían agradado las fiestas.

—Matt...

—Lo siento, creo que me perdí por un momento, ¿qué fue lo que me preguntaste?

Alissa le dio un ligero golpe en el pecho como reprimenda.

—Si vendrás al baile.

—¿Ir a presenciar los intentos de tu pobre padre de encontrarle un buen marido a la insufrible de su sobrina? —bufó, molesto—. ¿En qué podría ayudar mi presencia allí?

—No bromees conmigo, Matthew. Anne Marie podrá ser un tanto... pesada —buscó la palabra más amable para definir el carácter de su prima, similar al de un dragón—, pero no es mala. Debemos apoyarla y ayudarla... Además, sabes que anhelo verte en el baile —añadió con una sonrisa, dedicándole una mirada llena de ilusión—. ¿Vendrás, no es verdad? No bailaré con nadie más que contigo.

—En ese caso, no podría faltar —le dijo él acercándose para estrecharla entre sus brazos—. Me dolería en el alma ser el causante de que terminaras sentada toda la noche. Imagino el terrible martirio que será para este traserito... —posó una mano sobre sus nalgas. Alissa le dio una palmada, frunciendo los labios, molesta.

—No te burles de mí, Matthew Collinwood —le dijo con el ceño fruncido, forzándose para apartarse de su abrazo de hierro—. Si no quieres venir, sólo dilo. Sé que no te gustan las fiestas.

—No me burlo de ti —sonrió con cariño, levantándole la barbilla con el pulgar y el índice para obligarla a verlo a los ojos—. Nunca podría hacerlo, mi ángel. Como nunca podría decepcionarte. Es cierto, odio las fiestas, pero por ti, querida mía, sería capaz de ir a bailar a la luna vestido de bufón y usando el corsé de tu prima, con tal de complacerte.

—Oh, Matthew... —rio ella, encantada—. Qué cosas dices. Bailar en la luna como bufón y vestido con el corsé de mi prima, ¡por favor! Vaya ridiculez —continuó riendo, permitiéndole que la abrazara una vez más—. No puedo ni imaginarlo.

—¿Ridículo por qué? —preguntó él, besándola en el cuello—. ¿Crees que me vería mal con un corsé?

—Creo que es ridículo suponer que Anne Marie te lo prestara. Sabes lo especial que es con sus cosas —bromeó, provocando que Matthew soltara una carcajada.

Entre risas, la alzó en sus brazos y comenzó a dar vueltas con ella, haciéndola girar en el aire sin control. Alissa reía y gritaba, aferrada a su cuello, feliz como sólo con él podía sentirse.

Ambos cayeron sobre el césped, todavía húmedo. Matthew la abrazó, de modo que su cuerpo cayera sobre el suyo, protegiéndola de la humedad.

—Cómo extrañaba esto —musitó ella contemplando con fascinación los perfectos rasgos del rostro de Matthew mientras pasaba la yema de los dedos por los rizos castaños que habían caído sobre su frente—. Cómo te he extrañado, Matt. Desearía que nunca más tuviéramos que separarnos.

La sonrisa en el rostro de él desapareció para ser sustituida con una gravedad rara en él.

—Yo también lo deseo —dijo él con voz ronca, hundiendo la nariz en su pelo y aspirando hondo, embriagándose con su fragancia—. Te tendría entre mis brazos por el resto de mi vida, Alissa.

—¿No te cansarías de mí?

—Ni en un millón de años —aseguró él, mirándola a los ojos con una intensidad que era capaz de atravesarle el alma—. Soy un total, completo y condenado adicto a ti, mi amor. Mi dulce ángel de ensueño.

Alissa soltó una risita.

—¿Cómo me has llamado?

—Mi amor. Mi dulce ángel de ensueño —repitió él, esta vez en inglés.

—Oh, Matt... —lo besó suavemente en los labios—. Eres tan dulce, mon chéri.

—Tú también lo eres, dulce como la miel, y te comería a besos —pasó los dedos por su nuca, atrayendo sus labios contra los suyos de forma apasionada. Sus manos adoptaron vida propia, bajando por su cuello hasta su cintura y luego volviendo a subir hasta llegar a la cima de sus pechos.

Alissa se separó con una sonrisa y las mejillas arreboladas.

—*Mon chéri quelqu'un peut nous voir.*

—No tengo ni idea de lo que me has llamado —bromeó Matt, volviendo a besarla.

—Oh, no juegues, Matthew Collinwood —Alissa dijo entre risas, separándose de su abrazo— lo sabes muy bien. No te hagas el tonto conmigo Matthew, sé que dominas el francés. Desearía ser tan buena para aprender español como tú con el francés.

—Lo eres, y mucho. Sólo te falta práctica, nada más. Pero eso lo solucionaremos cuando nos casemos y nos mudemos a México, entonces te hablaré todo el día en español.

—Oh, Matthew, cuando llegue ese día seré tan feliz —sonrió ella, estrechando sus manos entre las suyas—. Todo cuanto sueño en la vida es ser tu esposa y vivir juntos felices para siempre.

—En ese caso, ven aquí y deja que alguien nos vea. Con tu honor comprometido, no te quedará otra más que casarte conmigo.

—¡Sabía que me habías entendido! —rio Alissa, poniéndose de pie en lugar de aceptar la mano que Matt le tendía.

—¿Estás evadiendo mi pregunta, querida mía? —Matt se puso de pie y la alcanzó por la espalda, envolviéndole con un brazo de hierro la cintura, sin permitirle marchar.

—¿Cuál pregunta? —ella adoptó una expresión de completa inocencia.

—Lo sabes bien. La misma que te hago cada vez que nos vemos —le dijo al oído, mordiéndole el lóbulo de la oreja—, ¿te casarás conmigo?

Alissa soltó una risita, zafándose de su abrazo para poner distancia entre ellos. Cuando estaba con Matt sencillamente se olvidaba de pensar.

—Matthew Collinwood, eres un terco descarado. Sabes que te he respondido esa pregunta cada vez que me la has hecho —cambió la fingida postura altiva con la que lo miraba para adoptar una sonrisa de completa devoción—. Por supuesto que me casaré contigo.

Matt sonrió también envolviéndola entre sus brazos, esta vez en un abrazo lleno de emoción, sin juegos.

—Qué daría porque fuera mañana mismo —musitó ella, dejando caer la cabeza en su pecho—. Viviríamos felices por el resto de nuestras vidas.

—El matrimonio no siempre es feliz, pero contigo no dudo que será así —le dijo Matthew, recordando las palabras de su abuelo.

—¿Por qué dices que no siempre es feliz?

—Mi abuelo me solía hablar mucho de cosas de la vida, incluido el matrimonio. Me decía que en la vida y en el matrimonio había altos y bajos, y dependía de uno salir adelante o no.

—¿Y crees que tú y yo saldremos adelante de los conflictos que podamos tener en un futuro? —levantó el rostro, para mirarlo a los ojos.

Matt sonrió, apartando un mechón de cabello de su frente.

—No tengo la menor duda de que lo haremos.

Alissa, con una sonrisa en los labios, lo estrechó, volviendo a hundir la cabeza en su pecho.

—Yo también estoy segura —murmuró, sin alejarse de él, embriagada por el aroma masculino de su cuerpo.

Con los años, Matthew había crecido y madurado. Se había vuelto más alto, ensanchado de

hombros y espalda. Continuaba teniendo el cuerpo fuerte y flexible, un tanto felino, como antaño, sólo que sus músculos habían madurado con la edad, volviéndose más voluminosos y fuertes. A sus ojos, su Matthew lucía capaz de soportar el embiste de un oso.

Alissa no podía evitar perderse en la sensación poderosa y firme de su cuerpo cuando lo abrazaba, palpando cada músculo de acero sobre la tela, deseando que no existiera esa barrera que le impedía tocar el terciopelo de su piel morena...

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él, temiendo que ella se hubiera sentido cansada de repente—. Si lo deseas, podemos regresar.

—No, Matt, estoy bien. Siempre que estoy contigo, estoy bien —suspiró, inundando a propósito sus pulmones con esa mezcla de colonia y olor a él, la tibieza de su cuerpo, caliente al contacto, sus músculos firmes y duros bajo la ropa, envolviéndola con sus brazos en un abrazo protector lleno de amor—. Sólo pensaba.

—¿Y qué es lo que pensabas? —le preguntó él, curioso, estrechándola con más fuerza contra su cuerpo.

—En el día en el que me convierta en tu esposa... A veces parece tan lejano.

—Ni me lo digas. Conseguir un encuentro a solas contigo es una faena casi imposible. Dudo mucho que tu padre siga creyéndose las excusas que nos inventamos para vernos a escondidas. Debe sospechar algo, si no es que ya ha adivinado la verdad.

—¿Que somos más que amigos? —Alissa soltó una risita—. Siento desilusionarte, Matt, pero papá no sospecha nada. No se le pasa por la cabeza que tú puedas interesarme.

—Ya, entiendo. Tienes cientos de pretendientes ricos y herederos de títulos nobiliarios a tus pies, entre los cuales podrías elegir con un dedo. Pretendientes a cuyo lado soy muy poca cosa para...

—No he querido decir eso —lo interrumpió, colocando un par de dedos sobre sus labios para hacerlo callar—. Me refiero a que él jamás ha dudado de que seamos amigos. ¡Sólo amigos! —enfaticó sus palabras, sin darle tiempo de interrumpirla—. Y no sólo eso, eres el hijo de su mejor amigo, al que ve como a un hermano. A ti te aprecia como a un sobrino, quizá hasta como a un hijo. Además, tenemos la misma edad, y para él... bueno, un esposo debe llevar ciertos años a su mujer —se encogió de hombros—. Es una idea que tiene grabada en la cabeza. Él y mamá se llevaban más de veinte años de diferencia. A sus ojos, todo buen matrimonio debe tener una buena diferencia de edades para funcionar bien.

Matt adoptó una expresión muy seria.

—¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Para qué? No es importante.

—Claro que lo es. Tu padre nunca me concederá tu mano, tú y yo no nos llevamos ni un año completo, Alissa.

—Pero soy yo quien elegirá a mi esposo, no él. Y yo te he elegido a ti —posó ambas manos en su rostro, mirándolo a los ojos—. Es todo cuanto importa.

Matt no contestó. Su semblante lucía tan apesadumbrado como si cargara el mundo entero sobre los hombros.

—Vamos, Matt, no te amargues por algo que no es importante —Alissa se inclinó y lo besó

suavemente en los labios—. Al contrario, da gracias de que él no sospecha nada o momentos como éste ya no existirían más entre nosotros. Sabes como es papá de celoso y sobreprotector.

—Quizá debería confesarle lo que siento por ti... —Matt la miró a los ojos—. Si se entera de otro modo de lo que hay entre nosotros, tu padre podría molestarse, incluso prohibirme volver a verte. Prefiero tenerlo siguiéndonos los talones día y noche a perderte para siempre, Alissa.

—Matt, en el segundo en que le digas a papá lo que sientes por mí, se terminaron nuestros paseos, charlas en el porche y cualquier otro momento a solas. No volverá a dejarnos a solas, créeme. Incluso podrías llevarte de cabeza a Fanny. La pobre no tiene la culpa de que yo le pida que nos deje a solas. Como mi dama de compañía, se supone que ella debe estar conmigo en estos paseos, y no hacer la vista gorda y perderse por otros caminos, como ha hecho hasta ahora.

—Pero Alissa, no deseo comprometer tu honor. Deseo de todo corazón que te conviertas en mi esposa, y hacerlo de la forma correcta. No quiero seguir ocultando lo que siento por ti.

—Matt, no me perjudicas en absoluto, te lo aseguro...

—No, Alissa. Hablaré con tu padre. Quiero que esto quede aclarado de una buena vez.

—Si tanto insistes, está bien... A menos que realmente lo que te interese sea otra cosa —le dedicó una mirada fija, escrutadora—. ¿Por qué no dejas de andarte con rodeos y me dices la verdad? ¿Qué es lo que realmente te preocupa?

Matt suspiró y desvió la mirada.

—Tienes a cientos de hombres a tus pies, Alissa... —le dijo al fin, tras una larga pausa—. Hombres con fortunas y títulos sobre sus hombros. Hombres que podrían ofrecerte el mundo entero... ¿Quién dice que no terminarás enamorándote de uno de ellos?

—¿Es eso lo que te preocupa? —puso las manos en jarra, molesta—. ¿Que me enamore de la fortuna de otro hombre? ¿Tan ambiciosa crees que soy?

—¡No! No he dicho eso...

—Matthew, yo te amo a ti y sólo a ti. Ningún otro hombre en el mundo me interesa ni me interesará jamás. ¡Ni aunque fuera el príncipe de Inglaterra lo cambiaría por ti, te lo juro! Y si no me crees a mí, a la palabra que te doy, no veo cómo una tonta sortija de oro en mi dedo podría ayudarte a confiar más en mí, porque no será un anillo de bodas lo que me mantendrá amándote, sino mi corazón, y éste es tuyo por completo.

—Ali... Lo siento —se giró hacia ella, intentando abrazarla, pero Alissa lo rechazó, molesta.

—Será mejor que regresemos, pronto lloverá.

—Alissa, espera... —la detuvo por el brazo, obligándola a volverse para mirarla de frente—. Lo siento, de verdad. Es sólo que a veces... me ganan los celos —agachó la vista—. No tengo nada para competir con tus otros pretendientes. Cuando me enteré que Ashton Umbridge le había pedido tu mano a tu padre en matrimonio, yo... Me sentí fatal, Alissa. Enterarme en una conversación cualquiera que otro hombre ha intentado desposar a mi novia...

—Comprometerse, Matt, no desposarse. Y mi padre lo rechazó, por orden mía, como rechazará a todo aquel que intente casarse conmigo. No soy presa de nadie. A mí nadie me caza —bromeó, rodeándole el cuello con los brazos—. Yo soy tuya. Sólo tuya...

Matthew sonrió, estrechándola entre sus brazos y uniéndose con ella en un beso colmado de amor.

—Además... —continuó ella, separándose apenas unos centímetros de su rostro—, no entiendo por qué te haces menos al lado de esos hombres. Los Collinwood son tan poderosos como cualquier noble de Inglaterra, si no es que más. Tu familia posee título y fortuna, una de las fortunas más grandes de Inglaterra, no hay ninguna diferencia entre ellos y tú, si quieres comparar las cartas de esa manera.

—Yo no soy un heredero, Alissa. Y en cuanto a la mentalidad de mi padre, ni siquiera Alexander la tiene fácil. Desde pequeños nos han enseñado a trabajar, a aprender el valor del dinero, a nunca obtener nada gratis. Nuestro padre tiene la idea firme de que el dinero corrompe, y el dinero fácil es la segura pudrición del alma —Alissa soltó una risita y él negó con la cabeza—. Lo digo en serio, antes nos dejaría en la calle desheredados a imaginar a alguno de sus siete hijos varones viviendo en la más pura opulencia y pasando las tardes perdiendo el tiempo en un club sin hacer nada más que tener una copa de brandy en las manos y un par de cartas en la otra. Tengo una buena herencia, pero no podré hacer uso de ella hasta los veinticinco, y sólo si pruebo a mi padre que soy merecedor de ella. Lo ha dejado claro para todos, ninguno tocará un céntimo de su dinero hasta que él valide que somos hombres hechos y derechos y nos merecemos ese dinero.

—No me parece una locura, por el contrario, esa misma manera de pensar los ha forjado como son ahora, y es así como te amo, Matt. Tú eres diferente a todos los demás hombres que he conocido, y no te cambiaría ni una sola parte de tu ser.

Matt sonrió encantado y la alzó en brazos, uniéndose con ella en un largo beso que dejó en el suelo las palabras.

La lluvia se soltó sobre sus cabezas, pero ninguno de los dos lo notó, absortos completamente el uno en el otro.

Media hora más tarde, calados hasta los huesos por la lluvia, pero contentos como nunca, Matt dejaba a Alissa en casa, sana y salva, tal como lo había prometido. Ella, todavía con su abrigo puesto sobre los hombros, se despedía de él desde la ventana, sin lograr disimular el amor que en su rostro se reflejaba al observarlo partir. El mismo amor que yacía grabado a cincel en el rostro de Matt, a pesar de que otro sentimiento ofuscaba la alegría de su rostro...

Y mientras conducía su caballo hacia Collinwood Hall, una idea iba apoderándose de la determinación que siempre lo había impulsado a superar los obstáculos que pudieran hacerle frente; encontraría la manera de hacerse rico antes de los veinticinco, y entonces volvería por Alissa, para desposarla con la cabeza en alto y ofrecerle el mundo a sus pies por quién era, no por lo que su padre pudiera darle. Y entonces, y sólo entonces, sería digno de su amor.

Y ya nada ni nadie impedirían que se convirtiera en su mujer.

5

ALISSA AGUARDABA IMPACIENTE a que Fanny, su doncella, terminara de arreglarle el vestido. No podía creer el descaro que había tenido Anne Marie al osar lanzarle encima su taza de ponche, como si ella fuera tan tonta para realmente creer que había sido un accidente.

Por suerte tenía otro vestido reservado para la ocasión. No permitiría que nada ni nadie empañasen su velada con Matt. Esa noche sería inolvidable aunque tuviera que bajar en enaguas a la recepción.

La música sonaba ligeramente, amortiguada por los muros del salón de baile. Matthew, con los nervios a flor de piel, aguardaba al pie de la escalera por Alissa. John le había informado que se había retrasado un poco arreglándose para la fiesta, y no tardaría en bajar. Aun así Matt decidió esperarla fuera del salón de baile, demasiado expectante por volver a verla para perder los valiosos minutos que podrían transcurrir desde el momento en el que ella entrase al salón y ambos se encontrasen «casualmente», sin mencionar, claro, que cualquier otro caballero podría adelantársele para solicitar su primer baile.

—Pareces tan nervioso como si te fueran a echar la soga al cuello —escuchó la voz de William a su lado—, o como dicen rudimentariamente, como si te fueras a casar.

Matt rio por lo bajo, más por los nervios que por otra cosa.

—Pero hombre, mira la cara que traes —se añadió Benjamin a la conversación, bebiendo otro trago de su copa de champagne—, tienes los ojos tan abiertos como un cervatillo acorralado.

—¿De verdad? Yo lo veo más parecido a Nathaniel —opinó Will.

—¿Nathaniel? —preguntó Matt, frunciendo el ceño sin comprender el sentido de esa broma.

—Oh, sí, ya lo creo —asintió William—. ¿No has visto los ojos de Nathaniel? ¡Abarcan la mitad de su cara! Da miedo...

Matt no pudo evitar soltar una carcajada, ahora muy real.

—¿Cómo va a dar miedo? —replicó Ben entre risas—. Es un escuincle de trece años.

—Pues da miedo —replicó William, a la defensiva—. ¿Es que no has escuchado hablar de los seres del espacio exterior? Tienen ojos tan grandes como los de Nathaniel, si no fuera mi hermano, dudaría que no se tratase de uno de ellos.

—¿Seres del espacio? —repitió Matt, sin dejar de reír—. ¿Los seres de los que solía

contarnos la bisabuela para hacernos dormir? ¿Aún crees en esos cuentos, es que acaso tienes cinco años?

—¡No son cuentos! —gruñó Benjamin—. He leído en varios libros escritos por estudiosos de las antiguas culturas, sobre historias de lugares donde están plasmadas imágenes de seres bastante similares a los que nos contaba la bisabuela. Ella descende de una cultura antiquísima, las historias que conoce le fueron relatadas por personas que las escucharon directamente de quienes las vivieron, ¿por qué refutar la veracidad de ellas? ¿Por qué negar que ciertamente pueden existir seres de otros mundos? —preguntó con voz exaltada, señalando a su hermano con un dedo trémulo—. Después de todo, cada descubrimiento nuevo que se hace apunta a la existencia de nuevos planetas, nuevos universos. Quién sabe cuántos mundos pueda haber allá afuera...

—Sí, sí, sí... —William le palmeó el hombro, haciéndolo callar de una vez—. Yo sólo les digo una cosa, pónganle a ese niño un machete en la mano, déjenlo en medio de un bosque oscuro y Nathaniel resultará más terrorífico que Alexander sin su taza de café matutino.

—Santa taza de café, que nos libras de la bestia que vive en él —bromeó Benjamin, uniéndose a la broma de su hermano.

Los tres rieron de buena gana, por lo que no notaron a Cedric caminando hacia ellos sino hasta que se encontró en medio de la algarabía.

—¿De qué tanto ríen? Han llamado la atención de medio gentío en el salón de baile.

—Eso no te importa, escuincle —le dijo Ben, apoyando un codo sobre el hombro de su hermano—. ¿Y qué tal va tu primera fiesta?

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó Matt.

—¿Cuántas conquistas has hecho ya? —quiso saber Will.

Cedric se encogió de hombros, pero por el ligero rubor que sus mejillas adoptaron, Matt supuso que no debía de estarle yendo tan bien.

—No tantas como Jake, al parecer —los ojos del muchacho se fijaron en una figura delgada y alta. Su piel morena contrastaba con la de porcelana de la multitud femenina que lo rodeaba, al menos cinco jovencitas y sus respectivas madres y acompañantes.

Matt debió morderse el labio para aguantar una risita. Jakob no parecía muy contento con la atención. Por la expresión tensa de sus ojos, supo que de no ser realmente tan moreno ahora luciría tan rojo como un tomate. Seguro la atención de las chicas le gustaba, la de las madres... era otra historia.

—Ese Jacke llama la atención sólo por su piel morena, hace que sus ojos parezcan aún más verdes —comentó Will con cierto recelo—. Seguro ellas creen que es una especie de mulato o un indio rapa cabezas.

—¿Son celos? ¿O sencillamente tu opinión? —preguntó Ben, picándolo.

Como respuesta, Will le dio un fuerte puñetazo en el brazo a su hermano. A pesar de ser de juego, lo hizo con la suficiente fuerza para dejarle un moretón a Ben.

—Él tiene razón —opinó Cedric, agachando la cabeza—. Aquí sólo soy otro más entre la gente. Jake es el que llama la atención.

—No por no ser moreno, o tan moreno, como tu gemelo, eres menos apuesto —le dijo Ben, abrazando a Cedric por los hombros—. Eres tan buen prospecto como cualquiera de nosotros.

—¿Dónde está Alexander? Necesitamos su violín, esto se está poniendo bueno —dijo Will, fingiendo que se secaba una lágrima. Ahora fue Ben quien le dio un puñetazo en el brazo y Will no dudó en chillar de dolor a pesar de que llamó la atención de la gente en derredor con su quejido.

—No molestes, William, ¿no puedes demostrar algo de corazón por una vez? —lo reprendió Ben.

—Perdona, mamá —musitó Will, enfurruñado—. Es sólo que no tengo nada qué decir, Cedric no necesita ninguna ayuda. Este niño es como hielo desperdiciado en el desierto. ¿No te das cuenta de que resultas irresistible a las mujeres? —ahora se dirigió al muchacho— ¿No has notado como te miran esas chicas? —señaló con la cabeza hacia un grupo de jovencitas que mantenía la vista fija en ellos. Al ser descubiertas, se volvieron de espaldas con movimientos bruscos y risitas nerviosas—. Eres un Collinwood, Cedric. Somos imanes de atracción animal para las mujeres.

—Yo diría bestial —intervino Lupita, provocando en sus hijos un sobresalto. Silenciosa como sus hijos, había llegado sin que la notaran—. Ahora, mis pequeños animales, me van a acompañar a ese salón de baile y se portarán como caballeros civilizados, si no quieren ser conocidos como los imanes capados sin ninguna atracción —les amenazó, aparentando una sonrisa totalmente dulce mientras hablaba.

—Sí, madre —contestaron Ben y William al unísono.

—Tú también vienes conmigo, Cedric. No permitiré que estos dos te sonsaquen, aún eres muy joven. Y en cuanto a ti, Matt —se giró hacia el joven, de pie frente a las escaleras, tan recto como una vara, la misma pose que adoptaron sus hermanos a la llegada de su madre— tú... quédate aquí y no te muevas.

—Sí, madre —contestó Matt, sin lograr disimular una sonrisa de complicidad con su madre, la única de su familia, además de su abuelo y Alexander, que estaba al tanto de sus sentimientos hacia Alissa y su relación secreta.

Matt observó con cariño a su madre y hermanos mientras se alejaban por el pasillo rumbo al salón de baile. No importaba cuánto los regañase su madre, sabía que se sentía orgullosa de sus hijos, tan gallardos que despertaban miradas por donde fuera que pasaran.

Escuchó voces en el piso superior, una risa conocida que le estremeció la piel al instante, ese canto de ángeles que sólo podía pertenecer a ella. Su amada. Alissa.

La vio aparecer en el rellano de la escalera, una diosa vestida como una reina, su propio ángel encarnado en la tierra. Ella le sonrió al instante de verlo, reconociéndolo entre los caballeros que aguardaban en el lugar, esperando a sus propias damiselas.

Alissa bajaba la escalera caminando entre nubes, con los ojos fijos en los de Matt. El mundo había desaparecido a su alrededor, absortos como estaban el uno en el otro, no notaron el silencio que se formó en la sala cuando la gente detuvo sus conversaciones y se giraron para verla. Alissa sólo tenía ojos para uno, aquel hombre que la miraba con la devoción que sólo el amor verdadero puede crear.

Alissa sonrió con nerviosismo mientras se aproximaba a él. Matthew se había adelantado entre la multitud para recibirla con una mano levantada, el gesto perfecto para ese momento mágico.

—Te ves preciosa —le dijo él en un susurro, más por su emoción que por el intento de evitar

que los demás invitados, con las miradas todavía puestas en ellos, escucharan.

Alissa sonrió de manera abierta, aferrándose a su mano con delicadeza mientras tomaba la iniciativa de moverse de lugar. De pronto había notado los ojos de todos los presentes sobre ellos y no deseaba continuar siendo el centro de atención.

Matthew no podía quitarle la mirada de encima mientras caminaban, Alissa siempre había sido hermosa a sus ojos, pero ahora relucía como una estrella. Sintió una ola de celos arder en su interior al notar las miradas de los demás invitados masculinos fijos en ella. Era obvio que Alissa no sólo resultaba atractiva para él. Siempre había sido hermosa, pero ahora, con ese vestido escarlata abierto de hombros y quizá demasiado ajustado al talle, provocando que sus atributos femeninos destacaran, lucía como la beldad que era conocida sólo por él, la Helena encarnada, atractiva para más de uno en esa sala.

La irritación que sentía fue casi palpable cuando vio acercarse a Ashton, ahora el conde de Umbridge. Él y Matthew nunca se habían llevado bien, pero nunca fue un rival tan grande para él como en ese momento, cuando se acercó a Alissa pavoneándose como el rico noble que era, dispuesto a robarse a su novia para llevarla consigo.

—Lady Goldbridge —saludó a Alissa, adueñándose de su mano para plantarle un beso en los nudillos—, luce usted magnífica esta noche. Ha aparecido como una luz en medio de la oscuridad, opacando todo a su alrededor con su belleza.

—Lord Umbridge —Alissa le dedicó una mirada grave, sin dar muestras de haber caído en el embrujo del caballero, ahora conocido como uno de los solteros más cotizados de Londres.

Sin embargo, el hombre no dio señas de captar la indirecta, y a pesar de la frialdad de Alissa, capaz de congelar un volcán ardiendo, continuó con sus muy estudiadas galanterías.

—Permítame felicitarla por la fiesta. Como anfitriona no tiene igual —Alissa arrugó el ceño, ante tal muestra de sutil advertencia. Una anfitriona debía ser cortés y tratar bien a sus invitados, y por consiguiente, no rechazar un baile—. El salón de baile luce magnífico, la orquesta no tiene igual, la música embarga cada uno de mis sentidos, invitándome a disfrutar de ella. Alissa, ¿me haría el honor de bailar esta pieza conmigo?

Matthew sintió que la sangre le bullía ante la libertad tomada por el descarado al llamarla por su nombre, notando que aún no soltaba la mano de su novia. Cada uno de sus músculos se tensó, y habría explotado allí mismo, dejando al descubierto su secreto, de no ser por la pronta respuesta de Alissa, siempre ágil en sus pensamientos, lo que le permitía salir airosa de los enfrentamientos con sus posibles pretendientes.

—Se lo agradezco, milord —contestó ella, congelando la sonrisa en su rostro en un helado gesto—, pero ya tengo todos mis bailes prometidos —le dijo ella con una seguridad que sorprendió a todos, y, dirigiéndole su otra mano a Matthew, añadió:— a lord Collinwood.

Matt no pudo evitar sonreír de oreja a oreja, aferrándose a esa mano enguantada que tanto adoraba.

Haciendo caso omiso de quienes los rodeaban, se aproximaron a la pista de baile y comenzaron a moverse por ella al son de la música.

—¿Recuerdas nuestro primer baile? —le preguntó Matt, buscando sacar conversación para olvidarse del gentío que continuaba observándolos.

—¿Cómo olvidarlo? —sonrió ella soñadoramente—. Me pisaste todos y cada uno de los dedos de mis pies.

—¡No es cierto...! —Matt cayó en cuenta de la broma cuando Alissa comenzó a reír, llenando de alegría su corazón con el sonido de su risa.

—Claro que no es cierto, sólo intentaba conseguir que te relajaras un poco, bobito —le guiñó un ojo—. Me alegra que hayas venido, Matthew. Este baile no habría sido el mismo sin ti.

—Eso seguro. Habrías tenido que bailar con Ashton Umbridge.

—Antes me echo la fuente de ponche encima yo misma.

—¿Qué dices?

—Nada, sólo una broma de mi primita adorada —voló los ojos, negando con la cabeza—. Olvídalo. No tiene la menor importancia.

Se quedaron callados un par de minutos, Matt estaba tan nervioso que erró un par de pasos.

—Matt, ¿te sucede algo? —se atrevió a preguntar Alissa, cuando debió esquivar por tercera vez la punta del pie de Matt para que no fuera a plantarse en el centro de su zapatilla.

—Alissa, yo... Quería preguntarte, si tuvieras un minuto libre esta noche... Bueno, tal vez si...

—Matt, sólo dilo —sonrió ella, levantándose de puntitas para besarlo en la barbilla.

Matt sonrió, encantado con el gesto y se animó a hablar.

—¿Me acompañas a la terraza?

Alissa no contestó, sujetó su mano y caminó con él en dirección a uno de los enormes ventanales que comunicaban al salón de baile con el jardín exterior. Como era verano, todas las puertas y ventanas estaban abiertas. Varias parejas se habían colado a los jardines para charlar o dar un paseo, protegidos por la intimidad de la noche.

—Alissa —escuchó la voz de su padre a sus espaldas.

Ambos se giraron en el momento justo en el que el anciano les daba alcance. Los ojos de Alissa volaron hasta la figura oculta en las sombras, no lejos del hombre. Anne Marie. Seguramente ella le había advertido de su huida a los jardines.

—¿Sucedte algo, papá? —Alissa sonrió de la manera más natural posible. Matt, a su lado, hizo lo mismo, aunque podía percibir su cuerpo tenso a causa de los nervios.

—Querida, ¿ibas a salir? —le pregunto John, sin enfado en su voz.

—Sí, tengo calor y deseaba tomar un poco de aire fresco. Lord Collinwood se ofreció amablemente a acompañarme —señaló a Matt, de pie como un soldado a su derecha.

—Te agradezco, Matt, pero creo que por el momento ese paseo tendrá que esperar. Linda, me gustaría que me ayudaras con unos asuntos importantes —John le dedicó a su hija una mirada cariñosa, pero que dejaba en claro que no podía rehusarse.

Alissa asintió, sin borrar la sonrisa de su rostro. No iba a permitir que Anne Marie, a quien sabía culpable de aquella artimaña para separarla de Matt, se regocijara viéndola alterada por su culpa.

—Si me disculpa, lord Collinwood —Alissa le dedicó una venia a su compañero antes de alejarse con su padre. Matt escuchó a John hablar acerca de un tema relacionado con Anne Marie, necesitaba ayuda para mantener relaciones con sus invitados, y Alissa era la mejor persona para darle un empujoncito.

A lo lejos, alcanzó a distinguir los ojos de Anne Marie clavados en él. La joven sonreía mordazmente, sabiendo que había logrado su objetivo al interponerse en sus planes. Matt y Alissa no podrían estar juntos esa noche. Había vencido... Por ahora.

6

ALISSA SUSPIRÓ CON TRISTEZA mientras se daba vuelta en la cama, no lograba conciliar el sueño a pesar de sentirse agotada físicamente, y debía admitirlo, también en el alma.

Había estado segura de que esa noche sería fantástica, bailarían toda la noche con Matt y disfrutaría cada minuto a su lado como si fuera el último. Y es que cada minuto al lado de Matt tenía que vivirlo de ese modo, al máximo y como si fuera el último. Sólo se veían unas escasas seis semanas al año; cuatro en verano y otras dos en diciembre, sólo seis semanas contra las otras cuarenta y seis que restaban del largo año en el que debía sobrevivir sólo con sus cartas y los suspiros de los besos no dados, viviendo en una duermevela en la espera de volver a verlo, teniendo cada pensamiento lejos, al lado del hombre al que amaba.

Esa noche debió ser especial, uno de los pocos momentos mágicos que podrían haber compartido juntos. Y, sin embargo, a pesar de todos sus esfuerzos y su determinación para disfrutar al máximo con Matt, Anne Marie había salido victoriosa.

¡Uy, como la odiaba en ocasiones!

Sabía que estaba mal decirlo, pero era la verdad. Odiaba a su prima, su constante acoso, su vigilancia extrema, el deseo de manipular su vida como si fuera un títere y ella su titiritero. Pero si ése era su juego, terminaría mal, ¡vaya que terminaría mal! Alissa jamás había sido sumisa y no iba a comenzar a serlo con esa mujer tan arrogante y pesada, que parecía dispuesta a intentar manejar su vida a su antojo. Puede que hubiera ganado esta noche, pero no lo volvería a hacer. No volvería a entrometerse en su vida. Y al día siguiente, a primera hora, se lo dejaría bien claro...

Alissa se sobresaltó al escuchar un ruido en el ventanal. Al volverse, creyó divisar una sombra cruzando el balcón, pero al entornar los ojos, no había nada. Con manos temblorosas se desembarazó de las frazadas, odiando el momento en el que apagó la vela de su mesita de noche. Apenas conseguía distinguir el contorno de algún mueble en el cuarto, completamente en penumbras con las cortinas corridas. Y aunque no hubiera sido así, ni siquiera la luz de la luna podría haberla ayudado, esa noche estaba tan nublada que la luna había quedado completamente cubierta.

Escuchó un crujido de madera y se sobresaltó. Podía haber imaginado una sombra, pero una sombra y además un ruido eran demasiado. Se enderezó de un salto y cogió lo primero que

encontró, el viejo candelabro de su buró, y se aferró a él como su única arma. Caminó con paso vacilante en la oscuridad, intentando no hacer ruido, rezando porque sólo se tratase de su imaginación o a lo mucho, de un ratón. Odiaba a los ratones, pero en ese caso, habría preferido mil veces que se tratara de un ratón de cuatro patas que de una rata de dos. Un ladrón sería fuerte y lucharía con ella. Quizá lo más sensato sería gritar, o dirigirse a la puerta en busca de ayuda en lugar de...

—¡Ahhh...! —chilló cuando un brazo de acero la aferró por la cintura, al tiempo que una mano cubría su boca, impidiéndole gritar. Intentó luchar con brazos y piernas para liberarse, pero era inútil, su captor la retuvo diestramente con brazo de hierro, impidiéndole hacer cualquier movimiento.

—Alissa, soy yo —escuchó una voz familiar en su oído y toda la tensión se desvaneció—. No te asustes, te voy a soltar ahora, no grites por favor...

Las manos la liberaron al instante y para Alissa el mundo volvió a tener forma y sentido en ese mismo instante. Reconoció el aroma de Matt, su silueta, inclusive el tacto de sus manos, ásperas y fuertes, y al mismo tiempo cálidas y delicadas en su trato, a pesar de que hacía tan sólo un segundo la había mantenido inmovilizada. Se sintió tonta por no verlo antes, por no haberlo reconocido. El terror le había nublado la mente y los sentidos.

—Lo siento... —se disculpó, echándole los brazos al cuello y apoyando el rostro en su pecho, en un gesto instintivo.

Matt la abrazó, buscando consolarla cuando la sintió temblar violentamente.

—No te disculpes, soy yo quien debe pedirte perdón. No debí entrar furtivamente en tu habitación, no era mi intención sobresaltarte.

—Está bien, no fue para tanto. Creo que exageré un poco... —rio por lo bajo—. Está bien, lo admito, exageré bastante. Pero es que me diste un susto de muerte. Aunque no tenía motivo. No entiendo cómo no pude reconocerte, ¿quién más entraría en mi habitación a mitad de la noche? Debí parecer una tonta.

—De ninguna manera —él la besó en la mejilla, y añadió—: No obstante, me satisface bastante saber que no esperas a nadie más en tu habitación a media noche.

—¡Matt! —exclamó ella y le dio un golpe juguetón en el estómago, zafándose de su abrazo, fingiéndose molesta—. Por supuesto que nadie más entraría aquí, ¿qué crees que soy? ¿Una furcia?

Matt rio con ganas en voz baja y la abrazó una vez más, pasando por alto su renuencia a aceptarlo.

—Jamás pensaría eso de ti. Ni siquiera yo debería tomarme el atrevimiento de venir, siento tanto importunarte a esta hora pero después de la interrupción de tu prima, no tuvimos tiempo de hablar y bueno... no podía esperar para verte —suspiró, acariciando su mejilla en la oscuridad—. Supuse que aún no estarías dormida. Quería dejarte algo antes de partir...

—¿Partir? —Alissa se separó de él, escrutando su rostro en la penumbra—. ¿A qué te refieres con eso de partir? Acabas de llegar.

—Lo sé, Alissa, pero...

—¡No, Matt! —su voz sonó como un gemido lleno de súplica—. No puedes marcharte, ¡no

todavía...! —su voz se quebró al tiempo que lágrimas asomaban por sus ojos—. Me debes cuatro semanas, ¿y sólo pretendes darme un día?

—Alissa, no entiendes. No quiero dejarte...

—¡Entonces no me dejes!

—Shhh —Matt cubrió sus labios con un par de dedos, silenciándola—, Ali, podrían oírte, baja la voz.

—Lo siento —musitó ella cuando él volvió a soltarle la boca, dedicándole una mirada un tanto molesta—, es que no puedo creer lo que me estás diciendo, Matt. ¡No! —inspiró aire, al notar que volvía a subir el tono, en un intento de calmarse, y entonces continuó—. No puedes irte. No ahora. ¡Recién nos hemos encontrado! Te he esperado medio año, Matt. ¡Medio año para verte!, no puedes abandonarme ahora.

—No te estoy abandonando, Alissa. Me voy para volver... para siempre.

A pesar de la oscuridad, él pudo notar la sorpresa en su rostro.

—¿A qué te refieres?

—Ali, yo... yo... A eso es a lo que venía... Lo que intentaba decirte esta noche, durante la fiesta... Sé que te lo he preguntado un millón de veces, pero no será oficial hasta que yo... que yo... —estaba tan nervioso que las palabras salían entrecortadas de su boca, sin embargo el sentimiento era tan claro, que Alissa no pudo evitar que la emoción la embargara cuando él metió la mano en el interior de su chaqueta y sacó un pequeño anillo.

—Matt... —musitó Alissa, quedándose sorprendidamente con la boca seca.

Matthew se arrodilló ante ella y tomando su mano en la oscuridad, le dijo:

—Alissa, ¿quieres casarte conmigo?

Alissa, todavía embargada por la impresión, no pudo contestar, y debió limitarse a asentir con la cabeza.

—Cariño, no te veo... ¿Dijiste que no o que sí?

Alissa soltó una carcajada y se arrodilló ante él, y tomando su rostro entre sus manos, lo besó en los labios.

—¡Sí, Matthew Collinwood! —contestó en un grito ahogado por los besos—. ¡Me casaré contigo, por supuesto que sí!

Matt comenzó a reír, lleno de felicidad y a causa del alivio que sintió al escuchar su respuesta. Tan nervioso había estado, que sentía todos los músculos de su cuerpo tensos y ahora comenzaban a relajarse todos a la vez, provocándole un repentino embotamiento.

Alissa estiró la mano hacia él, sonriendo y expectante, y a él le tomó un par de segundos comprender qué era lo que ella esperaba.

—Es pequeño y muy sencillo, aún no tengo lo suficiente como para... —suspiró, interrumpiéndose al notar que la sonrisa en el rostro de ella se borraba—. Te compraré uno mejor cuando vuelva, el mejor que exista en Londres, el que tú quieras...

—Matthew, me importa un rábano cuánto te gastaste en el anillo, lo que me interesa es que me lo estás dando a mí, ahora ¿quieres ser tan amable de colocarlo en mi dedo y no arruinar este momento hablando de dinero?

Matthew sonrió, sabía que ella no intentaba ser ruda, sólo complacerlo y hacerlo sentir seguro

de sí mismo. Era algo, de todo lo que componía a Alissa, que amaba de ella. No era superficial, y siempre, sin importar cómo, sabía hacerlo sentir mejor consigo mismo, seguro de que cuanto le daba era más que suficiente para ella.

Colocó el anillo en su dedo anular para enseguida aferrar su mano contra sus labios para depositarle en los nudillos el más tierno de los besos, un beso que se quedaría grabado para siempre en el corazón de Alissa.

Alissa levantó la mano y observó el pequeño círculo dorado en la oscuridad. La luna había salido al fin, y su tenue luz se filtraba por las rendijas de las cortinas corridas, permitiéndole vislumbrar ligeramente su forma. Era un anillo pequeño de oro con un diamante muy sencillo, pero hermoso.

—Oh, Matt... —sonrió ella, sintiendo un nudo en la garganta—. Es tan bonito. No quiero otro, quiero éste, siempre éste... —levantó la mirada, bañada de lágrimas—. Es el anillo que tú me diste, y es perfecto, como tú. No quiero ningún otro.

—Pero Alissa...

—Ya me escuchaste —enfaticó ella, girándose para plantarle un beso en los labios—. Ahora, ¿podemos salir y darle la noticia a mi padre?

—En realidad... Yo...

Alissa arqueó las cejas, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué ocurre?

—Esperaba que mantuviéramos nuestro compromiso en secreto hasta que yo regrese.

—¿Por qué?

—Ali... —Matt inspiró hondo, buscando una respuesta que la dejara tranquila. Una respuesta que no fuera mentira, pero tampoco la verdad.

No podía contarle la verdad a Alissa.

No podía revelarles cuánto la amaba, tanto como para tragarse su orgullo y sincerarse con su padre, rogarle que le diera la oportunidad de un trabajo en alguna de sus empresas o como capataz de sus propiedades. Un trabajo con el que podría llegar a estar estable económicamente y con el que podría ahorrar lo suficiente y así poder pedir abiertamente ante todo el mundo su mano en matrimonio.

No podía revelarles el dolor y la vergüenza, la humillación tan grande que había sentido, cuando su padre, no obstante haberle revelado sus sentimientos, se había mostrado inflexible a sus ideas y el firme deseo de que sus hijos se ganaran la vida bajo su propio mérito y esfuerzo.

Ni cómo él había perdido los estribos... La forma en que se había sentido desesperado, completamente inútil por no tener nada que ofrecerle. Por sentir tanto miedo de perderla al verla cada día rodeada de cientos de hombres finos y ricos, hombres que podían ofrecerle todo lo que él no podía. Ni cómo, después de horas de bramar como un toro endemoniado en el bosque, cortando madera con el hacha para liberar la furia, finalmente había encontrado la luz y su mente se aclaró con la verdad. Nunca podría cambiar a su padre, pero él sí podía hacerlo. Era un hombre y tenía dos manos y una mente, como bien le había dicho su padre. Tenía todas las posibilidades de salir adelante por sí mismo. Así pues, había decidido tirar el hacha y dejar atrás todas sus lamentaciones para levantarse con la cabeza erguida y la firme determinación de volver a México

a hacer fortuna. Regresaría rico, ¡rico por su propia mano y sin deberle nada a nadie! Y entonces, llegaría con la frente en alto a pedir la mano de su amada.

Pero nada de eso podía contarle a ella. Alissa era una criatura alegre y frágil, a pesar de su aparente fortaleza, y si algo había heredado Matt de su familia, era la necesidad de sobreproteger a las mujeres. No podía decirle la verdad, no podía amargar su felicidad contándole su miseria. Él era el hombre, era él quien debía encontrar la manera de llegar a ser digno de ella. Y del camino que debería transitar para volver rico a su lado, ella sólo conocería la meta final.

—Alissa, ahora no tengo nada —dijo al fin, tomándola de las manos en un gesto significativo—. Mis manos están vacías y no soy digno de ti. Mi intención es marcharme para volver rico, y te pediré con la cabeza en alto, ante tu padre y toda la sociedad, que seas mi esposa.

—Matthew, no tienes que hacer eso. Mi padre es rico, tengo una dote que nos permitirá vivir holgadamente por el resto de nuestra vida, ¡qué digo toda la vida, por mucho más tiempo del necesario! No necesitas nada...

—Sí lo necesito —enfaticó él, mirándola directo a los ojos, brillantes a pesar de la oscuridad—. Alissa, no puedo llegar a pedir tu mano con las manos vacías. Nunca te haría eso. Antes... antes preferiría que te casaras con otro.

—¡Yo nunca me casaré con otro!

Matt sonrió, aunque su sonrisa estaba cubierta por la tristeza.

—No quiero darte nada menos de lo que te mereces, Ali. Tú eres la mejor mujer de la tierra, te mereces el mundo a tus pies, y yo no te lo puedo dar ahora. Pero un día lo haré, y entonces volveré... —guardó silencio y la miró a los ojos, cuidando lo que iba a decir, sabía que esas palabras estaban llenas de un pesar que colmaba su corazón—. Si en medio de la espera, llega a aparecer otro hombre... Si tú crees que otro es merecedor de tu corazón...

—¡Eso jamás!

Matt sonrió, pero continuó hablando, acariciando dulcemente su rostro.

—Si eso llega a pasar, Alissa, tienes toda la libertad del mundo para casarte con él. Es esa la razón por la que no quiero que nuestro compromiso se sepa, quiero que tú seas libre...

—Pero yo no quiero ser libre, soy tuya, Matt.

—No, no hasta el día en el que te conviertas en mi esposa. No quiero que te sientas atada a mí, si otro hombre aparece y se gana tu corazón...

—Te dije que eso no va a pasar. ¡Deja de repetir lo que nunca va a ser! —chilló ella, su voz quebrada por la emoción—. Yo te amo, ¡te amo tanto! No me interesa nada ni nadie que no seas tú... ¡Oh, Matthew, por favor no me dejes...! —no pudo continuar hablando, su voz se había teñido de dolor y las lágrimas se soltaron de sus ojos, en un llanto afligido.

Matt la abrazó, poniendo en ese abrazo todo el sentimiento de su corazón, todo el amor, la alegría, el pesar y el dolor que lo embargaban.

—Te mereces el mundo, Alissa. Te mereces todo en este mundo —le susurró al oído, dejando una estela caliente en su oreja que provocó que Alissa se tensara por la emoción y lo abrazara a su vez.

—Sólo te necesito a ti Matt, ¿por qué no puedes creerlo? Sólo te amo a ti, no necesito nada más que a ti... —la voz de Alissa sonaba quebrada, llena de pesar—. Papá nos dejaría vivir en su

casa, soy su heredera, cuentas con mi fortuna para vivir, papá estaría feliz...

—¡No! —la voz de Matt retumbó en su interior—. Lo que te ofrezca, será lo que yo me haya ganado para darte. Es esa la razón por la que me marché ya, mientras antes parta, antes regresaré por ti —se separó lo suficiente para mirarla a los ojos—. Volveré rico, volveré a buscarte y pediré tu mano teniendo a mi padre a mi lado, como las normas dictan. Porque es eso lo que tú mereces, el mejor trato, hacerlo correctamente. Hasta entonces, sólo puedo ofrecerte mi corazón y mi amor eterno, y con este anillo te pido, te suplico, que me esperes...

—Por supuesto que voy a esperarte, tontito. Te esperaré hasta el último de los días... —Alissa le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en los labios, tan emocionada que tomó a Matt por sorpresa y ambos fueron a caer sobre la alfombra.

Alissa comenzó a reír. Su risa le alegró el corazón. Le dolía en el alma escucharla llorar, lo último que quería era amargar ese momento tan especial provocando sus lágrimas. Sin embargo, cuando su risa comenzó a subir de volumen, Matt debió cubrir una vez más su boca para impedir que los escucharan, sólo que en esta ocasión utilizó sus labios en lugar de la mano. Alissa se estremeció con ese beso, únicamente traía el camisón puesto, la tela era tan delgada que prácticamente parecía inexistente. La sensación del cuerpo de Matt era una mezcla de calidez y frío, suavidad y firmeza. Sus ropas aún estaban heladas a causa de la nieve, pero su cuerpo ardía bajo las capas de tela, provocando que ella también lo hiciera...

—¿Tienes frío? —le preguntó él, preocupado, al sentir que se estremecía entre sus brazos—. Sólo traes el camisón puesto. Deberías ponerte algo encima...

Alissa notó que a Matt se le había enronquecido la voz a pesar de su intento de disimularlo.

—Anda, cariño, ve a abrigarte antes de que pesques una pulmonía —volvió a insistir Matt—. Yo me tengo que ir ya.

—No quiero que te vayas.

—Debo hacerlo. Mañana pasaré por aquí a despedirme antes de partir a Londres, y será muy temprano. Si no estás despierta y vestida... —puso énfasis en esas palabras, dándole a entender que sería su única oportunidad para despedirse.

Alissa sintió deseos de llorar, pero no quería hacerlo, no delante de él al menos. Entendía que aquello requería de un enorme esfuerzo, y no deseaba hacerle más difícil la partida. Por lo que se tragó las lágrimas e hizo lo que le pedía, a pesar de que se sentía sumamente cómoda recostada sobre el cuerpo de Matt. Si le hubieran permitido escoger, sin ninguna duda se habría quedado encima de él por toda la noche, ¡Dios, se habría quedado allí por el resto de su vida!

Se dio la media vuelta con cuidado de no tocarlo demasiado, algo le advertía que hacerlo le impediría en un grado mucho mayor separarse de él. Se puso de pie y recobró el equilibrio con dificultad, tras ella notó que Matt hacía lo mismo, aunque estaba tan oscuro que apenas conseguía distinguir su silueta por el rabillo del ojo. Intentó orientarse para regresar a la cama, recordaba haber dejado la bata sobre la silla ubicada a un costado.

—¡Ay! —chilló al sentir que su pie chocaba contra algo. El candelabro, que había dejado caer sobre la alfombra durante el primer encuentro con Matt, se le enredó en los pies y estuvo a punto de caer y darse de cabeza contra el poste de la cama, de no ser porque Matt la sujetó a tiempo, con un movimiento tan ágil como firme.

Un estremecimiento recorrió cada partícula de su cuerpo al percibir a Matt abrazado a ella, cada uno de sus músculos, cálido y firme, envolviéndola por completo. Inconscientemente le rodeó el cuello con los brazos, dejándose perder en él, estrechando más a ella ese cuerpo que tanto amaba, cuya sola imagen era capaz de despertar emociones escondidas en su cuerpo. Y ahora lo tenía allí, delante de ella, alrededor de ella, en cada parte de ella. Podía palpar sus anchos hombros, su espalda firme, su torso cálido y duro como roca. Se mordió el labio inferior al tiempo que una chispa electrizante recorría su cuerpo para depositarse en su bajo vientre, despertando un deseo dormido en ella. Su mirada se perdió en sus ojos, esos ojos oscuros y a la vez llenos de luz, brillantes por el fervor...

Él la besó. No lo sintió venir, sólo sintió la calidez de sus labios sobre los suyos, sus manos alrededor de su cuerpo, aferrándola con fuerza contra él.

Fue maravilloso.

Alissa no sabía si se trataba de la oscuridad, que otorgaba cierto ambiente mágico a la habitación, o si era el sentimiento de dicha y desesperación que la embargaban al mismo tiempo, o una mezcla de las dos cosas. Y la verdad es que tampoco le importaba. No podía pensar, sólo sentir.

Amaba a ese hombre más que a su propia vida.

No quería que ese momento terminara, no quería que él la dejara jamás, quería fundirse en él y no volver a separarse en toda la eternidad...

De alguna forma ambos terminaron tendidos nuevamente en la alfombra. Las manos de Matt sondeaban su cuerpo con movimientos torpes y colmados de deseo. Alissa se dejó embargar por él, deseaba tocarlo, sentir la calidez de su piel en sus manos, embriagarse con la calidez de su aroma, ese aroma que tanto adoraba, ese aroma que podría reconocer en cualquier parte... A tientas buscó con la yema de los dedos la abertura del cuello de su camisa y comenzó a desabotarla, le temblaban las manos mientras una vocecita se encendía en su cabeza, ordenándole que se detuviera, pero decidió ignorarla y continuar. Matt la ayudó un poco, se arrancó la chaqueta y la corbata de un tirón y los lanzó lejos, quedando únicamente con la camisa puesta. Alissa terminó de desabotarla ante la mirada paciente de Matt, y después él se la arrancó de la misma forma en la que se había arrancado lo anterior, quedando expuesto ante ella.

Puede que Alissa no pudiera observarlo a detalle pero sus manos lo hicieron. Palpó con la yema de sus dedos cada centímetro de su ardiente piel, trazando delicadas caricias en los sitios donde los músculos, firmes y perfectamente moldeados de Matt, formaban senderos y cumbres, grabando en su memoria ese momento. Se sentía fascinada por esa textura de terciopelo, su piel suave y húmeda, a causa del sudor, caliente bajo sus manos.

Su trayecto se vio detenido cuando sus dedos alcanzaron el límite que formaba la tela de sus pantalones. Los ojos de ambos volvieron a toparse de frente, en la oscuridad, brillaban con una intensidad tal que bien podían iluminar el resto de su rostro. Matt la acarició delicadamente en la mejilla y volvió a fundirse con ella, apoderándose de sus labios en un nuevo beso colmado de pasión. Alissa sintió descender su mano por el costado hasta encontrar los pliegues de su camisón. El frío de la habitación contrastó con la ardiente mano de Matt contra su piel, subiendo por su cintura en una caricia lenta y exquisita, capaz de robarle la razón. Su tacto era áspero, a causa de

los callos por el trabajo, y a la vez tan suave como la caricia de una pluma. Subió por la escalera de sus costillas hasta alcanzar la curva de uno de sus pechos. Trazó delicadamente el montículo de su seno, ascendiendo lentamente hasta que sus dedos se apoderaron de él. La delicadeza quedó de lado cuando su mano se aferró a él, masajeando y palpando de una forma que la hizo gemir de placer. Sus labios se separaron de los suyos y se posaron sobre su pecho, su boca invadió de una tibia humedad su pezón, traspasando la tela antes de que Matt prácticamente le rasgara el cuello del camisón para alcanzar con libertad el pecho con su boca. Aunque aquella intimidad la sobresaltó, la sensación que la embargó fue de placer. Mientras él ahuecaba la mano en la cima de su otro seno y comenzaba a masajearlo lentamente, su boca jugueteaba con el pecho del que se había apoderado, chupando y succionando su pezón hasta hacerla gritar de placer. Alissa se aferró a los mechones de su pelo, arqueando la espalda contra su boca, invitándolo en un gesto instintivo a continuar. Matt no la hizo esperar, en un ataque de feroz pasión le arrancó el camisón con sus propias manos y la sentó sobre su regazo, apoderándose de sus pechos con la boca.

Una sensación de vulnerabilidad y vergüenza invadió el cuerpo de Alissa, se cubrió el torso con los brazos, recobrando un leve sentido de la realidad. Matt, invadido por el fervor, le dedicó una mirada nublada y amorosa. Con un gesto suave y lleno de afecto, Matt retiró sus brazos con lentitud y volvió a besarla. Alissa se sintió completamente perdida con ese beso, la sensación de sus pechos desnudos contra su torso cálido y firme era exquisita. Dejó caer los brazos alrededor de la espalda de Matt al tiempo que un involuntario gemido de placer escapaba de sus labios, aferrándolo con fuerza contra ella, buscando de alguna manera fundirse con él para no volver a separarse jamás. Matt aprovechó esa oportunidad para entrar más profundamente en su boca, con la lengua separó sus labios y la saboreó por completo, como si buscara probar cada minúscula parte de ella. Alissa se entregó sin barreras, perdida en él, devolviéndole los besos con la misma voracidad que él le prodigaba.

La ardiente boca de Matt descendió por su barbilla hasta el lóbulo de su oreja. Con besos colmados de pasión, fue dejando una estela húmeda en su cuello hasta llegar nuevamente a sus pechos. Alissa le enterró las uñas en la espalda cuando él introdujo uno en su boca, succionó con tanta fuerza que la hizo estremecer de placer al tiempo que una sensación de hormigueo y caliente necesidad crecía en su bajo vientre. Percibió un movimiento tenso en la entrepierna de su amado, una tensión que aumentó la suya. La necesidad de algo desconocido crecía en su interior y se iba extendiendo por cada parte de su cuerpo, nublándole todo rastro de pensamiento.

Sólo existía ese momento, sólo existían Matt y ella, y nada más importaba. No había un mañana, no había un adiós. Sólo un eterno presente...

La mano de Matt descendió hasta posarse sobre sus nalgas desnudas y las apretó con fuerza, pegándola a su potente erección. Alissa se estremeció con el envite, invadida por la urgente necesidad de sentir a Matt por completo, piel con piel, verlo en todo su esplendor.

En un gesto atrevido que en otro momento jamás habría sido capaz de hacer buscó a tientas la tela de sus pantalones. Con manos nerviosas pero decididas, descendió hasta su cintura y comenzó a luchar para separar la abertura de sus pantalones, pero ella no tenía la misma fuerza ni habilidad que él para hacer trizas la ropa. Matt, llevado por la pasión, no la hizo esperar. Rio, su voz baja y ronca mientras la depositaba con cuidado sobre la alfombra una vez más. Se enderezó sobre sus

rodillas y con una agilidad felina desató los botones y se desembarazó de lo que le quedaba de ropa, quedando completamente desnudo ante ella.

Alissa tragó saliva al ver ese perfecto y enorme miembro erecto ante ella, sintió curiosidad y al mismo tiempo temor... No sabía muy bien qué ocurriría después. Había visto el acto algunas ocasiones con animales, y había oído hablar al respecto a algunas criadas de la casa cuando creían que no las escuchaban y gracias a ello podía entender un poco, pero nunca en su vida se detuvo a pensar cómo sería cuando a ella le sucediera... Si eso tenía que entrar en ella, ¿no le desgarraría la carne? ¿Cómo podía ser que un acto que prácticamente era un empalamiento pudiera otorgar cualquier clase de placer?

Matt no le dio tiempo de pensar, con la mirada fija en ella volvió a acercarse a su rostro y arremetió con un nuevo beso que la hizo perderse una vez más en ese mundo mágico al que sólo él podría llevarla. Alissa sintió la dura erección contra su pierna, pero no le importó, al contrario, se sentía feliz al tenerla tan cerca de sí, como si tuviera una especie de poder sobre él que sólo ella podía provocar...

Una ola de placer recorrió la espina de Alissa desde el bajo vientre hasta la punta de sus pies cuando él volvió a besarla, esta vez colocándose sobre ella. La calidez de su cuerpo la llenó, ya no sentía frío, no existía el invierno, sólo ese calor, ese eterno verano que era la vida con Matthew.

Percibió una dura humedad cerca de su entrepierna, al moverse la dureza aumentó y vibró con ella al sentirla quemando como fuego entre sus muslos. Matt se unió a ella con un nuevo beso que la alejó de todo pensamiento. Sus manos revoloteaban por su cuerpo al igual que sus besos; viajaban de sus pechos a su vientre, masajeara, acariciaba, la invadía con su ávido calor, colmándola con su fervor.

Ella se dejó llevar por sus caricias, deseando más de algo que le era desconocido.

Los labios de Matthew se movieron hacia su barbilla y luego a su cuello, bajando lentamente por su cuerpo hasta posarse sobre uno de sus pechos. Alissa casi gritó cuando lo sintió morder con suavidad uno de sus pezones. Le enterró los dedos en la espalda, absorta por el placer mientras él continuaba succionando su delicada cumbre con avidez. Con un gemido entrecortado, pasó los dedos por su espalda en una caricia llena de pasión, atrayéndolo más hacia ella, invitándolo a tomarla entera.

Las manos de Matt, voraces, se movían por su cuerpo. Matt la besaba en todas partes, descendiendo lentamente por su cuerpo, adorándola en cada beso, grabando cada centímetro de su cuerpo en su piel.

La delicada luz de la luna se coló por las rendijas de la cortina, dejándole al descubierto la silueta de su cuerpo, tan perfecta que parecía haber sido esculpida en cobre. Y Alissa deseó tocarlo, adorarlo en su total plenitud...

La mano de Matt se movió fervientemente de uno de sus pechos hasta su cintura y bajó hasta su entrepierna para situarse justamente en la zona donde los rizos ocultos de su cuerpo se encontraban. Alissa pegó un brinco al sentir la áspera callosidad de su dedo tocando la humedad de su cuerpo, una zona que hasta entonces nadie más que ella había tocado. Intentó resistirse, pero Matt la mantuvo quieta con una nueva oleada de besos, y ella no pudo evitar perderse una vez más

en esa magia.

Sus dedos la hicieron estremecerse de placer, la llevaban a lugares nunca antes imaginados. El se movía cada vez con mayor desenvoltura, trazando círculos alrededor de los labios, entrando en su abertura y jugueteando con el punto más sensible. Una fuerza desconocida dentro de ella la empujaba a pedir más, a pegarse más a él, a abrirse e invitarlo a entrar de una manera que no podía imaginar.

Fue cuando lo sintió, esa dura parte de su cuerpo empujando por hacerse lugar en su entrada. Un estremecimiento la recorrió, ahora no había marcha atrás...

Con la respiración entrecortada, se apartó y buscó la mirada de Matt. Sus ojos, brillantes en la oscuridad, sólo tenían una palabra grabada en el rostro: Amor.

Y toda duda desapareció; él era de ella, como ella era de él.

Matt continuó avanzando con lentitud, buscando no lastimarla. Ella arqueó las caderas al sentir que algo se tensaba en su interior, una punzada de dolor... Matt se detuvo y se acercó a ella, posando sus labios sobre los suyos en un beso cálido y suave. Su frente, perlada en sudor, estaba caliente, su espalda subía y bajaba con rapidez, a causa de la excitación. Alissa se movió ligeramente y él no pudo contenerse más y la penetró por completo.

Alissa gimió de dolor, clavándole las uñas en la espalda, sentía que algo en su interior se había roto, aunque el dolor comenzaba a remitir con rapidez.

—Lo siento... —susurró él, deteniéndose por los codos para poder mirarla a los ojos—. ¿Te he hecho daño? ¿Quieres que me detenga?

Alissa negó con la cabeza, embriagada por la expresión de su rostro. Sus ojos se habían cubierto de lágrimas. Matt, su duro Matt que nunca lloraba, ahora estaba llorando por creer que la había lastimado. Una oleada de amor la inundó. Amaba a Matt tanto... Lo amaba en todos los sentidos, lo amaba cuando era feroz, lo amaba cuando era tranquilo, pero por Dios cómo lo amaba cuando, a pesar de su descomunal tamaño y la fuerza que llevaba contenida dentro, le dedicaba esa mirada de completo desamparo que prácticamente le provocaban ganas de comérselo a besos.

Y fue lo que hizo. Con una suave caricia atrajo su rostro al de ella y lo besó. Matt no tardó en responder al beso, reanudando la pasión que había quedado flotando en el ambiente. Lentamente comenzó a moverse dentro de ella, entrando y saliendo, embistiendo una y otra vez en un ritmo cada vez más rápido. Alissa se dejó perder en él. Las sensaciones de placer recorrían su cuerpo. Arqueó las caderas contra él, invitándolo a entrar más y más en ella, el ritmo aumentó al igual que sus respiraciones a medida que se acercaban a un punto de placer que hasta entonces había sido completamente desconocido para ambos, y cuando Alissa creyó que no iba a soportar más, Matt se tensó y vibró dentro de ella, provocando que una oleada de placer se extendiera en su interior y la hiciera estremecer con cada espasmo de su cuerpo. Matt cubrió su boca con sus labios, ahogando mutuamente el grito de ambos.

Finalmente, cuando el último espasmo recorrió su cuerpo, Matt la besó una vez más y se dejó caer sobre ella. Ni siquiera salió, continuó en su interior, y a pesar del peso de su cuerpo sobre el suyo, Alissa no pudo sentirse más completa y dichosa en su vida.

Y mientras sus mutuas respiraciones comenzaban a normalizarse, Alissa se sintió tan completa como nunca en su vida.

Ahora comprendía ese viejo refrán que hablaba sobre las almas gemelas, las medias naranjas, el compañero de vida. Eso era Matt para ella, su complemento, su otra mitad, el único hombre que la compenetraba, el único con el que querría compartir ese momento maravilloso cada instante de su vida.

—Te amo —le dijo en un susurro bajo, embargado por la emoción.

—Yo te amo más, mi ángel —contestó él, besándola una vez más.

Matt la tomó en sus brazos y la levantó con sumo cuidado, demostrando en cada paso su devoción hacia ella. La recostó sobre la cama y cubrió su cuerpo desnudo con las sábanas, entonces él se recostó a su lado y la abrazó, hundiendo la cabeza en su pelo. Alissa posó la mejilla en su hombro, aspirando ese aroma a él que tanto adoraba. En medio de las suaves caricias de su amado, se quedó dormida, con la cabeza todavía apoyada sobre el pecho desnudo de Matt, escuchando el latir de su corazón.

El mismo latir que el suyo.

7

ANTES DEL AMANECER, Matt se levantó y comenzó a vestirse. Se había sentido incapaz de dejar a Alissa dormida sin despedirse de ella. No podía dejarla, le dolía en el alma. Y ahora más, después del mágico momento vivido...

Pasó toda la noche observándola dormir a su lado. Ahora, que los primeros rayos de sol comenzaban a colarse por las cortinas, debió hacer acopio de todas sus fuerzas para ponerse de pie y decidirse a marcharse con la convicción fija en la mente de que cuando volviera por ella, sería para siempre.

Se estaba colocando la chaqueta cuando Alissa se movió y abrió los ojos, descubriéndolo en el preciso instante en el que se dirigía a la ventana.

—¿Ya te vas? —le preguntó con voz somnolienta.

—Eso creo, dudo mucho que a tu padre le guste encontrarme compartiendo el desayuno en tu cama —bromeó Matt, regresando sobre sus pasos para besarla en los labios—. No te levantes, estaré aquí dentro de una hora y nos despediremos.

—No, esa no será una despedida, sólo un hasta luego —corrigió ella, pasando los dedos por su cabello en un gesto cariñoso—. Recuerda, lo has prometido.

—Y cumpliré mi promesa —asintió él, tomando la mano que ella mantenía en su nuca y plantándole un beso en la palma.

—Y yo cumpliré la mía, Matt —Alissa le dedicó una mirada llena de amor, mirándolo con ojos velados por las lágrimas—. Te esperaré hasta el último de mis días, Matt.

Matt la abrazó, hundiendo su rostro en su cabello. Alissa se estremeció en ahogados sollozos, abrazándolo con fuerza.

—No llores cariño, por favor, no llores...

—Oh, Matt, lo siento... —ella se limpió la nariz con el pañuelo que él le tendía—. Sé que no soportas que llore, pero no puedo evitarlo.

—Es el verte triste lo que no soporto, cariño —Matt tomó su rostro entre sus manos y la obligó a verlo a los ojos—. Volveré, amor mío, confía en mí. Volveré por ti, y antes de que te des cuenta estaremos compartiendo una vida juntos, la vida que siempre soñamos. Y entonces estarás tan harta de mí que recordarás con nostalgia estos días en los que eras soltera y podías prescindir de

un hombre acechándote día y noche a tu lado.

Alissa soltó una risita y negó con la cabeza, dedicándole una mirada dulce y brillante por las lágrimas que todavía corrían por sus ojos.

—Nunca me hartaré de ti, Matthew. Eres mi otra mitad, te amo más que a nada en el mundo, ¿cómo podría cansarme de tenerte a mi lado si sólo vivo cuando tú estás conmigo?

Matt volvió a abrazarla y la estrechó con más fuerza entre sus brazos, conmovido hasta el alma por sus palabras.

Permanecieron así durante un par de minutos, sin decir una palabra, bastándose con la presencia del otro hasta que el sonido de pasos en la lejanía los devolvió a la realidad. La casa comenzaba a tomar vida y lo mejor era que Matthew se marchara antes de que lo descubrieran.

—Te veré en una hora —le repitió a Alissa, antes de desaparecer por la ventana del balcón, dejándola con una tremenda sensación de desamparo.

Sin él a su lado, Alissa se sintió vulnerable, como si un inmenso vacío se apoderara de su alma.

—Date prisa en volver, Matthew Collinwood. Date prisa o me volveré loca sin ti... —musitó en voz baja, poniéndose de pie de un salto.

Si iba a ser la última vez que viera a Matt antes de convertirse en su esposa, haría que el último recuerdo que se llevara de ella valiera la pena.

Aunque después de lo vivido anoche, de la extraordinaria unión que ambos habían compartido en esa misma habitación, estuvo segura que no necesitaría nada más para dejar una huella imborrable en su corazón. Tal como él la había dejado en el suyo...

* *
*

Una hora después, Alissa, engalanada con su mejor vestido y con el cabello suelto sobre los hombros, tal como Matt le había dicho en cientos de ocasiones que adoraba verla, esperaba ansiosa frente a la ventana del comedor. Tenía un libro entre las manos para disimular el nerviosismo y las continuas miradas que dirigía al exterior, pero de él no había logrado leer ni la primera frase.

—¿Te sientes nerviosa por algo en particular o es así como te gusta iniciar las mañanas? —le preguntó Anne Marie.

Alissa le dedicó una mirada hosca. Su prima gustaba de entrar en las habitaciones donde ella se encontraba sin detenerse a golpear antes o avisar de su llegada, con toda la intención de pillarla infraganti en algún acto indiscreto. Hasta entonces nunca lo había conseguido, pero no por eso le parecía una acción menos vil.

—¿Qué quieres? —espetó Alissa, volviendo a dirigir la vista sobre su libro.

—El desayuno está listo —contestó Anne Marie, demostrando una perfecta máscara de afabilidad fraternal—, el tío John me ha enviado a buscarte, está esperándote en el comedor. Eso claro, si te permites interrumpir tu maravillosa lectura —miró con interés el libro que Alissa sostenía frente al rostro, en un claro intento de mantener un muro entre ellas, aunque sólo fuera de papel.

—Iré enseguida.

—Bien. Le diré al tío John que espere por ti —contestó Anne Marie, dirigiéndose a la puerta—. Aunque, notando que tienes el libro al revés, me parece que deberá esperar bastante. No conozco una persona capaz de terminar una página leyendo de ese modo. Imagina cuánto has de tardar tú leyendo toda la novela, que de por sí eres lenta.

Alissa rechinó los dientes y bajó el libro con rudeza. Su prima ya se había marchado y no pudo descargar su furia contra ella. Mejor, porque la verdad es que no tenía deseos de pelear esa mañana.

No iba a permitir que Anne Marie arruinara un momento más de su vida, y mucho menos ése.

Esa mañana tenía que ser perfecta, sería la última vez que vería a Matt y tenía que mantenerse serena.

Se escuchó el trote de cascos de caballo en la entrada y el corazón de Alissa dio un vuelco. Dejó el libro en la butaca de la ventana que había ocupado hasta entonces y partió a la carrera en dirección a la puerta, sin detenerse a disimular su emoción ante su padre y los criados.

Sin embargo, su padre se le había adelantado y al momento de llegar a la puerta, Matt ya se encontraba en el recibidor acompañado por John y Percival, el mayordomo.

—¿Cómo que no te quedas a desayunar? —en ese momento preguntaba su padre a Matt.

—Lo siento, John. Sólo he venido a despedirme... —se calló al sentir la presencia de Alissa y desvió la mirada para fijarla sobre ella.

—Entiendo —musitó John, esbozando una ligera sonrisa que quedó oculta tras su amplio bigote.

Matt y Alissa compartieron una mirada llena de amor y devoción, ni siquiera notaron que no estaban a solas, era como si cada minuto juntos fuera el último y tuvieran que aprovecharlo al máximo.

John carraspeó y le dirigió una mirada a su hija.

—Querida mía, debo... asegurarme de que nuestros invitados se encuentren bien atendidos. No han de tardar en bajar, y es lo correcto que el anfitrión los reciba en sus mejores galas. Iré a vestirme con algo más... llamativo —buscó la palabra adecuada, pues era claro que iba perfectamente vestido—. Te dejo para que atiendas a nuestro invitado.

Alissa sonrió, agradecida con su padre.

—Por supuesto, papá.

—Matt, perdona mi falta de cortesía. Te deseo un buen viaje, hijo. Cualquier cosa que necesites, sólo házmelo saber —tendió la mano y la estrechó con la de Matt—. Te dejo en la mejor compañía.

—Te lo agradezco, John —le dijo sinceramente Matt, estrechando su mano con sumo afecto—. Nos veremos a mi regreso, y espero que sea muy pronto... —rio, dedicándole una sonrisa especial a Alissa.

—Así lo espero también —convino el anciano, alejándose a paso decidido hacia su despacho.

Alissa alcanzó a ver por el rabillo del ojo a su prima aparecer por la puerta, pero John la detuvo en el camino y la llevó consigo, dejándolos a solas en el vestíbulo. Alcanzaron a escuchar la voz de Anne Marie explicando algo con respecto a la necesidad de una dama de compañía

presente, pero el sonido de las palabras de la joven fue amortiguado por el de la puerta al cerrarse bruscamente.

Alissa y Matt se dedicaron una sonrisa divertida antes de que ella corriera a sus brazos.

—Tal vez deberíamos disimular un poco... —musitó Matt, sin dejar de abrazarla.

—Por favor, Matt, papá no es tonto, si nos ha dejado a solas para despedirnos es porque sospecha algo, a no ser que ya esté enterado de todo. Seguramente adivina el motivo que tienes para sentir la necesidad de partir en busca de fortuna.

—En ese caso, no desperdiciemos la oportunidad —rio él, besándola suavemente en los labios.

Escucharon un sonido similar a un rasgueo en la puerta y ambos se separaron bruscamente.

—¿Qué es eso?

—¿Eso? —Matt rio por lo bajo—. ¿No lo recuerdas? Solías llevártelo a la cama en las noches de invierno, porque decías que moriría congelado de frío.

—¿Charles? —sonrió Alissa, dirigiéndose a la puerta para abrirla. Del otro lado encontró a un enorme lobo esperando impaciente frente a la puerta. Al verla, le saltó encima y le lamió la cara a lengüetazos.

—¡Por Dios, Charles, qué grande estás! —rio Alissa, acariciándole las orejas—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Ha vuelto a venir por comida? —le preguntó a Matt, separándose por fin del animal y sacando un pañuelo para limpiarse el rostro.

—Este bribón se ha acostumbrado demasiado a la buena vida —bromeó Matt—. Por más intentos que hago de dejarlo en libertad, sigue volviendo. Lo mejor será que lo lleve conmigo a México, si lo dejo aquí morirá de hambre, o peor, se acercará a buscar algo en alguna granja y terminará como tapete adornando la pared de alguien.

—Es cierto, lo mejor será que lo lleves contigo. No queremos que le pase nada a nuestro pequeño cachorro... —la sonrisa en el rostro de Alissa se turbó, el recuerdo del día en el que habían encontrado al lobo, el mismo día en el que Matt y ella se habían besado por primera vez, le trajo una dolorosa sensación de vacío.

Antes de darse cuenta las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Alissa... —Matt se acercó, intentando consolarla con un abrazo, pero ella lo evitó.

—No, no lo hagas, o me harás llorar más —Alissa se secó el rostro con el pañuelo y lo miró a la cara, esbozando una sonrisa que no le llegó a los ojos—. No quiero que me recuerdes así, con la cara hinchada por el llanto, sino bonita y alegre. Ahora mismo debo parecer...

—Tú siempre estás hermosa —la cortó él, tomándola por los hombros—, y es así como te llevo en el corazón. Mi Alissa viva y alegre, siempre grácil como una bailarina, delicada y elegante como una reina, pero sobre todo, con el corazón más bondadoso que he conocido jamás. Un corazón tan grande como para permitirse amar a este tonto y mísero hombre que no es capaz ni de expresar las mejores palabras para despedirse de su amada sin hacerla llorar.

—Matt, no digas eso.

—No tienes que contradecirme, lo que digo es cierto. Y me encanta que sea así, que tú seas así... —se alejó un par de pasos y la miró fijamente, grabando esa imagen en su corazón—. Y es así como te llevaré por siempre conmigo, hasta el día en que regrese por ti.

—Más te vale que sea pronto, o iré a buscarte yo misma a México y te haré cumplir tu promesa, Matthew Collinwood —bromeó Alissa, a pesar de que las lágrimas volvían a velar sus ojos.

—Haré todo cuanto esté en mis manos, y todavía más, para lograrlo, Ali —Matt se volvió a acercarla y la abrazó.

Alissa no supo cuánto tiempo transcurrió, pudieron ser horas o un par de segundos antes de que Matt se separara bruscamente de ella, y con un último beso apasionado, le susurró un adiós en el oído junto a la promesa de volver por ella.

Lo vio partir en su caballo, acompañado por el lobo que una vez los había unido. Partir a un camino incierto que lo alejaría de ella para regresárselo algún día, y esta vez, para siempre...

Y con la esperanza en el corazón, elevó una oración al cielo rogando porque ese día llegara pronto, ansiando que ese tremendo vacío que se apoderaba de su pecho remitiera.

Oscuros nubarrones en el cielo ocultaron el sol matutino, una réplica exacta de lo que sentía en ese momento su atormentado corazón. Sin Matt ya no había luz en su vida. Su única esperanza consistía en su regreso, sería ese día cuando la alegría volvería a su vida, y esta vez para siempre.

8

ALISSA NO PODÍA DEJAR DE SONREÍR mientras repasaba por tercera vez la última carta de Matt, recibida esa misma tarde.

En busca de privacidad, había decidido salir a los jardines a leerla. Últimamente Anne Marie se mostraba más insistente que nunca en su idea de mantenerla vigilada y Alissa debía tomar medidas extremas para mantener los ojos curiosos de su prima a raya. Bajo su cama, dentro de un madero suelto del suelo, había ocultado las cartas que había recibido de Matt hasta entonces. Debía dejarlas allí, siempre y sin falta, o su prima terminaría enterándose de sus planes de boda y todos los secretos que ambos compartían, y por ese motivo, leía las cartas tantas veces como le era posible hasta memorizar cada palabra, y entonces las guardaba en su escondite.

Era necesario que fuera así, llevar consigo las palabras de Matt era lo único que le permitía mantenerse cuerda durante esos largos días sin él.

El otoño comenzaba y las hojas de los árboles caían a su alrededor, formando una lluvia de tonos dorados y rojos. Alissa paseaba por los senderos que comunicaban la casa con el huerto, caminando sin rumbo entre los árboles de manzanos, por los mismos senderos que en tantas ocasiones ambos compartieron tomados de las manos. Casi podía escuchar la voz de Matt a su lado mientras sus ojos recorrían esas letras: lo único que los mantenía unidos mientras duraba su separación.

Mi adorada Alissa:

No tengo palabras para expresar lo mucho que te extraño, pero sobre todo, cuánto te amo. Este amor tan grande que siento por ti es lo único que logra mantenerme alejado de tu lado. De no ser por la firme determinación que tengo de darte todo lo mejor, ya habría sucumbido a la tentación de volver contigo, mi adorada señorita.

El tiempo pasa inalterable en estas tierras. Veracruz es un eterno paraíso. Para la gente habituada a este sitio, el clima frío ha comenzado ya, sacan chales y las frazadas multicolores que mantuvieron guardadas durante el verano, y abrigan a los niños con ropas invernales. Sin embargo, para mí el calor sigue siendo inagotable. Creo que nunca bajaré la temperatura en este paraíso exótico, capaz de hacer nacer a las criaturas más increíbles. Pero no temas, querida mía. Podrás soportarlo. El calor es casi tangible, aunque no insoportable como en un principio. Te acostumbrarás en poco tiempo. Si lo comento, es porque al lado

de los inviernos nevados de Inglaterra, un invierno en Veracruz es como un soplo frío en el verano de nuestra tierra.

Me parece increíble lo distintos que pueden ser estos dos lugares, a pesar de formar parte del mismo mundo. Ansío el día en que vengas conmigo y veas por primera vez las gracias de esta tierra mágica. Daremos paseos por los jardines, los campos y los bosques; tú tomada de mi mano mientras yo te llevo a conocer cada una de sus maravillas. No quiero perderme ni un momento la emoción que surja en tus ojos al ver los árboles, eternamente verdes y tan viejos como el mismo mundo, a los niños jugando en las aguas de los manantiales, a las mujeres vestidas con hermosos trajes multicolores, cantando mientras lavan la ropa en el río, y a las antiguas curanderas compartiendo recetas con el médico del pueblo, una mezcla de la cultura ancestral y del tiempo moderno que sólo parece posible en esta tierra colmada de magia.

Como te he contado antes, mi bisabuela era considerada una mujer de alta fiabilidad entre las curanderas, una chamana dotada o una bruja como la llamarían en Inglaterra. Mi bisabuela aseguraba ver a los espíritus de los muertos vagar por la tierra. Hablaba con los árboles y el viento, ellos le contaban los secretos del mundo. Recuerdo que solía recitarme los cuentos del mundo antes de dormir. Los mejores provenían de los árboles más viejos, aquellos que ya eran viejos cuando el primer hombre pisó estas tierras.

Solía creer que mi bisabuela era extraordinaria, un ser mágico como sólo se relata en los cuentos. Y hoy, siendo ya un adulto, lo sigo creyendo. Y lo digo con orgullo.

Mi bisabuela solía decirme que el talento que poseemos los Lobos para domesticar caballos proviene de esa antigua magia que ha sido transmitida en nuestra familia por generaciones.

Si yo comparto esa magia familiar, probablemente nuestros hijos la hereden a su vez. Tómallo en cuenta, querida mía. Tendrás unos bebés hechiceros, encantadores de caballos. Espero que eso no te moleste.

La verdad es que no tengo idea de cuánta verdad exista en sus palabras, pero me parece interesante, un tema de aquellos que tanto te gustaba comentar conmigo durante nuestros paseos.

No desesperes amada mía, pronto volveremos a tener esos paseos. Regresaré por ti y cumpliré mi palabra de convertirte en mi esposa y en mi reina personal. Te traeré a vivir a México y no habrá nada en el mundo que nos vuelva a separar. Hasta entonces, no nos queda más que soñar, soñar y rezar, para que nuestros sueños pronto, muy pronto, se hagan realidad...

Dedico la mayor parte del día a trabajar con este sueño en mi mano. Lo sujeto firme para que no pueda escapar. Me aferro a él con toda la fuerza de mi voluntad, trabajando tan duro como me lo permite mi cuerpo, y un poco más, siempre fiel a la promesa que te he hecho de volver a ti.

Las noches son todas tuyas, querida mía. Dedicadas completamente a ti. Al cerrar los ojos evoco tu imagen y me traslado en mi mente a tu lado, igual como en esos viajes espirituales que solía hacer la gente de la que me hablaba mi bisabuela cuando era niño. No tengo idea si saldré o no de mi cuerpo en un espíritu amorfo, pero si de pronto encuentras un fantasma acurrucado a tu lado entre las sábanas, no te asustes. Soy sólo yo.

Alissa detuvo la lectura para soltar una risita, a pesar de que era la tercera vez que leía esa frase. Se detuvo contra el tronco de un enorme árbol de manzanas y continuó leyendo.

Zalo, mi abuelo, es un gran apoyo. En estas semanas hemos conseguido un grado de unión más estrecho del que jamás tuvimos, algo que en otro tiempo me habría parecido increíble. Tú sabes mejor que nadie lo importante que es mi abuelo para mí. Lo quiero como a un padre y le respeto como tal. Compartimos un vínculo que jamás he sentido con otra persona, exceptuándote. Creo que cuando por fin lo conozcas, comprenderás de lo que hablo. Para él ya eres una nieta. Has conseguido el milagro que él nunca creyó posible; que yo me enamorara. Y siendo tú la dueña de mi corazón, te has convertido en una heroína a sus ojos, una especie de ángel salvador, y poco le falta por encenderte una veladora en tu altar personal.

Alissa volvió a reír, dando vuelta la hoja para continuar con la siguiente página.

Alexander, Benjamin y William hacen un gran trabajo. Todavía me parece increíble el tenerlos aquí, dispuestos a ayudarme a cumplir mi meta... Debo confesar que hubo un tiempo en el que me sentí tan distanciado de mis hermanos que jamás me habría imaginado posible una obra de generosidad de tal magnitud de su parte, en especial de Ben y Will, ese par de bromistas que nada se toman en serio.

Alissa sonrió, cuando Matt le contó en su primera carta la enorme sorpresa que se había llevado cuando, al subir al barco, se encontró a sus tres hermanos a bordo y con la total determinación de partir a México y ayudarle a cumplir con su cometido, a ella también le costó creerlo.

Bien podía haberlo supuesto de Alexander. Él siempre había sido un hombre generoso y completamente entregado al cuidado de sus hermanos. Lo que nunca en la vida hubiera pensado era que los bromistas y mujeriegos Benjamin y William decidieran por voluntad propia dejar de lado su vida en Inglaterra, rodeados de fiestas, placeres y lujos, para partir a ensuciarse las manos trabajando en una tierra lejana y calurosa. Pero así eran los Collinwood, hombres recios y de corazón grande. Ella lo sabía bien.

Y ahora muchas mujeres de Inglaterra compartían ese saber...

Con el paso de los años, había conocido a varias mujeres, muchas de ellas amigas íntimas, que habían tenido algo que ver con alguno de los hermanos Collinwood. Claro, con excepción de Matt. Aunque no por ello a las chicas Matt les llamaba menos la atención, pensaba con un dejo de celos.

Todas coincidían en que la atracción de los Collinwood consistía en su manera segura y un tanto hosca de tratar con la gente, esa personalidad desenvuelta y a la vez reservada, ese carácter tan fuerte que los llevaba a actuar sin temor a las represalias. Los hermanos eran inteligentes, no buscaban problemas sólo porque sí, pero cuando los encontraban, no dudaban en hacerles frente. Como si siempre tuvieran que estar probándole al mundo entero de lo que eran capaces.

Y no sólo esa parte valiente definía sus atributos, sino la honorabilidad que compartían todos, sin excepción. En los eventos de sociedad, los Collinwood destacaban por ser los hombres amables, corteses y afables, con los que se podía tratar. Incluso con la servidumbre eran educados. Para ellos no existía la idea de tratar a un sirviente como un mueble. Eran amables con todos, sin distinción, y sin preocuparse de los comentarios que su manera de actuar pudiese levantar entre la gente.

Esa característica se había ganado el corazón de muchas damas de la alta sociedad y de otros estratos no tan privilegiados. Conocidos por su trato caballeroso y educado, eran la clase de hombres capaces de cortejar a la más guapa de la fiesta, y a la vez disculparse con ella para sacar a bailar a la chica fea olvidada entre las solteras.

Eran famosos por su trato respetuoso y considerado, pero lo que resultaba sumamente atrayente de los Collinwood (y eso se lo contaban las chicas entre risitas y bajando la voz para asegurarse de que nadie las fuera a escuchar), era que todos ellos, sin excepción, eran tan atractivos como sólo un dios encarnado podía ser.

Y muchas aseguraban que lo eran.

Descendientes de algún dios maya o azteca, parecían poseer una especie de aura mágica, un porte imponente de un dios pagano y una mirada hipnotizante como debió tenerla Zeus al momento

de enamorar a las pobres incautas de la tierra. Sin mencionar ese físico capaz de nublarle el juicio a cualquiera. Y es que, a diferencia de los grandes señores de Londres, siempre impecables engalanados en sus finos trajes de etiqueta, a los Collinwood se les había visto en más de una ocasión con ropas rurales y hasta sin ellas...

Al menos fue el rumor que se extendió con rapidez entre las mujeres casaderas cuando Amy Lovengood, una amiga de la familia, pasó por casualidad por la casa cuando los hermanos regresaban de trabajar en el campo. Se decía que la chica se desmayó al verlos vestidos únicamente con el pantalón y las botas de trabajo, dejando al descubierto sus perfectos torsos de piel morena y músculos torneados y sudorosos. Amy juraba haber visto a los mismos ángeles vengadores del cielo en los siete hermanos, y el rumor se extendió con rapidez entre la alta sociedad, convirtiendo a los Collinwood en leyendas encarnadas.

Alissa no pudo dejar de reír cuando el rumor llegó a sus oídos, aunque no dudó, por primera vez, de la veracidad de esas palabras.

Ella sabía muy bien que los Collinwood no eran de los nobles entregados a la vida ociosa. Asistían a fiestas y eventos sociales en su tiempo libre, sí. Pero la mayoría de los días los pasaban dentro de sus propiedades, completamente dedicados a sus obligaciones. Con empeño realizaban su labor en los campos, trabajando hombro con hombro junto a los campesinos. Si el resto de sus hermanos se parecía a Matthew, entonces Alissa podía asegurar que las ideas sobre el físico perfecto de los Collinwood era muy acertada.

Así debieron verse los dioses griegos —comentó en cierta ocasión Hayley Miller, una de sus amigas de escuela—, una vez se me ocurrió pasar de visita sin avisar y los vi trabajando en el campo. ¡Fue grandioso! Con esos cuerpos morenos y perfectos, llenos de músculos torneados y firmes, brillantes por el sudor... ¡Creí que iba a desmayarme por la emoción! —chilló, abanicándose con fuerza el rostro—. Estoy segura de que a eso se refería mi madre cuando me prevenía sobre sucumbir a la lujuria.

Y era cierto. Todos los Collinwood eran tan imponentes en cuerpo como en imagen, eran una especie de seres perfectos que habían ganado fascinación entre el mundo femenino de Inglaterra y de buena parte de Europa.

Un hombre así no se encontraba con facilidad, y eso Alissa lo sabía. Por desgracia, muchas otras chicas también lo sabían, y muchas de ellas habían puesto los ojos sobre su adorado Matthew, considerándolo el más interesante de todos, por ser siempre el más misterioso y reservado de los hermanos.

Pero Alissa sabía la razón de ello, y ésa era que él la amaba. Y aunque nunca se portaría grosero con ninguna dama, jamás, ni aunque el mundo se terminase, la traicionaría.

Era lo que amaba de Matt. Que él la amaba. Total e incondicionalmente, únicamente a ella.

Y eso la llenaba de alegría...

Lástima que no encontrara las palabras necesarias para que él creyera que era todo cuanto necesitaba. De haberlo hecho, él habría vuelto por ella y se hubiesen casado al fin, sin recurrir a la engorrosa necesidad de recaudar antes una fortuna, tarea que bien podría llevar toda una vida...

Con un suspiro, regresó la vista al papel que tenía entre los dedos, terminando de recorrer las últimas líneas.

Nuestro querido Charles es también de gran ayuda aquí en el rancho. Al principio a mi abuelo no le hizo mucha gracia que trajera un lobo conmigo, pero ha demostrado ser digno de confianza y un excelente guardián. No hay hombre o bestia que no se detenga paralizado de terror al verlo acercarse, y tal ha sido su impacto que varios vecinos le han solicitado a mi abuelo un cachorro si es que llega a tener una camada con alguna de las perras de la hacienda. Mi abuelo, en broma, ríe y me dice que de no resultar el negocio del criadero de caballos, bien podríamos poner un criadero de lobos.

Es tarde y debo irme ya. Mañana debo madrugar, y si me desvelo demasiado se me pegan las sábanas.

Ansío el día de volver a verte, mi adorado ángel. De volver a estrecharte entre mis brazos, besarte una vez más... Varias veces al día he querido renunciar y dejar todo atrás y regresar a tu lado, pero el anhelo de darte todo cuanto te mereces es mayor. El día en el que regrese por ti parece lejano, quizá demasiado, pero cuando el día llegue habrá valido la pena el esfuerzo. No en vano me he alejado de ti, quiero que cada segundo lejos valga la pena, y la recompensa será mucho mayor cuando pueda sorprenderte y llenar tus hermosos ojos de dicha al obsequiarte todo lo que te mereces. Serás una reina, mi reina. Y este mundo mágico será nuestro reino.

Recuerdo los días de verano a tu lado, caminando entre los manzanos y riendo de tonterías. Tú me dijiste en una ocasión que éstos serían por siempre los mejores días de tu vida, los más felices, los que llevarías para siempre grabados en tu corazón. Pues cuando seas mi esposa, amada mía, pienso darte uno de esos días inolvidables por el resto de tu vida.

No te molestes, me has repetido en cada carta que eso no te importa y el único deseo de tu corazón es tenerme a tu lado. Pero compréndeme, hacer menos por ti significaría rebajarte, y rebajarme a mí mismo. Soy orgulloso, demasiado orgulloso como para permitir que la mujer que amo viva con menos de lo que mi máximo esfuerzo puede darle. Después de todo, creo que soy hijo de mi padre... Y como él, que ha luchado cada día de forma inagotable con el fin de darle a mi madre todo cuanto se merece, así quiero hacer contigo. Tú eres toda mi vida, todo el universo alrededor del que gira mi mundo. Darte menos me haría sentir menos hombre, menos digno de ti. Y te amo demasiado para permitírmelo.

Por favor, no te molestes conmigo. Compréndeme. Como tú me has dicho en tantas ocasiones, no puedo evitar sentir la necesidad de sobreprotegerte y consentirte como si fueras una muñeca de porcelana. Después de todo, eres mi reina, y nunca te daría un trato menor al que te mereces.

Te amo con todo el corazón, adorado ángel mío. Vivo cada día pensando en ti y anhelando el día en el que volvamos a encontrarnos y nuestra vida juntos comience al fin.

Eternamente tuyo,
Matthew

Alissa sonrió, estrechando la carta contra su pecho. ¡Dios, cómo lo amaba! Habría dado lo que fuera por volver a verlo, por volver a abrazarlo, por besarlo una vez más...

Se llevó la carta a los labios y la besó, al tiempo que inspiraba hondo, embriagándose con el olor de Matthew impregnado en el papel. Ese aroma a colonia y a él que habría reconocido en cualquier lugar.

Sus palabras eran tan tiernas como siempre, aunque también tan claras y firmes como solían serlo en sus cartas. Él no daría marcha atrás, por más que ella se lo rogase en cada carta (escribía una diaria), recordándole que el dinero no le importaba, y todo cuanto deseaba era vivir a su lado. Él no iba a cambiar de opinión ni a regresar hasta haberse hecho rico.

Al menos el lobo que había sido su amigo todos esos años podría ayudarle, si el negocio de los

caballos no daba frutos, pensó con una sonrisita en los labios.

Una corriente de viento helada levantó algunas hojas del suelo y las elevó en un remolino de tonos dorados. Alissa las siguió con la mirada, dejándose llevar por su imaginación. Tal vez, si ella fuese tan pequeña como una hoja, el viento podría trasladarla, llevarla lejos, muy lejos, hasta Matthew...

—¿Soñando otra vez?

Alissa se sobresaltó al escuchar la voz de su prima. Había estado tan absorta en sus pensamientos que no había notado cuando ella llegó.

—¿Qué quieres ahora, Anne Marie? —preguntó de mala gana, poniéndose de pie al tiempo que se sacudía la falda para quitar las hojas secas que se habían pegado a la tela.

—El tío John desea verte. Ahora —añadió, como si eso fuese necesario.

Alissa le dedicó una mirada hosca y se encaminó a la casa.

—Por cierto, ¿qué es eso que traes tan aferrado contra el pecho? —le preguntó, intentando arrebatarse la carta de Matt.

—¡Eso no te importa! —gruñó Alissa, moviéndose justo a tiempo para evitar que ella la tomase—. ¿Por qué no me dejas en paz?

—¿Dejarte en paz?

—Sí, no te hagas la tonta, ¡todo el tiempo me estás espiando! Siguiéndome como si fuera una especie de criminal y tú mi carcelera... —se calló al notar que los ojos de su prima adquirían una expresión apagada.

—Tal vez sea porque así te sientes tú, Alissa —a pesar de que ella intentó mantenerse impassible, su voz la delató, mostrándose dolida.

—Anne Marie...

—Si bien dice la gente que si actúas mal, todo el día estarás pensando en quién te acusa...

—¿Quién dice eso?

—¡Sólo ven! —gruñó Anne Marie, apurándose a caminar de regreso a la casa.

Alissa sintió el impulso de seguirla, pero dudó que Anne Marie deseara lo mismo...

Quizá, de haber notado la lágrima que escapaba de sus ojos, se hubiera percatado de que así era.

9

Querido Matt:

Nuevamente, ¡feliz Navidad! No tengo idea de cuántas veces lo he repetido, no sé qué carta será la correcta, seguro no ésta, sin embargo no puedo dejar de decirlo: ¡feliz Navidad, amado mío!

No tienes idea de cuánto te extraño; vencerte en ajedrez, escucharte tocar esas hermosas melodías en tu guitarra, nuestros paseos a la luz de la luna, nuestras conversaciones en el pórtico, las caricias bajo las mantas sentados frente al fuego... Extraño todo de ti. Cada momento a tu lado es un recuerdo agrisado que me llena el corazón de tristeza y alegría; tristeza porque no te tengo; alegría porque te tuve y pronto te volveré a tener. ¡Oh, Matt, cómo anhelo el día en el que volveré a estar a tu lado! Cuento los minutos, los segundos, soñando despierta con verte de nuevo, con sentir otra vez tus besos, tus manos sobre mi cuerpo, entregarme a ti completamente, igual que la última vez...

Cada día sin ti es una tortura. Cada anochecer una esperanza de que pronto te volveré a ver.

Me consuelo con tus cartas, con tus recuerdos. El último libro que me diste, Frankenstein, ya lo he leído cinco veces hasta ahora. Tenías mucha razón, es una historia magnífica. ¿Crees que sea posible crear un ser humano a partir de los trozos de los muertos? A mí me parece increíble, aunque me gustaría intentarlo... ¡No te mortifiques, es sólo una broma! Pagaría por ver tu cara ahora.

Vamos, Matt, sabes que no soporto el olor a hospital, y así es como debió oler ese maldito laboratorio. Además tantas cicatrices en el cuerpo me parece repulsivo. Pobrecillo monstruo, por supuesto que me da lástima, rechazado por su aspecto, aunque me temo que no podría culpar a esa gente, ¿quién no se sentiría asqueado ante un físico colmado de cicatrices y partes deformes en el cuerpo? Sin duda es repugnante...

—¡Lady Alissa!

Al escuchar la voz de la señora Willson, Alissa dejó de escribir la carta en la que estaba absorta en ese momento.

—¿Qué sucede? —preguntó cuando la anciana entró en la habitación. Una gota de tinta cayó de la pluma, manchando la palabra repugnante. Con el ceño fruncido, Alissa dejó la pluma en el tintero. Tendría que repetir la carta. No podía mandarle a Matt una hoja sucia con una mancha así. Si algo Matt siempre había alabado de ella era su excelente caligrafía y pulcritud al escribir.

—Querida, perdone que la moleste —dijo la señora Willson, entrando en su habitación tras tocar de forma apurada la puerta—, pero las chicas de la cocina continúan enfermas y las demás doncellas están ocupadas limpiando la casa para el festejo de Navidad. ¿Le importaría ayudarme

en la cocina?

Alissa saltó de la silla con una sonrisa en los labios. Adoraba ayudar a la señora Willson en la cocina, en especial durante esa época. Le recordaba el tiempo en el que entraba con su madre a la cocina y preparaba toda clase de delicias navideñas, terminaban ambas con la cara blanca, cubierta de harina y azúcar glas, y con la barriga llena por haber probado cada uno de los postres.

—Por supuesto que no me molesta. Iré enseguida.

—Se lo agradezco, milady —la señora Willson hizo una venia rápida y desapareció por la puerta que dejó entreabierta por las prisas.

Alissa esperó a que la mujer se marchara y con cuidado guardó la carta arruinada en un fondo secreto del cajón de su escritorio y se marchó a la cocina.

—¿Cuánta leche debo ponerle, señora Willson? —preguntó Alissa, sin dejar de batir la mezcla de huevos y azúcar.

—Milady, no debería estar haciendo eso —refunfuñó Fanny, observando con preocupación los hermosos rizos de Alissa, demasiado cercanos a la mezcla—. Terminará llena de harina de la cabeza a los pies.

—Fanny, deja de replicar y mejor ayúdame pelando estas patatas —intervino la señora Willson, colocando delante de la joven un canasto repleto de patatas.

Fanny no pudo evitar lanzar un suspiro ahogado que hizo volar un mechón de cabello rubio de su frente al tiempo que tomaba con absoluto desgano una patata y el cuchillo que la señora Willson le tendía.

—Bueno, ni que te estuviera pidiendo que las convirtieras en oro —bromeó la mujer.

—No, pero creo que eso sería más limpio —replicó Fanny, comenzando a cortar la cáscara.

Alissa y la señora Willson rieron alegremente, mientras continuaban con sus labores.

—Es Navidad, Fanny, alégrate y relájate un poco —le dijo Alissa, permitiendo que la señora Willson revisara la mezcla para darle su aprobación—. Que de algo te sirva ser mi doncella, piensa en todas las cosas deliciosas que comeremos esta noche.

—Ponga ahora la leche, Alissa —le dijo la señora Willson regresándole finalmente el cuenco con la mezcla para volver a fijar la atención sobre Fanny—. Y en cuanto a ti, jovencita, deberías sentirte agradecida de que te permita adquirir mis conocimientos de forma gratuita. Toda mujer debe saber cocinar para convertirse en una buena esposa.

—Eso es cierto —convino Alissa, notando con una sonrisa las mejillas encendidas de Fanny—. Seguramente Neal se sentirá encantado cuando le prepares todos estos manjares en su propio hogar, serás una esposa ejemplar.

Por primera vez el rostro de Fanny se suavizó y continuó pelando patatas con mayor desenvoltura, sonriendo sin darse cuenta.

—Es lo grandioso del amor, puede convertir cualquier faena aburrida en algo digno de mérito —comentó la señora Willson, sentándose a la mesa para comenzar a pelar las manzanas que usaría para el pie—. Es como mi querido Pete siempre dice, «cambiar la actitud convierte el trabajo en algo agradable».

—Bien dicho, amor mío —escucharon una voz de hombre en la puerta.

—¡Tío Pete! —Alissa abrió al máximo los ojos y corrió a abrazar al anciano que acababa de

aparecer por el umbral de la puerta.

Peter la abrazó con el mismo cariño que dedicaría a su hija, y la besó en ambas mejillas, antes de volverse a abrazar a su mujer, que ya corría a recibirlo llorando de felicidad, dejando surcos en sus regordetas mejillas manchadas de harina.

—No puedo creerlo, Pete, lo has conseguido —sollozó la mujer, limpiando con el delantal una mancha blanca en el rostro de su marido—. ¡Has logrado regresar para Navidad!

—Por supuesto que sí —asintió el anciano, abrazando a Alissa y a la mujer al mismo tiempo—. Te prometí que regresaría a tiempo, y no podía fallarle en mi palabra a la mujer que amo —la besó en los labios—. Sé lo importante que es esta fecha para ti.

—Por supuesto que sí, es nuestro aniversario —sonrió la mujer, abrazando a su marido—. Esta noche cumplimos cuarenta años de casados —le informó a la vez a Alissa y Fanny, aunque no era necesario, las dos la habían escuchado repetir la misma noticia toda la semana.

Alissa sonrió para sus adentros, Pete, el empleado más antiguo de su padre, había conocido a Margaret en un viaje a Londres que hicieron juntos por asuntos de trabajo. En aquel entonces, Peter era el ayudante de cámara de John, y después de atender a su señor, se despidieron para festejar cada uno la Nochebuena a su manera. John se quedaría en casa de unos amigos, disfrutando de una lujosa fiesta en una de las mansiones más bellas de Londres, mientras Peter, después de rechazar la invitación de John a quedarse allí festejando con los empleados de la casa, había decidido marchar a festejar con los de su propia clase en un bar local.

Lo que nunca esperó, fue que allí, entre borrachos de la peor calaña, en la noche previa a la Navidad, conocería a la mujer que le robaría el corazón y con la que compartiría el resto de su vida.

Margaret trabajaba en ese entonces en la taberna, estaba continuamente asediada por pretendientes de todas las edades y profesiones, desde bandoleros y bucaneros, hasta profesores y comerciantes, además de uno que otro ricachón que buscaba sus favores. Cosa que ella, claro, jamás concedió.

El día en el que se conocieron, se enamoraron con una sola mirada. Era el veinticuatro de diciembre, día de Nochebuena, y al día siguiente Pete partiría con John a una fiesta a una casa a las afueras de Londres, y de allí a viajar una vez más por el mundo, y probablemente nunca volvería a verla.

Así pues, se arriesgó y le pidió que se casara con él la misma noche en que se conocieron, y para su sorpresa, ella aceptó. Se casaron en la misa de celebración de Nochebuena en la iglesia del pueblo, y estaban juntos desde entonces.

Alissa siempre había pensado que esa era la historia más romántica que podía existir, además de la de sus padres, claro, y la suya con Matt. Y entre suspiros soñadores, tenía la firme ilusión de que algún día, Matt y ella también se casarían y estarían festejando con la misma alegría cuarenta años de matrimonio.

—Aunque creo que te olvidaste de esta fecha otra vez —dijo la señora Willson con cierto resentimiento, sin dejar de abrazar a su marido.

—Para mí, cada día a tu lado como tu esposo es un festejo —contestó Pete, buscando algo en su bolsillo—. Pero nunca podría olvidar este día, mi amor. Fue el día en el que me convertí en un

ser humano, y dejé de ser un espíritu errante —le dijo, colocando entre las manos de su mujer un hermoso collar de plata con un zafiro en forma de corazón.

—Oh, Pete... —la anciana sollozó, llevándose la joya al pecho con sumo cariño—. Te debe haber costado una fortuna.

—Nada es suficiente para mi amor... —ambos se unieron en un tierno beso, que provocó que las lágrimas asomaran por los ojos de Alissa.

—Bueno, basta ya —se separó Margaret, aunque no dejaba de reír—. Estamos dando un espectáculo... —se secó las lágrimas con el borde del delantal—. Además, aún tengo mucho trabajo esperando.

—Espera a ver lo que la señora Willson ha preparado para ti, tío Pete —sonrió Alissa—. Te va a encantar: pavo relleno, pastas aderezadas con tres estilos de quesos, sopa de avellanas, pastel de chocolate y pie de manzana.

—Todo un festín, digno de mi Margaret —sonrió el anciano, inclinándose para besar a su mujer en los labios—. Pero Fanny, no te había visto ahí sentada, ven aquí y dame un abrazo —dijo el anciano, tendiendo los brazos a la joven.

Fanny dejó de lado lo que estaba haciendo y con una mirada tímida se acercó a saludarlo.

—Mírate qué linda estás, ese Neal ha de estar muy orgulloso de convertirse en el marido de una joven tan bella y buena como tú.

—Claro que lo estará, yo he criado a esta criatura como a una hija, y si le llega a hacer algo malo, se las verá conmigo —bromeó Margaret, alzando el rodillo de forma amenazadora, y provocando con ello que los tres soltaran carcajadas—. Y eso también va para usted, señorita Alissa —añadió, señalando a Alissa con el mismo rodillo—, si es que por fin se decide por un pretendiente, mejor le advierte que trae un batallón dispuesto a defenderla.

Alissa rio con ganas, abrazando a ambos ancianos con sumo cariño.

—Cómo los quiero —les dijo en medio de los varios besos que les dio a cada uno en la mejilla.

—¿Y a mí no me quiere, milady? —preguntó Fanny, con fingida mortificación.

—Por supuesto que sí, Fanny, qué pregunta —corrió a abrazarla, pero Fanny la detuvo con un gesto de la mano.

—Si en realidad me quiere, subirá ahora mismo y se tomará un buen baño caliente —le advirtió Fanny, provocando que Alissa soltara una carcajada.

—Está bien, lo haré, pero antes tendrás que abrazarme.

—Yo también la quiero, milady, pero no se ofenda, éste es mi único vestido y usted está cubierta de harina.

Alissa rio con ganas y se alejó hacia la puerta.

—Está bien, tendremos que esperar para ese abrazo hasta que haya terminado de bañarme.

—Suba señorita, yo iré calentando el agua —contestó Fanny, sonriendo al fin.

Al cruzar la puerta, Alissa por poco se da de frente con Anne Marie, que había permanecido pegada a la ventanita de la puerta, espionando el interior de la cocina.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Alissa mirando a su prima en una mezcla de enfado y divertida sorpresa.

—Yo... yo venía a buscarte —Anne Marie se irguió en toda su estatura, alzando su respingada nariz—. Te he estado buscando por toda la casa sin dar contigo, y como me esperaba, te vengo a encontrar en la cocina.

—Si esperabas encontrarme en la cocina, ¿por qué no has venido directamente a buscarme aquí? —le preguntó Alissa, con impaciencia.

Los labios de Anne Marie se apretaron al tiempo que sus ojos se encendían, lista para el ataque.

—Porque aún mantenía la esperanza de que hicieras gala de un poco de cordura después de la última conversación que tuvimos y te decidieras a comportarte como una dama y no como una sirvienta.

La sonrisa en el rostro de Alissa desapareció, pero además de ello, ninguna expresión se reflejó en su rostro como muestra del enojo que su prima le provocó. Sabía que precisamente era ésa su intención; hacerla enfadar.

—Estar con la gente que quiero no tiene nada de inapropiado, Anne Marie. Es Navidad, y ellos son como mi familia. Les doy amor y ellos me dan amor, en eso consiste el afecto. Deberías intentarlo de vez en cuando —le dedicó una mirada desdeñosa antes de darse la media vuelta para alejarse rumbo a las escaleras. No notó el dolor que encendió las mejillas pecosas de su prima.

—Claro, cómo no han de darte amor, ¡si eres una vulgar sirvienta, igual que ellos! —rugió Anne Marie—. ¡Estar con los de tu misma clase te ha de hacer sentir en el paraíso, después de todo, los cerdos sólo se entienden con los otros cerdos!

Alissa se giró en redondo para encararla, ahora sí enojada en serio.

—¡Serán sirvientes, pero son gente de bien y honorable, y tú no tienes ningún derecho de insultarlos!

—Lo tengo, si te arrastran a la deshonra y a la vergüenza con ellos.

—La única que debería estar avergonzada aquí, eres tú, Anne Marie. Eres la única persona en esta casa que demuestra un comportamiento vulgar.

Los ojos de Anne Marie se humedecieron, dolidos por el insulto, pero no dio marcha atrás. Al contrario, desató toda la furia que ardía en su interior.

—Eres una hipócrita, Alissa. No sé cómo puedes atreverte a tachar mi comportamiento cuando tú no eres más que una vulgar mujerzuela recogida de la calle —levantó una mano en la que llevaba aferrada un papel y lo agitó frente a su rostro—. ¡Y no tienes el menor remordimiento de comportarte como tal!

Alissa frunció el ceño, reconociendo la hoja. Era la carta que hacía unos minutos había estado escribiendo para Matt.

—¡Dame eso! —rugió, abalanzándose sobre su prima y arrancándole la carta de las manos—. ¡Cómo te atreves a robar mi correspondencia! ¡Esto es privado, Anne Marie!

—Oh, sí, claro que es privado —los ojos de Anne Marie se convirtieron en dos rendijas—. Dudo mucho que a mi tío le guste enterarse de los planes secretos que mantienes con ese Matthew Collinwood. O de las cosas descaradas que le escribes a ese hombre.

—Esto ha ido demasiado lejos, Anne Marie. Has caído muy bajo, incluso para ti esto...

—No, primita, has sido tú la que ha caído bajo —las palabras de su prima rezumaban odio—.

Y si no paras ahora mismo, te hundiré sin consideración y sin mirar atrás...

—¿Qué es lo que quieres, Anne Marie? —espetó severamente Alissa, apurándose a guardar la hoja de papel en su bolsillo.

—No tienes que esconderla de mí, la leeré cuando tú no te des cuenta, como he leído todas las demás.

—¿Has estado leyendo mi correspondencia? —la sorpresa y el enojo crisparon el rostro de Alissa.

—Claro que sí —Anne Marie contestó con una calma cínica que sobrepasaba cualquier otra cosa que hubiera hecho antes—. De otra manera, no me habría enterado de todo tu plan.

—¿Cómo te atreves? —Alissa se puso roja por la furia—. ¿Cómo...? ¿Estuviste revisando mis cosas? ¡No te bastó con espiarme! ¡También te metiste en mi habitación a husmear!

Anne Marie sonrió satisfecha, sintiéndose en la gloria al haber obtenido lo que buscaba.

—¿Qué es lo que te molesta? ¿Que me enterara de tu relación secreta con Matthew o que leyera tu correspondencia privada?

—¡Eres una descarada, Anne Marie!

—Tal vez lo sea, pero da igual, ahora te tengo en mis manos y tú no puedes hacer nada para evitarlo.

—¿Disculpa?

—Si no le has dicho a tu padre de tu relación con Matthew, sólo quiere decir una cosa; que son amantes. Y te costará un enorme precio que yo mantenga la boca cerrada para guardar tu secreto.

—¡No somos amantes!

—Por favor, yo lo vi salir de madrugada por el jardín el día del baile, ¿crees que soy estúpida para no unir cabos?

Alissa se quedó muda.

—Por favor, primita, no somos niñas. Tú y Matthew tienen una relación secreta, ¿por qué razón deberían mantenerla en secreto a menos que los dos sean amantes?

—Eso es asunto nuestro y no te compete, Anne Marie.

—Claro que me compete, cuando rechazas la proposición del duque de Aldridge por aceptar la de un simple campesino.

—¡Matthew es mucho más que un simple campesino, Anne Marie, y aunque lo fuera, no me importaría!

—Sí, de ti ya lo creo todo, Alissa. Hasta el hecho de rebajarte a desposar al cuarto hijo de un conde que cría caballos —Anne Marie le dedicó una mirada de profundo desprecio—. ¿Sabes el bien que le haría al nombre de la familia que tú te casaras con un duque? O por el contrario, ¿el daño que le provocarías a nuestra familia si te desposaras con un cualquiera?

—Eso a mí no me importa.

—¡Pero a mí sí! —estalló Anne Marie—. ¡Si tú encuentras un buen marido, yo también lo haré!

—¿Es por eso que haces todo esto? —Alissa enrojeció por la frustración—. ¿Has armado todo este numerito sólo por el deseo de encontrarte un buen esposo? ¡Pues hazlo, no me necesitas a mí!

—Claro que te necesito.

Alissa rio mordazmente hasta percatarse de que Anne Marie no bromeaba.

—¿Y por qué no podrías encontrar un buen marido por ti misma? —preguntó, ya sin sorna.

—Porque tú, prima, eres la bonita, simpática y con gracia, sin mencionar que eres la hija única del conde de Goldbridge y heredera de una enorme fortuna, mientras que yo sólo soy tu prima fea, tímida y sin familia a la que tu padre hizo la obra de caridad de convertir en su protegida. Ningún hombre en la faz de la tierra, rico o pobre, se fijará en una mujer como yo.

Alissa sintió una terrible pena por su prima, era la primera vez que ella le revelaba esos sentimientos.

—Anne Marie...

—No me mires con lástima, sólo estoy diciendo la verdad —Anne Marie volvió a erguirse, poniéndose a la defensiva—. No me importa en absoluto poseer belleza física y encanto, si ello conlleva tener que ser la hija bastarda de una prostituta, como tú.

—¿Cómo te atreves a insultar a mi madre?! —rugió Alissa, enojándose como pocas veces—. ¡El estar enfadada conmigo no es razón para que vengas a ensuciar la memoria de mi madre con las estupideces que te vienen a la mente sólo por sentirte en menos!

—¡Por favor, sólo digo la verdad! ¡Tu madre era una puta! ¡Una total y vulgar p...!

—¡Cállate! —Alissa le asestó un bofetón tan fuerte que Anne Marie trastabilló.

Anne Marie se llevó una mano a la mejilla afectada, que comenzaba a enrojecer por el golpe. Sus ojos, humedecidos por las lágrimas, despedían veneno puro cuando volvieron a fijarse sobre Alissa.

—¡Nunca vuelvas a decir eso! —siseó Alissa, respirando agitadamente a causa de la turbación—. ¿Te quedó claro? ¡Nunca!

—¡Pégame cuanto quieras, pero no cambiarás la verdad con eso! —continuó Anne Marie, sin dar marcha atrás—. ¡Eres la hija de una puta! Ya es hora de que te enteres de la verdad, porque es lo único que eres; ¡una bastarda sin nombre! Y no te mereces nada de lo que tienes, ¡todo debería ser mío y no tuyo, porque tú ni siquiera eres la hija de mi tío!

—¡No es cierto...! —Alissa alzó la mano para abofetearla una vez más, pero Anne Marie se la sujetó en el aire.

—No hago más que decirte la verdad, y si no me crees, bien puedes preguntarle tú misma a tu supuesto padre... —la puerta de la cocina se abrió bruscamente, y por ella aparecieron Margaret y Peter Willson.

—¡Ya basta! —rugió la mujer, roja por el llanto y la indignación. Claramente habían escuchado todo tras la puerta de la cocina— ¿Me ha oído, señorita Anne Marie? ¡Ya basta!

Alissa la observó avanzando hacia ellas a pesar del obvio intento de su marido por contenerla. La anciana lloraba a lágrima viva y parecía dispuesta a hacer lo que fuera para silenciar a Anne Marie.

No necesitó más explicaciones... Margaret Willson era una mujer que no se dejaba amedrentar con facilidad. Si se había puesto así de mal por una mentira inventada por Anne Marie, sólo existía una razón: que la tal mentira, en realidad, no era una mentira...

—No... —musitó Alissa, palideciendo al máximo—. No puede ser.

—Claro que puede ser —Anne Marie sonrió triunfal, regodeándose en el dolor de su prima—. Y si no me crees, pregúntaselo tú misma a la señora Willson —puso los brazos en jarra y se giró

hacia la mujer—. Ande, hable mujer. Es obvio que conoce la verdad.

Alissa negó con la cabeza, incapaz de hablar. Las palabras de su prima retumbaban en sus oídos, ensordeciendo cualquier otro sonido. Sabía que Anne Marie la odiaba, siempre lo había sabido. En sus ojos no se veía más que la envidia en cada mirada que su prima le dedicaba. No obstante, nunca imaginó que sus deseos de dañarla podían llegar a tanto... ¿Cómo podía un ser humano capaz de infringir tanto daño apostar?

Sus ojos se posaron sobre el rostro de la regordeta señora Willson. La pobre anciana sollozaba desconsoladamente en el hombro de su marido. Los ojos de Pete, en apariencia serenos, pero realmente nerviosos y expectantes, se fijaron en ella.

—Pete... —Alissa musitó con una voz que no parecía suya, como si proviniera de otra parte, de otro mundo, y ella la escuchara fuera de su cuerpo—. Dime la verdad, tío Pete... Dímelo por favor...

La joven leyó la preocupación en esos ojos grises y brillantes, fijos en los suyos.

—Por favor... —repitió, insistente. Podía ser que fuera injusta al exigirle una respuesta, pero él era el único que podía contestarle. Él había sido el fiel compañero de su padre desde su juventud. Él tenía que conocer la verdad.

—Mi niña, no nos obligue decirle... —Margaret se giró hacia ella, tendiéndole una mano temblorosa en un intento de atraerla hacia ella para abrazarla.

—¡Sólo dilo! —rugió Alissa, incapaz de prologar esa espera—. Por favor...

Pete la miró directo a los ojos y asintió. Un leve movimiento de cabeza, prácticamente imperceptible, que le atravesó el corazón.

—No... ¡No puede ser!

—Mi niña, no...

—¡No puede ser! —chilló Alissa, comenzando a sentirse mareada.

—Pete, ve a buscar un vaso de agua con azúcar a la cocina —ordenó Margaret, cogiendo a la joven por los hombros—. Hija, tienes que respirar lentamente, te vas a desmayar si sigues respirando de manera tan agitada... ¡lady Alissa!

Pero la joven ya no escuchaba. Se sentía abrumada, dolida en lo más hondo del alma, ultrajada de mil maneras que no podía concebir. No podía entender cómo su realidad se pudo convertir en ese circo, había estado en la cima y ahora la rueda de la fortuna giraba hasta ponerla a ella y su vida de cabeza.

¡La hija bastarda de una prostituta! Eso era ella. No la elegante hija aristócrata de un conde, sino la vulgar hija de una prostituta...

Comenzó a faltarle el aire, la habitación le daba vueltas y las imágenes que se sucedían a su alrededor se sobreponían unas a otras como si se encontrara en un sueño.

Vio la figura de Pete desaparecer del panorama. El rostro de la señora Willson, pegado al suyo, mientras la anciana la estrechaba con fuerza contra su robusto cuerpo, buscando consolarla. Fanny corría desde la cocina con un vaso de agua en las manos. Notó que Anne Marie lloraba, de pie frente a ella, al tiempo que hablaba a toda velocidad, pronunciando palabras que ella no alcanzaba a comprender, ni lo deseaba.

Ya no quería saber nada más de su prima. Jamás.

Incapaz de continuar permaneciendo en esa sala, Alissa se puso de pie y se alejó de la multitud, separándose bruscamente de los brazos que intentaban retenerla. Antes de darle tiempo a nadie de reaccionar, hizo lo primero que el instinto le indicó en esa situación desesperada: salió corriendo.

Tenía que dejar toda esa pesadilla atrás de alguna manera, huir de esa realidad que no podía ser la suya...

No podía pensar, no podía imaginar siquiera que las palabras de su prima fueran ciertas, ¿ella la hija de una prostituta? ¿Y quién entonces era su padre?

Tenía que huir, salir de ese lugar, hablar con alguien...

¡Matthew!

Su nombre asaltó su mente como si él fuese el único vestigio de una realidad alegre que le quedara en el mundo.

Nunca en su vida deseó verlo tanto como en ese momento. Necesitaba hablar con Matthew, abrazarlo, llorar en su hombro... Sólo él podría comprenderla, sólo él la ayudaría a sostenerse en ese momento en que todo se derrumbaba a su alrededor.

Pero Matthew estaba a miles de kilómetros lejos de ella, un océano entero los separaba, dos mundos completamente diferentes. Si se detenía a escribirle una carta, para cuando él la leyera y le respondiera, habrían transcurrido semanas ¡y lo necesitaba ahora!

No supo cómo, pero terminó dentro de los establos. Quizá la imperiosa necesidad de Matthew la condujo hasta ese sitio, donde tantas cosas se lo recordaban. Habían tenido cientos de conversaciones con él rodeados de paja, caballos y sillas de montar, el olor a cuero y a sudor de caballo incluso se le hacían reconfortantes, pues le recordaban a él y los momentos felices pasados a su lado en ese lugar. Por lo que al llegar ante la puerta abierta de los establos, no se detuvo y entró en ellos.

Afuera anochece, el sol se había ocultado casi por completo y la escasa luz que entraba por la puerta apenas iluminaba el pasillo central. Caminó sigilosamente, cuidando no hacer ruido para no alterar a los caballos que reposaban en sus caballerizas. No sabía bien qué haría allí, bien podría quedarse sólo mirando o salir a dar una vuelta a caballo, pero la verdad era que no tenía ganas de nada. Sólo quería llorar hasta desahogarse.

Sabía que al regresar a casa, la señora Willson habría alertado a su padre de lo sucedido y él querría hablar con ella del tema. Y Alissa no tenía fuerzas para ello, al menos no por ahora.

No podía encarar a su padre, no podía encarar la verdad... No todavía.

Escuchó los gritos de Anne Marie, buscándola. La furia volvió a encenderse en el interior de Alissa al escuchar su voz, no quería que ella la encontrara, ¡que se congelara en la nieve buscándola si tan determinada estaba en dar con ella!

Ahora nada le importaba, mucho menos qué fuera a ser de su prima, esa víbora traicionera y vengativa...

Furiosa, caminó hasta el primer caballo ensillado que encontró, montó sobre su lomo y lo acicateó para que partiera al galope. El caballo relinchó, obviamente molesto por tan rudo trato, pero Alissa lo ignoró y volvió a insistirle.

El caballo salió al galope, más rápido de lo que Alissa esperaba. Apenas tuvo tiempo de agachar la cabeza para no golpear uno de los postes de la caballeriza en su desenfundada huida

hacia el exterior. Por suerte la puerta se encontraba abierta, había olvidado cerrarla al entrar. Los caballos tendrían frío, pero por lo menos ella no se estrellaría contra la madera cuando el caballo chocara contra ella, tan desenfrenada era su carrera.

Emergieron a toda velocidad de la caballeriza y se encaminaron hacia una colina cercana. La nieve no era muy profunda, pero comenzaba a congelarse y a convertirse en hielo que podría volver peligrosa esa carrera. Alissa apretó los dedos en las riendas y tiró, intentando contener al caballo. De pronto escuchó un grito y de la nada vio aparecer a Anne Marie por el extremo contrario de la colina.

El caballo se encabritó bruscamente, espantado por la repentina aparición de la joven. Anne Marie corría y gritaba como si el mundo fuera a acabarse.

Su montura tomó aquello de mala forma. Se encabritó, espantado, provocando que su amazona saliera disparada.

—¡Alissa! —escuchó el grito desesperado de Anne Marie, intentando llegar hasta ella.

Alissa vio su rostro crispado por el terror una milésima de segundo antes de que sintiera un descomunal dolor recorrerle la espalda y extenderse hasta el último rincón de su cuerpo.

El caballo se encabritó salvajemente, dispuesto a defenderse de lo que consideraba un ataque. Alissa palideció al verlo levantarse en dos patas, apenas tuvo tiempo de cubrirse el rostro cuando los cascos del caballo le golpearon la cabeza y el hombro.

Escuchó el grito lejano de su prima mientras caía en una semiinconsciencia a raíz del golpe. Se hizo un ovillo en un gesto innato de protección, aunque eso no evitó que sintiera el profundo dolor de los cascos moliéndole los huesos al embiste del caballo.

—¡Ayuda! ¡Por Dios, no! ¡Ayuda! —escuchó los gritos de Anne Marie como si provinieran de otro mundo.

Alissa intentó arrastrarse para ponerse a salvo, le dolía el costado y no podía mover las piernas, probablemente las tenía rotas y no debería esforzarse tanto, pero sabía que si no se alejaba, moriría.

Su prima, a pesar del peligro, se colocó delante del animal, tendiéndole una mano temblorosa en un intento de sacarla de entre las patas del caballo.

Fue cuando Alissa lo comprendió; su pie se había quedado atascado en el estribo y el caballo la arrastraba sin control, golpeándola con los cascos en su frenética huida. Anne Marie, en un acto increíblemente valeroso, había conseguido aferrar las riendas del animal y sujetarlas con la fuerza suficiente para detenerlo brevemente, en un enajenado intento por liberarla de esa situación.

Alissa estiró la mano, intentando sujetar la que Anne Marie le tendía. Vio en sus ojos reflejarse el miedo en el mismo instante en el que un agudo relincho la hizo estremecerse por dentro. Percibió una sombra sobre su cabeza. Al girarse, lo único que vio fue la oscura base del casco del caballo.

Después, sólo hubo oscuridad.

10

MATTHEW, AGOTADO Y SUDOROSO, observaba el horizonte desde el lomo de su caballo. La primavera comenzaba, con ella el calor inagotable de la época. Sin embargo, Matt ni siquiera lo notaba. Como no notaba el canto de los pájaros ni el verde de las vastas praderas, que se extendían hasta el horizonte. Ni siquiera el atardecer conmovía su corazón. Ninguna de las bellezas naturales que antaño hicieron vibrar su alma de alegría, como una vieja melodía compartida entre él y la tierra que lo había visto nacer, eran apreciadas por él.

Todo cuanto había en la mente de Matthew era otra tierra, otro mundo, donde se encontraba la joven a la que amaba. El sitio donde yacía su propio corazón.

—¿Puedes creer que madre esté esperando otra vez? —Preguntó Benjamin, conduciendo a su semental en dirección al río.

Matt apenas lo escuchó, demasiado absorto en sus pensamientos.

Hacía semanas que no recibía carta de Alissa.

No quería creer que algo malo había sucedido a pesar de que su corazón así se lo anunciaba. Constantemente se despertaba en la noche con un grito ahogado en la garganta, el sudor recorriendo su cuerpo. Había vuelto a tener el presentimiento. Esta vez con ella...

Si era así, si el terrible augurio era real, sabía que nada podría hacer para evitarlo. El destino estaba marcado, nada podía hacerse para cambiarlo. Eran las palabras que siempre su bisabuela le había repetido de niño cuando el terrible sentimiento de esos presagios lo acosaban.

Eso había sido mucho tiempo atrás.

Hacía años que dejó atrás esas creencias y esas supuestas corazonadas. No creía en nada que tuviera que ver con adivinación ni señales. Mucho menos en malos agüeros.

Además, ¿por qué habría de pasarle algo malo a Alissa? La había dejado segura en su hogar en Inglaterra, donde continuaría bien cuidada al lado de su padre, con su vida apacible. Era ese el motivo por el que no la llevó consigo a México. Alissa correría muchos riesgos en su país, más considerando que él todavía no tenía los medios para protegerla. Sería hasta que construyera una casa sólida y pudiera tener un buen fondo monetario del que ella pudiera servirse, que podría traerla consigo a México.

Hasta entonces lo mejor era que viviera bien cuidada en su país natal, lejos de todas las

dificultades a las que él debía someterse a diario.

No obstante, el pesar de que algo malo le había ocurrido a Alissa no lo dejaba. Era un peso muerto sobre su corazón anclado sobre su pecho día y noche. Por más que su cabeza intentaba razonar con su alma, o donde fuera que se encontrase esa parte suya que parecía determinada a afligirlo con malos agüeros, ésta no cedía ni daba razones de entendimiento.

¿Por qué si se supone que ella está bien, no dejaba de acosarlo día y noche ese maldito presentimiento...?

—Matthew, ¿otra vez estás divagando en tu propio mundo? —preguntó Will.

—¿Qué?

Will y Ben soltaron una carcajada. Habían ubicado sus monturas a cada lado de la suya, por lo que Matt escuchó retumbar sus risas prácticamente en su interior, impidiéndole mantenerse en sus propios pensamientos.

—Debemos darnos prisa en traer a Alissa. Este tipo se matará un día, tan perdido está en sus ensoñaciones —bromeó Ben.

—Eso seguro. Cualquiera día de estos se partirá la crisma contra la rama de un árbol por no fijarse ni por donde va —Will le dio un golpe con la fusta en la cabeza, ladeándole el sombrero.

—¿Qué decían? —preguntó Matt, molesto por la broma.

—Calma, hermano —le sonrió Ben—. No estábamos diciendo nada malo de ti. Sólo te preguntaba tu parecer sobre nuestro nuevo hermano.

—Está bien —Matt se encogió de hombros, terminándose de acomodar el sombrero, ocultando los ojos con el ala.

—No veo por qué le das tantas vueltas al asunto —opinó Ben—. Madre es joven todavía, he conocido mujeres mucho mayores que ella que siguen teniendo hijos cada año.

—Lo que no puedo creer es que nuestros padres sigan haciendo eso —William esbozó una mueca de repulsión, encasquetándose hasta las orejas el sombrero de vaquero.

—Eso a ustedes no les compete, par de inútiles —los reprendió Alexander, alcanzándolos al galope—. Los asuntos de nuestros padres, son asuntos de nuestros padres, y ustedes dos no tienen nada que opinar al respecto.

Matt sonrió cuando su hermano mayor prodigó buenos golpes con su propia fusta a Will y Ben, provocando gritos de risa y broma, en una camaradería fraternal que servía para relajar las largas horas de trabajo en el campo.

—Ya, ya basta, Alexander, ya me dolió —se quejó Will, apartando su caballo para evitar ser alcanzado por la fusta de su hermano.

—No seas niña —bromeó Ben, dándole otro azote a Will en el brazo.

—¿Niña? Eso debería ser un halago, Roxie soporta mucho más que tú, mariposita —bromeó Álex, dándole un buen azote a Ben en el culo.

El caballo de Ben se crispó, espantado, y a poco estuvo de tirar a Benjamin de su lomo. Ben, como los demás hermanos, estaba acostumbrado a esos envites, típico del carácter intempestivo de los potros. Con mano gentil y palabras suaves consiguió tranquilizar al animal y volver a colocarse al paso, al lado de sus hermanos.

—Creo que ya me empiezo a cansar de escucharte quejar del tema, William —dijo Ben,

secándose con el pañuelo del cuello el sudor que le resbalaba por el mentón—. Si tanto te molesta que nuestros padres tengan una sana vida amorosa, vete de casa y vive la tuya.

—¿Y echarme la soga al cuello? ¡Ni loco! El único loco de la familia aquí es Matthew. Yo aún tengo mucha vida por delante.

—Me voy a casar, no a morir, pedazo de animal —repuso Matthew—. Además, sería bueno que fueras pensando en sentar cabeza. Te estás haciendo viejo.

—¡Viejos tendrás los calzones! A mí me respetas, que soy mayor que tú.

—Y más viejo —sonrió Matt, mordaz.

—Ya dejen de pelear por tonterías ustedes dos, me dan jaqueca —se quejó Alexander—. Es claro que William nunca se casará. Ninguna mujer es tan tonta como para atarse a ese martirio de por vida.

Matthew y Benjamin soltaron sonoras carcajadas, riendo a costa del mal humor de William, que con su carácter explosivo, comenzaba a enfadarse en serio.

—Volviendo al tema de nuestros padres —comentó Matthew buscando cambiar la conversación para evitar alterar más a su hermano. William podía tener una facha de hombre rudo, como todos ellos, pero en el fondo era sensible, a veces más de lo que él mismo llegaba a admitir, y no deseaba herir sus sentimientos con palabras de más—, en mi opinión, espero mantenerme tan vital como ellos dos después de tantos años de casado y con ocho hijos encima.

—Nueve —lo corrigió Will, sin mucho entusiasmo—. Ahora seremos nueve.

—A ti no se te permite opinar —bramó Ben, en son de broma, dirigiéndose a Matthew—, tienes a la chica más hermosa de toda Inglaterra esperándote para convertirse en tu esposa. De estar en tu lugar, tampoco pararía de tener hijos hasta que la tumba me detuviera.

Matt soltó una carcajada a coro con sus hermanos.

—Sólo te dejo pasar ese comentario porque hablas con la verdad, mi Alissa es la mujer más hermosa de toda Inglaterra. Con respecto a lo otro, más te vale no pensar en mi mujer de esa manera, si no quieres que te parta la cara a golpes.

—Tranquilo hermanito, tu mujer es ya como mi hermana, y a cualquier truhán que se le ocurra pensar en ella de ese modo se las verá conmigo.

—Con todos nosotros, querrás decir —corrigió Álex—. Al desgraciado le llegará un ataque a la yugular de los nueve Collinwood juntos.

—¿Nueve? Con Roxie somos ocho, ¿te refieres a nuestro padre o cuentas ya al bebé? —Matt arqueó una ceja, divertido.

—Me refería a nuestra madre.

Rieron divertidos mientras bajaban por la ladera. Charles caminaba a paso tranquilo al lado de su caballo, acompañado por los otros perros de trabajo de la hacienda. El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, tiñendo el verde esmeralda de los inagotables campos de hermosos tonos dorados y rojizos.

—En lo que se refiere a tener un nuevo hermano, no me opongo en absoluto —opinó Alexander, retomando el tema mientras detenía su montura cerca de la casa principal—. Ustedes serán una molestia tan grande como un palo insertado en el culo, pero saben hacerme reír de vez en cuando.

Los cuatro rieron a carcajadas, apeándose y entregando las riendas de sus caballos a los

caballerangos que llegaban a recibirlos, después del largo día de jornada en el campo.

—Opino de la misma manera —dijo Matthew—, aunque debo admitir que en un principio habría pasado de todos ustedes, ahora son tan queridos para mí como si fueran mis verdaderos hermanos —bromeó, provocando que lo inundara una ola de puñetazos juguetones—. Ya, en serio —continuó cuando finalmente pudo retomar la palabra—, no sé qué habría hecho para salir adelante sin su ayuda. De no ser por ustedes no tendría ahorrada ni la mitad...

—Ni la cuarta parte —lo corrigió Will, llevándose un golpe de Alexander por el comentario.

—Ni la cuarta parte —asintió Matt, conviniendo con lo dicho por su hermano, quienes se habían negado a aceptar ninguna retribución por su trabajo, permitiéndole así a Matthew ahorrar cuatro veces lo que él habría conseguido estando solo—. Es cierto, de no ser por ustedes tres, no habría logrado llegar tan pronto a mi meta. Y por el abuelo, por supuesto. Fue él quien aportó el primer capital, y aunque ya he conseguido pagarle de regreso cada centavo...

—Con intereses —apuntó Will.

—Con intereses —convino Matt, con una sonrisa—, de no ser por ustedes, mis hermanos, no habría conseguido alcanzar mi meta tan pronto.

—Aún no llegas, no cantes victoria —le dijo Ben, a pesar de que sonreía conmovido por las palabras de su hermano—. Nos faltan un par de años todavía para que puedas poner en marcha las nuevas tierras.

—Pero al fin hemos conseguido reunir el dinero suficiente para comprar las tierras, cosa que sin ustedes no habría sido posible hasta dentro de un par de años más. Y con ustedes aquí, sé que muy pronto podré ponerlas en marcha y cumplir mis metas... Sin ustedes, no habría logrado nada de esto, hermanos, y por eso, quiero darles las gracias.

—No es necesario —Alexander posó una mano sobre su hombro—. Somos hermanos, lo que hacemos por uno lo hacemos por todos. No tienes nada que agradecemos, es nuestro deber.

—Sí, no nos agradezcas. Con tanta palabra bonita me pones tan sentimental como a una vieja, Matt —se quejó Ben en son de broma, rodeando a su hermano por los hombros—. Así que ya cállate de una buena vez si no quieres que te dé un beso en los labios.

Matt rio con ganas, desembarazándose de su hermano antes de que le plantara un beso tal como se lo había advertido.

—Sin mencionar que esto lo hacemos también por Alissa —añadió Will, cruzándose de brazos—. Pobre chiquilla, enamorada de un tontuelo como tú... —negó con la cabeza—. No consigo entender cómo lograste convencerla de ser tu esposa, seguro que le diste una buena taza del toloache de la abuela para embrujarla y hacerla caer rendida de amor a tus pies.

—Sólo lo dices por celos, porque me hizo caso a mí y no a ti.

—Sí, lo admito —Will se encogió de hombros—. Aunque todavía creo que le diste el toloache. Los cuatro rieron a carcajadas, acercándose entre risas y juegos fraternales a la casa grande.

—¡Matthew! —al escuchar la voz de su madre, Matt se giró en su busca. A pesar de tener cerca de cinco meses de embarazo, Lupita continuaba luciendo una figura tan esbelta como siempre, y mantenía el andar ligero y ágil habitual en ella. Matthew debió correr a su encuentro antes de que la mujer hiciera toda la carrera hasta alcanzarlo.

—¿Sucede algo, mamá? —preguntó, aunque ya suponía la respuesta al notar la sonrisa

resplandeciente en su rostro.

—Ha llegado esto para ti —contestó Lupita con una sonrisa encantada en los labios y le entregó a su hijo un papel que había mantenido oculto en su bolsillo—. No podía esperar para entregártela.

Matt se contagió de su alegría al momento de reconocer la dirección del remitente. Abrazó a la menuda mujer y la besó en ambas mejillas.

—¡Gracias, mamá!

—Sabía que te alegraría —Lupita sonrió, acariciando el rostro de Matt como si fuera una criatura recién nacida, y no el hombre de casi dos metros que debía inclinarse para que ella alcanzara a tocarle el rostro—. Sé que llevas esperando esta carta hace meses. A poco estuve de salir al campo para entregártela yo misma. Y ni hablar de los demás de la familia, tuve que proteger el sobre de tu hermanita después de que la pillé queriendo abrir el sello con el vapor de la olla de los frijoles —se quejó, sacando una sonrisa en el rostro de Matt, quien, como todos los hombres de la casa, mantenían en la más alta estima a Roxie, su única hermana, y por lo tanto, la consentida de la casa—. No te rías tanto, la castigué poniéndola a escribir tres planas de por qué no se deben abrir las cartas ajenas. Esa niña es tan chismosa que ya me saca canas verdes. Anda, ve a leer la carta de una vez antes de que te vuelvas loco por la impaciencia —le dijo Lupita, notando el apuro de su hijo, ansioso por tener noticias de Alissa—. Sé lo mucho que has estado esperando esta carta.

—Gracias, mamá —la besó una vez más en la mejilla—. Ahora regreso.

Matt se alejó de la entrada de la casa, aferrando el papel con dedos impacientes. Alissa no había escrito hacía un buen tiempo. Era habitual que el correo se retrasase por meses o se perdiera definitivamente, pero no había recibido ni una sola carta en semanas, y el no tener noticias de ella lo mantenía en un duermevela ansioso que no le permitía vivir con tranquilidad.

Sus padres habían aparecido en la Hacienda La Guadalupana por sorpresa para pasar las navidades con ellos y establecerse un tiempo en México. Matt había esperado que trajeran con ellos alguna noticia de Alissa, pero no había sido así. Al parecer, Alissa y su padre se habían marchado a su casa en Kent antes de la temporada navideña y no habían tenido oportunidad de despedirse, puesto que su familia residía en Londres en esa época del año.

La última carta de Alissa la había recibido poco antes de las navidades. Después, no había vuelto a tener noticias de ella...

Hasta ahora.

Con Charles, su fiel lobo, pegado a los talones, caminó hasta haberse alejado lo suficiente de la vista de sus hermanos, todavía charlando con su madre en la entrada de la casa grande.

Un mal presentimiento le recorrió la espina al notar la caligrafía del sobre. Era similar a la de Alissa, pero ahora que la observaba con detenimiento se dio cuenta que no era idéntica. Rompió el sello con un movimiento cuidadoso para no rasgar la carta en su interior, ya le había sucedido antes, y comenzó a leer.

De pie en el umbral de la puerta principal de la casa grande, Lupita escuchaba la conversación de sus tres hijos mayores acerca de las habilidades del nuevo semental traído por su marido desde Londres como regalo para Matthew. Sin embargo, era poca la atención que prestaba a las palabras

de sus hijos; sus ojos estaban fijos sobre Matt, y la expresión perpleja en su rostro.

Algo no andaba bien...

—Alexander, ve con él —le dijo en un susurro bajo, sin querer alterar de más a los otros.

Los vivos ojos de Álex no necesitaron más explicaciones. Se posaron sobre su hermano menor intuyendo la preocupación de su madre.

Fue tarde. Un grito desgarrador emergió de la garganta de Matthew, alterando a todos los habitantes de la hacienda. Alexander corrió en su ayuda, pero fue tarde. Matthew trastabilló y cayó limpiamente de nalgas al no encontrar apoyo alguno del que sostenerse, cuando sus piernas ya no pudieron hacerlo. Su cuerpo tembloroso por los violentos gemidos.

—¡Matthew! —escuchó el alarido de su madre como proveniente de otro mundo. No supo en qué momento ella llegó a su lado, sólo percibió la conocida calidez de su cuerpo al abrazarlo, consolándolo igual que como lo hacía cuando era un niño pequeño. Fue hasta ese momento en el que notó que lloraba.

—Matt... —la fuerte mano de Alexander se apoyó en su hombro.

A su lado, Benjamin y William observaban casi con terror su aflicción, incapaces de pronunciar palabra.

Matthew los vio a través de un velo de lágrimas, pero no los vio. Lo único que podía ver era el rostro de Alissa.

De su amada Alissa...

—Muerta —escuchó sonar a su propia voz, más ronca de lo que jamás la había oído—. Alissa está muerta.

SEGUNDA PARTE

1

*Un lugar cercano a Harrogate,
Yorkshire del Norte, Inglaterra. 1895*

ALISSA OBSERVABA LAS HOJAS DE LOS ÁRBOLES mecerse a través del cristal de su ventana. Era verano, pero el fuego ardía en el hogar, últimamente tenía frío todo el tiempo.

Escuchó que alguien tocaba a la puerta, pero no se volvió.

—¿Puedo pasar, Alissa? —le preguntó Anne Marie, entrando en el saloncito con una bandeja con té y panecillos.

—Ya lo hiciste —contestó Alissa, sin volverse.

Anne Marie le dirigió una sonrisa apagada mientras se dirigía a la mesita que se encontraba situada cerca del hogar, y comenzó a acomodar las tazas de té y los panecillos.

—Tu padre se siente indispuerto para bajar hoy las escaleras y acompañarte a tomar el té, me ha pedido que yo tome su lugar...

—No te quiero aquí —contestó Alissa con voz agria, y la vista fija en el cristal—. Y ya te dije que no tengo hambre, no entiendo por qué nunca puedes comprender una simple instrucción cuando te la digo.

Anne Marie inspiró hondo, dejando las tazas en su lugar.

—Tienes que comer, Alissa. El médico dijo que no te alimentas bien, podrías enfermar...

—¿Enfermar? —rio ella, girándose por primera vez en su silla de ruedas para encararla—. ¿Crees que podría llegar a estar más enferma que esto? —señaló con odio sus piernas, envueltas en una mantilla de lana.

—Sí, sí lo creo —contestó Anne Marie, impasible.

—En ese caso, eres una estúpida más grande de lo que creía —espetó Alissa, girándose una vez más hacia la ventana.

—Alissa, sentir compasión por ti misma no te va a ayudar en absoluto —Anne Marie puso los brazos en jarra, adoptando una mirada severa—. Te niegas a realizar tus terapias, a comer, a salir a los jardines a tomar el sol.... Ni siquiera quieres ir a tomar los baños por los que nos trasladamos a este sitio. Si sigues así, nunca vas a mejorar...

—¡Mejorar! —bramó Alissa, sin poder evitar que las lágrimas se agolparan en sus ojos—. ¿Cómo diablos voy a mejorar? ¡Mírame! ¡Soy una lisiada!

—Alissa, tienes que hacer un esfuerzo por intentar mejorar, por salir adelante...

—¡Deja de decirme lo que tengo que hacer! —bramó, girándose nuevamente hacia la ventana—. Y deja de compadecerte de mí. Sé que siempre me has odiado, no te necesito aquí para que te burles de mí.

—Nunca me burlaría de ti, Alissa.

Alissa frunció el ceño, sin desviar la vista del cristal delante de ella, contestó con voz apagada:

—Lo sé... Aunque preferiría que lo hicieras. Al menos, cuando me odiabas, era por una razón; porque yo era una persona digna de provocar un sentimiento en los demás que no fuera compasión. Prefiero tu odio a tu lástima, Anne Marie.

—No te odio ni siento lástima por ti, yo te quiero, Alissa. Eres mi prima.

—No, no lo soy —su voz se tornó agria—. Tú misma me lo dijiste ese día, ¿recuerdas? No soy tu prima, como no soy la hija de mi padre. Entonces me odiabas lo suficiente como para encararme con la verdad, en cambio ahora, sólo eres capaz de cubrir la verdad con palabras sensibleras animadas por la lástima. Y si hay algo que desprecio de ti, incluso más que tu odio, es tu lástima, Anne Marie.

—Yo no te odio, Alissa. Entiéndelo de una vez... —intentó aproximarse a ella, pero Alissa la detuvo con un gesto de la mano.

—No quiero verte, no quiero tenerte cerca ni que me toques, ¡lárgate!

—No, Alissa. No me iré —Anne Marie se acercó a ella y se paró frente a su silla, plantándole cara—. Puede que hayas conseguido apartar de tu vida a toda la gente que te quería, que te hayas refugiado en este sitio escondido del mundo para que nadie más vuelva a verte ni a contactar contigo, enterrarte como muerta en vida para todos, incluido a Matthew Collinwood, el hombre al que decías amar, pero no me apartarás de tu lado, prima —la miró directamente a los ojos, intentando encontrar una vena sensible en ese rostro inescrutable—. Soy tu prima, y después de mi tío, seré la única persona que se quede a tu lado, y por más que me insultes, no me moveré de aquí. Creo que ya te lo he dejado claro estos siete años, así que si no te vas convenciendo de una buena vez, hazlo ahora, Alissa. Te quiero... Te quiero de verdad, y no me iré de tu lado.

Alissa le dedicó una mirada intensa, mezcla de odio y sorpresa.

—Te dije que nunca volvieras a mencionar a ese hombre en mi presencia.

A Anne Marie le costó un par de segundos comprender a lo que Alissa se refería.

—¿A Matt? —ella frunció el ceño, sabiendo que por fin había conseguido algo, aunque fuera un pequeño punto con el que poder trabar conversación con su prima—. ¿Y por qué no? Tú lo amas.

—Él siguió con su vida, y yo estoy aquí, enterrada en esta silla, en esta tumba en vida, como la has llamado.

—Si él siguió con su vida, sólo ha sido por culpa tuya. Tú fuiste la que me ordenó que le escribiera y le dijera que habías muerto...

—Porque he muerto. A partir de ese maldito día, estoy muerta... —los ojos de Alissa se volvieron dos puntos luminosos, llenos de odio—, por tu culpa.

Anne Marie no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

—Lo siento... No sabes cuánto lo siento...

Desde ese trágico día le había pedido cientos de veces a Alissa que la perdonara, y otras más veces había llorado a solas, postrada de rodillas en su cama, pidiendo perdón a Dios por el mal que había provocado, por primera vez, sin intención.

Todo cuanto había querido ese trágico día de Nochebuena, había sido hallar a su prima y pedirle perdón antes de que cometiera una locura. Nunca había sido su intención revelarles tan devastadora verdad. Se le había salido en medio de esa acalorada discusión. Aún era demasiado joven y estúpida para darse cuenta del inmenso daño que podía provocar con sus palabras...

Cuando Alissa salió corriendo rumbo a las caballerizas, supuso que huiría de casa, y su intención fue detenerla antes de perderla para siempre. Jamás imaginó que su presencia podría encabritar al caballo, ni que su prima quedaría atrapada en el estribo y sería pateada por el animal antes de que éste resbalara con el hielo y le cayera encima.

Media tonelada.

Nunca se imaginó cuánto podía llegar a pesar un caballo. Ni siquiera le interesaba.

Hasta ese día.

Eso fue lo que dijo el médico. Alissa estaba viva de milagro, después de que un animal de media tonelada de peso la aplastara.

Y eso no fue todo. De haber habido más nieve, probablemente el peso habría sido amortiguado y el daño habría terminado siendo menor, pero la caída del animal había tenido lugar en el peor sitio; Alissa aterrizó sobre una roca que le lesionó la espalda, lesión que el peso del cuerpo del animal vino a incrementar, fracturándole la espina dorsal.

Alissa sobrevivió de milagro.

Pero no volvería a caminar...

—Alissa, por favor... —sollozó Anne Marie—, perdóname. Sabes que lo siento, que lo siento con todo el corazón...

—Ya te dije que no volvieras a disculparte —musitó Alissa, desviando la cara para no tener que ver una vez más a esos ojos llorosos.

Sabía que no era culpa de su prima, no era culpa de nadie en realidad, ni siquiera de ese estúpido caballo que había visto el fin de sus días en el mismo accidente que ambos se habían provocado. Él también había terminado con el espinazo roto, sólo que ese animal tuvo la suerte de concluir su tortura ese mismo día con un balazo que puso fin a su dolor.

En cambio ella, debió seguir viviendo, y aprender a vivir a con su nueva condición de vida...

Su padre hizo todo cuanto estuvo en sus manos para conseguir a los mejores especialistas en Europa que pudiesen ayudarla. Pagó los más caros tratamientos, terapias y cirugías para Alissa, y aunque algunos médicos se mostraron optimistas con la posibilidad de llegar a recuperar cierta movilidad en las piernas, en general los pronósticos no eran buenos y Alissa terminó dándose por vencida.

Había pedido a John y a Anne Marie mantener en secreto el resultado de su accidente desde un comienzo, pues contra la esperanza de su padre a las promesas de mejoría de los médicos, desde el principio Alissa supo la verdad; era una inválida. Desde el primer instante en el que despertó y

se encontró sin poder mover sus piernas, supo que todo estaba perdido.

Fue en ese preciso momento cuando le pidió a Anne Marie que le escribiera a Matthew y le contara del accidente, con la única diferencia que debía modificar el final cambiándolo con la noticia de su muerte.

Ella podía soportar tener que vivir el resto de su vida con la mirada de tristeza y compasión de su padre, pero no podría soportar ver esa misma mirada en los ojos de Matthew.

No en él, el hombre que la había visto siempre hermosa, perfecta a sus ojos, como se lo repetía en cada ocasión. No en el hombre que la había amado con pasión, no en el hombre cuyo fervor se reflejaba en cada mirada, en cada beso, en cada caricia...

Él, que la había recorrido por cada centímetro de su cuerpo, glorificándolo en el más exultante acto de amor. El mismo cuerpo que ahora yacía marchito y sin vida...

No, no podría soportarlo... No podría soportar ver convertida su mirada de amor en una de desilusión, y hasta de repulsión, cuando volviera por ella y la encontrara en ese estado. No cuando ella había sido todo lo que significaba hermoso para él.

Podía perderlo todo, pero no el amor de Matt. Porque en el momento en el que él la viera de ese modo, dejaría de amarla, a su musa adorada, su señorita, como solía llamarla, convertida en un ser sin vida empotrada en una silla con ruedas, un monstruo cubierto de cicatrices, igual al de ese libro que antaño fue su favorito. En el mismo instante en que la viera, su mirada de amor, se desvanecería para siempre. Y ella no podría soportarlo...

Era ya bastante duro ver la desilusión en la mirada de su padre. John aún sonreía, intentando aparentar una esperanza que no sentía en absoluto, conduciéndose todavía de un médico a otro en busca de nuevas promesas que terminarían rotas. Igual que siempre.

John se rendiría con el tiempo. Aceptaría la verdad y se resignaría a lo que vendría por delante: cargar con una hija inválida por el resto de su vida. Cargar con el desaliento que es tener como hija a un cascarón roto, que era en lo que se había convertido ella.

Porque en ella no había nada más que eso: un cascarón roto. Ella, su verdadero ser, la verdadera Alissa, había muerto el día del accidente.

Lo que ahora reside en esta estúpida silla de ruedas sólo son los restos estropeados de lo que fue alguna vez una mujer entera.

Su padre moriría pronto, y se vería libre de la carga en la que ella se había convertido.

Pero Matthew era joven y tenía una larga vida por delante. Una vida que podía ser dichosa lejos de ella o amarga de decidir quedarse a su lado. Y conociendo a Matthew, optaría por quedarse a su lado.

No por amor, sino por cumplir su palabra. O peor, por compasión.

Y si algo había que Alissa odiaba en el mundo era leer la compasión reflejada en los ojos de quienes la veían.

Por ese motivo había decidido apartarse del mundo, y de todos cuanto la conocían y querían. Fingirse muerta, muerta en vida, sin ver a nadie ni permitir que nadie la viera.

Pues eso era ella, una muerta viviente, un alma libre atrapada en un cuerpo roto, una prisión de la que no podía escapar...

Sin embargo, a pesar de sus deseos, Matthew no accedería a dejarla sola. Sabía que él sería

capaz de intentar cumplir todavía su compromiso, casarse con ella por compasión, no por amor, y Matt se merecía mucho más. Merecía una esposa completa, y no rota como ella, una esposa que pudiera brindarle cariño y cuidados, risas entre juegos y caminos por los jardines, hijos y una familia amorosa con la que compartir a su lado, como siempre habían soñado.

No a ella...

No lo que podía ofrecerle ella.

Aunque, no por dejarlo libre significaba que había dejado de amarlo y de extrañarlo... Y aunque había sido su propia decisión el dejarlo marchar, con el tiempo le había tomado resentimiento. Como a todo cuanto la rodeaba... Con excepción de su padre.

Su padre, el hombre cariñoso que la había adoptado en secreto siendo pequeña, haciéndola pasar ante el mundo entero como su hija natural que había nacido en una de las colonias de Francia durante uno de sus numerosos viajes (de otro modo, jamás habría podido heredarle), era el único capaz de todavía arrancarle una sonrisa muy de vez en cuando y de pasar un tiempo en compañía de su hija sin sacar el demonio que parecía haberse alojado en ella, en el mismo sitio donde antaño residía su corazón.

Ni siquiera la cariñosa señora Willson o Fanny eran capaces de hacerla sonreír.

Y en cuanto a Anne Marie... No la odiaba. Tampoco la culpaba. Pero apenas soportaba su presencia y se lo había dejado en claro en repetidas ocasiones. No obstante, Anne Marie se había mantenido firme a su lado, demostrando una entereza y una entrega admirable.

—No estás muerta —contraatacó Anne Marie, tragándose las lágrimas—. Por más que lo quieras hacer creer al mundo entero, no estás muerta, Alissa, y allá afuera hay mucha gente que todavía te quiere.

—Todos se han olvidado ya de mí.

—Eso no es cierto, y lo sabes.

—¿Tú qué vas a saber? No tienes idea de nada, de lo que es vivir así, sin poder moverte, teniendo que depender de otros todo el tiempo para que hagan las cosas que solías hacer por ti misma.

—No, Alissa, tú eres la que no sabe nada. No tienes ni idea del dolor que has provocado con tu egoísmo —se acuclilló delante de ella para verla a los ojos—. Del dolor que todavía provocas siendo tan egoísta...

—¿Egoísta? —repitió Alissa, alterándose por la acusación.

—¡Sí, egoísta! —repitió la mujer, sin dejarse amedrentar por la mirada furiosa de Alissa—. Eres egoísta por no darte cuenta de que existen en el mundo otras personas con sentimientos además de ti, otras personas que están sufriendo por lo que te sucedió; tu padre, yo, la señora Willson, Fanny o Matthew...

—¡Ya te dije que no volvieras a mencionarme su nombre!

—¿Por qué no? ¿No se supone que lo amabas tanto como para abandonarlo todo y casarte con él? Dices que él siguió su vida, cuando no tienes ni idea de nada, porque nunca quieres escucharme, pero ya estoy harta, Alissa. No seguiré callando sólo para darte gusto, porque así sólo te he hecho más daño.

—¿Sí, y qué vas a decirme? ¿Que él vive muy feliz con su nueva esposa e hijos en México, en

la hacienda que levantó con sus propias manos con el dinero que se suponía sería para nosotros cuando nos casáramos, y que todo eso es sólo por mi culpa? ¿Por dejarlo ir? —sus ojos enrojecidos despedían odio y dolor, mucho dolor...—. No me arrepiento de nada, Anne Marie. Haberlo dejado en libertad fue lo mejor que pude hacer por él. Y ése fue un acto de amor, ¡nunca egoísta!

—Fue egoísta que lo hicieras sufrir como lo hiciste, al mentirle con la noticia de tu muerte. Además, ¿de dónde sacas que él se ha casado y...?

—Te pido que no me cuentes nada porque ya lo sé todo —la cortó Alissa, frunciendo el ceño a pesar de que los ojos se le habían humedecido—. Los escucho a ti y a papá continuamente hablando tras las puertas, cuando creen que nadie los oye...

Anne Marie entrecerró los ojos, negando con la cabeza.

—¿Es esa la razón por la que no has querido saber nada de él estos últimos años? —preguntó Anne Marie, acercándose a ella para hablarle de frente—. Pues no tienes idea de nada, primita. Dicen que Matthew quedó tan destrozado al enterarse de tu muerte, que nunca volvió a ser el mismo. No ve a nadie, es prácticamente un ermitaño. Y los ermitaños no tienen esposas ni hijos, mucho menos una vida plena. Él es tan infeliz como tú. Por tu culpa y por tu acto de amor, como lo llamas, Matthew es otro muerto en vida.

Alissa pareció sorprenderse por primera vez con sus palabras.

—No puede ser... No puede ser... ¡Yo los escuché hablar! A ti y papá... —negó repetidas veces con la cabeza—. El conde de Hendingham les envió la invitación para la boda...

—Sí, la de Alexander —contestó Anne Marie, sin poder evitar sonreír al ver los primeros rasgos de humanidad en el rostro de su prima en siete años—. No quisimos decirte nada para no traerte malos recuerdos.

Alissa agachó la cabeza, ocultando las lágrimas que bañaban sus ojos.

Matthew no se había casado. No había rehecho su vida como supuso. Él sufría... Sufría tanto como ella.

—Déjame sola... —musitó entre dientes, forzándose por no llorar delante de su prima.

—Alissa...

—¡Déjame sola, Anne Marie! —rugió, derramando gruesas lágrimas de desdicha.

Anne Marie no insistió más. Se irguió y se dirigió a la puerta.

—Anne Marie... —escuchó la débil voz de su prima antes de cerrar tras ella.

—Dime.

—¿Quién te contó eso sobre Matt...?

—Es algo que todo el mundo sabe, Alissa. Pero si te interesa saber concretamente quién me lo dijo a mí, fue tu padre. A pesar de que no ha vuelto a ver al conde de Hendingham con base en tu petición de cortar relación con el mundo exterior en tu intento de hacerte pasar por muerta, tu padre continúa manteniendo correspondencia con ese viejo amigo, que parece tan preocupado por él y la repentina muerte de su única y adorada hija, como por el hecho de que su cuarto hijo ha quedado muerto en vida a raíz de ese mismo incidente... —pronunció esa última frase con un énfasis particular, provocando justamente lo que esperaba.

Alissa la miró a los ojos, velados por las lágrimas. El rostro trémulo por la emoción.

—Como ves, querida prima, no eres la única muerta en vida en este mundo a raíz de ese accidente. Sólo que a diferencia de ti, estaba en tus manos evitar la desgracia de otro ser que no habría tenido por qué sufrir a causa de tu propio egoísmo.

Cerró la puerta, dejando a solas a Alissa en el preciso momento en el que se soltaba a llorar.

Anne Marie aguardó hasta llegar a la seguridad de su habitación para soltarse a llorar en silencio.

Puede que pareciera una canallada, pensó, secándose sus propias lágrimas, pero era necesario.

Las palabras dulces no habían conseguido ningún resultado en Alissa y debía hacerla reaccionar. El tiempo se agotaba y ella continuaba hundida en el mismo agujero oscuro sin salida...

Sin embargo, Anne Marie no pudo evitar sentirse mal por haber sido tan dura con Alissa, no había actuado así hacía siete años, pero había tenido que recurrir a sus antiguas artimañas para conseguir volver a sacar algo de humanidad de ese cuerpo sin vida en el que se había convertido su prima.

Tenía que hacerla reaccionar, tenía que regresarla a la vida antes de que fuera demasiado tarde.

Se lo había prometido a su tío. Pero ante todo, se lo debía a Alissa... Y ahora que había descubierto que el punto sensible de su prima era real, tal como había supuesto, el plan que venía fraguando en su cabeza desde hacía casi un año tendría que realizarse.

Buscaría a Matthew Collinwood aunque tuviera que viajar a México cruzando a nado el atlántico y lo traería a ver a Alissa.

Sólo él sería capaz de rescatar a Alissa del oscuro agujero en el que se había enterrado y volver a sacarla a la luz.

Matt era su última esperanza...

2

Veracruz, México. 1895

MATTHEW, REOSTADO sobre una manta en el suelo, observaba el eterno titilar de las estrellas. Teniendo como única compañía a su caballo y a Charly, su perro mitad lobo, hijo del fallecido Charles. Las estrellas comenzaban a desvanecerse en el cielo con la llegada del amanecer, sabía que debía haberse levantado hacía horas, pero nuevamente no tenía ganas de hacerlo.

Alissa...

Habían transcurrido siete años desde su muerte y ella continuaba tan viva en su corazón como siempre.

Cerró los ojos, escuchando el ulular del viento contra sus oídos.

Otra vez nada...

Siete años había escuchado, buscando el sonido de su voz. En sus andares, había reconocido muchas voces hablándole en el viento. Su bisabuela acudía a susurrarle palabras de alegría y consuelo cada amanecer. Con su voz se mezclaban las de otros antepasados, amigos y algunos desconocidos. Voces a veces claras, otras veces mezcladas en una cacofonía sin sentido ni dirección. Pero voces al fin.

En cientos de ocasiones había percibido la presencia de los espíritus que vagaban en él, acompañando a sus seres queridos en sus viajes por la tierra. En más de una ocasión creyó oler el aroma de su bisabuela, incluso sentir la calidez de su mano en una caricia tan suave que prácticamente resultaba imperceptible.

Pero nunca a ella. Nunca a Alissa...

Nunca escuchó su voz. Alissa no había acudido a él ni una sola vez.

Ni siquiera el recuerdo de su voz podía brindarle algún consuelo a su dolor.

Si tan sólo hubiera tenido el consuelo de sentir el espíritu de Alissa acompañándolo, su aroma, su calidez, el brillo de sus ojos. Sólo le quedaba alzar la vista al cielo, imaginando que ella lo veía desde algún punto muy lejano por encima en esa bóveda celeste, que una de esas interminables estrellas era ella, cuidando de él a su modo, amándolo, como él la seguía amando...

¿Sería que ella se había olvidado para siempre de él? ¿Sería que le odió por no ceder a sus

ideales y casarse con ella antes, como eran sus deseos? Hubiera sido tan fácil complacerla... Si tan sólo hubiese sido un poco menos orgulloso. Si tan sólo hubiese sabido lo corta que sería su vida, nunca le habría negado nada. Habría gastado cada minuto de su vida para hacerla vivir. No hubiera dormido con tal de deleitarse hasta el último momento con su mirada. Habría hecho hasta lo imposible por salvarla, por evitar que sufriera ese accidente... ¡Hubría muerto por ella!

Pero no existían los hubieran.

Ella había muerto. Y en la vida no hay vuelta atrás. Por más que lo desease, no tendría una segunda oportunidad.

A siete años de la llegada de esa maldita carta en la que Anne Marie le describía la muerte de la única mujer a la que había amado, sus palabras seguían grabadas con fuego en su mente, quedarían hasta el último de sus días: cayó del caballo... —recordaba que decía— ingresó al hospital con heridas severas. Los médicos hicieron todo cuanto estuvo en sus manos, pero tras un mes de batalla, Alissa murió en su cama, en paz.

—En paz —repitió Matt en voz alta, como si la sola frase le resultara hilarante. ¿Cómo alguien joven y lleno de vida como Alissa podía morir en paz?, ¿cómo una persona con toda una vida por delante, colmada de sueños e ilusiones sin cumplir, podía morir en paz?

No, Alissa no había ni comenzado a vivir al momento de su muerte, y ahora yacía en una tumba bajo tierra por su culpa, porque fue él quien la alentó a soñar con el futuro que ambos compartirían juntos, el futuro por el que le pidió que lo esperara, el que le negó a vivir en su momento, cuando era todo cuanto deseaba ella...

Si hubiera sabido que Alissa iba a morir tan joven, no le habría negado nada. ¡Nada...!

Y ahora ya no estaba.

No había nada que él pudiera hacer para cambiar las cosas.

Si tan sólo existiese la manera de hacer regresar el tiempo y que el pasado volviese, lo cambiaría todo, ¡todo!

Se habría casado con ella, como Alissa quería, o la habría dejado libre para que ella viviera feliz, al lado de otro hombre que la mantuviera con bien, mimada y llena de amor y lujos, como ella se merecía. No la habría hecho esperar en vano por él, soportando la soledad sin que él pudiera estar a su lado para consentirla y cuidarla como se merecía.

Y lo peor fue que ni siquiera pudo estar a su lado durante sus últimos momentos...

Nunca se perdonaría el no haber estado con ella. Sabía que era estúpido, aun cuando la carta hubiese sido enviada antes, ni en el barco más rápido habría logrado llegar a tiempo para despedirse de ella. Sus familiares no cesaban de repetírselo en todo momento: su abuelo, su madre, Alexander, su padre. Sin embargo, no podía dejar de sentirse culpable.

Había sido él quien siempre la había incitado a estar cerca de los caballos...

Porque si no se perdonaba el que ella hubiera muerto sin vivir plenamente la vida por su culpa, menos se perdonaba el motivo de su muerte: un caballo. Alissa había muerto por su culpa, porque él había sido el que la incitó a acercarse a los caballos.

Había sido por su culpa que ella acudiera esa noche a las caballerizas.

Había muerto por su culpa...

Charly levantó la cabeza, terminando el hilo de sus pensamientos con ese solo gesto.

El perro tenía el instinto del lobo. No interrumpía su sueño por nada.

Matthew se puso de pie de un salto, con una mano se colgó al hombro el manto en el que había estado acostado al tiempo que cogía las riendas de su caballo, sujeto a un arbusto cercano, para llevarlo consigo a las inmediaciones de un bosque próximo. Matthew le hizo una seña a su caballo, el cual obedientemente se echó sobre su costado, quedando oculto entre los matorrales. Charly, habituado a la rutina, hizo lo propio a unos metros de él, acomodándose a un costado de su cuerpo desde donde podría obtener otra perspectiva del panorama. Charly sería sus ojos y oídos en los flancos que no podía cuidar por sí mismo.

Un segundo antes de escuchar el trote de caballos Matthew sacó el arma de su cinturón y se acomodó de pecho contra el suelo, observando fijamente el horizonte aguardando a que los intrusos quedaran a la vista.

Era poca la gente que deambulaba por esos lugares. Si sólo iban de paso, lo mejor sería que siguieran así y continuaran su camino sin toparse de frente. Pero si se trataba de bandidos... Bueno, por una razón a él le gustaba resguardar las tierras lejanas de la hacienda de su familia.

Dedicarse a ser el centinela de los linderos de las propiedades de los Collinwood era por lejos un trabajo que jamás habría deseado hacer, pero ahora era el único que le llenaba. Vigilar los vastos terrenos de las propiedades de su familia le permitía vivir con cierta libertad, vagando de un sitio a otro sin tener a nadie entrometiéndose en sus asuntos o que lo retuviera en un mismo lugar, sin mencionar que era un trabajo tan solitario como a él le apetecía estar.

Rara vez se encontraba con otro ser humano en esos linderos ajenos al mundo civilizado. De vez en cuando uno que otro bandolero aparecía con la intención de robar o cometer algún delito en su territorio y Matt no dudaba en ejercer su autoridad. Era un buen método de deshacerse del estrés, y buena parte de la carga de furia que llevaba en su interior, aunque su madre solía llamarlo una forma de buscar matarse, en especial en cada ocasión en que él rehusaba aceptar ayuda de sus hermanos o la compañía de peones que pudieran apoyarlo.

Un par de caballos aparecieron por el horizonte. Matt se agazapó más contra la tierra, quitándole el seguro a sus armas, aguardando a que las figuras se acercaran para poder divisarlas con mayor claridad bajo la luz de la luna, todavía alzada en lo alto del cielo.

Lo que vio lo dejó bastante perplejo. Habría jurado percibir en el aire el perfume de su madre, pero eran dos jinetes los que se acercaban. El día todavía no clareaba lo suficiente como para poder distinguir las formas de sus siluetas, pero era obvio por la ropa que llevaban puestas, pantalones y sombreros de vaquero, que debía de tratarse de un par de hombres.

—¡Matthew! —escuchó la conocida voz de su abuelo aún a la distancia—. ¡Matthew, soy yo, Gonzalo, sal de donde te estés!

Matthew frunció el ceño, volviendo a colocar el seguro de sus armas mientras se ponía de pie para salir de su escondite. Durante esos años solitarios, vagando entre las montañas y los valles de las tierras de su familia, prácticamente sin contacto con nadie de su propia especie, su abuelo se había convertido en su única compañía en esos viajes de soledad. Con la diferencia de que, para Zalo, los viajes tenían fin cuando él decidía que era tiempo de volver a casa, cosa que nunca

le sucedía a Matthew.

Su abuelo, conocedor de sus rumbos y costumbres, que él mismo se había encargado de enseñarle y transmitirle durante toda su vida, se había convertido en el único ser humano que sabía cómo contactarlo en esos territorios.

Matt comenzó a temer alguna mala noticia. Eran escasas las ocasiones en las que su familia solicitaba a Zalo encontrarlo. No había ninguna fecha próxima particularmente importante que requiriera de su presencia en el mundo real, como el cumpleaños de Lucy, la menor de la familia o la Navidad. Si habían ido en su busca se trataba de algo serio.

Matthew concentró la vista en el compañero de Zalo. Generalmente su abuelo iba a verlo solo, en especial desde que Alexander se había casado. Rara vez alguno de sus hermanos se le unía, pero el hombre que le acompañaba no era ninguno de ellos. Todos los Collinwood varones se distinguían por poseer una estatura que sobrepasaba la media, incluso el más joven de los varones, Nathaniel, ya de veinte años, superaba el metro ochenta de estatura, y quien fuera el hombre que iba con su abuelo, no debía rebasar ni el metro sesenta.

Fue entonces cuando la claridad de la razón inundó la mente de Matthew; tenía que ser su madre.

Su abuelo jamás se hubiera atrevido a llevar con él a alguna persona ajena a la familia. Eso sólo abría la posibilidad de que se tratase de Roxanne o la más joven de la familia: Lucy. Aunque ambas opciones eran claramente imposibles; Roxy estaba internada en el colegio y Lucy sólo tenía siete años.

Matthew se sintió un poco tonto de no adivinar con anticipación de quién se trataba, siendo tan obvio. Nadie montaba tan bien como Lupita Lobos. Nadie poseía esa grácil figura, fina y ágil a la vez, como la de un felino, al saltar de la silla de un caballo. Y nadie estaba más interesada que Lupita en llevarlo de vuelta a casa.

A pesar de la reticencia de su hijo por encontrarse con otros seres humanos, Lupita no perdía la esperanza de traerlo consigo de regreso a la vida, y además de sus hermanos, que eran los únicos que conseguían sacar a Matt de vez en cuando de su autoexilio para llevarlo al pueblo por un par de días de juerga, su madre era la única capaz de hacerlo reaccionar, o mejor dicho, a hacerlo sentirse lo suficientemente culpable por su ausencia y bastante obligado a reunirse con su familia en ciertas ocasiones importantes, como las navidades, cumpleaños, o la boda de Alexander.

Matthew había salido de su escondrijo casi sin darse cuenta. El caballo a su lado relinchó, como pidiendo permiso a su amo para levantarse también. Matthew hizo un gesto con la mano y el animal se puso de pie enseguida, manteniéndose en su lugar con los oídos y los ojos fijos sobre su amo, mientras Charly salía a la carrera a recibir al par que se aproximaba hacia ellos.

—¡Matthew! —exclamó Lupita, corriendo hacia él. Se lanzó a sus brazos y se aferró con fuerza a su cuello, aliviada de encontrarlo con bien.

Matthew la abrazó también, permitiéndole desahogarse. No importaba cuántas veces le repitiera a su madre que se encontraba bien estando solo entre las montañas y los campos, sabía que su madre vivía preocupada por el hijo pródigo que se negaba a volver al calor del hogar.

—¿Cómo estás, mi niño? —le preguntó con dulzura, examinando detenidamente su rostro entre sus manos.

Matthew sonrió, podría ser que ya fuera un hombre hecho y derecho, pero su madre seguía llamándolo su niño. Y por cómo iban las cosas, seguramente lo llamaría así hasta el día que muriera en su lecho, y él estuviera convertido en un anciano de ochenta años.

—Bien, mamá. ¿Cómo está usted? ¿Qué está haciendo en este lugar? —levantó la vista para fijarla sobre su abuelo, de pie a unos pasos detrás de Lupita.

—Qué tal, m'ijo —lo saludó Zalo, apoyando una mano sobre su hombro—. ¿Te encuentras bien?

—Bastante bien, Zalo. ¿Qué sucede? ¿Qué hacen aquí? ¿Ha sucedido algo? ¿Es Lucy...? —se calló cuando su madre negó con la cabeza, alzando una mano en un gesto para pedirle que guardara silencio.

—He venido a buscarte, Matt. Quiero que regreses a casa. Tu padre ha vuelto a México, y por primera vez en siete años me gustaría tener a la familia reunida bajo el mismo techo.

—Eso es absurdo, mamá. Alexander ya no vive con ustedes, para comenzar. Y sabes que yo nunca regresaré. Éste es mi hogar ahora.

—¿Llamas a esto hogar? —bramó la mujer—. ¡Esto no es más que tierra y árboles!

—Es suficiente para mí.

—¡Las vacas, los jaguares y los armadillos no son tu familia! ¡Lo somos nosotros! ¡Las hormigas no te llorarán si te sucede algo, se comerán tus huesos, mientras esta madre se quedará en casa derramando lágrimas de amargura por su hijo ausente!

—Madre, basta...

—No, Matthew. He esperado pacientemente por siete años. Pero no me pidas continuar haciéndolo. Si he venido a buscarte lo he hecho con la intención de no volver sin ti. Mi corazón me dice que debes volver a casa conmigo —posó una mano sobre el pecho de su hijo, en la zona de su corazón—, y sé que si escuchas el tuyo te dirá lo mismo.

—Mi corazón está muerto, mamá. Ya no escucho lo que él dice.

—¡Entonces presta atención! —bramó ella, tomando su mano y pegándola a su propio pecho—. ¡Tu corazón no está muerto, tú te niegas a escucharlo! Es tiempo de que lo hagas, Matthew. Es tiempo, confía en esta vieja madre tuya que nunca se equivoca.

Matt torció el gesto en una mueca cercana a una sonrisa.

—Es cierto, madre. Nunca se ha equivocado.

—Entonces hazme caso, Matthew. Vuelve a casa... Te lo ruego.

—¿Y qué haré entonces? —él buscó la mirada de Zalo, pero el anciano permaneció mudo, escudando la postura de su hija—. ¿Qué espera que haga una vez de vuelta en casa?

—Vivir —contestó Lupita con toda la seguridad en la voz—. Para eso te di vida, hijo. Para vivir. No para permanecer oculto entre estas praderas y bosques. ¿No lo ves, hijo mío? Estás vivo, y si lo estás es por una razón. Dios tiene un destino para ti, y debes cumplirlo.

—No me hable de Dios, madre... Y mucho menos del maldito destino.

—Matthew, a veces el camino puede ser duro, pero nuestro andar es lo que nos convierte en hombres. No puedes esconderte de la vida, ni de tu destino. Mucho menos de Dios. Hacerlo es

como tratar de huir de ti mismo. Por más lejos que intentes llegar, siempre te llevarás a ti mismo en tu camino.

Matthew apartó la mirada, fijándola sobre un montículo de tierra.

—Odio el destino. Odio que no se pueda cambiar, por más que uno lo intente... Mejor vivir lejos, donde el destino que nos marca la vida no afecte a los que uno quiere.

—¿Es eso lo que temes? ¿Que alguno de nosotros muera también?

Matthew no contestó.

—Eso es ridículo, hijo. ¿No te das cuenta de que te estás perdiendo de vivir? ¿De qué sirve vivir con miedo de perder a alguien si de todos modos no vas a gozar de su compañía? ¡Vive la vida ahora, tu presente Matt! Deja atrás el pasado de una vez

—Lupita tomó sus manos entre las suyas—. Por favor, hijo mío. Vuelve conmigo. Vuelve a casa... Ése es tu camino. Confía en la corazonada de tu madre.

—No puedo hacerlo... —Matt alzó la vista, fija en el horizonte interminable—. He perdido mi camino. Ya no sabría que hacer si volviera a casa. Ya no soy el mismo hombre de antes. Ya... ya ni siquiera sé quién soy.

Zalo sonrió, estrechando el hombro de su nieto.

—Entonces estás listo para volver a casa, hijo. El camino no está hecho. Se hace el camino al andar. Es hora de hacer el tuyo.

3

SE SENTÍA EXTRAÑO sentado en la mesa familiar una vez más, como lo hizo durante toda su vida antes de su «autoexilio» como lo denominó Calita. Matthew intentaba en vano comer algo del plato que su madre le había servido. Con Lucy acomodada en su regazo, era una misión prácticamente imposible, como había sido desembarazarse de los brazos de la pequeña desde el mismo instante en el que pisó la casa y su hermanita corrió a recibirlo con la alegría y el cariño que sólo a él y a su hermano mayor, Alexander, solía profesarles. La niña, próxima a dormirse, jugueteaba con los pelos de su barba, crecida en demasía. La niña era ajena a lo que sucedía en el resto de la habitación, donde la familia, reunida en torno a la mesa, terminaba de cenar, gozosa de su muda compañía. Al lado de sus hermanos, todos pulcramente afeitados al estilo inglés, Matthew lucía como un vagabundo, o en su caso, un ermitaño. Y era así como se sentía.

Se alegraba de que no estuviera presente Roxy, ya podía imaginar sus quejas al verlo llegar con esa facha a casa. Aunque debía admitir que la extrañaba, la mesa no era la misma sin la presencia de su corajuda hermana.

Al menos Alexander los había acompañado a comer junto a su mujer, Clara. Ambos lo habían saludado con alegría, aunque con cierta reserva. Sabían muy bien que él todavía no se sentía con ánimos para conversar y respetaron su sentir. Era algo que siempre le había gustado de Alexander, podía comprenderlo sin necesidad de intercambiar palabras.

Las carcajadas de sus hermanos lo obligaron a centrar la atención en derredor. Como siempre, su madre los había agasajado con los más sabrosos festines. No existía una cocinera mejor en todo México, y sus hijos sabían sacar beneficio de sus méritos, dejando invariablemente todas las bandejas de comida vacías y prácticamente limpias (Roxanne solía quejarse de tener que arrancarlas de las manos de sus hermanos antes de que terminaran lavándolas a lametazos igual que un perro).

Con una alegría un tanto melancólica, Matt se giró a observar con una sonrisa en los labios a Zalo, quien intentaba calmar el ímpetu de Jake, capaz de arrancarle el muslo de pollo de la mano a la pobre sirvienta que en ese momento traía un nuevo plato caliente desde la cocina, con tal de llevarse otro bocado a los dientes antes que sus hermanos. Su abuelo terminó por darle un coscorrón para calmarlo, causando la algarabía de todos.

—¡Compórtense de una vez, están actuando como si fueran una maldita manada de lobos! — rugió Lupita, sentada en el extremo contrario de la mesa, junto al lugar principal, siempre reservado para su padre, incluso en su ausencia.

—Lupita, por Dios, no uses ese lenguaje —la reprendió Calita, dándole ella misma un buen cucharazo a William en la mano cuando el hombre intentaba tomar una pieza de pollo sin los cubiertos.

En medio de aquel barullo, Matt no se extrañaba de que Lucy fuera su favorita. Esa pequeña de tez clara y esos grandes ojos azules era un ángel encarnado, silenciosa y plácida como la Blancanieves de los cuentos, era capaz de enajenar a cualquiera con su belleza, sin ocasionar molestias con su charlatanería inútil.

No es que odiara la conversación de sus hermanos. En otro tiempo había compartido con alegría la camaradería divertida y un tanto pícaro con sus hermanos. Pero ahora, tras esos largos años de soledad, se había acostumbrado a la quietud y al silencio. Escuchar voces humanas le resultaba tan ajeno y molesto como a un amante de las ciudades podría resultarle el canto de una cigarra. Sin mencionar que se sabía, a pesar de la aparente falta de atención de todos, el centro de atención de cada par de ojos ubicados en esa mesa.

Sabía que su madre usaría todas las cartas bajo la manga para retenerlo en casa por el mayor tiempo posible. La compañía de todos sus hermanos en la comida no era casualidad, madre había reunido a todo su ejército para conseguir refuerzos. Sabía que Alexander era el hermano al que siempre había sentido más próximo, en mayor estima, el que sería capaz de convencerlo de quedarse en casa. Y conociéndola, Roxy debía de venir en camino desde la escuela para llegar de «sorpresa» en cualquier minuto.

Pero no lo haría. No tenía intención de volver. Al menos, no todavía...

Aún no estaba listo. Su corazón seguía roto, la herida continuaba sangrando y todo cuanto quería era permanecer solo. Quedarse sería permitir que el veneno que lo afectaba contaminara a los demás. De quedarse allí, su herida supurante terminaría envenenando a todos con su propia amargura.

Sintió un cosquilleo más en la nuca y no pudo evitar levantar la vista para toparse con los intensos ojos azules de Ben antes de que su hermano desviara la vista y continuara conversando como si nada sucediese. Matt se sentía como un animal de zoológico. A pesar de que todos intentaban aparentar actuar con normalidad para no hacerlo sentir extraño, lo cierto era que percibía sus miradas cada vez que él desviaba la suya, miradas que le hacían cosquillear la nuca desde todas direcciones, sabiéndose el centro de atención tanto de su familia como de los empleados de la casa.

—Ustedes no cambian. En esta casa, un ratón se moriría de hambre —bromeó Matt, intentando romper el aire tenso del ambiente y actuar con naturalidad, dándole el último mordisco a una pata de pollo con mole, antes de que Jakob se la arrebatará de su plato.

—Y eso que Alexander ya no vive aquí —comentó Nathaniel, riendo divertido al ver a Jake todavía intentando arrancarle de las manos la pierna de pollo a Matthew.

—Sí, pero este vagabundo come por dos de nosotros, y eso ya es decir bastante —se quejó Jake, dándose por vencido al fin de su intento de robar la comida de su hermano para sondear una

vez más las bandejas puestas sobre la mesa, ya vacías de viandas.

—Eso estuvo bueno —rio Will—, en mi vida había visto a alguien ganarle en la contienda por la comida a Jakob.

—No generalices, no suelo competir contra salvajes que conviven con lobos —se quejó Jake, rebuscando en la panera por alguna migaja suelta.

—Yo creía que a todos nosotros nos llamaban los lobos —bromeó Cedric.

—Sí, pero éste es un lobo de verdad —ladró Jake, lanzando la panera vacía de vuelta a la mesa, malhumorado.

—Ya basta con ustedes, niños. Parecen un montón de muertos de hambre —se quejó Lupita, tomando la panera y volviendo a colocarla con delicadeza en su lugar—. Más les vale comportarse. Si te vuelvo a ver haciendo eso, Jake, te voy a dar un buen escarmiento.

—Madre ya no puedes castigarme, ¡te recuerdo que tengo veinticuatro años!

—Tendrás mil, pero seguirás siendo mi hijo, y por lo mismo, obedeciendo mis órdenes —ladró Lupita—, ¿te ha quedado claro?

—Sí, madre —contestó Jake, sumiso.

Una ola de risitas se escuchó en la mesa, pero ante la ceja arqueada de Lupita se silenciaron al instante. Era increíble el control que una mujer tan menuda como Lupita podía mantener en su hogar, pensó Matt. Su madre era un verdadero general en su casa, una mujer admirable, sin duda.

Al terminar de comer, se dirigieron a la terraza a tomar café y galletas. Matt, sentado en una silla alejada de la multitud, observaba con ojos fijos a Clara jugando como una niña pequeña con Lucy, a pesar del vientre ya notorio bajo sus faldas. Alexander se les unió, compartiendo con ellas las carreras y las risas. Una familia feliz. Una familia perfecta.

Una familia como la que él nunca tendría...

Matt no veía a Clara desde el día de su matrimonio con Alexander. A pesar de conocerla prácticamente de toda la vida, le resultó extraño reencontrarse con ella. Tal vez fuera la manera en la que ella sonreía cuando sus ojos se encontraban con los de Alexander, o la forma en la que él parecía adorar cada uno de sus movimientos, pero algo en la pareja que conformaban le hizo sentirse contento por su dicha, y al mismo tiempo, furioso, sentimiento ocasionado por los celos. Pues era conocedor de la felicidad que de la misma manera pudo haber sido suya con la mujer que el destino le había arrebatado...

Sabía que no era correcto, que nada de culpa tenían Alexander o Clara de su desdicha.

Toda la culpa era suya, por sus tontos celos, sus deseos de estar solo, lejos de la compañía humana, ajeno a todo rastro de alegría que pudiera recordarle a ella...

Y es que, quizá fuese esa la razón por la que nunca quería ver a nadie. Cuando la gente reía, veía a Alissa en cada sonrisa. Como si cada minúscula parte de alegría tuviera que estar unida incondicionalmente a ella.

Matt sintió deseos de salir de ese lugar, regresar a sus solitarias montañas, para no tener más compañía que la de su caballo y su perro.

—Tranquilo, lobo solitario, aún no es tiempo de buscar refugio entre las montañas.

Matt levantó la vista para encarar a su abuelo, quien se había acercado a él sin que lo notara, y ahora le tendía una taza con café humeante.

—Gracias, abuelo —contestó tomando la taza de manos de su abuelo. Zalo se sentó en una silla libre a su lado, y bebiendo un sorbo de su propia taza, fijó la vista en lo mismo que Matt observaba.

—¿Crees que ella querría verte en este estado, Matt? ¿No piensas que a ella le habría gustado verte sonreír de vez en cuando?

Los ojos de Matt se convirtieron en dos carbones encendidos.

—Abuelo, no voy a entrar en esa discusión contigo una vez más.

—Alissa...

—¿Tú qué sabes de lo que ella habría querido o no de mí? Nunca la conociste, abuelo —siseó, furioso.

Los demás callaron, dedicándole miradas de reojo que lo hicieron sentir peor de lo que ya se sentía por haberle hablado de ese modo a su abuelo.

Hizo ademán de marcharse, pero su abuelo se lo impidió con una mirada de ruego.

—No le hagas esto a tu madre, ella te ha pedido que vinieras —le recordó—. No la desaires marchándote tan pronto.

Matt suspiró y volvió a tomar asiento en la silla, fijando ahora la vista en el líquido oscuro de su taza.

—Lo siento, abuelo. No debí hablarte de ese modo.

—No quise molestarte, muchacho —Zalo apoyó una mano sobre su hombro—. Me has hablado tanto de ella, que a veces olvido que nunca la conocí —su abuelo le dedicó una mirada de profunda pena, pero sonrió al tiempo que posaba una mano callosa sobre su mejilla.

—No me molestas, perdóname... —Matt le dedicó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. No debí hablarte de ese modo. Te pido disculpas —suspiró, pasándose una mano por los cabellos, demasiado largos—. Es sólo que en ocasiones es tan difícil olvidarme de ella...

—Quizá no deberías intentar olvidarla, sino vivir sabiendo que ella ya no está. Aceptarlo, hijo. Los ojos de Matt se fijaron sobre los de su abuelo.

—¿A qué te refieres? Yo sé bien que está muerta.

—Aceptar no es lo mismo que saber. Cuando lo aceptes, podrás dar vuelta a la hoja y seguir con tu vida. Si no lo haces, continuarás viviendo como lo has hecho hasta ahora; huyendo de tu propio dolor. Y por más que lo intentes, hijo mío, te darás cuenta de que es imposible huir de uno mismo.

—Estoy bien, abuelo. Me gusta estar solo. Siempre me ha gustado, tú lo sabes mejor que nadie. Es algo que aprendí de ti —Matt suspiró inconscientemente, antes de beberse el resto de su café.

Su abuelo, conociéndolo lo suficiente como para saber que esa clase de gestos indicaban que Matt ponía atención, y lo mejor, que estaba logrando dar con una vena sensible, continuó hablando.

—Puede que te guste la soledad, pero, como bien dices, te conozco. Y el Matthew que conozco no se amargaba ante la felicidad de otros —levantó una mano para hacerlo callar cuando él quiso replicar—. No intentes mentirme negándolo, hijo. No a mí. Sabes que lo que digo es cierto. Como es cierto que debes buscar la manera de dejar el pasado atrás y continuar con tu vida, o nunca podrás avanzar. Nunca dejarás de buscar la soledad para evitar que, al mirar a tu alrededor, te

sientas aturdido ante la felicidad de los demás. Y permíteme decirte, hijo mío, que cuando la alegría de tu propia familia te provoca disgusto, es porque estás rayando en la amargura. Y alguien que vive amargado, es alguien muerto en vida.

Matt clavó la vista en el suelo, sin encontrar palabras para contestar a su abuelo. Era cierto, lo sabía bien, estaba amargado. El dolor de la muerte de Alissa lo había acompañado por mucho tiempo. Años... Y, sin embargo, por más días que pasaban, la herida seguía tan abierta como el primer día, y dudaba que algún día fuera a cerrarse.

—¿No te da alegría convertirte en tío? —le preguntó su abuelo, al notar el ceño fruncido y los ojos fijos de Matthew en el vientre de su cuñada.

—Por supuesto que sí —contestó Matt, con seguridad.

—Es sólo que tú pensabas que ibas a convertirte en el primero en darle sobrinos a tus hermanos —adivinó su abuelo, sin perder detalle de las facciones de su nieto.

El rostro de Matt se tensó, pero no contestó.

—Eso ya es agua pasada, abuelo.

—Una mujer amada nunca es agua pasada, Matthew —contestó Zalo, bebiendo un sorbo de su propio café—. Y sabiendo lo mucho que tú amaste a esa muchacha, nunca lo será. Al menos, hasta que decidas pasar página y dar comienzo una vez más a tu vida.

—Mi vida se terminó el mismo día en el que ella murió.

Benjamin se aproximó a ellos, una sonrisa amable en los labios. Ben siempre intentaba hacer sentir mejor a los otros, incluido su hermano vagabundo.

—¿De verdad? Pues yo te veo aquí, vivito y coleando, al ladito mío —bromeó Ben, quien no había perdido hilo en la conversación.

Matthew le dedicó una mirada asesina, pero Ben no dio marcha atrás.

—Lo digo en serio, Matt. Todos entendemos lo mucho que la amabas, fue ese el motivo por el que decidimos venir a México contigo con la intención de ayudarte, pero ya han pasado siete años, hermano. Tienes que dejar el pasado en el pasado y seguir adelante con tu vida —Ben apoyó una mano en su hombro, en un gesto fraternal—. Por favor...

Matt no pudo evitar sentirse conmovido por la sinceridad de las palabras de su hermano. Él era conocedor del dolor que había causado con su partida en su familia, antes siempre unida. Lo que ellos no entendían es que era algo que no podía evitar. Deseaba estar solo, y ahora su vida era esa. Ya no era el mismo Matthew que había llegado a México hacía siete años. Si antes había sido un joven alegre que gustaba compartir la algarabía con sus hermanos, ahora se había convertido en un ser solitario a tal extremo de sentirse como un extraño entre los suyos, en su propio hogar, con su propia familia... ¿Cómo podía darle marcha atrás a algo así?

—Hey Matt, aprovechando que te has decidido a volver entre los vivos, ven con nosotros a dar una vuelta en el pueblo —le dijo Ben buscando cambiar de tema y animarle—. Hay unas señoritas recién llegadas que me gustaría presentarte.

Se escucharon pasos en el pasillo y todos se giraron con sorpresa hacia la puerta que comunicaba el salón con la terraza donde se encontraban.

—¿Quién podrá ser? —preguntó Lupita, con falsa sorpresa.

Matt voló los ojos, sin mirar a la puerta.

—No lo sé, tal vez Roxanne, quien por alguna casualidad ha decidido salir este día del colegio para hacernos una visita... —Matt se quedó con la palabra en la boca al ver aparecer en la puerta a su padre.

Richard Collinwood sonrió a su familia, abriendo los brazos a todos y nadie en particular.

—¡Sorpresa, familia! ¡Estoy en casa!

—¡Richard! —exclamó Lupita, esta vez con sincera sorpresa, corriendo a los brazos de su marido.

Al verlo, Lucy corrió al encuentro de su padre, seguido de todos sus hermanos, quienes a pesar de ser hombres hechos y derechos, no dejaban de alegrarse con la llegada de su padre de alguno de sus viajes, los cuales se habían vuelto muy constantes en los últimos años.

Matt se puso de pie con lentitud. Rodeado por Zalo y Calita, además de la mujer de Alexander, eran los únicos que no formaban parte de ese manojito de brazos unidos en un abrazo familiar.

—¡Qué maravillosa sorpresa, Richard! —le dijo Lupita a su marido, cuando por fin se desembarazaron de sus hijos, y sólo quedaron ellos dos en el abrazo—. ¿Cuándo llegaste? Nos hubieras avisado, te habríamos ido al recibir al puerto.

—Nada de eso, quería sorprenderlos —contestó Richard, despeinando la cabeza de su hija pequeña.

Lucy, todavía riendo, corrió ahora a los brazos de Clara, quien la abrazó con suma ternura y se acercó a saludar a Richard con un beso en la mejilla y un abrazo menos salvaje que el de sus hijos.

—Me alegra verte con bien, Clara —la saludó Richard.

—Igualmente, señor... digo papá —sonrió, poniéndose colorada. Richard siempre había insistido en que lo llamara de ese modo.

Los ojos de Richard se posaron sobre sus suegros, a quienes también saludó con un abrazo para terminar con Matthew.

—Nos alegra verte de nuevo en casa, Matt —le dijo con sumo afecto, sin dejar de abrazarlo—. Esperemos que sea para siempre en esta ocasión.

Matt se limitó a responder con una sonrisa que no le llegó a los ojos. No tenía por qué arruinar la alegría de la familia revelando sus verdaderas intenciones.

—Es maravilloso que llegaras justamente hoy —comentó Lupita, juntando ambas manos frente al rostro—. No pudo salir más perfecto ni aunque hubiese sido planeado. En unos minutos llegará Roxy y al fin estaremos todos juntos, como una familia feliz una vez más.

Matt sintió las miradas de todos sobre él, una pregunta silenciosa que lo puso más incómodo que si hubiese estado sentado sobre carbones.

—¿Y cómo ha ido el viaje padre? —preguntó Alexander, rescatando a Matt del apuro.

Matt lo miró de forma agradecida, lanzando un suspiro de alivio.

—Ha ido muy bien. Aunque eso no es de lo que me gustaría hablar ahora, sino de una agradable sorpresa que encontré en el puerto de Londres, cuando iba subiendo al barco... —su padre comenzó a contar, pero él ya no escuchaba.

Sabía que se suponía que debía prestar atención, al parecer comunicaba algo importante a la familia, seguramente en referencia a Lucy y algún nuevo descubrimiento médico que había

encontrado en Londres, pero era incapaz de concentrarse en sus palabras.

El tema de Alissa se había quedado asentado en su mente, haciéndole incapaz de pensar en nada más.

Fue hasta ese momento en el que se percató de que todos lo observaban fijamente, aguardando su respuesta. Incluso Lucy, alzada sobre los brazos de Alexander, lo miraba directamente.

El sonido de la puerta de la terraza al abrirse rompió la conexión de ese momento.

Los pasos de unos tacones retumbaron en las baldosas del piso. La figura de una mujer, cubierta de polvo de arriba abajo y todavía ataviada con el sombrero de calle, asomó por la puerta.

—Buenas tardes —saludó ella en inglés, irguiéndose como si necesitara mostrar su pose más altiva para enfrentar lo que se avecinaba.

Fue hasta ese momento que Matt la reconoció, y por poco pierde el equilibrio al verla.

—¿Anne Marie?

4

—¿ANNE MARIE? —repitió él, dando un paso trémulo hacia adelante, nervioso como si se encontrara ante la presencia de un fantasma—. ¿Qué es lo que estás haciendo aquí?

Richard se acercó a la mujer y la abrazó con gesto protector por los hombros. Hasta ese momento Matt notó que su pose era un tanto agresiva, con los dedos crispados y la espalda arqueada, como si estuviera listo para abalanzarse sobre ella.

—¿Podría alguno de ustedes dos explicarnos qué demonios está sucediendo? —preguntó en inglés, con la intención de que Anne Marie lo comprendiera—. ¿Qué está haciendo esa mujer en esta casa?

Los ojos de la muchacha se abrieron desmesuradamente, sorprendida por la hosquedad de aquella pregunta tan directa.

—Matthew, por el amor de Dios, compórtate —rugió Lupita en español, acercándose a la joven para darle la bienvenida, hablando ahora en un inglés aterciopelado que bien pudo derretir un iceberg—. Anne Marie, querida, es una agradable sorpresa tenerte aquí de visita.

—Se lo agradezco, milady —contestó la joven, todavía algo ofuscada por la recia mirada de Matt, fija sobre ella.

—La señorita Anne Marie ha decidido venir de visita a México durante una temporada. Aprovechando que yo también viajaría, me he ofrecido a acompañarla en el viaje y a hospedarla en nuestra casa, y ella me ha hecho el honor de aceptar mi propuesta —comentó Richard a Matt, repitiendo lo que obviamente los demás ya sabían. A diferencia suya, habían prestado atención a sus palabras.

—Será un placer tenerte aquí, querida —continuó hablando Lupita—. Nos encantará enseñarte los alrededores y llevarte a conocer la ciudad de Veracruz. ¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte? Si hay oportunidad, incluso podríamos planear un viaje a la capital. A Roxanne le encanta ir ahí, estoy segura de que estará feliz de acompañarnos.

—Se lo agradezco, milady, pero me temo que mi estadía será lo más breve posible. Mi único objetivo al venir aquí ha sido para llevar a Matthew conmigo —al decir esto último fijó sus grandes ojos oscuros sobre Matt—. Y ha de ser cuanto antes.

Los ojos de todos los presentes se abrieron al máximo, sorprendidos, pero ninguno como los de

Matthew.

—¿Tú... tú pretendes llevarme contigo? —la mueca de desconcierto en el rostro de Matt se transformó en una de incredulidad para finalmente transformarse en una de mofa—. ¿Por qué diablos crees que iría contigo a alguna parte?

—¡Matthew, no seas grosero! —lo reprendió Richard—. Permite a la dama explicarse.

Anne Marie alzó la barbilla, mirando directamente a Matthew. A él le sorprendió su entereza. Leía claramente en sus ojos su miedo, pero ella estaba dispuesta a enfrentarlo. Y por lo que sus ojos le decían, sería a toda costa.

Y no solía equivocarse cuando leía unos ojos. He ahí su gran talento para comunicarse con los animales.

—¿Qué es lo que pretendes, Anne Marie? —preguntó con voz neutral, sin apartar la vista de su mirada.

—Preferiría que hablásemos a solas, Matthew.

—Lo que tengas que decir, dilo aquí y ahora. No tengo tiempo.

—¡Matthew! —lo reprendió su madre.

—Está bien, comprendo su enfado... Nunca fuimos grandes amigos, que digamos. No esperaba otro recibimiento, por el contrario, han sido muy amables —dijo Anne Marie, dirigiéndose a Lupita para nuevamente terminar mirando una vez más a Matt—. Sin embargo, lo que he venido a decir, es delicado, Matthew. Me gustaría que pudiéramos hablar con calma.

Matthew, de pie sin pronunciar palabra, la observaba fijamente. Como si estuviera sopesando sus opciones.

Anne Marie debió hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no darse la media vuelta y marcharse de la casa en ese mismo momento. El hombre que ahora le regresaba la mirada era claramente distinto al que recordaba. Por más intimidante que le resultara ese hombre desaliñado, más semejante al hijo de un bárbaro medieval que al hijo de un noble inglés, en el que apenas podía reconocer a Matthew Collinwood, no iba a cambiar de idea. No podía echarse atrás, no ahora que se encontraba tan cerca de su objetivo. Le diría lo que había venido a decirle y lo llevaría consigo, aunque fuese lo último que hiciera en la vida...

Si algo poseía en las venas Anne Marie, era obstinación. Inspiró hondo y comenzó a hablar. Y que Dios la protegiese.

—Matthew Collinwood —dijo en voz alta, a sabiendas de que todos podían oírla—, he venido a hablar contigo y no me voy a ir hasta que me escuches. Puedes quedarte allí y escuchar a gritos todo cuanto he venido a decirte, frente a toda tu familia, y claro, a la servidumbre que para este momento ya habrá pegado la oreja al otro lado de las puertas y muros, o bien puedes acceder a acompañarme a una habitación más tranquila donde podré comunicarte las noticias que he venido a darte, hablando como la gente decente. Tú decides, pero eso sí, una cosa te advierto, lo que he de decirte es personal y se refiere a Alissa.

La sola mención de ese nombre pudo más que el mismo Matt, quien en un gesto involuntario salió de su mutismo y bramó a todo pulmón, encendido como un toro al que se le ha agitado una bandera roja frente al rostro.

—¿Qué puedes venir a decirme tú acerca de Alissa? —gruñó, furioso, pasando por alto las

miradas de desconcierto de su familia—. ¿No te bastó con mandarme esa carta para anunciarme su muerte, meses después de su deceso, sin permitirme asistir a su sepelio ni darme instrucciones de dónde poder ir a visitar su tumba? Ah, no, lo olvidaba —añadió en tono sardónico, esbozando una falsa sonrisa—. Tú me ordenaste no ir a verla jamás, me aseguraste que por más intentos que hiciera jamás daría con su tumba, y me amenazaste con que si intentaba hacer uso de las conexiones de mi familia para sobornar a alguien que me diese una pista de su paradero, sólo conseguiría ponerme en ridículo, porque ni el mismo cielo conseguiría enseñarme la tumba con la luz de una estrella en medio de una noche fría de invierno. ¿No fueron esas tus palabras exactas?

Los ojos de todos los presentes se posaron sobre Anne Marie, quien, todavía de pie junto a la puerta, parecía tan avergonzada como arrogante, como si se sintiera sinceramente mal por lo que le había escrito y a la vez necesitara mantenerse a la defensiva.

—Sólo fueron los deseos de mi prima los que transmití en esa carta.

—¡Mentira! —Matt cruzó la distancia que los separaba en dos zancadas hasta quedar cara a cara con ella—. ¡Alissa jamás me hubiese hecho eso! ¡Jamás!

Anne Marie inspiró profundamente y lo encaró, tragándose el temblor que comenzaba a recorrerle el cuerpo. Ese hombre sí que era capaz de intimidar.

—No miento, mi señor. Seré muchas cosas, pero no una mentirosa. Esa carta sólo transmitía los deseos de mi prima, su mentira. No la mía.

Matt negó con la cabeza, frunciendo el ceño en una mezcla de enojo y confusión.

—¿De qué demonios estás hablando, mujer?

—Lo que quiero decir, es que fue Alissa quien me pidió que escribiera esa carta, fue ella quien te mintió. No yo.

—¿Cómo puedes venir a manchar el nombre de Alissa diciendo esa sarta de barbaridades? — el rostro de Matt estaba desfigurado por la cólera. Tanto su abuelo como su hermano mayor se habían aproximado a él para sujetarlo por los hombros, temerosos de que fuera a descargar su furia contra la muchacha.

Sin embargo, Anne Marie se mantuvo impassible, firme en su lugar como una estatua. Decidida a cumplir con su cometido.

—¡Alissa estaba muerta para cuando enviaste esa carta! ¿Cómo demonios es que se supone que ella te pudo pedir que escribieras esa carta? ¿Es que acaso ahora hablas con los muertos?

—Matt, tranquilízate, hijo —le pidió Zalo, apoyando una mano sobre su hombro a pesar de los gestos que hacía el hombre para desembarazarse de los brazos de él y de su hermano, afanados en sujetarlo.

—¿Por qué no vamos adentro, Anne Marie? —preguntó Lupita, acercándose a la muchacha—. Seguramente querrás refrescarte tras tan largo viaje.

—No, milady. Se lo agradezco, pero prefiero quedarme aquí.

—Matthew, vamos a dar una vuelta a caballo, hijo —fue Zalo quien intentó razonar con él ahora—, tomemos un poco de aire...

—No, abuelo. Quiero terminar con esto de una buena vez —gruñó, volviendo a dirigir la mirada sobre Anne Marie—. Esta mujer no hizo más que intentar destruir la relación que tenía con Alissa desde el primer día que la conocí, y ahora pretende venir a mancillar su nombre estando

muerta. ¡Y eso no lo voy a permitir!

—Yo no estoy mancillando a nadie. Fue ella quien me pidió que escribiera esa carta —aseguró Anne Marie, comenzando a alterarse también—. Yo no miento...

El enojo de Matt pareció exceder los límites, tornando su rostro de un color tan rojo como la grana.

—¡Estás loca! ¡No haces más que hablar incoherencias! ¿Cómo una muerta pudo pedirte que escribieras una carta? Y todavía peor, ¿cómo una mujer muerta pudo pedirte que me mintieras?

—Y que mintiera sobre qué —intervino Nathe, provocando que aquella intensa escena se rompiera.

Los ojos de todos se giraron sobre Nathaniel, quien se había llevado ambas manos a la boca en un gesto inconsciente.

—Lo siento —se disculpó, agachando la vista cuando todos los ojos se posaron sobre él.

—Creo que lo mejor será que los dejemos a solas —suspiró Lupita—. Es claro que ustedes dos tienen que hablar a solas.

—Yo no me quedaré a solas con esta mujer ni estando muerto —bramó Matt—. Es más, no soporto estar un minuto más en su presencia. Me largo de aquí.

—¡No! —chilló Anne Marie, sujetándolo por el brazo.

Matt le dedicó una mirada asesina, pero ella no lo soltó ni dio marcha atrás.

—Te diré lo que he venido a decirte Matthew Collinwood, y no me marcharé de este lugar sin ti.

Los ojos de Matt se abrieron al máximo posible, desconcertado.

—¿Que tú qué...?

—No me marcharé sin ti —repitió ella, mostrando una valentía sorprendente tomando en cuenta el grado de enojo que había adoptado el rostro de Matt—. He venido a hablar contigo y a pedirte que me acompañes de vuelta a Inglaterra. Es algo inusual, es cierto, pero lo hago por un buen motivo, y no puedo marcharme sin ti, Matthew.

Matt la observó fijamente por un par de minutos, manteniendo una expresión inescrutable, antes de girarse hacia su familia.

—Ya está, ¡se ha vuelto loca! Padre, has viajado con una loca —se volvió una vez más hacia Anne Marie, riendo falsamente—. No sé de dónde has sacado la idea de que viajaré contigo a Inglaterra, pero será mejor que te la vayas quitando de una vez de la cabeza. Eso no va a pasar —adoptó una expresión severa, soltándose de su agarre—. Jamás.

—¡Espera...! ¿A dónde vas? —Anne Marie intentó sujetarlo por el brazo una vez más, pero fue inútil.

—Me largo de aquí —gruñó él, continuando su camino en dirección a la puerta.

—¡Matthew, Alissa está viva!

Matthew se paró en seco y Anne Marie no desaprovechó la oportunidad de continuar hablando.

—Es verdad, Matthew. Es eso lo que he venido a decirte. Alissa vive, y te necesita. Es ese el motivo por el que debes venir conmigo a...

—¡No...! —la voz de Matt sonó como un rugido ronco y bajo, aunque al hablar se mantuvo fijo en su lugar, sin mover un músculo, de espaldas a todos—. No te atrevas a mentir con eso, Anne

Marie. ¡No te atrevas...!

—¡No lo hago! —aseguró ella, con voz firme—. Jamás lo haría. Sé cuánto la amabas... Cuánto la amas —se corrigió, intentando encontrar las palabras adecuadas en esa difícil situación—. Es éste el motivo por el que te he venido a buscar, Matthew. Alissa vive y te necesita. No puedo regresar sin ti...

—¿Cómo...? ¿Cómo es posible que Alissa esté viva? —intervino Lupita, intentando razonar con la muchacha—. Eso es imposible. John nos dijo que había muerto...

—El tío John mintió. Todos lo hicimos... por petición de Alissa —contestó Anne Marie, con voz taciturna—. Sé que es difícil de entender, tanto como de explicar, pero deben confiar en mí. Lo que digo es cierto. Alissa vive. Sobrevivió a la caída del caballo, sólo que no desea que nadie lo sepa, y nos pidió a todos los que vivimos con ella que la hiciéramos pasar por muerta.

—¿Por qué Alissa pediría una cosa así? —preguntó Alexander, tan extrañado como los otros—. Ella quería a Matthew, iba a casarse con él... —se calló abruptamente, al asumir que había hallado el motivo por el cual Alissa habría querido hacerse pasar por muerta.

—Ella se olvidó de mí —musitó Matthew, componiendo la frase que su hermano mayor no pudo—. Decidió hacerme creer que había muerto para casarse con otro. ¿Es eso lo que has venido a decir?

—No, no pienses mal. Ella te quiere, siempre te ha querido...

—Entonces, no entiendo qué motivo pudo tener para mentirme con una cosa así —rugió Matthew, encarándola al fin—. Hacerme creer que había muerto todos estos años, cuando siempre estuvo viva. No entiendo cómo una persona que dice querer a otra, pudo hacerle algo así a alguien, a ese alguien que se suponía amaba... ¡Y es que no puede ser cierto! ¡Alissa jamás me habría hecho algo así!

—Matthew, te juro que te digo la verdad. No puedo explicarte más... Eso tendrás que hablarlo con ella personalmente.

Matt la miró de frente, sus ojos dos rendijas colmadas de dolor y furia.

—Lo que dices es imposible.

—Matthew, créeme. Mírame a los ojos y ve en mi interior. Alissa siempre dijo que eras capaz de leer a una persona con sólo verla a los ojos. Ve en mi interior y date cuenta, te digo la verdad. Alissa vive, ¡vive!

Matthew la observó fijamente por un par de minutos... Y todo cuanto pudo ver en esos ojos desesperados fue la verdad.

Pero no... ¡no podía ser! ¿Alissa estaba viva? ¿Cómo podía estar viva! ¿Cómo pudo apartarlo de ella todos esos años en los que la dio por muerta, sufriendo en silencio por su ausencia? ¿Cómo pudo hacerle eso...?

El piso se movió bajo sus pies y ahora debieron sujetarlo entre su abuelo y su hermano mayor para evitar que se desplomara contra el suelo.

—No es posible... —musitó, desconcertado como nunca en su vida, incapaz de creer que la única persona a la que había amado en su vida lo traicionara de una manera tan vil—. ¡No es posible!

—Siento si lo que te digo te resulta duro o difícil de creer —se disculpó Anne Marie,

visiblemente consternada—. No era mi intención contarte la verdad de este modo... Todo cuando deseo es que vengas conmigo a Inglaterra. En cuanto veas a Alissa lo comprenderás todo...

—¿Ver a Alissa? —musitó Matt, sintiendo que su sangre comenzaba a bullir en sus venas a causa de un naciente rencor que provenía del más puro dolor—. ¿Por qué iría a verla, después de lo que me ha hecho pasar estos siete años...? —se calló abruptamente, sabiendo que había revelado demasiado. Demasiado de su dolor que hasta entonces había mantenido oculto sólo para sí mismo.

—Porque ella te necesita, Matthew —contestó Anne Marie con toda seguridad en la voz.

—Si ella no ha querido verme en todos estos años, no voy a ir yo corriendo a verla ahora, sólo porque se le ha ocurrido cambiar de opinión —gruñó, soltándose bruscamente de los brazos de su abuelo y su hermano para dirigirse de nuevo en dirección a la salida.

—¿Ella no sabe nada de esto! —exclamó Anne Marie—. ¡Ella nunca me pediría que viniera a buscarte! Si lo hice, fue por mi propia decisión.

El rostro de Matt se crispó por la confusión y el enojo.

—¿Estás loca, mujer? ¿Estás diciendo que ella no sólo me ha mentado, sino que todavía no quiere verme y pretendes que parta contigo en su búsqueda? —bramó Matt, riendo irónicamente—. ¡No soy idiota!

—Matt, por favor... —ella lo alcanzó antes de llegar a la puerta y se colocó delante de él, bloqueándole el paso—. No tiene sentido, es cierto, pero tienes que ir —dijo Anne Marie con voz cortada por la agitación—. ¡Tienes que ir! Si realmente la amas, si la amaste alguna vez, por ese amor que decías sentir por ella, por favor, tienes que ir a verla... —lo miró a los ojos, bañados de lágrimas—. Todo quedará explicado nada más la veas.

Matt pareció dudar por primera vez. No sólo era la mirada de Anne Marie, era la súplica en sus ojos, en su voz, en su postura humillada, rogándole que la escuchara, que partiera con ella.

—Todo cuanto dices es una locura, Anne Marie. Llegas después de siete años a contarme que Alissa vive, que me ha mentado todo este tiempo fingiendo su propia muerte, y que ahora, de repente, me necesita con urgencia, pero que ella no ha sido quien me ha mandado llamar. ¿Por qué he de creerte, Anne Marie? —le dedicó una profunda mirada de desprecio—. ¿Por qué he de creerte a ti? Tú que siempre intentaste amargarle la vida a Alissa...

—Matthew, puedes pensar de mí lo que quieras, lo aceptaré sin poner objeciones. Pero no hablo en mi favor, lo que te pido que hagas es en nombre de Alissa, la mujer a la que amas. No puedes negarte a ella. A mí insúltame y dime cuanto quieras, pero no a ella, no a Alissa. No ahora que te necesita.

—¿Por qué...? —Matt levantó la vista, sus ojos nublados por el mar de pensamientos que lo atormentaban—. ¿Por qué ahora?

—Mi tío John está enfermo, Matthew. Él es anciano, su cuerpo ha vivido lo suficiente, y necesita descansar. Está a las puertas de la muerte, pero él no se da por vencido, y no por no desear morir, él sabe que ha llegado su hora. El tío John sigue luchando porque no quiere dejar sola a Alissa.

—¿Sola? —Matt frunció el ceño—. ¿Quieres decir que no se ha casado?

—No, por supuesto que no. Alissa te quiere a ti, siempre te ha querido a ti —posó una mano

sobre su brazo—. Y te necesita a su lado, Matt... No puedo darte detalles. Sólo te pido que confíes en mí lo suficiente para creer que lo que te digo es cierto, que ella te necesita. Te ha necesitado siempre, pero ha sido hasta ahora que me he aventurado a venir a buscarte. El accidente que sufrió Alissa no la mató, pero sí la cambió... Ella... —suspiró, negando con la cabeza—. No puedo revelarte más. Fue ella quien decidió ocultarte la verdad, y debe ser ella quien te explique sus razones. Todo cuanto puedo revelarte es que te ama —lo miró a los ojos—. Te ama como siempre te ha amado y te necesita a su lado. Y también el tío John —añadió en tono bajo y triste—. No le quedan muchos más días a mi pobre tío, pero sé que resistirá hasta más allá de sus posibilidades por temor a abandonar a Alissa a su suerte. Y tú eras el único hombre en quien confiaba para darle la mano de su adorada hija, Matthew...

Matt se quedó mirando fijo a la nada, su rostro un muro infranqueable.

Anne Marie, embargada por la desesperación, se aproximó más a él, intentando conseguir algo de él.

—Matthew, no puedo explicarte más. Hacerlo rompería la confianza que ha depositado en mí mi prima. Ya lo estoy haciendo al venir a verte, pero no podía dejar de hacerlo... —balbuceó, sintiéndose impotente. Tenía que convencerlo, había soltado todo su arsenal y no tenía idea si había conseguido siquiera un atisbo de esperanza en él—. Verás, ella... Alissa te necesita, Matt. Te necesita tanto como no te imaginas, como ni siquiera ella se lo imagina...

—Niña, por favor... —Zalo alzó una mano, pidiéndole que callara—. Lo que estás diciendo no tiene lógica. Matthew recibió esa carta hace siete años, ¿por qué venir a revelarles estas verdades hasta ahora? Incluso si John estuviese enfermo, ¿no debió decir algo antes? ¿Por qué encubrirle la verdad a Matthew si sabía que él amaba a su hija?

—Yo no soy quien para explicar nada —los ojos de Anne Marie estaban nublados por las lágrimas, aun así habló con firmeza, sin dejar de mirar a Matt a los ojos—. Sé que es difícil de creer, y puedo darte los detalles que quieras con respecto a mi participación en esa carta, pero no los motivos. Esos sólo te los puede explicar Alissa. En cuanto a mí, he venido a pedirte, ¡no!, a suplicarte, a rogarte... —se arrodilló delante de él ante la sorpresa de todos— que vengas conmigo.

—Anne Marie, por favor, levántate —le pidió Matthew, inclinándose para ayudarla a incorporarse. Ella se lo impidió, soltándose a llorar, humillada como nunca en su vida.

—Por favor, Matthew, mi prima te necesita. Te necesita sinceramente, de lo contrario yo nunca habría venido a verte. Debes creerme, confía en mí por favor, por el amor que alguna vez dices haberle tenido, te lo suplico, regresa conmigo a Inglaterra, ve con ella...

Matt parecía en otro mundo, un ser etéreo atrapado en un cuerpo mortal. Sin decir palabra, se alejó en dirección a la puerta y entró en la casa.

Anne Marie, todavía aturdida por el llanto, observó desconsolada esa escena. Había dado todo, había abierto de lleno su corazón en aras de ayudar a su prima, y la habían pisoteado, y para colmo, en presencia de toda la familia Collinwood.

—Tranquila, hija —le dijo Zalo en voz baja, forzándose en hablar en inglés, abrazándola paternalmente por los hombros—, todo irá bien. Ya verás.

—Madre, yo iré con él —anunció Alexander.

—De eso nada, tu hijo habrá nacido para cuando regreses. Iré yo —intervino William—. Yo acompañaré a Matthew.

—Me parece bien, siempre y cuando yo vaya contigo —convino Benjamin.

—Creo que se olvidan de que acompañan a una dama —dijo Lupita—, debe ir una chica como carabina.

—Te doy toda la razón, cariño —Richard tomó parte en el asunto—. Debemos buscar una carabina adecuada, no podemos permitir que el honor de la señorita Anne Marie se ponga en juego.

—Escribiré una carta al convento de las Carmelitas —pensó Lupita en voz alta—. La madre superiora siempre se ha mostrado dispuesta a socorrernos, buscando compensar nuestra ayuda para el convento como benefactores. Estoy segura que alguna de las hermanas no dudará en acompañarnos a cambio de una generosa retribución.

—No es necesario, Raúl se embarca esta misma semana a Europa. Acompañará en su viaje a su hermana Giny —comentó Benjamin—. Estoy seguro que a Giny le encantará la idea de hacer de dama de compañía de Anne Marie durante el viaje.

—¡Eso sería maravilloso! —convino Lupita. Aldo Valenzuela había sido el capataz de la hacienda La Guadalupana hacía veinte años. Raúl, su hijo mayor, era el mejor amigo de Ben, y los Valenzuela eran prácticamente familia para los Collinwood. Contar con la compañía de Ginebra y Raúl Valenzuela no sólo resultaría perfecto para Anne Marie, sino también beneficioso para los hermanos, puesto que en varias ocasiones Raúl venía a sumarse como uno más del clan, dispuesto a sacar la cara por sus hijos tanto como sus hijos por ellos. En otras palabras, eran prácticamente hermanos sin lazos de sangre.

Richard asintió, intercambiando una mirada de aprobación con su mujer.

—Muy bien, es una buena idea. Ben, parte ahora mismo a su casa y habla con Raúl, asegúrate que entienda el asunto y que esté de acuerdo. Ofrecele un pago a cambio, además del coste de los boletos.

—Raúl jamás aceptará dinero, padre. Es parte de la familia, y él así se siente. Ofrecerle un pago a cambio sólo lo ofendería.

—Tiene mucha razón, Richard —consintió Lupita—. Aunque no vendría mal costear los pasajes, Ben. Sé que Giny ha tenido que trabajar duro para ahorrar lo suficiente para pagarlos, y bien podría usar ese dinero para sus gastos personales cuando llegue a Europa. Plantéale el tema de esa manera.

—Como usted diga, madre —asintió Ben con la cabeza—. Con su permiso, señorita —se despidió de Anne Marie antes de alejarse por los jardines.

—Yo iré al pueblo, tengo un amigo que conoce a un capitán de una línea que suele partir con regularidad a Europa. Le preguntaré cuándo zarpa el siguiente barco rumbo a Londres —comentó William, saliendo apurado tras los pasos de su hermano.

—Yo iré con Matthew. Dudo que diga una palabra, pero necesitará estar acompañado en estos difíciles momentos —comentó Alexander a su mujer, dándole un beso en los labios antes de alejarse por el mismo camino que minutos antes tomara Matt.

—Te acompaño —Nathaniel se apuró en alcanzarlo—. Tengo un par de trajes nuevos que estoy

seguro podrá utilizar en el viaje.

—Cedric, Jakob, vengan conmigo a mi estudio. Los necesitaré para enviar unos cuantos mensajes urgentes —les ordenó Richard, dirigiéndose a la casa con rápidas zancadas, flanqueado por sus dos hijos.

Anne Marie se quedó en el suelo de la terraza. Su rostro todavía contorsionado por las lágrimas. Incapaz de comprender lo que sucedía, se puso de pie con ayuda del anciano que en ningún momento no se había movido de su lado.

No había entendido una palabra. Todos hablaban en español, se movían y actuaban a su alrededor como si ella no existiera. Y era así como se sentía.

Una mujer mayor de aspecto elegante y sonrisa amable se acercó a ella y le secó el rostro con su pañuelo, habándole con suma ternura en español.

—Es mi mujer, Calita —le tradujo Zalo, en un inglés forzado—. Dice que te preparará un té para los nervios que te hará sentir mejor.

—Ven conmigo, linda —se adelantó a decirle Lupita después de dar un par de órdenes a unas doncellas. La cogió por los brazos con gesto maternal y la abrazó, conduciéndola con ella al interior de la casa—. Querrás descansar un poco después de tu viaje.

—No puedo... —Anne Marie, confusa todavía, no dejaba de sollozar—. Necesito convencer a Matthew... Mi prima no puede esperar... —gimió, soltándose a llorar sobre el hombro de Lupita.

—Calma, querida, calma —Lupita la abrazó con el cariño que una madre le habría profesado a su hija—. El viaje es largo, y no todos los días zarpan barcos rumbo a Europa. Los muchachos se asegurarán de partir cuanto antes sea posible.

—¡Pero no puedo partir de regreso sin él!

—Lo sé, lo sé. Matthew te acompañará, por supuesto —le aseguró Lupita—. Ahora mismo está haciendo sus maletas.

—¿Lo hará...? —Anne Marie le dedicó una mirada mezcla de asombro y confusión—. ¿Quiere decir que Matthew ha accedido a viajar?

Lupita soltó una carcajada y asintió.

—Disculpamos a todos, estamos tan habituados a nuestra manera de actuar que a veces nos olvidamos de dar explicaciones —le sonrió—. Matt irá contigo, de eso no hay duda.

—¿Cómo ha dicho...? —Anne Marie estaba lívida. Se atrevió a hacer un asomo de sonrisa—. ¿No lo estoy soñando? ¿Realmente ha dicho lo que he escuchado? ¿Matthew irá conmigo? ¿Me acompañará a Inglaterra a ver a mi prima?

—Querida, Matthew podrá parecer rudo, pero conoce su deber —le explicó Zalo—. Irá a ver a tu prima. Antes se lanzará de un acantilado que atreverse a romperle el corazón a Alissa.

—Aunque conociendo a ese hombre, tal vez lo haga con tal de no tener que plantarle cara nuevamente a la sociedad londinense —bromeó Lupita, pidiéndole con un gesto a Clara, quien llevaba de la mano a Lucy, y a Calita, que las acompañaran a la casa.

Su comentario, en lugar de calmar a la mujer, sólo provocó que Anne Marie se desvaneciera.

—¡Anne Marie! —chilló Lupita, cuando la pobre mujer, temblorosa como una hoja de otoño, se derrumbó allí mismo, con la suerte de que Zalo y Lupita alcanzaron a sujetarla a tiempo antes de que se desplomara sobre el piso.

Había caído desmayada de alivio.

5

MATTHEW APENAS CONSEGUÍA PENSAR. Apoyado en el barandal del barco a media noche, observando la luna llena sobre las oscuras aguas del Atlántico, todo cuanto tenía en su mente era a Alissa.

Por siete años había llorado su recuerdo, había adorado a una mujer que llegó a idolatrar como a un ángel perfecto que tuvo la nobleza de amarlo en vida.

Ahora, a sus ojos, esa mujer se había convertido en una estatua de roca oscura y fría.

Ella no lo amaba, nunca lo amó. De otra manera, jamás habría concebido un plan tan cruel contra él, fingiéndose muerta cuando sabía muy bien cuánto la amaba, que todo cuanto él hacía era partirse el lomo en el intento de ganarse un lugar digno en el mundo para estar a su altura y así poder pedir su mano, para realizar el sueño añorado por ambos de convertirse en marido y mujer, formar una familia y pasar junto el resto de sus vidas. O al menos, así él lo había creído. Ahora sabía que ese sueño sólo había sido una ilusión existente en él, una quimera jamás compartida.

—¿Sabes qué le dirás cuando la veas? —escuchó una voz a su lado. Matt no necesitó volverse para reconocer en esa alta figura a William, esa melena rubia desarreglada era única.

—Aún no —contestó con sobriedad, sin desviar la vista del océano—. Me temo que tendrá que ser una interpretación improvisada llegado el momento.

Will sonrió y asintió, palmeándole el hombro.

—No tienes nada de qué preocuparte, nunca te faltaron las palabras para hablar con esa mujer. Dudo mucho que ahora sea diferente.

—Han pasado siete años, Will. Todo el mundo cambia... Y en lo que respecta a Alissa, pudo hacerlo tanto que ahora no podría siquiera reconocerla. Después de todo, al parecer nunca fue la persona que yo creí.

Will suspiró, llevándose a los labios la copa de tequila que tenía en la mano, pero al fijar los ojos en el líquido claro, se detuvo, pensativo, y desvió la mano en dirección a su hermano.

—Toma, tú lo necesitas más que yo —le dijo, ofreciéndole su bebida.

Matt sonrió y cogió la copa para vaciarla de un solo trago.

—Me parece que necesitarás más que eso, hermano —sonrió William, pasándole un brazo sobre los hombros—. Vamos, hermanito, sé dónde Benjamin guarda una botella de tequila que nos

vendrá estupendamente para esta ocasión, considerando que para estas alturas debe estar tan ocupado con esa joven camarera con la que se enredó durante la cena, que no tendrá forma de echarla en falta hasta que tú y yo hayamos terminado con ella.

Matthew y William rieron a carcajadas, alejándose por la cubierta rumbo a sus camarotes.

Anne Marie, oculta en un oscuro rincón, dio un suspiro de alivio, mientras los observaba en la lejanía descender por la escalera. Se cubrió más el rostro con la capucha de la capa negra antes de decidirse a partir por el mismo camino por el que había llegado. No obstante, al dar la media vuelta, se dio de frente con una persona que le salió al paso, y que obviamente se había mantenido oculta entre las sombras, observándola.

—¿Se puede saber qué está haciendo nuevamente aquí? —siseó Anne Marie, girando la cabeza en ambas direcciones para cerciorarse de que no había nadie por los alrededores que pudiera verlos.

—Es la misma pregunta que yo iba a hacerle en este preciso instante —contestó Raúl Valenzuela, cogiéndola por un brazo—. ¿Hasta cuándo piensa que va a salir airosa de este juegoito suyo de escabullirse a media noche de su camarote para seguir a los Collinwood? Mi hermana no dejaba de llorar cuando esta noche, al despertar, se dio cuenta de que usted no estaba en su cama ¡otra vez!

—Ya le dije que no se meta en mis asuntos —siseó Anne Marie, forcejeando para soltarse—. Sé bien lo que hago.

—Me meto porque es a mi hermana a la que han encargado para hacerle de carabina, y su nombre es el que se está jugando. Si usted se mete en un lío, ella será la responsable.

Anne Marie suspiró, molesta. Sentía simpatía por Ginebra, la hermana de Raúl, una mujer viuda que rondaba los cuarenta años con tres hijas, dos casadas y una, la menor, internada en el colegio. Toda su vida había deseado ir de viaje a Europa, según ella misma le había contado, pero después de toda una vida de privaciones y ahorro para sacar adelante a sus tres hijas, se había resignado a la idea de jamás hacer realidad su sueño, hasta el día en el que su hermano menor la sorprendió regalándole los pasajes y ofreciéndose a acompañarla en su añorado viaje.

Era una mujer tan dulce que todo el mundo solía llamarla Giny de cariño. La barrera de la lengua no había sido un impedimento para que ambas llegaran a congeniar, aunque Anne Marie no había conseguido explicarle el motivo por el cual necesitaba vigilar a Matthew, y mucho menos podría hacerlo a través de Raúl. Ese hombre mexicano rudo e irascible era como el mismo demonio, y a pesar de que hablaba bastante bien el inglés, comunicarse con esa bestia habría sido tarea de locos.

—Me disculparé con Giny por la mañana —le hizo saber Anne Marie, sin dejar de tironear—. Ahora, si me lo permite, pretendo regresar a mi camarote e irme a dormir.

—Me parece una idea bastante buena, considerando que es media noche y que se suponía era eso precisamente lo que debería estar haciendo hace dos horas —bramó el hombre, sin soltarla—. Y si me lo permite —repitió sus palabras—, la escoltaré del brazo hasta su habitación para asegurarme de que llegue a salvo.

—No necesito que me acompañe —bufó ella—. Si alguien nos ve, podría provocar rumores que...

—Me importa un bledo lo que la gente diga. Si es necesario la meteré en la cama y la amarraré con las sábanas para asegurarme de que se quede allí, y no vuelva a provocarle a mi hermana un ataque de histeria. ¡Maldito el día en el que consentí acompañarla en este viaje!

—Si le recuerdo, el favor fue pedido a su hermana, no a usted —Anne Marie le dirigió una mirada iracunda—. Ahora, le pediré un favor a usted, ¡suélteme de una vez! —forcejeó en vano con él—. Me está lastimando.

—Si la lastimo es por su culpa, señorita. Debería quedarse quieta y hacer lo que le digo, o...

—¿O qué? —lo desafió Anne Marie, sin ceder ni un poco.

—La llevaré cargando si es necesario —amenazó, aproximándose tanto a ella que Anne Marie pudo sentir la calidez de su aliento sobre los labios.

—No se atrevería... —musitó ella, con voz entrecortada.

La mirada que le dedicó el hombre era de completa decisión.

—Yo cuido de mi hermana, señorita —le hizo saber, hablando muy lento, como si esperara que ella se grabara cada palabra—. La cuido donde sea y de quien sea. Y si debo protegerla de una inglesa consentida y presumida como usted, lo haré, ¡aunque tenga que andar siguiéndole los pasos por todo el maldito barco! De noche o de día, con tal de asegurarme de que nada le pase a usted, le seguiré los talones. ¡Haré lo que sea para evitar que mi hermana sufra por andarse preocupando por una mujer desagradecida e indolente que no merece la pena!

Sus palabras parecieron surtir efecto por primera vez. El rostro de Anne Marie se desfiguró, claramente herido por el agujonazo envenenando dirigido contra ella.

Raúl, sabiendo que había vuelto a abrir la boca de más, la soltó al fin, sin dejar de observarla fijamente. No había esperado que ella se sintiera dolida por sus palabras. Desde el primer instante en que la conoció, esa inglesa de alta cuna no había hecho más que dedicarle miradas altivas y despectivas, obviamente sintiéndose superior a él. El que los Collinwood lo presentaran como un amigo de la familia, hijo de una familia de buen nombre y alta estima en el pueblo, no había significado nada para ella. Un buen apellido en México era insignificante en comparación con un buen apellido inglés. No significaba nada al ponerlo al lado de un título de nobleza, que su familia tenía. Para esa mujer de alta sociedad, él no era más que un sucio labriego mexicano que no le llegaba ni a la suela del zapato.

Nunca esperó que ella fuera a reaccionar de esa forma ante algo que él pudiera decirle. Noche tras noche desde que habían zarpado, la había seguido mientras ella observaba a Matthew Collinwood en silencio, oculta entre las sombras. Al principio le había parecido extraño, pero a esas alturas comenzaba a cansarse de sus hábitos nocturnos tanto como de los llantos histéricos de su hermana mayor al llamarlo para pedirle ayuda cuando al despertar descubría la cama de la mujer vacía, una vez más.

Sin decir palabra, se enderezó y se aproximó más a ella, si es que eso era posible, escrutando su rostro entre las sombras. A la luz de la luna incluso parecía bonita, con ese rostro pálido y fino, salpicado de pecas doradas.

—¿Qué es lo que pretende al venir aquí cada noche, señorita? —le preguntó en voz baja y

ronca, intentando razonar con ella—. Porque si es lo que pienso, déjeme decirle que no va a conseguirlo.

—¿A qué se refiere? —Anne Marie le dirigió una mirada turbada, intentando ocultar el nerviosismo que su proximidad le provocaba. Sus cuerpos estaban tan cercanos, que podía sentir el calor de su cuerpo incluso a través de las capas de ropa que los separaba.

—Vamos, no se finja que no sabe de qué hablo —le dijo él en voz tan baja que se había vuelto prácticamente un susurro—. Sólo hay un motivo por el que una mujer iría en busca de un hombre a mitad de la noche...

—¿Cómo se atreve! —chilló Anne Marie, enrojeciendo hasta la coronilla—. ¡Yo jamás sería capaz de algo así!

—No tiene que hacerse la inocente conmigo, yo para usted no cuento para nada, ya lo sé. Lo que no entiendo es para qué demonios fue a buscar a Matthew y le pidió que fuera a ver a su prima, si sus intenciones eran seducirlo durante el viaje... —la bofetada que hizo callar al hombre restalló por los rincones del barco.

Anne Marie, apretándose la mano con la que lo había golpeado, todavía palpitándole a causa de la bofetada, le dirigió una mirada de completa indignación.

—Yo nunca, ¿me escucha?, ¡nunca haría algo como eso! —Anne Marie temblaba mientras hablaba, furiosa—. Si he seguido a Matthew cada noche ha sido por algo que me dijo su madre antes de partir, algo que me hizo temer que él se fuera a lanzar al océano antes de volver a ver a Alissa. Y no puedo permitir que él haga eso... —su voz se quebró, atormentada por el cansancio y la frustración que ese viaje había ocasionado en ella. En realidad, exhausta por la culpa que había tenido que cargar esos últimos siete años...

Raúl arqueó una ceja, confuso, volviendo a aproximarse a ella hasta que sus cuerpos prácticamente se rozaron.

—¿Quiere decir que lo está siguiendo para evitar que se suicide?

Anne Marie inspiró hondo, todavía pálida y trémula a causa del sobresalto. El aroma a hombre mezclado con el olor a lavanda y lino invadieron sus pulmones, embargándola de sensaciones que nunca antes se habían despertado en su interior.

—Sí —contestó, forzándose a mantenerse serena y concentrada en el tema, apretando los labios hasta formar una delgada línea—. Así es. Temo por su vida. Su madre me dijo que era un hombre solitario y de apariencia ruda, pero antes se lanzaría de un acantilado que atreverse a romperle el corazón a Alissa. Así pues lo he seguido, temiendo que la palabra de su madre se cumpla. Sé lo que él siente por ella, sé lo que vi en sus ojos cuando hablé con él y le revelé la verdad acerca de mi prima. Sé que él la odia... Y temo que antes de atreverse a encararla una vez más, decida terminar con todo lanzándose al océano y poner fin de esa manera a su sufrimiento.

La carcajada que soltó Raúl la hizo trastabillar por la impresión. El hombre se apuró en cogerla entre sus brazos y no se molestó en soltarla, manteniéndola aferrada contra su pecho en un medio abrazo que la ruborizó hasta la coronilla. Escuchó a través de los pliegues de su camisa y solapa, colocadas al descuido, el retumbar en su pecho de su risa acalorada y sonora, chocando contra el frío silencio de la noche acompañado únicamente por el sonido de las olas del océano.

—Mujer, puede usted irse a dormir tranquila esta noche, y todas las que restan del viaje —le

dijo Raúl, limpiándose una lágrima con el índice, todavía divertido por la mirada atónita que Anne Marie le dedicaba—. Matthew Collinwood no se tirará por la borda, se lo aseguro.

—Pero... ¡Oiga deje de reírse de una vez! —lo reprendió Anne Marie, visiblemente molesta, alejándose de su abrazo—. Lo que digo es en serio, su madre me lo dijo.

—No se ofenda, señorita, pero usted no conoce a los Collinwood como yo. Su madre no intentaba asustarla, por el contrario, pretendía tranquilizarla con sus palabras. Todo cuanto quiso decirle fue que Matthew se comportaría como un caballero, no advertirle de una especie de tendencia a terminar con su vida. Y en lo que respecta a Matthew, ese hombre no se quitaría la vida ni aunque lo dejaran abandonado en el desierto con sólo una pistola como medio de escape. Él no es así. Ese hombre es un luchador, buscaría la forma de escarbar la tierra con la pistola para conseguir agua o inventarse la manera de regresar a casa, antes que usarla contra sí mismo.

—¿Está seguro de eso? —Anne Marie entornó los ojos, visiblemente aliviada.

Raúl, sin dejar de sonreír, posó una mano sobre su hombro, en un gesto demasiado personal que Anne Marie no pasó por alto.

—Señorita, conozco a Matthew desde que ambos usábamos pañales y creíamos que lo más divertido del mundo era montar a todo galope sobre el lomo de un caballo. Mathew nunca se suicidaría... —se acercó más a ella, bajando el tono de voz—. Escuche bien, yo sé en carne propia cuánto quiso a su prima y puede creerme. Si Matthew no se mató cuando creyó muerta a Alissa, no lo hará ahora, que sabe que está viva. Se lo aseguro.

Anne Marie tragó saliva, sintiéndose extrañamente incómoda con la proximidad de ese hombre sobre ella. Hasta ese momento nunca se había molestado en verlo a la cara, demasiado preocupada por su misión de llevar a Matthew a salvo ante Alissa. Ahora que lo veía tan de cerca, pudo percatarse de tantas cosas que antes había pasado por alto, como la perfección de esa tez morena, prácticamente inmaculada, o esos ojos negros tan intensamente brillantes bajo la luz de la luna, o esos labios masculinos que sonreían ligeramente al verla, en un intento de tranquilizarla...

—Se lo agradezco... —contestó ella en un susurro, dejándose llevar por esa incomodidad que comenzaba a convertirse en un sentimiento agradable, lleno de emoción—. Yo... Creo que lo mejor será que me vaya a la cama, entonces.

Raúl carraspeó, como si la mención de aquella palabra le provocara cierta incomodidad.

—Me parece una buena idea —sonrió una vez más, en esta ocasión de manera un tanto forzada—. La acompañaré...

—No hace falta —se apuró en decirle Anne Marie, rebujándose en su capa—. Buenas noches, señor Valenzuela. Nos vemos por la mañana.

—Sí... Nos vemos, señorita —contestó él en voz baja, observándola partir a toda carrera en dirección a los camarotes, apoyándose contra un poste cercano para obligarse a no salir tras ella

6

ALISSA TOMÓ EL PINCEL e impregnó la punta con pintura, echó un vistazo a los pétalos rojos de la rosa que tenía delante de ella e intentó plasmar la sutil belleza de la flor en el papel. Dio una pincelada tenaz, esparciendo el color por los pliegues de los trazos que había hecho al carbón minutos antes, cuidando de no tocar los bordes para no salirse. De pronto, el brazo le tembló en una sacudida y un manchón de pintura fue a caer en el centro del dibujo, arruinándolo por completo.

—¡Esto es imposible! —gruñó, lanzando lejos el pincel.

—Tal vez si se decidiera a hacer los ejercicios que le mandó el médico, no le costaría tanto trabajo un esfuerzo tan pequeño como sostener un pincel, milady —le dijo Fanny, agachándose a recoger el pincel del suelo antes de que terminara manchando la alfombra.

—Y tú deberías dejar de darme órdenes. Eres mi doncella, no mi madre —refunfuñó Alissa, cruzándose de brazos y dirigiendo la vista a la ventana, en un gesto infantil que cada vez era más común en ella.

—Mi adorada hija, será mejor que comiences a comportarte mejor con Fanny si no quieres terminar ofendiéndola, cosa que estoy seguro jamás osarías hacer —le dijo su padre, bajando el libro tras el cual había mantenido oculto el rostro.

Fanny le dedicó una sonrisa agradecida al anciano antes de aproximarse a la butaca donde yacía recostado para ayudarle a acomodarse la almohada. Alissa le dirigió una mirada agradecida, le gustaba la compañía de Fanny, en especial el cuidado que la mujer tenía hacia su padre.

Sin embargo, no podía evitar sentirse sola sin Anne Marie. Le costaba reconocerlo, pero extrañaba a su prima. Hacía semanas que había partido en un viaje de placer por Francia, España e Italia, pero hasta entonces no había escrito. El no tener noticias de ella le preocupaba, haciéndola temer lo peor. Aunque raras veces exteriorizaba su pesar.

El recuerdo de Anne Marie amargó el semblante de Alissa. Su prima se había convertido en una persona más importante para ella de lo que jamás habría supuesto. Cuando le avisó de su repentina partida a un viaje del que no había mencionado una palabra hasta ese momento, se mostró sinceramente desconcertada. Había esperado que su padre mostrara una negativa ante tal

loca idea, una dama de buena familia no partía sola de la noche a la mañana a hacer un viaje de placer. Pero su padre se había mostrado más que de acuerdo, y en cuanto Alissa dio a conocer sus inquietudes, provocando con su preocupación el asombro de su prima, ésta la tranquilizó dándole a entender que no partiría sola, y que el viaje no la llevaría muy lejos ni demoraría demasiado.

Aunque Alissa supuso que Anne Marie le ocultaba algo, no pudo hacer nada para detenerla. Su prima estaba decidida a partir.

Desde entonces, en silencio y sin que nadie lo notara, Alissa aguardaba cerca de la ventana, atenta siempre a algún cambio en el solitario camino que conducía a su casa, con la esperanza de que se tratase de su prima que volvía al hogar. Por más intentos que había hecho por no encariñarse con Anne Marie, lo cierto es que la quería, era su prima y había sido su única amiga durante esos difíciles siete años. Y aunque hacía muchas noches que ya no rezaba, no podía evitar lanzar una súplica silenciosa cada vez que miraba por la ventana, esperando que Anne Marie regresara a casa con bien.

De pronto, creyó distinguir un punto oscuro moviéndose en la lejanía a través del camino. El día terminaba y la luz era prácticamente nula, por lo que observar a la distancia le resultaba imposible. Además, nadie iba a verlos. Nunca. Por excepción del coche del médico una vez al mes, nadie se aventuraba a esos solitarios parajes.

—Es hora del té —anunció la señora Willson, de buen humor, entrando con una enorme bandeja con té humeante y una tarta de manzana recién hecha—. Milady, le he preparado su tarta favorita, no va a rechazar comer una rebanada, ¿verdad que no?

Alissa, con la vista todavía fija en la ventana, no contestó. Su padre, asumiendo el motivo de su mutismo a su constante depresión, se vio en la obligación de hacerlo por ella.

—Estoy seguro de que a Alissa le encantará comer no una, sino dos rebanadas de su tarta, señora Willson, ¿no es así, querida mía? —John la miró, acomodándose en su asiento con ayuda de Fanny para recibir la taza de té que la anciana le ofrecía en ese momento.

—¿Qué...? —Alissa ni siquiera se volvió, absorta en la ventana.

—Querida, te estoy hablando. Haz el favor de mirarme cuando lo hago —le pidió su padre, comenzando a alarmarse por la vaga atención de su hija.

—Sí, papá. Ve a descansar, yo me quedaré aquí... —contestó Alissa.

John intercambió una mirada turbada con la señora Willson y Fanny, desconcertado por el comportamiento de su hija, mucho más extraño de lo habitual. Una cosa era que ignorara a la señora Willson y a Fanny, otra muy distinta que no le prestara atención a él, su padre, el único ser humano con el que continuaba manteniendo un vínculo armonioso de respeto y afecto.

—Milady, ¿le sucede algo? —le preguntó la señora Willson, mirando también a la ventana—. ¿Se acerca alguien?

—No... lo sé —contestó Alissa, sin desviar los ojos de la ventana—. Está tan oscuro allá afuera...

La anciana pegó el rostro al cristal, enfocando los ojos en dirección al paisaje que se extendía al otro lado.

—Es cierto. No logro ver nada... No es sólo la oscuridad, el reflejo de nuestra luz me impide ver algo... Fanny, ven aquí, linda, por favor. Dinos si alcanzas a notar algo.

Fanny intercambió una mirada con John antes de aproximarse a la ventana.

—Lo siento, no veo nada —anunció tras un par de minutos, despegando finalmente la vista del cristal.

Se escucharon pasos provenientes de la cocina y Alissa desvió por primera vez la vista de la ventana para fijarla en la puerta, atenta a los cortos pasos que se escuchaban cada vez más fuerte, anunciando la pronta entrada de Karen y Ariel, las hijas de Fanny, y su mayor alegría en esa casa.

Si algo agradecía Alissa de la presencia de su dama de compañía, era vivir con ese par de ángeles que habían invadido su vida de luz y alegría, colmando cada rincón de la casa con sus risas, otorgándole no sólo a ella, sino a todos en esa casa, un renovado aire de vida.

—¿Qué se supone que estamos buscando? —preguntó Ariel, la primera en asomarse por la puerta.

—¿Papá tá allá? —Karen, la pequeña hija de dos años de Fanny, quien venía entrando en ese momento de la mano de Percival, el mayordomo, corrió al lado de su madre, lista para asomarse también por la ventana.

—Karen, ya sabes que papá no va a regresar más —le dijo Ariel con voz taciturna—. Está muerto, ¿recuerdas?

El rostro de Fanny se llenó de dolor y compartió una mirada afligida con la señora Willson. Pete y Neal se habían asociado hacía unos años en un negocio prometedor de minería. Obtuvieron buenos resultados por un tiempo, hasta que un trágico derrumbe terminó con la vida de ambos y la mitad de los mineros del lugar. La mina fue cerrada y cientos de familias lloraron las pérdidas de sus seres queridos, incluidas la señora Willson y Fanny, que enviudaron al mismo tiempo.

Para John, quien conocía a Pete prácticamente de toda la vida, fue muy dura la pérdida de tan querido amigo. Y para Alissa fue como perder a un abuelo, pues así era como quería a Pete. Sin embargo, saber que las pequeñas de Fanny habían quedado sin padre siendo tan pequeñas les rompió el corazón.

Pocas veces eran las que tocaban el tema, sin embargo, siempre que lo hacían Alissa se tensaba, sin saber exactamente qué decir. Ariel hablaba de ello con enojo. Karen aún esperaba a su padre en la puerta. ¿Cómo explicarle a una pequeña de dos años que su padre no regresaría más?

—No, linda, no es a papá a quien buscamos —le dijo Fanny a su hija pequeña—. Recuerda que él está en el cielo.

—Oh... ¿Y cando vene?

Fanny abrazó a la pequeña niña, acunándola contra su pecho.

—Cariño, tu papá es ahora un ángel. Está contigo, pero no lo puedes ver ni tocar, ¿pero sabes qué puedes hacer? Hablar con él, y cuando duermas él te contestará mandándote hermosos sueños —le dijo John, quien también se había acercado a la ventana y ahora hablaba a la pequeña niña como en otro tiempo lo hizo con su hija tras la muerte de su madre.

Alissa no pudo evitar sonreír ante el recuerdo. Su padre era el mejor. Podía ser que no compartieran la misma sangre, pero eso no importaba. Él era su padre, y siempre lo querría como tal. Como sabía que él la quería.

—¿Se han portado bien con el señor Percival? —preguntó John, cambiando de tema a

propósito.

—Sí, milord —contestó Ariel—. No lo molestamos ni una sola vez mientras terminábamos la merienda en la cocina, ni siquiera cuando él se quedó dormido y estuvo a punto de remojar su barba en su cuenco de sopa. Sólo le iba a decir algo cuando se inclinó tanto sobre su plato de sopa que temí que fuera a ahogarse, pero entonces él roncó tan fuerte que se despertó solito y no fue necesario decirle nada —contó con orgullo la niña, acompañada por los asentimientos de cabeza de su hermanita.

Alissa se llevó una mano a los labios para no reír allí mismo de la proeza tan considerable de la pequeña, de la que obviamente se sentía tan satisfecha.

Fanny abrió grande los ojos, avergonzada con el pobre señor Percival. El anciano le dedicó una sonrisa y supo que todo estaba bien entre ellos.

—Mamá... —llamó la pequeña Karen, tirando las faldas de su madre—, yo am pan.

—¿Quieres pan...? —preguntó Alissa, siguiendo el dedo de la pequeña hacia la humeante tarta de manzana que descansaba sobre la mesita de té.

—No, mi amor. Ya sabes que esa tarta es para lord Goldbridge y lady Alissa.

—Oh, vamos, Fanny, no seas tan dura con la pequeña. Ven Karen, tía Alissa te va a servir un buen trozo de tarta —le dijo Alissa, tendiéndole los brazos para que la pequeña montara sobre sus piernas—. Ariel, ¿quieres tú también un trozo?

—Sí, por favor, tía Alissa —sonrió la pequeña niña, siguiendo a su hermanita, quien ya se montaba sobre la silla con ayuda de Alissa. La mujer, que antes no había logrado sostener un pincel con presteza, ahora cargaba con total sencillez a la niñita de dos años y la acomodaba en su regazo.

—Vamos pues, princesa, el carruaje está en marcha, así que sujétese bien —sonrió Alissa triunfalmente, dirigiendo la silla con ayuda de Ariel en dirección a la mesa donde se encontraba su padre riendo alegremente mientras comenzaba a cortar los trozos de tarta para las pequeñas.

—Permítame milord, yo haré eso por usted —se apuró en decirle la señora Willson, corriendo en su ayuda antes de que el duque terminara manchando la fina alfombra con trozos de manzana.

De pronto, el sonido de cascos de caballos llamó su atención.

—Vaya, quién lo diría, realmente había alguien en el camino —comentó la señora Willson.

—¿Quién será...? —preguntó Alissa, volviéndose hacia el mayordomo, que ya había partido a abrir la puerta.

—¿Se tratará del médico? ¿Cuánto tiempo ha pasado de su última visita, Alissa? —quiso saber John, levantando la vista del plato de tarta que compartía en ese momento con Ariel.

—Ni dos semanas —contestó Alissa, sin despegar los ojos de la puerta por la que había partido Percival—. No puede ser él.

—Iré a ver de quién se trata... —dijo Fanny, incapaz de vislumbrar nada a través del cristal—. Probablemente sólo sea algún viajero perdido.

—Si es el médico, ciérrale la puerta en las narices —bromeó John—. Me siento estupendamente, y no necesito ninguna de sus medicinas de matasanos.

—Eso lo decidirá el doctor, milord —rio Fanny.

Se escucharon voces y gritos acompañado por el sonido de pasos en el corredor. Alissa

compartió una mirada turbada con su padre, quien se ponía de pie para ir a ver qué sucedía al otro lado de la puerta.

—Permítame señor, iré a ver qué está pasando —dijo Fanny, intentando evitarle al corazón de John una mala pasada. Caminó de prisa, dirigiéndose a la puerta para abrirla justo en el preciso instante en el que alguien más lo hacía por ella desde el otro lado.

Un grito ahogado escapó de la garganta de la mujer. Fanny se llevó una mano al pecho, trémula como si acabara de encontrarse de frente con un fantasma.

—¿Qué sucede, Fanny? —preguntó Alissa, tan extrañada como los otros por su reacción, girándose en la silla para ver de frente a la puerta.

Y en ese mismo instante el mundo se paralizó.

Todo sonido, toda luz, todo sentido se difuminó, y todo cuanto pudo ver, oír, oler, y hasta sentir como una carga que le electrizó la piel fue, al otro lado de la habitación, parado en el umbral de la puerta, a Matthew Collinwood.

7

ALISSA COMENZÓ A MAREARSE. No podía ser real... ¡No podía ser real!

Matt no podía estar allí.

Tenía que ser una jugarreta de su imaginación, como tantas veces le había ocurrido. Matt estaba en México, muy lejos de ella y de su mundo. Para él como para todos sus conocidos, ella había muerto, su tumba en vida era esa casa, ¿qué hacía él allí?!

Matt avanzó un paso, sus piernas se sentían de gelatina. En mucho tiempo no se había sentido tan frágil, temblaba como una hoja en el otoño, cada centímetro de su cuerpo trémulo a pesar de su intento de permanecer firme.

Ella estaba delante de él. Alissa. Viva... ¡Viva!

Intentó dar otro paso pero el cuerpo no le respondió y debió sostenerse del marco de la puerta para no caer.

Alissa, muda por el asombro, permanecía inmóvil en su lugar. Su rostro, pálido y un tanto demacrado, dejaba ver claramente su sobresalto. Sus labios, en otros tiempos siempre sonrientes, ahora yacían en un rictus severo. Casi tanto como el moño tirante que mantenía su cabello ordenado e inmaculado en la nuca. No más melena suelta al viento. No más muchacha alegre de antaño...

Ni siquiera se había puesto de pie para recibirlo, continuaba sentada en... Matt se quedó sin aire al notar las ruedas en la silla, sus piernas quietas bajo la manta de lana, la turbación en su expresión afectada, como si buscara la manera de esconder la realidad.

Alissa no podía caminar...

Ella lo observaba fijamente con sus enormes ojos azules y él leyó la verdad en ellos como si estuviera escrita con letras mayúsculas y a todo color.

Estaba inválida.

Matt notó el dolor en su mirada, la aflicción que ella cargaba en su corazón, el temor claro por ese enfrentamiento, que habría esperado nunca sucediera.

Y lo comprendió todo...

Ella no dejaba de mirarlo, incapaz de articular palabra. Matt se perdió en esos ojos azules. Esos ojos que lo siguieron noche tras noche, acompañados con su recuerdo, y que bien sabía lo

atormentarían hasta el último de sus días.

En cientos de ocasiones había soñado con ella, su cuerpo rodeado de una bruma llena de luz. Alissa le sonreía por encima del hombro antes de emprender el camino, alejándose de él, siempre alejándose a pesar de sus intentos por alcanzarla. Matt la llamaba, pero ella no se volvía. Trataba de gritar y ni un sonido salía de su garganta...

Pero ese no era un sueño. Esos ojos no eran parte de una alucinación. Ella estaba allí, frente a él, viva e inmóvil.

Un grito descomunal inundó su garganta y esta vez el sonido emergió con toda claridad, haciendo eco en la habitación hasta ese momento en completo silencio. Un grito gutural lleno de rabia y frustración.

—¡Matthew, no te alteres! —Anne Marie llegó a su lado, agitada por la carrera que había hecho al salir disparada tras los pasos de Matthew.

Durante el trayecto habían planeado la mejor forma de llegar ante Alissa. Acordaron que Anne Marie entraría primero y prepararía a Alissa para que no recibiera de golpe la noticia.

No obstante, en cuanto Percival, el mayordomo, se asomó por la puerta, Matthew había saltado del carruaje sin esperar siquiera a que se detuviera y había entrado en la propiedad como un torbellino, sin hacer caso de las voces de Anne Marie, de Percival ni de Raúl llamándolo.

Anne Marie había corrido tras él para detenerlo, pero llegó tarde.

Raúl, a su lado, observaba la escena con el ceño fruncido y mutismo absoluto. Percival estaba tan pálido que parecía a punto de perder el conocimiento.

—Este no es el modo como te dije que debías presentarte ante ella... —Anne Marie trató de razonar con él, cogiéndolo por el brazo para llevarlo consigo.

Matt, en un arrebato de locura, porque era así como se sentía, se zafó del brazo de Anne Marie con tanta fuerza que la pobre mujer trastabilló. De no ser por el fuerte agarre de Raúl, quien corrió a socorrerla a tiempo, la mujer habría terminado en el piso.

Alissa respiró agitada al ver esos ojos azul verdoso relampaguear en su carrera hacia ella. Por un momento temió que él fuera a embestirla, pero todo cuanto Matt hizo fue detenerse frente a ella, rígido como una estatua.

Su rostro era un amasijo de aflicción, pena y furia. Los puños apretados a sus costados.

Tan rápido que no fue capaz de reaccionar, él se inclinó sobre sus rodillas y la abrazó.

Alissa se estremeció. En un segundo lo tenía delante de ella, al siguiente la envolvía entre sus brazos.

Las lágrimas humedecieron los ojos de la joven. Hacía tantos años que no había visto a Matthew, tantos años sin sentir el calor de su cuerpo, su exquisito olor varonil, el sonido de su voz en el oído. Y sin embargo, cada una de las sensaciones que la recorrió mientras él la abrazaba era tan familiar como si hubiese sido ayer la última vez que se vieron.

Matt tembló y ella supo que estaba reprimiendo el llanto. A Matt nunca le había gustado llorar. Podía recordar sus ojos humedecidos por las lágrimas la noche que creyó que la había lastimado cuando estuvieron juntos... Dios, cómo dolía recordarlo. Era como si todo hubiese sucedido una eternidad atrás, en otra vida muy distinta a la realidad que ahora vivía.

—¿Matthew? —la voz de John se hizo oír por primera vez en la habitación. O será que por

primera vez Matt la escuchó cuando el anciano posó una mano temblorosa sobre su hombro—. ¿Qué estás haciendo aquí, hijo?

A Matthew pocas cosas le costaron tanto trabajo en la vida como el separarse de Alissa en ese momento. Con suavidad para no lastimarla, se puso de pie y se irguió en toda su estatura.

Alissa tragó saliva. Desde su silla, él lucía como un gigante. El amor que un segundo antes había leído en sus ojos ahora había sido reemplazado por un frío glacial que la hizo estremecer de temor.

Seguramente John debió pensar lo mismo, porque el anciano se aproximó más a Matthew, interponiéndose con su cuerpo entre él y su hija.

—Matthew, ¿cómo nos has encontrado? ¿Cómo has podido llegar aquí? —preguntó, a pesar de que por la mirada que le dirigía a Anne Marie, era claro que lo había adivinado.

La indignación creció en el pecho de Matt acompañado por una furia que provocó que sus manos se cerraran en puños.

—Entonces es cierto —espetó. Su voz cargada de veneno y rencor—. Se han puesto de acuerdo todos ustedes para mentirme. Tú, Anne Marie, ella... —la última palabra prácticamente la escupió cuando sus ojos, oscuros por la furia, se posaron sobre Alissa.

Los ojos de Alissa se abrieron, llorosos, y los fijó sobre su prima, todavía envuelta entre los brazos del desconocido que había llegado con ellos.

—Matthew, no es lo que parece —dijo John, su voz afligida, quebrada por la emoción—. No era nuestra intención hacerte daño...

—¿No era su intención? —repitió, irónico—. Usted sabía lo mucho que ella me importaba. Y de no ser así, ¡tú sí lo sabías! —un dedo acusador señaló el rostro de Alissa—. ¿Cómo pudiste hacerme esto, Alissa? ¿Cómo pudiste mentirme de ese modo? ¡Siete años te he dado por muerta! ¡Muerta! —su voz se quebró en un gemido colmado de angustia—. ¡Cuando todo el tiempo has estado aquí escondida!

—¡Tenía que ser así, Matthew! ¡No quería que nadie me viera!

—¿Ni siquiera yo?

—¡Especialmente tú...! —su voz se convirtió en un sollozo—. ¡Mírame! ¡Ya no soy ni la mitad de lo que una vez fui! ¡No soy la mujer de la que te enamoraste! No podía permitir que me vieras así... No podía verte repudiarme y dar la vuelta para marcharte...

—¿Es eso lo que pensaste de mí? —la voz furiosa de Matt se convirtió en una llena de dolor—. ¿Que iba a abandonarte cuando más me necesitabas? ¿Es esa la imagen que te di de mí?

—No... —ella agachó la vista—. Te habrías quedado, lo sé. Eres demasiado noble como para no cumplir tu promesa. Pero lo habrías hecho por lástima, y así no te quiero a mi lado.

—Y se te hizo fácil mandar una carta que me alejara de ti para siempre, ¿es eso? ¿No se te ocurrió pensar en como me sentiría? ¿Que tal vez tu muerte provocaría mi propia muerte? —su voz se convirtió en un gruñido bajo y ronco que la hizo temblar—. ¡¿Que moriría en vida por saberte lejos de mi alcance para siempre?! —

—Matt... —la voz de Alissa era un sollozo estremecedor. Incapaz de hablar, Alissa se cubrió el rostro con las manos, deseando desaparecer de la tierra para que él no pudiera continuar viéndola en ese estado.

—Hijo, no creo que este sea el momento ni el lugar para esta conversación —intervino John, tomando a Matthew por el brazo.

Los ojos de Matt ardían, pero no replicó. Notó a una mujer rubia y menuda aproximarse hasta la silla de Alissa. Le costó reconocer en ella a Fanny, la antigua dama de compañía de Alissa. La mujer parecía indecisa de si debía alejar a las dos pequeñas niñas ocultas bajo la mesa de té. Sus ojos eran dos esferas de terror. ¡Mierda! Debía de haberse visto como un maldito demonio escapado del mismo infierno para esas criaturas. Sin duda ese no era el lugar para hablar. Y al notar la respiración entrecortada de Alissa, supo que tampoco era el momento.

Iba a darse la media vuelta cuando notó que algo no andaba bien. Alissa no sólo lloraba, parecía realmente alterada... Como si le costase respirar.

—Alissa, ¿qué es lo que tienes? —antes de que John pudiese evitarlo Matt ya se había postrado una vez más delante de ella y aferraba su rostro entre sus manos.

—¿Se siente mal, milady? —Fanny se inclinó a su lado, posando una mano cariñosa sobre su hombro.

La señora Willson se acercó también a Alissa, su rostro pálido como el papel.

Alissa no levantaba la vista, continuaba sollozando, su respiración agitada y superficial. Claramente perturbada.

—Cálmese, mi niña —le pidió la señora Willson—. Sólo respire lentamente, respire...

—¡Una bolsa de papel! —gritó Matt, dirigiéndose a todos a la vez—. ¡Necesita una bolsa de papel!

Los ojos de todos en la habitación se cruzaron en busca de algún sentido a las palabras de Matthew. Nadie movió un dedo, por excepción de una de las pequeñas niñas que partió corriendo por una puerta lateral.

Mierda, pensó Matt, ahora había asustado tanto a la niña que se había ido a esconder del monstruo a otra habitación.

Alissa continuó agitándose al respirar. Incapaz de seguir soportándolo, Matt hizo a un lado los rechonchos brazos de la señora Willson y tomó en brazos a Alissa. Ella se estremeció, pero él lo pasó por alto, demasiado preocupado por su bienestar. No iba a verla morir ahora que había resucitado para él después de siete años de infierno.

Con cuidado la colocó suavemente sobre un mullido sofá y le subió los pies con varios cojines, tal como su madre le había dicho que debía hacer cuando una persona se desmayaba para que la sangre le volviera a la cabeza. Alissa aún no estaba desmayada pero de seguir así pronto lo estaría. La pobre chica estaba tan blanca como el papel y sus labios comenzaban a amoratarse.

—¡La bolsa de papel, por un demonio! —bramó— ¿Es que nadie puede conseguirme una maldita bolsa de papel?

—¡Matthew Collinwood, no te permito que blasfemes en esta casa! —lo reprendió la señora Willson con la misma familiaridad con la que años atrás lo había tratado.

De estar en otra ocasión, Matt habría reído. Y de hecho, estuvo cerca de hacerlo cuando vio una ondeante bolsa flotando por encima de la mesa, flameando como una bandera.

—¿Pero qué demon...? —la palabra se quedó atorada en su garganta cuando alcanzó a distinguir una mano regordeta que sostenía la bolsa justo un segundo antes de que una pequeña que

no debía tener más de tres años se acercara corriendo hacia él.

—¡Bosa!, ¡bosa! —gritó la pequeña deteniéndose frente a él, balanceando la bolsa en alto, igual que un trofeo.

—Gracias, princesa —Matt sonrió, encantado con los hoyuelos de la sonrisa de esa pequeña, la única valiente que se atrevió a cumplir su pedido, antes de girarse una vez más hacia Alissa. Colocó la bolsa abierta sobre su nariz y boca y la cerró en torno a su rostro—. Ahora respira, Alissa. Hazlo lento y con calma.

Ella lo miró, sus ojos nublados por las lágrimas. Matt se mantuvo a su lado, su mano firme sujetando su nuca mientras que con la otra mantenía la bolsa fija sobre su rostro. Lentamente Alissa subió las manos, temblorosas todavía, y sujetó por sí misma la bolsa. Poco a poco fue recuperando el lento ritmo de una respiración regular y el color volvió a aparecer en su pálida piel.

—Yo me haré cargo ahora, señor —le dijo Fanny, acercándose a Alissa para reemplazarlo en la labor.

Matt pareció dudar de si moverse o no. Era claro que no se fiaba de separarse de ella y que fuese a empeorar.

—Está bien, Matt —la mano de John se posó en su hombro—, permite a Fanny ayudar a Alissa. Lo mejor será que hablemos en otro sitio y dejemos a Alissa descansar un poco. Ha sufrido un sobresalto muy fuerte.

Matt estudió una vez más el rostro de Alissa. Sus ojos azules estaban cubiertos de nubes de tormenta.

Con un suspiro asintió y se retiró, cediendo a Fanny su lugar. Él sólo la estaba alterando con su presencia.

Alcanzó a distinguir el rostro de Raúl en la entrada. Anne Marie, rígida como una estatua, mantenía la mirada fija en el rostro de John.

—Tío, por favor, permíteme explicarte...

John alzó una mano haciéndola callar con el solo gesto.

—Tú y yo hablaremos más tarde, sobrina.

Anne Marie iba a replicar, pero ante la fuerte mirada que le dedicó su tío se mordió la lengua.

—No la culpe, señor. Ella no ha hecho ningún mal —escuchó la firme voz de Raúl a su espalda.

Sorprendida se giró justo a tiempo para verlo adelantarse, sus hombros rectos y su postura regia, hablando con seguridad a pesar de la clara dificultad que tenía para hablar el inglés sin marcar como siempre el acento de su propio idioma.

—Su intención fue buena desde un principio, sólo buscaba ayudar a su prima y a Matt —explicó Raúl—. Matthew tiene razón al reclamarle por lo que han hecho. Nadie pensó en él cuando planearon toda esta telaraña de mentiras. Matthew se merece la verdad, y esta señorita fue la única que tuvo el valor de decirla.

Matt aguantó una sonrisa. No supo si Anne Marie tenía más abiertos los ojos o la boca, perpleja por el defensor que acababa de salir a abogar por ella.

—¿Y usted es...? —preguntó John. Su mirada fría e implacable.

—Raúl Valenzuela —el joven tendió la mano—. A sus órdenes.

El anciano estiró su mano y estrechó la de Raúl. Hasta ese momento Anne Marie notó la pizca de humor que cruzaba por la mirada de su anciano tío.

—Luego cruzaré un par de palabras con usted, señor —dijo John—. En este momento, me gustaría charlar con Matt a solas.

—Por supuesto —Matt se adelantó en contestar.

Raúl asintió y se apartó para dejarles el camino libre.

Antes de abandonar el salón, lo último que vio Matt fue a Anne Marie correr al lado de su prima.

Alissa, todavía sumida por el llanto, levantó los ojos lo suficiente para cruzarse con su mirada.

Matt no supo si se trataba por la conmoción del momento y la falta de aire, pero lo que vio en ellos fue terror.

Con el corazón en un puño siguió a John fuera de la habitación. Lo último que había esperado al volver a verla era hacerle daño.

Si su presencia la alteraba tanto, tal vez lo mejor sería marcharse cuanto antes y dejarla en paz.

8

MATT, SENTADO en una fría butaca de ante, movía entre sus dedos la copa de brandy que había aceptado más por educación que por el placer de probarlo. No solía tomar brandy. Los últimos siete años prácticamente había repudiado todo contacto con Inglaterra y lo que pudiera recordarle algo de ella, incluyendo sus bebidas. Sin embargo, cuando siguió a John hasta su despacho y él le preguntó si deseaba beber algo, era tal su turbación que lo único que hizo fue asentir, sin siquiera pensar en la pregunta del anciano. Ahora el líquido ambarino giraba en el fino cristal entre sus dedos, moviéndose en un torbellino de círculos de forma tan similar a como él se sentía.

Sólo pensarlo le hizo beber el contenido de la copa de un solo trago. Iba a encontrar una salida para eso. Por un demonio que no iba a continuar dando tumbos en un remolino sin salida.

—Creo que te debo una disculpa, Matt —dijo John, interrumpiendo el silencio que había caído en la habitación.

Matthew alzó los ojos, sorprendido por las palabras del anciano. Lo encontró con los ojos clavados en su propia copa de brandy, todavía intacta.

Por primera vez Matt se detuvo a observarlo con detenimiento. John había envejecido mucho en los últimos años. Poco quedaba del hombre audaz y aventurero que recordaba de las historias de su padre. John estaba mucho más delgado, su rostro se había llenado de arrugas y un ligero temblor acosaba su mano derecha. Sus patillas, así como su cabello, se habían blanqueado. Aunque no sus cejas, que continuaban impregnando fuerza a esos vivaces ojos negros, cuya intensidad parecía incapaz de apagarse con el paso del tiempo.

—Imagino lo que llevó a mi sobrina a partir en tu busca... y sinceramente se lo agradezco —comentó John, sin notar el estudio de Matt sobre él—. Alissa ha vivido unos años muy difíciles, aislada entre los muros de esta casa, sola con la excepción de las personas que vivimos aquí —sus ojos se levantaron, la viva tristeza reflejada en ellos—, y comprenderás que no son muchas. Únicamente Anne Marie y yo, además de Percival, la señora Wilson y Fanny con sus hijas. Somos los únicos rostros que Alissa ha visto estos años. El verte ahora, después de todo este tiempo, no sólo ha sido una conmoción para ella, sino para todos nosotros. Disculpa si te hemos tratado con descortesía. En especial después de haberte mentido... bueno, ya lo entiendes.

—Así es. Y por favor, no tiene que disculparse lord Goldbridge. Todo lo contrario, soy yo

quien entró en su casa sin siquiera detenerme a pedir permiso.

—Llámame John, hijo. Después de todo lo que te hemos hecho pasar, supongo que no lo merezco, pero por favor, te agradecería mucho que me...

—John —Matt sacó del apuro al hombre, curvando sus labios en una sutil sonrisa—. Creo que debemos dejar de lado las disculpas y centrarnos en el tema que nos interesa: Alissa —inspiró hondo, fijando los ojos sobre su copa vacía—. Anne Marie no... tuvo tiempo durante el viaje para ponerme al tanto sobre lo sucedido. Tal vez usted podría hacerlo.

—¿Qué deseas saber con exactitud, hijo?

Los ojos de Matt relampaguearon cuando se posaron sobre John.

—Supongo que debería preguntárselo directamente a ella, pero tras la forma como reaccionó con sólo verme... —suspiró—. ¿Por qué ella no quiso verme? ¿Por qué me mintió? ¿Por qué...? —la pregunta quedó en el aire, aunque era tan clara que no necesitó de más palabras para que John la entendiera—. ¿Qué fue lo que sucedió, John? ¿Por qué está Alissa en esa silla de ruedas? ¿Fue...? —inspiró hondo, le costaba un enorme trabajo pronunciar esas palabras—, ¿fue a raíz del accidente de caballo?

El anciano asintió con la cabeza.

—Alissa cayó del caballo. Su espina sufrió una lesión severa, así como varias partes de su cuerpo. Se rompió ambas piernas y un brazo... —Matt se estremeció al escuchar esas palabras y debió hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para permanecer impassible—. También sufrió un fuerte golpe en el cráneo que la mantuvo en coma durante varios días. Cuando despertó no podía mover las piernas... —John suspiró, tomando un retrato de Alissa del escritorio—. Hicimos todo cuanto estuvo en nuestras manos para sacarla adelante. Contacté a los mejores médicos de Inglaterra... Algunos se mostraron negativos, otros nos dieron vagas esperanzas. Sin embargo, Alissa se rindió desde el primer momento, segura de que nunca volvería a caminar —los ojos del anciano se alzaron del retrato y se posaron sobre Matt—. Fue ese el motivo por el que le pidió a Anne Marie escribir esa carta para ti. Ella no deseaba ser un estorbo en tu vida. Quería que tú fueras feliz, libre de la carga en la que ella aseguraba haberse convertido.

—Yo nunca habría supuesto eso de ella.

John sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Lo sé, hijo. Fue lo que le dije, pero Alissa no escuchaba razones. No lo hace todavía... Ella está segura de que tú sólo habrías vuelto por compasión, por lástima. No deseaba que la vieras de esa forma, ¿puedes comprenderlo, no es verdad?

Matt asintió, aunque no lo sentía así. Si Alissa lo amaba debió acudir a él, permitirle consolarla, ayudarla... Ella lo arrancó de su vida sin siquiera detenerse a preguntarle al respecto.

—Todo cuanto Alissa deseaba era alejarte de su dolor, darte la oportunidad de ser feliz. Encontrar otra mujer y rehacer tu vida... sin ella interponiéndose en tu camino.

—Ella... Alissa debió decirme —Matt tragó saliva, manteniendo la mirada sobre los ojos de John—. Ella es la mujer a la que amaba. Nunca la habría dejado, ni siquiera por esto. Un accidente no es nada... Nada al lado de la muerte.

John entrelazó los dedos de las manos, guardando silencio por un prolongado momento hasta que finalmente comenzó a hablar de forma monótona, como si las palabras que pronunciaba

estuvieran cargadas de un dolor tan profundo y pesado que le costara un mundo entero sacarlas de su interior.

—Creo que debo comenzar a explicar algo que asumo Anne Marie no te contó. Y eso es porque ella juró no volver a mencionar una palabra al respecto tras el accidente de Alissa... —sus ojos se posaron sobre Matt, la infinita tristeza guardada en esos iris oscuros—. Matt, Alissa no es mi verdadera hija.

Matt abrió la boca al máximo, incrédulo de lo que escuchaba.

—Conocí a la madre de Alissa en un viaje por Francia... —continuó el anciano—. Yo estaba de visita en la villa de un viejo amigo. Una noche salía de una taberna local cuando fui atacado por cuatro bandidos. Me golpearon y me quitaron todo, hasta mi ropa, y me abandonaron a mi suerte en el bosque, en medio de una tormenta de nieve. Hubiera muerto con seguridad de no ser por un alma bondadosa que de casualidad iba pasando por allí y se apiadó de mí. Me recogió y me llevó hasta su hogar, donde me cuidó y curó mis heridas. Cuando desperté al día siguiente, me encontré con el ángel más hermoso que pudo pisar la tierra: Constance. La madre de Alissa.

—¿Ella... ya tenía a Alissa?

John asintió lentamente, sin levantar la vista del retrato de su hija, como si su mente vagara en un tiempo muy lejano.

—Alissa tenía sólo un año en aquel entonces. Constance era madre soltera, ella era... prostituta.

Matt sintió que el aire se convertía en plomo en el interior de sus pulmones.

—A mí no me importó lo que ella fuese. Constance era un ángel, una mujer tan buena como he conocido pocas, un alma pura caída en las manos de los peores demonios... Su propio padre era su proxeneta. La obligaba a venderse desde que cumplió los catorce años, y se gastaba cada centavo que ella ganaba en alcohol. Sin embargo, eso no enturbió su alma angelical. Constance era tan ingenua como una niña cuando la conocí, alegre y noble de corazón... Igual que Alissa —suspiró con tristeza, una lágrima rodaba por su mejilla cuando alzó los ojos y los fijó sobre Matt—. Cuando Constance quedó embarazada se mudó a una vieja cabaña abandonada en el bosque, pues temía que su padre la obligara a matar al niño cuando naciera o lo hiciera él mismo en una borrachera. Sin embargo, no pudo dejar de ejercer el único trabajo que conocía, aunque ahora lo hacía para dar de comer a su hija, con la esperanza de un día llegar a ahorrar lo suficiente para retirarse y mantenerse con algún otro trabajo.

»Desde el momento en que la conocí me enamoré de ella y quise a Alissa como si fuera mi propia hija. No me importó lo que la gente fuera a decir, pero a ella sí. No aceptaba convertirse en mi esposa por la idea de que enturbiaría mi apellido y mi buen nombre. Fue ese el motivo por el que pagué a alguien para cambiar sus papeles y la historia de su pasado. A ojos del mundo la convertí en una fina dama francesa proveniente de una de las mejores familias de las islas americanas comerciantes de azúcar, y a Alissa le di mi apellido y la hice pasar por mi hija. Fue complicado y difícil, pero logramos conseguir que todos lo creyeran y nunca sospechasen nada.

»Pero mi hermana, Marie, nunca estuvo de acuerdo con mi matrimonio. Ella cometió el error de contarle la verdad a su hija, Anne Marie. El día del accidente... Anne Marie, en un arrebato de celos y enojo, le reveló la verdad a Alissa...

—Debió ser terrible para Alissa enterarse de esa verdad.

John asintió con tristeza.

—Como no te imaginas... —suspiró, llevándose una mano a los ojos, Matt supuso que lo hizo para secar las lágrimas que escocían sus ojos, del mismo modo que comenzaban a escocer en los suyos—. Alissa nunca ha podido superarlo, Matt. Al enterarse de la verdad de su madre, Alissa se alteró tanto que salió huyendo en un caballo. Anne Marie intentó detenerla y el caballo se encabritó al verla... El resto es historia —suspiró—. No culpo a mi sobrina, pero ella se siente responsable por lo ocurrido. Imagino que fue ese el motivo por el que acudió a ti en busca de ayuda.

—¿Ayuda...?

—Matt... Yo no tengo muchos días más de vida.

La noticia cayó sobre Matt como una bomba.

—¿Entonces es cierto? Supuse que Anne Marie exageraba cuando lo mencionó... —John contestó con una negativa de cabeza.

—Es verdad... Alissa se quedará sola. Anne Marie la adora, pero ella tiene derecho a vivir su propia vida. Y aunque la señora Willson y Fanny son como parte de la familia, no son su verdadera familia. Tras la muerte de Pete Willson y Neal, el marido de Fanny, ambas decidieron quedarse al lado de mi hija, pero la señora Willson es más vieja que yo, y Fanny tiene a dos hijas por las que velar... —exhaló aire, sin desviar los ojos del retrato de su hija—. Alissa se quedará sola cuando yo no esté.

Matt tragó saliva, incapaz de articular palabra.

—Mi hija no quiso hacerte daño cuando decidió crear esa mentira —continuó hablando John, un discurso monótono que Matt ya no sabía si iba dirigido a él o a sí mismo—. Lo que hizo fue enterrarse en la tumba en la que deseó estar desde el mismo momento en el que los médicos le comunicaron que nunca volvería a caminar.

—¿Ella debió decírmelo! Yo habría vuelto por ella, ¡no me habría importado su estado!

—Hijo, no son sólo las piernas. Algunos de los médicos le dieron un poco de esperanza de recuperar cierta movilidad si se esforzaba debido a que aún tiene sensibilidad, pero Alissa se niega a hacer los ejercicios.

—¿Por qué?

—Te lo he dicho, ya. Matt... Alissa recibió un golpe muy duro al enterarse de la noticia de su madre. Ella asumió que tú...

—¿Que yo no la quería por ser la hija de una antigua prostituta? —preguntó, sintiéndose furioso.

John se encogió de hombros.

—Alissa es muy parecida a su madre en muchos aspectos. Supongo que al igual que su madre, debió asumir que enlodaría tu buen nombre si ella se quedaba contigo. Sin mencionar el asunto de su invalidez. Ella... Alissa se rindió, Matt. Es una muerta en vida enterrada en esa silla de ruedas. Y por más intentos que he hecho por animarla, me ha sido imposible sacarla de ese agujero profundo en el que se ha dejado caer... —John ocultó el rostro entre las manos y lloró. Lloró como no lo había hecho en todos esos años, abriendo el corazón por primera vez.

Matt se puso de pie, cada uno de los nervios de su cuerpo en tensión.

—¿Qué será de ella cuando usted muera? —Matt preguntó tras varios minutos, cuando John se hubo calmado un poco.

John negó con la cabeza.

—He establecido un buen fondo económico a su nombre. Esta casa y todos mis bienes pasarán a ella. En cuanto a su estabilidad financiera, no tendrá problema. Sin embargo... —suspiró largamente y un sollozo escapó de sus labios.

—Teme por ella, ¿no es verdad?

—Es lógico. Cualquier padre se preocuparía por dejar a su hija sola. Pero el caso de Alissa es especial. Ella está tan sola... —John apartó la mirada de sus ojos, y Matt pudo ver que se habían llenado de lágrimas—. Sin embargo, no es de ello de lo que quería hablarte, hijo mío. Son problemas ajenos a ti que no deseo que te ocasionen angustia. No podría cargar con eso en mi conciencia. Si te he pedido charlar, Matt, ha sido para explicarte... Intentar hacerte entender el motivo que llevó a mi hija a actuar como lo hizo. Si Alissa te mintió no fue para lastimarte, sino únicamente para protegerte.

Matt inspiró hondo. Protegerlo... Pues él no se sentía protegido en absoluto. Había estado muerto en vida durante siete años. Muerto en vida... Igual que ella.

—John, permítame hablar con Alissa.

—Hijo, no creo que sea...

—Se lo suplico —su voz, más que de petición sonó como una orden.

John lo miró a los ojos, claramente estudiándolo. Finalmente asintió, dejando caer los hombros en un gesto de derrota.

—Sólo te pido que no la alteres más, hijo. Alissa es frágil de salud.

—No tiene nada que temer, John. Alissa fue en otro tiempo lo más importante en mi vida y nunca le haría daño.

—Lo sé, Matt. Es sólo que para ella, tú sigues siendo lo más importante en su vida. Aunque moriría antes de revelarte esa verdad —esa declaración cayó como una bomba en el pecho de Matt, y debió sujetarse del respaldo de la silla cuando las rodillas se le volvieron de gelatina. John, con la vista fija en el retrato sobre su escritorio, no lo notó—. Puedes lastimarla en más de una forma sin proponértelo, Matt. Sólo te pido que seas cuidadoso al hablarle. No... —esta vez sus ojos se posaron sobre los del joven de una forma determinante que dejaba en claro una sutil advertencia—, no le hagas daño.

Matt asintió, gustoso. Le agradaba más ver el fuego en los ojos de John que la rendición y la humillación con la que le había pedido perdón.

—No se preocupe, John. Lo que voy a decirle a Alissa no podrá dañarla en absoluto.

Y dicho esto, salió de la habitación, dejando al anciano solo en su viejo escritorio. Tan solo como había estado esos últimos años.

9

MATT SE MANTUVO DE PIE bajo el balcón de Alissa. Recordó otros tiempos, en otro lugar, donde él había hecho exactamente lo mismo. Dios, cómo la amaba en aquel entonces. Pero claro, en aquel tiempo él era joven, y ahora... Ahora era un ermitaño del amor. Alissa lo había reducido a eso. Había esfumado con sus mentiras todos sus sueños, todas sus ilusiones, hasta dejarlo completamente vacío. Aunque, por lo que escuchó de las palabras de John, ella estaba tan vacía como él. Posiblemente más...

Los recuerdos se agolparon en su mente. La Alissa que él había amado, la joven alegre y bondadosa, aquella que lo había preferido por encima de los demás jóvenes que la rondaban, se atravesaba continuamente en sus pensamientos.

Ella lo había elegido por encima de los otros. Lo hizo por ser él, porque tuvo la capacidad de ver en su interior aquello que su corazón anhelaba; el amor verdadero. Lo sabía, porque era exactamente lo mismo que él había visto en ella. Desde un principio se amaron por completo, eran almas gemelas, el uno para el otro. Y eso no lo cambian siete años. Ni siquiera un accidente de caballo. Por un demonio, habría ido al infierno por ella de haber encontrado el modo. Y que el mismo infierno se lo tragara por ser tan obstinado y estúpido, pero no iba a dejarla ir ahora que la tenía de vuelta.

Alissa se encontraba con la vista pegada a la ventana de su habitación. No había querido acostarse. Sencillamente no podría dormir sabiendo que él estaba abajo, en la misma casa que ella. Mejor era permanecer en su silla de ruedas y moverse a su antojo por su habitación, que tener que quedarse tumbada en su cama mirando el techo.

La luz del sol comenzaba a aparecer entre los nubarrones que cubrían el cielo. Amanecía, pronto todos se despertarían y ella debería enfrentarse a la realidad. Enfrentarse a Matthew.

Siete años habían pasado... ¿Qué podría decirle que lograra explicar los motivos que la habían motivado a actuar como lo había hecho? Para ella era todo muy claro, pero dudaba que lograra articularlo en palabras coherentes. No... Ni en un millón de años.

Apenas escuchó las bisagras de la puerta al abrirse. No tuvo que girarse para saber que era Matt. Algo en su corazón le avisó antes de que siquiera pudiera volver la cabeza y mirarlo.

—Hola... —la saludó él con sencillez.

Por un segundo Alissa estuvo a punto de reír. La saludaba como si nada malo hubiera ocurrido. Como si siete años de mentiras no los hubieran separado. Como si sólo acabara de llegar de un paseo y se encontraran de forma casual para verse, igual que antes.

—Hola, Matthew —contestó con voz apagada, girando las sillas de la rueda para quedar frente a él. Desde esa distancia era capaz de verlo de cuerpo completo. Por primera vez se fijó en los detalles de sus facciones, endurecidas con el paso del tiempo y la madurez de la edad. Ya no era el mismo joven que había conocido, al igual que ella ya no era la muchacha que antaño él dejó atrás. Su piel se había oscurecido, seguramente por las horas de trabajo bajo el sol. Supuso que su vida no debió ser muy distinta desde el momento en el que recibió su última carta, contándole sobre su vida en el rancho en México. Su cuerpo también había cambiado, ahora era más alto, si es que eso era posible. Seguramente alcanzaría el metro noventa. Sus anchos hombros parecían a punto de reventar la estrecha camisa de lino blanco que traía puesta. El chaleco tan ajustado como una segunda piel, le daba un aspecto feroz, dejando a la imaginación el perfecto e imponente torso que debía esconderse bajo esas capas de ropa, que parecían a punto de reventar por las costuras. En su mente se repasaron las imágenes a su lado, esa noche mágica, tantos años atrás...

Sintiendo que las mejillas se le encendían, ella desvió la mirada. Lo último que buscaba era que él notara lo que estaba pensando.

—Hace frío aquí... —Matt se frotó las manos, provocando que las costuras de su camisa se tensaran todavía más—. No recordaba haber sentido tanto frío en años.

Alissa lo miró a los ojos. Esos ojos azul verdoso ahora relampagueaban con mayor fuerza en contraste con su piel morena. Era claro que buscaba sacar conversación. Matt nunca había sido bueno disimulando los nervios.

—Has hecho un largo viaje, Matt —dijo en voz baja. Intentó hacer que sonara cortante, pero sólo logró un sonido agudo, casi estrangulado—. Supongo que a tu familia no le agrada que los hayas dejado solos por tanto tiempo. Mucho menos si es para venir a verme.

—Este viaje es sólo asunto mío —él frunció el ceño—. De cualquier forma, mi madre me pidió que te mandara sus saludos.

—Te lo agradezco, pero en realidad, me refería a tu mujer. Porque supongo que a estas alturas tendrás esposa e hijos, ¿no es así? —agachó los ojos para que él no notara el dolor que sentía—. Imagino que no le será agradable a tu mujer saber que has venido a verme...

—No estoy casado —le dijo él con énfasis.

Ella levantó la vista reflejando en las facciones de su rostro sincero desconcierto.

—¿Por qué no? Supuse que después de todos estos años...

—Tú eres mi prometida, ¿recuerdas?

Alissa tragó saliva, sintiendo que un calor se iba extendiendo por sus mejillas.

—Matt...

—No voy a andar con rodeos, Alissa. Sabes que nunca fui bueno para eso. Me gusta ir al grano, y es eso lo que haré —avanzó un paso, de modo que ella pudiera verlo con claridad a la luz de la lámpara—. He venido por ti.

Los ojos de Alissa se abrieron como dos esferas colmadas de luz.

—¿Por mí...? —tragó saliva—. ¿A qué te refieres con eso...?

—Vine a llevarte conmigo a México.

—¿A México? —repitió, negando con la cabeza—. Matt, no puedo ir a México. ¿Qué haría allá?

—Estar conmigo.

—Matt, por favor, no intentes...

—No, Alissa, tú no intentes salirte de esto, porque ya estoy harto —llegó hasta ella en dos zancadas y se arrodilló a sus pies, de modo que sus rostros quedaron de frente—. Por siete años he vivido un infierno creyendo que estabas muerta, y ahora que sé que no lo estás no te voy a dejar ir. Tú me diste tu palabra y espero que la cumplas y te cases conmigo...

—¡No! —su voz sonó como un gemido lastimero. Intentó alejarse, pero él sujetó sus manos sobre las de ella, aferradas a las ruedas de la silla, impidiéndoselo.

—Tú me diste tu palabra, Alissa. Juraste que te casarías conmigo cuando viniera por ti. Bien, he venido por ti. He cumplido mi parte, ahora te toca a ti.

—Matthew, basta... No sigas con eso —lo vio a través del velo de lágrimas que se formó en sus ojos—. No bromees con algo así.

—Lo digo muy en serio.

La mirada de ella se endureció.

—Eso fue hace mucho tiempo, Matt.

—El tiempo no importa cuando uno hace una promesa.

—Matt... Entiende, por favor. Yo ya no soy la misma.

—Yo tampoco soy el mismo, Alissa. He cambiado, y puede que no te guste en lo que me he convertido. Sin embargo confío en que cumplirás tu palabra y de todas maneras te cases conmigo.

Los ojos de ella se inundaron de lágrimas.

—¿Es que estás ciego? ¿No me estás viendo? ¡Estoy en una silla de ruedas! ¡Ya no soy la mujer que conociste! ¡Ya no soy una mujer...! —su voz se quebró.

—Alissa, no digas eso... No me importa si estás en una silla de ruedas, si no puedes volver a caminar. Sólo me importa que estás viva, Alissa —Matt intentó acariciar su mejilla, pero Alissa lo rechazó.

—Por favor no, Matt. No quiero que me toques —volvió el rostro para evitar verlo a los ojos—. No sabes cuánto lamento haberte hecho daño, no era mi intención, te lo juro. Todo cuanto quería era librarte de este infierno que estoy viviendo.

—¿No crees que debiste preguntarme antes si quería vivirlo contigo?

—Sé la respuesta a eso, y no podría haberla escuchado.

Él se inclinó, apoyando los brazos en el respaldo alrededor de su cabeza, obligándola a verlo a la cara.

—Aquí estoy, Alissa. Y aquí habría estado hace siete años si tan sólo me hubieses llamado.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Lo sé, Matt... —la voz de Alissa sonó llena de dolor—. Sé que hubieras venido por mí. Eres demasiado bueno para abandonarme.

—¿Entonces? ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué me apartaste así?

—Para protegerte, Matt. Sé que habrías venido a salvarme —hizo un mohín al pronunciar esa

palabra—, que hubieras cumplido tu promesa a pesar de todo de casarte conmigo y no podía permitirlo... Sólo no podía —agachó la mirada—. Amar es dejar ir, Matt. Te dejé ir, porque te amo demasiado para atarte a mi lado.

—¡Eso es una tontería!

—Sabía que tú no habrías aceptado marcharte, eres tan noble... Siempre has sido así —ella continuó, sin hacer caso de sus palabras—. Sabía que la única forma de alejarte era diciéndote que había muerto en ese accidente. De cualquier otra forma habrías vuelto por mí.

Matt sintió que las lágrimas escocían tras sus párpados.

—Debiste darme una oportunidad, Alissa. Yo... yo me sentí desesperado cuando supe de tu muerte. Este accidente no es nada comparado con lo que me hiciste vivir sabiendo que nunca te volvería a ver, que te había perdido para siempre... ¡esto no es nada! —enfaticó, presionando los puños contra la silla, su voz se convirtió en un gruñido bajo, colmado de dolor.

—Lo siento tanto, Matt... —Alissa soltó un sollozo, el dolor que veía reflejado en sus ojos era como una puñalada en el corazón—. No era mi intención... Sólo intentaba ayudarte. Librarte de esto...

—¿Librarme? ¡Me sumiste en la peor pesadilla de mi vida! —rugió—. ¿Sabes cuánto te amaba? ¡Tú eras mi vida! ¡Me mataste con tu mentira, Alissa!

—Lo siento, Matt —sollozó ella—. No sabes cuánto...

—¿Qué está sucediendo aquí? —la entrada de la señora Willson interrumpió su conversación—. Milady, ¿está usted bien?

—Estoy bien. Sólo hablábamos —contestó ella, apartando la vista para secar las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Y esta conversación ya terminó —añadió Matt, incorporándose.

—Matt, por favor... perdóname —suplicó ella antes de que él pudiera alejarse—. Te juro que no intenté hacerte ningún daño. Asumí que tú... que tú continuarías con tu vida sin mí.

Él la miró a los ojos largamente, esos profundos iris verde azules parecían atravesarla, leyendo cada pensamiento de su mente, cada parte de su alma. En cierta forma estaba desnuda ante él.

—Sin ti no había vida que continuar —le dijo con voz grave, y por primera vez ella vio una lágrima asomando de sus ojos.

Antes de darle tiempo de responder nada, Matt le dio la espalda y se marchó con rápidas zancadas, dejándola sola con su propio dolor y remordimiento.

Había intentado hacer lo mejor por él al liberarlo de si misma. De la carga en la que ella se había convertido.

Nunca imaginó que al hacerlo, le había causado más mal que bien. Con su acción, le había robado su propia vida.

10

HELABA, pero Anne Marie no parecía notarlo. Con la vista fija en uno de los ventanales del segundo piso, caminaba de forma distraída por los jardines. Fue ese el motivo por el que no notó las pisadas de Raúl hasta que el hombre prácticamente se dio de bruces con ella.

—¿Pero qué...? —Anne Marie se llevó una mano a los labios, reprimiendo una carcajada. Raúl llevaba puesto un abrigo de lana largo hasta los tobillos, pero por los bultos que se formaban bajo la tela, supuso que además debía llevar puesto bajo la tela uno o dos pares de gruesos suéteres tejidos. Eso, sumado a un gorro enfundado hasta las orejas, los guantes y la bufanda. El pobre hombre parecía una salchicha mal envuelta y a punto de reventar—. ¿Pero qué trae puesto? —preguntó, mordiéndose el interior de la mejilla para no soltarse a reír en su cara.

Él le dedicó una mirada afectada. Por el temblor en su barbilla, era claro que estaba conteniéndose para no soltarse a temblar como una castañuela.

—Veo que no está habituado al frío —comentó Anne Marie de forma más cortés, evitando así al pobre hombre contestar la primera pregunta.

—Esto no es frío, ¡es un maldito glaciario! —replicó él—. No entiendo cómo pueden existir personas a las que les guste vivir aquí.

—Y yo no comprendo cómo puede haber personas habituadas al clima infernal de donde usted viene. Debí revisar varias veces mi habitación para asegurarme que realmente no estaba ardiendo en llamas, como sentía.

—Nadie se muere con un poco de calor. En cambio en este sitio apostaría que más de uno ha perdido la vida por sólo quedarse sentado sin moverse. Seguro se les congeló el cu... cuello —se apuró en rectificar—, y terminaron como estatuas de hielo.

Anne Marie rio entre dientes, quitándose un mechón de pelo que el viento le había llevado a los ojos, sin notar que el hombre seguía con detenimiento cada uno de sus movimientos.

—Como sea —gruñó él—, habituado o no, aquí hace un maldito frío del dem... mucho frío —volvió a rectificar—. Y será mejor que usted entre a la casa aunque sea para coger un abrigo. Anda caminando por aquí como si estuviera en su propia primavera, y terminará en cama con una pulmonía del infierno.

—O como una estatua de hielo —rio ella—. Me sorprende que sepa maldecir tan bien en

inglés, Matt debe ser un gran maestro.

—Matt, Ben, Will, Jake, Cedric, Álex, Nathe... —se encogió de hombros—. Incluso Roxy. Todos los Collinwood son excelentes para maldecir y son como mis hermanos. Buenos hombres en todos los sentidos, si es lo que le preocupa —dijo, haciendo un gesto con la cabeza para señalar la ventana hacia la que ella había estado observando.

Anne Marie agachó la vista, sabiéndose descubierta.

—Matt nunca haría nada para dañarla. No tiene que temer por ella.

—Lo sé... —Anne Marie suspiró, apartándose otro mechón de la cara—. O mejor dicho, rezo por ello... Sólo Dios sabe lo mucho que mi prima necesita una segunda oportunidad.

Permanecieron en silencio varios minutos. Antes de que lo notara, Anne Marie percibió una calidez reconfortante en su cuerpo. El aroma varonil de Raúl impregnó cada poro de su piel, embriagándola con su esencia cuando él colocó con una suavidad abrumadora el abrigo de lana que traía puesto sobre sus hombros. Ni idea de en qué momento se lo había quitado.

—Raúl... —musitó en un gemido apagado al levantar la vista y encontrarlo tan cercano a ella. Sus brazos todavía rodeando sus hombros, prácticamente en un abrazo—. No tiene que hacer esto... —Él posó un dedo sobre sus labios, silenciando su protesta.

—Un caballero jamás permite que una dama pase frío. Y mucho menos la dama a la que se supone ha venido a custodiar.

Ella lo miró con ojos agrandados como platos.

—Tú no has venido a cuidar de mí, sino de tu hermana. Era ella mi dama de compañía, y ahora ella está en Londres... Así que... No me debes nada —contestó lo primero que le cruzó por la mente.

Él sonrió a medias, negando con la cabeza.

—Un caballero cuida de una dama. Sin condiciones —ella sintió el calor de su mano enguantada, apartando el rebelde mechón de pelo que había caído una vez más sobre sus ojos—. Ahora regresemos a la casa. Confía en ella, Alissa puede cuidar de sí misma, no te necesita para actuar como su guardiana a sus espaldas. Además, puede que tú estés aclimatada a este ténpano, pero yo tengo congelado hasta el... tuétano de los huesos —hizo una mueca, le costaba cuidar la lengua con ese maldito frío—. Hágame un favor y regrese de una vez adentro, porque no me moveré de aquí hasta que usted lo haga.

Anne Marie lo miró a los ojos, intentando evitar que el calor que sentía fundirse en su pecho se esparciera hasta sus mejillas.

Él le tendió el brazo, en un gesto caballeroso. Anne Marie estrechó la mano alrededor de él, apartando la vista, incapaz de continuar viéndolo a los ojos. Ambos regresaron en silencio a la casa.

11

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Alissa aún se encontraba recostada en la cama cuando Matt entró en su habitación. Le llamó la atención que lo hiciera con tal libertad. A pesar del cariño que su padre le tenía, jamás le habría permitido entrar en sus aposentos de esa forma. Hasta que se dio cuenta que apenas amanecía y su padre, como todos en la casa, debían de seguir dormidos.

—Buenos días —la saludó él con una tímida sonrisa.

Ella lo miró por un par de segundos antes de fijar la vista en la ventana. Exactamente lo que había estado haciendo toda la noche.

—Espero que hayas descansado... Aunque por las ojeras en tu rostro, me imagino que no pegaste el ojo en toda la noche —le dijo al tiempo que caminaba lentamente hasta donde ella se encontraba.

Alissa contuvo el aliento. Él iba vestido con una simple camisa de algodón azul, pantalón de mezclilla y botas vaqueras. Un atuendo sencillo y de campo, que sin embargo le cortaba la respiración en los pulmones. Matt siempre había sido apuesto, pero esta imagen semisalvaje de él tan distinta a la de los caballeros de Londres a los que había estado habituada, era embriagadora y profundamente seductora...

Él la miró a los ojos. Esa mañana sus iris eran de un color verde intenso, y expresaban claramente lo que él había ido a buscar.

—No me casaré contigo, Matt —dijo antes de darle tiempo siquiera de preguntar.

Él no se inmutó. A paso sencillo caminó hasta la ventana en la que ella mantenía fija la vista, obligándola así a verlo a él.

—¿Vas a comenzar de nuevo con lo de tus piernas? Porque ya te aclaré ayer que no me importa.

—No es sólo eso, Matt. Hay algo que tú no sabes de mí, algo que ni siquiera yo sabía....

—¿Que tu mamá era una prostituta?

Los ojos de Alissa se abrieron como platos.

—Lo sé, Alissa. Tu padre me lo dijo.

—¿Y aún así quieres casarte conmigo? —su voz estaba colmada de sorpresa.

—Por supuesto. Eso no cambia nada.

—Matthew, eso arruinará tu reputación. La de tu familia...

—A la mierda con eso, no me interesa.

—¿No lo entiendes?! Matt, de alguna forma la noticia se filtró durante mi estadía en el hospital. ¡Salió publicado en una gaceta de chismes amarillistas! —Matt apretó los puños, furioso al oír el dolor en su voz—. La gente habló de ello por semanas... Todo el mundo sabe quién soy en realidad.

—No me interesa.

—¿Cómo no ha de interesarte? ¡Soy una paria! ¡La hija de una prostituta, Matthew! Ni siquiera sé quién es mi padre, ¡dudo que siquiera mi madre lo supiera!

Su voz se quebró en profundos sollozos llenos de aflicción. Matt no pudo permanecer duro ante ella, se arrodilló a sus piernas y la miró a los ojos.

—Eso no importa, Alissa. Nada de eso importa —le dijo, sujetando su rostro entre sus manos para que lo viera a la cara—. Tu padre es John. Él ha sido quien te ha amado, criado y cuidado de ti. No hay otro padre para ti. Es así como él lo siente. Es así como yo lo veo. Y tú también deberías hacerlo...

—¿Lo hago, Matt! Oh, por favor, no pienses mal de mí, ¿sabes que mi padre siempre ha sido mi adoración! Lo quiero muchísimo, el conocer la verdad de mi pasado no cambia nada.

—¿Entonces, cuál es tu pesar?

—¿Yo! —chilló, afligida—. Mi padre se ha visto embarrado por mi mancha. Si pudiera retroceder en el tiempo para evitar desprestigiar su nombre, lo haría, ¡pero no puedo! ¡Pero sí puedo evitar mancharte a ti, Matthew!

—Alissa, tú nunca podrías mancharme.

—Eso dices ahora, pero la verdad es que cargo un estigma que nunca podrás cambiar, Matthew. Tu familia quedará enlodada contigo, ¡toda la gente de Londres murmurará sobre los Collinwood si yo ensucio tu apellido al casarme contigo!

—¿Al infierno con todos ellos! Me importa una mierda lo que ellos piensen. Alissa, sólo tú me importas —acarició su rostro con cariño, aproximándose a ella hasta que sus narices se rozaron—. ¿No lo ves? ¡Sólo tú me importas!

—Pero la gente...

—¿Lo que diga la gente me tiene sin cuidado! Tú nunca me harás mal alguno, tu nombre es para mí una bendición, nunca un estigma, nunca una mancha... ¡Y quien piense lo contrario puede irse al infierno!

Alissa sollozó afligida, temblando como una hoja de otoño.

—Matt, no puedo permitirte hacer esto... No puedo... No cuando las habladurías de la gente podrían arruinar tu reputación.

—Nunca me ha importado mi reputación. Creo que ni siquiera tengo una que defender —bromeó—. Vamos, Alissa. Créeme cuando te digo que te amo, ¡te amo tal como eres! ¿No es eso algo de peso para ti?

—No seas tonto, Matt, claro que sí.

—¿Entonces qué excusa tienes para rechazarme?

—Te lo he dicho, no puedo hacerte esto. No puedo...

—Siendo yo el afectado, ¿no debería ser yo quien lo decida? Y como no me importa tu pasado,

no tienes nada de qué preocuparte.

Alissa se soltó a llorar, negando frenéticamente con la cabeza. Matt temió que se pusiera mal, con sumo cariño la tomó en sus brazos y la llevó hasta la cama. La señora Willson entró en ese momento llevando una bandeja con el servicio de té que casi tiró a medio camino al ver que Alissa se encontraba mal.

—Por favor, Matt, salga. Yo me haré cargo —le pidió la mujer de forma amable, pero enérgica.

Matt dudó. Sabía que ella necesitaba un tiempo a solas para calmarse, pero no quería dejarla. Finalmente la cordura pudo más con él y decidió marcharse.

★ ★
★

La noche llegó pronto. Matt, sentado en el salón frente al fuego, observaba el baile de las llamas sin ver nada en particular. Alissa se encontraba a sólo unos metros de él, pero no podía acercársele. Ella no se lo permitía.

En toda su vida nunca creyó poder vivir una pesadilla de tal magnitud; convivir con la persona a la que más se ama en el mundo y a la vez estar tan lejos de ella. Ni siquiera el océano que los había distanciado por siete años se asemejaba a la barrera que ella ponía entre ambos.

No importaba lo que él le dijera, ella no lo escuchaba. Estaba ciega a lo que sus ojos le decían. Estaba sorda a lo que oía. Era insensible a lo que percibía. Esa barrera le resultaba infranqueable, ¿cómo hacer entender a quien no acepta explicaciones? Nunca en su vida Matt se sintió tan impotente.

Matt escuchó unos pasos familiares en el pasillo. No necesitó volverse para saber que se trataba de Raúl. Prácticamente como uno más de sus hermanos, se había criado con ellos desde la infancia. Su presencia era tan familiar para él como la de sus propios pies.

—¿Cómo te han ido las cosas con la princesita? —le preguntó Raúl, aproximando una silla y tomando asiento frente al fuego, a su lado.

Matt se encogió de hombros, sin apartar la vista de las llamas.

—¿Tan mal? —Raúl suspiró—. He hablado con John. Nos ha contado... —carraspeó—. Nos ha puesto al tanto de la situación. Supongo que para ella no ha sido fácil, ¿eh?

—Supongo —asintió Matt, llevándose la taza con café a los labios. Hizo una mueca al probarlo. Ese brebaje no se acercaba ni un poco al delicioso café que se preparaba en la hacienda de su padre. Además, la porquería se había enfriado tan rápido que le sabía a una especie de té helado sin consistencia, sin cuerpo ni aroma.

—¿En qué piensas ahora? —le cuestionó Raúl. Hasta ese momento Matt se percató que había estado observándolo.

—En el estúpido café —contestó dejando la taza con el resto del café en el suelo—. El bueno. No esta mierda.

Raúl rio, asintiendo con la cabeza.

—Conuerdo contigo. Los ingleses sabrán mucho sobre el té, pero no tienen ni una pizca de idea de lo que es un buen café. No sé cómo pueden llamar a esa porquería café, ni siquiera serviría para colorear una acuarela.

—¿Colorear una acuarela? —repitió Matt, sardónico—. ¿Desde cuándo tú hablas sobre acuarelas?

Raúl carraspeó, su morena piel se oscureció. Matt arqueó una ceja, esbozando una sonrisa más amplia.

—Amigo mío, ¿estás ruborizándote?

—¡Yo!—prácticamente chilló, alarmado—. ¡Por supuesto que no! No seas estúpido.

Matt soltó una carcajada.

—¡Estás tan rojo como los calzones de Maribelle, la puta del pueblo!

Raúl se llevó una mano a la cabeza para echar mano de su sombrero, pero sólo consiguió alisarse la melena. Había olvidado que no llevaba el sombrero en el interior de la casa.

—No digas tonterías, Matthew. Tengo el culo congelado la mayor parte del tiempo en esta casa, ahora el calor del fuego por fin me ha calentado la sangre y... Bueno, es eso —explicó en una verborrea atropellada de palabras—. Sólo es el calor volviendo a mi cuerpo. Es natural.

—Creo que lo que te ha calentado la sangre es otra cosa... o persona —picó Matt.

Raúl no rio, manteniendo la vista fija en las llamas.

—¿Por qué no sólo se lo dices? —Matt se puso serio—. Dudo mucho que Anne Marie te rechace.

—¿Pero qué dices? ¡Por supuesto que va a hacerlo! Ella es una dama inglesa, yo un simple campesino.

—Eres más que un campesino, Raúl. Eres un buen hombre, y si eso no le basta, es que no te merece.

Raúl lo miró seriamente, sopesando sus palabras.

—Además... —Matt sonrió, adoptando un tono de broma—, dudo mucho que tenga otras propuestas. Seguro está tan desesperada que se casaría con el lechero si se lo pidiera.

Raúl le dio un puñetazo juguetón en el brazo y ambos explotaron en carcajadas contenidas. No querían despertar a toda la casa.

—Dejando a un lado mi competencia con el lechero —apuntó Raúl—, ¿no has pensado tomar la misma medida con la señorita Alissa? ¿Por qué no sólo le dices lo que sientes y te dejas de darle vueltas al asunto? Por lo que sé, has estado enamorado de esa muchacha toda la vida. Dudo mucho que exista una mujer que se resista a saber eso. Es como un cuento de hadas para las mujeres, ¿sabes? Ninguna se negaría.

—Pues arriba tienes a la primera mujer inmune a los cuentos de hadas —Matt dijo en tono de broma, aunque no había nada de risa en su sonrisa pesarosa—. Le he dicho todo, Raúl. Le he abierto mi corazón y ella me ha rechazado.

Raúl inspiró hondo, apoyando los codos en las rodillas. Con la vista fija en las llamas, ambos permanecieron en silencio un buen rato, sopesando las palabras que quedaron flotando en el aire.

—¿La amas, Matt? A pesar de todo... ¿la sigues amando?

—Sí —contestó Matt con franqueza.

—Entonces, no la dejes ir —Raúl se giró hacia él. Sus oscuros ojos brillantes por las llamas—. Si la amas, no le permitas alejarse de ti.

—¿Y qué propones que haga? ¿Robármela? —espetó, irónico.

—Precisamente.

Matt arqueó una ceja, dudando si su amigo bromeaba o no.

—Mi padre se robó a mi madre, lo sabes —se encogió de hombros—. Y han sido felices toda la vida.

—Ella nunca me lo perdonaría, Raúl. Además, estamos en Inglaterra, no en México. Esas cosas no son tan comunes aquí.

—En ese caso, encuentra el modo de convencerla —Raúl volvió a fijar la vista en las llamas—. Por lo que John me comentó, Alissa se ha sumido en un mundo propio de oscuridad. Como lo veo yo, se siente una carga para los otros. Asume que su presencia es una molestia... —lo miró a los ojos—. Tal vez, en su forma de ver las cosas desde ese mundo oscuro en el que se ha sumergido, ella cree que al casarse contigo no hará más que hacerte la vida miserable.

Matt se mantuvo en silencio, considerando sus palabras.

—Es bastante cierto lo que dices, amigo mío. También lo había pensado... —suspiró—. El problema es que no he encontrado la manera de convencerla de que lo que le digo es cierto, que mis sentimientos son reales y no movidos por la lástima.

—En ese caso, tendrás que obligarla a entender.

—¿Crees que no lo he intentado?

—No lo dudo. Pero como has dicho, ni el mejo orador podría hacer comprender a alguien que no quiere oír.

—¿Y qué propones entonces?

—Si ella no quiere oír, entonces tendrás que obligarla a tomar una decisión. Sacarla de ese abismo al que ha caído, aunque sea a la fuerza.

—¿Otra vez me sugieres que la robe? —Matt arqueó una ceja.

—No robarla, pero bien puedes chantajearla.

—¿Chantajearla? —Matt soltó una carcajada, asumiendo que él bromeaba. Pero al ver que Raúl no reía se puso serio—. ¿Estás loco? No podría hacer algo así, ¿ella jamás me lo perdonaría! ¡Me odiaría toda la vida!

—No lo tomes como si estuvieras haciendo la peor artimaña del mundo en su contra. Piensa que la estás rescatando de sí misma, y a veces, eso tiene que hacerse en contra de la voluntad de la misma persona. ¿Recuerdas cuando don Felipe encerró a su hijo Gonzalo en su sótano para impedir que siguiera bebiendo? Gonzalo era un borracho empedernido, habría terminado muerto de no ser por la determinación que tomó su padre. Y claro que Gonzalo no estaba contento con la medida, pero terminó por aceptarla y ahora es uno de los hombres más trabajadores del pueblo. Y el más sobrio.

—No voy a encerrar a Alissa, Raúl.

—No te digo que lo hagas, ni siquiera que la robes. Lo que te digo es que sigas a tu corazón... —movió la mano de forma enérgica, tratando de explicarse—. Tú encontrarás la forma de obligarla a aceptar tu proposición. Piensa que es para salvarla, Matt. Ella terminará perdonándote cuando se dé cuenta de que sólo intentabas ayudarla. Aunque para hacerlo, tengas que pasar sobre ella.

—¿Cómo es que sabes tanto de esto? ¿Desde cuándo te has vuelto tan sabio? —preguntó Matt,

en un tono mezcla de broma y seriedad.

Raúl tomó una larga inspiración antes de contestar.

—Por mi madre —él lo miró a los ojos—. Ella vivía una pesadilla en vida, Matt. Después de la muerte de sus padres, ella quedó en manos de sus tíos. Ellos le quitaron todo lo que tenía, la dejaron en la pobreza sin ningún miramiento, la sacaron de la escuela y la hicieron trabajar como sirvienta en su propia casa. Una Cenicienta de la vida real... Mi padre la conoció por casualidad un día que pasaba por su casa. Desde el momento en el que la vio, quedó prendado de ella. Sin embargo, por más que intentaba convencerla de huir con él, pues sus tíos no permitían su matrimonio, ella se negaba. Aunque vivía una pesadilla, se continuaba negando a dejarla... Así que mi padre no tuvo más opción que llevársela a la fuerza.

—Robarla —Matt arqueó una ceja—. Siempre supuse que era una historia fantasiosa cuando tu padre la contaba, ¿quieres decir que en realidad sucedió?

—Oh, claro que sucedió. Y mi madre no estaba nada contenta. Pero con el tiempo comprendió que mi padre lo hizo para rescatarla de la miseria en la que ella misma se había obsesionado en permanecer y terminó por perdonarlo. Después de todo, él lo hizo buscando su bien, porque la amaba demasiado como para permitir que continuara viviendo esa pesadilla, que sabía tarde o temprano terminaría destruyéndola.

Matt permaneció en silencio, meditando las palabras de su amigo. Agradecía su presencia allí. Sus hermanos habían tenido que regresar a México el mismo día de su llegada a Londres, y aunque nunca lo hubiera admitido abiertamente, se habría sentido muy solo sin nadie a su lado para acompañarlo y aconsejarlo en esos momentos. Raúl era como un hermano para él, y su presencia y consejos contenían la valía que únicamente un momento fraternal como ése podía otorgar en una situación difícil como aquella.

Sí, la presencia de Raúl era invaluable. Así como su consejo.

No supo cuánto tiempo había transcurrido hasta que notó que Raúl roncaba a su lado. Se había quedado dormido.

Afuera clareaba. El alba anunciaba la llegada de un nuevo día. De una nueva oportunidad de convencer a Alissa...

—Muerta en vida... —repitió las palabras de John para sí mismo—. No permitiré que te destruyas a ti misma, Alissa. Te amo demasiado como para dejarte seguir muerta en vida.

Y con esas palabras resonando en sus oídos se puso de pie, dispuesto a cumplir con el que era su deber.

12

AL ENTRAR EN LA HABITACIÓN de Alissa, la encontró una vez más sentada en su silla de ruedas junto a la ventana. Su aspecto no era mejor que el día anterior. Sus mejillas, demacradas por la falta de apetito y de sueño, lucían hundidas y oscuras. De continuar así, pronto caería enferma. Y por un demonio que él no lo permitiría.

—Matthew, no sé si tanto tiempo en otras tierras te han borrado la memoria, pero se supone que es de mala educación que entres a mi habitación con tanta libertad.

—No lo haría si dejaras de esconderte aquí dentro.

—No me escondo... —replicó ella, aunque era absurdo—. Sencillamente me gusta estar aquí.

—¿Y también te gusta pasar hambre y quedarte noches completas en vela?

—¿Es que me has estado espiando?

—Por supuesto que sí, me preocupas, Alissa.

—Estoy bien —ella fijó la vista en su regazo.

—¿Llamas estar bien a matarte de hambre y encerrarte en tu habitación como un ratón en una cueva?

—Estaré bien —corrigió ella, un brillo molesto en su mirada al levantar la vista y toparse con sus ojos—. En cuanto te vayas, me volveré a sentir bien.

—No me iré de aquí sin ti —le dijo él con voz grave, acercándose más a ella.

—Soy una mujer inválida, Matthew. ¿Por qué querías tenerme a tu lado? No sería más que un estorbo para ti.

—No te compadezcas de ti misma, no te queda bien, Alissa —le dijo él con voz firme, sin permitir que la tortura que sentía en su interior al ser tan duro con ella se exteriorizara—. Nunca fuiste así. Y de todas maneras, no te servirán de nada tus excusas. Te casarás conmigo, lo quieras o no.

Ella abrió la boca, indignada.

—No me compadezco de mí misma, ¡soy realista! ¡Eres tú quien debe dejar ese papel de falso samaritano, porque no te queda bien! No quiero tu compasión, Matthew. Ningún hombre se casaría conmigo estando como estoy, ¡y tú tampoco!

—Creo que no has escuchado bien, cariño. Acabo de pedirte que te cases conmigo.

—¡Ya basta de hacerte el bromista! No me voy a casar contigo, Matthew.

—¿Por qué no?

—¡Ya te lo he dicho! ¡No quiero tu compasión!

—No te compadezco.

—¡Lo haces! De otro modo nunca habrías venido a pedirme que me case contigo.

—Espera, ¿me estás dando a entender que la compasión es el motivo por el que te pido que seas mi esposa?

Ella titubeó.

—Sí...

—Bien... —se pasó los dedos por el cabello. Alissa notó que seguía siendo de ese encantador color castaño claro que antaño había adorado—. En ese caso, no te lo pido, Alissa. Te exijo que te cases conmigo.

—¿Qué...? —su voz sonó ahogada.

—Mejor aún, es una orden. Te vas a casar conmigo, lo quieras o no.

—¡No puedes obligarme, Matthew Collinwood!

—Eso está mejor. Prefiero ver el enojo en tus ojos a esa falsa humillación a la que pareces dispuesta a someterte —él sonrió a pesar de que la expresión dura de sus ojos no cambió ni un poco—. Te casarás conmigo, Alissa. Es una orden que te exijo cumplir sin miramientos ni compasión hacia ti, como te gusta. Me debes siete años de mi vida y me los has de pagar. Te convertirás en mi esposa y vendrás conmigo a México. Serás mi mujer, tal como lo juraste.

—Siete años no son una vida que pagar, Matthew.

Él pareció pensar en su respuesta y asintió.

—Te quedarás conmigo por siete años, entonces. Si después de ese tiempo deseas marcharte, te dejaré en libertad. Pero hasta entonces, vivirás a mi lado como mi mujer.

Los ojos de ella relampaguearon al tiempo que siseaba:

—No voy a casarme contigo. Métetelo de una vez en la cabeza.

Esta vez la sonrisa de él se hizo más pronunciada, pero de una manera que a Alissa le provocó calosfríos.

—Creo que lo mejor será que tú te vayas haciendo a la idea de que lo harás, Alissa —se aproximó tanto a ella que sus rostros quedaron frente a frente, sólo a centímetros de tocarse—. ¿Recuerdas tus palabras la última noche que estuvimos juntos? ¿Recuerdas lo que sucedió esa noche? —las mejillas de ella se colorearon—. Oh, sí, lo recuerdas bien. Y yo también, Alissa. De hecho, tengo varias cartas tuyas detallando con palabras de amor los sentimientos que aún te acompañaban a partir de esa noche —sacó un paquete de cartas del bolsillo interior de su chaleco. Alissa tragó saliva al reconocer sus propias cartas, enviadas tantos años atrás. A pesar de que el paquete de cartas estaba bien cuidado, el papel lucía amarillento y muy desgastado, como si las cartas hubieran sido leídas infinidad de veces—. En estas cartas, describes a detalle tu promesa de convertirte en mi esposa que hiciste esa noche. Y por tu honor, estoy seguro que no querrás que tu padre se entere que has faltado a tu palabra...

La amenaza quedó clavada en la garganta de Alissa como un yunque enorme que apenas le permitió tragar saliva.

—No te atreverías —musitó en un susurro desesperado—. Sabes que adoro a mi padre. Conocer ese secreto le rompería el corazón.

—En ese caso, está en tus manos evitar que tu padre sufra una terrible desilusión.

Alissa se quedó con la boca abierta, incapaz de creer lo que escuchaba.

—Cuando quiero algo, lo obtengo —le dijo Matthew. Sus ojos relampaguearon al posarse sobre los de ella—. Y te quiero a ti, Alissa.

Ella le dedicó una mirada llena de indignación. Matt se puso de pie y se dirigió a la puerta, deliberadamente dándole la espalda.

—Te doy hasta el amanecer, Alissa —le dijo antes de salir—. Hasta el amanecer para que me respondas. Si no lo haces, haré que te cases conmigo a la fuerza.

—Eres despreciable, Matthew. Tenías razón, has cambiado. No te reconozco... —su voz se quebró, llena de dolor—. Ese es el acto de un cerdo cobarde... ¡Sabes que todo cuanto tengo en el mundo es a mi padre!

Él se detuvo en seco. Por un par de segundos pareció que no iba a decir nada. Entonces, la miró por encima del hombro, incapaz de verla a la cara.

—Te lo dije, Alissa. No soy el mismo hombre que conociste. El viejo Matthew murió el mismo día en el que tú supuestamente lo hiciste —Alissa sintió esa declaración como una puñalada en su corazón—. Puedes desafiarme lo que quieras, pero te advierto, si me pones a prueba, te darás cuenta de lo que soy capaz para lograr lo que me propongo. He venido por ti y no me marcharé sin ti.

Alissa lo miró fijamente, furiosa.

—Por la mañana le daremos la noticia de nuestra boda a tu padre. Te daré dos semanas para empacar y hacerte a la idea. Entonces nos marcharemos a México, con o sin tus maletas.

Él salió cerrando con un portazo que retumbó en la habitación.

Alissa, temblorosa y pálida, se cubrió la boca con las manos para ahogar un sollozo.

El último hombre en el mundo del que habría esperado escuchar esas palabras era Matthew Collinwood.

Era claro. Matt, su antiguo Matt, había muerto. Ella lo había matado el mismo día en el que anunció su falsa muerte.

13

ANNE MARIE REMOVÍA LAS BRASAS de la chimenea de la cocina, más inquieta de lo que se había sentido en años. Otra vez había escuchado los pasos de Matthew colándose a la habitación de su prima y prácticamente había tenido que atarse de manos para no partir tras él y evitar que hiciera llorar a Alissa.

La había visto cabizbaja y triste todo el día anterior... Si ese hombre le hacía daño... ¡No! No podía pensar así. Había hecho lo correcto en ir en su busca, lo sabía. Matt nunca le haría daño. Eso no.

Por un lado había visto triste a su prima, pero por otro, Alissa estaba furiosa... Y ese era un sentimiento que hacía tiempo no demostraba. Alissa comenzaba a revivir, y Matthew Collinwood no llevaba en casa ni una semana. Si era capaz de conseguir esos logros en unos pocos días, no podía equivocarse al pensar que él le haría bien a su prima.

—Si tan sólo le pidiese matrimonio... —musitó, pensativa, sentándose sobre el suelo de roca y abrazándose las rodillas, con el atizador todavía en la mano.

—¿Quién debe pedirle matrimonio? —escuchó una profunda voz masculina a sus espaldas.

Ella se giró bruscamente, tanto, que al hacerlo la punta del atizador le rasgó la falda y le hizo un profundo arañazo en la pierna.

—¿Se ha hecho daño? —le preguntó Raúl, corriendo a socorrerla.

—No es nada —contestó ella, haciendo una mueca de dolor—. ¿Qué estaba haciendo allá escondido? Me ha dado un susto de muerte.

—¿Escondido? Sólo tomaba una taza de té y disfrutaba del calor de la cocina. Esta es la única habitación de este témpano que no está bajo cero —replicó él, inclinándose para revisar su pierna.

—Le he dicho que estoy bien —ella le dio un manotazo cuando trató de levantarle las faldas—. Y debería haber anunciado su presencia cuando entré. No es de buena educación esconderse en las sombras.

—Entró tan apurada y ensimismada en sus propios pensamientos que no creí conveniente hacerlo. Parecía muy enfascada en lo que fuera que la tenía tan preocupada —él la miró a los ojos, poniéndose muy serio—. Y con respecto a eso... ¿quién se supone que va a pedirla en

matrimonio?

—¿Qué cosa? —preguntó ella sin mucho interés, intentando ponerse de pie. La sangre goteaba de su pierna y terminaría ensuciando las zapatillas de seda que su madre le había regalado para su décimocuarto cumpleaños.

—Le he preguntado que quién le ha pedido...

—¡Jesús! —chilló ella, alzándose la falda.

—¿Jesús?

—Me ha manchado la falda.

—¿Jesús le ha manchado la falda? —él frunció el ceño—. ¿De qué demonios está hablando? ¿No acaba de decir que él le ha pedido matrimonio?

—Cuide su lenguaje, señor —replicó ella, señalándolo con la mano que todavía sostenía el atizador y casi rebanándole la nariz al hacerlo.

Él lo tomó por la punta y se lo arrebató de la mano.

—Usted debería tener cuidado con eso. Va a sacarle el ojo a alguien o hacerse más daño. Vamos, siéntese en esa silla y déjeme revisar la herida.

—Le he dicho que... ¡oiga usted, bájeme enseguida! —chilló Anne Marie cuando él la cogió por la cintura y la llevó en volandas hasta una silla libre.

Sin pedir permiso, le levantó la pierna y de un manotazo apartó la tela de la falda y enaguas, dejando al descubierto sus viejas zapatillas de seda y su pierna cubierta de sangre.

—Por un demonio, por poco llega al hueso.

—No es nada —replicó ella, luchando por recuperar su pierna. Él la apartó con un movimiento brusco, acercando un candil para ver mejor la herida.

—¿No es nada? —repitió, sarcástico—. Esto necesitará puntadas, ¿cómo no ha gritado? Mi hermana habría levantado a toda la casa con sus alaridos por algo mucho menor a esto.

—Le he dicho que no es nada —ella apartó sus manos de su pierna.

—Permítame, señorita —él apoyó una mano sobre su hombro, mirándola a los ojos con una intensidad que le atravesó el alma—. Le aseguro que no le haré ningún daño. Mi intención es curarla, nada más. Prometo no propasarme, si es a lo que teme.

—No, claro que no —replicó ella, ruborizándose.

—Es muy mala para mentir —dijo él, acercándose al fregadero para tomar un paño limpio y mojarlo con agua—. No tema, no haré nada que comprometa su honor ante su prometido.

—¿Mi prometido? —ella arqueó una ceja—. ¿De qué prometido habla?

—¿Es que tiene más de uno? —él se volvió con el ceño fruncido y comenzó a despotricar en español algo que ella no entendió más que la palabra «ingleses».

—No tengo ningún prometido, señor. ¿De dónde ha sacado esa idea?

Él arqueó una ceja, quedándose callado abruptamente.

—Usted lo dijo —replicó—. ¡Cuando estaba ahí sentada! —señaló la chimenea.

A Anne Marie le costó un par de segundos unir las piezas y comprender a lo que se refería. De pronto soltó una carcajada.

—¿Usted cree que yo hablaba de mí? —preguntó entre risas—. ¡Me refería a mi prima!

—Bueno... a mí no me parece tan gracioso —musitó él entre dientes, molesto por haber dejado

al descubierto su preocupación. Él no tenía nada que hacer interrogándola sobre una posible proposición de matrimonio o un prometido.

Llevó hasta ella una olla con agua hirviendo y un maletín que sacó del interior de una gaveta.

—Lo es. Pensar que yo he de casarme... —continuó ella riendo—. Es ridículo... ¡Auch! —chilló cuando él pasó un lienzo con agua hirviendo por la herida—. ¡Tenga cuidado!

—Lo siento —musitó él, a pesar que por su sonrisa era claro que no lo sentía en lo más mínimo.

—¿De dónde ha sacado eso? —Anne Marie abrió los ojos como platos al notar que él sacaba del interior del maletín varios instrumentos médicos, además de alcohol y gasas.

—Es mío. Para curarla —le explicó, mostrándole una gasa impregnada de alcohol como si fuera una niña pequeña—. Ahora no se mueva, esto no le dolerá.

—¿Es usted médico?

—Sí —sonrió, comenzando a limpiar la herida—. Veterinario.

Ella pegó un grito por primera vez, aunque él dudaba que hubiera sido por el alcohol.

—¿Es veterinario y pretende curar mi pierna? ¡Es ridículo!

—No, en absoluto. Como tampoco lo es que usted se case —la miró a los ojos—. Por cierto, ¿qué tiene de ridículo?

—Si me conociera lo sabría. Oh, espere, ya me conoce —sonrió ella, mordaz—. Entonces debe saber el motivo.

—No, no lo sé.

—Vamos, no finja conmigo —ella desvió la vista.

—Se lo digo en serio, ¿por qué no?

Un dejo de tristeza apareció en el rostro de Anne Marie, una tristeza que lo conmovió de un modo que jamás hubiera imaginado.

—Yo... yo no soy bonita... —contestó al fin. Una confesión que se notaba le era difícil realizar—. Los hombres no escogen a mujeres como yo como esposa, a menos que tenga una gran dote y un jugoso título. Yo no los tengo —se encogió de hombros—. Mi tío ha ofrecido dotarme, pero yo no lo deseo. No quiero que alguien se case conmigo por mi dinero. Antes prefiero quedarme soltera para siempre a tener que compartir mi vida con alguien que se haya casado con mi fortuna, y se dedique a hacerme miserable hasta el último de mis días gastando mi dinero en salas de juego y con mujerzuelas.

—Habla como si...

—¿Cómo si supiera de eso? —ella arqueó una ceja, esbozando una sonrisa mordaz a pesar de que sus ojos estaban llenos de lágrimas—. ¡Cómo no hacerlo! Fue la vida que tuvo mi madre al lado de mi padre. Él la engañó con tanta mujer se le puso enfrente y dilapidó su dinero en pocos años. De no ser por el tío John, ahora estaría viviendo en la calle.

—¿Por qué?

Ella pareció dudar si debía contestar. Finalmente comenzó a hablar, con una voz tan apagada que a Raúl le costó trabajo escucharla.

—Mi padre murió de sífilis, pero no sin antes contagiar a mi madre —ella agachó la vista, incapaz de verlo a la cara—. Ya imaginará la vergüenza que eso significó para ella... Gracias al

cielo que se perdió en la demencia y no debió vivir de forma consciente la desgracia en la que nos hundió mi padre tras su muerte —dijo con rabia.

Raúl la miró a los ojos por un largo periodo que a ella le pareció eterno.

—Lo siento mucho —dijo al fin, sin dejar de verla.

Ella asintió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano.

—No es nada. Sólo algo que ya pasó, no es como si fuera la primera ni la única en tener una historia como ésa —se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia.

—De todas maneras debió ser muy duro para ti... ¿Cuántos años tenías cuando murió tu madre?

—Dieciséis. Pero cayó enferma cuando yo tenía doce, me quedé a su lado hasta el día en que murió.

No... —inspiró hondo, quitándose el nudo que se le había formado en la garganta—, no podía abandonarla a su suerte en el hospital psiquiátrico. Me quedé en Londres a vivir en un convento. Todos los días acompañaba a las hermanas a ver a los enfermos, de ese modo podía ver a mi madre —su voz bajó hasta convertirse en un murmullo—. Al principio perdió la razón, sólo podía hacer una cosa: zapatillas de baile para mí —miró con profundo cariño las viejas zapatillas de seda que traía puestas. Ahora comprendía Raúl el motivo para usar esas zapatillas raídas y desgastadas—. Poco a poco, con el tiempo, fue empeorando hasta llegar el día en el que ella ya ni siquiera notaba que yo estaba allí... Sólo se quedaba inmóvil, viendo a la nada. Pero yo no podía dejarla... —su voz se quebró. Raúl se sintió con deseos de abrazarla, pero no sabía si ella se lo permitiría, y se limitó a mantener las manos sobre su pierna, una caricia distante, la única que ella le permitiría ofrecerle—. El día que murió, no pude evitar sentirme feliz por ella. Al fin era libre de la prisión en la que se había convertido su cuerpo. Aunque yo tuve que quedarme aquí, sola... Entonces apareció el tío John y me llevó a vivir con él.

—¿No lo habías visto antes?

—No... —negó con la cabeza—. Él y mamá se habían distanciado hacía años. Él se mudó a Francia y viajaba con frecuencia, cuando regresó a Inglaterra no volvió a saber de mamá hasta el día en que se enteró de su muerte. Fue cuando supo de mi existencia y fue a buscarme para llevarme con él. Desde entonces ha sido como un padre para mí, y Alissa como mi hermana.

Raúl la observó fijamente por varios minutos, ambos en silencio, el único sonido en la habitación el crepitar de las llamas.

Nunca se hubiera imaginado que esa mujer tendría un pasado tan duro cargando sobre sus hombros. Parecía siempre tan recta, tan fuerte, tan segura de sí misma... y ahora que la veía como realmente era, sin las barreras y escudos con los que se protegía de la vida, al fin podía apreciar a la verdadera mujer que se ocultaba tras la máscara: una mujer vulnerable y con el corazón atormentado. Una mujer que por algún destino misterioso él se sentía en la necesidad de proteger.

—Creo que esta noche se me ha ido la lengua —ella sonrió, volviendo a poner esa máscara de indiferencia que él tanto detestaba—. Mi pierna está mucho mejor, se lo agradezco, señor Valenzuela.

—Raúl. Ya nos tuteábamos, ¿recuerdas?

—No... Está bien —contestó ante su ceja arqueada, un gesto mudo de réplica. Sonrió una vez más, en esta ocasión de forma sincera—, Raúl. Buenas noches.

—Buenas noches —contestó él, cediendo al fin a dejarla ir cuando su impulso era aferrarla entre sus brazos y no soltarla más.

Ella lo miró por última vez antes de dirigirse a la puerta. Con la mano en el picaporte, volvió la cabeza sobre su hombro, como si dudase.

—¿Qué sucede? —preguntó él, sonriente.

—Es sólo que me extrañaba que tuvieras tu maletín médico en la cocina —ella rio, encogiéndose de hombros.

—Duermo aquí. El que está allá es mi baúl —señaló un rincón donde reposaba un arcón muy desordenado.

—¿Aquí? —sus cejas se arquearon—. ¡Qué descortesía! ¿Pero es que no te han ofrecido una habitación?

—Oh, sí, un témpano, como todo en esta casa.

Ella soltó una risita.

—Imagino que ha de ser difícil para ti adaptarte a nuestro clima, Raúl.

—No te preocupes, Anne Marie —él sonrió al escuchar su nombre en sus labios—. Nadie ha sido descortés conmigo, he sido yo quien ha decidido dormir en la cocina.

—Pero ha de ser de lo más incómodo... Al menos pediré que te traigan una cama...

—Estoy acostumbrado a dormir en lugares peores, no te preocupes —él le sonrió de nuevo, una sonrisa que la hizo estremecer de pies a cabeza—. Te aseguro que estoy muy cómodo aquí.

—Bien... En ese caso, buenas noches —contestó ella de forma apurada. Nerviosa, hizo una venia completamente innecesaria y por poco se dio en la nariz con la puerta al abrirla a la carrera.

Sin volverse atrás, abandonó la cocina a paso rápido y se encerró en su habitación. Sin quitarse la ropa, se metió en la cama y se acurrucó entre las frazadas, tratando de olvidarse de ese calor que comenzaba a encenderse en su interior.

14

EL AMANECER APARECIÓ con una rapidez vertiginosa. Alissa, inquieta, aguardaba que la puerta se abriera en cualquier momento. Matt entraría por ella y exigiría una respuesta.

Hubiera deseado tener a alguien a quien acudir, pedir consejo, ayuda... Pero no podía hablar con nadie por temor a que su padre se enterase del asunto. No iba a arriesgar la frágil salud de su padre.

No obstante, no podía casarse con Matt. Sabía que él se movía por la compasión. Por más que tratara de ocultarlo, algo le decía que su fanfarronería era falsa. Llevaba toda la noche meditándolo. Tenía que ser falsa. Y de ser así, sólo actuaba de ese modo por complacerla, por ayudarla, por compasión... Y no podía hacerle eso a Matthew...

Le había estado dando vueltas al asunto toda la noche. No tenía otra salida.

La puerta chirrió al abrirse. A pesar de esperarlo, ella se tensó. El oscuro rostro de Matt apareció en el umbral. Sus ojos verde-azules brillantes por la expectación.

—Hola —la saludó con sencillez. Su porte era imponente, sin embargo algo había en su semblante, cierta timidez, que lo hacía lucir como un niño. Alissa no pudo evitar sentir una pizca de nostalgia en el corazón. Él lucía tan parecido al antiguo Matt del que se había enamorado—. ¿Y bien? —preguntó él con tono apremiante, aproximándose a la cama—. ¿Me tienes ya una respuesta?

Alissa suspiró y agachó la vista. El viejo Matt se había ido y había sido reemplazado por el nuevo.

—Matt, por favor, no me hagas esto —musitó—. No me puedo casar contigo.

Matthew se sentó a su lado en la cama y aferró sus manos entrelazadas con una suya. El calor de su piel la hizo estremecer, la familiaridad de ese tacto que llevaba tantos años añorando, por más que le doliese admitirlo.

—¿Te das cuenta que me estás orillando a hacer algo que no deseo, Alissa? —preguntó él. Su voz adoptó un tono ronco que le provocó un escalofrío—. No voy a echarme atrás. Tú te irás conmigo a México, lo quieras o no.

—No dejaré a mi padre, Matt. Soy todo cuanto tiene y él... Él no tiene mucho tiempo más —inspiró hondo—. Si tanto deseas esto, tal vez después de que él...

—Tu padre puede venir con nosotros —la interrumpió—. Hablaré con él. Estoy seguro que estará encantado con la idea. Sabes que él y mi padre fueron grandes amigos...

—¿Y qué hay de la señora Willson? —lo interrumpió. Su voz sonó desesperada—. Pete murió y está sola en el mundo. Y Fanny quedó viuda también, tiene a dos niñas pequeñas que mantener, no puedo abandonarlas.

—Me parece muy considerado de tu parte preocuparte por ellas. Y no temas, pueden venir también. Incluso Percival, si él está dispuesto, puede acompañarnos —sus ojos tenían un brillo amenazante al hablar—. ¿Algún otro impedimento que quieras utilizar como excusa?

Alissa apretó los labios. Su preocupación por ellos era totalmente real, aunque admitía que los había utilizado como excusa para hacerlo desistir. ¿Qué iba a hacer Matthew cuando se terminara dando cuenta del peso de lo que le pedía? Él se aburriría tarde o temprano de ella. Un hombre como Matthew Collinwood debía tener a cientos de mujeres a sus pies, dispuestas a ofrecer todo aquello que ella no podía darle. Tarde o temprano él acabaría cayendo en cuenta de su error, y entonces... ¿qué sería de ella?

Ella lo amaría hasta el último de los días, pero era imposible que él sintiera lo mismo por ella. Después de todo, ella ya no era la mujer de la que él se enamoró...

—Matt, te lo suplico —sus ojos se humedecieron por las lágrimas—, reconsidera esta idea absurda. Yo no puedo ser tu mujer.

—¿Por qué no?

—Porque... porque... ¡sólo mírame, Matthew!

—Te miro, Alissa —le dijo con solemnidad—, y no veo ningún motivo por el que no puedas ser mi esposa.

—¡Matthew, no seas absurdo! Vives en un rancho en medio de la nada en México, ¿qué voy a hacer yo allá?

Los ojos de él se crisparon al tiempo que un rastro de dolor atravesaba sus pupilas.

—En otro tiempo, todos tus sueños estaban puestos en vivir a mi lado en ese preciso rancho.

—Eso fue hace mucho tiempo, Matt. Es claro que las cosas han cambiado —su voz se quebró cuando hizo un gesto despectivo hacia sí misma, señalando sus piernas.

Matt, con movimientos lentos y seguros, se acomodó más cerca de ella y tomó su rostro entre sus manos, de forma que ella no pudiera evitar verlo a la cara. Su mirada era tan intensa que Alissa sentía que la quemaba, como si sólo con esos hermosos ojos fuera capaz de penetrar en su interior, capa tras capa bajo el muro que ella había levantado a su alrededor todos esos años, hasta llegar a su mismo centro. A su mismo corazón.

—¿Me amas, Alissa?

Ella se sorprendió por la repentina pregunta. Un nudo se formó en su garganta, haciéndole imposible contestar.

Matt estrechó sus manos entre las suyas, intensificando más su mirada sobre ella, si es que eso era posible.

—Contéstame, Alissa. ¿Todavía me amas?

—Sí.

—Entonces no hay nada más que me importe.

—Pero Matt...

—¿No me vas a preguntar lo mismo?

—¿Qué cosa? —quiso saber ella, con la voz entrecortada.

—Si yo todavía te amo. ¿No te interesa saberlo?

Ella asintió, parpadeando las lágrimas que no dejaban de brotar de sus ojos.

—Pues bien, pregúntamelo —le pidió él con voz suave, pasando una palma cálida por su mejilla. Alissa se estremeció con la caricia. Su pulgar, era áspero por el trabajo y a la vez tan suave como una pluma al acariciar con delicadeza su piel, secando las lágrimas que resbalaban por su mejilla.

Su mano se había oscurecido y endurecido, pero seguía siendo la misma. Esa caricia la habría reconocido en cualquier parte del mundo.

—¿Me amas, Matt? —preguntó con voz temblorosa.

—Sí, Alissa. Te amo con toda el alma —contestó él, ahuecando la mano en su mejilla—. Y disculpa mi vocabulario, pero no sé otra forma de decirte esto: me importa una mierda que estés sobre tus pies o en una silla de ruedas. Eres Alissa, mi Alissa. La mujer a la que amo. La única a la que he amado en la vida, y la única a la que podré amar...

—Matthew detente... —sollozó, aferrándose a la mano que él todavía mantenía sobre su rostro—. No sigas, por favor. Yo no lo merezco... Tú siempre has sido tan bueno, y yo... ¡tú mereces a otra mujer! ¡Una mujer con la que puedas dar paseos de la mano y que pueda darte hijos...! —no pudo continuar hablando, él rompió la distancia que los separaba y la silenció con un beso que le estremeció hasta el alma.

Alissa se sintió perder en ese beso. Los labios de Matt se movían con suavidad sobre los suyos, una caricia aterciopelada y húmeda que tan bien recordaba. Él aumentó la firmeza en el beso, presionándola a abrir la boca y ahondar más en ella, jugueteando con la lengua en la comisura de sus labios. Alissa no se resistió, se dejó hacer con total disposición. Él la besó con fascinación, saboreando los confines de su boca como tantos años había anhelado hacerlo.

En menos de una fracción de segundo había sido transportada en el tiempo al pasado, a esos mágicos días cuando ella era joven y bella, y Matt estaba a su lado, y todo era perfecto...

Entonces él se separó de ella, y la realidad se hizo presente una vez más. No estaba en el pasado, era el presente. Sólo que Matt estaba con ella, sus ojos verde-azules brillantes e intensos, fijos en ella, mirándola de una forma colmada de fervor que la hizo sentir la mujer más hermosa que existiera sobre la tierra.

Matt la miraba intensamente, sentía su cuerpo trémulo por el esfuerzo de tener que controlar el ímpetu que embriagaba su corazón al punto de nublarle la razón.

—Puedo dar paseos contigo —le dijo él en un susurro vehemente, con la frente pegada a la suya—. No necesitas caminar para que lo hagamos. Y con respecto a lo otro, nunca he querido hijos. Todo cuanto he querido en la vida es a ti. Sólo y siempre te he querido a ti —la rodeó con los brazos, atrayéndola contra su cuerpo—. Te amo, ¿no lo entiendes? Te amo a ti, ¡sólo a ti! No habrá nunca otra mujer que supla tu lugar en mi corazón. Han pasado siete años en los que te he creído muerta y ninguna otra mujer llegó a entrar en mi corazón. Ni siquiera a estar cerca de lo que tú fuiste para mí. De lo que eres para mí... —corrigió, aferrándola con fuerza contra su

corazón—. Sé mi esposa, Alissa. ¿Qué debo hacer para convencerte y digas que sí?

—Te amo, Matthew... Te amo tanto que no puedo permitirte hacer esto.

—¿Pero es lo que yo deseo! —bramó, desesperándose.

—No... Es lo que crees, por tu bondad. Pero no es cierto. Tú nunca serás feliz conmigo, Matt ¿no lo ves? Soy una lisiada, la hija de una prostituta. Si me caso contigo, te dañaré... Te mancillaré, a tu nombre y a tu familia —ella negó con la cabeza—. No puedo hacerte eso, Matthew. Te amo demasiado para permitírmelo.

—Te he dicho que eso no me importa.

—¿Qué vida podrías llevar conmigo? En México yo no podré hacer nada, y aquí... Aquí no te dejarían en paz. Hablarán de nosotros a cada lugar donde vayamos. Murmurarán a nuestras espaldas... Seré la deshonra para ti y tu familia.

—¿Desde cuándo te importa tanto el qué dirán? Esos chismes me tienen sin cuidado. Y mi familia pensará igual, te lo aseguro.

—Me importan por ti, Matt. No puedo ser tan egoísta como para pretender que no te estoy haciendo un daño terrible con este matrimonio. Si tan sólo nosotros lo supiéramos... Pero mi verdad es de conocimiento público. La gente cree que he muerto, es mejor así. Si de pronto salgo y vuelvo a la vida, todos hablarán. Y el viejo chisme sobre mi pasado volverá a la boca de todos en Inglaterra. Y el más afectado serás tú.

—No me importa —le aseguró, hablando con furor—. Y de todos modos, no tendremos que preocuparnos de eso. En México las cosas son diferentes. Allá nadie te conoce, podremos vivir una nueva vida desde cero. Viviremos el sueño que siempre anhelamos, Alissa...

—No, Matt —ella negó con la cabeza, sus ojos colmados de lágrimas—. No puedo hacerte esto. Ni siquiera si cumplieras tu promesa de decirle a mi padre... Yo, no podría hacerte este mal. Te amo demasiado para permitirlo.

—Son excusas, ¡sólo excusas! —bramó él, alejándose de ella, furioso.

Alissa sintió que un frío terrible la golpeaba con su lejanía. Como si el mismo calor de su cuerpo la abandonara de repente.

—¿Qué debo hacer para hacerte entender que te amo, que todo cuanto me importa es estar contigo! Todo lo demás son tonterías, ¡estupideces que no tienen cabida entre nosotros a menos que tú les des un lugar en nuestra vida!

—Matthew... Por favor, entiéndeme...

—No, tú entiéndeme... —no pudo decir más. Un nudo se había formado en su garganta, impidiéndole hablar. Se puso de pie y se dirigió al hogar.

Apoyó los codos sobre la repisa de la chimenea y hundió la cabeza en sus manos, intentando sosegar su frustración y enojo.

—¿Qué es lo que debo entender, Matt? —preguntó ella con la voz quebrada. No quería lastimarlo, sólo que comprendiera su posición. Y quizá si le permitía desahogarse, él terminara vaciando los sentimientos que lo acosaban y diera espacio a los de ella. Como un jarro que necesita ser vaciado antes de llenarse de nuevo con agua.

Él caminó por la habitación, rastrillándose el pelo con los dedos de la mano, en un gesto cansino.

—He pasado toda la noche pensando en la forma de hacerte comprender lo importante que eres para mí. Y si eso no bastaba, entonces... entonces sólo me quedó una salida tangible.

—¿Vas a intentar obligarme otra vez? —ella arqueó una ceja.

—No —los ojos de él se encendieron, con enojo—, pero es una salida más baja.

—¿A qué te refieres? —ella lo miró a los ojos, expectante. Matt sonrió, con una mueca ladeada que a ella le resultó encantadora. Más que antes si es que era posible.

—¿Cuál es? —se atrevió a preguntar ella una vez más, aguantando una sonrisa.

—La compasión —a pesar de que sonreía, el tono en su voz delataba su propia aflicción.

—¿Compasión? —ella frunció el ceño, molesta.

—Puede que tú no quieras que esté a tu lado por compasión, pero yo no le pondré peros a tu decisión si tú decides hacerlo.

—¿Por qué habría de sentir compasión por ti? Estás perfectamente sano, tienes toda una vida por delante, eres feliz...

—Error —él alzó un dedo, callándola con el gesto—. No soy feliz. No sin ti.

Alissa voló los ojos, negando con la cabeza.

—Tú no me habrías abandonado si yo estuviera en tu lugar, Alissa. Te habrías quedado a mi lado, ¿no es así?

—¡Por supuesto!

—¿Y lo habrías hecho por compasión?

—¡No! Claro que no... —se calló al notar que caía en la trampa—. No es lo mismo Matthew.

—¿Por qué no?

Ella tartamudeó, sin encontrar una respuesta factible.

—¿Lo ves? Te habrías quedado a mi lado, por amor, no por compasión. Es lo mismo que yo quiero hacer contigo.

—Las cosas son diferentes, Matt. La realidad es que soy yo quien está postrada en esta silla, y quien decide... —farfulló—. Y no te voy a condenar a vivir a mi lado.

Matthew frunció el ceño y a paso veloz se acercó a la silla de ruedas y se dejó caer en ella, provocando que las ruedas chirriaran bajo su peso.

—Bien, soy yo quien está en la silla ahora. ¿Te casarás conmigo?

Alissa a poco estuvo de soltar una carcajada.

—No.

—Estoy en una silla de ruedas, dijiste que estarías a mi lado como fuera, ¿no? Pues cumple tu palabra.

—Matthew, ya basta... Entiende, por favor. No vamos a llegar a ninguna parte aunque sigamos discutiendo todo el día. No me casaré contigo.

—¿Por qué no?

—¡Porque no quiero que sientas compasión por mí! —dijo de forma atropellada, afligida por sus propias palabras.

—No, yo tampoco quiero que tú la sientas por mí, pero recurriré a ella si es necesario para convencerte de quedarte a mi lado— Alissa arqueó la ceja otra vez, sin comprender. Él continuó antes de darle tiempo de hablar—. Alissa, tú me mataste cuando me enviaste esa carta. Me

abandonaste.

—No lo hice...

—Lo hiciste. Me dejaste fuera de tu vida sin siquiera pedir mi opinión. Me hiciste miserable por siete años... Lo menos que puedes hacer ahora es venir conmigo y compensarme por ello.

—¿Siete años? ¿Tal como me amenazaste ayer? —replicó ella, cruzándose de brazos—. Yo no respondo a amenazas, Matthew.

—¡Mujer, qué tengo que hacer para convencerte! —Matt se puso de pie, comenzando a molestar. Caminó hasta la ventana y permaneció observando los jardines al alba, intentando impregnarse de la calma del amanecer, que tanta falta le hacía.

—Te necesitaba tanto... —musitó él, sin despegar la vista del cristal—. Cada noche buscaba tu voz en el viento, tu rostro en el cielo... cualquier cosa que me recordara a ti, cualquier señal que significase que tú no me habías olvidado, donde quiera que estuvieses —se quedó callado, sus manos temblorosas secaron una lágrima solitaria que resbalaba por su mejilla—. Tú nunca contestabas... Ahora sé el motivo. Cómo habrías de hacerlo, si no estabas muerta. Aunque ahora sé que ni estando viva lo intentaste.

Alissa sintió esas palabras como una puñalada en el corazón.

—¿De verdad... hacías eso? —preguntó con la voz quebrada—. ¿Tratabas de escuchar mi voz en el viento?

Matt asintió, sin despegar la vista del cristal.

—Me dijeron —Alissa inspiró hondo, buscando la fuerza para hablar—, me dijeron que tú ya no vivías con tu familia... Que te habías vuelto un ermitaño, ¿es verdad?

Matt asintió nuevamente.

—Sencillamente no podía ver a nadie. Veía tu rostro en todas partes, odiaba cuando alguien sonreía, no importaba si era mi hermana o una completa desconocida, siempre te veía a ti en esa sonrisa. Y no podía soportarlo. Supuse que un tiempo de distanciamiento del mundo me ayudaría, pero han pasado siete años y no he encontrado consuelo alguno —se encogió de hombros—. Supongo que para algunos la vida es así, no tenemos consuelo, la felicidad no dura... ni somos capaces de cumplir el sueño que tanto anhelamos.

Alissa agachó la vista, apretando los nudillos en las sábanas.

—Nunca le habrías enseñado esas cartas a mi padre, ¿no es verdad? —preguntó ella tras varios minutos en silencio.

Él no se volvió, sólo contestó con una negativa de cabeza.

—Lo sabía... Tú nunca podrías hacer algo malo, Matthew Collinwood. Eres demasiado bueno, demasiado noble... —su voz se quebró y ella debió cubrirse la mano para reprimir un sollozo.

—Alissa... —Matt se volvió por primera vez al escucharla llorar, sus ojos humedecidos por las lágrimas.

—Nunca imaginé que te ocasionaría tanto daño, Matt —le dijo ella a la carrera, haciéndole un gesto con la mano para que permaneciera en su mismo lugar y no se acercara—. Todo cuanto deseaba con esa carta era mantenerte lejos de esto, de este infierno en el que se convirtió mi vida. ¿Cómo saber que arrastraría mi propio infierno hacia ti, estando tú tan lejos?

—Es sencillo. Donde tú estés, estoy yo, Alissa. Quizá debiste comprender que tú eras mi vida

antes de hacerme creer que habías muerto. Con eso sólo me quitaste la vida misma.

Ella lo miró con los ojos colmados de lágrimas por largo rato antes de que las palabras por fin afloraran de sus labios, en un gemido apenas audible.

—Me casaré contigo, Matt. Haré lo que me pides. Te lo debo. Pero... —añadió antes de que él pudiera intentar acercarse una vez más—, haremos las cosas tal como tú las has dispuesto. Serán siete años. Los siete años que te debo. Entonces me marcharé y tú te olvidarás de mí.

—Nunca podré hacer eso.

—Entonces no me casaré contigo, Matt.

—Alissa...

—Esa es mi condición, Matt. Siete años. Sólo siete años. Entonces tú serás libre para rehacer tu vida con otra mujer y tener la familia que te mereces.

—Tú eres mi familia.

—Si no lo prometes, no me casaré contigo.

—Alissa...

—No voy a cambiar de parecer, Matt. Te debo esos años, te doy la razón. Pero nada más. Ahora, acepta mis condiciones o abandona el trato.

Matt frunció el ceño y la miró a los ojos.

—Lo haré siempre y cuando tú prometas algo —ella rio, irónica, pero él no le dio importancia y continuó hablando—. Si pasados los siete años, tú deseas quedarte a mi lado, lo harás.

Ella bajó los ojos. Dios, sabía que ella querría quedarse a su lado pasados siete años. Se quedaría a su lado toda una eternidad con los ojos cerrados si él se lo pidiera. Pero no podía hacerlo, no si deseaba lo mejor para él. Matt merecía una mujer que pudiera vivir a su lado a su paso y darle la familia que se merecía.

Y ella procuraría que un día la tuviera...

—Bien, lo prometo —aceptó, aunque en su corazón sabía que nunca llegaría a aceptar esa condición llegado el momento.

ESA MISMA NOCHE, Alissa y Matt comunicaron la noticia a su padre. John no podía estar más contento, así como Anne Marie, quien la abrazó con lágrimas en los ojos, profundamente conmovida por la nobleza de Matt al haber convencido a su prima de salir de su encierro.

La pareja recibió felicitaciones de todos en medio de alegrías y risas, las niñas no dejaban de correr alrededor de la silla de Alissa, emocionadas por ser las pajecitas de la boda, mientras John sacaba su mejor botella de champagne para celebrar la feliz noticia.

La boda sería lo antes posible, según aseguró Matt, quien partiría al día siguiente para afianzar personalmente los detalles del viaje. A Alissa le sorprendió la facilidad con la que su padre aceptó la proposición, así como la decisión de partir con ellos a México.

En la puerta, Alissa y Matt se despidieron a la mañana siguiente. Él tenía muchos asuntos que atender, y no dejaba pocos en manos de la familia de Alissa. El viaje no sería cualquier cosa y estaba seguro que pasarían unos días muy ajetreados antes de su regreso para celebrar la boda.

—Te traeré un anillo de compromiso de Londres —le dijo Matt con una sonrisa, inclinándose para besarla en los labios.

—No hace falta —ella abrió el cuello de su vestido y extrajo una cadenilla de oro de la que colgaba el anillo de compromiso que él le había dado años atrás—. Todavía lo conservo, y no quiero ningún otro, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo —contestó él con voz emotiva, ahuecando la mano en su mejilla—. Nos vemos pronto, Alissa. Y esta vez, cuando nos volvamos a reunir, será para siempre.

Las palabras de esa promesa se quedaron flotando en el aire cuando él se alejó. Incluso mientras Alissa lo observaba partir en el carruaje, incapaz de apartar la vista del camino.

La próxima vez que se vieran, sería para siempre...

Pero antes, aún tenía muchas cosas que hacer.

Las dos semanas siguientes se fueron como agua. La casa se inundó de un frenesí de manos y pies embalando y empaquetando todos los bienes. Alissa no podía estar quieta en un solo sitio, convertida en un manojo de nervios, sentía la necesidad de controlarlo todo. Lo último que le pasó por la cabeza fue la boda que concluiría todo, y al mismo tiempo, daría inicio a su nueva vida.

Matt llegó la noche anterior a la fecha fijada para la boda. Cansado, pero tranquilo, comunicó

las noticias de su viaje a la familia de forma breve durante la cena. Todo estaba preparado y partirían al día siguiente de la ceremonia.

Alissa, muda e incapaz de probar bocado, escuchaba cada palabra con atención casi enfermiza. No podía dar cabida a lo que estaba sucediendo. Era como si toda su vida entrara en un remolino frenético, pasando de la más completa pasividad al total caos de la noche a la mañana. Y ella tendría que formar parte de todo aquello de lo que se hablaba en la mesa, y que ella no podía evitar escuchar como si se tratase de la vida de alguien más.

Como si adivinase su sentir, Matt posó su mano sobre la de ella, provocándole un sobresalto.

—Tranquila, todo irá bien —le dijo con una suavidad y calidez que rivalizaba con la caricia de sus dedos sobre su piel—, te lo prometo. Confía en mí.

Alissa inspiró hondo y asintió, deseando con todo el corazón que realmente pudiera ser así.

El amanecer del día siguiente apareció de una forma exquisita, las nubes cargadas de tormenta al fin dieron paso a los primeros rayos de sol de la temporada, provocando que el clima se volviera ligeramente cálido, perfecto para celebrar una boda.

Raúl abandonó la protección de la cocina para ayudar a la señora Willson y a Anne Marie a decorar el salón con flores silvestres que ella misma había salido a recoger por la mañana, mientras Fanny se concentraba en arreglar a Alissa para la ceremonia.

A pesar de que Alissa no quiso ningún festejo, la señora Willson y Fanny pusieron manos a la obra para realizar toda clase de exquisiteces en la cocina. No habría invitados fuera de los miembros de la casa, ni fiesta. Sin embargo todos hicieron lo posible por hacer del día el más especial posible. Incluso las pequeñas Karen y Ariel colaboraron decorando el salón con hermosos lazos de colores.

La boda consistió en una sencilla ceremonia en casa dirigida por el juez de paz local.

Alissa se puso un sencillo vestido de seda azul claro que había pertenecido a su madre. Estaba fuera de moda, pero no le importó. Fue su forma personal de traer el recuerdo al presente. Además era azul y prestado, así que servía de doble propósito. Como si eso importase, de todos modos...

Las niñas consiguieron varias flores silvestres de la que formaron el ramillete de novia. John se encargó de los anillos, les dio los que habían sido los de él y Constance. Además de un pequeño obsequio de bodas del que Matt se enteró al momento en el que el juez le hizo sabedor de la información: Lord John Goldbridge heredaba su título de conde a Matt.

—El título, al haber sido otorgado por el rey Guillermo IV puede otorgarse con libertad dentro del círculo de su familia. Por lo que el conde Goldbridge ha decidido entregarlo a su yerno, Matthew Collinwood. Quien de ahora en adelante ostentará el título de vizconde Goldbridge hasta el día en el que herede el título de conde —terminó de leer el juez.

A Matt le tomó varios minutos comprender lo que el juez le estaba pidiendo que aceptara al plantar su firma en el papel.

—John, no puedo... —miró a John con incredulidad.

—Está decidido, Matt. Ahora eres mi hijo y el heredero de mi título.

—Pero John, no necesito un título. Además, en México no servirá de nada...

—No es que aquí me haya sido muy útil, de cualquier manera —rió John—. Pero al igual que el rey quiso obsequiarme con algo especial el día que salvé su vida, me gustaría entregarte a ti

este regalo. Es lo único que tengo, además de mi hija, valioso y que el dinero no puede comprar. Por favor, hijo, no lo desprecies.

—Eso nunca, John. No era mi intención...

—Todo está hecho —John alzó una mano, obligándolo a guardar silencio—. Por favor, firma y demos por concluido todo este asunto para ir a festejar con el grandioso pastel de bodas que la señora Wilson y Fanny han preparado.

Matt buscó alguna ayuda en el rostro de Alissa, pero ella se limitó a sonreír, completamente de acuerdo con la decisión de su padre. Por lo que Matt supo que no le quedaba otra más que firmar para adoptar el título. Seguro que su padre se caería de la silla del caballo cuando se enterase. Después de todo él despreció su propia condición de conde, y ahora Matt ostentaría el título de vizconde. Condenada ironía de la vida. Conocía el caso de cientos de hombres y mujeres a la caza de un título, el que fuera. ¡Y a él le tocaba caer en el mismo hoyo de nobles y títulos dos veces! ¡Que un millón de rayos le partieran el lomo ahora mismo!

—Y ahora los anillos.

Matt apenas alcanzó a asimilar a tiempo esas palabras, metido en el hilo de sus pensamientos. Alissa le tendió la mano y él la estrechó con disimulado apuro a tiempo para colocar el anillo en el dedo de su novia. Ella hizo lo propio con él, con dedos igual de temblorosos que los suyos.

—Los declaro, marido y mujer —concluyó el juez.

Matt se inclinó y besó a Alissa en los labios. Un beso suave, fugaz y a la vez, eterno. Era el beso que marcaría el inicio del resto de su vida.

Una vida que pasaría al lado de ella, de eso estaba seguro. De alguna forma, conseguiría convencerla de lo mismo.

La comida fue sencilla pero deliciosa. Fanny y la señora Willson hicieron méritos con sus dotes de cocineras. Las pequeñas hijas de Fanny, vestidas con hermosos vestidos blancos decorados con flores, corrían en derredor de la mesa mientras los demás comensales charlaban sobre su futuro. Percival había decidido quedarse en Inglaterra al cuidado de la propiedad. Su familia vivía en una ciudad próxima y acordó con John que su hija y su yerno se mudarían a la mansión para cuidar de la residencia. Por otro lado, Fanny y la señora Willson aceptaron partir con ellos a México, por lo que se retiraron temprano a descansar. Al día siguiente, conforme lo había dispuesto Matt, partirían al alba hacia Londres y de ahí directo a México. Lo último que Matt deseaba era retrasar su partida a casa, como si temiera que en cualquier momento Alissa se fuera a esfumar como había sucedido años atrás...

Con motivo de esa preocupación, había hecho una visita al médico de Alissa con la intención de enterarse de su salud. Lo último que deseaba era provocarle más mal que bien con su viaje.

—No tiene nada de qué preocuparse —le dijo el médico al finalizar la charla, que había durado cerca de dos horas—. Estoy seguro de que su mujer tendrá una vida larga y saludable, con excepción del incidente que la agobia.

—¿No podrá empeorar en el rancho?

—No, hombre. Ya se lo he repetido cinco veces —rio el médico, dedicándole a Matt una mirada de afecto. Desde que él llegó esa mañana anunciando su pronta boda con Alissa y su preocupación por la salud de la joven, se había ganado su estima y simpatía—. El calor y el sol le

harán estupendamente. Quién sabe, tal vez un cambio de aires es precisamente lo que esa muchacha necesita para decidirse a salir adelante. Lady Alissa se ha negado a realizar los ejercicios que le he enviado, pero con ellos estoy seguro que podría mejorar considerablemente.

—Tenga por seguro que haré todo cuanto esté en mis manos por ayudar a Alissa, doctor.

—Estoy seguro que sí —el médico asintió, mirando con una sonrisa las notas que Matt había estado tomando sobre los ejercicios que Alissa debía realizar, a pesar de que el médico le había asegurado que tanto Alissa como Fanny tenían varios panfletos, además de los conocimientos que él mismo les había compartido en varias ocasiones—. E imagino que también tendrá otra duda, ahora que va a casarse con ella. Y déjeme decirle que no hay ningún problema.

Matt levantó la vista de las hojas que revisaba y arqueó una ceja de forma interrogante.

—Me refiero a sus relaciones maritales —aclaró el médico.

Matt sintió que las mejillas se le encendían como si fuera un jovencito, por un momento revivió la primera vez que su abuelo le habló de sexo.

—Quizá deban encontrar métodos más... imaginativos a los tradicionales —buscó la palabra —, pero le aseguro que no hay ningún inconveniente.

—Le agradezco la noticia, doctor —carraspeó Matt—. Había supuesto que no podría tocarla de ese modo...

—Es muy noble de su parte desposarse con ella teniendo esa consideración.

—No es ningún acto noble —él agachó los ojos—. Prácticamente debí obligarla a que me aceptara como su marido. No iba a obligarla también a... —carraspeó—. ¿Está seguro de lo que me está diciendo? ¿No la pondré a ella en ninguna clase de peligro?

—No, se lo aseguro.

—¿Y qué hay de los posibles riesgos...? Si ella quedara embarazada... —el rostro de Matt se contrajo por la preocupación—. ¿No podría eso provocar que empeore la lesión?

El rostro del médico se ensombreció ligeramente.

—Me temo que lo más probable es que no puedan concebir, señor Collinwood. En los casos que he tratado... En fin, no hay que cerrarnos en posibilidades. Alissa es una joven sana relativamente. Podría suceder que en su caso particular...

—No es que tema no convertirme en padre, doctor. Lo que temo es ocasionarle un daño a ella. No la pondré en riesgo de ninguna forma.

El hombre asintió, esbozando una ligera sonrisa en los labios.

—No tema. La medicina ha avanzado mucho. De llegar a suceder, con el debido cuidado, no debería haber ningún problema. Tendrán que tomar precauciones extra, por supuesto, sería un embarazo de alto riesgo y su esposa sufrirá algunas incomodidades, lo más seguro es que necesite una cesárea y para ello deberán trasladarse con anticipo a una ciudad con un buen hospital en México, o tal vez en Estados Unidos o aquí en Londres. Pero fuera de esos detalles, debe confiar en que saldrán adelante si ambos se lo proponen. No es imposible, señor Collinwood. Lady Alissa y usted podrán convertirse algún día en padres.

Esas palabras habían quedado rondando en la mente de Matt desde la tarde anterior y no había conseguido quitarlas de su cabeza.

Padre. Él, convertido en padre...

Hacía siete años que se había borrado esa posibilidad de su mente.

El que ahora fuera un suceso tajante le movía de tal forma que ni siquiera el duro suelo de mármol bajo sus pies evitaba que se sintiera como si ya se encontrara en alta mar.

No obstante, al entrar en la habitación matrimonial esa noche, quedó claro que esa posibilidad era todavía más lejana de lo que llegó a imaginar. Alissa parecía todo menos dispuesta a compartir la alcoba con él. Mucho menos la cama.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó después de cubrirse hasta la barbilla con la sábana, echándole una mirada asesina.

Si los ojos fuesen pistolas, ahora estaría como una coladera... pensó Matt.

—Es nuestra noche de bodas —no supo qué otra cosa decir.

—Estás bromeando, ¿no es verdad? —ella soltó una risita un poco histérica—. Matt, ve a tu habitación —dijo ella tras una larga pausa al notar que él no se iba a marchar—. Eso no va a suceder.

—¿Por qué no? —Matt avanzó un paso—. Hablé con tu médico... —los ojos de Alissa se abrieron como platos por la sorpresa—, dijo que no habría problema si tú y yo...

—No —su voz tenía un toque de pánico—. No dejaré que me veas así...

—Alissa, ya te dije que no hay nada malo en ti.

—¡Vete de aquí Matthew!

Matt no se movió de su lugar. Con paso suave y silencioso se aproximó y se sentó a su lado en la cama.

—Está bien, no tengas miedo. No tenemos que hacer nada que tú no quieras, Alissa. Sólo... sólo no me pidas que me vaya —había un tono de súplica en su voz, a pesar de que él permanecía con el ceño fruncido y la misma expresión dura en el rostro con la que había entrado en la habitación. La máscara con la que él se escudaba, igual que antes, sólo que ahora mucho más madura, más atemorizante...—. No me apartes de tu lado, Alissa.

Ella lo miró a los ojos. Se sentía miserable por ocasionarle esa aflicción. Matt era un hombre duro, se notaba a leguas con sólo verlo. Que se doblegara de esa forma ante ella la hizo sentir como la peor mujer del mundo.

—Matt, no es por ti. Es por mí... —su voz se congeló en un gemido—. No deseo que me veas así. ¿No lo entiendes...? Antes era bella, perfecta... Daría lo que fuera porque siempre hubieras conservado esa imagen de mí. Y ahora has vuelto. Ahora has visto en lo que me he convertido... ¡pero no puedo permitir que me veas a fondo! ¡No cuando conozco el terrible monstruo que se oculta bajo estas capas de tela...! —Las lágrimas rodaron por sus mejillas, haciéndole incapaz de controlar el llanto por más tiempo. Antes de que pudiera notar lo que sucedía, se sintió envuelta entre los brazos de Matt. El calor de su cuerpo la embriagó. Su aroma era idéntico a como lo recordaba. Su tacto, quizá más rudo, más áspero, no obstante, habría distinguido esas manos en el fin del mundo... Reconoció la arrebatadora esencia de su aliento justo antes de que la besara. Sus labios tocaron los suyos con una suavidad casi temerosa. Su húmeda calidez se mezcló con la suya en una sensación tan exquisita como arrebatadora, sumergiéndole todos los sentidos en un abismo que no había experimentado en años. Un abismo al que sólo podía conducir el amor.

Y el tiempo mudó. Una vez más era la misma joven ingenua y colmada de amor, capaz de

dejarse arrastrar hasta el fin del mundo por un solo roce de su amado. Así era la capacidad de alcance del abrazo de Matt.

Un abrazo que ella no merecía...

Los recuerdos agolparon su memoria. Una vida que en otro tiempo había soñado, ahora se cumplía para ella. Mas no podía aceptarla. El amor era algo que la vida le había negado. ¿O era que ella misma se lo había negado...?

Como si intentara contestar a su pregunta, Matt intensificó el beso, hundiendo sus largos y fuertes dedos en su cabello. Alissa se sintió como si flotara. Por primera vez en años no extrañó la sensación de sus piernas, no con la ingravidez que su corazón experimentaba rodeada entre los cálidos y amorosos brazos de Matt. Lo amaba tanto, tanto...

—Te amo —musitó en un gemido bajo. Sus ojos se habían cubierto de lágrimas sin que ella lo notase y ahora la humedad le impedía ver con claridad la imagen de Matt delante de ella.

—Yo también te amo —contestó él, su voz ronca y suave, colmada de amor.

¡Maldición!, se había dejado llevar. Si lo que deseaba era su bien, no tenía que ligarlo a ella. Él nunca la dejaría sabiendo que ella lo amaba. Matt era tan bueno que nunca la abandonaría sabiéndolo.

Él tomó su rostro entre sus manos y secó las lágrimas que corrían por sus mejillas. Una caricia que estremeció cada fibra de su cuerpo.

—Por siete años, cada noche, cada amanecer, cada vez que algún pensamiento me hacía acordarme de ti, lo que era prácticamente cada minuto del día, todo cuanto deseé fue escucharte una vez más decirme esas palabras, Alissa.

Alissa se estremeció al ver la intensidad de la luz en su mirada. De no ser porque sabía la verdad, habría creído realmente que él la amaba.

Pero no era posible... Nadie podría amarla. Nadie.

—Matt, te lo he dicho antes. Yo he cambiado...

—No digas nada —él posó un par de dedos sobre sus labios, silenciando sus palabras—. Déjame este momento, Alissa. Permíteme aferrarme a este momento. Ya las cosas que vendrán mañana las iremos superando una a una a su tiempo. Ahora, este momento es mío, y quiero recordarlo hermoso.

Alissa asintió, incapaz de negarse a ese deseo tan sencillo. Después de todo, ella también deseaba aferrarse a ello con todo su corazón...

Ya mañana sería otra historia.

Sin decir otra palabra, Matt la ayudó a acomodarse nuevamente sobre las almohadas. Con cuidado, la tapó hasta la barbilla, tal como la había encontrado, y se recostó a su lado en la cama sobre las mantas. Pasó un brazo sobre su cintura en un abrazo sencillo y acomodó la cabeza en la almohada, justo tras su nuca.

Alissa no comprendió qué pretendía hasta que lo vio cerrar los ojos. Iba a decir algo, pero decidió callar y esperar. Él deseaba eso, y por más que le doliera admitirlo, ella también. Deseaba su cercanía como las flores al sol y al agua. Lo amaba con toda el alma.

Y por ese mismo amor, un día lo dejaría ir...

16

ALISSA DESPERTÓ al escuchar una voz ronca y grave llamándola a través de un túnel oscuro. La luz fue colándose poco a poco entre la bruma que la rodeaba. Ella avanzó a tientas, guiada por esa voz. Sabía que no lo encontraría. Nunca lo hacía. Pero en sus sueños ella podía caminar, y por lo menos en ellos no iba a dejar de buscar a Matt. Por más que supiera que nunca, a pesar de todos sus esfuerzos, llegaría a alcanzarle...

Quizá fue por ello tan grande su sorpresa cuando, al abrir los ojos, fue a él precisamente al que vio. Estaba cambiado, eso era claro. Su rostro más maduro, un poco más moreno, su cabello más largo y con un aspecto un poco salvaje, pero era él, de eso no había duda. Sus mismos ojos brillando con la luz matinal que se colaba a través de las cortinas de su habitación. Sus labios curvados en una suave sonrisa, tan similar a la del joven de sus recuerdos, y a la vez, tan diferente.

—Buenos días, mi bella durmiente —la saludó, acariciando suavemente su mejilla—. Es hora de levantarse. Esta mañana partimos al inicio de tu nueva vida.

Alissa sonrió. Siempre en sus sueños había valorado la capacidad de caminar. Sin embargo, hasta ese momento, nunca había estado tan contenta como lo estaba ahora por tener a Matt con ella. Matt, al que nunca en sus sueños podía alcanzar, ahora estaba con ella... ¡y al carajo las piernas!

Alguien tocó a la puerta, provocando que Alissa regresara a la realidad.

Ella no podía dejarse llevar por sus emociones, ¡no podía! Aunque tuviera que recordárselo cada segundo del día, antepondría la felicidad de Matt a la suya.

Cubriéndose con la sábana hasta la barbilla se giró, dándole la espalda a Matt.

—Debe ser Fanny para ayudarme a preparar para el viaje. Te recomiendo que hagas lo mismo, si deseas que partamos justo después del desayuno, tal como querías, Matt.

Matthew inspiró hondo, dedicándole una mirada seria a la espalda de su mujer. No comprendía el motivo de su repentina frialdad. Alissa parecía contenta de verlo a su lado hacía tan sólo un par de segundos... Tal vez sólo necesitase un momento para arreglarse a solas. Sabía, por su hermana y su madre, que las mujeres podían amanecer muy susceptibles en ocasiones, y lo mejor que uno podía hacer era dejarlas a solas.

—Te veré en el desayuno —dijo en un tono que intentó hacer sonar lo más neutro posible, levantándose de la cama.

—Suelo desayunar en mi habitación.

—En ese caso, te acompañaré.

—No hace falta. Papá te hará compañía en el comedor.

—Alissa...

—Si me disculpas, quisiera estar a solas por favor —dijo de forma cortante, sin volverse a mirarlo.

—A solas con Fanny —ironizó él.

—Ella es mi doncella.

—Y yo soy tu marido.

Alissa no se inmutó. Ni siquiera parecía que hubiera escuchado esa última declaración.

—Como deseas —masculló él, molesto—. Tendremos mucho tiempo para discutir esto cuando estemos en el barco.

Sin decir más, abrió la puerta y salió de la habitación casi tirando a Fanny en su carrera por alejarse de allí.

—¿Sucede algo, milady? —preguntó Fanny, cuando entró en la habitación, cuidando de cerrar con llave tras ella. No fuera a ser que el señor Collinwood deseara regresar de forma inesperada y encontrase a Alissa en un estado desfavorable.

Ya su joven ama le había advertido al respecto.

—Nada, Fanny —Alissa suspiró y levantó la barbilla—. Es sólo que no me había detenido a pensar en todos los inconvenientes del viaje.

—No tema, señorita... señora —se corrigió—. Estoy segura de que al señor Collinwood, ¡lord Collinwood! —volvió a corregirse— no le importará...

—No, Fanny —suspiró—. Tendremos que hacerlo al modo antiguo. Los aposentos de él, los aposentos de ella.

—No creo que sea lo que milord desee.

—Eso no importa ahora. Es como debe ser —inspiró hondo—. Ahora ayúdame a levantar, por favor. Tenemos que darnos prisa para partir.

—Sí, milady.

Matt bajó las escaleras de dos en dos y salió de la casa rumbo a los establos. Necesitaba alejarse de todo y de todos por un tiempo, aunque fuera sólo un par de minutos.

Al infierno con las mujeres, quien fuera capaz de entenderlas se ganaría el premio al mayor genio del mundo, eso era seguro. Él había hecho todo lo posible por contentarla, por hacerla sentir feliz, sin reclamarle lo sucedido, tomando en cuenta todo lo que había pasado. Pero no, ella no quería verlo ni en pintura...

Tal vez, después de todo, el casarse con ella sí había sido un error.

Tal vez, ella no le quería realmente...

Después de un desayuno frugal, finalmente se pusieron en marcha. La carga de los carruajes no llevó tanto tiempo como Matt temía, Alissa dispuso de lo indispensable, y al parecer, los demás siguieron su ejemplo. De no ser porque Matthew sabía que se trataba de una familia de nobles, habría jurado que quienes lo acompañaban eran un simple párroco partiendo de viaje con sus dos hijas, cada uno cargando con un sencillo baúl.

Fanny y la señora Willson, por otro lado, estaban dispuestas a llevar la mitad de la casa. Al parecer la señora Willson había asumido que en México no existían las teteras, las cacerolas, las linternas ni los sartenes, y las hijas de Fanny se negaron a dejar atrás los juguetes que Alissa y John les habían ido obsequiando a lo largo de los años. Matt consiguió convencer a la señora Willson de que en México no vivían en las cavernas y existían los sartenes y las linternas. Por otro lado, fue incapaz de negarle a las niñas el llevar sus juguetes con ellas.

Lo que no supo fue que su gesto, cada una de sus palabras pacientes y cariñosas, fueron atentamente escuchadas por Alissa.

El viaje hasta Londres fue pesado en extremo, pero para nadie resultó tan extenuante como para Alissa. Cada mirada, cada dedo señalándola a ella o a su silla, cada movimiento excesivo para abrirla paso, o las faenas para moverla, le resultaban detestables y abrumadoras. Odiaba que la gente la mirara. Odiaba llamar la atención como un farol rojo brillando en medio de una gris oscuridad, donde todos debían girarse para notarla, para notar su desdicha.

Como si Matt se percatara de su sentir, se mantuvo siempre a su lado, atento a cada una de sus necesidades. Sin embargo, con esto no hizo más que aumentar su propia angustia. Ella no deseaba tratos especiales. Habría dado el mundo entero por pasar desapercibida, una persona más entre la multitud, y no ser la mujer en silla de ruedas a la que todos volteaban a ver.

Gracias al cielo, el barco para México partía la misma tarde que llegaron a Londres, por lo que no debieron detenerse a pasar una estadía en un hotel. Alissa temía encontrarse con alguna de sus viejas amistades. Para todos ellos estaba muerta. No tenía ánimos de dar explicaciones. Mucho menos montar el papel del fantasma que regresa de la tumba.

Si alguien la reconoció, nadie se lo hizo saber. Debía de haber cambiado bastante durante esos últimos siete años. Ni siquiera ella misma se habría reconocido si comparaba a la antigua joven hermosa y coqueta, flamante y llena de vida que una vez fue, con la mujer apagada atrapada en esos vestidos pasados de moda y el cabello peinado en un rígido moño en la nuca, y para colmo, sentada en una silla de ruedas.

Más aliviada con su aparente anonimato, Alissa respiró con tranquilidad después de lo que pareció una eternidad, y por primera vez prestó atención a la conversación entre Raúl y Matthew, sobre el mejor modo de subir el equipaje al barco. Finalmente los dos hombres optaron por adelantarse, mientras los demás aguardaban en los carruajes, lejos del barullo que implicaba embarcarse. Aunque Matt había comprado pasajes en primera clase para todos, afuera del barco debían mezclarse con toda la gente reunida en el muelle, no sólo aquellos que abordarían también, sino vendedores, pasajeros de otros barcos, marineros y toda clase de porteños. Matt quería evitarle lo más posible las molestias a su mujer, protegiéndola de todo el mundo hasta haberla llevado a su paraíso personal en México, donde estaría a salvo.

No obstante sus esfuerzos, Matt no pudo prever el encuentro con un antiguo conocido que

hubiera sido mejor evitar a toda costa. La única persona en esa multitud que logró reconocer a Alissa. El único hombre al que ella habría deseado no volver a ver en la vida: lord Umbridge.

El hombre debía de venir de algún viaje. Sus ojos se toparon inicialmente con John, para finalmente posarse sobre ella. Debió costarle bastante materia gris el unir cabos y reconocerla en la mujer sentada en la silla de ruedas. Pero cuando lo hizo, una malévolos luz iluminó sus ojos, al tiempo que una sonrisa mordaz curveaba sus labios.

—Lord Goldbridge, pero qué sorpresa verlo después de todos estos años —lo saludó con aparente alegría.

El rostro de John se tensó. Por un momento pareció indeciso entre situarse delante de su hija y esconderla con su propio cuerpo o dejarla a la vista. Optó por esto último, sabiendo que sería más humillante ocultarla, a pesar de que claramente Alissa habría preferido lo otro.

—Umbridge —John prácticamente escupió el nombre—. ¿Qué desea?

—¿Es ése el saludo que le da a su vecino? Acabo de llegar de un productivo viaje a las Indias —sus ojos se posaron sobre Alissa—. Ansío llegar a los brazos de mi esposa, lady Umbridge. Antes lady Clarence Hewitt. Seguramente se acordará de ella, es la prima del príncipe.

—Cómo olvidarla. Su rostro siempre me pareció semejante a una marmota —espetó la señora Willson, de pie tras la silla de Alissa.

Lord Umbridge levantó la nariz en un gesto altivo que lo hacía lucir como si acabara de pisar mierda.

—¿Y usted es...? —sus ojos no se habían posado sobre la mujer tras la silla, una simple empleada, sino sobre Alissa. Por quien claramente había ido desde un principio.

—Seguramente recordará a mi prima, lady Alissa Goldbridge —le dijo Anne Marie, cuando era claro que John no iba a contestar. Su voz tensa por la situación.

—¿Lady Alissa? —su voz mantenía una burla mal opacada—. ¿No estaba usted muerta?

Alissa sintió que las mejillas le ardían, sin embargo se obligó a mantener la cabeza en alto, los ojos fijos sobre los de ese hombre despreciable que antaño había rechazado una y otra vez. ¡Bien por ella! Y maldito el momento en el que pudo llegar a sentir un poco de lástima por él. Esa bestia no se merecía nada.

—¡Todo está listo! Podemos comenzar a abordar... —Matt llegó en ese momento. La sonrisa que curveaba sus labios fue desapareciendo lentamente a medida que el reconocimiento llegaba a su mente.

—Collinwood, no puedo creérmelo —dijo Umbridge, irguiéndose en toda su estatura—, no sabía que habías regresado de tu autoexilio en las plantaciones de azúcar junto a los esclavos.

Matt, dirigiéndole una mirada asesina que hizo al hombre desear tragarse sus palabras, se acercó al grupo con paso decidido.

Alissa sonrió entre dientes al notar lo nervioso que estaba Umbridge, nunca le había gustado Matt, pero ahora ciertamente se notaba con claridad el motivo. Matt no sólo era mucho más alto que él, mucho más fornido y ágil, sino que todo en Matthew Collinwood irradiaba una mezcla de virilidad y energía que ningún otro hombre, mucho menos Umbridge, podría llegar a igualar.

Matt era fortaleza pura.

A su lado, Umbridge lucía como un pálido pavo desplumado colocado junto a un lobo robusto y

fuerte.

No había duda de que de haber un enfrentamiento, Matt sería el vencedor.

—Es hora de abordar —dijo Matthew, pasando por alto el comentario de Umbridge, como al mismo hombre—. Raúl, encárgate de conducir a las mujeres. Percival, asegúrese de que los marineros lleven con bien la carga al barco.

—Sí, señor —contestó el mayordomo, con una venia.

—John, venga conmigo —le pidió Matt, antes de situarse delante de su mujer, su cuerpo musculoso en tensión, como si deseara abarcarla a toda ella con la intención de protegerla—. Alissa, te llevaré yo mismo. Apoya los brazos en mi cuello, ¿quieres? Será más rápido de este modo.

—¿Es que ustedes dos siguen juntos? —espetó Umbridge, claramente molesto por ser ignorado.

Matt no se detuvo a contestar. Tomó a Alissa en brazos con la facilidad con la que hubiera cargado una almohada.

—Sólo un idiota pregunta lo obvio, Umbridge —Matt le dijo con voz seca al pasar por su lado—. Tú deberías saberlo tras haberla deseado tanto. Pero ni loco te habría permitido robármela, Ashton. Ni las garras de la muerte me habrían quitado a Alissa. Mucho menos un conde lechuguino y artero como tú.

Alissa, con una sonrisa en los labios, se dejó conducir por su marido en volandas, sintiéndose como si flotara entre nubes.

Tras ellos le llegó el sonido de un chillido similar al de una rata. Al volverse alcanzaron a ver justo a tiempo a la pequeña Ariel, la hija de Fanny, propinarle un puntapié en la espinilla a lord Umbridge con toda la fuerza que su pequeño pie le permitió.

Con una sonrisita contenida, John cargó a la niña y la llevó consigo rumbo al barco, sin detenerse a ofrecer disculpas por la travesura de la pequeña. Una travesura que todos habrían deseado hacer, sin ninguna duda.

Matt, con una sonrisa en los labios, cargó a su mujer rumbo a su nueva vida, haciendo una anotación mental para más tarde premiar a Ariel con una buena dotación de dulces como recompensa.

—NO LE HAGAS CASO A ESE IMBÉCIL —le dijo Matt suavemente al oído—. Ese tipo sigue resentido porque nunca le hiciste caso.

Alissa curvó las comisuras de sus labios, a pesar de que la tristeza era todavía clara en sus ojos.

Matt la sentó con cuidado sobre una silla de mimbre que descansaba en uno de los pasillos de primera clase, y acuclillado frente a ella, la miró a los ojos.

—Hazme caso, Alissa. Nadie tiene derecho a hacerte sentir miserable. Tú eres la misma joven hermosa de antaño.

—He cambiado, Matt. Lo sé, no tienes que mentirme.

—Por supuesto, ya no eres una jovencita, ahora eres una mujer preciosa.

El halago curvó los labios de Alissa una vez más.

—No digas tonterías. Estoy inválida, no soy imbécil.

—Imbécil es el tipejo ese al que la hija de Fanny por poco deja sin pierna —Alissa soltó una risita, provocando que su corazón se calentara—. Es en serio, Alissa. Eres preciosa. Y no hablo sólo de tu físico, porque bien sabes que no es de eso de lo que me enamoré, sino de la extraordinaria mujer que hay aquí dentro —tocó el centro de su pecho con el índice, el sitio donde latía su corazón—. No permitas que nadie te haga pensar lo contrario. Nadie merece tu dolor.

—No es como si pudiera evitar que me vieran de ese modo, Matt.

—El como te veas no importa. Sólo lo que hay en tu interior.

—Tú sabes que estoy vacía —sus ojos se toparon con los de él—. Siempre pudiste ver en mi interior, igual que si leyeras las páginas de un libro. Me lo dijiste cientos de veces, yo misma lo veía... Y sé que ahora no ves nada, porque no hay nada —su voz se quebró—. Me he quedado vacía.

—De ser así, ahora no estaría a tu lado. Sin embargo, heme aquí, pegado a tus faldas igual que un perro faldero.

Ella soltó una risita, al tiempo que las lágrimas se soltaban de sus ojos.

—No seas tonto, tú nunca podrías ser un perro faldero.

—Por ti, mi cielo, me convertiría en un chihuahua si pudiera estar a tu lado.

—¿Un qué?

—Un perro asquerosamente chico que hay en México. Mi hermana los adora... Olvídalo — hizo un gesto con la mano—. Lo que importa es que eres una mujer estupenda, grandiosa y bella, por dentro y por fuera, la mujer más hermosa que he conocido en la vida.

Ella levantó la vista, perdiéndose en esos iris verde-azules que tanto adoraba.

—Te amo, Alissa...

Alissa debió morderse los labios para no responder con la misma palabra. Sin embargo no fue necesario, Matt pudo leer su respuesta en sus ojos como si hubiese sido escrito en letras gigantes y brillantes.

—Has sido todo un héroe allá abajo... Gracias, Matt —le dijo Alissa en voz baja, tratando de cambiar de tema.

Matt suspiró, sabía que había avanzado con ella, pero todavía no llegaba tan lejos como deseaba. Sin embargo, había avanzado. Poco a poco, un paso a la vez, y lograría llegar una vez más a su corazón. Alissa se abriría a él, volvería a confiar en él. Quizá no ahora, pero algún día.

Con sumo cuidado, la volvió a cargar en brazos y comenzaron a avanzar por el pasillo.

—Yo no lo diría así. Tuve que cogerte en brazos o habría estrangulado a ese imbécil. Y no tardé tantos años en encontrarte y tener la esperanza de revivir nuestros planes, para tirarlos por la borda en menos de un minuto a causa de un idiota que no vale la pena.

Alissa agachó la vista. Los planes de Matt ya no podrían ser, de algún modo tenía que hacérselo comprender...

—Te llevaré directamente a nuestro camarote. Raúl podrá guiar a tu padre y a los demás hasta sus propias habitaciones, no tenemos que esperarlos.

—Matt, te pedí que tuviéramos camarotes separados.

—Consideré que sería mejor estar juntos, Alissa. Después de todo, estamos casados ahora.

—Sí, pero no es como si... Matt, no deseo estar contigo —le soltó de lleno, hablando de forma cortante.

Él se detuvo en seco, arqueando una ceja de forma inquisitiva.

—No recuerdo que te haya provocado mucha repulsión hace siete años.

—No me malinterpretes, no quise decir eso —ella quiso explicarse al percibir el tono resentido en su voz—, es sólo que deseo un poco de privacidad, Matt. Estoy acostumbrada a estar sola.

—Ahora estás conmigo.

—Pero no soy como cualquier otra mujer, Matt y eso no puedes discutírmelo —su voz rayaba con el enojo, a pesar de su intento de mantenerse calmada—. Necesito privacidad. Te lo suplico...

Matt la miró a los ojos. Ciertamente había súplica en su voz. Con un suspiro cansino asintió, reanudando la caminata con ella en volandas.

—Está bien. Pero te lo advierto, Alissa, será sólo durante nuestra estadía en el barco. No pretendo tener uno de esos matrimonios convencionales de la clase alta, como intentaste convencerme. Viviremos como marido y mujer al llegar a México, durmiendo bajo las mismas sábanas. Es mi última palabra, ¿está claro?

—Muy claro —contestó ella, agachando la mirada. No fuera a ser que leyera en ella también su

deseo de turbar sus planes.

La gente que se les quedaba mirando les dedicaba sonrisas encantadas. Los tomaban como los recién casados que eran, sólo que no se imaginaban el motivo real por el cual él llevaba a su mujer en brazos.

Matt la llevó hasta su camarote de primera clase. Una magnífica estancia colmada de lujos como no había visto en años, al resguardarse en su refugio lejos de la ciudad. Todo parecía tan nuevo en su habitación como las calles de Londres, abarrotadas de cosas que parecían traídas de otro mundo. Las lámparas, los manteles, las sábanas, incluso los jabones, todo parecía como si hubiera sido hecho por seres de otro planeta.

En el camino Matt le había comentado algo sobre los trenes, las máquinas tejedoras, los nuevos museos y las artes plásticas que estaban surgiendo en esa época, prometiéndole enseñarle todo cuando ella estuviera dispuesta. Las últimas novedades que habían surgido durante esos años la habían maravillado. Como esos extraños vehículos sin caballos que había visto en las calles, impulsados únicamente por un motor, igual que una locomotora, por lo que le explicó Matt.

No obstante, todo tendría que quedarse en meras palabras. Ella nunca saldría a verlas, su vida continuaría igual, no podía cometer el desliz de hacerse ilusiones de que algún día las cosas podrían ser diferentes.

Los demás no tardaron en llegar y el barullo propio de acomodarse en las habitaciones comenzó. Para sorpresa de Alissa, Matt no había reparado en costo. Había pagado habitaciones en primera clase para todos, incluida la servidumbre, de modo que Alissa pudiera contar con su gente de mayor confianza en caso de necesidad. Aunque hubiese deseado ser él quien atendiera sus necesidades, sabía que ella lo preferiría de ese modo.

Matt, a petición de Alissa, la dejó en manos de la señora Willson y de Fanny. No le gustaba alejarse de su mujer tan pronto, pero debía buscar un sitio donde dormir, ahora que su mujer lo había echado del camarote.

Alissa lo vio partir con tristeza. Le dolía ser tan dura con él, le hubiera encantado estar pegada a él cada hora del día, pero hacerlo sólo le traería más problemas a la larga, cuando ella debiera marcharse de su lado. Mientras menos se apegara a Matthew Collinwood le iría mejor a todos.

El resto del día transcurrió con rapidez. Matt no pudo conseguir otro camarote libre en primera clase a esas alturas, por lo que tuvo que tomar una plaza en segunda clase, y por tal motivo no podía ver a su mujer tan seguido como hubiese deseado. Por fortuna, Raúl, que no había permitido que Matt le pagase el pasaje en primera, estuvo contento de acompañarlo durante su estadía en segunda clase, donde él también se había alojado.

Matt no podía dejar de pensar en Alissa. Hubiera deseado dormir con ella y convertir ese viaje en su viaje de bodas. A pesar de que estaba en contra de la idea de mantener habitaciones separadas en un matrimonio, sabía que todo estaba cambiando muy rápido para ella y no deseaba presionarla. Ya tendrían mucho tiempo cuando estuvieran en su propia casa en México.

Debido al cansancio del largo viaje, Matt se retiró a su camarote y se quedó profundamente dormido. Habría continuado así de no ser por Raúl, que fue a despertarlo antes de la cena.

Matt se apuró en lavarse y cambiarse de ropa. Justo cinco minutos antes de las siete, estaba de pie frente a la puerta de Alissa, listo para escoltarla al comedor. Sin embargo, fue recibido por

Fanny y la noticia de que su mujer se sentía indispuesta y cenaría en su camarote. Sola.

El resto del viaje Matt recibió las mismas noticias. Comenzaba a desear que Fanny al menos fuera un poco más ingeniosa para inventarse excusas distintas al mareo de Alissa por el vaivén del barco. Hubiera deseado que sólo le dijera la verdad a la cara, que ella no deseaba verle para dejar de anhelar el momento en el que ella le recibiría una vez más.

Pronto llegarían a tierra. Pronto estarían en México. Pronto la tendría en su terreno y todo sería diferente.

Hasta entonces, no tenía más que hacer que aguantar. Aguantar y esperar.

★ ★
★

Anne Marie observaba el atardecer desde la proa del barco. El sol teñía con tonos anaranjados el horizonte infinito del océano, consiguiendo en ella una sensación de paz que ni diez gotas de láudano habrían logrado. Si tan sólo Alissa consintiera acompañarla de vez en cuando...

Su prima se había encerrado en su camarote desde su llegada al barco. Eso la entristecía en suma manera. Sabía cuánto ella deseaba estar con Matt, lo veía en sus ojos cada vez que él se asomaba en sus aposentos para preguntar por ella. La luz nacía en sus oscuras pupilas como el sol después del anochecer con sólo oír su voz, pero ella se negaba a verlo. Siempre y sin cambiar de idea bajo ningún argumento. Y tras cada negativa volvía a caer en la misma oscuridad que la acompañaba hasta el siguiente momento en el que Matt iba a verla.

Si tan sólo le permitiera ir a hablar con Matt, pero su prima se lo había prohibido rotundamente. Y después de haberle llevado a su antiguo amor sin su consentimiento, no se atrevía a hacer otro acto en contra de su voluntad. Ya se sentía como si hubiera traicionado su confianza, aunque no se arrepentía de lo que había hecho. Matt la ayudaría. Estaba segura de ello. En el poco tiempo que llevaban juntos, había vuelto a ver nacer el brillo especial en los ojos de su prima, ese brillo que sólo significaba una cosa: vida. El brillo que se había apagado tras el accidente. El accidente que ella había provocado...

El infierno se la llevaría. No podía comprender por qué había tenido que ser tan mala con Alissa en el pasado... Su prima siempre fue buena y amable con ella. Por sus celos, había ido muy lejos, y ahora pagaría por toda la eternidad las consecuencias. Ni todas las plegarias del mundo redimirían sus pecados del pasado, lo sabía. Pero al menos podría intentar arreglar las cosas para su prima. Dios quisiera que no se equivocara y que Matt consiguiera sacar a Alissa del abismo en el que había caído.

—No sabía que te gustara tanto el océano como para venir a verlo todos los días —le dijo una voz masculina—, y todo el día.

Anne Marie se volvió al reconocer a Raúl, al hacerlo prácticamente se dio de frente con él. Había llegado a su lado sin que lo notara.

El rubor cubrió sus mejillas y se apuró a girarse una vez más en la dirección contraria, dándole la espalda, escondiendo el rostro de él.

—Bueno... No es que lo vea todo el día —dijo a la carrera, quitándose un mechón de cabello que el viento parecía obstinado en pegar contra sus ojos—. Aunque me gustaría.

Raúl soltó una risita baja, apoyando los codos en la baranda. Anne Marie lo observó de reojo, ella recta como una tabla y él tan relajado como si estuviera sentado en el sofá de su propia casa.

—Esa primita tuya es toda una princesa mimada, ¿no es verdad?

—¡No!, por supuesto que no —frunció el ceño, molesta—. ¿Cómo te atreves a hablar de ella de ese modo? Mi prima sufre mucho, ella...

—No sé cómo la soporta —añadió, sin tomar en cuenta sus palabras—. La he visto encerrada en su camarote todo el día, negándose a salir a pesar de que Matt prácticamente se lo pide de rodillas. No entiendo a mi primo, podría tener a la mujer que quisiera y se va a elegir a la más difícil de toda Inglaterra. Y podría apostar que de muchos otros lados.

—¿Tu primo?

—Matt es como mi primo, nuestros padres se conocen desde hace años. Prácticamente somos familia —se encogió de hombros—, pero no me cambies el tema, ¿cómo soportas estar encerrada todo el día con tu prima?

—No seas tan duro con Alissa, ella pasa por momentos muy difíciles —lo reprendió, adoptando una actitud similar a la de una severa institutriz regañando a un niño—. No pretenderás creer que mi prima actúa así por libre convicción. Ella solía ser muy dulce y alegre, pero tras el accidente... Ella puede lucir como si fuera una chiquilla mimada, pero no es así. Está asustada y sufriendo mucho. ¡Y si tu primo no puede comprenderlo, entonces no la merece! —farfulló, poniendo los brazos en jarra.

Él sonrió entre dientes, aparentemente divertido por sus palabras.

—Matt no se ha quejado de nada, si es lo que te preocupa. Él la adora, aunque aún no entiendo el motivo.

—Si la hubieses conocido antes, lo harías —aseguró ella con el ceño fruncido—. Todos los hombres casaderos de Londres la adoraban, ¡y no sólo por su belleza! Alissa era una beldad, de eso no hay duda. Todavía lo es —se apuró en aclarar con un énfasis particular en la voz que provocó otra risita de Raúl—, pero sin duda era su carácter dulce y alegre lo que más atraía de ella. De veras, si la hubieses conocido, te aseguro que también te habrías prendado de ella como un loco.

Raúl lo sabía. Ben, el hermano mayor de Matt y su mejor amigo, se lo había contado en varias ocasiones. Todo cuanto deseaba con esa conversación, era sacarla un poquito de su habitual estado remilgado de monja sin hábito. Picarla un poco y ver qué conseguía. Y había acertado en hacerlo tocando el tema de Alissa.

—Hablas de ella como si hubieses vivido toda tu vida observando desde una tribuna —se dio la media vuelta, quedando de cara a ella—. Igual que si estuvieras en una obra de teatro y tu prima fuese la protagonista de tu propia vida.

Ella pareció contrariada con sus palabras. Una arruguita apareció entre sus cejas cuando éstas se enarcaron de un modo que a él le resultó encantador.

—¿La protagonista... de mi vi-vida? —ella repitió, con un ligero tartamudeo—. No, ¡no, qué va! No es eso... Lo que intento decir es... Lo que yo quería... —carraspeó, nerviosa—. Quiero mucho a mi prima, Raúl. Es todo cuanto intento expresar.

—A mi modo de ver, no has hecho más que hablar de ella como si tú no fueras más que una

mera espectadora, ¿es que no tenías tus propios pretendientes siguiéndote de forma igualmente desesperada? ¿O es que tenías un novio secreto del que no me has dicho nada?

Las mejillas de Anne Marie se encendieron al máximo, aunque todo cuanto pudo leer Raúl en sus ojos fue tristeza.

—Yo no... —inspiró hondo—, Alissa tuvo suerte de parecerse a su madre. Dicen que era una belleza, al igual que ella. De haber salido a la familia de su padre, habría cargado con mi misma suerte —se encogió de hombros—. Puede que a Matthew no le importe el aspecto de mi prima. Pero la mayoría de los hombres no son así...

Raúl se sintió miserable por ocasionarle la pena que leía en su rostro. Era claro que ella no había sido «la beldad» de la familia, pero no era fea. Su cabello era precioso, de un color rojo intenso que no había visto antes. Cuando brillaba bajo el sol de la cubierta parecía fuego vivo. Si tan sólo lo soltara de vez en cuando en lugar de llevarlo siempre sujeto en ese horrendo moño...

Algo se encendió en él al imaginarla con el pelo suelto sobre sus hombros, cayendo a cascadas sobre su espalda. ¿Sería rizado o tan lacio como lucían los mechones que le caían sobre la cara, despeinados por el viento? Sin duda luciría preciosa. Con esa nariz respingada y cubierta de pecas, debería parecerse más a una niña traviesa que a la ruda institutriz que ahora aparentaba.

Se preguntó cómo sabrían sus labios carnosos, tan rojos como sus mejillas cuando se ruborizaba. ¿Sería su cabello revuelto entre sus dedos, tan sedoso como parecía? Y su piel cremosa... A la distancia olía como rosas y fresas, ¿sabría así también?

Raúl carraspeó cuando su imaginación comenzó a ir más allá, provocando que el espacio de la entrepierna de su pantalón disminuyera una talla al menos.

—Creo que lo mejor será que regrese a mi camarote —dijo ella de repente, pasando por alto los pensamientos que le atormentaban—. Mi prima podría necesitarme.

—Sí, supongo que será lo mejor —contestó él con voz baja y gruesa, sin moverse de su lugar. De todos modos no habría podido hacerlo. La incomodidad en la entrepierna continuaba allí, tan fija como la catedral en un pueblo.

—Buenas noches, Raúl.

—Buenas noches.

La observó partir con ojo fijo y crítico, deseando encontrar en ella todos los defectos que se suponía debía ver en una dama fina y de apariencia tan fría como ella. Pero por más intentos que hizo no los encontró.

Esa mujer era inalcanzable para él... Si tan sólo otras partes de él pudiesen comprender lo que su cerebro le repetía una y otra vez.

ALISSA SUSPIRÓ CON TRISTEZA mientras guardaba el cepillo de pelo en el cajón del tocador. Matt pronto llegaría. Cada mañana iba a verla, siempre amable y solícito, y ella siempre rechazaba verlo. Era mejor así, lo sabía. Pero Dios, cómo le extrañaba...

La puerta se abrió en ese momento y por ella entró Fanny, llevando la bandeja del desayuno.

—Le he traído panqueques, milady. Espero que el día de hoy tenga más apetito... ¡Ay, Jesús! —chilló cuando una sombra oscura se coló tras ella en el interior de la habitación—. ¡Lord Collinwood!, ¿qué se supone que está haciendo?

—Olvidaste la miel, Fanny. La traje para Alissa, ella adora la miel —contestó Matt con naturalidad, tomando la bandeja de comida de manos de la sirvienta y dirigiéndose a la mesa—. ¿Estás lista para desayunar, querida?

—¡Matt, no puedes entrar aquí! —bramó Alissa.

—Claro que puedo, ya lo he hecho —respondió él, avanzando hasta ella a paso decidido. Sin pedir permiso, la cogió en brazos y la llevó consigo a la mesa.

—¡Matt, bájame enseguida! ¡Matthew...!

—Como ordene, mi señora —la sentó con delicadeza en una de las sillas junto a la mesa y le colocó la servilleta en el regazo. Enseguida tomó lugar a su lado.

—¿Qué pretendes? —siseó ella.

—Desayunar contigo —Matt se encogió de hombros.

—No tengo hambre.

—Es una lástima, porque la comida se ve estupenda.

—Milord, si lo desea...

—Es todo Fanny, puedes retirarte —le dijo Matt, interrumpiendo a la sirvienta—. Este día prescindiremos de tus servicios, así que puedes tomarte el día para disfrutar del viaje junto a tus hijas.

—Pero...

—Que te diviertas —la despidió.

Fanny miró a Alissa, indecisa. Su señora parecía tan agobiada como ella. Sabía que no podía hacer nada. Matthew era ahora su señor, debía obedecerle. Con un suspiro se retiró, cuidando de

cerrar la puerta tras ella.

—¿Qué es lo que pretendes, Matthew? —espetó Alissa cuando se quedaron a solas.

—Pasar un día con mi mujer. Nada fuera de lo normal para cualquier pareja recién casada.

—Yo no deseo verte.

—Lo siento, pero tendrás que hacerlo... O bien podrías cerrar los ojos —musitó, con una mueca irónica—. Eso te serviría.

—Eres un...

—¿Por qué no comes y nos ahorramos las palabras? Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. Me quedaré a tu lado todo el día, te guste o no.

Alissa exhaló aire, molesta, y tomó el tenedor. De pronto tenía mucha hambre.

—¿Qué vas a desayunar tú?

—Ya he comido, no te preocupes.

Ella supuso que no era cierto, algo en la forma en la que él miraba la mantequilla derritiéndose sobre sus panqueques se lo decía. Tomó la mitad de ellos y los sirvió en el plato de las moras, dejando la mitad de la fruta en su propio plato.

—¿Qué haces? —le preguntó Matt cuando ella colocó uno de los platos con panqueques y moras sobre la mesa, delante de él.

—No vas a quedarte con hambre en mi presencia, Matthew. Sabes que odio comer sola.

Matt sonrió y le dio un buen mordisco al primer panqueque, impresionado por su cambio de humor.

—Y dime, ¿cómo ha ido el viaje hasta ahora? —le preguntó, bebiendo un sorbo de la taza de café que Alissa le acababa de alargar.

—Bien, tranquilo —se encogió de hombros—. No recordaba lo agradable que puede ser viajar en barco. Mucho mejor que los viajes en carruaje, eso seguro. Aunque lo del tren me pareció interesante. Ver el paisaje pasar tan aprisa por la ventanilla me encanta.

Matt sonrió, sirviéndole un poco más de miel a los panqueques de ella.

—No tanto —se quejó Alissa, a pesar que prácticamente se relamía los labios—, subiré de peso.

—No importa.

—A mí me importa —ella le apartó la mano con la jarra de miel—. No sabes la facilidad con que subes de peso cuando no te mueves.

—No te preocupes, come bien, llegando a México me ocuparé de que hagas mucho ejercicio y gastes toda la energía que adquieras con la comida.

—Sí, claro ¿es que le pedirás a tu abuelo brujo que me cure? —preguntó, irónica.

—Tal vez —él se encogió de hombros como única respuesta.

—Lo siento... No quería sonar grosera. Sólo era una broma.

—Lo sé —él sonrió una vez más—. Y no te preocupes, no me he ofendido. Estoy seguro que mi abuelo estará más que encantado de intentar ayudarte en lo que sea, quizá no logre que camines, pero bien podría ayudarte en... otros aspectos —se encogió nuevamente de hombros—. Te aseguro que no se quedará en el intento, te tiene en gran estima. Siempre ha querido conocerte.

—Y yo a él —Alissa suspiró—. No imagino qué dirá cuando me vea... Toda tu familia —

agachó la vista—. Han de estar muy molestos conmigo después de lo que hice.

—No te preocupes, ellos siempre te han apreciado mucho, estarán encantados de verte, no lo dudes.

—¿Les has avisado que vamos para allá?

Matt asintió con la cabeza.

—Les he enviado un telegrama explicando brevemente la situación. Nos estarán esperando en La Guadalupana, la hacienda de mis padres en Veracruz.

Alissa miró su plato, moviendo la comida sin probar bocado.

—¿Qué sucede? —preguntó él, estrechando su mano.

Ella alzó los ojos y se topó con los verde-azules de él, cálidos y cariñosos, como siempre.

—Estoy nerviosa —confesó—. Han de haber cambiado tanto en estos años... Roxy debe ser ya una jovencita, y Nathaniel un hombre. No eran más que unos niños la última vez que los vi.

Matt sonrió, le parecía encantador que recordara a detalle a su familia.

—Han cambiado, como todos nosotros, pero en el fondo son los mismos de siempre. Un montón de locos irreverentes —Alissa soltó una carcajada—. No temas, te recibirán con los brazos abiertos. Mi madre hará fiesta, seguro preparará una gran comida, mis abuelos irán de visita, al igual que Alexander y su mujer. Todos estarán ansiosos por volver a verte.

—Es cierto, Alexander se casó, lo había olvidado. ¿Algún otro de tus hermanos?

—Yo —contestó él, provocando una vez más la risa de Alissa.

—Cuéntame más de ellos, quiero saber cómo han estado estos años. También los he echado mucho de menos.

Matt estrechó con más fuerza su mano, encantado con la idea de que ella deseara saber de su familia, a la que en otro tiempo había considerado muy cercana. Pero en especial estaba encantado por esa luz que veía en sus ojos, un nuevo atisbo de alegría y de vida.

—Will y Ben me acompañaron en el viaje hasta Londres, pero algo surgió y debieron regresar a México. Estaban deseando verte, así que se pondrán bastante contentos cuando lleguemos a casa y puedan al fin darte un abrazo.

—Dios, deben estar tan cambiados, ¡todos ellos!

—Todos están prácticamente igual, por excepción de Lucy, ¿a ella no alcanzaste a conocerla, no es así?

—¿Lucy? ¿Es el bebé que tu madre estaba esperando cuando yo...? —se quedó callada.

—Lucy es una niña muy buena —continuó él, ayudándola a pasar del apuro—. Acaba de cumplir los siete años, te caerá muy bien. Es muy dulce y tiene unos ojos que son capaces de arrancarte una sonrisa con una sola mirada.

—Me encantará conocerla.

Matt asintió con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

—¿Sucede algo? —preguntó ella, preocupada.

—Hay algo... Un detalle con ella, que tal vez deba explicarte. Mi hermanita es... especial —no supo cómo expresar el problema de Lucy, ¿cómo describir lo que ni la ciencia era capaz de explicar?—. Los médicos no saben con exactitud qué es lo que tiene, no habla y por lo mismo suele tener momentos muy duros, en los que llora y grita sin parar.

—La pobrecilla ha de desesperarse por no poder hablar.

Matt asintió, sorprendido de que ella lo comprendiera.

—Lo mismo creo. Con ella tengo una especie de vínculo especial, creo que nos entendemos bien. Quizá sea porque compartimos un carácter bastante similar. A Lucy le gusta la gente tan poco como a mí. Prefiere la soledad, la compañía de los animales y adora los caballos.

—¿Suele saber lo que están pensando al igual que tú? —preguntó Alissa, más interesada por la niña que espantada por la noticia.

—Esas criaturas se someten a su mano sin oponer la menor resistencia —confirmó con gusto—. Es la mejor domadora que pueda existir.

—Increíble —Alissa sonrió. Matt también lo hizo, aunque con menos alegría—. Me agrada saber que esa pequeña tiene un buen amigo. Y en lo que respecta a la soledad y la gente, comparto su gusto también. Podríamos formar un club los tres.

—Los tres solitarios —bromeó Matt, haciéndola reír—. Es un alivio que tomes las cosas así... La mayoría de la gente no suele no aceptar tan bien la noticia.

—¿Por qué? —Alissa frunció el ceño—. No es que nacer diferente sea un crimen.

—Lo sé —Matt inspiró hondo, estudiando el contenido de su plato, sin ver nada en absoluto. Aún recordaba el día en el que su madre le anunció la trágica noticia de su hermanita, tan claro como se acordaba del día que recibió la carta informándole de la muerte de Alissa—. Mis padres llevaban años en busca de una respuesta al extraño comportamiento de Lucy —contó, sin pensar en sus palabras, como solía hacer antaño, cuando él y Alissa lo compartían todo—. Lucy se portaba en ocasiones tan apacible como una flor, para volverse frenética al segundo siguiente y hasta agresiva con todos y todo cuanto la rodeaba. No había nada que la calmara, los gritos eran tan fuertes que los vecinos acudían por las noches a la casa, aterrorizados, preguntando qué ocurría y amenazando con llamar a las autoridades.

Alissa tomó su mano en un gesto de confort que a él le calentó el corazón, inspirándole a continuar.

—Esquizofrenia. Ese fue el único diagnóstico que mi madre pudo obtener. La fatal sentencia de un médico de la ciudad de México, y después de uno de Londres —la miró a los ojos, esta vez con una expresión algo a la defensiva, dura—. Un diagnóstico que todos nos negamos a creer. Mi hermana no está loca, sólo es... diferente.

Alissa asintió, no tenía que decírselo, lo creía.

—Después de años de búsqueda por una respuesta, la que le dieron no nos otorgó ningún consuelo —continuó contando, Matt—. A mi madre le dijeron que no había cura. Sin tocarse el corazón le dijeron que lo único que quedaba era hospitalizar a Lucy, internarla de por vida en un sanatorio para enfermos mentales.

Alissa se llevó una mano a los labios, reprimiendo un gemido bajo.

—Pero Guadalupe Lobos jamás iba a permitir que internaran en un sanatorio a su hija —contó Matt con orgullo—. Mi madre es dura de roer y no iba a ser distinta con su hija. No permitió que nadie le dijera qué haría o no su hija, mucho menos dónde debía vivir. Mi abuelo, Zalo, la apoyó. Nos aseguró a todos que Lucy era un alma especial, descendiente de los grandes ancestros que teníamos en nuestra familia por parte de los Lobos y un día llegaría a convertirse en una poderosa

sanadora, como lo fue mi bisabuela —suspiró, pasándose una mano por el cabello en un gesto cansino—. Desde entonces mi madre se ha dedicado en cuerpo y alma a cuidar de Lucy. En cuanto a mi padre, no hay médico al que no halla consultado. Ha viajado por varios países del mundo en busca de respuestas: Estados Unidos, Francia, el Japón, la India... Siempre buscando alguna cura. Pero hasta ahora, no ha encontrado nada concreto. Con excepción de un médico suizo que hizo mención a un estudio realizado a otros chicos como Lucy. Lo llamaba autismo. Y aunque sus características definían buena parte de los rasgos de comportamiento de Lucy, no pudo otorgar datos más allá que nos condujeran a una posible cura para mi hermana. Sin embargo, no perdemos la esperanza. Un día Lucy mejorará, estoy seguro. Completa o parcialmente lo hará. Y mi familia estará a su lado para apoyarla en el camino.

Alissa tenía lágrimas en los ojos cuando se giró a verla.

—Lo siento, Matt... Creo que me identifico con tu hermanita. Mi padre también ha pasado por un camino similar. Debe sufrir mucho, pobrecita.

—Es amada... Como tú eres amada —le dijo con una sonrisa ligera en los labios, estrechando su mano.

—Lo siento tanto... —ella aferró con más fuerza su mano—. ¿Es por eso que tus padres ya no visitan Londres? Me he enterado por las gacetas que Anne Marie suele traerme que no se les ha visto en años en la ciudad.

Matt asintió.

—Mis padres decidieron abandonar las abarrotadas ciudades y mudarse definitivamente a sus casas de campo, ya fuera en Inglaterra o en México, con la intención de proporcionarle a Lucy una tranquilidad que sólo en el campo podría encontrar, y de paso, dejar de lidiar con el problema de los vecinos. Y no pudieron haber tomado mejor decisión. El campo y su agreste naturaleza no sólo pareció conseguir apaciguar en parte al demonio que solía dominar a la pequeña Lucy, sino que fue la raíz de un repentino remedio para su mal, que mi abuelo encontró un día por casualidad.

—¿Qué remedio? —preguntó Alissa, con interés.

—A Zalo se le ocurrió un día llevarla a dar un paseo a caballo para calmar una de las furiosas pataletas de Lucy, y para sorpresa de todos, funcionó. Desde entonces, siempre hay un par de caballos ensillado en las caballerizas de noche o de día, listo para sacar a Lucy a dar una vuelta con quien fuera el responsable en turno de acompañarla.

—¿Todos se turnan para ayudarla?

—Por supuesto, para mamá sola sería demasiado trabajo. Lucy sola es como cuidar a diez niños, y mamá ya no es tan joven como antes. Incluso Roxie no pone inconveniente en ayudar, a media noche se calza un par botas de vaquero y sale a montar a horcajadas con Lucy en el regazo.

—Esa Roxy —Alissa rio ligeramente—. Ya quiero verla, debe ser bellísima. Era idéntica a tu madre, y parece que heredó su carácter también.

—Y su mal humor —bromeó Matt, haciendo reír a Alissa.

—Me alegra que te lleves tan bien con los tuyos —le dijo Alissa, con una sonrisa.

Una mirada de tristeza apareció en los ojos de Matt.

—Es poco lo que he convivido con ellos estos años —confesó con pesar—. Lucy ha sido una de las razones principales que me hicieron volver a casa. Según mi madre, clama mi presencia.

Como no habla todavía, siempre lo he atribuido a una excusa de mi madre para llevarme con ella a casa, porque nunca pude decirle que no a Lucy. Y siempre al llegar mi hermanita me recibía con una sonrisa y ya no sabía si Lucy realmente me extrañaba o no...

—Sólo que realmente se alegraba de verte —concluyó Alissa.

—Precisamente —asintió Matt—. Nunca he podido negarme a esa pequeña. Lucy fue la luz en el mundo de oscuridad que se cernió sobre mí...

—Cuando yo morí —Alissa dijo lo último que él iba a decir, igual que antaño, cuando solían terminar las frases del otro, sólo que no de manera tan dolorosa.

—Eso ya es pasado —él intentó sonreír, ahuecando la mano en su mejilla—. Me alegra saber que no has tomado a mal esta noticia. Me preocupaba tu reacción.

—En absoluto, quiero conocer a Lucy tanto como deseo ver a los demás. Creo que incluso más, siendo ella tan especial para ti y la persona que te hizo reír cuando por mi culpa estabas triste —lo miró a los ojos—. Siento tanto que tuvieras que pasar por ese infierno, Matt...

—Olvídalo. Está en el pasado. Ahora todo cuanto importa es nuestra vida juntos. El futuro que tenemos por delante.

Alissa esquivó su mirada, fijándola en el plato. No iban a tener una vida juntos. Aunque no podía evitar sentirse unida a él... Igual que antes.

—¿Milady? —Fanny apareció por la puerta con gesto curioso—. Yo... eh... —un par de cabezas rubias se asomaron, empujando la puerta para permitirse entrar—. Las niñas querían saludarla.

Alissa sonrió encantada, sabía que Fanny usaría cualquier artimaña para ayudarla a salir del apuro en el que seguro creía se había metido.

—Te dejo para que hablen y jueguen con libertad —le dijo Matt, poniéndose de pie.

La pequeña Ariel lo alcanzó por el brazo antes de que pudiera ponerse levantara y volvió a sentarlo en la silla.

—No, milord, no se vaya —le dijo, forzándose por hablar de forma correcta—. Quería preguntarle sobre los dulces que me ha prometido.

—¿Qué dulces? —preguntó Alissa, con interés. Fanny carraspeó con fuerza, pero la niña continuó hablando, sin mostrarse interesada en si su madre deseaba comunicarle algo.

—Los dulces que lord Collinwood me ha prometido para...

—¿Los quieres de anís o de menta? —la interrumpió Matt.

—A mí me gustan los bastones de Navidad —dijo Karen, subiéndose a las piernas de Matt con libertad. Matt la cargó en brazos y la sentó sobre su regazo, ofreciéndole unas moras a la pequeña niña.

—¿Bastones de Navidad, eh? —le preguntó, besándola en la suave mejilla—. Creo que podremos conseguir unos cuantos.

—No es necesario... —Fanny se calló cuando Matt le dedicó una sonrisa despreocupada, y continuó charlando con las niñas.

—Pero si estamos en verano —replicó Ariel.

—Pronto será otoño —corrigió Alissa. Matt sonrió, contento al notar que ella había pasado por alto el tema de los dulces. No creía que le agradara mucho saber que él premió a la niña por

golpear a alguien, aunque fuera un desalmado que se lo tenía merecido.

—En otoño no es Navidad —replicó Ariel.

—No, pero falta poco —dijo Fanny, sirviendo más té.

—No importa, haremos lo que sea para intentar conseguir esos bastones, ¿ah que sí, Karen? —

Matt le hizo cosquillas a la pequeña en la barriga, provocando que la niña riera a carcajadas.

Alissa lo observó conmovida. Matt sería un excelente padre. Si tan sólo ella... Tendría que dejarlo libre. Si lo amaba tendría que dejarlo ir. Sólo así él podría hacer algún día una familia de verdad. Lejos de ella.

19

ALISSA SE NEGÓ a recibir a Matt una vez más al día siguiente; tampoco al día siguiente, ni al siguiente.

Matthew no podía entender el motivo de su cambio. Parecía haber ido todo bien durante su visita. Ella se había mostrado abierta y comprensiva con él, habían desayunado juntos y habían tenido un momento de unión que sintió conmovedor y real... Y ahora, ella se negaba a verlo. Incluso habían pasado buena parte de la mañana riendo y jugando con las niñas, como una familia. ¿Por qué ella ahora se negaba a verlo?

Comenzaba a creer que nunca llegaría a comprender a esa mujer. ¿Sería que realmente los dos habían cambiado tanto esos años que la convivencia sería imposible...?

No, lo imposible era la idea de separarse de ella.

Tendría que verla, aunque fuera obligándola. Y entonces trataría el tema abiertamente con ella.

Alissa, todavía acostada en la cama, miraba el bordado del que no llevaba ni una sola puntada correcta. Odiaba bordar. Pero se sentía tan aburrida que eso era mejor que nada.

Había compartido unos momentos maravillosos con Matthew. Si tan sólo pudiera volver a verlo... ¡No! No podía. No debía ser débil. Lo estaba haciendo por él, debía recordárselo. No podía ser egoísta, ¡no sería nunca más egoísta! No volvería a hacerlo sufrir por su culpa.

Matt merecía una familia y ella se la daría, con otra mujer.

La tristeza que la recorrió le arrebató todo deseo de continuar haciendo su trabajo. Con un movimiento furioso, lanzó la tela lejos. El bastidor chocó contra la puerta y se rompió, provocando un sonido sordo. Alissa suspiró, sintiéndose miserable. No podría ir a recoger el bordado, no sin ayuda.

Ahora Fanny sabría que había tenido un arrebató, otra vez. Y se preocuparía por ella, otra vez.

No quería que lo comunicara a su padre. El pobre había ido a verla todos los días, a pesar de que era claro que no le estaba sentando bien el viaje. Preocupado como se ponía por ella, no quería causarle más molestias, ni mayores estragos a su salud.

Desvió la vista a la ventana, pensando en cuántos días faltarían para llegar a México.

Seguramente pocos. ¿Cómo sería esa tierra? Había soñado tanto con ella en otro tiempo...

¿Cómo la recibiría la familia de Matt? ¿Cómo sería Zalo, el abuelo del que siempre le hablaba? O la pequeña Lucy...

Quería verlo todo con ansiedad, y al mismo tiempo, tenía miedo...

—Si tan sólo todo fuera tan sencillo como antes —pensó, recordando todos los días vividos al lado del hombre al que amaba.

Vino a su memoria especialmente un día nevado, durante una de las navidades que pasó al lado de Matt. Ambos caminaban por la nieve tomados de la mano, hablando de todo. Matthew estaba contento, había ido de visita a México durante los meses anteriores y había visto a su abuelo.

Alissa sabía lo muy especial que siempre había sido Zalo para Matt. Animado, le relató la reacción que el anciano había tenido cuando él le contó que estaba enamorado. Dijo que al principio se quedó petrificado, tan blanco que Matt temió que estuviera sufriendo un infarto, para enseguida adoptar una pose semejante a un pez fuera del agua, boqueando sin control, para finalmente terminar abrazándolo en medio de una risa descontrolada.

Fue la primera vez que Matt supo que su abuelo realmente estaba preocupado de que nunca fuera a casarse y terminara viviendo como un ermitaño entre las montañas.

Lo que más le alegró fue que Matt le aseguró que para Zalo, ella se había convertido en su nieta en ese mismo instante, aún recordaba la conversación:

—Lo hubieras visto —le decía Matt, entre risas—, no dejaba de reír y de felicitarme, y a ti, claro, por ser tan inteligente y hermosa como para conseguir atrapar a este bruto huraño y enojón, como él me llamó.

—Pues claro, ¿cómo ibas tú a resistirte a mis encantos? —bromeó Alissa, provocando que él riera. Sin decir palabra la abrazó, envolviéndola con el calor de su cuerpo. Alissa se sintió estremecer. Podía percibir su risa resonando en todo el cuerpo, aún abrazada a su pecho.

—¿Crees que le gustaré a tu abuelo? No sé qué haría de no ser así, sé cuánto lo quieres y lo mucho que él significa para ti.

—Le caerás muy bien, serás como otra nieta para él. Él y la abuela son muy distintos a la gente que conoces, te acogerán en la familia sin pensarlo dos veces.

—Si es como Calita, imagino que sí. Recuerdo a tu abuelita como una mujer muy dulce.

—Lo es, y Zalo es además muy divertido. Te caerá bien, lo verás.

—Ya quiero verlos, me los he imaginado en tantas ocasiones cuando me hablas de ellos... —suspiró, cerrando los ojos—. Tu familia y México, cuando vivamos allá... Me gustaría tanto que pudiéramos partir mañana mismo.

—A mí también, mi querida señorita, a mí también.

Ella sonrió cuando él le habló en español, esa frase era una de las pocas que ella había aprendido. Y le encantaba su significado.

—No te pongas triste, Ali. Piensa en mañana, y en pasado mañana, y en todos los días de este mes que pasaremos juntos. Piensa en el baile, donde bailarás toda la noche conmigo, y sólo conmigo. Porque no permitiré que nadie más se te acerque.

Alissa sonrió y tomó sus manos, llevando una a su cintura en un gesto íntimo raro en ella, que provocó que Matthew se paralizara. Ella le sonrió, una sonrisa mitad inocencia, mitad seducción.

—En ese caso, mon cheri, creo que tendremos que comenzar a bailar ahora mismo y no perder un minuto más en pensamientos tristes.

Matthew sonrió y la estrechó con firmeza contra su cuerpo, comenzando a moverse con ella en un vals imaginario donde la única música era la que se encontraba en sus corazones. Agradeció las lecciones de baile que le impuso su madre desde pequeño, aun cuando estaba seguro de no haberlas necesitado en absoluto, aunque hubiese tropezado a cada paso y caído como un completo idiota, sabía que para Alissa ése habría sido el baile perfecto soñado por ella.

Y es porque ella era así, sencilla y de corazón puro, una mujer capaz de ser feliz con quien era, sin desear llegar a ser más, sin envidiar a nadie, sin juzgar a nadie, sencilla y hermosa en su esencia, en su naturaleza misma. Era esa la razón por la que se había enamorado de ella...

El sonido peculiar de la cerradura llamó la atención de Alissa. Sobresaltada se giró a tiempo para ver a Matt asomar el rostro por la puerta.

—¿Estás visible? —preguntó, manteniendo una mano sobre los ojos cerrados.

—¡Sal de aquí!

—Esa no es la respuesta que busco.

—Si no sales de aquí, te juro que voy a...

—Debes estar visible —dijo él, entrando al fin y cerrando con llave tras él—. De otro modo no despotricarías tanto.

—¿Cómo te atreves...? ¿De dónde has sacado esa llave? —señaló con un dedo trémulo la llave de su habitación que él se guardaba en el bolsillo.

—No sabes todo lo que puedes obtener con un manojito de dulces —dijo él con una sonrisa lánguida en los labios, acomodándose con libertad en un sofá junto a la cama.

—¿Estás corrompiendo a las niñas?

—A eso me has rebajado, cariño —su expresión se endureció. Él se apoyó en las rodillas, dirigiéndole una mirada escrutadora—. ¿Se puede saber ahora qué hice para que no desees verme?

Alissa se puso nerviosa. Revolviéndose entre las mantas, esquivó su mirada.

—No has hecho nada, tan sólo quiero estar sola.

—Estás casada, nunca más estarás sola, supuse que lo habrías imaginado.

—No te burles de mí, Matthew...

—No me burlo —la interrumpió, tajante—. Sólo intento razonar contigo. No entiendo tu modo de actuar, un día pareces contenta de verme y al siguiente te escondes de mí, ¿qué he hecho mal? Porque no me explico ningún otro motivo para que actúes de esta manera.

Alissa lo miró a los ojos, incapaz de articular palabra. Notaba su aflicción, a pesar del tiempo lo conocía como la palma de su mano. Matthew podía parecer duro, pero estaba dolido. Dolido por ella...

Estaba consiguiendo su deseo. Pronto él se desilusionaría de ella y terminaría hartándose. Entonces sería libre para seguir con su vida sin ella.

—Matt, déjame sola —le dijo con voz afilada, agachando la mirada.

—¡No! —rugió él, cortando la distancia que los separaba en dos zancadas—. ¡No volveré a irme! Hasta ahora he hecho todo como tú has querido. Te di tiempo, tu espacio. No te presioné cuando tomaste la decisión de dormir en camarotes diferentes, suponiendo que necesitabas tiempo para adaptarte a la idea de estar conmigo, esperando en que me llamarías a tu lado, que me buscarías para pasar aunque fuera una comida juntos. Pero no. ¡Todo cuanto has hecho es apartarme!

—Matt...

—Te he hablado con el corazón en la mano. He estado siempre atento de ti, a cada deseo tuyo. Pero cada cosa que hago parece alejarte más y más de mí. Por más que lo intento, parece que sólo logro alejarte de mí.

—¡No eres tú! Soy yo quien no desea estar contigo, ¡tan sencillo como eso!

Matt se quedó sin palabras.

—Lo siento... No quiero ser dura contigo...

—No te disculpes —los ojos de él brillaban en una mezcla de dolor y furia—. Había supuesto que mi corazón te pertenecía, pero ahora veo que he estado siempre en un error... Tú no me quieres. Jamás lo hiciste. Es tan claro ahora... De haberlo hecho, tú me habrías llamado a tu lado en tu momento de necesidad. No alejado como lo hiciste. Tú nunca confiaste en mí lo suficiente para eso. Nunca me amaste como para desear tenerme a tu lado. Fui un estúpido por pensar que era sólo tu orgullo dolorido lo que me había mantenido lejos de ti. Fue tu falta de amor, no el accidente, lo que me mató en tu corazón.

—No... no fue así... —ella ya no pudo decir nada. Él se había acercado hasta que sus rostros prácticamente se tocaron. Sus brazos alrededor de sus hombros, impidiéndole toda posibilidad de movimiento.

—No sé qué pretendes actuando de este modo, pero te aseguro que no te va a dar resultado. Ahora eres mi esposa, y lo serás por el resto de mi vida —le dijo en un siseo bajo, un siseo que por primera vez le provocó miedo—. Escóndete lo que quieras mientras te dure el viaje en barco, porque una vez en tierra te comportarás como mi mujer. Te guste o no.

Dicho esto salió de la habitación tan rápido como una ventolera, dejando a Alissa temblando por sus palabras, todavía resonando en sus oídos.

Matthew se alejó a paso veloz, se sentía tan furioso que por poco se da de bruces con Anne Marie.

—Lo siento —masculló una rápida disculpa, rodeándola para continuar su camino.

—Matthew —ella lo llamó, deteniéndolo por el brazo—. ¿Ha sucedido algo con Alissa? Fanny me dijo que te vio entrando en su habitación hace un momento.

Matthew frunció el ceño, Alissa parecía resguardada por un ejército, además de los muros que había impuesto alrededor de su corazón. ¿Algún día sería capaz de franquear todos los obstáculos que lo distanciaban de su esposa?

—Matthew, por favor, no te molestes con ella. Alissa no ha sido la misma últimamente... —bajó la vista—. O mejor dicho, los últimos siete años.

—Lo sé —prácticamente escupió las palabras—. La Alissa de antes nunca se habría

comportado como lo hace ahora.

—¿Es que ella ha hecho algo para ofenderte?

—Ella no me ama —musitó Matt sin pensarlo. De inmediato se arrepintió, había hablado antes de razonar sus propias palabras, ¡y con Anne Marie, por un demonio! ¿Qué le estaba pasando? Actuaba como un cabeza dura débil y sin sentido. Eso es en lo que Alissa lo había convertido. Y se odiaba por ello.

—¡Oh, por supuesto que lo hace! —le aseguró Anne Marie, aferrándose con más fuerza a su camisa—. Te ama con todo el corazón.

—Eso es imposible. Todo cuanto hace es intentar alejarme de su lado, mantenerme a distancia como si no soportara mi presencia...

—¡Eso lo hace porque es una estúpida! —gritó ella, con vehemencia.

Matt arqueó una ceja, sorprendido por su expresión.

—Por favor, no tomes a mal mis palabras. Adoro a mi prima, la amo con todo el corazón, y si me he atrevido a hablar contigo es por ese motivo. Alissa está convencida de que es una carga, un estorbo. Ha sido su modo de pensar desde el día que tuvo el accidente. El día que me pidió escribirte esa carta, lo hizo con lágrimas en los ojos. Me lo suplicó diciéndome: «Es lo mejor para él, si se olvida de mí podrá tener una vida de verdad junto a una mujer real. Una como yo ya no soy».

—Eso es ridículo.

—Lo sé, pero Alissa no entiende explicaciones. Ella está convencida de eso. Pero te aseguro, Matt, sólo lo hace por amor. Es una forma extraña de demostrarlo, pero es la única que ella cree poder dar. Hay muchas formas de amar, Matthew. Esa es la de ella: dejar ir a la persona amada para que sea feliz.

Matt agachó la vista, incapaz de creer en sus palabras.

—Si me amara... Ella me habría dicho la verdad. Si realmente me hubiera amado, me habría buscado al momento del accidente.

—Seguro le pasó por la mente, pero Alissa es fuerte, y siempre te puso a en primer lugar, antes que a sus propios sentimientos —Anne Marie suspiró, agachando la vista—. ¿Sabes lo que yo le sugerí? Le dije que sería mejor poner en la carta que se había desposado con un duque escocés y se había mudado a Escocia. Suponía que desilusionarte sería menos duro para ti que saberla muerta. Pero ella no lo aceptó. Dijo que el que tú creyeras que te había traicionado sería mucho peor que saberla muerta... —levantó la vista, escrutadora—. ¿Estaba en lo cierto?

Matt la miró fijamente, los músculos de su cuello rígidos por la tensión.

—Eso creo... —admitió al fin, tras una larga pausa.

—Ella siempre te ha amado, Matt. ¿No lo ves? Sólo busca la forma de protegerte... a su propia manera.

—¿Protegerme de qué?

—De sí misma —contestó Anne Marie, posando una mano sobre su brazo—. Todos asumimos que debemos proteger a Alissa, cuando es ella quien intenta protegernos a todos. Lo que está haciendo contigo, el intentar alejarte, no sólo lo ha hecho contigo, lo ha hecho con todos nosotros: Fanny, la señora Willson, yo..., incluso con su padre. La gente le dio la espalda tras el accidente.

Cuando ella tuvo el accidente, sus amigos se alejaron de ella, o los que ella suponía sus amigos. A Alissa le dolió mucho, no podía soportar la idea de que tú le hicieras lo mismo. Fue por ello que inventó lo de su muerte, y así lo hizo con el mundo entero, no quería a nadie a su lado. En su mente se grabó la idea de que era una carga para otros y trató por todos los medios de convencernos de dejarla sola en esa casa solitaria, al cuidado de una enfermera, para que así pudiéramos continuar con nuestra vida. Tuvimos que ser más tercos que ella para conseguir finalmente que Alissa confiara en que nunca la íbamos a dejar. Contigo es distinto, apenas has vuelto con ella. Aún no has pasado esa barrera, la prueba de fuego, podría decirse. Pero no desistas, si la amas no lo hagas. A nosotros nos llevó años convencerla de que no íbamos a ceder y abandonarla. Contigo las cosas acaban de empezar. Depende de ti superar la prueba de fuego, ganarse su confianza, hacerla saber con certeza que no te irás. Sólo entonces, ella cederá.

Matt frunció el ceño. Era tan claro. Su actuar, su modo de comportarse... ¿cómo no lo había visto antes? Tenía que ser idiota para no notar que Alisa sólo pretendía alejarlo para hacerlo cambiar de idea. Pero el infierno se congelaría antes de que lo consiguiera. Si había alguien más terco que ella, ese era él. Y le probaría su amor. Ganaría su confianza. Eso seguro. Si es que ella todavía lo amaba...

—Debes creerme, Matt, ella te ama —continuó Anne Marie, como si le acabara de leer el pensamiento—. Pondría las manos al fuego para asegurar que lo que mi prima intenta contigo es conseguir que te desilusiones de ella para que te decidas a dejarla. Ella no entiende razones, la única forma de convencerla es ganar su confianza, que ella sepa que no te irás de su lado. Sólo entonces ella se abrirá contigo. Estoy segura de eso..

Por primera vez Matt vio la calidez en su mirada, el brillo en sus ojos, antes siempre los había percibido fríos y apagados. Anne Marie quería a su prima, siempre lo había hecho. Su actuar era movido por ese mismo cariño, en el pasado, el presente, todo cuanto le preocupaba a esa mujer era el bienestar de Alissa, ¿cómo no lo había visto antes?

—Te lo agradezco, Anne Marie —Matt esbozó una ligera sonrisa, posando una mano sobre su hombro.

—No tiene nada que agradecer, al contrario, soy yo quien está profundamente agradecida contigo por... bueno, por todo —se encogió de hombros, al tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas—. El haber hecho este viaje para ver a mi prima, a pesar de que no te di explicaciones... —su voz se cortó en un sollozo, y debió cubrirse el rostro con la mano—. No tengo modo de darte las gracias por todo lo que has hecho por Alissa. Y por nosotros.

—Soy yo quien te está agradecido, Anne Marie. Sin ti ahora seguramente seguiría vagando en solitario, creyendo que Alissa estaba muerta.

Una sombra de sonrisa curveó los labios de la mujer, aunque tan fugaz que Matt pensó que se la había imaginado.

—Sé paciente con ella, se lo suplico. Te ama, te doy mi palabra de honor de que así es. No ha habido día ni noche en la que ella no te recordara. Nunca ha dejado de pensar en ti. Ni de amarte —suspiró—. Probablemente me mate si se entera que te lo he comentado, pero en varias ocasiones la descubrí cargando con tu retrato, hablándole cuando creía que nadie la veía. Y nunca se quitó el anillo de compromiso, lo llevó en esa cadena de oro desde el día del accidente,

colgado a su cuello, junto a su corazón —posó una mano en su pecho—. Sé paciente. Tu lugar en el corazón de Alissa es tan seguro como que el sol está en el cielo cada mañana.

—Gracias, Anne Marie —Matt sonrió, sinceramente agradecido.

Anne Marie hizo una venia.

—Para servirte, milord. Soy la mejor amiga de Alissa, y su más cercana confidente. Lamento traicionar su confianza, pero si ha de ser por su propio bien, lo haré con gusto —sonrió—. Y si se te llega a ofrecer alguna otra cosa, no dudes en pedírmela. Yo no necesito dulces a cambio de entregar llaves o dejar una puerta abierta —le guiñó un ojo, comportándose por primera vez como una niña.

Matt soltó una risita.

—Ahora, si me disculpas, me voy. Mi prima ha de querer hablar con alguien.

Matt asintió, permitiéndole pasar por el pasillo que conducía al camarote de Alissa, quedándose con una imagen completamente renovada de la mujer que en otro tiempo había tomado por una bruja.

20

PARA ALISSA el primer signo de que se acercaban a puerto fue el sentir un calor como no había experimentado antes. En un principio fue agradable, pero pronto comenzó a incomodarla a un grado de llegar a ser insoportable. El aire, húmedo como en un cuarto de vapor, provocaba que sus ropas se pegaran a su cuerpo. Su cabello alborotado por la humedad se había vuelto un manojo de rizos rebeldes. Su frente no dejaba de gotear, pero ése era el menor de sus problemas. Partes de su cuerpo que no sabía siquiera que tuvieran la capacidad de sudar parecían dispuestas a perder cada gota de su cuerpo en el proceso.

Matt estaba deseoso de ver a Alissa. Fuera de un intercambio de palabra de vez en cuando, no había podido verla durante el resto del viaje. A pesar de los intentos de Anne Marie y de John para tapar con sonrisas y palabras amables el hecho de que su mujer se estaba escondiendo de él, Matt cada vez se sentía más furioso. Si no llegaban pronto a México terminaría estrangulando a alguien.

Gracias a Raúl, que de algún modo conseguía lo que a él le había sido imposible, obtenía algunas noticias sobre el estado de Alissa. Su salud había decaído ligeramente. Nada que un poco de aire fresco no remediara, gracias al cielo. Y por lo mismo, Matt contaba los minutos para llegar a puerto y dar comienzo finalmente a su nueva vida con su esposa en México.

Quizá las cosas no serían como las había planeado años atrás, pero ciertamente haría todo lo que estuviera en sus manos para conseguir que fuera una vida buena para ambos.

El arribo al puerto de Veracruz fue más tranquilo de lo que Alissa supuso. Se sintió un poco tonta por haber imaginado que llegarían a un diminuto puerto de palo con dos o tres barcas de pescadores locales flotando en medio de un lugar desolado.

México era todo menos eso. El puerto de Veracruz era una infraestructura de primer mundo, a rebosar de gente y de barcos de todos los estilos. Gente subía y bajaba de los barcos atrancados en los muelles. Las voces se hacían oír por todas partes, tumultos de pasajeros, muchachos cargando con maletas y damas correteando a sus niños se mezclaban entre los marineros, los mercaderes que se colaban entre la gente ofreciendo sus mercancías y los curiosos que parecían

asomarse para buscar rostros nuevos o alguno que otro conocido.

Un cúmulo de sensaciones se amontonaron en la mente de Alissa nada más se asomó por la puerta y la primera brisa del puerto llegó hasta ella, removiendo con su cálida humedad su cabello, todavía recogido en un práctico moño. Percibió una mezcla de fragancias exóticas, pudo distinguir el coco, el perfume de flores desconocidas y la sal del mar, junto a varios otros olores maravillosos que aún no tenían nombre para ella.

—¿Lista para bajar?

Alissa alzó la vista. Matt se encontraba de pie delante de ella. Había cerrado los ojos para percibir con cada parte de su ser esas fragancias con las que había soñado hacía tantos años, y tan perdida estaba en su ensoñación que no se dio cuenta de que él había llegado.

—Está lista, Matt —contestó Anne Marie por ella—. Si quieres hacer los honores —le dejó su lugar tras la silla— yo iré a buscar a mi tío John y nos reuniremos con ustedes en el muelle.

Matt contestó con un asentimiento de cabeza y se apuró a tomar el sitio libre tras la silla antes de darle a su esposa cualquier oportunidad de replicar. Ahora estaban en su terreno, y por un demonio que no permitiría que ella le apartase.

Con calma aparente, empujó la silla por la cubierta hasta llegar a la fila de pasajeros que comenzaba a descender por el puente. Gracias a que la mayoría eran personas consideradas, les abrieron el paso y fueron los primeros en bajar a puerto.

Una ola de colores inundó los ojos de Alissa. Mujeres ataviadas de blanco con hermosas flores bordadas en sus blusas ofrecían a los recién llegados algunas de sus mercancías, que bien podían ser dulces de coco y leche que ellas mismas habían preparado, flores de colores vibrantes que resultaban desconocidas para ella, o hermosas joyas, ropa y muñecas de trapo hechas a mano, entre lo que pudo distinguir a primera vista.

Antes de que pudiera hacer algo para detenerlo, Matt había detenido a cada mujer que ella se quedó mirando y compró su mercancía. Alissa se encontró comiendo un delicioso dulce de coco y piña, con varios collares de conchas naturales de colores colgando del cuello, y toda una gama de flores prendidas del pelo antes de siquiera llegar al carruaje que los aguardaba a escasa distancia del puerto.

—Me consientes demasiado —dijo con fingido enojo a su marido cuando éste se agachó para ayudarla a subir al carruaje.

—Ni siquiera he comenzado, esposa mía —le susurró al oído antes de robarle un beso en los labios.

Alissa se dejó llevar por la magia de ese beso. Se sentía viviendo un sueño en carne viva, el sueño que tiempo atrás había anhelado con todo su corazón y que finalmente se hacía realidad para ambos.

—Milord, le aseguro que no tenía que comprarle esos vestidos a las niñas —escucharon la mortificada voz de Fanny.

—Es un gusto para mí dárselos, querida. Además, con este calor, es lo menos que puedo hacer —visualizaron la alta cabeza de John entre la multitud. Se pasaba varias veces un pañuelo por la frente y por el cabello blanco, intentando controlar el sudor que en ese clima era imparable—. Dios Santo, Matthew, no sé cómo soportas este calor —se quejó el anciano al llegar a su lado.

—Y el calor verdadero no es éste —contestó Matt con una sonrisa, ayudando al anciano a subir al carruaje vecino, después de asegurarse de dejar bien instalada a Alissa sobre el asiento—. Espere a que lleguemos a mayo, entonces sabrá lo que es el calor de verdad.

—¡Ay Dios mío! —resopló Fanny, echándose aire con un abanico de colores que seguramente también acababan de adquirir entre los vendedores del puerto—. Si esto es el mismo infierno... Disculpe mi lenguaje, milord —se llevó la mano a los labios, poniéndose muy roja.

—No te preocupes, Fanny. Yo opinaba igual tiempo atrás —contestó Matt, ayudándola a ella y a las niñas a subir al carruaje vecino.

Una sonrisa se instaló en los labios de Matt al ver a las dos pequeñas de Fanny ataviadas con dos hermosos vestidos de manta cruda bordada con exóticos y coloridos motivos florales. De no ser por sus cabecitas rubias, idénticas a las de su madre, y su piel clara, bien podrían pasar por chicas nativas de la zona.

—Al menos ellas se ven cómodas —comentó Alissa cuando su marido volvió a aproximarse a ella, al notar lo que había hecho sonreír a Matt—. Me gustaría tener su edad para usar también esos trajes ligeros. Con este calor me vendrían de maravilla.

Matt, de pie en la calle a su lado, se inclinó para hablarle al oído, de modo que sólo ella escuchara:

—Puedes hacerlo, te verías maravillosa en esos vestidos. Es más, espera aquí un par de minutos en lo que encuentro a una vendedora. Te compraré dos o tres para que los uses cuanto antes.

Alissa sonrió, negando con la cabeza.

—No seas tonto, esos vestidos son para niñas. Bien podría quedarme en ropa interior, y sería prácticamente lo mismo.

—Mmmm, eso tampoco sería una mala idea —arqueó una ceja, dedicándole una mirada que encendió sus mejillas—. Y yo podría ayudarte con eso.

—Basta Matt... —le golpeó juguetonamente el brazo.

—¿Sucede algo, linda? —preguntó John desde el carruaje vecino, atraído por la conversación de la pareja por primera vez.

—En absoluto, padre —Alissa esbozó su mejor sonrisa angelical, haciendo que Matt recordara los días en los que ambos habían tenido que disimular para esconder su relación ante John—. Matt y yo sólo teníamos un desacuerdo de opiniones.

—En ese caso opta por apoyar a tu marido, hija mía. Una buena esposa siempre apoya a su marido.

—Ni yo lo habría dicho mejor, John —concedió Matt, sonriéndole a su mujer hasta que su rostro se tornó escarlata.

Raúl llegó acompañado de Anne Marie y la señora Willson, además de un par de chicos con los baúles y maletas de la familia. Tras acomodar todo en los tres carruajes que Matt alquiló para el viaje, finalmente pudieron ponerse en marcha. Matt y Alissa tomaron la delantera con su carruaje, y los otros dos donde iban los demás (a causa del calor, Matt prefirió gastar en dos coches extras para evitar ir demasiado apretados) les siguieron de cerca.

Alissa sacó la cabeza por la ventanilla buscando tomar un poco de aire fresco; en ese ambiente

cerrado del carruaje hacía tanto calor que incluso costaba respirar. Grande fue su sorpresa cuando sus ojos se toparon con una maravillosa ciudad como no había conocido otra antes. Veracruz no sólo era enorme, sino colorida y llena de vida. Muy distinta al mundo inglés que conocía, que no era menos bello, pero sí muy distinto. Esta ciudad resultaba maravillosa en muchos sentidos, con formidables casas, muchas de ellas levantadas desde la colonia, plazas y parques colmados de árboles coloridos y frondosos, altas palmeras con cocos todas ellas y hermosas flores de vibrantes colores.

Torcieron por una enorme calzada bellamente decorada con farolas y palmeras. El mar a un costado otorgaba a los transeúntes una vista maravillosa de su infinito horizonte azul, además de una brisa marina que resultaba deliciosa con ese calor.

Los carros de transporte público circulaban entre los carruajes más finos y los más rurales, combinados en un ordenado caos que nunca había visto Alissa. Aunque no podría decir si aquello era consecuencia de su prolongado encierro o al mismo lugar.

La ciudad de Veracruz era sin ninguna duda grande y maravillosa, pero no pudo ver mucho más de ella.

Pronto tomaron un camino que los llevó más allá de las edificaciones a campo abierto. Y en esta ocasión Alissa estuvo cerca de caer del carro, dejándose llevar por el maravilloso paisaje que se extendió ante sus ojos.

Inglaterra era hermosa, de eso no había duda, pero nunca podría aproximarse a la belleza que se desplegaba ante sus ojos. Un paraíso de color vibrante se mostró frente a ella. Árboles enormes y tupidos competían por abrirse paso entre la vegetación, tan espesa que no se alcanzaba a atisbar ni una brizna de tierra. El verde esmeralda de las hojas rivalizaba con la multitud de coloridas flores que daban vida al paisaje; rosas, violetas, blancos, amarillos... Todos los colores imaginables se encontraban presentes en las flores más bellas que había visto, todas ellas vibrando con sus intensos coloridos que resultaba imposible apartar la vista de ellas. Las aves, enormes y coloridas, volaban entre la vegetación, entonando cánticos salvajes que daban vida al campo. Mariposas blancas y negras, otras de diversos colores y con formas tan llamativas como las mismas flores, contendían por llamar su atención en ese maravilloso paisaje.

De pronto vio algo verde y enorme, similar a un lagarto. Se movió de un lado al otro del camino. Por un segundo temió que los caballos se asustaran, pero debían estar muy acostumbrados a ese lagarto extraño o lo que fuera, porque ni siquiera detuvieron el paso, y el animal estuvo a dos pelos de terminar bajo el herraje de la pata delantera de uno de los caballos.

—Se llama iguana —le dijo Matt al oído. Alissa se giró con la boca abierta, hasta ese momento no se había dado cuenta de que él la estuvo observando todo el tiempo.

—Oh, Matt, es maravilloso —admitió, dejando la actuación a un lado—. ¡Todo es tan bello aquí! Me lo describías en tus cartas, pero nunca imaginé que podría llegar a ser tan maravilloso.

—Y ahora podrás disfrutar todos los días de este maravilloso lugar, esposa mía —le dijo al oído, tomando su mano para besarla en los nudillos.

Alissa sonrió, demasiado extasiada por la emoción del momento como para pensar en su deber. Matt la rodeó por los hombros y ella apoyó la cabeza sobre su pecho, dejándose envolver en ese abrazo con un suspiro reconfortado. Dios, ¡qué bien se sentía estar una vez más entre sus brazos!

Si tan sólo ese momento pudiera durar para siempre...

Debió quedarse dormida en algún momento, perdida en disfrutar la belleza del paisaje, porque despertó recostada sobre el cuerpo de Matt. Por un segundo temió haber hecho algo indebido, como babear o soltar un buen ronquido, pero al abrir los ojos se dio cuenta que él también dormía tan plácidamente que de haberlo hecho no lo habría notado nada.

Doblaron por un camino lateral. Alissa supo al instante que estaba llegando a su nuevo hogar. El camino era amplio y bien hecho, recubierto con piedras de río que le daba estabilidad en ese clima húmedo. Árboles enormes flanqueaban el camino, altos y fuertes muchos de ellos, rodeados por otros más delgados que tenían la apariencia de...

—¿Una barda?

—En Veracruz todo vuelve a echar raíces y florece a la vida —le dijo Matt al oído. Alissa sonrió, ya no se sorprendió de que él notara su asombro.

—¿Es que realmente esos árboles eran estacas de una barda como parecen ser?

Él asintió, entrelazando los dedos con los suyos.

—Te lo dije, aquí todo vuelve a echar raíces y florece a la vida —la miró de manera significativa. Y supo que se refería a ella también.

Y deseó con todo su corazón que así fuera...

SE DETUVIERON ante un enorme portón donde aguardaban dos centinelas. Uno de los hombres se aproximó a ellos, nada más vislumbrar el rostro de Matt lo reconoció y lo saludó. Intercambiaron un par de palabras en español que Alissa no comprendió, pero sin duda eran alegres. El hombre regresó junto a su compañero y entre ambos abrieron el portón para dejarles el camino libre. Alissa notó por el rabillo del ojo que uno de los hombres montaba a caballo y partía a galope camino adelante.

—Seguramente va a dar aviso a mis padres de nuestra llegada —le explicó Matt.

Pronto quedó a la vista una enorme casona de estilo colonial, aunque Alissa habría podido apostar, que al igual que la residencia de los Collinwood en Kent, era una mezcla de lo moderno y lo antiguo. Los muros de piedra se alzaban imponentes, pero de una forma que le resultaba mucho más acogedora que el castillo. Varios arcos separaban los ventanales y la puerta principal de la vereda que rodeaba la construcción completa. Un tranquilo porche con algunas sillas de cuero y mimbre ofrecía un espacio tranquilo de ocio para aquellos que quisieran disfrutar de una buena tarde al aire libre. Alissa supuso que sería sumamente agradable descansar allí por la tarde, bebiendo un vaso de limonada fría con un libro en las manos.

Una sonrisa curvó sus labios al notar las flores que adornaban la vivienda; había de todas clases, rosas, claveles, una enorme buganvilia que trepaba por el muro hasta el segundo piso de la vivienda. Algunas ruedas de carreta habían sido dejadas sobre los pilares de los arcos de forma decorativa.

El carruaje se detuvo frente a la entrada, una enorme puerta doble de roble y hierro forjado precedida por una escalinata monumental, que le otorgaba un aspecto todavía más grandioso a la hermosa hacienda.

Matthew le dedicó una sonrisa al abrir la puerta y bajar del carruaje. Antes de que pudiera terminar de colocar el segundo pie en tierra, un descomunal lobo se lanzó sobre él y comenzó a llenarle la cara de lengüetazos.

—¡Por Dios, no puede ser Charles! —exclamó Alissa al verlo.

—No, es Charly, su hijo —le dijo Matt, jugando con el lobo mientras le hablaba—. Charles murió hace un par de años. Ya estaba mayor, tuvo una buena vida, no temas —le aclaró al ver la

turbación en su rostro—. Este pequeño lo engendró con una perra pastor alemán del rancho de mi abuelo, es un hermoso perro-lobo, tan bueno como su padre e igual de fiel. Un gran amigo, te caerá bien.

Alissa sonrió, realmente el perro era idéntico a su padre. Por un momento, los recuerdos de aquella tarde nevada cuando ella y Matt se dieron su primero beso inundaron su mente.

Se dejó llevar a tal grado por las remembranzas que no notó la llegada de la familia de Matt hasta que los hubieron rodeado para recibirlos bajo la escalinata principal.

—¡Matthew, qué alegría tenerte nuevamente en casa! —Alissa reconoció la voz de Lupita al instante. La mujer no había cambiado en nada, continuaba siendo tan bella como la recordaba. Abrazó a Matt largamente como bienvenida antes de girarse al carruaje, hacia ella—. Alissa, mi dulce niña, ¿cómo estás? ¿Ha sido duro el viaje?

Una sonrisa curveó los labios de Alissa, no se imaginaba encontrarse con un recibimiento tan caluroso.

—Lupita, es una alegría volver a verla. El viaje ha estado bien, Matt se ha encargado de que fuera extremadamente cómodo.

—Por supuesto que debía ser así, es un Collinwood —Richard le dedicó una amplia sonrisa.

Tras ellos, en los dos otros carruajes, descendieron sus ocupantes. Richard corrió a dar la bienvenida a su querido amigo John y juntos se fundieron en un caluroso abrazo.

Matt no perdió tiempo, tomó a Alissa en brazos y la llevó escaleras arriba. Todos sus hermanos la saludaron con algarabía, portándose sumamente afables y atentos con ella y su familia. La preocupación de reproches o malas caras fue desapareciendo de la mente de Alissa poco a poco, a medida que se iba dando cuenta que eso no llegaría.

Le presentaron a Clara, la mujer de Alexander, y por fin pudo conocer al famoso Zalo. Todos habían cambiado mucho, en especial los pequeños, Roxy ya era toda una dama y Nathe un hombre, pero ambos se acordaban de ella con cariño, al igual que los demás hermanos, cada uno especial para ella a su manera, como si se tratase de su propia familia.

Los Collinwood eran amables, siempre habían sido así, y daba al cielo gracias que la adoptaran como una más del clan familiar, como ellos mismos le dijeron.

Comieron una deliciosa merienda preparada por Calita y Lupita. A Alissa le sorprendió saber que la condesa se hubiera encargado de la comida ella misma, pero le explicó que la cocina era uno de sus pasatiempos favoritos, además de que ya no debía llamarla condesa ni milady. Esos títulos no tenían valor en México.

La mesa era un caos ordenado de risas, intercambio de mano en mano de platillos, charlas animadas y alguna que otra disputa por el último bocado de una comida. Eso claro, siempre después de asegurarse que Alissa u otro de los invitados no deseara el último trozo. Incluso la señora Willson, Fanny y las dos pequeñas fueron invitadas a convivir en la mesa. Allí todos eran familia, no había diferencias.

A Alissa le costó relajarse en un principio, pero con la ayuda de Matt, siempre atento a ella sentado a su lado, pronto estuvo disfrutando de las risas y de la comida. Debido a su lesión, debía

cuidar lo que comía, además de que no estaba acostumbrada al picante. Por tal motivo habían preparado la comida especialmente para ella, sin picante y con los platillos adecuados para que ella pudiera disfrutar sin preocupaciones.

Alissa se sintió maravillada y a la vez miserable, no deseaba ocasionarles tanto interés y cuidados hacia ella. Ya de por sí era una enorme carga...

Al terminar de comer, pasaron al salón a charlar un rato y saborear el café producido en la hacienda, que por supuesto, era estupendo. Alissa pocas veces bebía café, pero sin duda ese era el mejor que había probado en su vida. Y los dulces caseros hechos por Calita resultaron ser tan deliciosos que con gusto se habría saciado hasta terminar con ellos como lo hicieron las pequeñas hijas de Fanny.

Se encontraban riendo cuando de pronto la expresión de Matt mudó, para adoptar una seriedad llena de tristeza. Alissa lo observó con preocupación, atenta a cada detalle de él. Notó que intercambiaba una mirada con su madre y sus ojos volvieron a fijarse a lo que fuera que había visto antes.

Lupita hizo ademán de levantarse, pero él negó con la cabeza. Parecía que se comunicaban sin palabras, un intercambio de sólo miradas. Zalo, el abuelo de Matt al que acababan de presentarle, un anciano de lo más vivaz y alegre, también compartía esa conversación muda. Él se puso de pie, intentando hacer notar lo menos posible su salida.

—¿Estarás bien si te dejo sólo un par de minutos? —le preguntó Matt.

Alissa se sobresaltó ligeramente. No esperaba ser partícipe de esa conversación familiar sin palabras. Aunque a ella le hablaran, claro.

—No, adelante —contestó algo turbada, aparentando una sonrisa despreocupada.

Matt la besó en la mejilla y se puso de pie para dirigirse en la misma dirección que había tomado su abuelo.

Una pequeña niña descansaba en las escaleras cercanas al salón. Sentada sobre un escalón, con el hombro apoyado en la baranda, observaba sin ver lo que sucedía en el salón frente a ella.

Lucy.

Hasta ese momento Alissa se fijó detenidamente en la hermana menor de Matt. Una dulce niña de cabello castaño rojizo y grandes ojos verde claro, hermosa como todos sus hermanos. Sin embargo, la pequeña no parecía contenta con la convivencia. Se había aislado a un rincón junto a las escaleras desde donde observaba la algarabía familiar.

Lupita llegó en ese momento a su lado. La niña parecía alterada, comenzó a gritar y se tiró al piso. Alissa se asustó, asumiendo que algo muy grave debía sucederle a la pequeña para actuar de ese modo. Matt se arrodilló a su lado y en consecuencia recibió un par de buenos patadones que con destreza supo esquivar para que no llegaran directamente a la zona donde más dolor le causarían. Sin embargo no consiguió esquivar una buena mordida de esos pequeños dientes, que se encajaron con fuerza en su antebrazo.

Matt, lejos de molestarse, aguantó la mordida y tomó a su pequeña hermana en brazos, apretándola contra su pecho mientras le susurraba algo al oído. Poco a poco la niña comenzó a calmarse hasta que dejó de gritar. Zalo intervino entonces, cargó a la niña en brazos con bastante facilidad a pesar de su edad, y la llevó consigo fuera de la casa.

—Tranquila, así es Lucy —le dijo Roxy. Se había sentado a su lado sin que la notara. Esa chica se movía igual de silenciosa que sus hermanos.

Alissa le dirigió una mirada un tanto molesta. No entendía como ella podía actuar con tanta naturalidad ante lo que sucedía. Incluso los otros continuaban riendo y charlando como si nada malo pasara.

—No estamos locos ni somos unos desalmados. Lucy se siente mejor cuando la calman el abuelo o mamá solos, no le gustan las multitudes... Ya te acostumbrarás —le sonrió, haciendo un gesto con la cabeza para señalar a Matt y a su madre que se aproximaban.

Lupita y Matt regresaron al salón en ese momento. Alissa notó que los ojos de Lupita estaban húmedos por las lágrimas. Se sentó junto a su marido, quien de inmediato la rodeó por los hombros y la atrajo hacia sí en un consuelo sin palabras. Hasta ese momento Alissa comprendió que Richard había estado atento en todo momento a su mujer y a su hija.

Matt se sentó una vez más a su lado y estrechó su mano, dejando la mirada fija sobre sus dedos entrelazados. Alissa deseaba preguntarle el motivo del pesar que parecía haber caído sobre él, pero supuso que lo mejor sería esperar. Ya Matt se lo contaría cuanto sintiera deseos de hacerlo.

—¿Estás lista para conocer tu hogar?

Alissa arqueó una ceja, confusa.

—¿No es éste nuestro nuevo hogar?

—No, aquí se quedarán tu padre, la señora Willson, Fanny y las niñas. Tú vendrás conmigo a nuestra casa.

—¿Nuestra casa? —sus ojos se abrieron como platos—. ¿Has comprado una casa para nosotros solos?

—Construido, mejor dicho. Lleva deshabitada unos siete años, pero confío que mi madre haya recibido la carta que le envié para asegurarse de que estuviera en condiciones de recibirnos a nuestro regreso.

Alissa permaneció muda, observándolo con la boca en una inmensa «o».

—Es una broma, Alissa. Claro que está presentable para ti, yo mismo me aseguré de...

—No, no es eso —ella aclaró—. ¿Construiste una casa para nosotros hace siete años? Cuando se suponía que yo... Que nosotros... ¿Es eso, no es verdad?

—Pues claro que sí —él sonrió de forma despreocupada—. Te prometí lo mejor. Quería que tuvieras tu propio hogar cuando llegaras a México... —se calló al notar que ella gemía en un sollozo apagado, intentando reprimir las lágrimas—. Alissa, no llores. No es para que...

—Oh, Matt, no sabes cuánto lo siento —gimió, intentando en vano tragarse las lágrimas. Notó que los demás callaban, seguramente alarmados por su repentino llanto.

Matt la abrazó, permitiéndole ocultar el rostro sobre su hombro.

—Alissa está cansada por el viaje —explicó en voz alta, tomando a su mujer en brazos para llevarla consigo—. Si nos disculpan, nos retiramos.

—Por supuesto, hijo. Faltaba más —se apuró en decirle Lupita—. Siéntanse libres de marcharse. La casa está limpia y con todo lo necesario, Matt —le dedicó una sonrisa maternal que hubiera derretido un iceberg.

Matt sonrió a su vez, ayudando a Alissa a acomodarse en su silla de ruedas.

—Hasta pronto, entonces —miró a John—. Lo dejo en buenas manos, suegro. Nos veremos por la mañana.

—¿Puedo ir yo con lady Alissa? —preguntó Ariel, la pequeña hija de cinco años de Fanny.

—Iremos por la mañana, querida —le contestó la señora Willson—. Ahora dejemos que lady Alissa descanse y pase un tiempo a solas con su marido.

Alissa no pudo evitar que las mejillas se le encendieran como tomates al escuchar esas palabras. A pesar de que nadie lo tomó muy en serio, ella sabía a lo que se refería.

No había tenido una noche de bodas con Matt hasta entonces. Suponía que tanto él, como todos los otros, debían asumir que esa misma noche consumirían su matrimonio.

Matt la condujo hasta un carruaje que aguardaba a la entrada de la hacienda y ambos subieron en él. Lo habían cargado con sus baúles, como Alissa pudo notar antes de que Matt cerrara la puerta tras él y le ordenara al cochero ponerse en marcha.

Rodearon la casa, pasando cerca de un patio lateral hasta tomar el camino principal. Continuaron avanzando unos quince minutos hasta torcer por una vía poco transitada. Al menos eso supuso Alissa, pues el camino estaba semicubierto por la vegetación. Varias ramas cortadas hacía poco, todavía verdes, les abrían el paso hasta una nueva verja.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —le dijo Matt al oído, estrechando su mano con la suya.

Alissa sonrió, sin perder de vista la ventana, sintiéndose todavía nerviosa.

El carruaje disminuyó el paso mientras se adentraba por el terreno que sería su nuevo hogar. Alissa aprovechó para observar con detenimiento en derredor, el paisaje era muy hermoso, vastos campos, tan verdes como parecía ser todo en ese lugar, se abrían hasta el horizonte. A lo lejos alcanzaba a distinguir algunos puntos castaños, caballos pastando tranquilamente. Las flores crecían de forma salvaje y las aves cantaban con alegría sobre la copa de los árboles, como si les dieran la bienvenida con sus trinos.

Perdida como estaba en la belleza de las palmeras meciéndose al viento, los helechos y las numerosas plantas con flores exóticas, no notó la hermosa vivienda que quedó a la vista delante de ella.

Charly, el perro lobo, adelantó el coche a la carrera, ansioso por llegar. Alissa rio, siguiéndolo con la mirada y fue cuando la vio: una casita de cuento de hadas.

Sobre un terreno llano se erguía una construcción similar a la enorme mansión colonial que acababan de dejar, sólo que en menor tamaño y con algunos toques más modernos, como ventanales de piso a techo y un tejado de dos aguas. Un muro estaba cubierto por una hermosa buganvilia de intenso color fucsia, las demás paredes eran blancas con toques de piedra y madera. Los alrededores de la propiedad habían sido embellecidos por flores de colores que bordeaban un pintoresco sendero de piedras de colores que llevaba hasta la entrada principal. A un costado, meciéndose con el viento, crecía libre y salvaje un enorme roble del que colgaba un columpio.

Una maravillosa casa. Una casa como ella siempre la había soñado.

—¿Te gusta? —le preguntó Matt en un susurro, sin dejar de observarla durante todo el camino.

—Es un sueño ¿no es verdad? —ella lo miró a los ojos con una expresión asustada—. Me despertaré en cualquier momento y todo esto habrá desaparecido.

Matt sonrió y negó con la cabeza, estrechando con más fuerza la mano con la que aún la

mantenía sujeta.

—Es nuestro sueño y te quedarás en él para siempre —le dijo con convicción—, conmigo.

Alissa sonrió. Sentía los ojos humedecidos por la emoción. Nunca imaginó que un día conocería un sitio como los que sólo había visto en los cuentos de hadas que leía de niña.

El coche se detuvo frente a la entrada y Matt se apuró en bajar de él, volviéndose enseguida para ayudarla a hacer lo mismo.

Mientras el cochero se hacía cargo del equipaje, Matt ayudó a Alissa a acomodarse en la silla de ruedas y condujo a su mujer por el sendero hasta la casa. Antes de llegar al umbral, se giró y la cargó en brazos.

—Debemos comenzar nuestra vida juntos como se debe, ¿no te parece? —le dijo con una sonrisa pícaro, llevándola en volandas al interior de la morada.

Alissa se quedó sin aire, el interior resultaba tan encantador como el exterior. Una estancia de dos habitaciones decoradas con sencillez manteniendo el mismo estilo rústico de afuera. Una separación en arco dividía el dormitorio principal del salón que a la vez servía de comedor. Éste le pareció un lugar de lo más acogedor, ornamentado con muebles de madera cruda y telas de colores claros, que no resultaban pesados ni recargados a la vista. Contra un muro se encontraba una estantería repleta de libros, además del comedor y unas cuantas sillas, había una chimenea que parecía de lo más acogedora con el mullido sofá frente a ella.

A un costado se encontraba la cocina, separada de la estancia por otra puerta de medio arco. No pudo ver mucho de ella, pues Matt la condujo hasta el que debía ser el dormitorio que compartirían, pues no vio ninguna otra habitación en la casa además de la del baño. Ésta había sido decorada con la misma sencillez que el resto de la casa, con una enorme cama con vista al ventanal que daba al jardín trasero y la terraza. Una mecedora se movía por sí sola, antojando a Alissa estar allí. Ese sitio le pareció de lo más acogedor para sentarse a leer o sencillamente para relajarse un buen rato.

—Dios mío, Matt... Esto es... ¡tal cual como lo soñé! —le dijo, sin detenerse a medir a sus palabras—. Es maravilloso.

—Lo sé —Matt le dedicó una sonrisa embelesada—. Lo construí así con esa intención.

—Oh, Mat... Eres demasiado bueno para mí —los ojos de Alissa volvieron a cubrirse de lágrimas—. No merezco todo esto. No te merezco a ti...

—Tonterías. Mereces esto y más —la dejó con cuidado sobre un mullido sofá junto a la cama y se arrodilló delante de ella, de forma que quedaran cara a cara—. Construí este lugar hace siete años con la intención de traerte a vivir aquí conmigo. De haber sabido que... bueno —se rascó la coronilla, nervioso.

—¿Que estaba viva? —ella completó la frase. Matt asintió, intentando en vano ocultar la tristeza que se reflejaba en sus ojos con una sonrisa.

—El plan era hacerla mucho más grande, para cuando llegaran los niños. Pero no te preocupes, en cuanto tenga oportunidad reanudaré el trabajo...

—No es necesario que hagas eso, Matt —ella bajó la vista y la fijó en la chimenea. Matt también había puesto una en su habitación. No hacía frío como para necesitar una, pero ella adoraba las chimeneas. Matt debió ponerla para ella—. Por Dios Santo, Matt, incluso construiste

la chimenea —rio—. ¿A quién se le ocurriría encender un fuego con este calor?

—En invierno llega a hacer un poco de frío. Y no me cambies el tema, ¿por qué dices que no será necesario que haga eso?

Ella no contestó, esquivando su mirada.

—Alissa... —Matt tomó su barbilla entre los dedos y la levantó, obligándola a verlo a los ojos—. ¿Qué quieres decir con eso?

—¿No es obvio? —dijo ella al fin tras lo que pareció una eternidad—. Nunca podremos tener hijos.

—Hablé con tu médico, dijo que no era imposible. Además, eso no me importa. Podemos adoptar, si lo deseas.

—No.

—Bien, como quieras. Realmente los hijos no son algo que...

—No, Matt. No me refiero a eso... —suspiró—. No podremos hacer... eso.

—¿Por qué no?

Sus ojos adquirieron un tono dolido.

—¿Es que no es obvio?

—Tu médico me aseguró que...

—¡El médico no sabe nada de mí! —lo interrumpió—. Este es mi cuerpo, no el de él. Yo lo conozco mejor que nadie, y por ello sé que... —se calló cuando la voz se le quebró—. No quiero que me veas, Matt. No así.

Él soltó una risita baja que la perturbó más de lo que ya estaba.

—¿Qué es lo que te resulta tan gracioso? —preguntó, dolida.

—Ya te he visto, ¿no lo recuerdas? —la mirada ardiente que le dedicó provocó que sus mejillas se encendieran una vez más.

—Matt eso fue hace mucho tiempo. Es obvio que no soy la misma mujer de entonces. He cambiado en toda la extensión de la palabra. Y en lo que me he convertido... —dirigió una mano para señalarse a sí misma.

—Di lo que quieras, yo te veo igual que siempre.

—Estás loco —bufó, exasperada.

—Tal vez, pero eso no es de ahora. Siempre lo he estado, y así te enamoraste de mí. Espero que no sea algo que te haga cambiar de opinión ahora sobre mí.

—No seas tonto, nunca cambiarás a mis ojos —ella bajó la vista y apoyó una mano sobre la cabeza de Charly, que había llegado a echarse a su lado sobre la alfombra.

—¿Y entonces, por qué asumes que tú sí lo harás?

Ella se quedó sin palabras. Alzó los ojos y se topó con su mirada, tan intensa como siempre.

—¿Me habrías dejado de amar de haberme sucedido lo que a ti?

—No, claro que no —contestó sin dudar.

—¿Y entonces por qué estás tan segura de que yo lo he hecho? ¿Es que tan poca confianza te transmito en mis sentimientos?

—No, Matt, no he querido decir eso...

—Es exactamente lo que me estás diciendo.

—Lo siento, Mat... —suspiró—. Yo no sé cómo explicar lo que siento —le dijo en voz baja, fijando los ojos sobre el lomo gris de Charly, incapaz de verlo a la cara.

Escucharon un golpe sobre la puerta.

—Disculpe, señor. Han venido a verlo.

Matt se giró con el ceño fruncido. Anne Marie se asomó por la puerta antes de darle tiempo de hablar. La señora Willson y Fanny pegadas a sus talones.

—Disculpen la intromisión —dijo la señora Willson, la única que parecía darse cuenta de lo que estaban haciendo—. Queríamos conocer dónde vivirá Alissa.

—Así podremos venir a visitarte seguido y ayudarte en lo que necesites —le dijo Anne Marie, llegando al lado de Alissa y apoyando una mano sobre su hombro—. ¿Deseas que te ayude a desempacar tu equipaje?

—Seguro, muchas gracias, Annie —contestó Alissa, visiblemente aliviada por su presencia.

Matt suspiró con desgano. Así nunca podría tener avances con su mujer. No si era interrumpido en todo momento cuando justamente ella comenzaba a abrirse.

—¿Cómo llegaron tan rápido? —Matt escuchó que preguntaba Alissa antes de salir por la puerta.

Matt conocía la respuesta, y ésta lo esperaba afuera: Raúl.

—Les has enseñado el sendero que comunica La Guadalupana con mi rancho —espetó en lugar de preguntar al toparse de frente con su amigo.

—¿Qué querías que hiciera? Anne Marie estaba muy preocupada por tu mujer. No podía dejarla así.

—Sí, claro —bufó, siguiendo por el sendero. Vio a Charly echado en la entrada y le hizo una seña para que lo siguiera, pero el perro en lugar de hacerlo entró en la casa.

Incluso su perro ahora se ponía en su contra. ¿Es que iba a salir algo bien ese día?

Molesto, entró en el establo, ubicado a unos metros de la casa y montó sobre su caballo, con una sola persona en la mente a la que poder acudir por consejo: Zalo.

COMO SUPUSO, encontró a su abuelo sentado plácidamente sobre una silla de mimbre de su jardín en el rancho El Janto, afinando las cuerdas de su violín. Su abuelo tampoco era muy amante de las reuniones, y prefería marcharse a casa temprano, al igual que él.

—Me parece que te has perdido de rumbo, cachorro —le dijo Zalo, haciendo un gesto con la cabeza para invitarlo a sentarse a su lado.

Matt así lo hizo, inspirando hondo mientras reclinaba la cabeza hacia atrás. La noche era despejada y el cielo colmado de estrellas lucía precioso. De no ser porque su estado de ánimo se encontraba por el piso, Matt habría apreciado la belleza de esa noche.

—¿Vas a expresar con palabras abiertas lo que te ocurre o tendré que recurrir a averiguaciones? —preguntó Zalo con una sonrisa afable en el rostro—. Te ves como si cargaras el mundo sobre los hombros, ¿tan mal te ha ido?

Matt asintió con la cabeza, tomando una larga inspiración.

—Ella es... difícil —dijo en voz baja—. Siento que voy en círculos, en un momento creo que por fin me está permitiendo llegar a su corazón, y al siguiente me expulsa de una patada.

—Las mujeres no son sencillas de comprender, hijo. Es ese el motivo por el cual el matrimonio a veces es un rompecabezas complicado.

—Dímelo a mí...

—Pero es también lo que le da emoción —sonrió—. Tienes que tener paciencia con ella. Para cualquier mujer es difícil cambiar de vida, más para ella, que ha estado sumergida en su propio mundo por tantos años. La soledad es un hábito difícil de romper. Ella debe habituarse a ti, aprender a convivir contigo. Tienes que ser paciente, tocar las cuerdas adecuadas en el momento preciso —tocó una ligera melodía en su violín.

—No creo ser capaz de conseguirlo. Por más que he intentado... Estoy fracasando, abuelo. Veo en sus ojos, y todo lo que leo en ellos es su deseo de apartarme.

—Tu bisabuela siempre dijo que tenías un don con las cuerdas de la guitarra.

—No quiero hablar de guitarras ahora.

—También tu bisabuela decía que eras listo. Me pregunto si eso será cierto —bromeó, dedicándole una mirada significativa.

—Lo entiendo, abuelo...

—Sé paciente con ella. No se consigue una melodía hermosa si se es brusco con la guitarra. Debes ser amable con las cuerdas, tensarlas hasta cierto punto para conseguir una melodía, pero no demasiado, o la cuerda se romperá.

Matt asintió, dirigiéndole una media sonrisa.

—Ella no confía en mí, abuelo. No para tensar sus cuerdas.

—En ese caso, el error ha sido tuyo. Busca la manera de hacerle saber que lo que sientes por ella es real y no movido por la compasión.

—¿Cómo sabes eso?

—Eso se lee en sus ojos a primera vista, hijo —contestó, volviendo a dedicar su atención a su violín—. Es el temor que la impulsa a alejarte de ella. La barrera que debes superar para ganar su corazón.

Al día siguiente, Alissa despertó con el olor a huevos recién preparados, tocino y panqueques calientes. Sintió algo suave sobre los párpados y al abrir los ojos se encontró con una hermosa rosa de color blanco suspendida sobre su rostro.

—Buenos días, hermosa —la saludó Matt con una sonrisa—. Te he traído el desayuno a la cama.

—¿Matt...?

—¿Quién más? ¿No esperarás a otro marido que venga a despertarte por la mañana, no es verdad? —bromeó, ayudándola a sentarse en la cama.

—Yo puedo hacerlo sola.

—Lo siento, lo había olvidado —Matt forzó una sonrisa, prometiéndose ser paciente. Ella seguía empeñada en apartarlo, pero no se lo permitiría. La afinaría pacientemente, igual que a una guitarra. Y para hacerlo, tenía que hacerlo de forma lenta, con destreza y cariño—. ¿Deseas comer primero la fruta o el platillo fuerte?

—Gracias, pero no tengo hambre.

—Nada de eso, has de comer bien. Hoy iremos de paseo al pueblo y necesitarás fuerzas.

—¿Al pueblo? —el rostro de Alissa palideció.

—Sí, al pueblo de Santo Tomás de Aquino. No es lejos, te gustará mucho, te lo aseguro.

—No, no puedo ir allí.

—¿Por qué no?

—¡Porque no! —su voz sonó histérica—. Matthew, no me gusta salir. Odio que la gente se me quede viendo como si fuera una especie de bicho raro de circo, ¡por favor, no me llesves!

Matt asintió, tomando sus manos entre las suyas, recordándose que debía ser paciente. Ella llevaba demasiado tiempo encerrada, viviendo en una soledad a la que se había habituado. No podía obligarla a salir y llevar una vida normal de la noche a la mañana.

—De acuerdo —dijo él con voz suave, pasando los nudillos por su mejilla y secando sus lágrimas—. Iremos poco a poco, mi amor.

—No, Matt. No deseo hacerlo ahora ni nunca. No saldré nunca.

—Eso es un poco drástico, ¿no te parece?

—No pensarías así si tú estuvieras en mi lugar. No querrías que nadie te viera en esta silla de ruedas.

—¿Es eso lo que te preocupa? Bien, nadie te verá en tu silla de ruedas —él la besó fugazmente en los labios antes de levantarse.

—Matt, ¿a dónde vas?

—Fanny y Anne Marie han venido de visita —su voz sonó tensa a pesar de la sonrisa que mantenía en el rostro—. Te dejaré a solas para que puedas cambiarte de ropa y levantarte de la cama. Volveré dentro de unas horas, tengo algunos asuntos que atender.

Alissa lo observó algo consternada. Se sentía como una tonta miserable. Sabía que no merecía a Matt ni todos sus cariños y cuidados. Se odiaba a sí misma por tratarlo de ese modo, pero no tenía opción. Debía conseguir que Matt la odiase, sólo así se olvidaría de ella y desearía una verdadera vida con otra mujer. Una que pudiera darle todo lo que ella no podía. Aunque al hacerlo, sabía que su corazón se rompería para siempre.

Matt no regresó esa tarde, tampoco durante la noche. Alissa obtuvo noticias de él gracias a Lupita y Calita, que fueron a visitarla esa tarde a su casa, llevando con ella unos pastelitos de maíz que lucían deliciosos. Sin embargo, Alissa apenas los probó, preocupada por su marido. Le dijeron que Matt se había marchado con Zalo y todavía no regresaba. No tenían idea de lo que podría estar haciendo, pero a su suegra y a la abuela de su marido no les preocupaba en realidad. Como le explicaron, Zalo y Matt solían desaparecer durante días, a veces semanas, sin que nadie supiera de nada ellos, y siempre regresaban con bien. Como seguramente sería el caso.

No obstante, Alissa permaneció en vela durante la noche, preocupada por su marido y resintiendo su ausencia. Dios, cómo le amaba. Si tan sólo pudiera decírselo. Lo mucho que agradecía todas sus atenciones, cómo gozaba tenerlo a su lado, lo importante que era para ella su presencia...

La señora Willson, dormida en el sofá del salón pues se había negado a dejar a Alissa sola durante la noche, roncó ligeramente. En otro momento Alissa habría sonreído, pero ahora sólo sentía deseos de llorar. Amaba con toda el alma a un hombre que también la amaba, o eso creía. Y su futuro dependía de obligarlo a dejarla ir para siempre.

Eso era el amor verdadero. Desprendimiento. Ella sabía que sólo sería una carga para Matt. Con el tiempo él se daría cuenta de su error y de todas maneras terminaría odiándola cuando se percatase de todo lo que había perdido por no dejarla atrás en su debido momento. No iba a permitir que él cometiera ese error.

Mejor antes que tarde. Ella lo obligaría a rectificar su camino, a tomar las decisiones adecuadas, a olvidarla para siempre. Sólo entonces la vida verdaderamente comenzaría para Matt. Y terminaría para siempre para ella. Eso es el amor: dar. Dar sin recibir nada a cambio, buscar lo mejor para el otro, desprenderse de todo por el bien del otro. Aunque tuviera que desprenderse de su propio corazón.

A la mañana siguiente Matt entró en su habitación cuando Alissa terminaba de vestirse.

—Me alegra que estés levantada. Vamos, hoy vienes conmigo —le dijo, tomándola en brazos de la silla de ruedas sin aceptar un no por respuesta. Por la seguridad de sus pasos, ella estuvo segura que había estado aguardando entrar precisamente en ese momento, cuando ella estuviera vestida y no tuviera ninguna excusa para rehusarlo.

—Señor, espere... —Fanny chilló, siguiendo a Matt y Alissa por los talones—. ¡No le he puesto su chal!

—No lo necesitaré —contestó Matt sin volverse ni detenerse, llevando a su mujer en volandas hacia la puerta de entrada.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó la señora Willson, apareciendo por la puerta de la cocina.

—Vuelva a sus quehaceres en La Guadalupana, señora Willson. Alissa no la necesitará hoy —dijo Matt, llevando a su mujer hacia fuera.

—Ya te dije que no quiero ir al pueblo —replicó Alissa, aferrada a su cuello.

—No iremos al pueblo, sólo saldremos a dar una vuelta.

—No gracias.

—Alissa, esta vez no escucharé tus negativas. Anda, obedece. Si te portas bien te daré algo especial que te he comprado.

—¿Me tomas por una niña? —replicó, en un tono entre divertido y ofendido—. Te he dicho que no quiero que nadie me vea en la silla de ruedas.

—Y nadie te verá en tu silla de ruedas, ya te lo prometí —él hizo un gesto con la cabeza para que ella mirase en dirección al jardín.

Allí Zalo sostenía un hermoso caballo percherón con una intrincada silla sobre su lomo, con respaldo y cojines, además de unas correas de agarre.

—¿Qué es eso? —preguntó Alissa, dejándose llevar por Matt hacia fuera.

Tras ellos, Fanny y la señora Willson les seguían los pasos, tan asombradas como Alissa.

—Tu esposo ha trabajado toda la noche para hacerla —le informó Zalo—. Es una silla especial, en ella no te caerás, jovencita.

—Zalo me ayudó a hacerla, es demasiado modesto para tomar crédito, pero en realidad casi todo fue su idea —dijo Matt, subiendo a Alissa sobre el lomo del caballo antes de que ella pudiera volver a articular palabra y negarse—. Ahora podrás ir a donde quieras, no necesitas tu silla de ruedas.

—Incluso verás a la gente desde arriba, mi niña. Siempre odiabas tener que levantar la cabeza para mirar a todos —opinó la señora Willson—. Es maravilloso, ha sido una idea estupenda.

Alissa no contestó, ni siquiera se movió cuando Matt le tendió las riendas.

—No me gustan los caballos, Matt... —musitó ella en voz muy baja.

—Está bien. Este caballo es muy manso, lo conseguimos especialmente para ti.

—¡Odio los caballos! —su voz se quebró—. ¡Fue por culpa de uno de estos estúpidos animales que me rompí la espalda y me convertí en el monstruo que ahora soy!

—Alissa, no digas eso...

—¡Bájame, Matt! —sollozó ella—. ¡Bájame o me lanzo yo misma!

—Tranquila, tranquila, Alissa —Matt la tomó por la cintura y la ayudó a bajar. Con cuidado la llevó hasta una silla cercana, donde la ayudó a acomodarse.

Alissa, más pálida que nunca, respiraba en forma agitada, apretaba tanto los puños que comenzaba a sacarse sangre. Con una ternura infinita, Matt le ayudó a separar los dedos de sí mismos y abrir una vez más las manos para evitar que se hiciera daño.

—La llevaré adentro —dijo la señora Willson, haciendo ademán de ir a buscar la silla de ruedas.

—No —la negativa de Matt dejó a todos paralizados como estatua—. Déjenos solos. Tenemos que hablar.

—Pero...

—Señora Willson —Zalo intervino—, ¿podría hacerme el favor de acompañarme a mi casa? Mi mujer desea que le enseñe a preparar esa tarta de limón de la que tanto nos habló ayer John. Tú también ven con nosotros, Fanny.

La señora Willson y Fanny dudaron en un principio, pero terminaron por asentir. Lo mejor era dejar a la pareja a solas y permitirles arreglar sus asuntos con privacidad.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Matt cuando estuvieron a solas en el jardín.

Alissa, con la vista clavada en el caballo, todavía aguardando a unos metros de ellos, no contestó.

—No me habías dicho que le tienes miedo a los caballos.

—No supuse que tuviera que hacerlo. No es como si cualquiera me pidiera subir a uno de la noche a la mañana —espetó, irónica.

Matt sonrió ligeramente.

—No les temes, ¿verdad?

—¿Qué? —sus ojos se ampliaron al máximo—. ¡Por supuesto que sí! ¡Fue por culpa de uno de ellos que me rompí la espalda!

—Lo sé —asintió—. Pero no les temes. Lo veo en tus ojos.

—Yo...

—Si le tuvieras miedo ni siquiera me habrías permitido acercarte a él. Es más, incluso parecías contenta sobre su lomo, hasta que de pronto recordaste que no te gustaba. O que se suponía que no debía gustarte.

—Eso es ridículo —replicó con los dientes apretados.

—¿Lo es? —él tomó su barbilla entre los dedos, obligándola a verlo a la cara—. ¿Por qué buscas confrontarme, Alissa?

—¿Qué...?

—No lo niegues, porque sabes que es así. Buscas hacerme enojar comportándote como una niña berrinchuda.

—Eso no es cierto.

—Sabes que siempre detesté a las chicas caprichosas. ¿Es tu nueva estrategia para alejarme de ti?

Ella abrió los ojos de par en par.

—Eres fácil de leer como un libro, cariño —él respondió a su pregunta silenciosa—. Pero no temas, no estoy enojado contigo.

Puedes comportarte como una escuincla de cinco años toda la vida, si lo quieres, pero no

lograrás deshacerte de mí. Estás unida a este marido de por vida —se señaló a sí mismo, esbozando una sonrisa complacida.

Alissa apretó los labios, aguantándose una sonrisa. Se sabía descubierta, pero Matt siempre tenía la forma de hacer que todo pareciera cosa de nada. Seguro que cualquier otro hombre habría armado un alboroto por saberse engañado. La mayoría ni siquiera sospecharían que lo habían sido.

—¿Qué te parece si dejamos el teatrillo por ahora, cariño? —continuó Matt—. No es que te quiera molestar, pero el día corre rápido, y me gustaría llevarte a un sitio especial antes de que el calor nos agobie.

—No me gusta el calor.

—A otro con ese cuento, cariño —la besó en la frente, posando ambos brazos junto a su cabeza, obligándola así a enfrentarlo—. Te recomiendo que no sigas por este camino, no conseguirás nada conmigo. Además, te recuerdo que tú odiabas mucho más que yo a las chicas caprichosas. De seguir con esto, sólo conseguirás molestarte a ti misma.

Jaque Mate.

Alissa no opuso ninguna resistencia cuando él la cargó en brazos una vez más y la llevó de vuelta sobre el lomo del caballo. La silla resultaba sumamente cómoda, acojinada en los sitios necesarios para mantener su espalda erguida y una postura que no le ocasionara dolor. No era muy diferente a una silla convencional, pero sí lo bastante segura para mantenerla sujeta arriba del caballo sin ladearse, ya que sus piernas no podrían hacerlo. Matt pasó con libertad su pierna por encima del lomo del animal y aferró con correas sus pies a los estribos. Alissa se ruborizó, de haber sido cualquier otro hombre las libertades que se tomaba con ella habrían sido un descaro, pero él era su marido y tenía todo el derecho de hacerlo.

Al terminar con las correas y tras asegurarse de que ella estaba completamente segura sobre la silla, Matt subió tras ella sobre el lomo del animal.

—¿Es que no irás en tu propio caballo? —preguntó Alissa, quedándose repentinamente sin aire al sentir el fuerte agarre del brazo de Matt por su cintura.

—Hoy no, quiero ser yo quien guíe al caballo. Me dijeron que es muy manso, pero prefiero medirlo por mí mismo antes de dejarte sola con él.

Alissa se estremeció al sentir la calidez de su aliento sobre su oído mientras le hablaba. Un brazo alrededor de su cintura, el otro rozándole el brazo mientras él mantenía el agarre sobre las riendas, su espalda pegada a su cuerpo cálido y duro. Matt era fuerte como no había conocido otro hombre, puro músculo y suavidad, terciopelo sobre acero. Esa sensación la hizo sentir embriagada, como si una vez más fuera una jovencita de dieciséis años perdidamente enamorada de su príncipe azul.

—¿A dónde iremos? —preguntó en un susurro, intentando olvidarse de sus pensamientos. Pero fue imposible. Nada más se giró para encontrar su rostro, él se inclinó y la besó fugazmente en los labios. Un beso tan suave como pluma, pero que quemó como fuego. Y Alissa supo que no estaba fantaseando. Ella era la joven enamorada. Podía ser que hubieran pasado años, que su cuerpo fuera el de una mujer, pero su corazón se mantenía igual al de aquel entonces, como si hubiese sido sumergido en hielo y conservado tan ingenuo y puro como el de una adolescente por años. Un

corazón que ahora comenzaba a derretirse, que revoloteaba como alas de mariposa frenéticas y a toda velocidad al sentir el contacto de su amado, ese príncipe azul que era Matt. Su Matt.

Él le sonrió, como si leyera en sus ojos sus pensamientos. Alissa se giró, no debía dejarse llevar. Perderse en él sólo le traería inconvenientes.

Matt no hizo caso a su desplante. Azuzó el caballo y ambos se pusieron en marcha a campo traviesa. Alissa no se sorprendió al notar que Matt continuaba teniendo el mismo dominio natural al manejar a los caballos.

Su prueba sería inútil, hasta el caballo más arisco caería bajo el dominio de su mano. Eso él lo sabía muy bien. Si estaba abrazándola por la espalda, era porque así él lo deseaba. Y Alissa no pudo evitar sentir que su corazón revoloteaba con más fuerza al saberlo también.

Tomaron camino por un sendero de tierra. Arbustos floridos rodeaban el camino, al principio bien cuidados, parte de los jardines colindantes a la casa, y a medida que iban avanzando se fueron haciendo espesos y más salvajes, hasta convertirse en una densa vegetación conformada por árboles, plantas, arbustos de distintas clases y una infinidad de palmeras.

—Tranquila, no hay jaguares por aquí —le dijo Matt en tono de broma al notarla tan atenta al paisaje agreste que los rodeaba.

—¿Jaguares? —ella se volvió con las cejas alzadas, una nota de pánico en su voz.

—Una especie de tigre americano —informó él, provocando que el pánico de ella aumentara.

—¡Dios mío! ¿Quieres decir que podría atacarnos un tigre en cualquier momento?

—Tranquila, estás conmigo. No permitiré que nada malo te suceda —él aproximó la boca a su oído y le susurró—. Te lo juro.

Alissa se giró ligeramente, dejándose perder en esos iris verde-azules.

—Lo sé —sonrió—. Nunca lo has hecho.

Charly pasó trotando a su lado. El caballo hizo ademán de asustarse, pero bajo la mano de Matt se controló al instante. Alissa no pudo evitar sorprenderse. En mano de cualquier otro hombre el caballo se habría encabritado sin ninguna duda.

—¿Recuerdas la ocasión en la que me salvaste de ese lobo? —preguntó ella, su lengua se soltó antes de que su mente pudiera reprimirla.

Matt sonrió a medias.

—Cómo olvidarlo. Tuve mucho miedo.

—¿Es eso cierto? —Alissa giró lo más posible la cabeza para verlo a la cara—. Nunca me lo contaste.

—Claro que no, tenía que parecer seguro ante ti. Quería impresionarte ¿recuerdas? —dijo en tono de broma.

—Fuiste muy valiente. Nunca olvidaré lo que hiciste para no dañar a ese lobo, a pesar de que te lastimó.

—Eso no me importaba. Lo habría matado si te hubiera hecho daño a ti. Sólo de pensar que él hubiera puesto sus dientes sobre tu carne, yo... —él frunció el ceño—. Tuve mucho miedo, Alissa. Miedo de que ese lobo acabara con tu vida. No podía permitirlo.

Los ojos de ella se agrandaron.

—Eres demasiado bueno para ser real, Matthew.

Él soltó una carcajada.

—Creo que te has equivocado de persona, cariño. Sólo soy un hombre, no un santo. Un hombre que prácticamente te obligó a casarse con él ¿recuerdas?

Ella sonrió, volviendo a fijar la vista en el camino.

—Me alegro que lo hayas hecho, Matt. Me alegro con todo el corazón.

Ahora fue él el sorprendido.

—Pero si me preguntas después, lo negaré todo —bromeó ella, provocando que Matt soltara una carcajada. Él la besó en la mejilla, estrechando el abrazo con el que la mantenía unida a él.

—En ese caso, eres tú la que es demasiado buena para ser real, mi ángel.

—¿Sigues con eso? —su voz intentó sonar en tono de broma, pero la verdad es que estaba llena de dolor—. Te dije que estoy muy lejos de ser un ángel. Deberías odiarme por lo que te hice.

—Tal vez —él se encogió de hombros. Ella lo miró por el rabillo del ojo, alarmada—. Pero no es así —aclaró con una media sonrisa, dándole otro beso en la mejilla—. Te amo demasiado para llegar a odiarte. Simplemente no hay espacio en este corazón más que para amarte.

Ella agachó la vista.

—No te merezco, Matt.

—Deja de decir eso. Es ridículo.

—No, no lo es. Eres demasiado bueno, y yo... —su rostro se giró hacia el sitio por donde acababa de rebasarlos Charly. El perro lobo estaba encantado con el paseo y husmeaba por adelantado todos los rincones, asegurándose de que no hubiera nada dañino en el camino.

—Tú eres mi esposa —le dijo él con voz firme—. Y eres perfecta.

—Sabes que estoy muy lejos de ser perfecta.

—Todo cuanto sé es que te amo. A mis ojos, eres y siempre serás perfecta. Y no puedes discutirlo. Las buenas esposas no discuten con sus maridos.

Ella soltó una carcajada.

—Vaya, pues tampoco estoy cerca de ser una buena esposa. Discutiré contigo tanto como siempre lo he hecho.

—Qué bien, de otra forma el matrimonio me parecería aburrido. Siempre he creído que las mejores parejas son las que más discuten.

—¿Cómo es eso? Si se la pasan peleando todo el tiempo, se llevarían como perros y gatos.

—No querida. La reconciliación es la mejor parte de una discusión —le dijo al oído con voz ronca—. Estoy esperando nuestra primera pelea, y te haré conocer el motivo por el cual las mejores parejas son las que más se reconcilian.

Las mejillas de Alissa se tiñeron de rojo. Apoyó la cabeza en el hombro de Matthew, dejándose llevar por primera vez en el sueño de un matrimonio feliz a su lado.

El paisaje era espléndido. En el horizonte se extendían hectáreas de terreno forrado de cultivos cafetaleros. Matt le relataba la historia de la hacienda de su padre, de cómo había comenzado con un pequeño trozo de tierra cuando se casó con su madre y poco a poco había ido adquiriendo más terrenos. Al notar la pobreza de algunas poblaciones cercanas, comenzó con el proyecto de la cría de ganado para ayudar a la gente local a producir sus propios alimentos y salir adelante.

Un filántropo, eso era Richard Collinwood. Un hombre desprendido que siempre estaba

buscando la manera de ver por los otros. Había inculcado su misma ideología a sus hijos. Matt repetía sus palabras con orgullo y cariño.

Una hora después, Alissa comenzó a sentirse cansada y hambrienta. No había tenido tiempo de desayunar cuando Matt la sacó de la casa.

—¿Te apetecería tomar un bocadillo? —le preguntó él, adivinando su sentir.

—¿Un bocadillo? —Alissa arqueó una ceja—. ¿No me digas que te has traído el almuerzo?

—No sería una salida real de no haber sido así —él le guiñó un ojo—. Vamos, conozco un lugar espléndido que he querido enseñarte desde siempre.

A pesar de que Matt no dijo esas palabras con mala intención, Alissa las sintió como una puñalada en su corazón. Sabía que era cierto que él habría deseado hace mucho tiempo enseñarle sus sitios favoritos, tal como habían planeado de jóvenes...

Se abrieron paso a través de un camino lateral prácticamente cubierto por la vegetación. Poca gente debía de pasar por allí.

—Más allá se extienden los terrenos del Janto, el rancho de mi abuelo. Te llevaré allá mañana para que veas los ejemplares que hemos criado. Son magníficos caballos.

—Me encantaría —contestó ella con una sonrisa radiante. La primera completamente sincera que esbozaba en mucho tiempo.

Llegaron a un claro abierto en la espesura del bosque selvático. Alissa se sintió maravillada por la belleza del lugar, plantas extrañas como nunca había visto antes crecían en derredor, decorando el lugar con sus maravillosos tonos de verde. El agua se escuchaba caer cerca.

Charly fue el primero en abrirse paso entre las ramas de palmeras bajas y hojas de arbustos. Matt avanzó tras él, las ramas se movieron bajo el roce del caballo como un telón que dejaba a la vista el maravilloso escenario que se desplegaba ante ellos: un lago de aguas cristalinas en el que desembocaba una pequeña y tranquila cascada.

—Oh, Matt... —ella se quedó sin aire—. Este lugar parece salido de un cuento de hadas.

—Por eso te he traído aquí. Sé lo mucho que amas los cuentos de hadas, mi princesa —Matt sonrió, deteniendo el caballo a una distancia segura del lago. Bajó primero y luego ayudó a Alissa a desatarse de la silla y la cargó en brazos.

Con sumo cuidado la depositó sobre una alfombra natural de musgo cercana al lago. Alissa se sintió maravillada rodeada de tanta belleza. El agua era tan cristalina como la de una piscina. Se alcanzaban a ver algunos peces nadando en la orilla. En lo alto del cielo, un águila chillaba, volando libre sobre sus cabezas. Las ramas de los árboles se mecían con suavidad con el viento, llevando en el aire sus maravillosas flores multicolores.

Matthew regresó a su lado con una improvisada bolsa cargada con un mantel y varios bocadillos. Con ayuda de Alissa los colocaron sobre el mantel, todo estudiado bajo el atento ojo de Charly, quien no perdía detalle de la comida.

—Pequeño glotón, ya has desayunado bastante. Aguarda a la cena —lo reprendió Matt, dándole una palmadita en la cabeza.

—Pobrecillo, dale algo. Ha sido una larga caminata.

—Lo mimas demasiado, querida —bromeó Matt, haciendo lo que ella le pedía. Charly se llevó de sus dedos un pedazo de sándwich que él le ofrecía y lo comió de un solo bocado—. Este perro

lobo terminará gordo como un cerdo con tus cuidados.

—Por mí mejor, me parece que está un poco delgado. Al igual que tú —le dedicó una mirada escrutadora—. No te haría nada mal terminarte toda una comida de vez en cuando. He notado que nunca terminas lo que sirven en tu plato.

Matt se quedó callado. Ciertamente no se había dado cuenta de que ella lo observaba.

—No soy de gran apetito.

—¿El voraz Matt? —replicó ella, irónica—. Por favor, recuerdo que eras capaz de terminar con la comida de toda la familia tú solo. ¿Qué te ha sucedido? ¿Cuándo dejaste de crecer se te quitó el apetito? —bromeó.

—Supongo —él se encogió de hombros, apoyando el cuerpo sobre un codo en una posición relajada. Tomó uno de los sándwiches y lo colocó sobre el regazo de Alissa, incitándola a comer, para enseguida él tomar otro y darle una buena mordida.

—Anda Matt, no seas mentiroso. Siempre me contabas todo —le dijo, animada—. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿El ratón te robó la lengua? Ah, no ¿cómo era el dicho? ¿El gato te comió la lengua?

Él rio a carcajadas. Alissa aprovechó la oportunidad para meter un poco de pan en su boca. Matt, sorprendido por su agilidad, soltó una nueva oleada de carcajadas, acompañado por la risa de ella.

—Ese dicho es para referirte a cuando dejas de hablar, no de comer —aclaró entre risas—. Y no es que no quiera contarte, es que no tengo nada que contar. ¿Qué puedo decirte? Me habitué a otro tipo de vida desde que tú... Bueno, ya sabes —se encogió de hombros—. Pasé mucho tiempo solo vigilando mis terrenos y las tierras de mi padre y de mi abuelo, y no siempre tienes qué comer. Debía racionar la comida y aguantar el hambre cuando no hallaba nada que cazar o de lo que echar mano. Supongo que el cuerpo se adapta a comer menos.

Ella lo miró con profunda tristeza.

—Has estado muy solo estos años, ¿no es verdad?

—Algo... —se encogió de hombros—. No me mires de esa forma, no es la lástima lo que busco de ti.

—No te tengo lástima Matt. Sólo me da tristeza... Saber que yo provoqué esto en ti, me parte el corazón...

—No, cariño —él se acercó y secó una lágrima que resbalaba por su mejilla—. No es tu culpa. Siempre he sido un tipo solitario. Lo sabes. Mi mundo está bajo las estrellas, no entre cuatro paredes.

—Ahora vives entre cuatro paredes.

—Es distinto.

—¿Porque yo te ato a esas paredes? —sus ojos reflejaban vivo dolor.

Él ahuecó la mano en su mejilla, aproximándose a ella tanto que sus narices se rozaron.

—No. Porque tú eres todo mi mundo —le dijo antes de romper la distancia que quedaba entre ellos y besarla.

Alissa sintió la tibieza de su aliento sobre sus labios, esa calidez que tanto añoraba, que tanto deseaba un segundo antes de que la suavidad de sus labios la embriagara. Su beso era suave como pétalo de rosa, firme como sólo Matt podía serlo. Su lengua jugueteó en la comisura de su boca,

incitándola a abrirla para él. Ella se dejó llevar, embargada por el mar de emociones que Matt despertaba en ella. Su lengua se abrió paso entre sus labios, saboreando cada rincón de su boca. Sus brazos la estrecharon con fuerza contra su cuerpo. A pesar de las capas de ropa, Alissa pudo sentir la firmeza de sus músculos de acero pegados a su cuerpo. Ella pasó una mano por su pecho, palpando ese tórax marcado y firme hasta llegar a su cuello. Siguió subiendo y hundió la mano en sus mechones oscuros, atrayéndolo más hacia ella. Matt gimió en respuesta, intensificando más el beso. Las manos de Matt bailaban por su cuerpo en una frenética danza de pasión. Sintió sus palmas ardientes subir por su espalda al tiempo que la llevaba cuidadosamente hacia atrás, recostándola sobre el mantel. Poco a poco fue descendiendo las manos desde su nuca y espalda hasta su vientre, y de ahí comenzó un ascenso lento como tortuga hasta sus pechos. Ansiosa, Alissa gimió cuando sus palmas se ahuecaron en la redondez de sus pechos. Sus pezones se erizaron de inmediato en respuesta a su tacto. Con caricias suaves y ardientes, masajeó sus pezones hasta llevarla al borde de la locura. La calidez de su cuerpo era tan presente como el palpitar de su corazón desbocado. Por un momento fue como si todo volviera atrás, ella fuera una vez más la joven hermosa y llena de vida y él su príncipe adorado. Se sentía bella entre sus brazos, viva como hacía tanto tiempo que no estaba...

Hasta que percibió el frío colarse por su vientre cuando Matt intentó meter una mano bajo su blusa.

La realidad volvió a ella rápida como rayo. Con una palmada aterrada lo apartó de sí al tiempo que con la otra bajaba la tela para cubrir su piel una vez más.

—Lo siento... —Matt la miró con ojos todavía nublados por la pasión.

—No has hecho nada malo... Yo... Por favor, vámonos.

—Pero si acabamos de llegar.

—No quiero quedarme más tiempo —ella esquivó su mirada—. Por favor, llévame a casa.

Matt no pudo negarse. Había actuado como un idiota. Se había movido demasiado rápido con ella motivado por la pasión que lo desbordaba, y con ello sólo había conseguido apartarla cuando recién comenzaban a acercarse.

Regresaron a casa en silencio. Matt decidió que lo mejor sería dejarla a solas con la señora Willson, quien ya aguardaba allí en espera de la pareja, permitirle bañarse en calma y pasar una tarde tranquila. Había tenido demasiado para un solo día.

Mañana sería un nuevo día y una nueva oportunidad de intentar acercarse a ella.

23

—HOLA RAÚL, ¿has venido a discutir algún asunto de la hacienda con Richard o buscas a alguno de mis hijos? —preguntó Lupita al ver a Raúl vagar por los pasillos de la casa.

—Buenas noches, doña Lupita. No la había visto... Yo, ehm... —tartamudeó Raúl, nervioso.

—Ve a la biblioteca —le dijo ella, pasando de largo.

—¿La biblioteca?

—Ella está allí en este momento —la mujer le guiñó un ojo antes de perderse por un pasillo lateral.

Raúl sonrió a medias, ¿tan transparente era o es que Lupita era demasiado perceptiva? Seguro era lo segundo.

Al acercarse a la biblioteca, escuchó el sonido ahogado de sollozos acompañado por el de golpes secos. Alarmado, abrió la puerta sin tocar. Del otro lado, Anne Marie, hecha un mar de lágrimas, guardaba con demasiado ímpetu varios libros en los estantes, aunque no por ello con menos cuidado de dejarlos acomodados de acuerdo al orden alfabético.

Al verlo entrar, ella se apuró en darle la espalda para secarse las lágrimas con el dorso de la mano.

—No te oí tocar —le dijo a modo de reproche, sin volverse a verlo.

—Lo siento, escuché varios golpes y me preocupé... ¿Qué estás haciendo? —preguntó con curiosidad, al notar las montañas de libros dispersos a su alrededor.

—Mi tío trajo varios tomos de su biblioteca como regalo para lord Hendingham. Me ofrecí para acomodarlos en su biblioteca, y estoy aprovechando para reorganizar un poco. Había varios libros en sitios equivocados.

—¿Algunos? ¿O todos? —preguntó con ironía, echando una ojeada a las montañas de libros dispersas en la estancia.

—Es lo mismo —contestó ella con un poco de exasperación, volviendo a poner atención en su trabajo.

—¿Ha sucedido algo que te moleste?

Ella negó con la cabeza, sin voltear a verlo.

—¿Por qué siento que no estás siendo sincera conmigo? —preguntó Raúl, aproximándose a

paso lento hacia ella.

—No es nada —Anne Marie colocó con demasiada fuerza un libro sobre el estante. Al segundo siguiente sintió la calidez de una mano sobre la suya.

—No creo que no sea nada —le dijo Raúl, hablándole tan cerca que su aliento dejó una huella cálida en su mejilla.

Anne Marie lo miró de reojo, incapaz de encararlo. Su sola proximidad le cortaba la respiración. Sintióse sin aire de repente, se apartó de él, buscando un poco de distancia, y oxígeno.

Dudaba que diera un buen espectáculo desmayándose repentinamente en una biblioteca polvorienta y desordenada.

Al girarse, alcanzó a divisar una criatura escurridiza justo un segundo antes de que su pie la alcanzara. Anne Marie pegó un chillido descomunal. Antes de que pudiera razonar lo que estaba haciendo, se encontró aferrada al cuello de Raúl, gritando a todo pulmón.

—Es sólo un perrito, no te hará daño —le susurró él al oído. Anne Marie percibió la calidez de su mano a través de la tela de su vestido. Una caricia suave llena de calma.

Lentamente levantó la cabeza para toparse de frente con esos intensos ojos negros, fijos en ella.

Se hubiera sentido perder en ese brillo particular de no ser porque la razón vino a hacer uso de su poder sobre ella a tiempo.

—Eso no es un perro —reclamó, zafándose de su abrazo—. Era una serpiente... un lagarto... o alguna de esas porquerías que odio tanto...

Raúl sonrió, apoyándose con el hombro contra el estante.

—Es como llaman aquí a ese tipo de lagartija. Es como una salamandra, no le hará daño.

—¿Y qué hace aquí dentro? ¡Mátala, por favor!

—No es necesario matarla, no hace ningún daño. Al contrario, se comerá los malditos moscos, si ves una déjala tranquila y lo agradecerás a la hora de irte a dormir —al pronunciar esa última palabra ella creyó notar que sus ojos se oscurecían un poco más.

Anne Marie bajó la vista, se sentía incapaz de pensar con claridad cuando se encontraba cerca de ese hombre.

—Supongo que tienes razón —dijo al fin, tras una larga pausa—. Aunque no por eso me gustan esos bichos.

—¿Por qué no me dices lo que realmente te pasa y dejas de desquitarte con un pobre animalito inocente?

—¿Y si decido desquitarme contigo? —masculló ella, volviendo a la labor de los libros. Una vez más sintió la calidez de su mano sobre la suya, impidiéndole coger el libro del montón.

—Yo soporto más que una lagartija. Anda, desquítate conmigo, ¿qué te sucede?

Ella suspiró y apartó la mirada. Iba a hacer lo mismo con la mano, pero él se lo impidió, intensificando el agarre sobre la suya.

—Vamos, no tienes nada que perder. Te sentirás mejor, ¿por qué no lo intentas?

—Tu primo... —comenzó, indecisa de si debía continuar. Raúl apretó ligeramente los dedos, incitándola a hablar—. Él ha llevado a Alissa de paseo a caballo.

Raúl arqueó una ceja.

—¿Es por eso que estás aquí encerrada?

—Tan sólo no podía quedarme quieta sin hacer nada —musitó ella, cogiendo un libro con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¿Por qué no comenzamos con dejar esto antes de que lo atraveses con los dedos? —bromeó Raúl, quitándole el libro de las manos—. Y me explicas el motivo por el que te molesta tanto que Matt haya llevado a Alissa a un paseo.

—¿No es obvio? Alissa tuvo el accidente en un caballo —sus ojos prácticamente lo fulminaron al posarse sobre los suyos, aunque la rabia no iba dirigida contra él—. Si a ella le llega a suceder algo... ¡No puedo creer que haya sido tan... desconsiderado! —gruñó, golpeando con el puño un montón polvoriento de libros.

—Matt es estupendo con los caballos, no tienes nada de qué preocuparte. Te lo aseguro —Raúl posó una mano sobre su hombro, obligándola a volverse hacia él—. Además, Matthew es más inteligente de lo que parece. Y adora a tu prima. Él nunca le haría daño, nunca la pondría en peligro. Si la ha llevado a dar un paseo ha de ser porque lo consideró seguro para ella.

—¿De verdad lo crees? —había incertidumbre en su mirada.

—Puedes estar convencida de ello —contestó él, asintiendo con la cabeza.

Anne Marie se arrepintió enseguida por haber levantado el rostro y verlo a los ojos, tan brillantes, tan intensos, que sencillamente fue incapaz de apartar la mirada.

—Me gustaría creerte... pero me cuesta tanto —musitó ella—. Alissa es como mi hermana. Si le llegara a suceder algo...

—No tienes nada de qué preocuparte —él ahuecó una mano en su mejilla—, ya te lo dije, Matt cuidará bien de ella. Deja de pensar en Alissa y piensa en ti misma.

—No puedo hacer eso. Es mi prima. Ella me necesita.

—Ella tiene a Matt ahora. Debes confiar en él, Matthew sabrá cuidar de su mujer —con suavidad acarició su mejilla, pasando el pulgar sobre sus labios y separándolos ligeramente—. Para eso están los maridos, para cuidar de sus esposas. Para consentirlas. Para mimarlas... —su voz era ronca, apenas un murmullo.

Anne Marie notó demasiado tarde lo cerca que estaban el uno del otro. Antes de conseguir recobrar la razón, Raúl había posado los labios sobre los suyos en una caricia tan suave como intensa.

Anne Marie apartó el rostro, incapaz de dejarse llevar. No obstante, Raúl no le permitió alejarse. La tomó entre sus brazos y la volvió a besar, esta vez con una intensidad que le paralizó el alma. Ella no pudo librarse de él, y terminó rindiéndose a ese beso. Raúl prácticamente le robaba el aliento, devorándola con sus besos.

Escucharon pasos en el corredor. La razón volvió a Anne Marie y se alejó de él, prácticamente saltando de sus brazos. Apenas tuvo tiempo de retocar su peinado cuando la puerta se abrió.

—Aquí estás, preciosa —la saludó John—, te he estado buscando por todas partes. Oh, Raúl... —sus ojos se posaron sobre el hombre—, no sabía que se encontraba aquí. Buenas tardes.

—Buenas tardes, lord Goldbridge —lo saludó él a su vez—, ¿cómo está usted?

—Bastante bien, gracias —contestó el anciano, posando la vista sobre el pelo revuelto del hombre.

—Tío, qué bueno que ha venido. Me estoy muriendo de hambre, ¿le parece bien que vayamos a comer algo? Iré a cambiarme para la cena, no tardaré —le dijo después de detenerse a besarlo en la mejilla, pasando a su lado como un huracán.

—Vaya, creo que tenía un poco de prisa —sonrió John—. Debe estar famélica después de todo este trabajo.

—Es una labor muy pesada para una sola persona —replicó Raúl, posando la mirada en los libros que John estudiaba.

—No para Anne Marie. Ella es capaz de imponerse grandes retos y cumplirlos —le comentó con sentido orgullo—. Esta biblioteca quedará como nueva cuando ella termine, nunca ha dejado nada inconcluso.

Raúl asintió, esbozando una sonrisa ligera en los labios.

Anne Marie tampoco dejaría inconcluso otro asunto entre ellos...

De eso él se haría cargo.

★ ★
★

Esa noche Matt regresó tarde. Alissa ya se encontraba acostada en la cama. A pesar de que tenía un libro entre las manos, ella mantenía la vista fija en la ventana. Charly, recostado a sus pies, roncaba con libertad, completamente ajeno de la situación.

—Hola —la saludó Matt con una sonrisa que reflejaba la tristeza que ya no podía ocultar—. ¿Te importa si me acerco?

Alissa negó con la cabeza. No podía verlo a los ojos. Se había comportado como una idiota, lo sabía. Lo había decepcionado... Si él supiera, si pudiera explicarle el motivo...

No, lo mejor sería que no dijera nada al respecto. Si él debía llegar a odiarla, iba por el camino correcto.

Aunque le partía el corazón verlo tan afectado por lo que él asumía había sido culpa suya.

No podía permitir que él siguiese pensando que todos sus esfuerzos eran inútiles. No cuando veía con tal claridad el dolor en su mirada.

—Alissa, perdóname si...

—Siento mucho lo que pasó, Matt —le dijo a la carrera, las palabras se tropezaron en sus labios al salir, apresuradas—. Me comporté muy mal contigo.

—No te preocupes por eso. Soy yo quien debe disculparse —él aferró su mano—, no debí propasarme.

Alissa negó con la cabeza, sintiendo el escozor de las lágrimas en los ojos.

—No eres tú. Soy yo... —suspiró—. Tengo que explicarte algo...

—No hace falta —le aseguró, sentándose a su lado—. Toma —le tendió una bolsa de papel.

Alissa arqueó una ceja, confundida por el cambio brusco de tema. Él alargó la bolsa y la colocó entre sus manos.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo averiguarás.

Alissa así lo hizo, abrió la bolsa de papel y miró en el interior. El aroma a limón y dulce le

llegó a la nariz, provocando que la boca se le hiciera agua.

—¿Dulces de limón? —Alissa lo miró sorprendida—. ¿De Londres?

—Tus favoritos.

—¿Lo recordaste? —se quedó sin voz. Los dulces de limón siempre habían sido sus favoritos, pero nunca fue algo importante para ella como para comentarlo. Y Matt lo sabía. Lo sabía porque él le había prestado tanta atención en otro tiempo que lo había averiguado. Y no lo había olvidado.

Así era Matthew. Su Matt...

—Por supuesto —contestó él, apartando un mechón de pelo de su frente—. Quería darte un regalo que te hiciera sentir sabor a hogar. Ha de ser difícil para ti adaptarte a este nuevo lugar.

—Oh, Matt... Eres tan dulce. Tan tierno —sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No digas eso. Y no te pongas triste —secó con cariño sus pestañas humedecidas con besos suaves y pausados, colmados de amor—. Si te he traído esto es para alegrarte —la besó en los labios con la misma suavidad y dedicación—. Anda, prueba unos cuantos. Quiero verte sonreír otra vez.

—No son los dulces los que me harán sonreír, sino tú —ella ahuecó una mano en su mejilla, se sentía algo rasposa por la barba crecida, tan cálida como lo era todo en él—. Eres tan bueno conmigo, Matthew. Yo no merezco esto... No te merezco a ti.

—No digas tonterías, eres mi mujer y te amo. Es mi deber consentirte —la besó una vez más, silenciándola cuando ella iba a protestar—, y un placer. Anda, prueba algunos caramelos. Estoy seguro que te endulzarán el paladar y quitarán la amargura de hoy. Mi bisabuela solía decirme todo el tiempo que no hay nada mejor que un buen caramelo para quitar el sabor amargo de una mala experiencia.

Alissa sonrió, aceptando el caramelo redondo que él introdujo entre sus labios, acompañado por un beso.

—He encargado otra provisión para cuando termines estos —comentó él, probando uno también. Alissa lo observó con detenimiento, no podía dejar de hacerlo. Dudaba que existiera en el mundo otro hombre más bueno que él. Lo amaba con todo el corazón, con toda el alma. No se merecía su amor, sus cuidados, todo su cariño y demostraciones de afecto.

—Los necesitarás para alegrarte y endulzarte el día, a partir de mañana retomaremos la terapia de tus ejercicios —ella reaccionó por primera vez a sus palabras. Y lo hizo con horror.

—¿Qué? —su voz contenía una nota de pánico—. ¡Odio los ejercicios!

—Tu médico opina que los necesitas para mantener tus músculos en funcionamiento, de otra forma se atrofiarán. Además, podrías volver a caminar.

—Son inútiles, Matt, ¡no sirven de nada! Y estoy cansada de hacerme ilusiones con algo que no tiene remedio.

—Aunque así sea, los necesitas. De otra manera tus músculos se atrofiarán y empeorarás. El médico me lo repitió muchas veces. Mañana mismo comenzaremos con tus terapias.

—No quiero —ella se cruzó de brazos, igual que una niña enfurruñada.

—No te compraré más caramelos si no lo haces.

—¿Es que me tomas por una niña?

—Cuando actúas como una, sí.

Ella apretó el morro, pareciendo aún más una niña enfadada.

—Alissa, te voy a ayudar lo quieras o no. No tienes opción.

Ella apartó la vista, enfadada.

—Bien, creo que ahora debes descansar. Te despertaré temprano para comenzar con tus ejercicios.

—¿A dónde vas? —le preguntó con un hilo de voz al verlo levantarse de la cama.

—Al salón —contestó él, arqueando una ceja al volverse a verla con incertidumbre—. ¿Por qué?

—Bueno... —ella suspiró, no deseaba que él se marchara.

Matt leyó su sentir en sus ojos. Con una media sonrisa se acercó a un baúl acomodado a los pies de la cama y sacó una caja de madera.

—¿Te gustaría jugar una partida de ajedrez?

Los ojos de Alissa resplandecieron. En otro tiempo ella había adorado el ajedrez. Fue un juego que compartieron por horas antaño.

—Seguro —ella sonrió, haciéndole lugar en la cama para que pudiera acomodar el tablero. Charly protestó con un semigruñido y fue a echarse en el sofá junto a la ventana. A los pocos minutos estuvo roncando de nuevo.

—Se me ocurre algo —pensó Matt, sacando las piezas y comenzando a colocarlas en el tablero—. Hagamos una apuesta.

—¿Y qué desea apostar, su majestad? —bromeó ella, recordando los viejos tiempos.

—Algo muy sencillo —tomó el rey negro y se lo tendió. Ella estiró la mano, pero él cerró el puño antes de que pudiera cogerlo—, si yo gano, mañana harás los ejercicios con una sonrisa en los labios, y los harás con gusto todo el resto de la semana.

Ella esbozó una mueca ladeada.

—¿Y si yo gano? —preguntó, retirando la mano con la que iba a tomar el rey.

—Si tú ganas, podrás hacerlos sin una sonrisa y con disgusto.

Ella puso los brazos en jarras.

—¡Eso no es justo! ¡Si yo gano, pospondremos los ejercicios una semana!

—De eso ni hablar. Tienes que hacerlos, son importantes para ti.

Ella suspiró, sabía que Matt tenía razón.

—Bien, un día entonces. Si yo gano, mañana me llevarás a conocer el rancho de tus abuelos.

Matt sonrió, encantado con saber que ella quería volver a salir con él.

—Muy bien, me parece justo —le entregó el rey en la palma de la mano.

—Prepárate para perder tu reino, dulce rey —ella sonrió—. Nunca me has ganado al ajedrez.

—He mejorado bastante —aseguró Matt, mirándola de forma desafiante.

—Puede ser, pequeño plebeyo, pero nunca podrás superarme. Mañana será el día en que al fin conozca el famoso rancho de caballos El Janto, del que me hablaste por tantos años.

—¿De verdad te hace ilusión verlo? —sus ojos verde-azules se llenaron de esperanza.

Ella lo miró a los ojos y la sonrisa se esfumó de sus labios.

—Cada noche cuando me iba a dormir, leía tus cartas... —confesó. A pesar de que sabía que debía ser reservada para consumir sus planes, no podía mentir delante de él. Matt le hacía

imposible el cerrar su corazón—. Las veces que me hablabas del rancho, de los caballos, de lo muy feliz que eras, me llenaban de anhelo para reunirme contigo algún día... Yo me dormía pensando en esas palabras —suspiró, viendo con cariño la figura del caballo antes de colocarla sobre el tablero—, soñando despierta con trasladarme en alma hasta tu lado, como tu bisabuela te contaba que los antiguos brujos mayas podían hacer, y poder verte, aunque fuera en espíritu, ya que no podíamos estar juntos —levantó los ojos y lo vio directo a la cara—. Sí, Matt. Tengo mucha ilusión de conocer ese rancho.

Él la dedicó una mirada llena de amor. Posó una mano sobre su rostro, acariciando su mejilla con el pulgar.

—Yo también pensaba en ti todas las noches, deseando el momento de volver a estar contigo. Creo que en cierta forma, también te sentía ahí, conmigo.

—Sí, claro... —bufó ella, volando los ojos.

—Lo digo en serio. No había momento en el que no pensara en ti, y de noche... De noche lo hacía con más fuerza. Quizá, de algún modo, sí nos reuníamos en sueños, ¿no lo has pensado?

Ella negó, secando una nueva lágrima escurridiza que resbalaba por su mejilla.

—Muchas veces —continuó él, hablando en un susurro bajo—, después de que me enteré de tu accidente, me quedaba recostado en el páramo observando las estrellas, preguntándome por qué era precisamente tu voz la única que no alcanzaba a escuchar en el viento.

Alissa lo miró con una ceja arqueada.

—Una creencia de mi bisabuela —suspiró él, colocando las demás piezas sobre el tablero—, que solía contarme cuando era niño, es que las voces de los espíritus cantan en el viento. Es la forma en la que los que han partido al otro mundo pueden comunicarse con los vivos.

—¿Y realmente puedes hacerlo? —le preguntó, interesada—. ¿Puedes oírlos hablar?

Matt sonrió.

—Depende de cómo lo interpretes. No es que puedas escuchar palabras como tal, es más bien una interpretación que sólo puede hacer el corazón cuando lo abres... Es complicado —se encogió de hombros.

—No te detengas, cuéntamelo todo, me parece sumamente interesante.

—Me estás mirando como si fuera un bicho raro.

Ella rio.

—No lo hago, sólo me parece increíble que puedas hablar con los muertos.

—No puedo hablar con los muertos, esa habilidad la tenía mi bisabuela. Escuchar al viento es algo que puede hacer cualquier persona... Es sólo cosa de abrir la mente y el corazón, ya te lo dije.

—¿Y tú tienes una habilidad?

—Pues...

—Anda, dime. Por favor.

—Yo... bueno... Mi bisabuela me decía que puedo presentir las cosas.

—¿Presentirlas? ¿Cómo un vidente?

—No tanto así. Sólo presentimientos, saber cuando algo malo sucede sin estar ahí.

—¿Lo has experimentado realmente?

—Pocas veces —se encogió de hombros—. No es algo que me guste sentir y por ello cerré mi mente, rechacé el don, como me decía mi bisabuela.

—¿Por qué hiciste eso?

—Lo haces ver como si hubiera rechazado una fortuna o algo bueno. Ese don era una pesadilla. Además, no es algo que hice abiertamente, simplemente no me gustaba sentir eso y deseaba dejar de sentirlo. Pero a veces, de todas maneras siento algunas cosas, como la ocasión en la que Raúl le disparó accidentalmente a Ben o el día en que murió mi bisabuela, o...

—¿O qué? —ella arqueó una ceja, expectante.

—El día que sucedió tu accidente —Alissa se quedó con la boca abierta—. Sólo que en ese momento no lo supe. No quería creerlo... Y entonces llegó la carta que decía que estabas muerta.

Alissa se puso muy seria.

—Ahora no crees que sea un gran don para nada ¿eh? —intentó bromear, Matt—. Hubiera sido mucho más útil el don de ver a los muertos, quizá así le habría preguntado a algún muertito por ti y me hubiera enterado antes de la verdad y que seguías viva. Me habría ahorrado varios años de caminatas solitarias —siguió con el intento de hacerla reír, pero fue en vano.

Ella no sonreía. Lágrimas silenciosas aparecieron por sus ojos y cayeron por sus mejillas.

—Era una broma, Ali —Matt susurró, secando con el pulgar las lágrimas—. No llores, por favor, mi amor. Cerraré el pico de una vez, sólo te hago llorar.

Ella negó con énfasis, estrechando la mano que él mantenía sobre su rostro.

—Lo siento tanto, Matt —le dijo tras una larga pasusa—. Nunca quise hacerte tanto daño. Te lo juro.

Él posó una mano sobre su rostro.

—Lo sé —sonrió—. No pienses más en ello. El pasado está donde debe estar, en el pasado. El ayer ya no importa, sólo el hoy, el ahora. Y ahora estamos juntos. Es todo cuanto importa.

Las lágrimas caían por las mejillas de Alissa.

—Ahora, basta ya. Deja los pensamientos tristes, hemos comenzado una nueva vida y en adelante no habrá más soledad para ninguno de los dos. Con excepción de tu rey, claro está —bromeó, quitándole el rey de la mano para colocarlo en su sitio en el tablero—, porque lo dejaré solito, querida mía. Ni pienses que te dejaré ganar.

Alissa soltó una risita y secó las últimas lágrimas.

—Te amo, Matt... —dijo sin pensarlo. Las palabras simplemente salieron de sus labios.

Él la miró a los ojos. Dios, había esperado lo que parecía una eternidad por escucharla decir eso, y ahora escuchar esas palabras tan anheladas se sentía como lo más maravilloso del mundo que jamás pudo sucederle.

—Yo también te amo, Ali.

Ella sonrió una vez más, temerosa por lo que acababa de decir. No sería fácil echar marcha atrás, conseguir que él la olvidara. Pero por ahora no le importaba. Sólo importaba ese momento entre ambos. Ese día de entrega, porque así se sentía, que le había entregado su corazón, que había abierto de par en par la puerta que mantenía ocultos sus miedos, y que podría enfrentarlos con él a su lado.

Y por Dios, no quería que eso terminase. Por lo menos durante una noche, sería completamente

feliz al lado de Matt...

A LA MAÑANA SIGUIENTE Matt fue a buscarla a la misma hora. El caballo ya estaba ensillado y Matt ni siquiera solicitó su permiso para llevarla a dar una vuelta. Había perdido en el ajedrez y cumpliría su promesa, irían de visita al rancho de sus abuelos y pasarían un día inolvidable, como el que por tantos años soñó Alissa.

Ya tendrían tiempo para los ejercicios al día siguiente.

—¿A qué hora te has levantado hoy? —preguntó Alissa—. No te vi marchar.

—Tenía que arreglar unos preparativos para llevarte al rancho de mi abuelo —le dijo Matt. En esta ocasión montaba su propio caballo. Alissa suspiró de forma inaudible. Añoraba los fuertes brazos de Matt rodeando su cintura, la calidez de su cuerpo contra el suyo, la tibieza de su aliento en su oído cuando le hablaba con esa voz suave y aterciopelada, colmada de amor.

Llegaron a un camino empedrado similar a los que colindaban con La Guadalupana. Sólo que éste terminaba en una casa de aspecto sencillo y acogedor, grande sin ninguna duda, pero de aspecto más práctico. Toda construida de piedra, era una construcción hermosa y sencilla. Varios arcos decoraban el porche de la entrada, macetas con rosales en flor daban un toque de color a la piedra, además de la enorme buganvilia que adornaba la mayor parte de la casa. El canto de los canarios se escuchaba hasta donde ellos estaban, debían haber cientos distribuidos en jaulas protegidas del sol por todo el porche.

—Mi abuela es una adicta a los canarios —le explicó Matt al notar sobre qué se había centrado la atención de su esposa—. Ha criado tantos, que todos los vecinos a la redonda han tenido que recibir algunas de sus crías. De otro modo, mi abuela tendría colgadas jaulas llenas de pájaros hasta en el cuarto de baño. Si tuviera esa buena mano en la cría de caballos, ahora seríamos millonarios.

Alissa sonrió, algo nerviosa al percatarse que se aproximaban a la casa. Calita salió a recibirlos con su habitual sonrisa y palabras amables.

Mientras la anciana se encargaba de ir a buscar a Zalo a los establos, Matt ayudó a Alissa a bajar de la silla de montar y la llevó hasta una mesa de jardín ubicada bajo un enorme árbol, que daba una sombra exquisita y refrescante. Una sirvienta de piel muy morena y baja estatura, pero con una sonrisa de oreja a oreja apareció enseguida llevando con ella una bandeja con varios

vasos y una jarra helada de limonada. Saludó a Alissa en español mientras colocaba un vaso de limonada fría frente a ella. Alissa contestó con la misma sonrisa y un tímido «hola». Su español era pésimo, pero la sirvienta no pareció notarlo, y después de despedirse con una pequeña charla, se marchó.

—Es Anita, la sirvienta de mi abuela —le explicó Matt—. Se ha hecho muy amiga de Fanny, te estaba contando que está muy contenta con su llegada.

—Oh, qué bien. Me alegra saber que Fanny se está adaptando bien.

Matt tomó uno de los bocadillos circulares que la sirvienta había dejado sobre la mesa y se lo alargó en un plato.

—¿Qué es? —preguntó Alissa, esbozando una sonrisa tímida.

—Pruébalo —le pidió Matt, dándole una mordida a otro bocadillo.

Alissa lo imitó y no se arrepintió.

—Mmm... —musitó, cerrando los ojos de forma inconsciente al sentir el delicioso sabor a coco derretirse en sus labios—. Está delicioso.

—Son dulces de coco y piña. Come los que desees —Matt puso varios en su plato, animado al notar que ella no los rechazaba—. Le he pedido a Zalo que los preparara especialmente para ti.

—¿Quieres decir que ha sido tu abuelo Zalo quien los ha hecho? —arqueó las cejas, sorprendida.

Matt asintió con la cabeza.

—Mi abuelo es experto en la cocina, todo se lo enseñó mi bisabuela, que en paz descanse —le dijo Matt con una sonrisa—. Zalo prepara el mejor dulce de coco de todo Veracruz.

—No lo dudo —Alissa terminó el primer bocadillo y comenzó con el segundo—. Podría comer esto toda la vida.

—Hazlo. Te hará bien. Algunos dicen que tiene poder curativo.

—¿Poder curativo? —Alissa arqueó una ceja—. ¿Cómo es eso? ¿El coco es medicinal?

—No, más bien lo curativo se atribuye a los poderes mágicos de mi abuelo —Matt le contó con una sonrisa.

—¿Es que tu abuelo es una especie de brujo?

—Eso dice él —Matt se encogió de hombros—. Su familia proviene de los antiguos brujos mayas. Cuando era niño estaba seguro de que tenía poderes mágicos, al igual que mi bisabuela. Ella solía decirme que yo había heredado el mismo don de la familia para hablar con los animales. Realmente lo creía ¿sabes? Pasé horas enteras tratando de dialogar con un perro sin conseguir escucharle decir ni hola —bromeó.

—No creo que tu bisabuela se equivocara. Realmente te he visto hablar con los animales —le dijo ella, su voz firme y segura—. A tu manera, claro, creo que puedes comunicarte con ellos.

—Estás de broma.

—No lo estoy —sus ojos centellearon cuando se posaron sobre el lobo, echado a sus pies—. Estoy convencida que siempre has sabido comunicarte con ellos. Recuerdo tu forma de tratar a los caballos... Ellos simplemente te obedecen, Matt.

—No hay nada de magia en eso. Es algo que cualquiera podría hacer.

—No, no lo es. Al menos, no de la manera en que tú lo haces... Hay magia en tus manos. Lo he

visto. Lo sé —se giró y lo miró a los ojos, dedicándole una sonrisa—. Siempre lo he sabido.

Zalo y Calita llegaron en ese momento. Amables, como siempre, charlaron con ellos de asuntos triviales. Comieron un almuerzo sencillo de pollo y arroz, y tomaron de postre una gelatina de leche con fresas que Calita preparó especialmente para Alissa. Ella halagó la comida con toda sinceridad, todo estuvo delicioso. De no ser porque se sentía a punto de estallar, habría continuado comiendo la tarde completa sin parar.

Cuando fue hora de marcharse, Alissa ni siquiera se había dado cuenta de la hora. Pronto oscurecería, pero Matt quería llevarla a ver los caballos del rancho antes de volver a casa. Una visita rápida, como le dijo.

A Alissa le costó despedirse de los abuelos de Matt. Comenzaba a comprender el cariño que él siempre demostró tenerles, en especial a Zalo. Había algo en los oscuros ojos de ese hombre que le inspiraba confianza, como si fuese poseedor de una sabiduría profunda. Una sabiduría que iba mucho más allá de los conocimientos mundanos del hombre...

Al partir, mientras se despedía con la mano desde lo alto de la silla de su caballo, Alissa comenzó a pensar en lo bien que se había sentido ese día. No había pensado en su invalidez ni una sola vez. Ni siquiera la aprensión de no estar encerrada en casa la acosó. Tampoco la molestó la presencia de otras personas, como solía sucederle.

Por primera vez en mucho tiempo, había pasado una tarde alegre. Feliz, eso era, se sentía feliz. Feliz consigo misma, feliz con los demás, feliz con la vida...

Y todo gracias a Matt. Ese hombre estaba loco al creer que ella era su ángel. El ángel era él. Y si seguía obstinado en rescatarla, ella se convertiría en su perdición...

Llegaron pronto a las caballerizas. Una extensión monumental de arcos de piedra que protegían cientos de caballerizas impecables y ordenadas. El inmueble había sido perfectamente diseñado para su uso, con espacios abiertos y bien distribuidos. La cría de caballos en ese sitio era tan clara como el sol alumbrando sobre sus cabezas.

Matt, con las riendas del potro de Alissa en mano, la condujo por las cercanías, hablándole del lugar, los ejemplares que habían traído de diversos lugares del mundo para su cría, las mezclas de razas que habían ido concibiendo a lo largo de los años con la intención de crear una nueva raza, un caballo perfecto en todo sentido. Y por el ánimo que Matt demostraba en su proyecto, parecía que iban por buen camino.

Llegaron a una extensión de terreno llano que se abría delante de ellos hasta donde alcanzaba la vista. Dividido en secciones por distintas bardas, algunos caballos pastaban con tranquilidad en conjunto o separados de otros. El sol hundiéndose en el horizonte, bañaba los prados de motas anaranjadas y cobrizas sobre el césped esmeralda. Una visión que habría conmovido con su belleza hasta al más indiferente amante de la naturaleza.

—La visión de estos campos siempre me toca el alma —le dijo él con voz suave, deteniéndose ante una de las bardas que colindaba una sección de terreno donde dos potros blancos, madre e hijo, pastaban con tranquilidad—. No existe otro lugar en el mundo más bello que éste.

—No lo dudo —contestó Alissa, con la vista fija en su rostro. El viento le daba en la cara,

levantando el ala de su sombrero, dejando al descubierto la emoción que reflejaban sus ojos.

Un relincho cercano llamó su atención. El potro, que ya era casi tan alto como la madre, se aproximó a ellos trotando. Matt sonrió, acercándose a la barda con la mano extendida. El potro no dudó en frotar el hocico entre sus dedos, buscando algo que no se hallaba ahí.

—Pequeño bribón —bromeó Matt—. Sólo me ves como la dulcería —le dijo al tiempo que sacaba del interior de su bolsillo un terrón de azúcar que le tendió. El potro lo comió con avidez y pasó la lengua repetidas veces entre sus dedos.

—Es hermoso, Matt. ¿Cómo se llama? —preguntó Alissa, inclinándose de su silla para acariciar la crin blanca como la nieve del animal.

—Serafín —contestó Matt—. Su madre fue la primera yegua que nació de la nueva raza que estamos creando con mi abuelo. La llamé Ángel —él la miró a los ojos, una tristeza infinita reflejada en esos iris verde-azules—. En honor a ti.

—Oh, Matt...

—Espera unos segundos. Quiero gastar un poco de energía antes de volver a casa —Matt no le dio tiempo de decir nada. Trepó la barda y salió corriendo por el campo como si fuera un niño divirtiéndose, seguido tanto por la madre como por el potro.

Alissa lo observó sorprendida al principio y terminó riendo a carcajadas con sus payasadas. Parecía un muchacho jugando con un par de perros. Charly aulló, descontento, ansioso de unirse al juego.

—Calma muchacho, tu deber es cuidar de tu dueña —le dijo Matt, corriendo a su lado.

—No es necesario que me cuide —Alissa intervino—. Anda, permítele participar. No me pasará nada.

—¿Quieres venir tú también? —la sonrisa esperanzada de Matt la llenó.

—No sé cómo podría...

—Anda, ven conmigo —Matt trepó en el lomo tras ella y la envolvió en su abrazo. La calidez de su cuerpo se sentía estupendo, realmente había extrañado su contacto esa tarde.

Matt azuzó al caballo hasta un lateral de la barda. Bajó de un salto, demostrando una agilidad increíble para un hombre de su tamaño. Abrió la puerta para permitirle entrar al caballo con Alissa y cerró tras él. Enseguida volvió a montar sobre el lomo, tras ella, y antes de que Alissa pudiera adivinar lo que sucedería a continuación, el caballo se lanzó al galope, azuzado por la experta mano de Matt. El perro lobo y los dos caballos blancos se les unieron en la carrera. Matt gritaba entre risas, provocando las carcajadas de Alissa. Por el rabillo del ojo notó que se inclinaba. El potro blanco se aproximó a su lado, y en un santiamén él estaba montado sobre su lomo. Galopando a pelo como un verdadero salvaje, Matt se dejó llevar con los brazos extendidos, permitiéndole al viento azotarle la cara.

—Inténtalo —le dijo con una sonrisa, cabalgando a su lado—. Anda, estás atada. No te caerás.

Alissa dudó. Él reía abiertamente, montando al potro sólo con las piernas, igual que uno de esos hombres de los circos. Era magnífico.

Alissa apretó los labios y soltó las riendas, extendiendo los brazos a la altura de los hombros, como lo haría un pájaro.

La sensación fue exquisita. Sentía el viento contra ella, pasar por su rostro y su cuerpo, como si

fuera un ave. Era igual al águila. Era libre... ¡era libre!

Antes de darse cuenta de que lo hacía, estaba riendo a carcajadas, divirtiéndose como nunca. Con Matthew, como siempre, encontraba la forma de ser feliz.

La lluvia comenzó a caer sobre sus cabezas tan repentinamente como una brisa. No les importó, continuaron galopando libres y sin horizonte.

El calor aún era latente, esa lluvia refrescaba mejor que cualquier brisa. Alissa abrió la boca, permitiendo a las gotas resbalar por su lengua y su rostro. Nunca en su vida, ni siquiera cuando podía caminar, había sentido esa libertad, ese grado de unión con la naturaleza casi salvaje, esa felicidad. Era sencillamente maravilloso.

Matt acercó su potro a un costado de su caballo y saltó una vez más al lomo, tras ella. Abrazándola por la cintura, le dijo al oído, todavía entre risas.

—Será mejor que regresemos a casa, no quiero que te enfermes.

—¿Bromeas? ¡No me había divertido así hace años! —se giró lo suficiente para alcanzar a verlo a los ojos—. No desde que estaba contigo...

Matt aprovechó la oportunidad para besarla. Se veía tan hermosa con la luz de sol cayendo sobre su rostro, iluminando esos ojos tan apagados, devolviéndoles un poco del brillo del pasado. Las gotas de lluvia la hacían resplandecer como una estrella. Era igual a un ángel. Su ángel.

Ella no se resistió. Él prolongó el beso, profundizando en los confines de su boca hasta que las ramas bajas de un árbol le obligaron a retomar la compostura y volver a prestar atención al camino antes de terminar con la cabeza partida en dos por un golpe

—Vamos a casa a ponerte ropa seca, mi amor. Es tarde, y pronto nos caerá la noche. Mañana podremos volver a salir a montar. Ahora debes descansar, ha sido un largo día.

A pesar de que Alissa sabía que era cierto, no pudo evitar sentirse triste de tener que marcharse.

Ese día le otorgó un último hermoso recuerdo para llevarse con ella: un arcoiris que apareció justo delante de ellos, como si pronosticara con sus mismos colores la buena ventura que el futuro avecinaba en su camino.

Alissa no pudo evitar sonreír llena de esperanza de que realmente así sería.

25

ANNE MARIE PASEABA NERVIOSA por la enorme estancia de la cocina, sin notar la tetera que hervía hacía un buen rato.

—¿Pretendes quemar el agua? Porque me temo que es imposible —escuchó la voz de Raúl antes de darse cuenta de su presencia.

Sobresaltada se giró, incapaz de mantener la expresión impasible que llevaba por tantos años usando como máscara para ocultar sus emociones.

Él se había hecho cargo de franquear todas sus barreras y encararla tal cual era.

—Sólo quería hacerme una taza de té —masculló ella, girándose a coger la taza que había ya dejado preparada sobre una bandeja. Las manos le temblaron al tomarla, provocando que la porcelana tintineara.

Raúl notó su estado y eso provocó una sonrisa en sus labios. Una sonrisa socarrona que a ella le vino como una patada en el hígado, hiriendo su orgullo.

Molesta, dejó la taza a un lado y optó por tomar la tetera sin cuidar de hacerlo con un paño para protegerse la mano. Raúl, más rápido que ella, la cogió por la muñeca, impidiéndole coger el asidor.

—¿Qué estás haciendo? —chilló ella, molesta, intentando apartarse. Él la soltó sin mayor ceremonia, provocando que ella se fuera ligeramente hacia atrás por la inercia.

—Sólo evitar que te quemes la mano —contestó Raúl, dedicándole una mirada escrutadora. Con un movimiento ágil, tomó uno de los paños de cocina y sujetó el mango de la tetera con él. Sirvió dos tazas de té y volvió a depositar la tetera en su lugar con más fuerza de la necesaria.

—Gracias —musitó Anne Marie de mala gana cuando él le alargó una de las tazas. Con cuidado de no derramar el té, dejó la taza sobre la bandeja e hizo ademán de marcharse, pero cuando se disponía a coger la bandeja la mano de Raúl le sujetaba nuevamente la muñeca. Esta vez con una caricia lenta y suave que le erizó los vellos de la nuca.

—Has estado escondiéndote de mí todo el día —le dijo él al oído. El terciopelo de su voz le provocó un estremecimiento que le recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies.

—No es así —replicó con el que pretendía que fuera un tono firme, aunque sonó más parecido a un chillido—. He tenido muchas cosas que hacer.

—¿Cómo qué?

—Ahora mismo tenía la intención de ir a ver a mi prima —respondió ella, apartándose de su lado. No podía pensar con claridad cuando él tocaba su muñeca de esa manera—, pero esta maldita lluvia me ha entorpecido los planes. Ni siquiera sé si la señora Willson o Fanny han ido a verla hoy. Por lo que sé, ambas fueron de paseo al pueblo y todavía no han regresado.

—Matt cuidará bien de tu prima, no tienes que preocuparte de ella, ya te lo he dicho.

—Pero hace dos días que no la veo.

—Créeme, sobrevivirá.

—Muy gracioso —musitó ella, esquiva a su mirada, tan penetrante como si pudiera leer cada uno de sus pensamientos con un solo vistazo a su rostro—. Alissa está acostumbrada a mi presencia. No creo que ella...

—Matthew es su marido, es la presencia de su esposo la que tu prima necesita. No la tuya. ¿Por qué no intentas dejar de preocuparte por los demás y empiezas a vivir tu vida? —le dijo él en un tono más brusco del que pretendía.

Los ojos de Anne Marie se abrieron como platos antes de iluminarse por las lágrimas. Antes de darle tiempo de verla llorar, ella apartó la cara y se alejó a la carrera. No llegó a la puerta, Raúl ya la había alcanzado, rodeándola por la cintura la obligó a detener su huida.

—Lo siento, eso sonó muy mal... No era lo que pretendía decir —le dijo al oído—. Soy un idiota.

—Lo eres —contestó ella, golpeándole los brazos para que la soltara—. Ahora déjame ir, no tienes ningún derecho...

—Todo cuanto quiero es estar contigo ¿no lo ves?

Anne Marie dejó de luchar y se volvió hacia él, con una ceja arqueada.

—Lo que digo... Me pongo tan nervioso que no sé cómo expresar lo que quiero. Lo que intentaba decir es que me gustaría que pasaras más tiempo a solas, sin que tengas que estar velando por tu tío o tu prima o cualquier otra persona. Quiero que tengas tiempo para mí.

—¿Para ti? —ella frunció el ceño—. ¿Para qué?

Él ahuecó una mano en su mejilla, atrayéndola hacia él.

—¿Es que tengo que explicarlo con palabras?

Anne Marie percibió la calidez de su aliento en sus labios un segundo antes de que la besara.

—No... —musitó, alejándose de él—. Esto no es correcto.

—¿Por qué no?

—No puede haber nada entre nosotros.

—¿Y cuál es el motivo de eso? ¿Es porque no soy un noble inglés adinerado? —su rostro adquirió una expresión dolida—. ¿Es que no puedes estar con un hombre pobre, como yo?

—¡No es por eso!

—¿Entonces por qué huyes de mí? Y no digas que no es cierto, porque te he visto evitarme todo el día.

Anne Marie apartó la mirada, incapaz de mentir.

—Debo cuidar de mi prima.

—Ella tiene quien la cuide ahora.

—Eso no importa. Yo provoqué su accidente, es mi deber velar por ella.

—¿El resto de tu vida?

—Sí.

—Eso es una locura.

—No, no lo es —lo miró a los ojos, nublados por las lágrimas—. Es tener conciencia. Es tener sentido del deber. Es saber que he de pagar por mis actos del pasado.

—¿Y qué hay de ti? ¿De tu vida? No tienes nada que pagar, fue un accidente. No hiciste nada malo.

—Es lo que dicen todos, pero yo no lo siento así. En mi corazón, le debo a mi prima mucho, su propia vida. De no ser por mi culpa, ella no estaría en una silla de ruedas. No le puedo dar mis piernas, pero puedo darle mi cuerpo, mi vida. Y pagaré mi deuda.

—Anne Marie...

—Has sido muy amable conmigo, Raúl. Te lo agradezco, en serio —posó una mano sobre su muñeca en un gesto de amistad y despedida—. Pero por favor, no intentes pensar que podría haber algo entre nosotros. Mi vida está comprometida en un camino diferente al que tú buscas.

Anne Marie se inclinó y lo besó en la mejilla antes de salir por la puerta. Raúl la observó partir incapaz de encontrar las palabras para conseguir que se quedara.

★ ★
★

La lluvia caía con tanta fuerza que pronto Alissa y Matthew estuvieron empapados. Para cuando llegaron a casa, estaban calados hasta los huesos. Matt ayudó a Alissa a bajar de la silla de montar y la llevó al interior del hogar. No se veía un alma a la redonda que pudiera llevar los caballos de vuelta a los establos, por lo que Matt optó por dejarlos atados bajo un techito de la terraza donde podrían guarecerse. Les quitó las sillas de montar y las bridas, permitiéndoles descansar a sus anchas atados a un poste únicamente por el almartigón. Ya se encargaría correctamente de ellos más tarde.

Charly, en lugar de acompañarlo al interior de la morada, salió corriendo en cuanto abrió la puerta, para huir en dirección a los jardines. Matt sabía que el lobo adoraba la lluvia. No iba a volver a casa sino hasta que el clima hubiese mejorado, muy sucio de lodo y mojado hasta los huesos.

—Perro loco —musitó, cerrando con fuerza tras él. En otro momento, no mucho tiempo atrás, habría ido gustoso a correr libre con su perro. Una parte de lobo salvaje también vivía en él. Sin embargo, ahora estaba casado, y su lugar estaba en esa casa, junto a su esposa.

Al entrar, Matt encontró a Alissa secándose las ropas húmedas con un lienzo. El pelo húmedo le caía en mechones revueltos sobre los hombros y el rostro, contrastando con su tez pálida y sus ojos azules. Alissa lucía tan hermosa como Matt la recordaba, la misma joven que había dejado atrás hacía siete años vivía en ella, oculta en su interior. Él la veía allí, era una lástima que ella no lo hiciera.

Un fuego se encendió en su interior, una llama que llevaba mucho tiempo ardiendo, y que él se había obstinado en mantener bajo control. Contento, avanzó hacia ella, sabiendo que era ese, y

sólo ese, su lugar. Al lado de Alissa estaba su hogar. No bajo el cielo descubierto, no corriendo por las praderas bajo la lluvia en compañía de un lobo, sino al lado de la mujer que amaba.

—Nunca imaginé decir esto, pero ¿crees que podrías encender el fuego? —le preguntó Alissa al notar su presencia—, comienzo a sentir los músculos entumecidos.

Matt se alarmó, era una de las cosas de las que el médico le había advertido.

—Descuida, te prepararé enseguida el baño —le dijo Matt, entrando a la cocina a la carrera para poner a calentar un poco de agua en el fogón.

—No es necesario. No es como si fuera a enfermarme, no con este calor. Esperaré a que la señora Willson llegue.

—La señora Willson está en la casa grande, no le pedirás a la pobre mujer que atraviese los jardines con esta lluvia.

—No, claro que no. Esperaré a que pase la lluvia, ya te lo dije, no me pasará nada. Hace demasiado calor como para pescar un resfriado. Sólo necesito secarme bien —continuó secando su cabello.

—No lo sabes, este clima es engañoso y las gripes atacan con frío o calor. Y no es eso lo que me preocupa en realidad, sino tus músculos. Pueden agarrotarse por el enfriamiento, lo mejor será que te des un baño caliente.

—Matt, no es necesario, en serio.

—He dicho y no me echaré para atrás —él se aproximó para ayudarla a desvestirse.

—¡Matt, basta! Puedo hacerlo perfectamente yo sola.

—Lo siento, no pretendía molestarte. Sólo quiero hacerlo rápido, no es bueno que te enfríes.

—No soy un bebé, Matt. Puedo cuidar de mí misma.

—Bien, en ese caso desvístete en lo que yo lleno la tina.

—Lo haré en cuanto te vayas.

Él se giró con una ceja arqueada.

—¿A dónde se supone que deba irme?

—No me refiero fuera de la casa, por supuesto. Está lloviendo a torrenciales. Puedes esperar en la cocina en lo que yo me baño.

—¿Y cómo pretendes llegar a la tina?

Alissa dudó por un par de segundos.

—Ya veré —se encogió de hombros, sin encontrar una mejor respuesta.

—De eso ni hablar, podrías caer, lastimarte...

—Ya te dije que no soy un bebé. Puedo cuidar de mí misma.

—Si es así, entonces para qué requerías a la señora Willson hace un minuto.

—Es distinto... Ella es mujer.

—¡Y yo soy tu marido!

—No quiero que me veas desnuda, ¿vale?

—Pero si ya te he visto.

—¡Eso fue hace siglos, Matt! Ya te lo dije, no soy la misma mujer que antes.

—Deja de decir esa tontería —Matt se aproximó a ella y tomó su rostro entre sus manos, obligándola a verlo a los ojos—. Eres la misma de siempre, Alissa. Nada ha cambiado. No para

mí.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

—Eso no es cierto, Matthew. Lo sabes tan bien como yo. Aunque quieras cambiar la realidad, no se puede, ¿no lo sabré yo, que llevo viviendo esta pesadilla hace siete años? —su voz se quebró—. Soy un adefesio. No soy ni la sombra de lo que alguna vez fui.

—Eres un ángel. Mi ángel —él acarició su rostro con una suavidad de pluma, mirándola con una intensidad tal que la hacía sentir que la estaba observando hasta lo más profundo de su alma—. Eso fue lo primero que pensé cuando te vi por primera vez esa noche de Navidad, hace tantos años, ¿sabes? Y es lo que todavía pienso. Es lo que por siempre pensaré. Eres un ángel, Alissa. Y eso a mis ojos nunca cambiará, porque la belleza que vi en ti radica aquí —señaló su corazón—, y eso nada ni nadie lo puede cambiar.

Alissa soltó un sollozo bajo, negando con la cabeza.

—Matt...

—No, Alissa. No repliques.

—¡Matt, nada de eso es cierto! —gimió, sus ojos reflejaron una tristeza de la que no era consciente—. ¡Soy como el monstruo del libro que me regalaste!

—¿El monstruo? ¿Qué monstruo?

—¡Frankenstein!

Los ojos de Matt se llenaron de ternura.

—Cariño, tú no eres un monstruo.

—¡Lo soy! ¡Los médicos me convirtieron en una masa humana cubierta de cicatrices! Nunca más seré como era, Matt. Mi cuerpo ha cambiado. Ahora soy como ese Frankenstein, y no quiero que tú me veas así —su rostro estaba crispado por el dolor. Matt no pudo resistirlo, se acercó a ella y la abrazó.

—No me importa —le susurró al oído, estrechándola contra su cuerpo con todas sus fuerzas.

—¡Pero a mí sí!

—¿Es eso entonces lo que te preocupa? —acunó su rostro entre sus manos, mirándola directo a los ojos—. ¿Tu propia vanidad o lo que yo llegue a pensar? Porque a mí no me interesa el aspecto que tengas.

Ella le dedicó una expresión dolida.

—Eso dices ahora sólo porque no me has visto.

—Déjame ver, entonces. Deja que sea yo quien juzgue.

Ella irguió la barbilla, temblorosa a causa de las lágrimas. Con dedos trémulos, comenzó a desabotonar los botones de su vestido.

—Espera —él alzó una mano.

—¿Te arrepientes? —asumió ella, con un gesto más de dolor que de victoria en sus ojos.

—Nada de eso. Sólo que quiero ser yo quien lo haga —con una sonrisa pícaro se acercó a ella. Con una delicadeza que la hizo sentir como una reina, la cargó en brazos y la depositó suavemente sobre la cama.

Se tomó su tiempo para observarla, una sonrisa colmada de amor en sus labios. Él se acercó, se sentó y tomó su lugar desabrochando los botones.

Alissa sintió la calidez de su mano dejando una huella de fuego sobre su piel desnuda. Matt la desvistió con delicadeza, cuidando cada movimiento de sus fuertes manos. Prenda a prenda Alissa quedó desnuda ante él. Incluso la despojó de las medias y los calzones. La vería tal cual era, sin nada más que sus largos cabellos oscuros para cubrir su desnudez.

Matt ahuecó una mano en su mejilla, acariciando con suavidad su piel mientras comenzaba un descenso por su cuello, sus pechos, su vientre, sus piernas hasta llegar a sus pies. No hubo una parte de ella que él no acariciara. De forma lenta, un recorrido pausado, iba dejando una marca de fuego sobre su piel helada.

Ella temblaba bajo sus manos, abandonándose a su escrutinio. Alissa cerró los ojos, incapaz de sostenerle la mirada.

Ahora la veía tal cual era...

Y finalmente terminaría haciéndola a un lado. Él nunca superaría la barrera que ahora se presentaba ante él. Se había visto en cientos de ocasiones frente al espejo, cada cicatriz dejada por el bisturí de los médicos en su intento de reparar sus huesos rotos, cada músculo maltrecho, cada huella del pasado dejada en un intento inútil de marcar la diferencia en su vida.

Era un monstruo.

Y en cuanto él la viera, no dudaría en abandonarla. Tal como ella había planeado. Aunque su corazón terminaría destrozado para siempre.

Alissa aguardó. Su corazón latía a toda velocidad. No sabía qué esperaba: un grito, un gemido, algún comentario... Pero ningún sonido llegó a sus oídos.

Percibió la calidez de sus labios sobre sus párpados antes de que él depositara un suave beso en cada uno de sus ojos, secando las lágrimas que se habían quedado en sus pestañas.

—Eres preciosa —le dijo él en un susurro bajo y ronco.

Alissa abrió los ojos. En ellos Matt leyó su dolor e indignación. Asumía que le mentía.

—Lo digo en serio —afirmó él, antes de darle tiempo de replicar—, eres preciosa.

—¿Cómo puedes decir eso cuando me estás viendo...? —Sintió la calidez de sus manos en su cintura, descendiendo lentamente por sus caderas hasta sus piernas—. ¡Matthew! —se crispó cuando él, sin previo aviso, metió la cabeza en su entrepierna y depositó un prolongado beso en una de las cicatrices cercanas a su cadera—. ¡Matthew!, ¿qué estás haciendo? —él no contestó, posando los labios en otra cicatriz sobre su muslo.

—Eres tan suave... —musitó él entre cada beso, repasando lentamente con los labios cada centímetro de su cuerpo—, tan bella...

—¡Matt, ya basta! —las lágrimas acudían a sus ojos a pesar de sus intentos por mantenerse firme—. ¡Detente de una vez!

Al escuchar el dolor en su voz Matt alzó la vista. Notó su rostro deformado por un sentimiento más profundo de lo que había supuesto, una aflicción que iba más allá de lo que él había vislumbrado en sus ojos en un principio... La desolación de un alma quebrantada.

—Alissa... —Matt ahuecó ambas manos en su rostro—, no debes temer de mí. Nunca te haría daño. Nunca te lastimaría, cariño.

—No te tengo miedo —su voz era un gemido lleno de agonía.

—¿Qué es entonces, mi amor?

Ella negó con la cabeza.

—No es nada... Quiero que me dejes sola, por favor.

—¡Santo cielo, Alissa, sólo dilo! ¿Por qué haces esto? ¿Por qué siempre intentas alejarme? ¿Qué debo hacer para convencerte de que mi cariño es sincero? ¿Cómo puedo hacerte ver que te amo con toda el alma?

—¡Eso no es cierto! —su voz salió como un torbellino, quebrada por el pesar—. ¿Cómo podrías amarme? ¿Cómo, después de lo que has visto? Después de saber quién soy en realidad... ¿Cómo podrías amarme sabiendo la vida que nos espera juntos?

—Mi amor... —Matt intentó abrazarla, pero ella lo rechazó.

—¡No! —sus ojos se habían oscurecido por la aflicción—. ¡Tú no puedes amarme, Matt! ¡No puedes! ¡A mi lado nunca tendrás una vida normal!

—Nunca he deseado una vida normal.

—¡Por supuesto que sí! No parabas de hablar de ello. De los paseos que daríamos por el campo bajo la luz de la luna, de la familia que tendríamos, tan numerosa como en la que naciste, de los recorridos que haríamos por el mundo, conoceríamos cada rincón de la tierra, desde la punta del Everest hasta el desierto del Sahara, ¡a mi lado nunca podrás hacer nada de eso!

—Era joven, tenía sueños estúpidos, no son importantes.

—¡Lo son! ¡Y tú podrías realizarlos con una mujer normal a tu lado!

—No digas eso, tú eres una mujer normal. Y bien podremos llevarlos a cabo si son tan importantes para ti. Encontraremos la forma, mi amor. No te desesperes por cosas que no tienen importancia.

—¡La tienen, Matthew! La tienen si debes cargar en la conciencia que le estás haciendo la vida miserable a la persona que más amas en el mundo por obligarlo a cargar contigo... por compasión.

—¡Tú no me has obligado a nada! ¡No es la compasión lo que me ha unido a ti, sino el amor!

—¡Deja de decir eso, yo sé que no es cierto! —su voz se quebró—. Sé lo que soy, no intentes engañarme haciendo lucir el mundo como un cuento de hadas, como si esta pesadilla no existiera. ¿Qué harás cuando salgamos a pasear y todos se me queden mirando? ¿No preferirías tener una mujer que camine contigo de la mano y no una a la que tengas que arrastrar en su silla? ¿No preferirías que la gente te alabara por la belleza de tu mujer y no que sintieran lástima de tu suerte?

—Lo que los demás piensen me tiene sin cuidado —su intensa mirada prácticamente la atravesó—. Y también debería ser así para ti, Alissa.

—No me importa lo que los demás piensen.

—¿Entonces? ¿Cuál es el inconveniente? —insistió él—. ¡A mí todo cuanto me importa en el mundo eres tú! En una silla o de pie, no hay diferencia para mí, ¡sólo que seas tú! ¿Es acaso tan difícil de comprender?

Los ojos de Alissa se llenaron de lágrimas. Su rostro desconsolado por el abatimiento que cargaba.

—Matt, tú mereces más que lo que yo puedo darte... ¡Mereces que la gente...!

—¡Sólo me importas tú! ¡Al diablo con el mundo entero y lo que opinen de nosotros! Para mí

sólo cuenta tu opinión. Y si compartieras mi sentir, tú pensarías igual.

—Lo hago, ¡por supuesto que lo hago! —chilló ella, la voz trémula por la amargura—. ¡Todo cuanto me interesa es lo que tú pienses de mí!

—En ese caso, deja todo lo demás a un lado y grábate de una buena vez esto en tu mente —se arrodilló delante de ella, tomando sus manos entre las suyas—: Me siento el hombre más afortunado del mundo por tenerte a mi lado. No eres tú quien debe sentirse menos, porque soy yo quien no merece la suerte de tenerte como esposa.

—Matthew, ya basta, levántate por favor...

—Este hombre, tu marido, te adora con toda el alma —continuó él diciendo, aferrando sus manos contra su pecho—. Este corazón es tuyo. Sólo tuyo; te ama de forma incondicional desde el primer instante en el que nos conocimos y latirá siempre por ti. Es un hecho que ni tú ni yo podemos cambiar, que no lo cambiará ni el tiempo, ni las demás personas, ni el aspecto físico. Negarlo te será inútil, tan inútil como luchar contra la gravedad o la salida del sol cada mañana. Las cosas son así. Sólo acéptalo y vive con ello. Huir de la verdad no la cambiará en absoluto.

Ella lo miró a los ojos por lo que pareció una eternidad. Matt sólo pudo regresarle la mirada. Nunca había sido bueno con las palabras, había dicho todo cuanto sentía lo mejor que consiguió hacerlo. Si eso no era suficiente, sólo quedaba que ella viera en el interior de su alma, que alcanzara a divisar lo que sentía por ella, cuánto la amaba... Si tan sólo fuera capaz de hacerla entender...

—¿Qué debo hacer para que entiendas lo mucho que te amo? —dijo él con la voz quebrada, el pensamiento que exteriorizó su corazón.

Alissa lo miró a los ojos. Unos ojos que expresaban sólo amor...

Y ella se quebrantó, incapaz de mantener alejado a Matthew por más tiempo. Se aferró a su cuello y se soltó a llorar sobre su hombro. No podía ser indiferente a él. Era imposible mantenerlo alejado de su corazón, ¿cómo hacerlo? Si él era su mismo corazón.

—Te amo —le dijo Matt, tomando su rostro entre sus manos—. Te amo, Alissa.

—Yo también te amo, Matthew. Más que a la vida misma.

Él pareció turbado por un par de segundos. Esas palabras era todo cuanto deseaba escuchar, y ahora que ella las había pronunciado no podía dejar de asumir que las había imaginado. Alissa, posando una mano sobre su mejilla, acortó la distancia entre ambos y depositó un suave beso sobre sus labios.

Matt buscó su mirada, sus ojos oscurecidos por un sentimiento que ella conocía tan bien como el latir de su propio corazón.

Alissa se aferró a su cuello, atrayéndolo sobre su cuerpo. Matt la besó con avidez, un beso lleno de pasión que hizo desaparecer en ella las últimas barreras contenidas. Alissa abrió la boca para él, permitiéndole saborearla, jugueteando con su lengua en cada envite de la suya. Matt descendió por su barbilla hasta su cuello, llegando al nacimiento de sus pechos. Alissa se estremeció cuando él la besó en la punta de su pezón, mientras que con la otra mano subía por su vientre hasta posarse en la cima de su otro pecho. Él jugueteó con su lengua, retorciendo su pezón en el interior de su boca, antes de tomarlo con la punta de los dientes y tirar de él hasta que ella gritó de placer. Con una sonrisa ronca, cambió de pecho para darle el mismo deleite.

Alissa apenas podía ver con los ojos empañados por la pasión. Buscó a tientas la abertura de la camisa de Matt y tiró de ella, deseando palpar su caliente y morena piel. Matt, atendiendo a sus deseos, se despojó de la prenda, haciendo saltar lejos los botones. Alissa se deleitó con su imagen, era magnífico en todo su esplendor; un torso de cobre y acero, recubierto como un suave terciopelo. Lentamente pasó la yema de los dedos por sus hombros hasta llegar al cuello. Hundió los dedos en su cabello, deleitándose con su masculina suavidad.

Él subió por la línea de su esternón hasta alcanzar una vez más su boca, en un beso voraz que la hizo estremecer. Matt tomó sus manos entre las suyas y las colocó sobre su torso, incitándola a tocar. Ella se dejó llevar, deleitándose con esos músculos de acero que se contraían ligeramente ante su tacto. Lentamente descendió hasta su cintura, donde la barrera de la tela de sus pantalones cortaba la inspiración.

Hubo una pregunta muda en los ojos de Matt que ella supo interpretar. Con una sonrisa nerviosa en los labios, asintió.

Matt no perdió tiempo. Se desprendió de los pantalones y lo que le quedaba de ropa, lanzándola lejos en un intento de mantenerse el menos tiempo posible alejado de ella. Alissa se deleitó con su figura. Matthew, ahora convertido en un hombre, era perfecto. Un dios griego, un Adonis de cobre, un ser de increíble belleza.

No obstante su maravillosa belleza física, sin ninguna duda, lo que más le deleitaba de él, era su corazón. Ese corazón que sabía suyo, colmado de puro amor.

Si tan sólo ella se lo mereciera...

—Eres preciosa —le dijo Matt, volviendo a la cama, a su lado, y colmándola de besos, obligándola así a volver a centrarse en él—. Mi ángel divino.

—No soy ningún ángel, Matthew —susurró ella, casi con dolor—. El ángel eres tú y yo... Yo no te merezco.

—Shhh —él posó dos dedos sobre sus labios, obligándola a callar—. No pienses eso. No es cierto.

—Pero...

—Deja eso atrás —insistió él, callándola ahora con un beso—. No estropeemos este momento perfecto con malos pensamientos —le dijo en un susurro bajo, hablando sobre sus labios.

Alissa lo miró a los ojos, esos ojos verde-azules que tanto adoraba.

Y asintió.

—Tienes razón... —musitó, forzándose por esbozar una sonrisa—. Hemos esperado este momento demasiado tiempo para arruinarlo con pensamientos feos.

—Eso es, mi dulce ángel —él la besó una vez más y comenzó a descender por su esternón, dejando un cálido y húmedo camino a su paso—. Esta noche sólo habrá momentos hermosos para nosotros.

Dicho esto descendió la cabeza hasta la entrepierna de Alissa, tomándola por sorpresa cuando de pronto él depositó un húmedo beso entre sus rizos mojados.

—¡Matthew! —chilló, escandalizada—. ¡Matthew, para...! —no pudo continuar hablando. Él movía la lengua de un modo que le quitaba el habla, jugueteando con la perla escondida entre sus labios hasta dejarla sin aliento.

Alissa se mordió los labios para no gritar, aferrándose a las sábanas, lo único de lo que pudo sostenerse.

Matt no se detuvo, agarrándola de las nalgas con una mano, con la otra introdujo un par de dedos que la hicieron soltar un chillido de placer.

—Grita —le dijo Matt, hablando con una voz sumamente ronca.

—Si no paras lo voy a ha-hacer... —musitó ella, con la voz entrecortada.

—Entonces hazlo —sonrió él, moviendo los dedos en su interior y aumentando su placer. Esas manos eran tan hábiles en su cuerpo como lo eran con las cuerdas de la guitarra. Se movían al ritmo de la canción única que sus cuerpos tocaban, aferrando, apretando y acariciando en donde debían y en el momento preciso.

Alissa, incapaz de pensar, aferró con fuerza las sábanas y soltó un grito desde lo más profundo de sus pulmones cuando la ola de placer la invadió.

Matt continuó ahí hasta que el último espasmo hubo terminado y las manos de Alissa se relajaron sobre la tela.

—Te... voy... a matar... —musitó ella, mirándolo con las mejillas encendidas con una sonrisa lánguida en los labios.

—Después hablamos de muerte. Ahora voy a llevarte al cielo —dijo él con una sonrisa pícaro, separando cuidadosamente sus muslos y colocándose encima de ella.

—¿Matthew...? —sus ojos, todavía nublados por la pasión se enfocaron en los suyos—. ¿No pretenderás...? ¡Matt! —soltó un grito de placer cuando él la penetró de lleno.

Alissa soltó una gruesa exhalación cuando él salió tan rápido como había entrado. Una vez más volvió a penetrarla, esta vez más lento, tomando un ritmo pausado que iba encendiendo cada una de sus terminaciones nerviosas.

Alissa se aferró a su espalda a medida que los envites iban haciéndose más rápidos. No creía posible llegar a sentir un placer tan grande como el que acababa de experimentar, pero lo hizo. Matt se encargó de ello con cada caricia, con cada movimiento de su cuerpo, con cada beso depositado con una mezcla de adoración y pasión sobre su cuerpo.

Las oleadas de placer la invadieron una vez más al mismo tiempo que a Matthew. Él se hundió del todo en su carne, lanzando un gemido ronco al tiempo que los espasmos lo sacudían. Alissa se aferró a él con uñas y dientes, intentando en vano amortiguar el grito que emanó desde su interior en el hombro de su amado.

Poco a poco comenzaron a volver a la realidad. Sus cuerpos, todavía unidos, mantenían aún una respiración agitada, sus corazones latiendo a toda velocidad. Compartiendo una unión que iba mucho más allá de lo físico. Una unión que sólo el amor verdadero puede dar.

—Te amo —le dijo ella al oído, todavía aferrada a él, como si buscara una forma de nunca más separarse de Matt.

Matthew sonrió. No veía su rostro, pero lo sabía.

—Yo también te amo, Alissa —le dijo él al oído—. Más de lo que nunca podré llegar a expresar.

Una lágrima escapó de los ojos de Alissa. La secó con un movimiento rápido de la mano para que él no la viera.

Matt se levantó de repente y se marchó a la cocina.

—¿Ocurre algo? —Alissa escuchó el sonido del agua.

—Sí, tu baño aún está pendiente, cariño —contestó Matt, entrando en la habitación en ese momento llevando consigo un enorme cubo de agua—. Vamos a solucionarlo ahora mismo —le dijo entrando al cuarto de baño.

—¿Quieres... que me meta a bañar ahora? —sus ojos se agrandaron como platos.

—Querida, no hay nada que no haya visto ya —Matt volvió del baño y la cargó en brazos, observándola con una sonrisa pícaro.

Él la depositó cuidadosamente en la bañera, en la que había colocado de forma improvisada algunas toallas en el fondo, de modo que ella no pudiese resbalarse.

—Lo sé, pero... ¿Matt? ¿Qué haces? —Alissa se quedó sin palabras cuando él, después de asegurarse de dejarla con bien, la siguió al interior del agua. Se sentó a su espalda, rodeándola con ambas piernas. Con sumo cariño llevó su espalda sobre su pecho, abrazándola por la cintura y permitiéndole reposar la cabeza sobre su cuello.

—Esto se siente bien —reconoció ella con una sonrisa, relajándose con el agua caliente que comenzaba a hacer efecto en sus músculos, todavía un poco agarrotados por la lluvia.

—Y espera a que comencemos —le susurró Matt al oído.

—¿De qué estás hablando? —le preguntó, girándose para encararlo. Matt le dedicó una sonrisa pícaro.

—Pronto lo averiguarás —susurró sobre su oído, descendiendo la mano desde su vientre hasta su entrepierna. Alissa soltó una risita que pronto se convirtió en gemidos de pasión.

Nunca creyó que podría ser tan feliz. Y no lo merecía... Pero por una vez, por esa noche, sería total, completamente, feliz.

26

ANNE MARIE, sentada junto al pórtico del patio trasero, escuchaba el canto de los canarios, esperando distraer su mente. No había conseguido ir de visita en toda la semana a casa de Alissa. Fanny le había asegurado que su prima no necesitaba ayuda, Matt se preocupaba por ella y su compañía le hacía bastante bien. Por primera vez en años, Alissa hacía los ejercicios a voluntad propia y Matt la acompañaba en todo momento, alentándola a seguir. Eso la alegraba en gran medida, aunque la hacía sentirse un poco perdida. Sin estar la mayor parte del día atenta a las necesidades de Alissa tenía mucho tiempo de sobra.

Además, estaba el asunto de Raúl. No había momento en el que no se topara con él, ya fuera en el comedor, en los pasillos, incluso cuando intentaba hacer una incursión furtiva en la cocina, él estaba allí, aguardando verla, siempre con una radiante sonrisa, como si fuera capaz de leerle el pensamiento para aparecerse en los sitios que ella frecuentaba. Esa era la razón por la que había decidido escapar a las escaleras traseras del patio de la inmensa casa de los Collinwood. Nunca antes había estado allí, y por lo mismo, era un sitio donde podría permanecer a salvo del constante acoso de la presencia de Raúl.

Si tan sólo pudiera hacer una escapada para ver a Alissa... Fanny le aseguró que sería mejor que no lo hiciera. No le dio mayores explicaciones, pero le dejó claro que ella deseaba estar a solas con su marido. Algo que algún día ella comprendería cuando se casara...

—Sí claro, como si eso llegara a suceder —bufó, escondiendo el rostro entre las manos.

—Nunca he visto a una señorita tan bonita viéndose tan triste —escuchó la voz de Raúl.

Ella levantó la cabeza, sin siquiera sorprenderse. Esa capacidad la había perdido a lo largo de la semana.

—¿Qué estás haciendo aquí? —masculló con los dientes apretados, poniéndose de pie para encararlo.

—Estaba buscándote —contestó él con sencillez, acercándose a ella a paso lento—. ¿Andas a la caza de nuevos escondites para huir de mí?

—No me queda de otra si he de conseguir un poco de paz. Ahora, si me disculpas, quiero estar a solas.

—Puedes estar sola en otro momento —se interpuso en su camino—, ¿por qué no vienes a dar

una vuelta conmigo por los jardines?

—No, gracias —contestó, intentando rodearlo en vano. Donde fuera que daba un paso, él ya estaba ahí, frente a ella, esperándola con los brazos abiertos.

—Vamos a dar un paseo a caballo entonces, o a bailar, prácticamente ya lo estamos haciendo —sonrió, haciendo una venia galante.

—No —replicó ella, girándose para partir por la escalera.

—Vamos, no seas así —Raúl la alcanzó a la carrera y se situó a su lado—, dame una oportunidad. Una sola.

—Raúl, deja de insistir con eso. Ya te dije que no puede haber nada entre nosotros.

—Sólo es una cita, no te estoy pidiendo que te cases conmigo.

Ella frunció el ceño, poniendo los brazos en jarra.

—No estoy para juegos.

—¿Quieres decir que si te pido matrimonio, aceptarás? —él abrió los ojos, entusiasmado.

—¡No! —Anne Marie se puso pálida—. Me refería a que no voy a admitir que jueguen conmigo. Una cita que no tiene futuro es eso, sólo un juego.

—Pero tú no quieres nada más.

—Exacto.

—Entonces, ¿qué nos queda?

—Nada —contestó ella, sujetándose la falda del vestido para reanudar el camino—. Absolutamente nada.

★ ★
★

—Ya basta, Matt —Alissa respiró de forma agitada—. No puedo seguir.

—Anda, una más —insistió Matt, volviendo a colocar la pelota entre sus piernas.

—No puedo, de verdad... —replicó Alissa, respirando con dificultad.

—Sólo tienes que hacer diez repeticiones. No llevamos ni cinco.

—¡Te he dicho que no puedo más! —gimió ella, tomando la pelota y lanzándola lejos—. ¡Me duele!

Matt suspiró y se apartó de ella, ayudándola a acomodarse con cuidado sobre la cama.

Alissa tenía que apretar la pelota sosteniéndola por las rodillas y aflojar. Lo mismo diez veces. Y no había ni completado la cuarta repetición.

—El doctor dijo...

—No me importa lo que él haya dicho—Alissa frunció el ceño—. Es mi cuerpo, no el suyo. Él no sabe lo difícil que es esto. Además, con este maldito calor no se puede hacer nada.

Matt apoyó ambos brazos en torno a ella y aproximó el rostro al suyo, arqueando una ceja de forma pícaro.

—Ayer no te quejabas en absoluto.

Las mejillas de Alissa se encendieron al máximo al recordar la noche excitante que habían pasado juntos, y ni mencionar del día siguiente. Aún no podía creer que fuera capaz de hacer todas las cosas que ambos...

—Ya basta Matt —replicó, esquivando su mirada o terminaría más roja que un tomate—. No es lo mismo, y lo sabes. Esto es una tortura y lo otro...

—¿Extremadamente placentero? —preguntó él, con interés. Las mejillas de Alissa adoptaron el color rosa de la colcha sobre la que estaba recostada—. Me acabas de dar una idea, ¿qué tal si lo convertimos en tus dulces de limón?

—¿Perdona? —ella lo miró con interés, a pesar de su intento de parecer molesta.

—Cada vez que termines tu rutina de ejercicios... completa —añadió cuando ella iba a decir algo para replicar—, te daré un premio.

—¿Dulces de limón?

—Podríamos llamarlo así entre nosotros. Pero lo que tengo en mente es otra cosa —arqueó las cejas de forma pícara al tiempo que ahuecaba una mano sobre su pecho.

—Matthew... ¡no puedes condicionarme así! —ella fingió un puchero—. De esa forma, nunca tendremos dulces de limón, ¡nunca será capaz de terminar los ejercicios!

Matt soltó una carcajada.

—Anda, mujer, que no te estoy pidiendo la luna.

—Es fácil para ti decirlo. No tienes que hacerlos tú.

—Puedo hacerlos contigo, si eso te satisface.

—No será lo mismo. A mí me cuesta un infierno hacer algo que tú harías en menos de un pestañeo.

—¿Un infierno? Esto realmente saca tu peor lengua, cariño —bromeó Matt, besándola en los labios—. Bien, en ese caso ¿qué sugieres? ¿Qué te haría feliz para compensar tu esfuerzo?

—No tienes que hacer nada, no seas bobo —lo besó de forma fugaz en la punta de la nariz. Matt sonrió, acercando todavía más el rostro al suyo para besarla en los labios.

—¿Entonces, harás los ejercicios sin pedir nada a cambio? —preguntó, estudiando con la yema de los dedos las facciones de su rostro.

Alissa se estremeció con la caricia. Ese hombre era capaz de hacer magia con los dedos.

—Sól-sólo... —tartamudeó, incapaz de pensar con claridad cuando él la tocaba así—. Sólo no me obligues a hacer esos estúpidos ejercicios, y todos felices.

—No, cariño, eso sí que no —Matt se puso serio—. Haré lo que sea que tú quieras, pero nada que te cause algún daño. Y no hacer los ejercicios te dañará más de lo que... —tartamudeó—. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Me pondrá peor? —ella arqueó las cejas, mordaz—. Dudo que eso sea posible, Matt.

—Lo es —le dedicó una mirada severa, levantándose de la cama—. Tu médico me lo dejó muy claro. Además, podrías mejorar tu condición si los practicas a diario. Quizá, incluso volver a caminar...

—Matthew, eso no es cierto. Los ejercicios sólo me hacen sentir mal e ilusionarme en vano... —apartó el rostro para que él no pudiera ver las lágrimas que habían aparecido en sus ojos—. No quiero hacerlos más. No vale la pena el esfuerzo.

—La vale —Matt se sentó a su lado y entrelazó los dedos de su mano con los de ella—. Si es para mejor, lo vale, Alissa.

Ella no lo miró, si lo hacía se soltaría a llorar y no quería hacerlo. En un principio se había

ilusionado con la idea de curarse, volver a caminar. De otro modo nunca habría permitido que los médicos le realizaran tantas operaciones. Una tras otra sólo fueron una vana ilusión, una tonta esperanza. No había remedio para ella, lo sabía bien. Lo había aprendido a la mala. Ahora su cuerpo era un mapa de carreteras de cicatrices. Y ella no podía ni mover con libertad un dedo de los pies.

—Anda, ven conmigo —le dijo Matt de pronto, tomándola en brazos.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó Alissa, notando que le ponía sus botines para salir.

—Te llevaré a un sitio muy especial.

—¿El rancho?

—No, otro sitio... —él levantó la mirada para toparse con sus ojos—. Un sitio que nadie más conoce y he estado manteniéndolo oculto sólo para ti.

—¿Y qué sitio es ése?

—Ya lo verás —sonrió, cargándola en brazos cuando hubo terminado de anudarle los cordones de los botines.

Matt había llevado los caballos a una caballeriza situada al costado de la casa. Alissa la había visto de camino, pero no fue sino hasta que Matt la condujo hasta ese lugar que comprendió que eran los establos de su propiedad. El sitio donde se quedarían sus propios caballos. El lugar había sido diseñado para mantener al menos diez caballos, seguramente con la intención de ampliarlo más adelante, al igual que la casa donde vivían.

Matt, arrastrando la silla de ruedas, llevó a Alissa consigo al interior de las caballerizas.

—¿Matt...? —demasiado tarde ella dudó si era correcto preguntar. Matt dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia ella, arqueando una ceja en una expresión interrogante—. ¿Este terreno...? Donde vivimos es... ¿propiedad de tu padre?

—No, son mis terrenos, por supuesto —contestó él con sencillez, colocando la silla sobre el lomo del caballo—. Los terrenos de mi padre limitan con los nuestros, es por ello que podemos transitar sin problema entre la hacienda La Guadalupana y este rancho, y nos queda relativamente cerca de la casa grande. Pero son nuestros terrenos. Los compré con los ahorros de.... —se calló de repente.

—De cuando te viniste a México para poder casarnos —Alissa terminó la frase que quedó en el aire.

Matt no asintió ni la contradujo. Se limitó a colocar la brida en el caballo.

—Matt, no sabes cómo lo siento —musitó ella, agachando la mirada.

Él se aproximó a ella y se arrodilló, de modo que pudiera verlo a los ojos.

—Es tiempo de que dejes eso atrás, mi amor. No debes pensar más en cosas tristes. Estamos juntos ahora, es todo cuanto importa.

—Pero, de no ser porque yo te...

—Shhh —él puso un par de dedos sobre sus labios—. Estás en casa ahora. Nada más importa.

Alissa abrió los ojos al máximo.

En casa... Estaba en casa.

Él sonrió y la besó fugazmente en los labios antes de cogerla en brazos y llevarla consigo.

—En esta ocasión iremos los dos juntos sobre mi caballo, si no te molesta. El camino es algo

escabroso y entraremos en terreno arbolado.

—¿Entraremos en la jungla? —la voz de Alissa se ahogó.

Matt soltó una carcajada mientras la ayudaba a acomodarse sobre la silla de montar.

—No es una jungla, como tal, cariño. Sólo un bosque semiselvático, por lo que tengo entendido.

—Si eso no es una jungla yo soy el hada de los dientes —replicó ella, frunciendo el entrecejo.

Matt soltó una nueva carcajada. Subió tras ella sobre el lomo del caballo y la abrazó por la cintura, y dedicándole un dulce beso en la mejilla le dijo:

—Está bien, mi hada de los dientes, vamos a la selva, entonces.

—¿Vendrá Charly? —preguntó ella con cierta vacilación.

—¿Es que dudas de que tu marido pueda protegerte?

—Claro que no, ¿pero vendrá, no es así?

Matt soltó una nueva ola de carcajadas, azuzando al caballo para ponerse al paso.

—Tranquila, mi hadita, tu otro lobo protector viene con nosotros.

Nada más decirlo Alissa atisbó la sombra gris de Charly avanzando por un costado.

Atravesaron las verdes praderas de los campos. Alissa vio alejarse las plantaciones de café hasta que delante de ellos no quedó más que una zona arbolada, densamente poblada por todo tipo de vegetación.

—Y según tú no es una jungla —bufó ella, tragándose el miedo cuando Matt dirigió la montura por un sendero prácticamente oculto por la vegetación.

Matt sonrió y la besó en la mejilla, estrechando el agarre del brazo con el que la mantenía sujeta por la cintura.

—No tienes nada que temer, yo te protegeré de lo que sea.

Alissa sonrió, dejándose llevar por su abrazo. Apoyó la cabeza contra su pecho, deleitándose con su fragancia masculina, esa mezcla de aroma a jabón y olor a él mismo que siempre le había fascinado. La fragancia que lo definía como Matt, su Matt. La fragancia que amaba más que ninguna otra en el mundo.

Poco a poco las plantas comenzaron a diseminarse y pronto llegaron a un estrecho claro en cuyo centro se encontraba una pequeña laguna de aguas cristalinas.

Alissa abrió los ojos al máximo al verla. El agua emitía exhalaciones de vapor.

—Es un manantial de aguas termales —le explicó Matt, bajando del caballo—. He leído que esta agua es muy buena para el cuerpo.

—¿Cómo has encontrado este sitio?

—Hace mucho tiempo, en un recorrido que hacía por la propiedad, hallé este lugar. Me recordó a ti.

—¿A mí?

Él sonrió, alzando los brazos para sujetarla por la cintura y ayudarla a bajar de la silla.

—Sí, a ti. Me hizo pensar en que te traería aquí y te haría el amor en esta misma laguna bajo la luz de las estrellas cada noche por el resto de nuestras vidas.

Las mejillas de Alissa se encendieron como tomates. Si Matt lo notó o no, no lo supo, porque en ese momento la besó con tal pasión que incluso él terminó acalorado.

—No lo entiendo —musitó Alissa cuando al fin se separaron—. ¿Has desistido de los ejercicios, entonces? —sonrió como una niña traviesa.

—Nada de eso —Matt sonrió de una forma diferente, llevándola hasta la orilla de la laguna y las sentó sobre el borde. Enseguida le quitó el sombrero y comenzó a desabotonar su vestido—. Harás los ejercicios en el agua. He pensado que podría resultarte más sencillo.

Alissa suspiró cansinamente.

—Había supuesto que cambiaste de idea.

—Cariño, tendremos la recompensa después del trabajo duro —arqueó una ceja pícaramente—. Tantos dulces de limón como desees.

Ella sonrió del mismo modo y le rodeó el cuello con los brazos.

—¿No podríamos adelantarnos al postre?

Matt suspiró. Le costaba un infierno controlarse.

—Primero el trabajo, cariño —le dijo tras una tremenda lucha interna—. Luego la recompensa.

Alissa suspiró del mismo modo que él, dejándose desvestir por las ágiles manos de Matt que en pocos segundos la dejaron completamente desnuda.

—Comienzo a creer que tienes mucha más experiencia en esto que la primera vez que estuvimos juntos —dijo ella, dedicándole una mirada de intriga.

Matt tragó saliva, desviando la mirada, nervioso.

—Eh... Yo entraré primero al agua y te recibiré una vez dentro —le dijo a la carrera. Antes de darle tiempo de replicar saltó al agua, salpicando bastante y provocando que ella y Charly se mojaran.

—¿Estás evadiendo mi pregunta, Matthew? —preguntó ella cuando al fin él asomó la cabeza del agua. Debió morderse los labios para aguantar la risa. Le era sumamente divertido ver al seguro Matt tan nervioso de repente.

—¿Evadir? No... ¡No! No —contestó a la carrera, tomándola por la cintura para ayudarla a sumergirse en el agua. Alissa se aferró a su cuello, mordiéndose el labio para no reír. Nunca lo había visto tan nervioso.

—¿Y por eso contestas de tres modos diferentes?

—¿Yo? Nooo... —buscó en derredor con la mirada—. ¡Hey, Charly, ven aquí! No te alejes tanto.

—¿Le pides ayuda a tu amigo lobo para que te saque del apuro? —bromeó Alissa—. Anda, Matt, tranquilo. No es como si esperase que te hubieras quedado sentado en una roca todos estos años. Los hombres son hombres —se encogió de hombros—. Tienen sus necesidades.

—¿Y tú cómo sabes eso? —ahora fue él quien provocó que ella se ruborizara.

—Yo... eh... He leído algunas novelas, ¿de acuerdo? —apartó la vista—. No hay mucho que hacer cuando estás en una silla entre cuatro paredes.

—Bien, eso lo cambiaremos desde ahora —sonrió Matt, estrechándola con un brazo para abrirse camino a brazadas hasta una zona baja donde ella pudiera sentarse.

—Lo has cambiado desde que regresaste por mí —Alissa lo miró de una forma que le paralizó el corazón—. Y no sabes cómo te agradezco que lo hayas hecho.

Matt sonrió al tiempo que sus ojos se humedecían.

—No tienes nada que agradecer —él apartó un mechón de cabello de su frente—. Lo creas o no, tú eres mi vida. Sin ti... No me quedé sentado en una roca, lo admito. Pero te fui fiel aquí —señaló su pecho, en la zona de su corazón—. Y te sería fiel hasta el último de mis días. Si tú no hubieras vuelto, seríamos dos locos apartados del mundo por el resto de nuestras vidas. Tú en esa casa solitaria. Yo en estos parajes solitarios.

—Oh, Matt... —los ojos de ella se llenaron de dolor—. No sabes cuánto lo siento.

—Deja eso. Te lo dije, no quiero más pensamientos tristes. A partir de ahora, sólo tendremos sonrisas —la besó fugazmente en los labios—. Y ejercicio —añadió, borrando la sonrisa en el rostro de ella.

—¡Oh, Matt! —replicó ella en un tono muy diferente.

—Nada de objeciones. No si quieres tu premio —arqueó la cejas, provocando que ella se ruborizara.

—Matthew Collinwood, algún día me las vas a pagar —musitó en tono de broma.

—Hasta que llegue ese día, señora Collinwood, ponga a trabajar ese hermoso trasero suyo y comience a mover las piernas. No habrá postre hasta que lo haya hecho al menos diez veces.

Entre risas y respiraciones agitadas por el esfuerzo, Alissa consiguió después de un enorme empeño mover las piernas diez veces. Fueron movimientos cortos y terriblemente dolorosos para ella, pero ahí estuvo Matt a su lado, ayudándola y alentándola a seguir.

Y el premio al final fue enorme.

Ambos se entregaron al amor en medio de esas aguas cristalinas, dejando al olvido el dolor y el cansancio.

ANNE MARIE CAMINABA por el pasillo del segundo piso con un libro entre las manos. Ese par de meses habían sido de lo más aburrido y emocionante a la vez. Ya no se le ocurría qué hacer para conseguir hacer desistir a Raúl del intento de conquistarla, había intentado todo, desde ignorarlo hasta gritarle que se marchara, pero con ello sólo parecía conseguir que al día siguiente lo intentara con más fuerza.

Y la verdad es que de un tiempo para acá, sus visitas le resultaban cada vez más agradables, las esperaba incluso. Contaba las horas para verlo llegar, siempre gallardo, siempre imponente, siempre con esa sonrisa que parecía ser capaz de dedicarle sólo a ella.

Un suspiro escapó de sus labios, cambiando con violencia la página de la novela romántica que estaba leyendo. Aún faltaban un par de horas para que la familia se reuniera en el comedor, entonces él llegaría de visita, como siempre, y lo vería. Hasta entonces, tendría que concentrarse en esas palabras o terminaría contando las flores del papel tapiz como la última vez, impaciente por su llegada.

Tan absorta estaba en sus pensamientos que perdió toda noción del lugar donde se encontraba. Su pie bailó en el aire, sin soporte. Había llegado al inicio de las escaleras, y de no ser por el fuerte par de brazos que la sujetaron por la cintura, se habría encontrado cayendo por ellas sin remedio.

—¡Raúl, gracias a Dios! —musitó, aferrándose a él. Le había reconocido sólo por su agarre, ya familiar para ella.

—Deberías tener más cuidado —le dijo él, arrebatándole el libro de las manos, enfadado—. Pudiste partirte el cuello, Anne Marie.

—Lo siento, no me di cuenta... —suspiró, echando una mirada a la empinada escalera por encima del hombro. De una buena la había salvado.

—¿Y qué leías con tanta atención? Debe ser sumamente interesante, para que ni siquiera te des cuenta de dónde andas —dijo él, echándole un vistazo a la portada antes de que ella pudiera arrebatarle el libro—: Los amores y pasiones de una mujer perdida.

Anne Marie abrió los ojos como platos, aguardando ver su reacción.

—Interesante —dijo él, pasando sin mucho interés las páginas del libro.

—Muy interesante, en realidad.

—Lo supongo. Por poco te conviertes en una mujer perdida igual que la novela.

—¿Disculpa? —masculló, poniendo los brazos en jarra.

—Por poco pierdes la crisma —bromeó él, dedicándole una de esas sonrisas seductoras que le ponían la piel de gallina.

—Muy gracioso. Ahora, si me disculpas, tengo cosas que hacer, ¿podrías devolverme mi libro?

—No.

—Raúl...

—Si lo quieres, ven por él —lo puso en alto, sobre su cabeza.

—No te comportes como un niño, Raúl. Dame mi libro ahora mismo.

—Ni tu mejor cara de institutriz conseguirá hacerme obedecer, señorita. Anda, ven a quitármelo —agitó el libro de forma socarrona frente a sus ojos—. Te reto.

Anne Marie se puso roja. Apretando los labios como una niña pequeña, se abalanzó sobre él, pero sólo consiguió agitar la mano en el aire. Él era demasiado rápido para ella.

—¡Dame ese libro ahora mismo! —chilló, molesta.

—Está bien, ven por él —dijo Raúl, quedándose quieto con el libro levantado sobre su cabeza.

—Lo vas a mover.

—No lo haré.

Ella lo miró, dudando.

—Anda, no seas cobarde. Sólo estírate y lo conseguirás.

—Si lo mueves, Raúl, me las vas a pagar —amenazó, estirándose para cogerlo. Él movió el libro al último momento, aprovechando la oportunidad para inclinarse y plantarle un beso en los labios.

Antes de darle tiempo de apartarse, la cogió por la cintura y la atrajo hacia él, aferrándola contra su cuerpo en un beso colmado de pasión.

Anne Marie se resistió en un principio, pero pronto perdió noción de todo excepto del magnífico hombre que la mantenía sujeta entre sus brazos, llevándola a las nubes con su abrazo.

El libro golpeó contra el suelo, haciendo un ruido seco. Ninguno de los dos lo notó, perdido en el otro. Cogiéndola entre sus brazos, Raúl cargó a Anne Marie hasta una de las habitaciones cercanas, y cerró la puerta con llave tras ellos, dejando al olvido el libro en el pasillo.

Entraron en una habitación de huéspedes, sencilla pero decorada con elegancia al estilo rústico de la casa. Sin embargo ninguno de los dos tuvo tiempo de contemplarla, absortos el uno en el otro.

Raúl besó a Anne Marie con avidez, apretando su labio inferior con los dientes y mordisqueándolo hasta que ella soltó un gritito.

—Sabes tan bien —le dijo él al oído, saboreando la sensible piel del lóbulo—, a fresas y vainilla.

—¿Fresas y vainilla? —repitió Anne Marie con ironía—. Eso es... Oh, Dios... —musitó cuando él la besó en el cuello, descendiendo lentamente por sus hombros hasta el inicio de su clavícula.

Sus manos bajaron por su espalda hasta posarse sobre sus nalgas. Ella se estremeció cuando él

las apretó con fuerza, atrayéndola contra su cuerpo.

—Sé mía, Anne Marie —gruñó él, llevándola hasta la cama.

Anne Marie no pudo resistirse, perdida en sus besos, el calor de su cuerpo, las palabras roncadas de su voz aterciopelada en su oído.

—Sí, Raúl —dijo en un gemido bajo, atrayéndolo por el cuello.

Raúl no la hizo esperar, se apoderó de sus labios con determinación, besando, chupando, masticando hasta que ella se abrió completamente al envite de su lengua. La saboreó a placer, lentamente, haciéndola estremecer de pasión.

Sus manos llegaron al borde de la tela de su vestido y lo bajaron por sus hombros hasta liberar sus pechos.

—Gracias al cielo que te quitaste todas esas ridículas capas de tela que solías llevar —le dijo él, mirándola con fervor.

—No aguantaba más este calor. Ni siquiera puedo soportar llevar el corsé.

—¡Bendito calor, entonces! —gruñó él, terminando de bajar la tela hasta su cadera.

Antes de darle tiempo de reaccionar, él la besó en el ombligo, trazando la forma de su cuerpo con la lengua, subiendo lentamente por la línea de su abdomen hasta situarse entre sus pechos. Anne Marie gimió cuando él se apoderó de sus pechos con ambas manos, amasando y apretando con devoción mientras su lengua continuaba el recorrido húmedo hasta su cuello, dejando una huella ardiente por donde pasaba.

Él bajó la cabeza y jugueteó con la punta de su pezón con los dientes, mordiendo y arañando, tirando y chupando hasta hacerla gritar. Anne Marie se aferró a su cabeza, tirando de los mechones de su pelo para atraerlo más hacia ella. Raúl se metió el pecho a la boca y lo chupó con vehemencia, Anne Marie gritó, arqueándose contra él, entregándose completamente. Raúl cambió entonces al otro pecho, regalándole la misma atención que había tenido con el anterior. Anne Marie gimió y se retorció bajo los envites de su boca, aguantando un grito de placer.

Raúl, con el pelo muy despeinado, se enderezó y la miró casi con fascinación mientras la recostaba completamente en la cama. Con una lentitud aturdidora le arrebató las medias, los zapatos, el vestido la enagua y los calzones, dejándola al desnudo para él.

Anne Marie se ruborizó bajo su escrutadora mirada. Tuvo el impulso de cubrirse los pechos, pero él se lo impidió, deleitándose con ella.

—Eres tan hermosa —le dijo con voz ronca, tomándose su tiempo para deshacerle el apretado moño.

Una exhalación ahogada escapó de su garganta cuando los cabellos pelirrojos cayeron en cascada sobre los hombros de Anne Marie. Hundiendo las manos en su cabeza, atrajo su rostro contra el suyo y la besó con pasión, uniéndose con ella en la cama.

—¿No te vas a quitar esto? —preguntó ella con voz ahogada, intentando desabotonar su camisa con dedos temblorosos.

Raúl no la hizo esperar. Agarró la camisa por el cuello y la arrancó de su cuerpo, haciendo volar los botones por todas partes. Anne Marie soltó una risita baja, sin dejar de observarlo con fascinación mientras él se desvestía, quitándose de forma apresurada las botas de vaquero y el resto de su ropa hasta quedar desnudo frente a ella. La sonrisa se le borró del rostro al notar su

erección y la palidez la invadió cuando se percató de lo que él intentaba hacer con ella.

—No... ¿no deberíamos esperar? —musitó ella con la voz entrecortada cuando él volvió a la cama.

—¿A casarnos? —Raúl arqueó una ceja—. Nos casamos mañana mismo, si lo deseas.

—No... Yo... —Anne Marie se quedó sin palabras cuando él se recostó sobre su cuerpo, piel con piel. Una calidez inusitada la invadió, la sensación de su piel desnuda contra su cuerpo era maravillosa. Sus senos apretándose contra la dura calidez de su torso masculino.

Anne Marie pasó las manos en sus hombros, haciendo un lento recorrido hasta sus bíceps, memorizando cada parte de su cuerpo con el tacto. Era perfecto. Sus músculos duros y torneados por el trabajo se sentían como acero bajo sus dedos.

Él la besó con pasión, hundiendo los dedos de una mano en su nuca. Raúl con su boca, se apoderó de la de Anne Marie mientras su mano libre descendía con libertad por su cuerpo hasta llegar a su entrepierna. Sus dedos jugaron con los rizos húmedos de su sexo, provocando que ella se estremeciera. Raúl movió las caderas, metiendo una rodilla entre sus piernas y abriéndolas. Los dedos de su mano libre entraron con libertad en el centro de su feminidad, provocando que Anne Marie soltara un gritito ahogado.

—Shhh —la calló él con un nuevo beso—, no te resistas.

Él movió el pulgar por los labios de su sexo, en un movimiento circular que la hizo temblar. Sus dedos jugaron con el centro de su placer. Anne Marie le enterró las uñas en la espalda, sintiéndose vibrar ante los primeros atisbos de un deleite extraordinario que había permanecido oculto para ella.

Estuvo a punto de creer que no podría soportar más cuando él repentinamente la soltó. Anne Marie lo miró con gesto suplicante y entonces supo lo que vendría. Él se acomodó entre sus piernas, y tomándola por las nalgas, la atrajo al centro de su erección.

Anne Marie lo observó con temor, pero no vaciló. Aferrada a su cuello, se incorporó lo suficiente para quedar sentada sobre sus piernas y se dejó guiar hasta que sintió la entrada de su intimidad siendo invadida por algo duro y húmedo, muy caliente.

—Relájate, cariño —le dijo Raúl al oído, llevándola sus piernas alrededor de su cintura.

Anne Marie respiró profundo, sintiendo la invasión como un dolor molesto más que intenso. Raúl la apretó por las nalgas y tiró de ella, penetrándola de lleno. Ella gritó en su oído, enterrándole las uñas en la espalda.

—Tranquila —le dijo él con la voz pastosa—, todo irá bien desde ahora.

Lentamente, él comenzó a moverla, llevándola arriba y abajo, moviéndola dentro de su sexo. Anne Marie apretó las piernas a su alrededor, gimiendo de placer, dejándose llevar por las terminaciones nerviosas que deleitaban su cuerpo.

Él aumentó el ritmo, friccionando con mayor fuerza su miembro dentro de ella. De pronto, la cogió por la cintura y la tendió sobre la cama, penetrándola con un ritmo frenético que la hizo gritar cuando los espasmos del clímax la alcanzaron con una intensidad avasalladora. Él gritó su nombre, enterrándose en lo más hondo y derramándose en su interior.

Los últimos espasmos del orgasmo los invadieron con una intensidad abrumadora de placer.

Raúl se dejó caer sobre ella, jugueteando con sus cabellos rojos, enredados entre sus dedos.

Anne Marie, respirando agitadamente todavía, se aferró a los oscuros cabellos de Raúl y tiró de ellos, llevando su rostro al suyo. Lo besó con pasión, dando inicio a una nueva etapa que había conocido ese día.

Y Raúl no dudó en complacerla.

★ ★
★

Alissa avanzó bastante esa mañana, no sólo había hecho diez repeticiones con la pelota y pataleado durante diez minutos en el agua, sino que también había conseguido levantar por sí sola la pierna hasta la altura de la rodilla.

Después del ligero masaje en los músculos que Matt le daba para relajar los miembros ejercitados, ambos disfrutaron de los «dulces de limón», entregándose a la pasión en medio de la naturaleza salvaje. Como hacían todos los días, perdidos en su propio mundo, en un paraíso de pasión.

El día pasó con rapidez, ambos se dieron cuenta de lo tarde que era cuando el sol ya se encontraba bastante alejado de la cima del cielo. Cuando terminaron de vestirse, ambos montaron nuevamente sobre el lomo del caballo y se pusieron en marcha de vuelta a casa. Charly tomó la delantera, como siempre, abriéndoles camino a paso alegre. De pronto, el perro lobo se detuvo y su nariz olfateó algo en el aire.

Matt interrumpió el paso del caballo, tomando esa pose como una señal de alarma.

—¿Qué sucede...? —la voz de Alissa se congeló en su garganta cuando vio aparecer entre la maleza la enorme cabeza de un felino moteado—. Dios Santo... —musitó casi sin voz, llena de pánico.

—Tranquila —le dijo Matt al oído, estrechando el brazo en su cintura—, es sólo Violeta.

—¿Violeta...? —Alissa se quedó con la boca abierta cuando vio que el enorme felino moteado salía de la espesura de las hojas de una palmera baja y se adelantaba a olisquear a Charly. Al perro lobo no pareció gustarle mucho los arrumacos del felino, pero no se quejó.

—Es el jaguar de Lucy —le explicó Matt, poniendo nuevamente al caballo en marcha—. ¿Ves el collar en su cuello? Zalo se lo puso para lograr identificarla y que ningún granjero vecino fuera a darle un disparo.

—¿Cómo es que alguien podría no dispararle a eso sólo porque trae un collar? No es un perro.

—Tampoco Charly, y nadie se meterá con él a menos que quieran vérselas conmigo.

Alissa notó un brillo peculiar encenderse en los ojos de Matthew.

—¿Es que ustedes, Collinwood, son una especie de Tarzanes, amigos de todos los animales de la selva? —intentó bromear Alissa—. Tú con tu lobo, tu hermanita con el jaguar. ¿Qué tienen los demás? ¿Osos y leones?

Matt sonrió.

—No tientes al destino —musitó entre dientes—. Sabes que nos gustan los animales, pero Lucy... Lucy es la más especial de todos nosotros. Ella tiene una habilidad para... podría decirse que comunicarse con todos los animales. Al menos los que tienen una brizna de inteligencia. Ese jaguar apareció de cachorro por las inmediaciones de La Guadalupana. Lucy se hizo su amiga. A

mi padre no le gustaba mucho que anduviera rondando los terrenos, tan cerca de los nuevos terneros. Él no es como nosotros que nacimos en esta tierra. Mi padre es criado más al estilo inglés y no comprende que los animales son libres y tienen derecho a vivir y... —se calló al notar la mirada atenta de Alissa—. No comparte todas las ideas que Zalo nos ha transmitido —concluyó, sin alargar más la idea. No fuera a ser que ella lo tomara como un loco.

—Comprendo —dijo ella, asintiendo con la cabeza.

—Mi madre, por el contrario, creyó que era interesante tener un jaguar como amigo. Aunque al igual que tú, se preocupaba por Lucy. Los animales salvajes no son mascotas —se agachó para esquivar una rama cuando pasaron bajo una palmera ladeada—. Un día Lucy cayó al agua. Ninguno nos dimos cuenta y mi hermana es como una piedra, no sabe nadar y no mueve un músculo para intentarlo. Se fue directo al fondo. Se habría ahogado de no ser por Violeta que la vio y la salvó.

—¿Lo dices en serio? —Los ojos de Alissa se abrieron como platos—. ¿Violeta salvó a Lucy?

—Aunque no lo creas —Matt sonrió—. A partir de ese día mi padre la tiene en la más alta estima. Y ni qué decir de nosotros.

—Ahora entiendo que permitan a esa fiera pasearse a sus anchas.

—Sólo se mantiene en los terrenos que le tenemos permitido, es un animal salvaje, no hay que olvidarlo. Sólo que es un animal salvaje amistoso —añadió, observando con una sonrisa cómo la felina se adentraba una vez más entre la maleza cuando ellos llegaron a los linderos que colindaban con los terrenos de las plantaciones.

—¿Y qué pasa si entra en zona prohibida?

—No lo hace.

—¿Y si llegara a hacerlo?

—Entonces, sencillamente la sacaríamos de allí y la llevaríamos a los terrenos que le corresponden. Pero es bastante lista, créeme.

—Violeta... Extraño nombre para un jaguar.

—Se le ocurrió a mi madre. El día que Lucy apareció con ella, traía un ramito de violetas en la mano y la jaguar intentaba arrebatarlo entre juegos.

Alissa soltó una risita, imaginándose la escena. Esa pequeña Lucy era especial, sin ninguna duda.

De pronto, las tripas de Alissa sonaron, protestando por la falta de comida. Matt, que había mantenido el brazo rodeando su cintura, se tensó.

—Demonios, tienes hambre —dijo con voz gruesa, preocupado.

—Tranquilo, ni que fuera a morir de inanición.

—No debí alejarte tanto tiempo de casa o al menos debí llevar una cesta con comida.

—Matt, no pasa nada. Es en serio.

—¿Te apetece ir a casa de mis padres a comer? Es seguro que se alegrarán de vernos y será más rápido que llegar a casa a preparar algo.

—Seguro, me encantaría. Así podré ver a papá también, quiero devolverle el último libro que me prestó.

—Bien, en marcha entonces —Matt espoleó el caballo para apurar el paso, poniéndose en

camino hacia La Guadalupeana.

★ ★
★

Alissa se sorprendió de lo bien que encontró a su padre. John lucía como si hubiese rejuvenecido varios años en esos pocos días. Alissa se sintió muy contenta por ello y no dudó en demostrarlo dedicándole un abrazo enorme a su padre.

Se sentaron a comer en el enorme comedor, donde todos compartían una alegre algarabía. Incluso Richard, que siempre le había parecido a Alissa un poco serio en comparación al resto de los miembros de su familia, charlaba animado con los demás.

Alissa se sorprendió cuando Lucy decidió tomar asiento a su lado. Había notado antes que se llevaba muy bien con Matt, pero nunca imaginó que la pequeña sentiría especial aprecio por ella y eso le encantó tanto como saber que se había hecho muy buena amiga de las hijas de Fanny. Lucy se dejaba llevar de las manos de las pequeñas Karen y Ariel, no se separaban ni para sentarse a comer.

—Cariño, ¿pero qué te ha sucedido en el ojo? —preguntó Alissa al notar que Ariel tenía una marca morada en el ojo—. ¿Te has caído?

—Esta pequeña ha sido muy valiente —contestó por ella Lupita—. Al parecer unos niños del rancho vecino se atrevieron a decir algo contra Lucy y la pequeña Ariel salió en su defensa y el pleito llegó a los golpes.

—Yo gané —sonrió Ariel, orgullosa de sí misma—. O bueno, casi lo hago. Pero la próxima vez lo haré. Roxie me prometió enseñarme unas llaves infalibles.

—¿Llaves? —Alissa fijó los ojos sobre su cuñada, quien de pronto se había puesto muy colorada y apartaba la vista, lejos de los ojos fijos de su madre sobre ella.

—Es una técnica de lucha —explicó Nathaniel, sentado a un costado de Roxie—. Roxanne es la mejor luchadora de la zona, aunque a mamá no le agrade la idea de que su hija sea una marimacha.

—¡No soy una marimacha!

—¡No es una marimacha! —exclamaron al mismo tiempo Lupita y Roxanne.

Alissa apretó los labios para no soltar una risita, pero todos los demás en la mesa soltaron carcajadas, incluido su marido.

—Marimacha o no estoy orgulloso de mi Roxie —opinó Zalo, sentado en la cabecera al otro extremo de la mesa—. Es igual a mi Lupita a su edad. Recuerdo una ocasión en la que aparecieron unos ladrones de caballos por El Janto. Lupita salió a perseguirlos ella sola y eso que tan sólo tenía quince años. Como no llevaba lazo, se le ocurrió detenerlo a pedradas ¡y fue así como derribó a dos de sus monturas! Y al tercero que consiguió escaparse, lo hallaron malherido en el pueblo y lo pudieron aprehender. Todo gracias al brazo de lanzador profesional de béisbol de mi hija.

—Papá, luego hablamos de eso —masculló Lupita entre dientes.

—No lo dudo, mamá tiene la mano más pesada de México ¿o no, Jake? —opinó Cedric—. Siempre tuvimos miedo de que mamá nos pillara en una travesura. Preferíamos los azotes de papá

a la mano dura de mamá... ¡ay! —chilló, sobándose la coronilla, donde Lupita acababa de darle un buen zape—. ¿Lo ven? ¡Mano de hierro!

Todos saltaron en nuevas carcajadas, esta vez Alissa incluida.

—Está bien, Lupita, es motivo de orgullo tu gran tesón. Siempre fuiste la envidia de todas las damas inglesas y no dudo que lo continúes siendo, por haber logrado atrapar al evasivo Richard Collinwood. Sólo una mujer con tu gran espíritu y fortaleza habría conseguido meter en carril a este perdido del mundo —John palmeó con cariño el hombro de su amigo.

Richard sonrió abiertamente.

—¿Es que lord Collinwood era de los caballeros difíciles? —preguntó Alissa, con curiosidad.

—Le decían el reloj de arena —comentó John.

—¿Y eso por qué? —preguntó Roxie, mirando a su padre con una sonrisa divertida en los labios.

—Porque no importaba qué hicieran para retenerlo, siempre terminaba esfumándose, igual que los granos de arena.

Nuevas risas invadieron la mesa.

—El reloj de arena y mano de hierro, ¡buena pareja la de nuestros padres! —opinó Will entre risas.

—Ya basta, cambiemos de tema ¿quieren? —masculló Richard, ocultando su sonrisa tras su copa de vino.

La señora Willson y Fanny llegaron en ese momento desde la cocina, llevando varios platillos surtidos que colocaron en el centro de la mesa, como era la tradición. Ambas saludaron con singular alegría a Alissa. Ante la insistencia de Lupita, ambas se sentaron en la mesa a compartir con ellos la comida.

Unos minutos más tarde Anne Marie apareció en el comedor. Estaba algo roja y Alissa se preocupó de que el calor le estuviera haciendo mal, pero la mujer se alegró tanto al verla, que a Alissa le quedó claro que era su buena salud la que estaba haciendo mérito en su piel y no la temperatura de la zona.

Fue una tarde muy alegre para todos, pero en especial para Alissa. No recordaba haberse reído tanto en años, compartiendo con tantas personas sin sentirse en ningún momento ofuscada ni presionada, conviviendo en familia. Una gran familia como había deseado toda su vida.

Ni siquiera recordó la silla de ruedas hasta que llegó el momento de pasar a la terraza para continuar charlando con un buen café y una nieve de limón y de mango que había preparado Calita.

Mientras se repartían las tazas de café y los platillos con helado y galletas, John llevó a Matt aparte.

—Dime hijo, ¿cómo se ha encontrado Alissa? No he querido entrometerme entre ustedes, pero la preocupación me mantiene insomne. Debo admitir que prácticamente he tenido que atarme las manos a la cama para evitar ir a verlos.

—No se preocupe, John. Alissa es más fuerte de lo que parece —Matt fijó la vista en el sitio donde se hallaba su mujer, riendo al lado de Lupita—. Lo está haciendo muy bien. Confíe en ella, no tiene nada de qué preocuparse.

—No sabes la alegría que me da escuchar esas palabras —una sincera sonrisa se dibujó en los

labios de John—. Te agradezco tanto que hayas hecho todo esto por ella. No tengo modo de decirte lo mucho que esto ha significado para Alissa, para nosotros...

—No tiene nada que agradecer, lo hago con gusto. La amo, John. No importa lo que haya pasado entre nosotros, siempre la he amado y haría lo que fuera por ella.

—Lo sé —John apoyó una mano en su hombro, en un gesto cariñoso—. Siempre supe que entre ustedes había algo más que una simple amistad, pero nunca imaginé que sería un amor tan profundo. La verdad, me alegro de haberlo descubierto.

—¿Entonces... lo sabía? —las cejas de Matt se arquearon, sinceramente sorprendido.

—¡Por supuesto que lo sabía! Sólo un ciego no se habría dado cuenta de la forma en que ambos se miraban. Prácticamente saltaban chispas.

Matt soltó una carcajada.

—¿Y por qué nunca dijo nada, John? Nos habría evitado un sinfín de dificultades.

—No hay nada mejor en el amor, que el suspenso de lo prohibido —una risita traviesa emergió de la garganta de John—. Además, temía que de intervenir, alguno de los dos se pusiera nervioso e hicieran alguna tontería como fugarse. Tú eres un buen muchacho, siempre lo fuiste. Sabía que nunca la lastimarías, mientras tú poseyeras el corazón de mi hija, sabía que estaría a buen resguardo.

—Y le puedo asegurar que lo sigue estando, John. Alissa es mi vida.

Las lágrimas iluminaron los ojos de John. Incapaz de pronunciar otra palabra, lo abrazó.

—Me dejas tranquilo, hijo. Nunca imaginarás, quizá hasta el día que tengas a tus propios hijos, el peso que tienen en mi corazón las palabras que acabas de decirme. Me has colmado el corazón de dicha.

Matt sonrió, abrazándolo también.

—Por favor, John —Matt le dijo cuando se hubieron separado—, nuestra casa es suya también. Es bienvenido cuando a usted le apetezca visitarnos. O bien podría mudarse con nosotros.

—Ni hablar de ello, Matt. Los recién casados necesitan su propio espacio. Es por ello que no he permitido a la señora Willson que se inmiscuya más allá de las tareas necesarias. Esa mujer quiere tanto a Alissa como una segunda madre y tiende a consentirla demasiado. Prácticamente también he debido atarla a esta casa para que no acuda a verla a cada oportunidad que le surja. Alissa necesita un poco de libertad y una mano cariñosa pero firme, como la tuya. Sé que tú harás milagros con mi hija.

—Alissa hará los milagros por sí sola —le aseguró Matt—. Ella es fuerte, John. Saldrá adelante. Ya lo verá.

—Así lo espero, hijo —suspiró, dedicándole una mirada cariñosa a su hija—. Así lo espero.

—¡Hey, par de extraños, vengan aquí! —los llamó Alissa—. Tienen que probar el helado, está delicioso.

—Mejor nos damos prisa —dijo Matt, llevando a John con él por el hombro—. Roxie es capaz de zamparse todo el helado de una sentada.

—¡Matthew Collinwood, me haces lucir como una glotona! —replicó la joven, terminando de servirse un enorme plato con helado.

—Lo eres —replicó Matt. Roxie, como respuesta, le lanzó una galleta que su hermano esquivó

a tiempo y fue a caer en el regazo de Nathe.

Nathaniel, lejos de enojarse, se la metió a la boca y se la comió.

—¿Me puedes tirar otra, Roxie? Están deliciosas.

—¡Roxanne, no lances la comida! —gritó Lupita, desde el otro extremo de la mesa, dejando a su hija con la mano estirada sobre la bandeja con galletas—. Y tú, Nathe, ponte de pie y toma la comida por ti mismo. Me ha costado un infierno educarte para que te comportes como un maldito perro.

—¡Lupita! Cuida tu lengua, niña —gruñó Calita, reprendiendo a su hija como si realmente fuera una niña.

Surgieron nuevas risas entre los comensales a las que se unieron John y Matthew, tomando asiento a cada costado de Alissa.

A ALISSA LE ENCANTÓ EL POSTRE, no sólo resultaba refrescante, perfecto para el calor, sino que era delicioso, se derretía en la boca y dejaba un granulado dulce de frutas que resultaba exquisito.

De pronto escuchó pasos en el pasillo. Raúl apareció por la puerta, acompañado por dos hombres vestidos de vaquero. Por el rabillo del ojo notó que el rostro de Anne Marie se encendía como un tomate antes de que su prima apartara la vista del recién llegado.

Raúl, con la vista fija todavía en la mujer, tardó un par de segundos en reaccionar y comenzar a hablar, con los ojos de todos los presentes puestos sobre él.

—Señor, podría hablar con usted en su despacho —dijo Raúl al fin, apartando los ojos de Anne Marie.

—¿Qué ocurre, Raúl? —preguntó Alexander, tomando la palabra.

—Los García nuevamente —los ojos de Raúl sacaban chispas—. No lo molestaría por culpa de esos bast... mal nacidos —cuidó su lengua—, pero me envió mi padre. Dice que usted, señor Collinwood, le exigió darle aviso cuando ellos volvieran a hacer de las suyas. Y esos tipos dicen que sólo aceptarán tratos con usted.

—¿Tratos de qué tipo? —bramó Jake—, esos tipos se meten en nuestros terrenos como si fuera su casa ¿y pretenden querer pactar con nosotros? ¡Démosles de una buena vez lo que se merecen y dejémonos de tonterías! —Cedric, su hermano gemelo, apoyó una mano sobre su hombro para calmarlo. Alissa no dudó que fuera necesario, ese Jake parecía tan fácil de encender como dinamita.

—Hay damas presentes, Jake —le dijo su hermano—. Hablemos afuera, ¿quieren?

—No hace falta, lo que ustedes digan bien podemos escucharlos todos. No somos de cristal por ser mujeres, no nos vamos a romper —intervino Roxie—. Anda, papá. Vamos a ver qué pasa.

—Vamos, pero tú te quedas aquí —le dijo Richard, señalándola con un dedo severo.

—Pero...

—Nada de peros —intervino Lupita, sus ojos oscuros tan brillantes como los de su hija—. Te quedas aquí y se terminó la discusión.

—Calma, hermanita. Te contaré a detalle cómo pateamos en las bolas a esos tipos —le dijo Nathe a su hermana menor.

—¡Nathaniel! —chilló Calita, indignada.

—Puedo decir todas las palabrotas que quiera en inglés y no pasa nada, pero justamente digo bolas en español y ella me escucha —masculló Nathe de mala gana, siguiendo a sus hermanos en dirección a la puerta.

—No seas grosero con tu abuela —Lupita le dio un zape a su hijo menor, siguiendo a la comitiva hacia la puerta.

—¿Te importa si los acompaño? —Matt le preguntó a Alissa en voz baja cuando se quedaron a solas en la terraza—. Es algo así como un asunto entre hermanos.

—No tienes que explicármelo, Matt. Sé que ustedes son tan unidos para este tipo de cosas como los eslabones de una cadena, eran iguales en Inglaterra. Anda, ve con ellos —le dedicó una sonrisa dulce—. Sólo ten cuidado, ¿quieres? Regresa en una sola pieza.

—Tranquila, con mis hermanos nos cuidamos las espaldas mutuamente. No pasará nada —la besó fugazmente en los labios antes de ponerse de pie.

Juntos llegaron a la entrada de la casa, donde aguardaban los miembros femeninos de la familia. Ya montados sobre sus caballos se encontraban los otros seis muchachos Collinwood y su padre, además de Zalo, Raúl y los dos vaqueros que lo habían acompañado.

—Madre, por favor, cuida de Alissa —le pidió Matt a Lupita al salir, poniendo con cuidado el freno en la silla de ruedas de su mujer.

—No te preocupes, amor. Estaré bien sin ti por unas horas, no te preocupes —le dijo Alissa, estrechando su mano con cariño—. Anda, date prisa o se marcharán sin ti.

Lupita sonrió, compartiendo con su hijo un gesto sin palabras que pasó desapercibido para Alissa. Matt partió tranquilo entonces. Subió a su caballo y tomó las riendas. Charly hizo ademán de seguirlo, pero Matt lo detuvo con un gesto de la mano.

—Tú te quedas a cuidar de tu mamá —le dijo con voz severa.

Alissa soltó una risita. Ahora era la madre de un lobo. Asumió que Charly no haría caso a su dueño, acostumbrado a seguirlo a todas partes, por lo que se sorprendió bastante cuando el animal giró y se dirigió directo hacia las escaleras y se echó a su lado, obedeciendo la orden de su amo.

Matt tocó la punta de su sombrero, un saludo de respeto para ella, y puso al galope su montura a al mismo tiempo que sus hermanos. Una nube de polvo se levantó en el camino al paso de los caballos. Los Collinwood lucían imponentes sobre sus monturas, cada uno tan gallardo como el otro, unidos y feroces, dispuestos a defender su nombre y su propiedad como los vaqueros que eran.

Y Alissa no pudo sentirse más orgullosa de su marido, formando parte de ese grupo selecto de Hércules modernos.

—Vamos linda, no sirve de nada quedarnos aquí esperando de brazos cruzados a que vuelvan —le dijo Lupita, llevándola de nuevo al interior de la casa.

—Eso es cierto, ¡sería mejor poner manos a la obra y partir con ellos! —replicó Roxie.

—Volverán en menos de un parpadeo, ya verás —continuó diciendo Lupita, ignorando a su hija—. Ya lo verás, linda. Siempre es así.

Avanzaron por un corredor lateral hasta el patio posterior de la hacienda. Alissa pudo disfrutar de la belleza de la casa. El patio empedrado, rodeado de columnas, era muy cómodo. Gracias a

que le daba la sombra, se sentía una temperatura agradable allí. Varias jaulas de canarios colgaban de los muros, protegidas de cualquier rayo de sol por las columnas y arcos que decoraban toda la hacienda. Varias macetas con flores de vivos colores rodeaban el patio, en cuyo centro una hermosa fuente de agua alegraba el ambiente con su chapoteo. El resultado era una alegre combinación de sonidos apaciguadores. Hasta el más nervioso se habría sentido en calma en ese sitio de paz.

Más allá se encontraba el jardín. Uno de los más hermosos que Alissa había visto jamás. Protegido por la parte final de la enorme casa, plantas de aspecto más delicado para ese clima caluroso crecían con libertad. Una enredadera de rosas subía por una columna hasta el segundo piso, colmada de sus hermosas flores, llenaba el ambiente con su exquisita fragancia. Más allá se abría paso una extensión enorme de pasto. Un par de columpios colgaban de un arco construido con esmero, junto a una resbaladilla y un parque de recreo con arenero y sillitas para tomar el té. En una extensión lateral de ese mar verde esmeralda pastaban libres un par de ponis. Una enorme piscina dominaba el espacio, rodeada por unas cuantas sillas y una mesa de jardín redonda muy grande, tanto que Alissa supuso que podría haber competido con la del famoso rey Arturo. Varias hamacas colgaban plácidamente de árboles o entre las columnas de los pilares que formaban los arcos. Todo ello le daba la imagen de un ambiente hogareño, lleno de vida y de risas. Esa era una familia alegre y unida, sin ninguna duda. Un hogar lleno de cariño. Tal como ella había soñado,

—¿Te gustaría probar un poco más de nieve de limón? —le preguntó Calita, acercándose a ella con gesto afable—. Creo que te hará bien, luces un poco pálida.

—Eso es porque es inglesa, abuela, y pasó siete años encerrada en una casa —dijo Roxie—. No esperarás que tome un color sano en dos días.

—¡Roxanne! —la reprendió Lupita—. No seas grosera.

—No dije nada que no fuera cierto —Roxie frunció el ceño.

—No me busques señorita o me vas a encontrar —los ojos de Lupita se encendieron como carbones en llamas.

—Lo siento, Alissa, no quise ofenderte —le dijo en inglés, a pesar de que Alissa no tenía ni la menor idea de lo que habían dicho—. Tranquila, pronto tomarás un color saludable, con este sol sería imposible de otro modo. Y creo que harías bien en comer un poco más de la nieve de mi abuela, yo misma te traeré un poco —le dijo en un tono muy dulce, sinceramente arrepentido.

Salió corriendo a la cocina y pronto regresó con un plato lleno de las dos nieves de mango y limón y se lo puso a Alissa en las manos antes de darle un beso en la mejilla.

—Gracias —Alissa sonrió, sorprendida por el gesto.

—De nada —contestó Roxie con una sonrisa sincera, antes de alejarse rumbo a los jardines.

Las niñas jugaban en el césped, montando a turnos el poni blanco de Lucy, acompañadas por Roxanne y Fanny. La señora Willson hablaba sin parar con Calita, Alissa no entendía cómo dos mujeres que no compartían el mismo idioma podían entenderse tan bien, pero ambas mujeres se habían hecho amigas y de algún modo que ella todavía no conseguía descifrar, ambas conseguían entenderse.

Alissa, charlando con John, Anne Marie y Lupita sobre los arreglos que le harían a la cabañita, conversaban sin parar, Alissa apenas atenta a sus palabras, más preocupada por el regreso de su

marido.

—Tranquila, hija. Matt estará bien. Ahora que tú has vuelto, no dejaría que nadie le hiciera nada e impidiera que algo vuelva a alejarte de su lado.

Lupita repitió lo que la anciana dijo en inglés. Alissa sonrió agradecida.

—Es usted muy amable, Calita. Sólo espero que él regrese pronto, lo extraño ya.

Lupita hizo lo propio con su madre y ahora fue Calita quien sonrió.

—Me alegra que sea así. Matt te quiere muchísimo. Te ha esperado todos estos años, yo creo que en el fondo de su corazón siempre supo que tú no te habías ido para siempre —suspiró—. Espero que ahora que la felicidad ha vuelto a su vida, también lo haga la risa y la música. Extraño la extraordinaria manera que Matt tiene para tocar la guitarra.

Lupita, con un dejo de tristeza en la voz, repitió lo que su madre dijo.

Alissa sintió esas palabras como piedras en el corazón. Sabía que la anciana no había tenido la intención de herirla, pero no por ello le resultaba menos doloroso haberle causado tanto pesar a Matt.

—¿Has planeado traer algo de tu antigua casa al Ángel? —le preguntó Lupita, sacándola de sus pensamientos.

—¿Al qué...? —preguntó Alissa.

—El Ángel —repitió Lupita, esta vez en inglés—. Es así como Matt nombró al rancho de ustedes, ¿no te lo dijo?

Alissa abrió los ojos como platos, sintiendo un nudo en la garganta. El ángel. Ángel. Como él la llamaba...

—No, no lo hizo... —contestó casi sin voz, sintiendo que las lágrimas le escocían los ojos.

—Oh, cariño, ¿te encuentras bien? —le preguntó su padre.

Lupita, preocupada, le palpó la frente.

—¿Te sientes indispuesta?

—Será el calor —opinó John.

—Sólo me siento un poco cansada —contestó Alissa, secando de forma apurada las lágrimas con el dorso de su mano—. Si no le molesta, me gustaría ir a casa.

—¿No preferirías quedarte aquí, querida? —preguntó su suegra, preocupada.

—No hace falta —Anne Marie salió en su rescate—. Yo puedo acompañarla a su casa. Me quedaré con ella hasta que Matt regrese.

Alissa le dedicó una mirada agradecida. Sólo Anne Marie la conocía lo suficientemente bien para saber que prefería estar sola en momentos como esos, cuando las emociones la embargaban.

—Bien, creo que será lo mejor —opinó John, sospechando el sentir de su hija—, pero por favor, Anne Marie, cualquier cosa nos avisas de inmediato.

—Por supuesto, tío. No tiene de qué preocuparse.

—Llamaré a uno de los peones para que enganche el carro —dijo Lupita, poniéndose de pie.

—Y yo te pondré algo para la cena —la señora Willson se levantó a su vez—. Debes alimentarte bien, querida.

Pronto todos estaban de pie, cada uno ayudando a Alissa a su manera. Ella lo agradecía enormemente, pero todo cuanto podía desear era estar ya en su casa, tranquila y sola.

Habían sido demasiadas emociones para un solo día, no sabía si era el calor, el ejercicio, la compañía de tantas personas después de pasar tantos años en solitario, pero de pronto se sentía profundamente cansada.

Aunque algo en su corazón le decía que ese pesar era ocasionado por otro motivo, la culpa. Una culpa que cada día se hacía más intensa en su corazón por saber el daño que ella le había ocasionado a la persona que más amaba en el mundo.

★ ★
★

Ya en casa, Alissa se sintió algo más relajada. Anne Marie la andaba rondando, atenta a cada una de sus necesidades.

—Por favor, Anne Marie, no necesito nada. Hazme caso y regresa a casa con el cochero, te aburrirás horrores conmigo aquí sola.

—Nada de eso. Pondré a hervir un poco de agua y prepararé té. Estoy segura que te hará muy bien.

—Te lo aseguro, no es necesario. Sólo quiero acostarme un rato y pensar.

—Bien, te ayudaré a acostarte y no te molestaré. Me sentaré en el salón con Charly y no haré ningún ruido. Me he traído el bordado...

—No, está bien —Alissa forzó una sonrisa. Anne Marie sólo intentaba ser amable con ella. No era su culpa que cargara con tanto pesar en su corazón—. ¿Te gustaría jugar algo? Tal vez ajedrez.

—Me encantaría —el rostro de Anne Marie se iluminó.

Alissa sonrió, acercándose al baúl a los pies de la cama donde había visto que Matt guardó el ajedrez la noche anterior. Se inclinó a abrir la tapa y Anne Marie se apuró en ayudarla. Su prima dejó caer la tapa contra la cama y buscó la caja de madera del juego. Al hacerlo, movió una manta que cubría el resto del contenido del baúl. Alissa abrió al máximo los ojos al notar que se trataba de la guitarra de Matt.

—Espera... —la detuvo antes de que Anne Marie cerrara la cubierta. Se inclinó y tomó la guitarra. Al hacerlo, un cuaderno de bolsillo se vino con ella y cayó al piso, abierto en el centro de sus hojas muy gastadas.

—¿Qué es eso? —preguntó Anne Marie, tomando el encuadernado de cuero del piso.

—No tengo idea —Alissa estiró el cuello para alcanzar a ver por encima del hombro de su prima. Reconoció esa letra al instante de verla. La letra de Matt.

—Y tengo que aguantar que tú te vas. Y tengo que aguantar vivir sin ti. Soportar esta soledad. Saber que tú nunca volverás... —leyó una de las páginas al azar. Anne Marie se llevó una mano al pecho, absorta en las palabras escritas—. Es muy hermoso. Y hay más. Cientos de poemas... o canciones. No sé lo que son —comentó Anne Marie, pasando con delicadeza las páginas—. Tal vez sean canciones y por eso hayan estado con la guitarra... ¿Alissa, qué sucede? —se preocupó al notar que los ojos de su prima se habían llenado de lágrimas.

—¿Puedo verlo?

Anne Marie asintió y le entregó el cuaderno sin dudarle.

Alissa, con los ojos llenos de lágrimas, comenzó a leer.

—Yo... eh... Iré a preparar el té —dijo Anne Marie, nerviosa, decidiendo dejarla a solas. Era lo mejor.

Alissa ni siquiera notó cuando Anne Marie se marchó a la cocina, demasiado absorta en las palabras que estaba leyendo. Las palabras que habían sido escritas por Matt en sus días de soledad, cuando él la creía muerta... Cartas, canciones, poemas, todas esas hermosas palabras de amor escritas para ella. Lo sabía porque su nombre resaltaba en cada página escrita por él.

A su manera le siguió escribiendo las cartas que siempre habían compartido, una forma que él debió encontrar para comunicarse con ella a su propia forma.

—No escuchaba tu voz en el viento —recordó que él le dijo en una ocasión.

Pero él intentó encontrarla igual. Él le escribía a pesar de que ella nunca leería sus cartas, le hablaba, esperando que ella lo escuchara a su manera, que el mismo viento que le negaba escuchar su voz, llevase la suya al cielo y le dijera que todavía la amaba y la extrañaba.

Él escribía cómo la buscaba en el viento y nunca escuchaba su voz. Le preguntaba el motivo de su abandono...

Alissa, con lágrimas recorriendo por sus mejillas, se asomó al interior del baúl. En él encontró más de lo que nunca imaginó. Guardadas prácticamente con devoción, cada una de las cartas que ella le había mandado, no sólo durante su estadía en México, sino durante los lapsos que pasaban separados viviendo en Inglaterra, cuando eran jóvenes. También estaba su retrato, el mechón de cabello que ella le había dado, el guante de seda que él en una ocasión le robó como una galantería que a ella le pareció encantadora y cada uno de los recuerdos que alguna vez habían compartido. Todos guardados como tesoros en ese cajón de madera. Y con él la guitarra... Ahora comprendía lo que Calita le había dicho. Matt no había vuelto a tocar desde que la creyó muerta, Las cartas bien cuidadas, sus recuerdos, todo ahí, como un tesoro de ella. Él la esperó. Todos esos años la conservó a su manera.

Las palabras de Matt volvieron a ella, acechándola como un feroz cuervo decidido a desgarrar su adolorido y atormentado corazón. Matthew había estado muy solo. Lo vio prácticamente en su soledad, sentado bajo las estrellas, intentando escuchar en vano su voz en el sonido del viento.

Las fuerzas le fallaron y cayó como un peso muerto sobre el borde del baúl, haciéndose daño en la barbilla. Pero no le importó, todo cuando podía pensar era en el daño que le había provocado a Matthew con su mentira, con su cobardía.

Anne Marie apareció corriendo al escuchar el golpe. Reprimiendo un grito, corrió hasta ella y la ayudó a levantarse, pero Alissa no respondía.

Conmovida hasta el alma por el dolor que había ocasionado sin querer a su amado, Alissa sólo podía llorar. Llorar y llorar.

Fue una tonta por creer que él no la extrañaría, una egoísta. Le mintió asumiendo que sería lo mejor para él, pero sólo fue para protegerse a sí misma, su vergüenza, su propio dolor, sin detenerse a pensar en el que le provocaría a él.

El daño que todavía pensaba hacerle, sin proponérselo, si se marchaba. Había planeado hacer lo mejor para él. Pero ahora se daba cuenta que sólo le volvería a romper el corazón. Y no podía perdonarse por ello.

Matt llegó en ese momento acompañado por Raúl. Al ver la situación se asustó, corrió a ayudar

a Anne Marie con el cuerpo inerte de su mujer y lo subió cuidadosamente a la cama.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó, al tiempo que intentaba hacer reaccionar a su mujer—. ¿Qué le has dicho?

—¡Matthew! —la voz de Raúl retumbó en la habitación—. No acuses a Anne Marie de algo que no tiene la culpa.

—¿Por qué se ha puesto así, entonces? —los ojos de Matt sacaban chispas.

—Matthew, te aseguro que no lo sé —contestó ella—. Yo la dejé sólo un par de minutos en lo que preparaba el té... No tengo idea de qué sucedió.

—Trae algo para limpiarla —bramó Matt, furioso, observando impotente cómo su mujer no dejaba de sangrar por la barbilla.

—No le hables así, no es tu criada y no tienes derecho —intervino Raúl, pero Anne Marie ya corría a la cocina en busca de un paño limpio—. ¡No concibo la idea de que tú puedas tratar a una mujer como lo acabas de hacer!

—Ahora no, Raúl —la voz de Matt era una gruesa amenaza.

—¡No voy a permitir que le faltes el respeto a esta señorita!

—Si no te gusta, te puedes largar —Raúl iba a responder pero Anne Marie llegó en ese momento y entregó el paño a Matt. Él lo tomó con brusquedad y comenzó a limpiar la barbilla de su mujer, que no dejaba de llorar, ida en su propio dolor.

—Debemos llamar a un médico —sollozó Anne Marie—. Iré yo.

—No. Iré yo —siseó Raúl—. De todas formas no puedo permanecer en esta casa otro segundo más. Y tú vienes conmigo.

Anne Marie no le hizo caso, absorta en su prima.

—Matt, sé que no me crees, pero te aseguro que no sé qué le ha sucedido a Alissa —continuó diciendo Anne Marie—. Estaba bien, y entonces encontramos esto —le dijo señalando el cuaderno aferrado entre los dedos de Alissa—. La dejé a solas, suponiendo que quería privacidad para leer tus... cartas. No sé qué sucedió. Por qué se puso así de mal de repente —ella se calló al notar que los ojos de Matt se abrían de par en par, iluminados con la luz del entendimiento.

—Déjalo. Él no entiende razones por ahora —musitó Raúl, tomando a Anne Marie por el brazo—. Vamos, te llevaré a casa de camino al pueblo. Alissa necesita un médico.

—Espera —Matt se giró hacia Anne Marie. Inspirando hondo, la miró a los ojos, posando una mano sobre su hombro—. Anne Marie... lo siento. Lo siento mucho. No debí tratarte de ese modo.

La mujer se estremeció, negando enérgicamente con la cabeza.

—Está bien. Tú me conociste antes... Yo también habría asumido lo mismo —bajó la vista—. Por favor, cuida de ella, Matt. Cuida de ella... —su voz se quebró—. No sé qué le sucede. No la había visto así desde el día en que se enteró de las consecuencias del accidente.

—Tranquila, yo cuidaré de Alissa Raúl, por favor, asegúrate que Anne Marie llegue con bien a casa.

Raúl asintió, manteniendo el gesto molesto en el rostro.

—Cuida de tu mujer, Matt. Si necesitas algo, manda al lobo a la casa grande. Entenderé el mensaje y estaré aquí en menos de un parpadeo.

—Gracias amigo —Matt inspiró hondo y se giró a su mujer—. Pero creo que estaremos bien a

solas.

Raúl estrechó por los hombros a Anne Marie en un gesto protector que encendió sus mejillas, y la sacó de la habitación. No entendía mucho, pero se hacía la idea. De todas maneras, lo mejor sería dejarlos solos y sacar a Anne Marie de en medio.

No entendía por qué ella se querría poner como blanco de las acusaciones de Matthew. Era prácticamente lo que había hecho.

Matt no escuchó la puerta al cerrarse, toda su atención se concentraba en su mujer.

—Se han ido ya —le dijo con voz suave, pasando un lienzo húmedo por su barbilla para secar lo último de la sangre—. Parece que la herida comienza a cerrar al fin. Si tienes suerte no tendrán que ponerte puntos.

Alissa no contestó, pero ya no lloraba. Lágrimas silenciosas caían por sus mejillas cuando sus ojos se posaron sobre el rostro de su marido.

—Matt, lo siento...

—No tienes que explicar nada —le dijo él, forzando una sonrisa despreocupada—. Al ver ese cuaderno he adivinado lo que te sucede —inspiró hondo, frunciendo el ceño en un gesto de enojo—. Mi caligrafía lanzaría al llanto a cualquiera.

Alissa no pudo evitar soltar una carcajada, más por lo imprevisto del comentario que por otra cosa.

—No, no lo niegues —se apuró a decir él—. Siempre sacaba lágrimas a mi madre. Fui al hijo al que más le costó enseñar a escribir.

Alissa rio de nuevo, negando con la cabeza.

—¿No estás molesto porque leí esto? —le preguntó con voz tímida.

—Me molesta que hayas tenido que leer tanta sarta de barbaridades. Me compadezco de ti, no sólo mi caligrafía, mi gramática y estilo de escritura dejan mucho que desear. Pero no sufras, mujer —añadió, secando una nueva lágrima que resbalaba por su mejilla—, en cuanto vaya al pueblo te encargaré unos libros decentes de poesía para que puedas leer sin soltarte a llorar.

—Matt, deja de decir esas cosas. Lo que has escrito aquí es bellissimo. Yo... —suspiró, acariciando con cariño las páginas—. Yo no sabía que sentías esto.

—¿No sabías que te amaba? —bufó él, intentando mantener el sentido de broma ligero en la conversación a pesar de que se veía tan atormentado como ella—. Ahora comprendo por qué no me quisiste llamar a tu lado en tu momento de necesidad. Pero no te preocupes, linda. Compensaré mi falta en adelante.

—Matthew, no es eso. Yo... Yo me equivoqué tanto... —sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas—. Nunca debí mantenerte lejos de mi vida. Nunca debí suponer que tú... que tú no me querrías al enterarte de mi accidente —se le quebró la voz.

Él no pudo mantener la máscara más tiempo. Se inclinó y la estrechó entre sus brazos, en un abrazo lleno de amor.

—Sí, cariño, te equivocaste. Tienes razón en cuanto a eso. Nunca te habría dejado de amar sólo por ese estúpido accidente. Pero no es algo de lo que quiera conversar ahora, de hecho no me

gustaría volver a tocar el tema. Estamos juntos ahora, es todo cuanto importa.

Alissa negó con la cabeza, separándose de su abrazo para verlo a los ojos.

—Tenía tanto miedo, Matt... No podía soportar que tú me repudiaras.

—Nunca te habría repudiado, Alissa.

—No, no abiertamente. Pero lo habría visto en tus ojos: el rechazo, el asco, tu compasión. No más amor. Y eso no habría podido soportarlo. Nunca imaginé que era yo la que te causaría el mayor daño con mi cobardía. Debí dejarte decidir a ti, no imaginar lo que tú pensarías, ¡me equivoqué tanto, Matt! ¡Fui una tonta!

—Deja de decir esas cosas, por favor —le dijo con voz suave, tratando de ocultar su preocupación. Nunca había visto a Alissa tan mal.

—¿Por qué eres tan bueno conmigo? ¿Por qué, si yo no te he causado más que dolor?

—¿De dónde sacas esas ideas tan tontas? —bromeó él, besándola en la punta de la nariz—. Si me trajeras dolor no te habría obligado a volver a mi lado, ¿no lo crees? Eres la mujer que amo. Siempre te amaré. Es ése el motivo por el que te quiero junto a mí —con ternura acarició su mejilla, secando las lágrimas que resbalaban por ella—. Tú nunca podrías traer dolor a mi corazón.

—¿Y esto? —ella alzó el cuaderno, su voz crispada por la mortificación—. Matt, lo que te hice te causó mucho daño. Más daño del que yo misma sufrí. Más daño del que puedo imaginar —agachó la vista y comenzó a pasar las páginas—. Estabas tan solo. Tan perdido en tu propia aflicción.

Él tomó el cuaderno de sus manos y lo lanzó lejos.

—¡Matthew!

—Deja eso atrás —le dijo con voz grave—. No importa ya.

—¡Importa! A mí me importa —inspiró hondo, forzándose por contener las lágrimas—. De haber sabido Matthew, yo no te merezco. No he hecho más que traer problemas a tu vida, dolor...

—¡Deja de decir esas cosas! —él la tomó por los hombros. Deseaba zarandearla hasta que dejara de decir tantas barbaridades, pero le fue imposible. En sus ojos no veía más que sufrimiento, puro y sincero sufrimiento. Y arrepentimiento.

—Matt, por favor perdóname —hundió la cabeza en su hombro, soltándose a llorar—. No sabes cuánto lamento todo el daño que te causé. Te dejé solo, nunca me detuve a considerar tu opinión, sólo asumí que me abandonarías y quise ser la primera en hacerlo. Me sentía la víctima, nunca me detuve a pensar que podría ser tú quien saldría más dañado con todo esto, que podría ser yo quien causara el mayor dolor con mi propio sufrimiento ¡y justamente a la persona que más amo en el mundo!

—Ya basta, Alissa. No te martirices con eso —él tomó su rostro entre sus manos, obligándola a verlo a los ojos—. Eso está en el pasado. No tiene importancia ya.

—¡La tiene! Porque yo... porque yo pensaba dejarte.

Los ojos de él se abrieron al máximo. Esas palabras cayeron sobre él como una pedrada, un cubetazo de agua fría, un golpe en el estómago ante el cual no estaba preparado y le sacó todo el aire.

—No pienses mal de mí, por favor —continuó ella—. Sólo pretendía ayudarte. Asumía que mi

presencia sólo te traería dolor, que intentabas cumplir una vieja promesa, que realmente sentías culpa, no amor. Pero ahora sé que estaba equivocada —estiró una mano y acarició su rostro, secando una solitaria lágrima de sus ojos verde-azules—. Tú realmente me amas. Me amas tanto como yo a ti. Y has sabido demostrarlo siempre, a diferencia de mí. Y te juro, Matt, te juro que te compensaré el daño que te he causado. Pasaré cada día del resto de mi vida compensando el daño que yo te he causado. Por favor, perdóname, Matt. Por favor.

Matt la estrechó entre sus brazos, hundiendo la cabeza en su pelo. No podía hablar, todavía la conmoción lo embargaba. ¿Ella había pensado en dejarlo después de todo lo que habían vivido juntos?

—Perdóname Matt. Te lo suplico. Te juro que haré todo lo posible por enmendar mis errores. Por demostrarte que soy digna de ti, de tu amor —Matt escuchó su afligida voz llegar a sus oídos como si viniera desde otro mundo.

—Olvida eso, cariño. Olvida ya eso —le dijo al oído, sin dejar de abrazarla. Quería calmarla, aunque él esperaba explicaciones. Todavía se sentía aturdido por su revelación.

—Cuando tú estabas solo... Cuando intentabas escuchar mi voz en el viento... —musitó ella con la voz quebrada—, ¿qué hacías cuando nunca pudiste escucharme? ¿Creíste que te había abandonado, no es así? —había rabia en su voz, rabia hacia sí misma—. ¿Cómo podría perdonarme eso? ¿Cómo podré perdonarme todo el dolor que te he ocasionado?

—Porque yo te lo pido —contestó él, dejando a un lado su propio temor.

Alissa lloró hasta cansarse, aferrada a su hombro como si temiera que él fuera a desaparecer de repente.

Lentamente levantó la cabeza y lo miró a los ojos, su rostro pálido por el cansancio del llanto.

—Lo siento, mi amor. De verdad lo siento.

Él asintió, aunque en sus ojos todavía era claro el dolor.

—Prometo que cambiaré —añadió ella, afligida—. Que seré digna de ti.

—Eres digna, mi amor. Por favor, deja de decir eso.

—¿Qué puedo decir entonces para enmendar...?

—Que no me dejarás —contestó él, su voz salió antes de que pudiera contenerla, como un quejido de su propio corazón ante la razón.

Ella lo miró a los ojos, velados por las lágrimas.

—Sólo no me dejes, ¿quieres? —añadió él, apartando el rostro para que ella no lo viera llorar.

Antes de que él pudiera ponerse de pie, Alissa lo abrazó por los hombros y lo atrajo contra su pecho, acunándolo como a un bebé.

Matt se estremeció, ella sabía el dolor que guardaba su corazón. Acababa de asomarse a un pedacito de su alma con las palabras leídas en esas páginas. Sabía el gran tormento que había vivido. Que era él quien tenía derecho de llorar, pero que no lo haría, cerrado por su orgullo de hombre. Pero podía consolarlo. Brindarle un poco del afecto que todos esos años le había arrebatado.

Matt permaneció allí, su mejilla contra el pecho de ella, escuchando los latidos de su corazón. Sus ojos se habían nublado, pero no se permitía llorar. No frente a otra persona, ni siquiera ella. Nadie podía vislumbrar la debilidad del dolor que lo había atado esos últimos siete años.

—Te lo juro —dijo ella de repente, hablando con voz muy clara y firme.

Matt se alzó y la miró a los ojos. Alissa estiró la mano y secó una solitaria lágrima que resbalaba por su mejilla.

—Te juro que nunca te dejaré —añadió, forzándose por no llorar más—. Seré fuerte, valiente, igual que tú. Y permaneceré a tu lado hasta el último de mis días. Y ya no será ni siquiera la muerte quien nos separe. Vendré a ti con el canto del viento. No importa lo que pase, me quedaré a tu lado... siempre.

Matthew la abrazó, hundiendo enérgicamente la cabeza en su pelo.

—Dilo otra vez —le rogó, su voz quebrada en un estremecimiento que a ella le atravesó el corazón.

—Me quedaré contigo, Matt. Por siempre —repitió ella, sintiendo que las lágrimas volvían a brotar a pesar de su esfuerzo por contenerlas.

—Te amo tanto, Alissa —musitó en un sollozo apagado, sin dejar de abrazarla.

—Y yo a ti, Matt. Más que a mi vida —Alissa lo abrazó con fuerza, permitiéndole desahogarse como él nunca había podido hacerlo. Imaginó su dolor años atrás cuando llegó esa maldita carta con la noticia de su muerte. La soledad que debió embargarlo, la desesperación de ver todos sus sueños desvanecerse con unas líneas en el papel, y se odió a sí misma por todo el dolor que le había ocasionado.

Lentamente, como una letanía, le fue recitando todas las culpas que llevaba en el corazón. El dolor que atravesó al saber que no volvería a caminar, y que aunque de forma egoísta, tal vez, supuso que lo mejor para él sería dejarla ir, porque sabía que de enterarse de su accidente iría por ella.

Fue una tonta por creer que él la rechazaría por su condición. Él nunca lo haría. No el Matt al que amaba. Él la hubiera aceptado de todas maneras. Y quizá fue eso lo que más que otra cosa la llevó a actuar de ese modo, que no podía perdonarse el condenarlo a una vida con ella, sin detenerse a pensar que a lo que realmente lo estaba condenado era a la más absoluta soledad.

—Te prometo que cambiaré —añadió entre sollozos—. Por ti he decidido salir adelante, ¡lo haré por ti! Seré digna de tu amor, una mujer digna de ti. Me quedaré a tu lado y lucharé cada día para que no te arrepientas de tu decisión.

Matt la miró a los ojos.

—Me parece bien que luches, pero no que te quedes a mi lado por mí. Quiero que sea por ambos, porque tú también lo deseas.

—Oh, claro que lo deseo, Matt. No hay otra cosa que desee más en todo el mundo.

—Prométeme una cosa. Una sola cosa.

—Lo que desees.

—Nunca me dejes. Si surgen nuevas dudas, promete que hablarás conmigo antes de tomar cualquier decisión. Por más que la locura, porque eso es imaginar que no podría quererte a mi lado, te aceche de nuevo, jura que no te alejarás de mí.

—Te lo juro, Matt.

Él la abrazó de nuevo, y juntos permanecieron así, acostados en la cama, contentos con la sola presencia del otro, entregados en cuerpo y alma. Las palabras de esa promesa aún flotando en el

aire entre ambos, marcándose como hierro candente en sus corazones para siempre.

29

—NO ENTIENDO POR QUÉ permitiste que él te hablara así —le dijo Raúl, azuzando el caballo para ponerse en marcha. Anne Marie, sentada a su lado esquivó su mirada—. Actuaste como si merecieras que él te gritara.

—Quizá lo merezca.

—¿Estás mal de la cabeza? No hiciste nada malo.

—No, pero pude haberlo hecho.

—¿Estás escuchando lo que dices? Bien pudiste matar a alguien, pero no lo hiciste. No por ello permitirás que te culpen de un crimen.

—No dije que fuera culpable, sólo que tal vez merecía que él me gritara —lo miró con el ceño fruncido—. Tú no me conociste antes, Matt sí. Él sabe de lo que era capaz. De cuánto hice sufrir a mi prima.

Raúl exhaló, buscando calmarse, sin apartar la mirada de su rostro.

—Eras joven. Todos hacemos estupideces cuando somos jóvenes, no por ello cargarás con la culpa de tus actos toda la vida.

—No de cualquier acto. Un crimen, como has dicho, es algo que llevas sobre los hombros por el resto de tu vida.

—Si te refieres al accidente de tu prima, no fue un crimen, fue un accidente.

—Es lo mismo. Yo lo provoqué. Merezco que me griten, y mucho más.

—¿Hasta cuándo vas a dejar eso? Nadie te culpa. Alissa no lo hace, Matt me lo dijo. Ella no espera que te quedes a su lado toda tu vida.

Los ojos de Anne Marie se encendieron.

—¿Has hablado de mí con Matthew?

—Por supuesto, ¿cómo si no...?

—¡No te permito que te metas en mis asuntos! Mucho menos que hables con Matthew sobre mí o Alissa, ¿me has entendido?

Raúl detuvo el carruaje y se volvió de lleno a ella.

—Me importas, Anne Marie, y me meteré en lo que crea conveniente si ha de ser para ayudarte.

—¡No tienes ningún derecho de...!

—Lo tengo —la interrumpió él—. Eres mi mujer.

—No lo soy.

Los ojos de Raúl se volvieron dos rendijas.

—No estamos casados, no te debo nada —dijo ella a la carrera—. Te lo advertí desde un principio, no hay futuro para nosotros. Si no te gusta, aléjate de mí de una vez ¿quieres?

Él la miró largamente, el único gesto de su rostro era la tensión del músculo de su mandíbula.

—¿Es eso lo que quieres realmente, Anne Marie? —posó una mano sobre la suya—. ¿Que te deje en paz?

Ella apartó la mano.

—Sí... —contestó de la forma más firme que consiguió, a pesar de que la voz le salió trémula y acongojada.

—Anne Marie, escúchame —Raúl la tomó por los hombros, obligándola a verlo a los ojos—. Tú me quieres, por un demonio, sé que me quieres. Sé que deseas estar conmigo. Tanto como yo lo deseo.

—No puedo... No podemos.

—Cásate conmigo.

Los ojos de Anne Marie se agrandaron, sorprendidos.

—¿Qué?

—¡Cásate conmigo! —repitió él con vehemencia—. Te amo, Anne Marie. Quiero que seas mi esposa.

Los ojos de ella se humedecieron.

—No podemos casarnos, Raúl. Ya te lo he dicho...

—¡Tú tienes derecho a vivir tu propia vida!

—¡Yo le debo todo a mi prima! No la abandonaré.

—Bien, no la abandones. Pero no por ello le entregues toda tu vida. Deja un poco para mí —posó una mano en su mejilla, apoyando la frente contra la suya—, deja un trozo de tu corazón para mí, Anne Marie.

Anne Marie se estremeció, tenerlo tan cerca la hacía sentir plena, dichosa. Su calor la envolvía, protegiéndola de todo, del frío, de la lluvia, del mismo mundo. Habría dado lo que fuera por poder permanecer con él unida de así para siempre. Pero no podía... No podía.

—Lo siento, Raúl —recurriendo a toda su fuerza de voluntad se separó de él—. Lo siento, de verdad.

De forma apresurada bajó del carruaje y corrió a casa. Él la observó partir con los ojos enrojecidos. Anne Marie apartó la mirada, no podía verlo más o terminaría retrocediendo sobre sus pasos.

Lo amaba.

Pero nunca podría estar con él. Su vida ya no le pertenecía. Era de Alissa. El día que provocó ese accidente se condenó de por vida a pagar por su mal. Y pagaría hasta el último de sus días.

Al entrar en la casa por la puerta posterior, se sintió al fin con libertad de llorar. Buscando el refugio de la cocina, que sabía desierta a esas horas, entró sin fijarse en mirar antes. Por lo que al encontrarse a Zalo tomando una taza de café en la mesa de la cocina por poco pega un grito a

causa del sobresalto.

—Lo siento —se disculpó a la carrera, secándose las mejillas con el dorso de la mano—. No sabía que estaba aquí.

—Tranquila, hija, no pasa nada. Vine de visita —le dijo Zalo, sonriéndole de forma afable—. ¿Te ocurre algo, linda?

—No... —Anne Marie desvió la mirada. A paso trémulo se acercó al fogón y puso la tetera—. ¿Le gustaría tomar un poco de té?

—En realidad no le tengo mucha afición a ese brebaje —contestó el anciano—. Creo que me gustaba incluso más el remedio para borrachera que hacía mi madre, que en paz descanse. Y eso que contenía cucarachas.

Anne Marie dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia él, los ojos abiertos de par en par.

—¿Cucarachas? —repitió con incredulidad, asumiendo que había oído mal.

—Sí, cucarachas —contestó Zalo, riendo ligeramente—. Era el castigo de mi madre si te encontraba borracho. Y un buen método para hacerte vomitar todo el alcohol que habías ingerido.

Anne Marie no pudo evitar esbozar una mueca de asco.

—Oh vamos, no sabía tan mal. Al menos no tanto como el té —bromeó Zalo, tomando un sorbo de su café.

Anne Marie miró la tetera con otros ojos y la apartó del fuego.

—Creo que ya no tengo ánimo para el té.

—Lo siento, linda, ¿te he quitado las ganas de tomar una buena taza de té? —le preguntó, sinceramente preocupado.

—No, no es eso. Sólo... estoy cansada —mintió—. Y preocupada por mi prima. Se ha puesto muy mal hoy. Raúl... —la inspiración se le cortó al pensar en él. El dolor reflejado en su mirada cuando lo dejó—, él fue por el médico.

—¿Está ella bien?

—No lo sé —suspiró, encogiéndose de hombros—. Matt dijo que lo estaría. Se quedó con ella. Pero... la verdad es que no lo sé.

Zalo sonrió ligeramente, acercándose a ella.

—Tranquila, pequeña. Si Matt ha dicho que estará bien, es porque lo estará. Confía en él —posó una mano en su hombro—, Matt es un gran hombre, sabrá cuidar bien de su esposa.

—Eso espero —Anne Marie lo miró con cierta vacilación—. Mi prima es muy importante para mí. No me gustaría que algo malo le sucediese.

Zalo la miró a los ojos, provocando que algo en su interior se encendiera. Como una alarma que le daba aviso de que su alma estaba siendo observada de cerca.

—Yo... debo irme —dijo, apartando la vista—. Le diré a Lupita lo que sucede, tal vez crea conveniente ir a ver a Alissa.

—Veo en tu corazón que cargas con un dolor muy grande —le dijo Zalo de repente—. Una culpa que agobia tu propio ser.

Anne Marie abrió los ojos como platos.

—No te permites buscar tu propio sendero. Has decidido perder tu propio destino con tal de enmendar esa culpa.

—No sé de qué...

—Tranquila, no tienes que decirme nada —Zalo posó una mano sobre su mejilla y le dedicó una mirada afable—. Ya lo has hecho, querida. Eres libre.

—¿Qué he hecho?

—Tu mal ha sido redimido. Ahora debes partir a buscar tu propio camino.

—¿Y qué camino es ese? —preguntó con voz trémula.

—Tú decides por ti misma. Después de todo, son tus propias cadenas las que te atan.

Anne Marie lo miró con la boca abierta, incapaz de pronunciar palabra. Zalo, dedicándole una última sonrisa, se alejó por la misma puerta que ella había entrado, dejándola a solas en la cocina.

Sola con excepción de las palabras que se quedaron grabadas en su mente y su corazón: Tú decides por ti misma. Después de todo, son tus propias cadenas las que te atan.

ALISSA SE CONVIRTIÓ EN OTRA MUJER a partir del momento en el que decidió cambiar. Luchaba cada día por salir adelante, poniendo un esfuerzo supremo en realizar sus ejercicios. El cambio de actitud animó a Matt, quien no dudó en impulsarla a continuar, aunque se preocupaba que se esforzara demasiado y fuera a lastimarse.

Ahora Alissa no sólo hacía repeticiones de diez, sino de veinte y él tenía que detenerla cuando pedía más, aumentando una más cada día, como un manera de mantener a raya su impulso. Forzar los músculos con tanta rapidez no sería bueno para ella.

Alissa sonreía más que nunca, aunque terminaba agotada haciendo el doble de ejercicios, intentaba luchar cada día, vivir al máximo cada momento y sonreír, ¡cómo adoraba sonreír!

Sentía que no lo había hecho en siglos y ahora que estaba al lado de Matt no podía detenerse.

Todos los días salía a cabalgar por las inmediaciones de la hacienda con Matt. Su marido estaba tan decidido a hacerla vivir nuevamente como a sacarla adelante, entregado por completo a su recuperación y a sus ejercicios. Le compró ropa holgada y cómoda que ella pudiera usar sin terminar exhausta por el sudor y el calor antes de comenzar con el trabajo. Cuando no estaban haciendo las terapias, salían de paseo por los jardines, a los campos, y todos los días iban a visitar a sus padres a La Guadalupana y varias veces a El Janto a ver a sus abuelos y las crías de caballo que iban naciendo por esa época del año. Él también la llevaba diario al manantial, donde Alissa podía realizar otro tipo de ejercicios en el agua como patalear y flotar. Alissa al principio se sentía un poco temerosa del agua, pero pronto terminó adorándola. Dentro del agua podía flotar, prácticamente volver a caminar. Además, sentía que sus músculos trabajaban tan bien como en tierra pero sin el esfuerzo ni el cansancio con el que terminaba en casa.

Y lo mejor eran los finales, cuando ella y Matt se unían en la orilla y retozaban juntos, disfrutando del agua y el calor de sus cuerpos.

Esa tarde, Alissa terminaba de cepillarse el cabello frente al espejo después de realizar su rutina diaria de ejercicios, cuando Matt entró en la habitación.

—¿Estás lista, amor? —le preguntó, dirigiéndole una sonrisa cariñosa.

Alissa dejó el cepillo sobre la superficie de su tocador e inspiró hondo. Esa sería su primera salida al pueblo. Era el día de muertos, un día que según lo que le explicó Matt, era festejado por

la comunidad de Santo Tomás con singular alegría y no debía perderse. Toda la familia iría al pueblo, y no habría mejor oportunidad para que ella hiciera su primera incursión en el mundo tras su encierro.

—¿Estás seguro que no puede esperar al siguiente año? —preguntó en tono de broma, aunque el terror que reflejaban sus ojos era muy real.

Matt se acercó a ella y la abrazó por la espalda.

—No tienes nada que temer, amor mío. Estaré a tu lado todo el tiempo.

—La gente me mirará —agachó la vista—. Odio que lo hagan.

—Lo harán porque eres bella y la gente gusta de ver a una hermosa mujer. No los odies por ello.

Alissa sonrió, negando con la cabeza.

—No entiendo el sentido de este festejo. ¿Por qué alguien celebraría a la muerte?

—Por ese mismo motivo quiero que vayas. Lo verás por ti misma.

Alissa suspiró con desgano. Deseaba negarse, tenía mucho miedo de lo que fuese a suceder al encontrarse en un lugar con tanta gente. Había estado escondiéndose de la gente por años, de sus ojos abriéndose al verla, fijos en ella como si fuera un bicho de circo. Pero ya no podía huir más. Tenía que enfrentarse a la vida, y qué mejor que hacerlo de la mano de Matt.

—Está bien —aferró su mano, dedicándole una sonrisa afectuosa—, lo haré.

—Ésa es mi chica —Matt la besó en la mejilla—. Vamos a causar envidias. Serás la mujer más guapa del pueblo.

Alissa rio con alegría, calentando el corazón de su marido mientras la llevaba en brazos fuera de la casa.

—¿No pensarás que vaya en eso? —preguntó cuando vio a su yegua ensillada fuera de la casa, pero Matt ya la subía sobre su lomo.

—Habrá mucha gente.

—¿Y no sería mejor, por el mismo motivo, ir en mi silla?

—Desde ahí arriba verás todo —sonrió Matt, tomando las riendas del caballo y tendiéndoselas.

—Espero que no nos metamos en problemas —musitó ella, preocupada.

—Nadie se mete con tu marido, cariño. No te preocupes —le dijo con aire socarrón, guiñándole un ojo.

Alissa voló los ojos.

—Sí, eso seguro. Pero antes de asegurar unas palabras de tanto peso, tal vez deberías verte en un espejo.

—¿Por qué? —preguntó en una mezcla de consternación y ofensa—. ¿Dudas de tu marido?

—No, claro que no. Pero dudo que la gente te vea como tú pretendes, con esa marca de lápiz de labios —rio, inclinándose para quitarle la pintura con los dedos—. Lo siento, debí dejártela cuando te besé.

Matt se pasó la mano por los labios.

—Ve a lavarte la cara, cariño. Dudo mucho que los machos mexicanos se exciten con un vaquero con labios pintados, pero nunca se sabe.

—Muy graciosa —masculló él acercándose al abrevadero para lavarse la cara.

Alissa no dejó de reír ni cuando él montó sobre el lomo de su propio caballo y se situó a su lado, dedicándole una mirada amenazante que ella sabía era completamente inofensiva.

—Vamos, no te molestes. Te veías divino —bromeó ella otra vez, riendo más fuerte.

—Ríe, anda, sigue riendo —masculló él, mientras ponía al paso a los caballos—. Ya me las pagarás esta noche.

Alissa sonrió, guiñándole un ojo a su vez. Ansiando el abrazo que la recibiría esa noche a su lado al ir a acostarse.

Una vez en la hacienda La Guadalupana, se reunieron con los demás miembros de su familia. Subieron en varios coches para partir al pueblo, llevando al caballo de Alissa atado en la parte trasera del destinado para la pareja. De ese modo ella no se cansaría estando tanto tiempo sobre la silla.

Al llegar al pueblo, Alissa se quedó con la boca abierta. Era un sitio precioso, diferente a todo cuanto había conocido antes. Un pintoresco pueblo de casitas pequeñas y coloridas y blancas, todas construidas una al lado de la otra como si fueran una sola.

Avanzaron por la calle principal hasta llegar a una plaza central abarrotada de gente. Era muy bonita, con un kiosco de finos barrotes pintados de blanco y un techito de tejas, donde tocaba una banda de música que ambientaba el festejo y hacía bailar a más de uno reunido a su alrededor.

Una enorme fuente decoraba uno de los extremos de la plaza. A pesar de estar oscureciendo, los niños jugaban a su alrededor, sin preocuparse por darse una que otra salpicada de agua. Las madres, engalanadas con hermosos vestidos con bordados coloridos, les reprendían a gritos, preocupadas por que sus retoños no ensuciaran sus ropas de fiesta.

La gente transitaba en derredor de varias mesas decoradas con papel picado, flores, comida, calaveras de azúcar y algunas fotografías en memoria de los muertos. La gente reía y conversaba, rodeada de una algarabía extraña para una fiesta que se trataba de la muerte.

Incluso los atuendos eran alegres. Alissa notó los coloridos trajes de las mujeres, blusas blancas bordados con hermosas flores de colores, flores como las que adornaban la flora silvestre del parque.

Continuaron avanzando rumbo al cementerio, donde se toparon con una comitiva bastante larga que iniciaba desde el mismo interior del panteón.

Los niños, vestidos de blanco y aguantando las risas, caminaban en procesión con veladoras encendidas junto a sus padres y madres, que iban cargando con platillos de comida y flores anaranjadas. Ancianos, niños, adultos de todas las edades, todos reunidos en ese acompañamiento con los difuntos.

Lupita, con un ramo de flores anaranjadas entre las manos, fue la primera en bajar del carruaje, seguida de cerca por el resto de su familia.

—Cempasúchil —le dijo Matt, colocando un ramo de las mismas flores entre las manos de Alissa—. Son las flores tradicionales para esta fiesta.

—¿Es eso cierto? —preguntó ella.

Matt la ayudó a bajar del carruaje y la subió sobre la silla del caballo, sin dejar de hablar mientras ataba las distintas correas en las diferentes partes de su cuerpo.

—Estas flores se han utilizado en México para decorar altares de muertos y tumbas desde los tiempos prehispánicos. Se cree que su color guiará a los espíritus hasta las ofrendas, por eso se hacen los caminos con sus pétalos.

Alissa observó casi con fascinación las tumbas decoradas a su alrededor mientras iban avanzando por el cementerio. La gente limpiaba y decoraba con esmero el último recinto terrenal de sus seres queridos. Utilizaban las flores no sólo para ponerlas en floreros, sino que decoraban caminos con sus pétalos y también las vio en varios guisados que la gente iba depositando sobre las mesas y tumbas, decoradas de forma maravillosa.

—¿Para qué es la comida? —preguntó Alissa en voz baja, sin querer importunar a la gente. Aunque pocos eran los que hablaban en voz baja, en medio de esa algarabía festiva.

—La creencia dice que los espíritus tienen la oportunidad de visitar a sus seres queridos con vida durante esta noche. Es por eso que las familias se reúnen para recibirlos con todas sus cosas favoritas, incluida la comida.

—Pero ellos no pueden comerla.

—Nunca se sabe —Matt sonrió—. Durante tres años desapareció el pan de muerto que mi abuela hacía para el altar de sus ancestros.

—No te creo —Alissa abrió la boca al máximo.

—Te lo juro. No quedaba ni una migaja.

—¿Es posible...?

—No sé si sea posible. En nuestro caso, el fantasma resultó ser William —rió Matt al notar la decepción en el rostro de Alissa.

—¡Oh, Matt, por poco te creo! —le reclamó, riendo también.

—Nosotros también lo hicimos —le aseguró él—. De no ser porque el muy... inteligente —bufó, irónico—, se tragó el contenido completo de la jarra de agua de horchata que estaba en el altar, nunca lo habríamos descubierto.

—¿Por qué lo descubrieron por beber el agua? ¿Es que los muertos pueden comer pero no beber?

—No tengo idea —se encogió de hombros—. A William lo descubrimos porque se puso a gritar como loco.

—¿Y eso? ¿Vio un fantasma?

—Ojalá—rió—. Se tragó una cucaracha que se había metido en la jarra. No la descubrió hasta que ya la tenía pataleando en la garganta. Más allá que para acá...

—¡Qué asco! —chilló Alissa.

—Díselo a él —Matt siguió riendo con más ganas—, no ha vuelto a tomar agua de horchata desde ese día. Ni a acercarse a los altares de muerto a robar la comida.

Alissa rio con él, imaginando la cara del bromista William metido en ese problema.

Llegaron hasta una serie de tumbas apartadas y Matt le explicó que eran las tumbas de la familia Lobos. Allí estaba enterrada Calita, su querida bisabuela de la que tanto le hablaba, además de otros ancestros de su familia.

Por el caballo, se quedaron a cierta distancia de la familia, quien en conjunto y armonía se dedicó a limpiar las tumbas y a decorarlas con cariño y esmero. Alissa observaba con fascinación

como ponían velas, flores y la comida. Pronto el lugar lucía irreconocible, colmado de color y alegría. Un sentimiento contrastante con la muerte. Aunque de ser cierta la creencia de poder ver a tu gente querida durante este día, ese día sería realmente alegre.

También observó las tumbas de otras familias en derredor. Varias cosas además de las flores y los adornos de papel las decoraban. Ofrendas de platillos de comida, diversos panes, el pan de muerto, como llamó Matt a un tipo de pan redondo con una decoración con forma de hueso en la parte superior, calaveras hechas de azúcar con el nombre del difunto, vasos de agua, de diversos sabores y atole también, según le explicó Matt. Alcohol entre los que alcanzó a ver tequila y mezcal. Vio otras cosas, como cigarros, adornos, espejos, cosas de lo más extrañas.

—Cada quien deja lo que para su muerto fue su objeto favorito —le explicó Matt—. El primero de noviembre se hace lo mismo con las tumbas de los niños. A ellos se les dejan sus juguetes.

—Qué triste —pensó Alissa, observando los retratos de las personas fallecidas.

—Hoy no —Matt estrechó su mano—, hoy están con nosotros ¿recuerdas?

Alissa asintió con solemnidad, fijando la vista en la tumba de su bisabuela, el sitio donde él mantenía los ojos puestos.

Un par de horas más tarde se unieron al festejo del pueblo. La gente hablaba y reía, unida en un jolgorio general. Los niños comían dulces y los adultos devoraban toda clase de platillos típicos de la época, los mismos que habían ido a compartir con sus difuntos.

En el centro de una tarima, un hombre tras otro leía una especie de rima, donde bromeaban con la muerte y mencionaban a personas conocidas, pues la gente reunida para escucharlos estallaban en carcajadas.

—Se llaman calaveras —le explicó Matt—, dicen cosas como que la muerte te va a venir a buscar, y por lo general es para reírse de alguien. Luego el otro le contesta con otra calavera aún más divertida.

Alissa sonrió, escuchando entre risas los elocuentes versos que Matt iba traduciendo para ella. Pronto ambos estuvieron riendo a carcajadas, contagiados de la alegría general. Alissa ni siquiera se acordaba de haber sentido temor unas horas antes, se la estaba pasando estupendo.

Pasó cerca de una mujer vendiendo calaveras de azúcar y Matt le compró dos, una para cada uno, cada una con el nombre de Alissa escrito en la frente.

—¿No es de mala suerte? —preguntó ella, dudosa de aceptar el obsequio.

—No, claro que no. Sólo cómela —le dijo él, dándole un mordisco a la suya—. El nombre es de buena suerte. Al menos a mí me servía para evitar que Will y Ben me la robaran.

Ambos rieron, comiendo el dulce mientras paseaban por los puestos de comida. Matt le hizo probar el pan de muerto y el atole, que resultó ser un brebaje a base de leche de sabor dulce sumamente sabroso y que iba bastante bien con el pan, suave y delicioso.

Alissa sentía que iba a reventar cuando Matt la condujo hasta una enorme mesa donde toda su familia se había acomodado para comer tamales. Anne Marie y John se encontraban sentados a un extremo, llamándolos con señas para que se acercaran.

Matt la ayudó a bajar de la montura y ambos se sentaron a comer con los demás. A pesar de haberse llenado bastante, Alissa no pudo despreciar la comida que estaba deliciosa.

—Terminaré rodando de vuelta a casa —se quejó con Matt, probando un último bocado.

—Estás en los huesos. Comer bien de vez en cuando no te irá mal —le dijo él, besándola en la mejilla—. ¿Quiere probar el pozole? Está buenísimo —le acercó a los labios una cucharada de la humeante sopa que él estaba comiendo.

—Está muy buena... pero picante —ella bebió un gran sorbo de agua—. ¿Es que a todo tienen que ponerle picante?

—Sí —contestaron al unísono todos los mexicanos en la mesa.

Matt y Alissa rieron a carcajadas.

—Toma, bebe un sorbo de leche —le dijo Richard—, te servirá mucho mejor que el agua.

Alissa lo hizo y se sorprendió por el resultado.

—Es cierto —arqueó las cejas, echándole un vistazo al vaso, como si buscara algún ingrediente mágico que hubiera pasado por alto—. Es increíble.

—Es ciencia. Y una salvación —bromeó Richard—. Al menos fue la mía los primeros meses de mi vida en este país.

Alissa se terminó la leche, atenta a la conversación de la mesa. Zalo había tomado la palabra, su voz, apacible y suave siempre sabia, provocaba un silencio inmediato en quienes lo rodeaban, atentos a sus palabras.

Les habló de las antiguas tradiciones, de sus seres queridos perdidos, de la magia que corría por las venas de su familia y que seguiría corriendo en su descendencia —al decir esto miró a la mujer de Alexander, hinchada por el embarazo y a Alissa.

Alissa agachó la vista, dudaba que ella pudiera algún día quedar embarazada. Matt, atento siempre a su sentir, la estrechó por los hombros y la besó en la sien.

—Lo dijo por decir, no se refería a ti —le dijo al oído—, además, nunca se sabe. Podrías estar embarazada ahora mismo.

Alissa abrió los ojos al máximo, ilusionada. Pero la luz de su mirada fue como un rayo que se apagó tan pronto como se encendió. Ella sabía que eso nunca ocurriría.

—Me encantan las noches de octubre, son frescas y el cielo más hermoso del año —comentó Lupita, soñadora—. Sin una nube.

—Ahora lloverá —dijo Richard—. Siempre que dices que no hay nubes, luego el cielo se oscurece y llueve.

—No llueve en octubre.

—Ya veremos.

Todos rieron, con excepción de Alissa. Matt, preocupado por ella, decidió que había llegado la hora de partir a casa. Se despidieron de los demás y partieron de vuelta a casa.

El silencio cayó sobre ellos durante todo el camino de regreso. Alissa mantenía la vista fija en la nada, perdida en sus pensamientos.

Matt la observaba con tristeza. Sabía que su pena estaba más allá de su mano. Sólo Dios podría poner remedio a su aflicción.

A él no le quedaba más que aguardar y amarla, amarla con todo su corazón, como había hecho hasta ahora.

ANNE MARIE, SENTADA EN UN SILLÓN OREJÓN, contemplaba, sin verla realmente, la llama del candil a su lado. Raúl no había vuelto a hablar con ella desde el día que le rechazó. Ni siquiera la había buscado. Pocas veces había ido de visita a la hacienda, y en todas esas ocasiones consiguió no toparse con ella ni de reojo.

Las palabras de Zalo aún daban vueltas en su mente. No sabía qué hacer. Se sentía comprometida con un deber, y al mismo tiempo su corazón luchaba por incitarla a seguir su propio camino.

Eso era egoísta. Su deber era velar por Alissa. Lo sabía y lo cumpliría.

Sin embargo, no podía evitar sentarse cada noche con la vista fija en la nada, añorando con la vida que nunca podría tener al lado del hombre que le había robado el corazón.

De pronto escuchó un sonido peculiar desde el otro lado de la ventana, un ruido similar a golpes y arañazos. Llovía a torrenciales, por lo que no se sorprendió. Algún gato debía buscar la forma de entrar a la casa y guarecerse así de la lluvia.

Con desgano se puso de pie y se fue a la cama, cuidando de apagar las luces primero. La almohada solía ser una buena consejera, pero esos últimos meses se había convertido en su enemiga. Todo cuanto hacía nada más al cerrar los ojos, era soñar con Raúl. Sin embargo, en esta ocasión, esperaba con ansias los sueños. Al menos de ese modo podría volver a verlo.

Apenas había apoyado la cabeza contra la almohada cuando escuchó un ruido mucho más fuerte y cercano que la alarmó. La ventana se abrió de par en par, acompañada por un ruido sordo y seco cuando un bulto enorme golpeó contra el suelo.

—¿Quién está ahí? —preguntó, levantándose de un salto de la cama. A paso trémulo se aproximó a la ventana, donde yacía un bulto tembloroso y mojado.

El bulto se irguió de pronto, adoptando la forma de un hombre. La lluvia se colaba por la ventana abierta, provocando una escena terrorífica que aumentó cuando sorpresivamente la figura se irguió y fue iluminada por un sorpresivo rayo que encendió todo el cielo.

—He venido a robarte —rugió el hombre, abalanzándose sobre ella.

Anne Marie pegó un grito y le lanzó lo primero que encontró, que resultó ser su zapato. El tacón de madera dio de lleno contra la cabeza del intruso y el hombre cayó de bruces contra el

suelo.

—¡Salga de aquí inmediatamente! —chilló, alzando el otro zapato con la mano.

—Espera —escuchó la voz de Raúl, sus palabras sonaron algo enredadas y amortiguadas por la capa, que se le había enredado en el rostro con la caída—, no me mates a zapatazos.

—¿Raúl? —preguntó ella, arqueando una ceja—. ¿Eres tú?

—Sí... —él hipó, poniéndose de pie con dificultad—. Soy yo... ¡Sorpresa! —sonrió, abriéndole los brazos al tiempo que se aproximaba a ella con paso desigual.

—Estás borracho —siseó Anne Marie, dándole con el tacón del zapato en el hombro cuando él intentó cogerla por la cintura.

—Sólo un poco —sonrió, abrazándola a pesar de los intentos de ella por apartarlo—. Pero está bien. Aún puedo robarte —se inclinó para besarla.

—Sal de mi habitación en este instante, Raúl —ella lo empujó con fuerza, gastando en vano sus energías. Él, a pesar de su estado descompuesto, era tan fuerte como una roca—. ¡Vete de aquí o gritaré!

—No, no grites —él la soltó, alzando las manos sobre la cabeza—, sólo bromeaba. He venido a hablar contigo. No tienes que tener miedo.

—No te tengo miedo —contestó ella, irguiendo la nariz.

—Te ves tan bonita cuando pones esa carita enojada —sonrió él, soltándose a reír.

—Estás como una cuba —siseó ella, cogiéndole del brazo para conducirlo al sitio donde se encontraba la palangana y la jarra de agua. Sin mucho esfuerzo lo obligó a inclinarse y le vació el contenido de la jarra en la nuca. Él se estremeció, pero no se movió. Parecía dispuesto a aceptar cualquier trato que ella le diera.

Conmovida y sintiéndose un poco mal por haber sido tan dura, Anne Marie lo ayudó a llegar hasta la cama y lo recostó sobre las mantas. En seguida corrió a cerrar la ventana y buscó en el armario un par de toallas que llevó con ella, de vuelta al sitio donde él aguardaba en silencio. Seguramente se había quedado dormido. Al encender la llama una vez más, notó que él la observaba fijamente, atento a cada uno de sus movimientos a pesar de la oscuridad.

—¿A qué has venido? —le preguntó Anne Marie con voz cálida, pasando la toalla por su pelo mojado.

—Te lo he dicho —sus ojos se encendieron con un brillo singular—. He venido a robarte.

—¿A robarme? —ella arqueó las cejas, sin comprender.

—A robarte el corazón —sonrió, soltándose a reír una vez más.

—Calla, Raúl o van a escucharte —ella posó una mano sobre sus labios, silenciándolo—. No sé a qué has venido, estás tan borracho que no piensas con claridad.

—Quería verte —contestó él, sin dejar de observarla.

—Pudiste matarte escalando la ventana, ¿lo sabes?

—Soy muy bueno escalando —él sonrió de forma socarrona.

—En ese estado, serás muy bueno buscando una tumba.

—Vale la pena, si he de volver a verte —él aferró la mano con la que ella le secaba el rostro—. No sé qué me has hecho, mujer, pero no puedo dejar de pensar en ti. No podía aguantar un minuto más lejos de tu lado.

Anne Marie lo miró a los ojos, conmovida por sus palabras.

—Raúl, yo también te he extrañado... —musitó, acariciando con su mano libre su mejilla—, pero no he cambiado de...

—Lo sé —él la interrumpió—. Y está bien.

—¿Está bien?

—No me importa... O sí, está bien, lo admito, me importa. Quisiera que fueras mi mujer, pero si tú no lo deseas, lo comprendo. No, en realidad no lo comprendo, pero lo acepto.

—¿De qué estás hablando?

—Aceptaré lo que me des —se incorporó y cogió su rostro entre sus manos—, si sólo han de ser estos momentos robados, los tomaré —la besó en los labios—. Esto es mejor que nada.

—Raúl, esto no es lo que tú buscas. Lo que deseas...

—Al diablo con lo demás. Estos días han sido un maldito infierno, ¡es mejor tenerte de este modo que no tenerte en absoluto! —la besó con pasión, llevándola con él a la cama.

Anne Marie se separó lo suficiente para verlo a los ojos, respirando de forma agitada.

—¿Estás seguro de esto?

—Sí —él contestó, comenzando a desabotonarle el camisón de dormir en un frenesí desenfadado, buscando apoderarse de su cuerpo y de su corazón.

No había futuro para ellos, pero tenían el presente. Y ese presente lo viviría plenamente, con la esperanza de llegar algún día a robarle el corazón.

★ ★
★

Sentados frente al fuego de la chimenea, Alissa y Matt observaban en silencio las llamas danzarinas frente a ellos. La tormenta se escuchaba apacible desde el interior de la casa, un sonido relajante que de alguna forma parecía lograr lavar sus pensamientos del mismo modo como limpiaba la tierra.

—Matt, háblame de los días en los que intentabas escuchar mi voz —Alissa pidió de repente—. ¿Cómo es hablar con el viento?

—Suena como si contaras un cuento de locos —bromeó Matt, besándola en la sien—. Me parece que te has quedado demasiado impregnada del ambiente festivo del día de muertos.

—Por favor, dime...

—Sólo es... No sé cómo explicarlo —se encogió de hombros.

—Di lo que sea, lo primero que te venga a la mente.

—Cartas.

—¿Cartas?

—Sí, recordaba las cartas que te mandaba. En ellas me comunicaba contigo, a pesar de no estar a mi lado, te sentía cerca mientras te escribía, así que continué haciéndolo después, cuando te creí muerta. Poco a poco se fueron haciendo más y más, y yo sabía que tú no llegarías a leerlas, así que supuse... supuse que si se las cantaba al viento tú las escucharías desde el cielo.

—Oh, Matt, qué dulce... ¿Eran canciones entonces? ¿Todas ellas?

Él se encogió de hombros.

—Sólo era lo que me salía del corazón. No soy poeta ni escritor, sólo escribía lo que sentía.

—¿Tocarías una para mí?

—Ah, no —él soltó una carcajada—, eso no.

—Por favor, Matt. Si lo hacías para que yo las escuchara desde el cielo, ¿no es lo mismo que las escuche ahora? Iban dedicadas a mí, finalmente.

—No, ahora estás viva y puedes reírte de mí.

Ella se rio en verdad.

—Anda, ves, qué linda, ¡eh! —musitó, irónico, robándole un beso fugaz—. Búrlate de tu marido.

—Vamos, Matt. Por favor. Sólo una ¿sí?

Matt suspiró terminando por asentir, dándose por vencido.

—No hay una cosa que pueda negarte, ¿o sí?

Ella rio, abrazándolo por el cuello y atrayéndolo para besarlo.

—Claro que no, por eso soy tu esposa —contestó, besándolo con pasión—. Y te sabré recompensar después de tu gran atención hacia mí, querido.

Matt sonrió gustoso, devolviéndole con entusiasmo el beso. Tanto, que Alissa debió hacer acopio de sus fuerzas para recordarle lo que debía hacer antes de obtener su recompensa.

Matt se acercó al baúl y tomó la guitarra. Acompañado por los aplausos alegres de su mujer, se sentó a su lado frente al fuego y comenzó a tocar una melodía suave y armoniosa. Sus dedos eran tan mágicos sobre las cuerdas como ella los recordaba. Después de todo él había continuado tocando, en soledad, como descubrió esa noche.

—Esta canción fue una de las últimas que compuse. Espero que te guste —le dijo él antes de comenzar a cantar con voz suave:

Bajo el cielo colmado de estrellas,
en este maldito infierno congelado,
hilos de plata de la luna,
forman al viento tu silueta.
Por más que te llamo,
Alissa, tú nunca respondes a mi voz.
Nunca te vuelves a mí.
Nunca me recuerdas.

Caminas hacia el viento,
caminas hacia el infinito,
nunca más hacia mí.
Nunca te vuelves a mí.
Nunca me recuerdas.

Escucho tu risa en el viento,
sólo atisbos de mi memoria,
nunca te he encontrado,
nunca tu voz me ha cantado.
Nunca me hablas.

Nunca me cantas.

Eres luz de luna,
te desvaneces al amanecer,
como arena entre mis dedos,
te esfumas de mi ser.
Las estrellas son tus ojos,
tu luz me mira desde arriba,
tan alto, tan lejos,
tan inalcanzable a mis caricias.

Caminas hacia el viento,
caminas hacia el infinito,
nunca más hacia mí.
Nunca te vuelves a mí.
Nunca me recuerdas.

Tu memoria yace en el cielo,
tu memoria decora la tierra.
Luz tú eres, ángel de sueño.
Ángel de todos.
Nunca más mía.
Nunca más mía.

Cuando Matt terminó de cantar la última palabra los ojos de Alissa se habían llenado de lágrimas. Sus dedos rasgaron la última nota que hizo eco en las paredes silenciosas. Sólo entonces él alzó la cabeza y sus miradas se encontraron una vez más.

—Es preciosa —dijo ella, secándose con el dorso de la mano las lágrimas que corrían por su mejilla.

—Sólo es una cosa mal escrita —él se encogió de hombros—. Mi intención era llegar a ti, no convertirme en poeta, así que no tienes que mentir con falsas alabanzas.

—Pero es que de verdad lo creo —insistió ella, alargando una mano para tomar la suya—. Ha sido bellísimo, Matt.

Él sonrió, esa mueca ladeada que tanto tiempo había mantenido oculta.

—Gracias —le dijo en voz baja, acariciando su rostro con suma ternura.

—Gracias a ti por escribirme palabras tan bellas.

—Sólo era lo que sentía. No tienes nada que agradecer.

—¿Tocarás otra? Ha sido en verdad una canción preciosa. La melodía, la letra... Ay, Dios, Matthew, creo que me he vuelto a sentir como una chiquilla enamorada en estos últimos cinco minutos.

Él sonrió, dejando la guitarra a un lado.

—En ese caso, ya que has vuelto a la etapa de juventud, ¿qué te parece recordar los viejos tiempos? —le dijo con voz pícaro, acercándose para besarla.

Alissa soltó un chillido divertido, aferrándose a su cuello cuando él la cargó en brazos. Entre

besos y caricias llegaron a la cama, tirando de las ropas del otro en un frenesí de pasión desbordada.

Hicieron el amor con pasión. Las caricias de Matthew obraban milagros en su cuerpo, sus dedos eran tan mágicos sobre su piel como lo eran al rasgar con destreza sin igual las cuerdas de la guitarra.

Se entregaron en cuerpo y alma al amor, convencidos de que el mañana sería igual de maravilloso que el hoy, un día colmado de amor, donde ambos, juntos al fin, disfrutarían hasta el último momento de la noche de la presencia del otro, para despertar un nuevo día al lado de la persona que más amaban en el mundo.

Era una vida perfecta.

ALISSA DESPERTÓ TEMPRANO ESA MAÑANA. Matt, como siempre, ya se había levantado y deambulaba en la cocina preparando el desayuno. Alissa sonrió encantada, Matt era muy tierno. No había conocido antes otro hombre capaz de hacer las labores del hogar consideradas tareas femeninas y además con tanta alegría.

—Buenos días —su marido la saludó con una sonrisa—. Me sorprende verte despierta a esta hora.

—He decidido que no tienes que ser el único madrugador en esta casa —sonrió ella también, acercándose para besarlo.

Matt se inclinó y prolongó el beso, a pesar de que la pose debía estar torciéndole la espalda, pareció disfrutar del momento.

—¿Qué hago yo para ayudar? —preguntó Alissa, una vez que Matt se separó, aproximando su silla de ruedas a la mesa de la cocina.

—No tienes que hacer nada, cariño. Yo me encargo.

—Matt, vamos, quedamos en que podría mejorar y hacerlo implica hacer las cosas de cualquier persona normal. Incluidas las labores del hogar.

Matt la estudió por un par de minutos con la mirada y terminó por asentir.

—Vale, cariño. ¿Te gustaría pelar las patatas?

—Me parece una buena idea. Gracias —dijo cuando él le alargó varias papas lavadas, la tabla y un cuchillo. Al entregarle este último pareció dudar.

—Anda, Matt, que no voy a rebanarme el brazo —bromeó y le quitó el cuchillo de la mano.

—No es eso, cariño. No te ofendas, pero... todavía tienes débil el brazo. Has fortalecido por los ejercicios, pero no sé si... —se quedó callado cuando ella comenzó a pelar las papas con bastante facilidad.

—¿Decías algo? —ella arqueó una ceja, dejando la primera patata pelada a un lado.

—No. Nada —Matt sonrió orgulloso, volviéndose una vez más hacia la hornilla donde mantenía un sartén al fuego—. Este desayuno será estupendo. Espero que comas mucho porque te llevaré a un lugar muy especial hoy.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cuál es ese lugar especial? —preguntó Alissa, dejando de lado la

siguiente patata.

—Uno que te encantará —puso frente a ella un plato humeante con huevos fritos, frijoles molidos y una especia de masa verde con queso derretido encima—. Son chilaquiles —le explicó él antes de que ella pudiera preguntar qué era, tomando un trozo de la comida con un tenedor y acercándose a la boca—. Son tortillas con salsa verde, pollo, cebolla, crema y queso. No les he puesto picante. Te gustarán, Pruébalos.

Alissa probó un bocado. El sabor era extraño, eran tortillas, la salsa de tomate verde y condimentos las había suavizado y el sabor resultante era exquisito, mezclado con la cebolla y el queso formaban una combinación deliciosa.

—Está muy rico —sonrió ella, tomando el tenedor para poder dar otro bocado.

—Eso es, come bien, cariño. Necesitarás mucha energía el día de hoy —le dijo Matt al tiempo que cogía las patatas peladas y las comenzaba a picar en la tabla, a su lado.

—¿A dónde iremos? —Alissa arqueó una ceja, sorprendida por la habilidad de Matt para picar las papas en rebanadas en pocos segundos.

—Es una sorpresa —contestó él, metiendo las patatas en un sartén con aceite hirviendo—. Ya lo sabrás cuando llegemos.

—¿Y puedo yo saber dónde has conseguido esa destreza en la cocina? —preguntó, curiosa—. Todo esto está delicioso. Cuando me llevabas el desayuno a la cama, suponía que lo preparaban en la casa grande y lo traían acá. Nunca supuse que eras tú quién lo hacía.

—¿Bromeas? Mamá nos enseñó a todos a ayudar en las labores de la casa, incluida la cocina. Odiaba esas ideas de que los hombres no deben realizar labores domésticas y dejarle toda la carga a la mujer. Además, saber cocinar es un buen modo de poder defenderte en la vida por ti mismo. No te vas a casar con alguien sólo porque necesitas a una mujer que te prepare los frijoles.

—¿Quién haría eso? —rió ella, pero se quedó callada al notar que él no bromeaba—. ¿Hay gente que realmente hace eso?

—Te sorprenderías —contestó él, con una mueca divertida—. Anda, termina de comer. Pronto nos iremos —le dijo, llevando a la mesa su propio plato de comida y un tazón repleto de papas fritas crujientes y deliciosas.

Ambos desayunaron entre risas y conversaciones alegres, la comida estuvo estupenda, y como cada mañana, Matt no dudó en compartir varias anécdotas de su vida y su pasado con ella.

Una hora más tarde iban camino al sitio elegido por Matt. Alissa observaba con detenimiento el camino, la vegetación de espeso verde esmeralda que los rodeaba era bellísima. Alissa estaba segura que nunca se cansaría de observarla.

De pronto, el paisaje se abrió bruscamente para dejar a la vista delante de ellos un horizonte completamente azul.

—El mar... —musitó ella en una exhalación.

—Sorpresa —le dijo Matt al oído, inclinándose para besarla en la mejilla.

—¡Es precioso! —Alissa se giró y lo abrazó por el cuello—. Es una sorpresa encantadora, Matt, ¡gracias! Sabes que adoro el océano.

—Lo sé. Y la sorpresa todavía no termina —le guiñó un ojo, azuzando a los caballos para que se dieran prisa.

Torcieron por un camino lateral y continuaron por un sendero de tierra que los condujo hasta un improvisado muelle. Matt bajó del coche, ató los caballos a un poste y se acercó a tomar a Alissa en brazos.

—¿No bajarás primero mi silla?

—No esta vez. A donde vamos no la necesitaremos.

—¿Qué no es este el lugar que tenías planeado? —preguntó, extrañada—. ¿A dónde me llevas entonces?

—Tendrás que confiar en mí, cariño.

La subió a una pequeña barca de remos. Después de cerciorarse de que Alissa estaba segura en su sitio y bastante cómoda para el trayecto, se situó del otro lado y comenzó a remar.

El sol calentaba con fuerza, provocando que el azul del océano se fusionara con un sinfín de chispas luminosas sobre las olas. Las gaviotas volaban sobre sus cabezas, mezclándose con los pelícanos y otras aves de mar. Los ojos de Alissa pasaban de un sitio a otro, devorando todo a su alrededor. Había estado demasiado tiempo encerrada para perderse de esas bellezas naturales que se le ofrecían ahora.

Su atención se posó finalmente sobre su marido. Matt era magnífico, sus músculos de color cobre resaltaban bajo el sol, brillantes por el sudor. Sus ojos se encontraron cuando él levantó la mirada y la posó sobre ella. Una mueca curveó sus labios al notar que ella no dejaba de observarlo.

Alissa se estremeció, adivinando lo que él debía estar pensando y a dónde iría a terminar esa aventura romántica. Y contestó con una sonrisa de placer a las insinuaciones sin palabras de su esposo.

En el horizonte comenzó a aparecer poco a poco la silueta de una isla. Alissa, con la respiración agitada por la emoción, no perdió detalle del maravilloso paisaje. Charly, sentado en la punta del bote, parecía tan atento como ella, aullando ansioso por alcanzar la tierra.

Matt llegó a la orilla y bajó de un salto, acompañado por su fiel perro. Arrastró el bote por la arena hasta colocarlo en un sitio seguro, y entonces se dedicó a su esposa. Cargó a Alissa en brazos, para llevarla con él al interior de lugar.

—Este sitio es bellissimo —dijo ella, admirando la belleza del paisaje.

La playa era de arena blanca y aguas cristalinas y celestes, como nunca había visto. Los cocoteros y las plantas selváticas crecían por cada rincón, creando un entorno paradisíaco y maravilloso.

Charly les siguió los pasos, olfateando con atención mientras tomaba la delantera. Matt se adentró por la espesura de la vegetación, abriéndose camino como podía, llevando a su mujer en brazos. Llegaron a un claro donde se hallaba una especie de pirámide diminuta, rodeada por varias construcciones de piedra. Ruinas abandonadas como las que siempre Alissa había deseado ver después de escuchar las historias de Matt sobre las antiguas culturas.

—¿Es esto realmente una pirámide? —preguntó antes de darle tiempo a Matt de hablar.

Él asintió, llevándola hasta un sitio despejado donde pudieran sentarse. La ayudó a acomodarse

contra uno de los muros de piedra, colocando una manta como base.

—Este sitio sólo lo conocemos los miembros de mi familia —explicó, al tiempo que se aseguraba de que ella estuviera cómoda y guarecida del sol—. Supuse que te gustaría conocerlo.

—Pues has supuesto acertadamente —ella observó en derredor, encantada—. Este sitio es precioso. Prácticamente se respira la historia.

Él rio de buena gana y la besó en los labios.

—Tal vez aquí puedas aprender a hablar con los muertos —bromeó—. O al menos a escuchar el canto de las voces de los espíritus en el viento.

—¿Puedo intentarlo ya?

—Seguro —la volvió a besar—. Prueba en lo que regreso. Tengo que ir a recoger las demás cosas del bote. Te dejo al cuidado de Charly.

—¿Qué otras cosas? —preguntó, arqueando una ceja.

—Ya lo verás —contestó, partiendo a la carrera.

Charly, obediente como siempre, se echó a su lado. Alissa le acarició la enorme cabeza, sin dejar de observar las maravillas que la rodeaban. Realmente podía imaginar a la gente de la antigüedad caminando por esas piedras y subiendo a la pirámide.

A los pocos minutos Matt regresó con un canasto repleto de comida y un mantel. Alissa, encantada con la idea de hacer un *picnic* en ese bello lugar, le ayudó a acomodar todo, mientras escuchaba con atención las teorías que Zalo tenía sobre la pirámide y la sociedad a la que debió pertenecer.

—¿Te gustaría hacer un poco de ejercicio antes de comer, cariño? —le preguntó Matt cuando terminaron de acomodar todo—. Charly cuidará nuestros alimentos para cuando regreses con el estómago vacío y mucho apetito.

Alissa no se negó y se dejó conducir por su marido. Él la llevó a un sitio donde el océano desembocaba en un lago tranquilo, donde ella podía nadar con libertad.

—La sal del agua es beneficiosa para tu cuerpo y además te permite flotar con mayor libertad —le explicó él, ayudándola a nadar hasta un sitio donde pudiera sentarse.

Al igual que en el manantial, hicieron los ejercicios acostumbrados. El agua salada realmente ayudaba a Alissa a mantenerse a flote, sin mencionar que la novedad del lugar le resultaba encantadora. Los pájaros salvajes no dejaban de trinar, como si la animaran con sus cantos. Y las olas del océano provocaban un sonido relajante que la ayudó a concentrarse a tal grado en su tarea, que al terminar ni siquiera se sentía cansada.

Una vez terminada la rutina de ejercicios, Matt y ella se divirtieron a lo grande, como solían hacer, disfrutando de la calidez del agua marina hasta que el hambre les hizo regresar a dar inicio con la comida que habían dejado pendiente.

Disfrutaron del almuerzo entre risas y juegos, como si fueran dos jóvenes de dieciséis años otra vez, no se cansaban de reír y de bromear, gozando de su mutua compañía y disfrutando de la tranquilidad que los rodeaba.

Matt continuó relatando las historias que su abuelo le había contado desde niño sobre las personas que solían habitar esa tierra mucho tiempo antes de la conquista. Una vida que fue interrumpida misteriosamente, por motivos que todavía nadie conoce.

—¿Quieres decir que no fueron masacrados por los conquistadores?

—Nada de eso —le aseguró Matt—. Mi abuelo afirma que de ellos no quedaba nada al momento en que llegaron los primeros conquistadores.

Le habló de la pirámide y de ese sitio sagrado. La antigua creencia decía que en esa zona residía una magia sanadora, y la gente solía venir de lugares muy lejanos para bañarse en esas aguas cristalinas.

—¿Las mismas donde nos hemos bañado?

—Las mismas —afirmó Matt—, ahora no tienes excusa para sanar.

Alissa rio de buena gana, sin tomarse en serio sus palabras. Esas aguas eran sin duda estupendas, pero dudaba que tuvieran alguna magia sanadora oculta.

Matt también le contó sobre los antiguos mitos, aquellos que su bisabuela le narraba antes de dormir. Le habló de las sirenas, que se decía cantaban sobre las rocas a los antiguos hechiceros, sus únicos amigos entre los hombres.

—Me encantan las historias de sirenas, creo que si eran capaces de hundir a los temibles piratas sólo con sus cantos, debían estar dotadas de un poder extraordinario.

—Tal vez, pero eso no quita que fueran temidas por mar y tierra —apuntó Matt.

Una brisa marina movió los cocoteros a su alrededor, provocando que algunos de ellos cayeran sobre la arena creando un ruido sordo. Instintivamente, Matt se ubicó sobre Alissa para protegerla, aunque no fue necesario. Ninguno de los cocos cayó siquiera cerca de su lado.

—¿Podemos comer alguno? —preguntó ella, mirando con fascinación los cocos dispersos.

—Los mejores se hallan en la cima. Te traeré algunos —le dijo Matt, poniéndose de pie.

—De eso nada, podrías caer.

—No me pasará nada.

—¡Matthew Collinwood, regresa aquí enseguida!

—Claro amor, sólo dame un par de segundos —le gritó por encima del hombro, corriendo hasta una palmera cercana.

—¡Matt no lo hagas, es peligroso!

—Tranquila, estoy bien —le gritó, trepando con habilidad el tronco de la palmera—. He hecho esto miles de veces.

Al llegar a la cima, él alargó un brazo y, sujetándose sólo con las piernas, con la otra mano sacó su navaja del cinto y cortó uno. El coco se liberó y él lo lanzó abajo, para seguir con un segundo. De pronto el tronco del árbol hizo un sonido horrible y Alissa vio con terror que la palmera se derrumbaba con Matt todavía arriba de ella.

—¡Matthew! —gritó a todo pulmón—. ¡Matthew contesta!

Horrorizada gritó su nombre sin obtener respuesta. Charly corrió al lado de su amo. No hubo movimiento, sólo los gemidos del perro.

—¡Matthew, no por favor! —chilló Alissa, luchando por obtener alguna visión de movimiento de ese montón de ramas y arena, pero una roca obstruía su visión, haciéndole imposible ver nada.

Incapaz de permanecer en su sitio, se arrastró hasta él como pudo. Charly regresó sobre sus pasos y comenzó a gemir, intentando llevarla al sitio donde yacía Matt. Ella se soltó a llorar, no podía seguir el paso del lobo. Si tan sólo pudiera caminar...

—¡Maldita sea! —bramó, armándose de un valor que había escapado a ella desde hacía siete años—. ¡Vamos, Charly, ayúdame a ir con Matt! ¡Tenemos que llegar con tu papá! —se aferró al cuello del lobo. Las piernas comenzaron a actuar por primera vez, ayudándola en un gateo extraño a llegar a su lado. Se quemó las palmas de manos y pies con las piedras ardientes y se enterró espinas del suelo, pero no le importó. No se detuvo hasta llegar a su lado.

—¡Matthew! ¡Matthew contesta! —logró llegar a su lado con enorme dificultad. Matthew yacía bajo el tronco de la palmera. Alisa observó impotente su cuerpo maltrecho por el peso de la madera.

Y eso le bastó para decidirse a cambiar las cosas.

Podía ser débil en otras ocasiones, pero no cuando Matt la necesitaba.

Se inclinó hasta quedar bien apoyada en sus piernas y movió el tronco, desplazándolo fuera del cuerpo de su marido.

—¡Matt! —con manos temblorosas, le quitó las madejas de madera y restos de hojas del pelo. Sintió algo húmedo y viscoso colarse entre sus dedos, y al levantar la mano notó que era sangre—. ¡Dios, santo, Matthew contesta!

Matt se movió y lentamente abrió los ojos.

—¡Oh, gracias a Dios! —chilló Alissa, sonriendo a pesar de las lágrimas que corrían por sus mejillas—. ¿Cómo estás?

—¿Qué... pasó? —preguntó él, todavía aturdido.

—¡El árbol se cayó contigo arriba! —contestó ella, pasando las manos por todo su cuerpo para asegurarse que estuviera bien y no tuviera algún hueso roto u otra lesión de importancia—. ¿Te duele algo?

—Sí —él se incorporó—, el orgullo.

—¿En qué estabas pensando al hacer esa locura? ¡Te dije que era peligroso! —le reclamó ella al tiempo que se lanzaba sobre su cuello y lo abraza con fuerza. Charly se unió al abrazo en medio de lametazos que prodigó a ambos, consiguiendo que la tensión disminuyera un poco.

—Ya basta, Charly, tenemos que evitar los sobresaltos por un rato, amigo —le pidió Alissa, pasando una mano agradecida por la cabeza del perro lobo. Sin él le habría resultado mucho más difícil encontrar a Matt.

Él sonrió, intentando levantarse. Su sonrisa se torció en una mueca al sentir una punzada en la cabeza.

—Te has abierto una herida por el golpe —le explicó Alissa antes de que él pudiera tocar su sien—. La limpiaré por ti. Sólo necesito coger agua...

—Espera... ¿Cómo llegaste hasta aquí? —los ojos de Matt, todavía algo aturdidos, se posaron en ella para enseguida viajar al sitio donde se encontraba el mantel con la comida.

—Me arrastré —explicó ella, más concentrada en desgarrar la tela de su enagua para pasarla por su frente—. Charly me ayudó, gracias a él conseguí llegar aquí... ¡quedate quieto, Matthew! —le ordenó, intentando en vano de limpiar su frente, porque él no dejaba de moverse, tratando de ver tras ella. Con un gesto impaciente, Matt le apartó la mano y se puso de pie, recorriendo a paso lento el trayecto que ella había hecho.

—Matthew, estás actuando como un loco. Lo mejor será regresar... Dios, no sé si estarás en

condiciones de remar... ¿Vive alguien aquí?

—Caminaste.

—¿Quién?

—¡Tú! —la señaló, abriendo los ojos como platos.

—¿Yo? —Alissa todavía no comprendía a qué se refería—. Matthew, ¿te sientes bien? Dios, espero que no estés delirando...

—¡Alissa caminaste! —gritó, cambiando el gesto de estupor por uno de completa alegría—. ¡Realmente caminaste! —repitió, corriendo hacia ella y levantándola en brazos en un efusivo abrazo lleno de felicidad.

—¡Matthew, calma, te vas a hacer más daño!

—¿Cómo podría? ¡Este es el mejor día, Alissa! —la besó en los labios—. ¡Has caminado!

—¿De qué estás hablando...? —se quedó callada cuando él la llevó, todavía en volandas, al sitio donde Charly le había ayudado a acercarse a Matthew. Un par de huellas humanas estaban acompañadas junto a las cuatro del canino.

Huellas, no líneas de arrastre...

—Dios mío —musitó Alissa, cayendo en la cuenta del peso de sus palabras—. Dios mío, Dios mío... ¡Dios mío! ¡Matthew, he caminado!

—¡Lo sé!

—¡Y ni siquiera lo recuerdo!

—Lo sé repitió él, riendo a carcajadas—. Debió ser por la emoción del momento, he escuchado que la gente hace cosas extraordinarias en casos así.

—¿Entonces no podré volver a hacerlo?

—¡Sí, claro que sí! Si has podido hacerlo una vez, podrás hacerlo de nuevo, es sólo cuestión de práctica. Lo importante es que lo has hecho, Alissa, ¡has caminado!

—¡He caminado! —repitió ella, riendo a carcajadas.

—¡Has caminado! —repitió Matthew entre risas, haciéndola girar en el aire.

Ambos rieron hasta cansarse, eufóricos por el gran acontecimiento.

—Espera a que se lo cuente a los otros, ¡a papá! —el rostro de Alissa se iluminó más—. ¡Matt, debemos ir a ver a papá! ¡Se volverá loco de alegría cuando escuche esta noticia!

—Vamos enseguida, entonces —le dijo Matt, besándola en los labios—. Felicidades, mi amor. Siempre supe que lo conseguirías.

Alissa sonrió, acariciando con sumo cariño el rostro de su marido, cuidando de tocar la herida todavía abierta.

Matthew la rodeó por la cintura y la espalda, y la acomodó cuidadosamente sobre la manta extendida en la arena. Alissa, todavía preocupada por la herida de su cabeza, intentó resistirse, pero él no se lo permitió. Apartó las manos con las que ella quería mantenerlo alejado por los hombros y se tendió sobre ella. Aún estaban semidesnudos después de nadar, por lo que no tuvo que esforzarse mucho en desvestirla. Le quitó la enagua y los calzones y se alejó lo suficiente para contemplarla.

Ella también se deleitó con su belleza masculina. Sus músculos de cobre brillaban bajo la luz del sol como una estatua perfecta de un dios griego. Matthew, su Matthew. El amor de su vida.

—Eres tan hermosa —susurró él con pasión, pasando un dedo delicado por cada curva de su cuerpo, desde sus mejillas, pasando por la cima de sus pechos, hasta posarse sobre su cadera.

Ella se estremeció con su caricia. El sol le quemaba el cuerpo, pero nada comparado con el ardor que su mano desprendía al tocarla. Era fuego puro.

—Te amo, Alissa.

—Y yo a ti, Matthew —contestó ella con fervor, abriendo los brazos para recibirlo en su abrazo.

Matthew se inclinó y la besó en los labios, devorando su boca con urgencia. Ella se abrió para él, permitiéndole saborearla, jugueteando con la lengua al mismo ritmo que él.

Matt descendió por su cuello hasta la cumbre de uno de sus pechos y se lo metió a la boca. Alissa vibró al sentir sus dientes jugar con la cima sensible de su seno. Mordisqueando y tirando, pronto estuvo al borde de lanzar un grito, arqueándose contra él para dejarle hacer a sus anchas.

Matthew volvió a apoderarse de su boca mientras sus manos descendían por sus caderas y se apoderaban de sus muslos, abriéndola para él. Alissa gimió cuando él la penetró. La embistió de lleno para salir enseguida y volver a entrar. Alissa se aferró a su cuello, arqueando su cuerpo contra el suyo, invitándolo a entrar, a apoderarse de ella.

Matthew se movió con lentitud, tomando un ritmo más rápido a medida que los gemidos de Alissa se intensificaban. Ella gritó cuando alcanzó la cumbre, enterrándole los dedos en la espalda. Matthew llegó a la gloria al mismo tiempo que ella, enterrándose en su interior con un gruñido visceral.

Poco a poco los dos comenzaron a volver a la realidad. Matthew, todavía dentro de ella, la besó con pasión, incapaz de apartarse de Alissa. La amaba demasiado como para perderse un solo segundo a su lado.

—¿Qué hubieras hecho si no hubiera sido así? —preguntó Alissa de repente—. ¿Te habrías desilusionado de mí?

—Por supuesto que no. No hubiera sucedido nada, no hubiera cambiado nada. Te habría amado igual, por supuesto —la besó nuevamente—. Pero eso no quiere decir que no mantuviera la esperanza de que algún día se te concediera este milagro, y tú fueras feliz.

—Tú me haces feliz, Matthew. No necesito nada más.

—¿A pesar de que ahora puedas caminar? —arqueó una ceja—. ¿O ahora pensarás en cambiarme por otro marido mejor? —preguntó, haciendo el morro.

—No hay nadie mejor que tú —ella lo besó en la punta de los labios levantados—. Ni aunque pudiera volar, tuviera belleza sobrenatural o cantara como las sirenas pensaría en dejarte, mi amor. Tú eres mi vida.

—Y tú la mía, mi amor. Tuerta, ciega, sorda, muda o como vengas, serás por siempre mi gran amor. Mi único amor.

Alissa sonrió y se fundió en un abrazo con él. Un abrazo lleno de amor.

Y juntos, en medio de ese paraíso solitario, se entregaron al amor. Un festejo personal del gran cambio que se avecinaba en sus vidas y del que habían comprobado sólo el primer vistazo.

Una buena corazonada así se los decía.

EL FESTEJO EN LA FAMILIA no se hizo esperar. Lupita organizó una comida deliciosa e invitó a los abuelos de Matthew y la familia de Raúl para celebrar con ellos la buena nueva. Alissa se sentía rebozar de alegría, ni hablar de Matt, que no dejaba de hablar del modo valiente en que su esposa lo había rescatado de «la palmera asesina» como apodó al cocotero caído.

No obstante a la sinceridad de la alegría que todos demostraron, por lejos el más contento de todos fue John, quien en todo momento no dejó de felicitar y abrazar a su hija, ocultando las lágrimas de emoción que se empecinaban en nublarle la vista.

Comieron con gran algarabía, como siempre. La señora Willson, Fanny y sus dos hijas se unieron al festejo, por supuesto. Como parte de su familia, también tenían mucho de lo que sentirse contentas.

Anne Marie, sentada al extremo opuesto de la mesa, se mantenía callada y algo pensativa. Cada vez que la mirada de Alissa se topaba con la suya, su prima le correspondía con una enorme sonrisa. Una sonrisa que era totalmente sincera, por lo que Alissa no comprendía el motivo de su turbación. Hubiera deseado preguntarle al respecto, pero su prima estaba sentada en un extremo tan lejano de la mesa, que le era imposible preguntarle directamente y le parecía poco cortés hacerlo delante de todos. Ya hablaría con ella más tarde.

A su lado se escuchó un repentino ¡crash! Alissa se giró, sobresaltada, y todo pensamiento se esfumó de su mente al ver el rostro desfigurado de su padre por el dolor. La mano derecha aferrada a su pecho. Al corazón.

—¡Papá! —gimió Alissa, inclinándose hacia él.

El rostro de John se crispó en una mueca atormentada, su rostro muy rojo perlado por el sudor. Su mano aferró la suya y se cerró en torno a su frágil muñeca, haciéndole daño.

Alissa no notó las demás figuras reunidas a su alrededor, ninguna voz, ningún sonido. Todo cuanto existían eran ella y su padre.

Alguien tomó a John por los hombros y lo sacó en volandas de la silla. Alissa chilló, no quería separarse de su padre. Sintió unos brazos de hierro cerrándose en torno a su cintura. Sólo entonces notó que se encontraba en el piso. Matt, abrazado a ella, intentaba consolarla, mientras Alexander y Richard conducían en brazos a su padre a la habitación principal, la más cercana.

Notó el ruido de la puerta principal al cerrarse. En seguida el galope apresurado de un caballo. Iban por el médico. Tenían que haber ido por el médico. ¡Dios, su padre! ¿Por qué él? ¿Por qué ahora!

Matthew la cargó en brazos, ella apenas se dio cuenta de ser llevada en volandas por su marido hasta una habitación de la casa y dejada sobre una cama. Su mente no estaba allí, yacía al lado de su padre, intentando visualizar qué sería de él en ese momento.

Sintió la humedad de la nariz de Charly en la palma de su mano. Eso la hizo conectar lo suficiente con la realidad para notar la taza humeante de té que le ofrecía Calita. La anciana se sentó a su lado, dedicándole unas palabras en español al tiempo que acariciaba su rostro, tratando de consolarla.

—Dice que Lupita y Richard están con tu padre ahora —le explicó Matt, tan alterado que ni siquiera notó que llamó a sus padres por su nombre, transmitiendo el mensaje tal cual lo recibió—. También Zalo. Harán todo lo posible por ayudar a tu padre en lo que el médico llega.

Alissa escuchó un gemido. Levantó la vista para notar la figura deforme de Anne Marie de pie en el umbral de la puerta. Hasta entonces no había notado que lloraba, y sus ojos, nublados por las lágrimas, distorsionaban las caras de las personas que la rodeaban.

—Pasa, Anne Marie, no te quedes ahí, por favor —la invitó Matt.

—Gracias... —contestó la mujer dirigiendo a la habitación una tímida mirada.

—Siéntate a mi lado, Annie —le pidió Alissa. Su prima, todavía llorando, se sentó en una silla cercana y se mantuvo en silencio, aguardando por noticias mientras examinaba la habitación con atención.

Alissa lo hizo también, percatándose de que esa debía ser la habitación de Matthew. Todo en ella hablaba de él; la guitarra y las fotografías enmarcadas de caballos colgadas de las paredes, el escritorio con los libros de Oxford todavía sobre él, yaciendo en perfecto orden. Y una fotografía de ella en la mesita de noche junto a la cama.

Alissa se conmovió. Era una fotografía que a ella le habían tomado el día que cumplió diecisiete años. Lucía tan joven y llena de vida. Radiante en confianza y belleza. Una Alissa que había quedado en el pasado muchos años atrás.

Calita tomó su rostro entre sus manos y le susurró algo, sonriéndole con gesto maternal. Hizo un gesto hacia la colcha tejida de la cama y puso la tela entre sus manos, cerrando sus dedos en torno a ella.

—Dice que no mires atrás cuando tu camino está delante de ti. La vida es como el tejido de un telar; cada hilo es importante para formar un todo. Sin los primeros hilos no habría sitio para los nuevos que darán forma al tejido —le explicó Matt—. Pero si te detienes a observar sólo el tejido que ya has hecho, no tendrás tiempo de poner los nuevos hilos, ni llegarás a admirar la grandiosa obra en la que puede llegar a convertirse tu vida entera.

Alissa miró los ojos de la anciana con lágrimas en los ojos. Estrechando sus manos entre las suyas, sonrió.

—Gracias.

La puerta volvió a abrirse en ese momento y por ella entró Raúl. Sus ojos se posaron sobre Anne Marie al hablar.

—El médico está aquí —anunció, haciendo un gesto con la mano para detener a Matt que ya estaba de pie y listo para seguirlo—. Esperen aquí mientras revisa a John. Los tendré informados.

Un tenso silencio cayó sobre todos en la habitación. El tictac del reloj del pasillo se escuchaba retumbar en las paredes, el único sonido en la casa. De vez en cuando oían los pasos apresurados de alguno de los hermanos de Matthew, o el llanto de Lucy antes de ser consolada por Fanny y Roxanne. Fuera de esos ocasionales signos de vida, la casa se mantenía en perfecta calma. Fue por ese motivo que consiguieron escuchar la puerta del dormitorio principal abrirse cuando el médico salió por ella.

—¡Ve a ver, Matt, por favor! —le rogó Alissa, maldiciendo más que nunca el no poder correr en busca del médico por ella misma y enterarse en persona de las noticias.

—No, Matt, tú llévala con su padre —intervino Anne Marie—. Yo alcanzaré al médico.

Sin darles tiempo de contestar, la mujer desapareció de la habitación como un suspiro.

Matt no dudó en seguir la sugerencia de Anne Marie. Sabía que John estaba al borde de la muerte y que Alissa querría verlo, y no había tiempo que perder. Cargó en brazos a su mujer y la condujo a la habitación principal, acompañados por Calita y la señora Willson, quien se les unió en el pasillo.

—¿Cómo está él? —preguntó Alissa a Lupita, de pie ante la puerta.

Ella, con los ojos llenos de lágrimas, alzó la vista hacia Alissa.

—Oh, querida... —suspiró, alargando una mano para aferrar la de la joven—, tendrás que ser fuerte.

Alissa palideció.

—¿Él ha...? —preguntó en un susurro casi inaudible.

—No. No... —Lupita negó con la cabeza—. Pero no le queda mucho tiempo. Unas horas, dijo el médico. Un día a lo sumo.

Alissa tragó saliva, incapaz de articular palabra. Un nudo enorme le obstruía la garganta, pero se forzó en no llorar. Su padre la necesitaba fuerte.

—Debes tener valor, hija. John ha soportado mucho... Su hora se acerca, y desea tenerte a su lado.

—Por supuesto —Alissa se secó las lágrimas desobedientes que resbalaban por su mejilla—. Si me disculpa, deseo ir con él ahora.

—Claro, hija, por supuesto —Lupita se inclinó para besarla en la frente y se movió para abrirle paso.

Matthew entró en la habitación llevándola en brazos. El lugar estaba en penumbras, con las cortinas corridas. En la inmensa cama de doseles descansaba John, su piel grisácea y mortecina pronosticaba el desenlace que en poco tiempo le esperaba.

Con sumo cuidado, Matt ayudó a Alissa a sentarse al lado de su padre. Él abrió los ojos para recibirla, esbozando una frágil sonrisa.

—Aquí estás, adorada mía —la saludó. Alissa se acercó a su padre y tomó su mano entre las suyas.

—Por supuesto, papá —ella intentó sonreír, pero sólo consiguió soltar un sollozo.

—Oh, mi pequeña ángel, no llores. No por mí, querida mía.

—Papá... ¡te quiero tanto! —Alissa se inclinó y lo abrazó por el cuello, besándolo en la frente repetidas veces—. Por favor, no te vayas... No me dejes.

—Querida mía, debemos aceptar que pronto nos separaremos.

—No es justo —sollozó ella, aferrando su mano contra su mejilla—. ¡No es justo! Por primera vez las cosas van bien y ahora pasa esto. ¡Es que no es justo, papá!

—Mi vida, no pienses así. La vida me ha regalado mucho más tiempo del que esperaba. La muerte debió llegar a mí hace muchos años, pero cada día rezaba por un milagro para no dejarte sola. Ahora que te veo feliz, realizada, casada con este hombre maravilloso —su vista se fijó sobre Matt, de pie al lado de la cama—, sé que se ha hecho realidad. El anciano estiró una mano para coger la suya. Matt la aferró con intensidad, sintiendo que las lágrimas le escocían tras los ojos. Ese hombre siempre había sido admirable para él, le quería sinceramente y perderlo sería muy duro para él.

—Puedo partir tranquilo, porque sé que te dejaré con bien al lado de este hombre que ha sido como un hijo para mí —continuó diciendo John—. Mi cuerpo descansará al fin ahora que te sé a salvo, mi adorada hija. Ya no tengo miedo de partir, te dejo en las mejores manos y sé que eres feliz. Que serás siempre feliz —sonrió, dirigiendo una mirada cariñosa a cada uno—. No hay mayor alegría para un padre que partir con la tranquilidad que ahora siento. Ahora veré a tu madre una vez más, me reuniré con ella finalmente, tras todos esos años separados, y juntos te cuidaremos desde el cielo.

Alissa sollozó, aferrándose a su padre, incapaz de dejarlo ir.

—Debes ser fuerte, cariño. No nos separaremos para siempre. No en este país mágico, donde los muertos pueden ir de visita a ver a los vivos que han dejado atrás —bromeó, aludiendo al reciente día de muertos—. Yo también vendré a verte, mi querida niña. Te traeré noticias de tu madre y a su vez le llevaré buenas nuevas de ti. Le diré lo grandiosa que eres, la excelente mujer en la que te has convertido, lo muy orgulloso que me siento de ti.

—Oh, papá —ella lo miró con los ojos colmados de lágrimas—. Gracias...

—No tienes nada que agradecer, es todo verdad —sonrió, besando la palma de su mano—. ¿Deseas que le diga alguna otra cosa?

Ella asintió, acariciando el rostro ceniciento de su padre.

—Si la ves, si están juntos ante Dios, por favor, ambos pídanle en mi nombre y en el de Matt, que nos envíe un bebé —le dirigió una mirada cariñosa a su marido—. Es todo cuanto deseamos para ser completamente felices.

John sonrió y asintió, besando la mano de su hija, temblorosa por el llanto.

—Así lo haré, querida mía. Se lo diré personalmente —sonrió, dedicándole una última mirada de afecto a su hija—. No llores, querida mía. No me siento triste por irme, me voy feliz. Te dejo con el mejor hombre que pudo nacer para ti. De otra forma nunca te habría permitido casarte y lo sabes —le guiñó un ojo, a pesar del cansancio, aún podía bromear—. Cuida de tu marido, querida. Es un hombre excelente y te ama de verdad.

—Lo haré, papá. Te juro que lo haré.

—Bien, muy bien... —sonrió, besando sus nudillos una vez más—. Y tú, Matt, cuida de mi Alissa. Es una buena chica y te ama de verdad.

—Le juro por mi vida que lo haré cada día de mi vida, John —contestó Matt con voz solemne.

—Mi pequeña Alissa puede ser algo obstinada a veces, pero es fuerte. Muy fuerte. Más fuerte de lo que parece —le dedicó una mirada significativa a su hija—. No lo olvides nunca, querida. Posees la fortaleza de tu madre. Ella fue capaz de muchas cosas que otras mujeres nunca habrían sido capaces de afrontar. Tú tienes el mismo fuego en tu interior. Nunca lo olvides. Nunca.

—Te lo prometo, papá —Alissa asintió, sintiéndose profundamente conmovida por sus palabras.

—Así me gusta, mi dulce ángel —John acarició su mejilla por última vez—. Ahora, si no te importa, me gustaría hablar con Anne Marie. Ella también debe despedirse de su padre.

—Por supuesto, papá —Alissa miró a Matt. No necesitaron intercambiar palabras, él la cogió en brazos y juntos salieron de la habitación.

Afuera, Anne Marie lloraba en silencio. Raúl, de pie como una estatua a su lado, la observaba con tal consternación que por un segundo no se percató de lo que sucedía sino hasta que Matt prácticamente tuvo que apartarlo del camino de un empujón.

—Mi padre desea verte, Annie —le dijo Alissa, sin dejar de llorar—. Te espera adentro.

Anne Marie asintió y entró en la habitación, cerrando la puerta tras ella.

Matthew llevó a Alissa de vuelta a su habitación. Juntos aguardaron en silencio el tiempo que tardaron en hablar a solas para despedirse.

A Anne Marie le siguieron Richard, Lupita, la señora Willson y finalmente Fanny y sus hijas.

La familia Collinwood, unida al dolor de Alissa y Anne Marie, aguardó respetuosamente al lado de John durante el resto de la noche.

Calita dirigía las oraciones que el coro de voces repetía en una letanía sin fin.

Alissa, recostada al lado de su padre, y con Anne Marie al otro costado de la cama, aguardaba entre lágrimas el fin. Matt siempre a su lado, observaba en silencio la escena, apoyando a su mujer en ese duro momento con su sola presencia.

John pasó a mejor vida esa noche, acompañado por su hija, su sobrina y todas las personas a las que había amado en vida.

Al momento de dar su último aliento, una sonrisa se dibujó en su rostro al tiempo que una sutil palabra escapaba de sus labios, al mismo tiempo que su vida abandonaba su cuerpo: *Constance*.

LOS COLLINWOOD se encargaron del velorio y del sepelio, una ceremonia sencilla y emotiva donde asistieron los miembros de la familia y algunos conocidos de la comunidad.

A Alissa le habría gustado sepultar a su padre al lado de su madre, pero eso era imposible, por lo que optó por lo más cercano que tenía. Ubicaron los restos mortales de su padre en el cementerio particular de la familia Lobos y en la tumba de su padre dejó la fotografía de su madre que él siempre llevó consigo.

Después de la ceremonia dirigida por el sacerdote, sepultaron los restos de su padre.

Alissa se sintió derrumbar de dolor cuando debió dejar atrás la tumba de John. Matt, afligido al verla tan triste, decidió que lo mejor sería llevarla directo a casa y dejarla descansar.

Richard y Lupita se harían cargo del cortejo que seguiría en su casa, adoptando el papel de anfitriones.

Anne Marie, sentada en el borde de la tumba de John, secaba las lágrimas que escapaban sin remedio de sus ojos. No se había marchado con los otros, sencillamente no había conseguido moverse de la tumba de su tío.

Él había sido el único padre que había conocido y ahora lo había perdido para siempre.

—¿Serás libre, querida mía? —le había preguntado él en su lecho de muerte.

—Soy libre, tío.

—No, no lo eres. No mientras sigas manteniendo esa absurda idea de que debes tu vida al cuidado de Alissa.

—Tío, no es el momento de discutir eso...

—¿Y cuándo será el momento, querida mía? Me temo que no tendremos otro —tomó su mano en una caricia paternal cuando ella se soltó a llorar—. Sabes que siempre te he considerado como mi hija, te quiero como tal. Me voy contento sabiendo que dejo feliz a Alissa, pero con un gran peso por no saber qué será de ti. Me gustaría saber que me presentarás a ese joven, Raúl, con el que siempre compartes miradas, como tu marido ante mi tumba algún día. —sonrió—. Estaré encantado de darles mi bendición desde el más allá.

—Sabes que nunca me casaré.

—No lo hagas, si no lo deseas. Pero querida mía, haz lo que deseas para tu vida. No te

encadenes a una vida de dolor que no te mereces. Sé feliz, dame ese regalo en mi lecho de muerte. Ayúdame a irme sabiendo que serás feliz.

—Lo seré, tío —sollozó, hundiendo la cabeza en su hombro—. Te prometo que lo seré...

Anne Marie sacó su pañuelo y se secó el rostro. Había mentido a su tío, una mentira piadosa para ayudarlo a partir en paz.

—Lo siento, lo siento mucho, querido tío —dijo en voz baja, dejando sobre la tierra removida las flores que había llevado con ella—. Ahora sabes que te mentí. Pero si lo hice, fue sólo por amor —acarició con ternura la fotografía de su tío, grabada en la piedra junto a la de su adorada esposa, Constance—. No podía permitirte partir sabiendo que cargarías con el peso en tu corazón de no saberme feliz y casada.

—Anne Marie... —la voz de Raúl a su espalda la sobresaltó ligeramente. Sus pasos eran silenciosos en todo momento. Incluso en campo abierto.

Ella se levantó, secándose las lágrimas con el pañuelo.

—Lo siento mucho, Anne Marie —le dijo él en voz baja, aproximándose a su lado—. No había tenido oportunidad hasta ahora para darte el pésame como quería...

—Oh, Raúl —ella se le colgó del cuello, soltándose a llorar sobre su hombro.

Raúl la abrazó, pasando una mano por su espalda y su cabello cariñosamente.

—¿Has esperado todo este tiempo aquí? —le preguntó ella, todavía entre sollozos.

—Sabía lo mucho que le querías, y que no te irías de su lado—él sonrió, pasando una mano cálida por su rostro, secando sus lágrimas—. Eres demasiado fiel para hacerlo.

Anne Marie hundió la cabeza en su pecho, soltándose a llorar de nuevo.

—Él fue un padre para mí.

Raúl la abrazó con mayor intensidad, hundiendo la cabeza en su pelo. Cómo adoraba ese cabello pelirrojo, bajo el sol lucía como el mismo fuego que latía en su interior cada vez que estaba cerca de ella.

—Anne Marie... ¿a qué te referías con la promesa que le hiciste a tu tío?

Ella alzó la mirada, escrutadora.

—Lo siento, escuché cuando me acercaba. No fue a propósito.

Anne Marie suspiró, encogiéndose de hombros.

—Mi tío deseaba... que yo fuera feliz —alzó la vista—. Quería que te presentara como mi marido ante su tumba y así él nos daría su bendición desde el más allá.

—¿Y se lo has prometido? —sus ojos se iluminaron a pesar de su claro intento de permanecer impasible.

—Claro que lo hice. De otra forma él no habría muerto en paz —agachó la vista—. Pero no por ello quiere decir que pensara cumplir con mi promesa.

—¿Por qué no? —Raúl frunció el ceño—. Has hecho una promesa, no lo olvides.

—Hice una mucho tiempo antes, cuando juré cuidar de Alissa por el resto de mi vida.

Raúl exhaló una bocanada de aire, comenzando a perder la paciencia.

—Alissa tiene a su marido a su lado para cuidar de ella y ya comienza a caminar. Se está

recuperando, no te necesita a su lado día y noche para cuidar de ella.

—Lo sé, pensé lo mismo cuando ella nos contó lo sucedido —admitió, su rostro compungido por el dolor que le ocasionaban sus sentimientos contradictorios.

—¡Entonces hazlo! —la cogió con fuerza por los hombros, hablando vehemente—. ¡Decídate a ser feliz de una vez, Anne Marie!

—No puedo, no ahora... Si mi tío hubiera seguido con vida —ella apartó la vista—. Ahora Alissa pasará por momentos muy difíciles. Podría volver a derrumbarse... Y sólo me tiene a mí.

—¡Tiene a su marido! —replicó Raúl—. Y a todos los Collinwood, además de la señora Willson, Fanny y sus hijas. Toda una familia la rodea, la apoya, la cuida, la quiere... ¿Quién hace eso por ti, Anne Marie?

Ella, dolida, se apartó de su abrazo.

—Tienes razón. No tengo a nadie que haga eso por mí.

—Anne Marie... No pretendía.

—Sólo déjame sola —espetó, alejándose de él a la carrera.

Raúl se dejó caer sobre la tierra removida, incapaz de pensar con claridad. Por más intentos que hacía por acercarse a esa mujer a él, terminaba alejándola más.

Tal vez lo mejor sería dejarla ir si es lo que ella tanto quería.

Como decía su madre, es imposible hacer ver a quien no quiere ver. Y Anne Marie parecía estar dispuesta a quedarse ciega por el resto de su vida.

★ ★
★

Habían transcurrido un par de semanas cuando Matt, al ver tan decaída a Alissa, decidió que lo mejor sería obligarla a salir de su encierro y ver la luz del sol una vez más. Recordando su último día alegre, la llevó a la playa. No cruzaron a la isla, sólo se sentaron en la arena, frente al mar.

Alissa permaneció en silencio mucho tiempo, su mano acariciaba el lomo de Charly. El perro no se había despegado de ella en ningún momento desde la muerte de John, como si comprendiera el dolor por el que atravesaba su dueña.

—Matt... —dijo ella de repente. Su voz sonó clara y suave, extraña tras tan prolongado silencio.

Matthew se acercó a ella y la rodeó por los hombros.

—Matt, enséñame a hablar con los muertos —le pidió ella, sus ojos nublándose por las lágrimas—. Enséñame a hablar con mi padre.

Matthew la observó largamente, sorprendido por la extraña petición.

—Lo siento, cariño —dijo al fin, con vivo pesar en la voz—. Eso no es algo que se pueda enseñar... Es algo con lo que se nace... —se encogió de hombros—. Y ni siquiera sé si es real.

—Pero tú lo haces —replicó ella—. Escuchas al viento. Enséñame a escucharlo, eso podré hacerlo, estoy segura —gimió—. A veces creía escuchar tu voz en él. Enséñame por favor... —su voz se quebró—. Moriré si no vuelvo a escuchar la voz de mi padre.

Matt la atrajo hacia sí y la acunó en su pecho, consolándola en silencio.

—Me he quedado sola en el mundo —musitó ella entre sollozos, aferrándose a su cuello.

—Nunca estarás sola, mi amor —Matt tomó su rostro entre sus manos y la obligó a mirarlo a los ojos—. Nunca, ¿me has entendido? Me tienes a mí. Y me tendrás hasta mi último aliento. Y más tiempo —la miró con una intensidad que le atravesó el alma—. Yo soy tuyo, Alissa, y estaré contigo para siempre.

Alissa se soltó a llorar, hundiendo la cabeza en su hombro, desahogando todo el dolor que sentía.

Matthew permaneció con ella, abrazándola, consolándola en silencio, demostrándole con palabras de amor y caricias colmadas de ternura que estaba a su lado, que nunca la abandonaría, que nunca más volvería a estar sola.

Haciéndole saber en lo más profundo de su corazón que esa era la única verdad, la única magia. El amor verdadero que los unía para siempre.

COMENZABA A ANOCHECER cuando Matt decidió que era hora de volver a casa. No quería sumir a Alissa en la soledad de su hogar una vez más, por lo que decidió que sería una buena idea pasar por La Guadalupana a saludar a sus padres.

Alissa no parecía emocionada por la idea, pero tampoco se negó, lo que de por sí ya era una gran ventaja. Matt puso el carruaje en marcha en dirección a casa de sus padres, decidido a pasar una velada en compañía de los suyos. Con suerte Zalo estaría allí, él siempre sabía qué decir. Y ahora él se sentía falto de palabras de consuelo.

Al llegar a la casa, se toparon con un gran revuelo. Sus hermanos, incluido Alexander, estaban reunidos en la entrada, cada uno montado sobre su caballo, listos para salir. Richard, liderando el grupo, terminaba de discutir un asunto con Lupita antes de ponerse en marcha.

—¡Matt, Alissa! —los saludó Roxie, su voz sonaba nerviosa a pesar de la sonrisa con la que se acercó a recibirlos—. Qué alegría verlos. No los esperábamos. Mamá va a estar encantada de...

—¿Qué sucede? —preguntó Matt, alzando la voz. La pregunta iba dirigida a su padre, a escasa distancia de ellos.

—No es nada, Matthew —le dijo Richard desde su caballo—. Alissa y tú esperen aquí a nuestro regreso.

—¿Cómo que no es nada? —Matt fijó los ojos sobre Raúl, cargado con el rifle—. ¿Han vuelto los García a hacer de las suyas?

—¿Tú qué crees? —espetó Jake, deteniendo con suma destreza a su nervioso garañón negro—. Les vamos a dar su merecido de una buena vez a esos bastardos.

—¿Qué han hecho? —preguntó Matt, saltando del carruaje. Alissa distinguió en sus ojos el mismo brillo que ardía en los ojos de sus hermanos.

—Le han disparado a Aldo, eso han hecho —contestó Roxie, tan furiosa como sus hermanos mayores.

Alissa se llevó una mano a la boca y miró a Raúl. Aldo, su padre, era el capataz de la hacienda.

—Y sin ningún motivo —continuó la chica—. Él sólo los estaba corriendo de nuestras tierras cuando le metieron un plomazo por la espalda, los muy hijos de p...

—¡Roxanne! —chilló Lupita—. Cuida tu lengua, jovencita.

—Iré con ustedes —dijo Matt, dirigiéndole una mirada a Alissa—. Espera aquí, ¿de acuerdo? Debo ir con ellos.

Alissa sentía el corazón en la garganta. Tenía miedo. Mucho miedo. No quería perder a Matthew. Ahora él era todo su mundo. Sin embargo, sabía que era su deber partir al lado de su familia. Ellos se apoyaban unos a otros. No podía pedirle que no fuera. Hubiera sido pedirle ir contra su propia naturaleza. Sintiendo la cabeza como si pesara cien kilos, asintió con lentitud.

Matthew la ayudó a bajar del carruaje y la dejó acomodada en la silla de ruedas. Dándole un fugaz beso de despedida en los labios, subió a su caballo, que ya se habían encargado de preparar para él, y partió al galope junto a los demás miembros de su familia.

Alissa lo observó partir con pesar, rezando en silencio para que todo fuera con bien.

—Vamos, Ali —sintió la mano fría de Anne Marie sobre su hombro—. Vamos adentro, no sirve de nada esperar aquí.

Alissa arqueó las cejas, notando algo peculiar en su prima. Parecía que hablaba más para sí misma, que para consolarla.

—¿Te encuentras bien, Annie? —le preguntó Alissa.

—Sí —ella sonrió de forma forzada, secándose una lágrima escurridiza—. Todo está bien.

—Chicas, vamos adentro —Lupita se acercó a ellas, acompañada por Calita y Roxie—, la señora Willson y Fanny han preparado un exquisito budín de fresas silvestres para la cena.

—No creo que pueda comer nada, mamá —replicó Roxie, tomando de la mano a Lucy para llevarla con ellas al interior de la casa.

—Oh, vamos, no seas exagerada. Hacen esto casi a diario, no pasará nada —Clara, la mujer de Alexander, bastante hinchada por el embarazo, abrazó a su cuñada por los hombros—. Yo, por lo menos, no dudaré en probar ese postre. Muero de hambre.

—Últimamente siempre lo haces —musitó Roxie en broma. Clara le hizo cosquillas bajo los brazos y ambas mujeres rieron alegremente, entrando en la casa por delante de ellas.

Alissa suspiró, hubiera deseado poder reír como ellas, pero la verdad es que se sentía demasiado preocupada por Matt.

Cenaron con relativa calma, Calita y Lupita hablaron de varios temas interesantes, pero Alissa no prestaba atención más que al reloj. Las horas pasaban, y los hombres no regresaban.

—Querida, te ves muy cansada —le dijo Lupita al notar su aflicción—, ¿te gustaría recostarte un momento? Nosotras nos quedaremos aquí, aguardando noticias.

—Sí, ve a descansar —convino Calita.

—En realidad, me gustaría, gracias —contestó Alissa. Últimamente se sentía cansada todo el tiempo.

—Tal vez tú también deberías reposar —Calita le dijo a Clara—, pronto darás a luz.

—No sé ni cómo puedes caminar —bromeó Roxy.

—¡Roxanne! —bramó Lupita, mirando a su hija con ojos asesinos.

—Algún día, cuando estés tan gorda como una vaca, me burlaré de ti como tú lo haces conmigo, Roxanne Guadalupe Collinwood Lobos —replicó Clara.

—¡No me lames por mi nombre completo!

—Entonces deja de molestar —Clara le sacó la lengua, igual que una niña, antes de girarse hacia Alissa—. Alissa, querida, ve a descansar. Nosotras te avisaremos de cualquier eventualidad —le dijo Clara, adoptando una sonrisa afable al mirarla. Portándose ahora como la más distinguida dama.

—Muchas gracias —Alissa sonrió de forma forzada como respuesta.

—Yo te acompaño, Alissa —Anne Marie se puso de pie—. Si nos disculpan —se despidió de las demás, llevando la silla de su prima fuera del salón comedor.

Una vez en el cuarto de Anne Marie, Alissa se sintió un poco más relajada. Le gustaba la compañía de las demás, pero ahora se sentía angustiada por la ausencia de Matthew. Todo cuanto deseaba era que él regresara a su lado.

Anne Marie entró en ese momento a la habitación. Había ido a la cocina en busca de té, y ahora, moviéndose nerviosa por la habitación, dispuso las tazas y los bocadillos sobre la mesa. Hasta ese momento Alissa notó que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te sucede, Annie? —le preguntó, preocupada—. ¿Por qué lloras?

—Me ha entrado un poco de polvo —ella se secó el rostro con un pañuelo—. No es nada. Prepararé el té.

—¿Qué sucede? —insistió Alissa.

—Nada.

Se escuchó el trote de caballos. Ambas pegaron la vista a la ventana, pero resultó ser sólo un criado que pasaba cerca de la casa.

Alissa observó con mayor detenimiento a su prima, parecía actuar tan inquieta como ella...

—Anne Marie... ¿Estás esperando a alguien?

Las mejillas de su prima se encendieron, haciéndole saber que había dado en el blanco.

—No —ella se crispó—. No, claro que no. En absoluto... Sólo estoy preocupada por los Collinwood. No creo que sea bueno eso de ir todos juntos a encarar los problemas. ¿Qué pasaría si a alguno le sucediera algo? Claro que tampoco sería justo que sus subordinados carguen con todo el peso de correr el peligro de estas situaciones... —sus ojos se agrandaron por el miedo—, el pobre Raúl tendría que vérselas más seguido con esos delincuentes.

—¿Raúl? —preguntó Alissa, arqueando una ceja.

—¿Raúl? —repitió Anne Marie, sin comprender.

—Has dicho su nombre.

—¿Yo?

—Sí, tú.

—No... ¿O sí lo he hecho?

—Anne Marie, qué pasa —Alissa aferró su mano en un gesto fraternal—. Sabes que puedes contarme lo que sea. Somos hermanas.

Anne Marie la miró largamente, sus ojos colmados de lágrimas.

—Nada, no es nada. ¿Te gustaría comer unas galletas? Las he preparado yo misma esta mañana. Alissa tomó su mano entre las suyas.

—No me mientas, Anne Marie ¿qué sucede?

Ella esquivó su mirada.

—Por favor, puedes contármelo. Sabes que no le diré a nadie... ¿Es Raúl, no es así? —tanteó el terreno—. ¿Se te ha declarado?

Ella asintió, soltándose a llorar.

—¿Qué ha pasado? ¿Es que no lo quieres?

—Oh, sí, claro que lo quiero —gimió—. Y mucho.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—No puedo casarme con él.

—¿Por qué no?

Ella no contestó.

—¿Es porque no es noble?

—Oh, no. No es eso.

—¿Entonces porque no es inglés?

—No, no es nada de eso.

—¿Entonces qué es Anne Marie? Si no tiene fortuna, estoy segura que papá te dejó...

—No, no es eso. Yo... Yo no puedo casarme con él.

—¿Por qué no?

—Porque si yo me caso con él, ¿quién se quedará contigo? —la miró con sincera aflicción—. Es mi deber cuidar de ti. Después de todo, fui yo quien ocasionó que tú... —agachó la vista—. No puedo dejarte, Alissa. Ni por él ni por nadie.

—Anne Marie... —Alissa se quedó sin palabras, abrumada por la sinceridad de su prima—. Anne Marie —Alissa la miró a los ojos—, no tienes que hacerlo. De veras.

—¿A qué te refieres? —los ojos de Anne Marie se llenaron de miedo.

—Sé que intentas compensar el daño que crees haberme causado. Siempre lo haces —posó una mano sobre la de su prima y la estrechó con cariño—. Y no es necesario. Yo nunca te he culpado.

—Lo sé —los ojos de su prima se nublaron, pero ella apartó la mirada antes de que pudiera notarlo—. Eres demasiado buena para hacerlo.

—No lo soy. Sencillamente no puedo culparte de algo que fue un accidente. Nadie tuvo la culpa.

—Con excepción de que yo estuve ahí, fui yo quien te dijo esas cosas horribles, fui yo quien ocasionó que salieras huyendo de casa y subieras a ese caballo, y si yo no te hubiera seguido...

—Intentabas detenerme. No tenías malas intenciones.

—Eso no importa.

—Importa —Alissa estrechó con fuerza su mano—. Es todo cuanto importa. Tú no querías hacerme daño. Sólo cuidar de mí. Y yo debo agradecerte por ello. Por ello y por cuidar de mí todos estos años. Por estar ahí siempre para mí. Por ir por Matt... Nunca dejaré de estarte agradecida por ir a buscarle.

Anne Marie apartó la vista, si la veía se soltaría a llorar.

—Te lo he repetido muchas veces, pero nunca escuchas. Anne Marie quiero que escuches, ¿lo harás por mí? —ella asintió, incapaz de hablar—. No te culpo de nada. Quiero que seas feliz, ¿me lo prometes?

—No, no podría dejarte, Alissa.

—No me dejas, siempre estaremos juntas —le dijo con convicción, estirando los brazos para abrazarla. Anne Marie hundió la cabeza en su hombro, incapaz de retener las lágrimas por más tiempo—. Tú has estado conmigo siempre, velando por mí. Ahora permite que yo lo haga por ti. Sé feliz, Anne Marie.

Anne Marie la miró a los ojos, conmovida por sus palabras.

Ser feliz... ¿Cómo sería buscar su propia felicidad?

El ruido de cascos de caballos las distrajo. Ambas fijaron la atención en la ventana. A pesar de la creciente oscuridad del ocaso, alcanzaron a distinguir la inconfundible manera de montar de los Collinwood aproximándose a la casa por el camino principal.

—Han llegado —musitó Alissa, nerviosa.

Los ojos de Anne Marie se contrajeron en dos rendijas, fijando con mayor atención la vista en la ventana.

—Él no viene con ellos...

—Quizá se ha ido a su casa —opinó Alissa, intentando no alarmarla—. Es tarde ya, es lo más probable, ¿no lo crees?

—No —ella pegó la vista al cristal, escrutando con detenimiento los alrededores—. Él habría venido a verme —dijo con un gemido ahogado—. Siempre lo hace.

—Calma, Anne Marie. No desesperes. No ha de haber sucedido nada malo. Vamos abajo y averigüemos qué...

Escucharon que alguien tocaba a la puerta en ese momento.

—Alissa, Anne Marie, ¿puedo pasar? —preguntó Roxie desde el corredor.

—Adelante —dijo Alissa, aproximándose a la puerta en compañía de su prima.

Roxie, respirando agitadamente, probablemente por la carrera que acababa de dar para ir en su busca, entró en la habitación como un huracán.

—¡Han llegado ya! —les dijo a voz en grito—. Mi madre me ha enviado a avisarles. Matthew subirá enseguida.

—¿Cómo les ha ido? —preguntó Alissa, mirando de reojo a su prima, quien no dejaba de retorcerse las manos, nerviosa.

—Más o menos —Roxie frunció el ceño—. Al parecer las cosas se pusieron difíciles y llegaron a los balazos.

—Dios mío —Alissa reprimió un grito, llevándose una mano a los labios.

—Tranquila, todos están bien —la calmó Roxie—, sólo Raúl ha salido herido...

—¡Raúl! —chilló Anne Marie, poniéndose tan blanca como el papel.

—Sí... ¡Anne Marie! ¿a dónde vas? —gritó Roxie cuando la mujer salió a la carrera como una exhalación por su lado—. ¡Espera, Anne Marie, él está bien...!

Pero Anne Marie ya no la escuchaba. Había partido en busca del hombre al que amaba.

—Dios santo, esa mujer sí que sabe correr —masculló Roxie—. Iré a buscarla o se va a matar.

—Tranquila, Roxie —Alissa la detuvo por la mano mirándola con una sonrisa pícaro en los labios—. Déjala ir. Ella estará bien, te lo aseguro.

Anne Marie no tenía idea de cómo había conseguido llegar hasta la habitación donde se encontraba Raúl hasta que se halló frente a la puerta abierta.

Calita pasó por su lado, muy preocupada, llevando con ella una palangana llena de agua ensangrentada.

Anne Marie sintió vértigo y debió sujetarse del marco de la puerta para no caer. Con los ojos desbordados de lágrimas, escrutó el interior de la habitación, sin saber qué encontraría.

Le vio enseguida, recostado en la cama. Una venda cruzaba su hombro y parte de su pecho. Adolorido y pálido como un muerto, apenas pudo creer que Raúl se volviera a verla en cuanto detectó su presencia.

—Anne Marie —dijo con voz apagada, intentando incorporarse.

Anne Marie corrió a su lado y lo abrazó por el cuello, sin permitirle levantarse.

—Anne Marie ¿qué ocurre? —le preguntó él, preocupado, al notar que ella lloraba de forma desconsolada.

Su voz sonaba tan mortecina que ella no pudo evitar sentirse desconsolada. Había sido una tonta. Una completa tonta por dejar pasar la oportunidad de la felicidad a su lado. Y ahora podría ser demasiado tarde...

—Lo siento tanto —gimió ella sobre su hombro sano—. Debí casarme contigo cuando tuvimos oportunidad.

Él intentó decir algo pero ella lo calló posando un par de dedos sobre sus labios.

—No digas nada, no gastes tus fuerzas en hablar. Lo sé, fui una tonta ¡una completa estúpida! —sollozó—. Siempre tuviste razón. Y yo no te escuché... Si tan sólo tuviera la oportunidad de cambiar el pasado. De tener una segunda oportunidad para ambos...

—¿Entonces, cambiarías la cosas de tener una segunda oportunidad? —preguntó él en un tono completamente diferente, lleno de emoción.

—Pues claro... ¿Cómo has podido hablar así? —arqueó una ceja, separándose para verlo a la cara, consternada.

—¿Así cómo? Esa es mi voz.

—No te ha costado... —Anne Marie abrió los ojos como platos al ver que él se levantaba de la cama con bastante facilidad para un moribundo—. ¿Tú...? ¡Me engañaste!

—No te engañé —la corrigió, cogiéndola por la muñeca antes de darle tiempo de escapar—. Tú asumiste que estaba grave.

—¡Tonto, me asustaste! —ella le gritó, abrazándolo por el cuello una vez más—. ¡Dios, no vuelvas a hacer eso! ¡Creí que moriría si te llegaba a pasar algo malo!

—Nadie puede hacerme daño —dijo él de forma socarrona, abrazándola con fuerza contra su cuerpo. Anne Marie lo abrazó también, dejándose envolver por él, por el calor de su cuerpo, su aroma varonil.

Lo amaba. Dios cómo lo amaba.

—¿De verdad te preocupaste por mí? —le preguntó Raúl al oído, su voz colmada de emoción.

—Qué tonto eres, ¡por supuesto que sí! —ella no pudo continuar hablando. Raúl le cogió el rostro entre las manos y la besó con pasión.

—Nos van a ver —musitó Anne Marie, incapaz de apartarse de él.

—No me importa.

—A mí sí —ella hizo un esfuerzo para separarse lo suficiente para coger una bocanada de aire

—. Comprometerás mi honor si nos encuentran así.

—Bien, en ese caso, vamos más allá para que nos vean y estés obligada a casarte conmigo —la abrazó por al cintura y la arrastró hacia la puerta.

—Estás loco —rio ella, retorciéndose para zafarse de su abrazo.

—Un poco, pero sólo por ti —la besó nuevamente—. Anda, vamos al pasillo. Estoy seguro que vi a doña Lupita cerca de la habitación donde curan a mi padre. O mejor vamos donde él está, mi madre lo acompaña. Si nos ve ella, no podrás echarte para atrás nunca más. Ella no permitiría que un hijo suyo dejase a una mujer deshonrada.

—Eres un bárbaro —le dijo Anne Marie en tono de broma—. Lo siento, pero eso no servirá para mí.

—Cásate conmigo mujer, no seas terca.

—No soy terca.

—¿Es que te soy indiferente?

—No, claro que no. No es eso. Es sólo que... —se quedó callada. Todavía le era difícil saborear las palabras de su realidad: era libre. Libre de decidir su vida.

—Has dicho que de tener otra oportunidad cambiarías las cosas, ¿lo decías en serio? —Raúl la miró a los ojos—. ¿O sólo eran palabras bonitas para un moribundo? —le preguntó al tiempo que sacaba una pistola de la cartuchera que había dejado sobre una mesa lateral.

Anne Marie abrió los ojos como platos al verla.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó con un hilo de voz.

—Me heriré de muerte si no te casas conmigo —la colocó con gesto teatral sobre su corazón.

—¡Estás loco! —ella pegó un grito—. ¡Baja eso enseguida!

—Tal vez. Pero sólo por ti —repitió—. Ahora dime, ¿te casarás conmigo?

—¡Raúl, ya basta, no juegues con eso!

—No es un juego. Prefiero morir a saber que no me quieres.

—¡No seas tonto, yo te quiero!

Raúl abrió los ojos, sorprendido.

—¿Puedes bajar la maldita pistola de una vez? —chilló ella.

—No está cargada —sonrió él, bajando el arma.

—Eres un... —Raúl no le dio tiempo de decir más, la abrazó por la cintura con su brazo libre y la atrajo contra su cuerpo.

—Dilo otra vez —le pidió, inclinándose para besarla.

Anne Marie esbozó una sonrisa tímida.

—Te quiero. Y quiero casarme contigo.

Raúl sonrió de oreja a oreja y la cargó entre sus brazos, dando varias vueltas con ella en el aire mientras pegaba gritos descomunales de alegría.

—¡Ya basta, te vas a hacer daño en la herida...! —ella no pudo continuar hablando cuando él cubrió su boca con la suya en un beso colmado de amor.

—Santo Dios, Raúl ¿qué estás haciendo? —una mujer robusta y de cara amable apareció por la puerta—. ¡Te acaban de meter un plomazo!

Raúl se giró hacia ella, sin dejar de abrazar a Anne Marie.

—¡Madre, al fin esta hermosa mujer ha accedido a ser mi esposa!

Los ojos de su madre se posaron en el arma que todavía llevaba en la mano.

—¿Y se lo has pedido a punta de pistola, pedazo de animal? —su madre puso los brazos en jarra, frunciendo el entrecejo como sólo ella podía hacer para provocar el terror en sus hijos—. ¿Es que no te inculqué modales, Raúl? ¡No dudo que haya aceptado!

—¡No piense mal, mamacita! Pues por quién me toma —Raúl guardó el arma y ahora abrazó a su madre hasta sacarle el aire—. Ande, déjese de bromas y déle un abrazo a su hijo, que se casa, y conozca a su nueva nuera.

Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas y corrió a abrazar a Anne Marie.

—¡Te felicito, hija! Estoy tan contenta, Raúl me ha hablado tanto de ti que siento que ya te conozco.

—Gracias... —contestó Anne Marie, deseando haber pronunciado correctamente la palabra.

—Iré a decirle a tu padre, se pondrá como loco con la noticia —dijo la mujer—. ¡Qué alegría!, ¡siempre he querido tener nietos pelirrojos! Tienen que ponerse a hacer la tarea enseguida, ¡quiero muchos chamacos corriendo por la casa, ¿me han entendido?!

—Sí, mamá.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Anne Marie discretamente a Raúl cuando su madre se alejaba por el pasillo.

—Que... está contenta con nuestra boda —mintió él.

—Ohhh... —asintió—, se escuchó más largo en español.

—Sí, así es el español —él le sonrió, abrazándola una vez más—. Ya te acostumbrarás.

—Eso espero.

—Yo no.

—¿Qué dijiste?

—Ya verás que sí, no hay prisa —bromeó, volviendo a besarla con pasión—. Tenemos muchos asuntos que atender antes.

Anne Marie sintió que las mejillas se le encendían, pero no le dio importancia. Todo en cuanto ella podía pensar era en el maravilloso hombre que tenía enfrente, el hombre al que amaba y que por algún milagro del destino había decidido amarla también.

ALISSA INSPIRABA HONDO, impaciente, mientras observaba con atención el pasillo por el que acababa de entrar tomada del brazo de Matt. Ya podía dar unos pasos más firmes con ayuda de muletas, pero ese día había preferido usar la silla de ruedas. No quería demorar demasiado en la entrada. Ese día era de Anne Marie, y todos los ojos debían posarse sobre su prima, no en su pausado andar.

La música del órgano cambió y adoptó una hermosa melodía acompañada de violines, un detalle de Will y Ben.

Anne Marie, completamente vestida de blanco y reluciente como un ángel, apareció en el umbral de la iglesia del pueblo, llevada del brazo por Richard.

El conde había hecho honor a su palabra hecha a John antes de morir de velar como un padre por sus dos hijas. No sólo había cumplido cuidando a Anne Marie como si fuera su propia hija, sino que la había dotado para la boda a pesar de la negativa de la mujer y de Raúl por la oferta. Pero Richard no aceptó oposiciones, era un regalo que quería hacerle a la pareja, un gesto que seguramente habría hecho el mismo John si viviera.

La gente se puso de pie para dar la bienvenida a la novia. Los ojos de Anne Marie se posaron sobre Raúl, aguardando de pie junto al altar, y volaron hacia su prima. Alissa, vestida de azul, era la dama de honor. Juntas compartieron una sonrisa mezcla de nervios y alegría, antes de que la mirada de Anne Marie se volviera una vez más hacia su futuro marido.

Raúl tomó la mano de Anne Marie con solemnidad cuando Richard la entregó, después de besarla en la coronilla. La pareja se miró, sonriente, expectante, sabedoras de un futuro colmado de promesas y alegría. Todo aquello que Alissa ya vivía al lado de su adorado marido.

Alissa desvió la mirada de la pareja para enfocarla en Matt, para descubrir que su marido también la observaba. Una sonrisa de complicidad apareció en su rostro, como si él compartiera el mismo pensamiento que ella tenía.

Las palabras del sacerdote retumbaron en el alto techo de bóveda de la iglesia. Todos los presentes se vieron obligados a prestar atención, incluidos los novios, demasiado absortos en ellos mismos como para atender a la ceremonia de su boda.

Alissa miró una vez más a Matt, impaciente porque los minutos pasaran aprisa y pudiera estar a

su lado una vez más. Él le guiñó un ojo, sonriéndole con esa mueca ladeada que tanto adoraba.

No podía esperar para darle la noticia...

La gente bailaba y reía, encantada con la alegre música del festejo de bodas. Los niños, vestidos de blanco, jugaban y reían, corriendo en derredor de los adultos, con sus rostros manchados de los restos de betún del pastel de bodas que acababan de partir los novios. Las mujeres casadas bailaban con sus maridos, las solteras aguardaban sentadas a que las sacaran a bailar los hombres disponibles de la fiesta, todas ellas ataviadas con hermosos trajes de colores suaves, armonizando con la alegría del momento.

Alissa, sentada a un costado de la enorme mesa familiar, sonreía mientras observaba bailar a las parejas. En otro tiempo pudo sentir cierta tristeza por sí misma, bailar era algo que siempre disfrutó en su juventud, pero ahora se sentía demasiado dichosa como para no gozar de la sencillez de observar la alegría de la fiesta, sabiendo que era parte de ella y no una mera espectadora.

Una brisa cálida le sopló el cabello, levantando algunos de los pétalos con los que se había adornado el tocado. Fue una brisa tan suave como una caricia. Una fragancia familiar la inundó, una fragancia que no había sentido desde hacía cuatro meses... el día que murió su padre.

Cerró los ojos, embriagándose con esa sensación. Si al menos pudiera conseguir la magia de oler su fragancia en el viento, se sentía profundamente agradecida con la vida.

Y entonces sucedió. Mezclado con las risas y los sonidos lejanos, escuchó la voz de su padre tan clara como si soplara en su oído acompañada por el viento. Un solo par de palabras repetidas hasta el infinito: te amo.

Los ojos de Alissa se llenaron de lágrimas de alegría, embriagándose con la sensación de gozo que la invadió. No notó que sonreía. Tampoco las lágrimas derramándose por sus mejillas hasta que sintió la calidez de un tacto familiar en su rostro.

Al abrir los ojos lo vio a su lado. Como sabía que siempre estaría: Matthew.

—Estás llorando —le dijo Matt en voz baja, acariciando su rostro con una dulzura infinita.

—Estoy feliz —contestó ella, aferrando su mano y besándola en la palma—. Te tengo una noticia muy especial, cariño.

—¿Ah, sí? Y de qué se trata —sonrió él de forma pícaro, acercándose más a ella para que nadie pudiera escucharlos—. ¿Vas a ponerte al fin el camisón de tela transparente que te ordené de París?

Alissa soltó una carcajada y negó con la cabeza.

—Tal vez, pero no es eso de lo que quería hablarte. Se trata de algo mucho más especial.

—¿Y qué es? —preguntó Matt, poniéndose serio.

—Vamos a ser padres.

El rostro de Matt se mantuvo imperturbable por un par de segundos que a Alissa le parecieron eternos.

Poco a poco fue mudando la expresión para adoptar una de completa confusión.

—Perdona, amor, no te escuché bien, ¿podrías repetir lo que acabas de decir? —le dijo él con

la voz ahogada.

Alissa rio, abrazándolo por el cuello y atrayéndolo a su rostro hasta quedar separados por una minúscula distancia.

—Vamos a ser padres, mi amor —lo besó en los labios y susurró suavemente sobre su boca—. Estoy embarazada.

Matt abrió los ojos tan grandes como platos.

—¿Es... es ese el motivo por el que fuiste al médico este fin de semana con mi madre sin decírmelo?

Ella asintió con una sonrisa.

—Tenía mis sospechas y tu madre estaba segura.

—Lo sé, ella reconoce a las mujeres preñadas con sólo verlas a los ojos —contó a la carrera, notablemente perturbado—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería estar segura. No quería darte falsas esperanzas que luego resultaran no ser ciertas.

—Oh, mi amor, esto es maravilloso —él posó con delicadeza una mano sobre su vientre, sonriéndole con alegría—. Es un milagro.

—Un milagro, sí —miró al cielo—. Gracias a papá.

Matt la abrazó y la besó, fundiéndose con ella en risas llenas de alegría.

—Anda, debemos celebrar esto —tomó su silla y la llevó a la pista de baile—. No hay mejor motivo para festejar.

—¿Qué haces? —rio ella, al verlo colocarse delante de ella.

—Vamos a bailar —tomó sus brazos y comenzó a moverse a su alrededor.

—¿Así? —Alissa soltó una carcajada.

—Sí, claro —él le sonrió—. Para nosotros no hay imposibles, cariño.

—¡Alissa! —se acercó a ellos Anne Marie, acompañada por Raúl—. Bailemos, prima, festejemos este hermoso día.

—¡Sí, y festejemos que seremos padres! —anunció Matt a toda voz.

Un ejército de gritos de júbilo se hicieron escuchar sobre la música a coro con el mar de abrazos que los rodeó, felicitándolos por la noticia. Pronto se armó un círculo de sonrisas alegres, todos bailando, todos riendo, compartiendo ese momento lleno de júbilo. Alexander y su mujer, Zalo cargando a su primera bisnieta, la pequeña hija de Álex. Roxie, Nathe, Jake y Cedric, unidos en un abrazo fraternal. Will y Ben, acompañando a su abuela y a Lupita. Richard llevando a Fanny y la señora Willson. Incluso la pequeña Lucy acompañada por las pequeñas Karen y Ariel. Todos reunidos festejando con ellos. Compartiendo su alegría.

Una nueva ola de viento pasó por el cabello de Alissa, regocijándola al percibir una vez más la fragancia de su padre.

Él estaba con ella, él celebraba con ella. Él había hecho el milagro más anhelado por ella. Y no tenía mejor modo de retribuirle que siendo feliz. Muy feliz.

Al verse rodeada de tanta gente que la quería, colmada de amor, Alissa supo que nunca más estaría sola. Pero en especial gracias a ese hombre maravilloso que tenía a su lado. Ese hombre capaz de amarla sobre todos los obstáculos, incluida la muerte.

A su lado nunca dejaría de sentirse acompañada, segura. Completamente amada.

Matt se acercó a ella y la abrazó, bailando con ella en medio del enorme círculo familiar. Y ella lo abrazó a su vez, sabiéndose la mujer más afortunada por tenerlo a él.

Pero sobre todo, por ser feliz.

Él la había devuelto a la vida. Él le había devuelto la felicidad.

Y ahora que estaba con él, sabía que sería para siempre. •